LA NOVENA CASA

LEIGH BARDUGO

A sus veinte años, Galaxy «Alex» Stern es la única superviviente de un aterrador homicidio múltiple sin resolver. Toda su vida ha ido de mal en peor: dejó el instituto a edad temprana y, desde entonces, ha ido encadenando trabajos sin futuro y se ha rodeado de malas compañías. Pero, en la cama del hospital, le ofrecen una segunda oportunidad: asistir a una de las universidades más prestigiosas del mundo, Yale, con todos los gastos pagados. Aunque Alex no para de preguntarse por qué la han elegido a ella y si esconde algún tipo de trampa, la oferta es demasiado alentadora.

Al llegar a New Haven debe cumplir una tarea para sus benefactores: vigilar las actividades de las sociedades secretas de Yale. Sus ocho «tumbas» sin ventanas son el lugar de reunión favorito de los más ricos y poderosos, de los políticos más influyentes a los principales magnates de Wall Street. Pero sus actividades ocultas son mucho más siniestras y extraordinarias de lo que la más paranoica de las imaginaciones pudiera concebir. Juegan con magia prohibida. Son capaces de hacer que se alcen los muertos. Y, a veces, los vivos se convierten en sus presas.

Leigh Bardugo

La novena casa

Alex Stern: 1

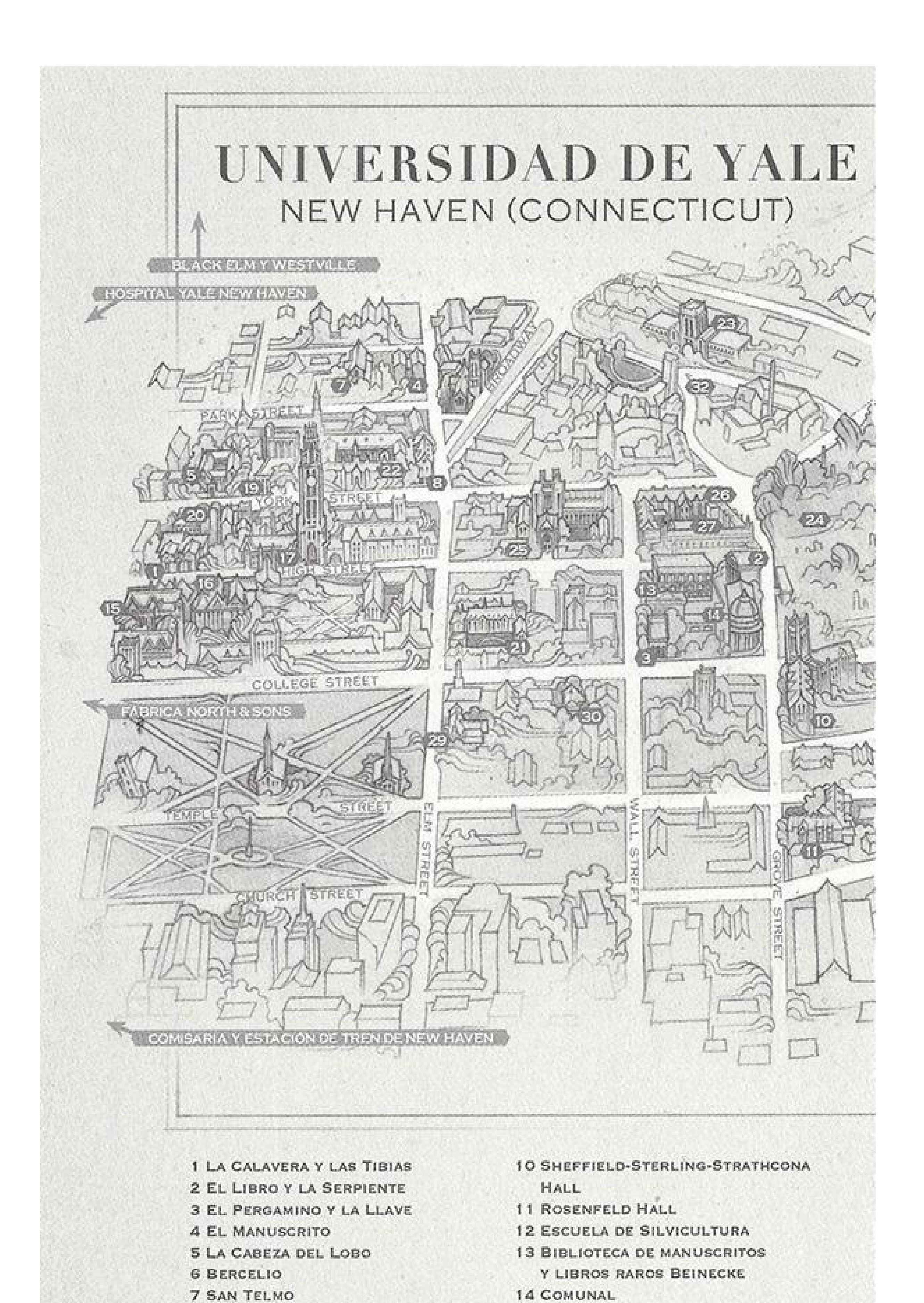
ePub r1.0
Titivillus 13.02.2021

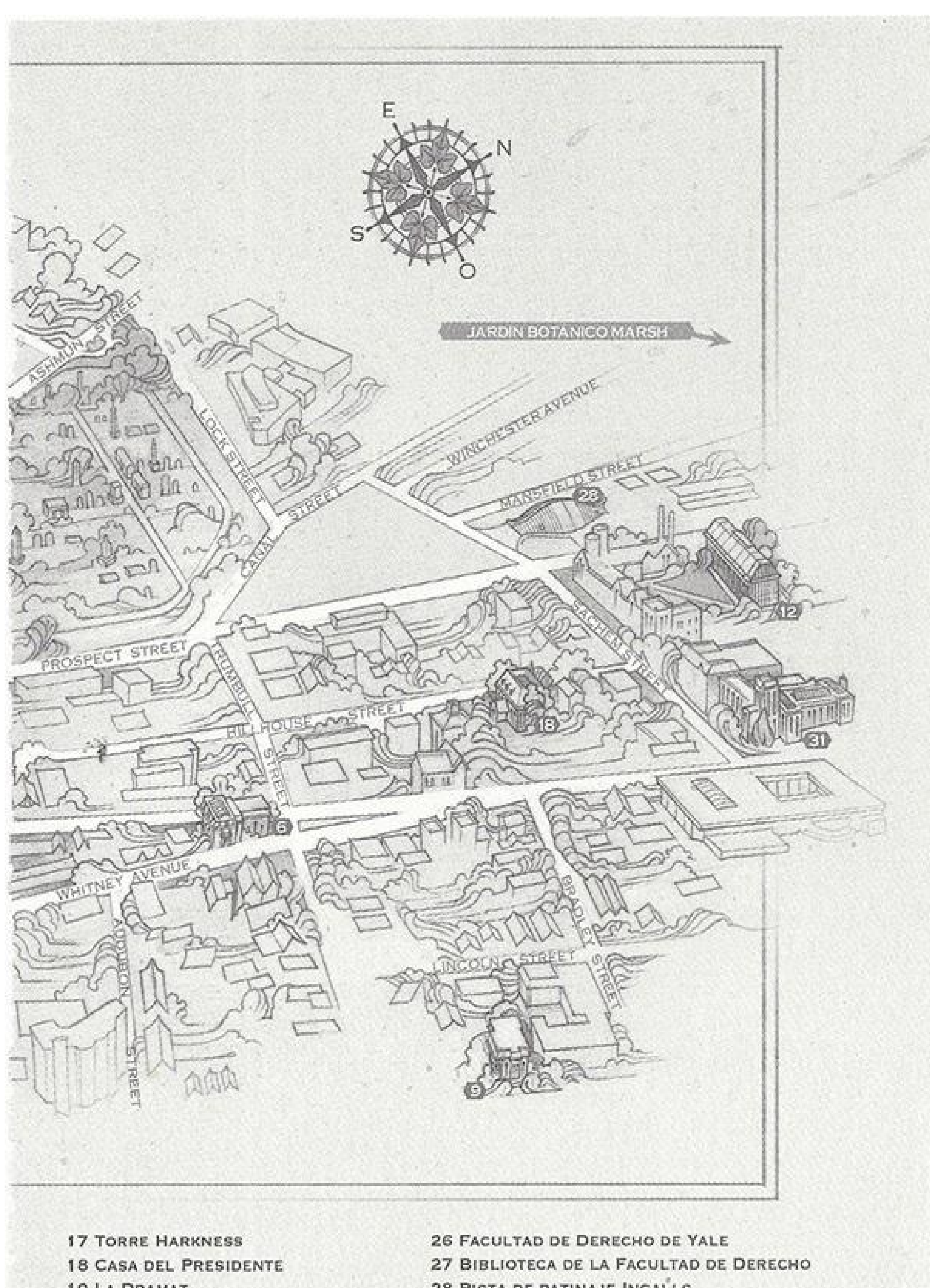
Título original: *Ninth House*
Leigh Bardugo, 2019
Traducción: Carlos Loscertales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Ay una moza y una moza   que nonse espanta de la muerte
porque tiene padre y madre   y sus doge hermanos cazados.
Caza de tres tabacades   y un cortijo enladriado.
En medio de aquel cortijo   havia un mansanale
que da mansanas de amores   en vierno y en verano.
Adientro de aquel cortijo   siete grutas hay fraguada.
En cada gruta y gruta   ay echado cadenado…
El Huerco que fue ligero   se entró por el cadenado.

—La moza y el Huerco, romance sefardí


UNIVERSIDAD DE YALE
NEW HAVEN (CONNECTICUT)
BLACK ELM Y WESTVILLE
HOSPITAL YALE NEW HAVEN
BROADWAY
PARK STREET
YORK STREET
HIGH STREET
COLLEGE STREET
FÁBRICA NORTH & SONS
TEMPLE STREET
ELM STREET
WALL STREET
GROVE STREET
CHURCH STREET
COMISARÍA Y ESTACIÓN DE TREN DE NEW HAVEN
1 La Calavera y las Tibias
2 El Libro y la Serpiente
3 El Pergamino y la Llave
4 El Manuscrito
5 La Cabeza del Lobo
6 Bercelio
7 San Telmo
8 La Madriguera
9 Il Bastone
10 Sheffield-Sterling-Strathcona Hall
11 Rosenfeld Hall
12 Escuela de Silvicultura
13 Biblioteca de manuscritos y libros raros Beinecke
14 Comunal
15 Vanderbilt Hall
16 Linsly-Chittenden Hall



17 Torre Harkness
18 Casa del Presidente
19 La Dramat
20 Colegio mayor Jonathan Edwards
21 Colegio mayor Grace Hopper
22 Colegio mayor Davenport
23 Gimnasio Payne Whitney
24 Cementerio de Grove Street
25 Biblioteca Sterling Memorial
26 Facultad de Derecho de Yale
27 Biblioteca de la Facultad de Derecho
28 Pista de patinaje Ingalls
29 Club Elihú
30 Club Isabelino
31 Museo de Historia Natural Peabody
32 Escenario del asesinato de Tara

Prólogo

Principios de primavera

Cuando Alex consiguió limpiar las manchas de sangre de su abrigo de lana bueno, ya hacía demasiado calor para ponérselo. La primavera había llegado a regañadientes; el cielo de la mañana no conseguía pasar de un azul desvaído, las tardes eran húmedas y melancólicas, y las carreteras seguían bordeadas por una suerte de sudo y tozudo merengue de escarcha. Sin embargo, a mediados de marzo, los estrechos campos delimitados por los senderos de piedra del Campus Viejo habían empezado a sudar la nieve que los cubría; la tierra emergía húmeda, negra y tachonada de briznas de hierba aplastada mientras Alex, sentada en el alféizar acolchado de la ventana, en las habitadones escondidas en la planta superior del 268 de York, leía *Características recomendadas de los candidatos a Leteo*.

Se oía el tictac del reloj de la chimenea, y también las campanillas de la tienda de ropa de abajo cada vez que los clientes entraban o salían. Los miembros de Leteo llamaban a aquel apartamento «la Madriguera»; el local comercial de abajo había sido, a lo largo de los años, una zapatería, una tienda de montañismo y un minimercado Wawa veinticuatro horas, con Taco Bell incluido. Por aquel entonces, en los diarios de Leteo solo había quejas por el tufo a cebolla y frijoles refritos que se filtraba por el suelo, hasta que en 1995 alguien había hechizado la Madriguera y la escalera trasera que daba al callejón para que siempre olieran a suavizante y a clavo.

Alex no sabía exactamente en qué momento de las difusas semanas transcurridas desde el incidente de la mansión de Orange había encontrado aquel folleto de recomendaciones de la Casa Leteo. Solo había comprobado su correo electrónico una vez, en el viejo ordenador de sobremesa de la Madriguera, y lo había vuelto a apagar nada más ver la larga cadena de mensajes del decano Sandow. Había dejado que se le agotara la batería del móvil, pasado olímpicamente de las clases y contemplado cómo iban brotando hojas en los nudos de las ramas, como si el árbol fuera una mujer

probándose anillos. Se había zampado todo lo que había en las despensas y la nevera; primero los quesos *gourmet* y los sobres de salmón ahumado, y después las latas de judías y melocotón en almíbar de unas cajas que decían SOLO EMERGENCIAS. Cuando se le acabaron, empezó a pedir comida a domicilio como si no hubiera un mañana y lo cargó todo a la cuenta de Darlington, que seguía funcionando. El esfuerzo de bajar y subir las escaleras la agotaba tanto que tenía que descansar un rato antes de desgarrar el envoltorio del almuerzo o la cena. A veces ni se molestaba en comer y se quedaba dormida en el alféizar o directamente en el suelo, al lado de las bolsas de plástico y los recipientes envueltos en papel de aluminio. Nadie venía a verla. Ya no quedaba nadie.

El folleto estaba impreso y grapado de cualquier manera; en la portada había una foto en blanco y negro de la torre Harkness y la frase «Somos los pastores» debajo. Seguramente los fundadores de la Casa Leteo no estaban pensando en Johnny Cash al elegir su lema, pero cada vez que ella veía esas palabras se acordaba de las Navidades, del viejo colchón de la casa okupa de Len en Van Nuys, donde Alex se tumbaba cuando todo le daba vueltas, con un frasco de mermelada de arándanos a medio comer a su lado y la voz de Johnny Cash cantando *We are the shepherds, ive walked'cross the mountains. We left our flocks when the new star appeared*[1] Recordaba a Len dándose la vuelta sobre el colchón, deslizándole la mano bajo la camiseta y susurrándole al oído:

—Pues vaya mierda de pastores.

Los requisitos de los candidatos de la Casa Leteo aparecían al final del folleto. Se habían actualizado por última vez en 1962.

Rendimiento académico notable, con especial hincapié en Historia y Química.
Facilidad para los idiomas y nociones prácticas de latín y griego.
Buena salud e higiene. Se recomienda un régimen de ejercicio físico habitual.
Señales de una personalidad equilibrada y discreta.
Se desaconseja el interés por lo arcano, pues suele delatar un carácter asocial.
Pocos o ningún remilgo a la hora de afrontar las realidades del cuerpo humano.
MORS VINCIT OMNIA.

Alex (cuyas nociones de latín no eran precisamente prácticas) buscó el significado de la última frase: «La muerte lo conquista todo». En el margen, alguien había garabateado la palabra *irrumat* por encima de *vincit* con un boli azul, tapando el original casi por completo.

Bajo las recomendaciones de Leteo había una frase más: *Solo ha habido dos excepciones en los requisitos de los candidatos: Lowell Scott (Filología Inglesa, 1909) y Sinclair Bell Braverman (sin titulación, 1950), con resultados dispares*.

Allí también habían garabateado una nota al margen; en esta ocasión, la letra de Darlington (apretada y picuda como un electrocardiograma) era inconfundible: *Alex Stern*. Pensó en la sangre empapando y oscureciendo la alfombra de la vieja mansión Anderson, en el vivo color blanco del fémur del decano asomándole por el muslo y en el tufo a chuchos salvajes impregnando el aire.

Alex dejó un lado el envoltorio de falafel frío de Mamoun's y se limpió las manos en su chándal de la Casa Leteo. Fue cojeando hasta el cuarto de baño, abrió el frasco de Zolpidem y se puso una pastilla bajo la lengua. Ahuecó la mano bajo el grifo y contempló cómo el agua se derramaba sobre sus dedos mientras oía el desagradable ruido de succión del desagüe. *Solo ha habido dos excepciones en los requisitos de los candidatos*.

Por primera vez desde hacía semanas, Alex echó un vistazo a la chica del espejo mojado y observó cómo esa chica magullada se levantaba la camiseta de tirantes llena de manchas amarillas de pus. La herida del costado de Alex era un desgarrón profundo, cubierto por una costra negra. La curva visible de aquel mordisco no se curaría fácilmente, si es que se curaba. Su mapa había cambiado. Su costa había sido alterada. *Mors irrumat omnia*. La muerte nos jode a todos.

Alex palpó con cuidado la piel enrojecida e hinchada que rodeaba las marcas de dientes. Se le estaba infectando. Sintió cierta inquietud; su mente la empujaba hacia la autoconservación, pero la idea de coger el teléfono y llamar a un coche para ir al centro de salud de la universidad (la mera secuencia de reacciones que desencadenaría con cada acción) era abrumadora, y el dolor palpitante y cálido de su cuerpo prendiéndose fuego casi le hacía compañía. A lo mejor le entraba fiebre y empezaba a alucinar.

Contempló las costillas prominentes bajo los cardenales del torso, que se difuminaban poco a poco; sus venas azules parecían cables de alta tensión derribados por el viento. Tenía los labios agrietados, erizados de pellejos

secos. Pensó en su nombre escrito en el margen del folleto: ella era la tercera excepción.

—Definitivamente, los resultados han sido dispares —dijo, sorprendiéndose al oír su propia voz ronca y seca. Se echó a reír, y el desagüe pareció reír con ella. Tal vez ya tuviera fiebre.

Bajo el resplandor fluorescente de las luces del cuarto de baño, Alex agarró los bordes del mordisco y se hundió los dedos en el costado, pellizcando la carne que rodeaba los puntos de sutura hasta que el dolor la cubrió como un manto, sumiéndola en la bendita inconsciencia.

Eso fue en primavera. Pero los problemas habían comenzado en pleno invierno, la noche en que Tara Hutchins murió y Alex todavía creía que podría salirse con la suya.

La Calavera y las Tibias, la más antigua de las sociedades inmuebles, la primera de las ocho Casas del Velo, se fundó en 1832. Los Calaveras ostentan más presidentes, editores, magnates industriales y altos funcionarios que ninguna otra sociedad (para consultar la lista completa de exalumnos, ver Apéndice C), y la elección del verbo «ostentar» no es baladí. Los Calaveras son conscientes de su influencia y esperan que los delegados de Leteo les muestren deferencia. Pero harían bien en recordar su propio lema: Ricos o pobres, la muerte nos iguala a todos. Haz gala de la discreción y la diplomacia propias de tu cargo y tu vínculo con Leteo, pero ten siempre presente que nuestro cometido no consiste en alimentar la vanidad de la flor y nata de Yale, sino en interponernos entre los vivos y los muertos.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos de la Novena Casa

Los Calaveras se consideran titanes entre gañanes; más quisieran. Pero lo importante es que sirven alcohol del bueno y que sus chicas son fetén.

—Diario de Leteo de George Petit (Colegio mayor Saybrook, 1956)

1

Invierno

Alex corría por la explanada diáfana de Beinecke Plaza; sus botas resonaban al pisar las losas cuadradas de cemento visto. La gigantesca construcción cúbica que albergaba la colección de libros raros parecía flotar sobre su propia planta inferior. De día, los paneles del edificio emitían un resplandor ambarino que le daba el aspecto de una colmena dorada y bruñida, más semejante a un templo que a una biblioteca. Pero de noche parecía una tumba. Aquella zona del campus no terminaba de encajar con el resto de Yale: allí no había ni rastro de piedra gris, arcos góticos ni afloramientos rebeldes de edificios de ladrillo rojo. Darlington le había explicado que en realidad estos últimos no procedían de la época colonial, sino que solamente imitaban ese estilo arquitectónico. Le había explicado por qué Beinecke había sido construida de esa manera: la idea era encajar en aquel rincón de la arquitectura del campus y reflejar su estilo, pero a Alex le seguía pareciendo más propia de una película de ciencia ficción de los setenta. Casi era de esperar que los estudiantes vistieran monos ceñidos o túnicas demasiado cortas y se alimentaran exclusivamente de comida granulada y de una extraña bebida llamada el Extracto. Incluso la gran escultura de metal (que ahora ya sabía que era de Alexander Calder) le recordaba al negativo de una gigantesca lámpara de lava.

—Es una Calder —murmuró para sus adentros. Así hablaban todos en el campus al discutir sobre arte. Ninguna obra era «de» un artista. Esa escultura es una Calder. Ese cuadro es un Rothko. Esa casa es una Neutra.

Y Alex era un desastre. La noche había empezado cargada de buenas intenciones: quería avanzar en su trabajo sobre la novela británica moderna y salir con tiempo de sobra para llegar a la pronosticación. Pero se había quedado sobada en una de las salas de lectura de la biblioteca Sterling, con un ejemplar de *Nostromo* balanceándose en su mano y los pies apoyados en el tubo de la calefacción. A las diez y media se había despertado con un

sobresalto y la mejilla babeada. Su grito («¡Mierda!») había resonado como un escopetazo en la silenciosa biblioteca, y Alex había escondido la cara tras la bufanda mientras se colgaba la bolsa del hombro y emprendía la retirada.

Atajó por el Comunal, pasando por debajo de la rotonda en la que estaban grabados en mármol los nombres de los caídos en guerra, bajo la mirada de las estatuas de piedra que montaban guardia (Paz, Devoción, Memoria y finalmente Coraje, que llevaba encima un casco, un escudo y poco más; siempre le había recordado más a una *stripper* que a una plañidera). Bajó los escalones a toda prisa y atravesó la intersección de College y Grove.

El campus tenía la costumbre de cambiar de rostro de hora en hora y de manzana en manzana. Alex siempre tenía la impresión de que lo veía por primera vez. Esta noche era un sonámbulo de respiración profunda y regular. La gente con la que se cruzaba de camino a SSS parecía inmersa en un sueño: ojos caídos, rostros vueltos entre sí y vasos de café humeante en las manos enguantadas. Alex tenía la inquietante sensación de que estaban soñando con ella, con una chica de abrigo oscuro que desaparecería en cuanto despertaran.

El Sheffield-Sterling-Strathcona Hall también dormitaba; las aulas estaban cerradas a cal y canto y los pasillos bañados por el resplandor mortecino de las luces de bajo consumo. Alex subió a la segunda planta por las escaleras y oyó ecos procedentes de una de las salas de conferencias. El Yale Social organizaba un cinefórum los jueves por la noche. Mercy había pegado el horario en la puerta de su habitación de la resi, pero Alex no se había molestado en mirarlo. Tenía los jueves a tope.

Tripp Helmuth estaba recostado contra la pared, al lado de las puertas de la sala de conferencias. Saludó a Alex con la cabeza, adormilado. Incluso bajo aquella luz tenue era evidente que tenía los ojos enrojecidos. Había estado fumando antes de venir. Tal vez por eso los Calaveras veteranos le habían endosado el turno de vigilancia. O se había presentado voluntario.

—Llegas tarde —le dijo—. Ya han empezado.

Alex lo ignoró y echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que el pasillo estuviera despejado. No tenía por qué darle explicaciones a Tripp Helmuth. Además, habría sido una muestra de debilidad. Hundió el pulgar en una muesca casi invisible del panel de la pared. La idea era deslizarlo lateralmente, pero siempre se atascaba. Alex le dio un fuerte empujón con el hombro y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando se abrió de golpe.

—Cuidado, fiera —le dijo Tripp.

Alex cerró la puerta tras de sí y avanzó por el estrecho pasadizo a oscuras.

Por desgracia, Tripp tenía razón. La pronosticación ya había empezado. Alex entró en el viejo anfiteatro de operaciones procurando hacer el menor ruido posible.

Se trataba de una estancia sin ventanas, encajada entre la sala de conferencias y un aula que usaban los estudiantes de posgrado para las clases de debate. Era una antigualla de la vieja escuela de Medicina, que solía impartir sus clases en SSS antes de trasladarse a un edificio propio. Los gestores del trust que financiaba a La Calavera y las Tibias habían sellado la entrada de la sala y la habían camuflado con una pared falsa alrededor de 1932. Todos esos datos los había aprendido en *El legado de Leteo*, en lugar de leer *Nostromo*, que era lo que debería haber hecho.

Nadie se molestó en mirar a Alex. Todos tenían los ojos clavados en el Arúspice, cuyo rostro delgado estaba oculto tras una mascarilla quirúrgica. Su bata de color azul claro estaba manchada de sangre. Las manos del Arúspice, protegidas con guantes de látex, se movían metódicamente entre las entrañas del… ¿paciente? ¿Sujeto? ¿Sacrificio? Alex no estaba segura de qué término aplicar al hombre que yacía sobre la mesa. «Sacrificio» no. La idea es que sobreviva. Parte de su trabajo consistía en asegurarse de que no le pasara nada durante aquel proceso y de que regresara sano y salvo al pabellón del hospital del que lo habían sacado. *¿Y cómo estará dentro de un año?*, se preguntó. *¿Y dentro de cinco?*

Alex miró de reojo al hombre de la mesa: Michael Reyes. Había leído su informe hacía dos semanas, cuando lo habían elegido para el ritual. Las paredes del estómago estaban sujetas con pinzas de acero, de tal manera que su abdomen parecía una flor, una orquídea rosada y abierta, con el centro rojo y húmedo. *Eso tiene que dejar marca*. Pero Alex ya tenía bastante con preocuparse por su propio futuro. Reyes tendría que arreglárselas.

Desvió la mirada y procuró respirar por la nariz; notaba que se le revolvía el estómago y que la boca le sabía a metal. Había visto muchas heridas y lesiones graves, pero siempre en muertos. Las heridas de los vivos eran muchísimo peores: un cuerpo humano adherido a la vida únicamente por el pitido metálico y regular de un monitor. Llevaba en el bolsillo unos caramelos de jengibre confitado para las náuseas (consejo de Darlington), pero no se decidía a sacar uno y desenvolverlo.

En vez de eso, volvió los ojos hacia un punto intermedio, mientras el Arúspice pronunciaba una serie de números y letras: símbolos y precios de acciones de diversas empresas de la Bolsa de Nueva York. Más adelante pasaría a la NASDAQ, Euronext y los mercados asiáticos. Alex no se molestó

en intentar descifrarlos. Las indicaciones para comprar, vender o mantener acciones se daban en un holandés incomprensible, el idioma del comercio, de la primera bolsa y de la vieja Nueva York, además del idioma oficial de los Calaveras. Cuando se fundó La Calavera y las Tibias, demasiados estudiantes de Yale conocían el griego y el latín, así que necesitaban un idioma más misterioso para sus asuntos.

—El holandés es más difícil de pronunciar —le había dicho Darlington—. Además, así los Calaveras tienen una excusa para visitar Amsterdam. —Darlington (cómo no) sabía latín, griego y holandés. También hablaba francés, mandarín y un portugués bastante decente. Alex acababa de empezar Español II. Gracias a las clases de primaria y al batiburrillo de refranes sefardíes de su abuela, había pensado que sería una asignatura fácil, pero no había contado con conceptos como el subjuntivo. Menos ahora ya sabía preguntar si a Gloria le apetecía ir a la discoteca mañana por la noche.

Una ráfaga de disparos amortiguados hizo retumbar la pared desde la sala del cinefórum. El Arúspice levantó la vista del intestino delgado húmedo y rosado de Michael Reyes con evidente fastidio.

Están viendo Scarface, comprendió Alex cuando la música subió de volumen y se oyó un coro de voces atronadoras:

—*¿Queréis jugar fuerte? ¡Adelante!*

Los espectadores coreaban las frases de Tony Montana como si estuvieran viendo *Rocky Horror*. Alex debía de haber visto *Scarface* unas cien veces. Era una de las pelis favoritas de Len. Qué predecible: le gustaba cualquier cosa «de tipo duro». Era como si hubiera encargado por correo el kit de «Cómo hacerse pandillero». Cuando conocieron a Hellie en el paseo marítimo de Venice y Alex vio su cabello rubio con raya en medio, como un telón que enmarcara el escenario de sus ojazos azules, le recordó inmediatamente a Michelle Pfeiffer con su camisón de satén. Solo le faltaba el flequillo liso. Pero ahora, con aquel tufo a sangre impregnando el aire, no quería pensar en Hellie. Len y Hellie pertenecían a su antigua vida. No pintaban nada en Yale. Aunque claro, Alex tampoco.

A pesar de los recuerdos, Alex agradecía cualquier ruido que silenciara el chapoteo del Arúspice en las tripas de Michael Reyes. ¿Qué vería en ellas? Darlington le había dicho que las pronosticaciones eran muy parecidas a leer el futuro en las cartas del tarot o en los huesecillos de un animal. Pero aquello parecía muy distinto. Y muy específico. Los videntes solían decirte cosas imprecisas y reconfortantes, como «Echas de menos a alguien» o «El año que viene encontrarás la felicidad».

Alex observó a los Calaveras encapuchados, congregados alrededor del cuerpo que yacía en la mesa mientras el escriba anotaba las predicciones qué más tarde facilitarían a gestores de fondos de alto riesgo e inversores privados de todo el mundo, los mismos que se encargaban de financiar a los Calaveras y a sus exalumnos. Entre los antiguos Calaveras había expresidentes, diplomáticos y al menos un director de la CIA. Alex pensó en Tony Montana metido en su majestuosa bañera y diciendo: *¿Sabes qué es el capitalismo?* Miró de reojo el cuerpo inconsciente de Michael Reyes. *Tony, no tienes ni idea*.

Por el rabillo del ojo, Alex percibió movimiento en los bancos que dominaban la zona de operaciones. En el anfiteatro había siempre dos grises que se sentaban en el mismo sitio, a escasas filas de distancia: una enferma mental a la que le habían extirpado los ovarios y el útero durante una histerectomía en 1926 (una operación por la que le habrían pagado seis dólares en caso de haber sobrevivido) y un estudiante de Medicina que había muerto congelado alrededor de 1880 en un fumadero de opio, a miles de kilómetros de distancia, pero que siempre volvía a su antiguo asiento para ver pasar la vida en la zona de operaciones, aunque de vida tuviera más bien poco. Las pronosticaciones solo se celebraban en el anfiteatro cuatro veces al año, al comienzo de cada trimestre fiscal, pero parecía suficiente para él.

Darlington solía decir que tratar con fantasmas era como montar en metro: «No mires a nadie a los ojos. No hables con nadie. De lo contrario, nunca se sabe quién podría seguirte hasta casa». Era más fácil decirlo que hacerlo cuando la única otra cosa que podía mirar Alex en aquella sala era a un hombre jugueteando con las entrañas de otro como si fueran fichas de *mahjong*.

Recordó el sobresalto de Darlington al darse cuenta de que Alex no solo podía ver a los fantasmas sin la ayuda de pociones ni hechizos, sino que además los veía en color. A Alex le había hecho gracia su reacción, extrañamente furiosa.

—¿En qué color los ves? —le había preguntado entonces, bajando las botas negras de la mesita de café hasta hacerlas chocar pesadamente contra la tarima del saloncito de Il Bastone.

—En color. Como si estuvieran en una Polaroid vieja. ¿Por qué? ¿Cómo los ves tú?

—Grises —le había respondido con brusquedad—. Por eso los llamamos «grises».

Alex se había encogido de hombros, sabiendo que ese gesto de indiferencia cabrearía aún más a Darlington.

—No es para tanto.

—No, para ti no —había murmurado Darlington antes de marcharse a grandes zancadas y pasarse el resto del día en la sala de entrenamiento, desfogándose.

En aquel momento Alex se había sentido ufana, satisfecha de saber que no todo le resultaba fácil a Darlington. Pero ahora, mientras caminaba en círculo por el perímetro del anfiteatro, comprobando los pequeños símbolos de tiza dibujados en cada punto cardinal, se sentía nerviosa e insegura. Llevaba así desde que había puesto un pie en el campus. No, incluso desde antes. Desde que el decano Sandow se había sentado junto a su cama del hospital y le había dado unas palmaditas en la muñeca esposada; recordaba sus dedos manchados de nicotina.

—Te vamos a dar una oportunidad.

Pero esa era la antigua Alex. La Alex de Hellie y de Len. La Alex de Yale nunca había estado esposada, nunca se había metido en una pelea ni se había follado a un desconocido en un lavabo para saldar una deuda de su novio. La Alex de Yale no se quejaba por las dificultades; era una niña buena que se esforzaba por estar a la altura.

Sin éxito. Debería haber llegado al anfiteatro con antelación para supervisar el trazado de los símbolos y asegurarse de que el círculo fuera seguro. Unos grises tan antiguos como los que ahora merodeaban sobre los bancos escalonados no solían causar problemas, ni siquiera cuando los atraía la sangre, pero la pronosticación era una magia poderosa, y el trabajo de Alex consistía en verificar que los Calaveras siguieran los protocolos adecuados y fueran prudentes. Pero era todo fachada. Se había pasado la noche anterior empollando, intentando memorizar los símbolos correctos y la proporción adecuada de tiza, carbón y hueso. Joder, si hasta se había preparado unas tarjetas mnemotécnicas y las había estado repasando entre capítulo y capítulo de Joseph Conrad.

Alex creyó que los dibujos estaban más o menos bien hechos, pero sabía tanto de símbolos de protección como de la novela británica moderna. Cuando había asistido con Darlington a la pronosticación de otoño, ¿había prestado atención? No. Había estado demasiado ocupada mascando jengibre, mareada por lo extraño que era todo y rezando por no echar la pota y quedar en ridículo. Pensaba que tendría tiempo de sobra para aprender bajo la tutela de Darlington. Pero los dos se habían equivocado.

—*Voorhoofd*! —exclamó el Arúspice. Uno de los Calaveras, una chica, se adelantó. ¿Melinda? ¿Miranda? No recordaba el nombre de aquella pelirroja, pero sí que formaba parte de un grupo femenino de canto a capela que se llamaba Whim ’n Rhythm. La chica enjugó la frente del Arúspice con un paño blanco y volvió a fundirse con el grupo.

Alex procuraba no mirar al hombre de la mesa, pero se le iban los ojos a su rostro. *Michael Reyes, cuarenta y ocho años, esquizofrénico paranoide*. ¿Recordaría algo al despertar? Cuando intentara contárselo a alguien, ¿lo tomarían por loco? Alex sabía exactamente lo que era eso. *Yo también podría haber terminado en esa mesa*.

—Los Calaveras prefieren que estén lo más locos posible —le había explicado Darlington—. Creen que así las predicciones son mejores. —Alex le había preguntado el motivo—. Cuanto más loca está la víctima, más cerca está de Dios.

—¿Es verdad eso?

—«El alma solo se revela mediante el misterio y la locura» —había recitado él antes de encogerse de hombros—. Y su saldo bancario les da la razón.

—¿Y eso nos parece bien? —le había insistido Alex—. ¿Nos parece bien que abran en canal a un pobre diablo para que Chauncey pueda redecorar su casita de veraneo?

—No conozco a ningún Chauncey —le había respondido Darlington—. Aunque aún no he perdido la esperanza. —Se había hecho el silencio en la armería mientras él la miraba con gesto serio—. Nada puede detener esto. Hay demasiada gente poderosa que depende de lo que hacen las sociedades. Antes de que existiera Leteo, nadie las vigilaba. Así que decide: puedes hacer pucheros, berrear y perder tu beca… o puedes quedarte, cumplir con tu trabajo y hacer todo el bien que puedas.

Ya entonces Alex se había preguntado si habría algo más, si el deseo de Darlington de saberlo *todo* lo ataba a Leteo con la misma firmeza que su sentido del deber. Pero no había dicho nada entonces, y tampoco pensaba hacerlo ahora.

Habían encontrado a Michael Reyes en una de las camas públicas del Yale New Haven. Para el mundo exterior, era igual que cualquier otro paciente: un vagabundo de esos que desfilaban por pabellones de psiquiatría, salas de urgencias y cárceles, tomando su medicación de manera intermitente. Reyes tenía un hermano en Nueva Jersey que figuraba como pariente más

próximo y había firmado la autorización de lo que supuestamente era un procedimiento médico rutinario para tratar una lesión intestinal.

A Reyes lo cuidaba exclusivamente una enfermera llamada Jean Gatdula, que llevaba trabajando tres turnos de noche seguidos. No había pestañeado ni protestado cuando (aparentemente por un error burocrático) le habían asignado dos noches más en el pabellón. Esa semana, sus compañeras posiblemente se habían fijado en que Jean siempre llegaba al hospital con un bolso enorme. Dentro ocultaba una pequeña nevera portátil en la que guardaba la comida de Michael Reyes: un corazón de paloma para mayor claridad, raíz de geranio y hierbas amargas. Gatdula no tenía ni idea de para qué servían esos alimentos ni qué destino le aguardaba a Michael Reyes, como tampoco sabía lo que pasaba después con los demás pacientes «especiales» de los que cuidaba. Ni siquiera sabía para quién trabajaba; una vez al mes recibía un cheque que le hacía mucha falta para compensar todo lo que perdía su marido en las mesas de *blackjack* del casino Foxwoods.

Alex no sabía si eran imaginaciones suyas o si de verdad los intestinos de Reyes olían a perejil picado, pero su estómago volvió a rebelarse. Necesitaba desesperadamente respirar aire fresco; estaba sudando debajo de toda aquella ropa. El anfiteatro de operaciones siempre estaba helado, refrigerado por unos conductos independientes del resto del edificio, pero los enormes focos halógenos portátiles que iluminaban la pronosticación daban mucho calor.

Se oyó un leve gemido. Alex se volvió inmediatamente hacia Michael Reyes mientras una estampa terrible le cruzaba la mente: Reyes despertaba y se veía atado a una mesa, rodeado de encapuchados y con las tripas al aire. Pero sus párpados seguían cerrados y su pecho subía y bajaba de forma regular. El gemido continuó, más fuerte que antes. ¿Quizá alguien más se estaba mareando? Pero ninguno de los Calaveras parecía indispuesto. Sus rostros atentos resplandecían como lunas en el anfiteatro en tinieblas, con los ojos fijos en la pronosticación.

El gemido seguía aumentando, como un viento que recorría la estancia y rebotaba en sus oscuras paredes de madera. No los mires a los ojos, se recordó Alex. *Solo asegúrate de que los grises*… Reprimió un grito de alarma.

Los grises ya no estaban en sus asientos.

Estaban inclinados sobre la barandilla que rodeaba el anfiteatro de operaciones, aferrando la superficie de madera con los dedos, con el cuello y el torso estirados hacia el borde del círculo de tiza, como dos animales intentando beber en un abrevadero.

No los mires. Era la voz de Darlington quien la advertía. *No los mires fijamente*. Hacía falta muy poco para que un gris formara un vínculo contigo y ya no se despegara de ti. Y en este caso era más peligroso porque Alex ya conocía las historias de esos grises. Llevaban allí tanto tiempo que las anteriores generaciones de delegados de Leteo habían documentado su pasado. Pero sus nombres habían sido tachados de todos los documentos.

—Si no conoces un nombre —le había explicado Darlington—, no podrás pensarlo ni sentirás la tentación de pronunciarlo. —Un nombre implicaba cierta intimidad.

No los mires. Pero Darlington no estaba allí.

La mujer se encontraba desnuda; tenía los senos pequeños y endurecidos por el frío que debía de haber sentido al morir. Se llevó una mano a la herida abierta del vientre, acariciando con ternura la carne, como si indicara tímidamente que estaba encinta. No la habían cosido después de operarla. El chico (porque era un chico, flaco y de rostro aniñado) vestía una chaqueta amplia de color verde botella y unos pantalones manchados. Los grises siempre tenían el mismo aspecto que en el momento de su muerte. Pero había algo obsceno en la imagen de ambos codo con codo, la una desnuda y el otro vestido.

Todos los músculos de los grises estaban en tensión; tenían los ojos desorbitados y fijos, y los labios muy abiertos. Los agujeros negros de sus bocas eran sendas cavernas; de allí surgía el lastimero sonido, que no era tanto un gemido como un ruido monocorde e inhumano. Le recordaba a los avisperos que había encontrado un verano en el garaje del apartamento de Studio City de su madre, al zumbido mecánico de los insectos en un rincón oscuro. El Arúspice continuaba recitando en holandés. Otro Calavera acercó un vaso de agua a los labios del escriba mientras este seguía anotando. El aire estaba cargado de un denso olor a sangre, especias y mierda.

Los grises seguían inclinándose centímetro a centímetro, temblando, con los labios distendidos y la boca demasiado abierta, como si se les hubieran desencajado las mandíbulas. Toda la sala parecía vibrar.

Pero Alex era la única que los veía.

Por eso Leteo la había traído a Yale, por eso el decano Sandow había accedido a regañadientes a hacerle su oferta de oro a una chica esposada. Aun así, Alex miró en torno suyo, con la esperanza de que alguien más la entendiera, de que alguien le ofreciera ayuda.

Retrocedió un paso, con el corazón retumbándole en el pecho. Los grises eran dóciles, perezosos, sobre todo unos tan antiguos como aquellos. Al

menos eso creía Alex. ¿Era esta una de las lecciones que Darlington no había llegado a darle aún?

Se estrujó el cerebro para intentar recordar los escasos ensalmos que Darlington le había enseñado el semestre pasado, los hechizos de protección. Siempre podía usar las palabras fúnebres como último recurso. ¿Funcionarían contra unos grises en ese estado? Debería haberse llenado los bolsillos de sal, haber traído caramelos para distraerlos, cualquier cosa. *Lo básico*, decía Darlington dentro de su cabeza. *Se domina enseguida*.

La barandilla de madera que aferraban los dedos de los grises empezó a deformarse y crujir. Esta vez, la cantante pelirroja levantó la mirada, preguntándose de dónde venían esos ruidos.

La madera estaba a punto de astillarse. Los símbolos debían de estar mal hechos; el círculo de protección no iba a aguantar. Alex miró a la izquierda y derecha, observando a los inútiles Calaveras con sus túnicas ridículas. Si Darlington estuviera allí, se quedaría a luchar. Se aseguraría de repeler a los grises y proteger a Reyes.

Los focos halógenos comenzaban a titilar.

—Que te den, Darlington —murmuró Alex entre dientes, dándose la vuelta para escapar.

Bum.

La estancia entera se sacudió, y Alex trastabilló. El Arúspice y los demás Calaveras la fulminaron con la mirada.

Bum.

Era el sonido de algo que llamaba desde el otro mundo. Algo muy grande. Algo que no podían permitir que entrara.

—¿Es que nuestra Dante está borracha? —murmuró el Arúspice.

Bum.

Alex abrió la boca para gritar, para decirles que huyeran antes de que las barreras que contenían a aquel ser cedieran del todo.

De pronto, el gemido cesó por completo. Era como si acabaran de ponerle el tapón a una botella. El monitor seguía pitando. Las luces vibraban.

Los grises habían vuelto a sus asientos, ignorándose. Ignorándola.

Alex notaba la blusa húmeda y pegada al cuerpo, empapada en sudor bajo el abrigo. Olía su propio miedo amargo impregnándole la piel. Los focos halógenos continuaban emitiendo su fulgor caliente y blanco. El anfiteatro palpitaba como un órgano lleno de sangre. Los Calaveras la miraban fijamente. En la sala de al lado empezaron a sonar los títulos de crédito.

En la barandilla, justo donde se habían agarrado los grises, sobresalían unas astillas blancas como la seda de maíz.

—Lo siento —masculló Alex, antes de doblarse en dos y vomitar en el suelo de piedra.

Cuando finalmente cosieron a Michael Reyes, ya eran casi las tres de la madrugada. El Arúspice y casi todos los Calaveras se habían retirado hacía horas, para quitarse el olor del ritual y prepararse para la fiesta, que duraría hasta bien entrado el amanecer.

Quizá el Arúspice volvería directamente a Nueva York, cómodamente sentado en el asiento de piel color crema de una limusina negra, o quizá participaría en la celebración y elegiría a alguno (o a varios) de aquellos solícitos universitarios. Le habían dicho que «atender» al Arúspice se consideraba un honor. Tal vez podía llegar a parecerlo si uno estaba lo bastante colocado y borracho, pero a Alex le sonaba más bien a que los estaban prostituyendo para el fulano que pagaba las facturas.

La pelirroja (resultó que se llamaba Miranda, «como el personaje de *La tempestad*») la había ayudado a limpiar el vómito. Había sido muy maja con ella, y Alex casi se sentía mal por no recordar su nombre.

Ya habían sacado a Reyes del edificio en una camilla, camuflado con velos de ofuscamiento que le daban la apariencia de un voluminoso equipo de sonido cubierto con un plástico protector. Esa era la parte más peligrosa de toda la velada, al menos para la sociedad. La Calavera y las Tibias solamente destacaba por la pronosticación y, evidentemente, a los miembros de El Manuscrito no les interesaba compartir sus glamures con otra sociedad. La magia que mantenía unidos los velos de Reyes flaqueaba con cada bache; la camilla se desdibujaba y los pitidos del equipo médico y el ventilador todavía se oían. Si alguien se detenía a examinar de cerca lo que estaban transportando por el pasillo, los Calaveras tendrían un serio problema, pero seguramente no sería nada que no se pudiera solucionar con un buen soborno.

Alex iría a visitar a Reyes cuando regresara al pabellón, y volvería una semana más tarde para asegurarse de que no había habido complicaciones. No era la primera vez que alguien moría después de una pronosticación, aunque solamente había ocurrido una vez desde 1898, cuando se había fundado la Casa Leteo para supervisar a las sociedades. Un grupo de Calaveras habían matado accidentalmente a un vagabundo durante una apresurada pronosticación de emergencia, después del crac de la bolsa de 1929. Tras el

incidente, las pronosticaciones se habían prohibido durante los siguientes cuatro años, y La Calavera había estado a punto de perder su gigantesca tumba de piedra roja de High Street.

—Para eso existimos —le había dicho Darlington mientras Alex hojeaba las páginas de los registros de Leteo, en las que figuraban los nombres de cada víctima y la fecha de la pronosticación—. *Somos los pastores*, Stern.

Sin embargo, Darlington había torcido el gesto cuando Alex le había enseñado una inscripción en los márgenes de *El legado de Leteo*.

—¿Qué significa «MMM»?

—Menos mendigos muertos —le había explicado Darlington, suspirando.

Vaya con la noble misión de la Casa Leteo. Sin embargo, Alex no se sentía demasiado superior esta noche; había estado a unos segundos de abandonar a Michael Reyes para salvarse el culo.

Alex tuvo que soportar una larga retahíla de bromas sobre su regurgitada cena de pechuga de pollo a la plancha y regalices, pero se quedó en el anfiteatro para asegurarse de que los demás Calaveras siguieran el protocolo adecuado (o eso esperaba ella) para desinfectar la sala.

Se prometió a sí misma que volvería más tarde para esparcir polvo de huesos por el anfiteatro. Los recordatorios de la muerte eran la mejor forma de mantener a raya a los grises. Por eso los cementerios se contaban entre los lugares con menos fantasmas del mundo. Pensó en las bocas abiertas de los dos grises, en ese horrible zumbido insectil. Algo había intentado entrar por la fuerza en el círculo de tiza. Al menos eso le había parecido. Los grises (los fantasmas) eran inofensivos. Por lo general. Era muy difícil que se manifestaran en el mundo mortal, independientemente de la forma adoptada. Y cruzar el último Velo… Volverse físicos, capaces de tocar… capaces de hacer daño… Sí, podían hacerlo. Alex lo sabía muy bien. Pero era casi imposible.

Aun así, se habían celebrado cientos de pronosticaciones en aquel anfiteatro, y Alex nunca había oído hablar de que un gris irrumpiera o Interfiriera en ellas bajo una forma física. ¿Por qué su comportamiento había cambiado esta noche?

Si es que ha cambiado.

El mayor regalo que le había dado Leteo a Alex no era el viaje a Yale, aquel nuevo comienzo que había borrado su pasado como una quemadura química. Era el conocimiento, la certeza de que las cosas que veía eran reales y siempre lo habían sido. Pero había vivido demasiado tiempo preguntándose

si estaba loca como para dejar de hacerlo ahora. Darlington la habría creído. Él siempre la creía. Pero Darlington no estaba.

Volverá, se dijo. Dentro de una semana habría luna nueva y lo traerían a casa.

Alex tocó la barandilla astillada, pensando ya en cómo iba a describir la pronosticación en los registros de la Casa Leteo. El decano Sandow los revisaba siempre, y a Alex no le apetecía tener que explicar que había ocurrido algo fuera de lo normal. Además, sin contar con que habían estado revolviendo en las tripas de un hombre inconsciente, no había ocurrido nada malo.

Cuando Alex salió del pasadizo, Tripp Helmuth despegó la espalda de la pared.

—¿Ya están terminando?

Alex asintió e inspiró hondo para disfrutar del aire perceptiblemente más fresco del pasillo, ansiosa por salir de allí.

—Da mal rollo, ¿eh? —le dijo Tripp con una sonrisa burlona—. Si quieres, puedo conseguirte parte de las transcripciones cuando las pasen a limpio. Te vendrá bien para la deuda académica.

—¿Qué coño sabrás tú de deudas? —le soltó antes de poder contenerse. A Darlington no le habría gustado. Alex tenía que mantenerse cortés, distante y diplomática. Además, estaba siendo hipócrita. Leteo se había asegurado de que completara sus estudios sin la temida nube de deudas sobre su cabeza… si es que sobrevivía a cuatro años de exámenes, trabajos y noches como aquella.

Tripp levantó las manos con gesto de rendición, riendo nerviosamente.

—Eh, que yo solo intento buscarme la vida. —Tripp estaba en el equipo de vela, era un Calavera de tercera generación, un caballero ilustrado, un *golden retriever* de pura raza: bobalicón, repeinado y caro. Tenía las mejillas sonrosadas de un bebé regordete, el cabello rubio arena y la piel todavía bronceada por el sol de la islita en la que habría pasado las vacaciones de invierno. Se comportaba con la pachorra de alguien a quien siempre le había ido y le iría *guay*, el niño de las mil segundas oportunidades—. ¿Estamos bien? —preguntó, ansioso.

—Estamos bien —contestó Alex, aunque ella no estaba bien en absoluto. Todavía sentía la reverberación de aquel lamento en los pulmones, en el cráneo—. Es que el aire estaba muy cargado ahí dentro.

—¿Verdad que sí? —dijo Tripp, deseoso de hacer las paces—. Al final no está tan mal tener que quedarme aquí fuera toda la noche. —No parecía

demasiado convencido.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —Alex veía asomar un vendaje bajo la chaqueta cortavientos de Tripp.

El chico se remangó, mostrando el antebrazo cubierto por un plástico grasiento.

—Me he ido a tatuar hoy con unos colegas.

Alex miró más de cerca el tatuaje: un *bulldog* saltando por el centro de una gran Y. El equivalente masculino del «amigas para siempre».

—Mola —mintió.

—¿Tú tienes tatus? —Sus ojos adormilados la miraron de arriba abajo, como intentando despojarla de sus prendas invernales, igual que todos los capullos que iban por la Zona Cero y le acariciaban la clavícula y los bíceps, trazando el contorno de los dibujos. «¿Y este qué significa?».

—No. No me van. —Alex se envolvió el cuello con la bufanda—. Mañana iré al pabellón del hospital, a ver qué tal está Reyes.

—¿Quién? Ah, ya. Vale. ¿Y dónde está Darlington, por cierto? ¿Ya ha empezado a endosarte los trabajos de mierda?

Tripp toleraba a Alex y trataba de ser majo con ella porque le gustaba que todo el mundo le rascara la barriguita, pero Darlington le caía bien de verdad.

—En España —contestó, tal y como le habían pedido.

—Guay. Dile *Buenos días*[2] de mi parte.

Si Alex hubiera podido decirle algo a Darlington, habría sido «Vuelve». Se lo habría dicho en inglés y en español. En imperativo.

—*Adiós*[3] —le dijo a Tripp—. Pásalo bien en la fiesta.

Cuando salió del edificio, Alex se arrancó los guantes, desenvolvió dos caramelos pegajosos de jengibre y se los metió en la boca. Estaba cansada de pensar en Darlington, pero el olor del jengibre y el calor que le generaba en la garganta avivaban su recuerdo. Veía de nuevo su largo cuerpo tendido delante de la gran chimenea de Black Elm. Se había descalzado para secar los calcetines en la repisa. Estaba bocarriba, con los ojos cerrados y la cabeza recostada sobre los brazos flexionados, meneando los dedos de los pies al ritmo de la música que sonaba en la habitación, una obra clásica que Alex no conocía, llena de trompas que dejaban curvas enfáticas de sonido flotando en el aire.

Alex estaba sentada en el suelo, a su lado, abrazándose las rodillas, con la espalda apoyada en un viejo sofá, intentando parecer relajada y dejar de mirarle los pies. Parecían tan… *desnudos*. Se había remangado los vaqueros negros para no mojarse la piel. Aquellos esbeltos pies blancos, con los dedos

cubiertos por una pizca de vello, la habían hecho sentir un tanto obscena, como si fuera una pervertida de otra época, escandalizada por ver un simple tobillo desnudo.

Que te den, Darlington. Volvió a ponerse los guantes con brusquedad.

Por un instante, se quedó paralizada, indecisa. Debería volver a la Casa Leteo y redactar su informe para el decano Sandow, pero lo que de verdad le apetecía era dejarse caer en la estrecha litera de la habitación que compartía con Mercy y dormir todo lo que pudiera antes de tener que ir a clase. A esas horas, todavía no tendría que idear ninguna excusa para las cotillas de sus compañeras de habitación. Pero si dormía en Leteo, Mercy y Lauren exigirían saber dónde y con quién había pasado la noche.

Darlington le había sugerido inventarse un novio para justificar sus largas ausencias y noches sin dormir.

—Si lo hago, tarde o temprano tendré que enseñarles a un ser humano con forma masculina que me mire embobado —había replicado Alex con frustración—. ¿Cómo lo has conseguido tú durante estos tres años?

Darlington se había encogido de hombros.

—Mis compañeros de cuarto daban por hecho que era un picaflor. —Si Alex pudiera haber girado los ojos un poco más, habrían acabado mirando hacia atrás.

—Está bien, está bien. Les dije que tocaba en un grupo con unos tíos de la Universidad de Connecticut y que ensayamos a menudo.

—¿Por lo menos tocas algún instrumento?

—Claro que sí.

Tocaba el chelo, el contrabajo, la guitarra, el piano y un chisme llamado «ud».

Con un poco de suerte, Mercy dormiría profundamente cuando Alex llegara al dormitorio y podría colarse dentro para apoderarse de su cestillo de ducha y salir de nuevo al pasillo sin que nadie se diera cuenta. No sería fácil. Cada vez que interferías con el Velo que separaba este mundo del siguiente, se te pegaba un tufillo similar al ozono de una tormenta eléctrica, mezclado con el olor a podrido de una calabaza abandonada demasiado tiempo en un alféizar. La primera vez que había cometido el error de volver a la *suite* sin ducharse primero, había tenido que inventarse que había tropezado con un montón de basura. Mercy y Lauren se habían partido de risa durante semanas.

Alex pensó en la ducha mugrienta de su residencia… y después en la enorme y vieja bañera con garras del impoluto cuarto de baño de Il Bastone, y también en su cama de cuatro postes, tan alta que tenía que auparse para

subir. Supuestamente, Leteo tenía refugios y escondites repartidos por todo el campus de Yale, pero a Alex solo le habían enseñado la Madriguera e Il Bastone. La Madriguera estaba más cerca de la resi de Alex y de la mayoría de sus clases, pero no era más que un apartamento cómodo aunque destartalado, situado encima de una tienda de ropa y bien surtido de bolsas de patatas fritas y de las barritas de proteínas de Darlington; un lugar donde echarse una siesta rápida en el desvencijado sofá de muelles torcidos. Il Bastone era especial: una mansión de tres plantas, a casi dos kilómetros del corazón del campus, que servía como sede principal de Leteo. Óculo estaría esperándola allí esa noche, con las lámparas encendidas y una bandeja de té, coñac y sándwiches. Era la tradición, incluso si Alex no se presentaba para disfrutar de todo ello. Sin embargo, el precio de todo aquel lujo era tener que vérselas con Oculo, y esta noche no tenía ánimos para hacer frente a los tensos silencios de Dawes. Era preferible regresar a la residencia con el pestazo del trabajo de la velada.

Alex cruzó la calle y atajó por la rotonda. Le costaba no mirar hacia atrás, no pensar en los grises situados al borde del círculo de protección con la boca demasiado abierta, como dos pozos negros en los que reverberaba aquel grave sonido insectil. ¿Qué habría pasado si la barandilla se hubiera roto, si el círculo de tiza no hubiera resistido? ¿Qué era lo que los había provocado? ¿Habría tenido Alex la fuerza o el conocimiento necesarios para contenerlos? *Pasa punto, pasa mundo*.

Alex se arrebujó en su abrigo y enterró el rostro en la bufanda, notando el aliento húmedo en la lana mientras se apresuraba a dejar atrás la biblioteca Beinecke.

—Si te quedas encerrada allí durante un incendio, se extrae todo el oxígeno —le había asegurado Lauren—. Para proteger los libros.

Alex sabía que era mentira. Se lo había dicho Darlington. Él conocía la verdad de aquel edificio, todas sus caras. Había sido construido siguiendo el ideal platónico (el edificio era un templo), empleando las mismas proporciones que utilizaban algunos tipógrafos para sus páginas (el edificio era un libro), y su mármol había sido extraído en Vermont (el edificio era un monumento). La entrada estaba diseñada para que solo pudiera pasar una persona a la vez, cruzando la puerta giratoria como un penitente. Recordó a Darlington poniéndose los guantes blancos para manejar los valiosos manuscritos, apoyando sus largos dedos en sus páginas con reverencia. Igual que hacía Len al contar dinero.

Había una sala en Beinecke, escondida en… No recordaba la planta. Y aunque se hubiera acordado, no habría ido allí. No tenía cojones para bajar al patio, dibujar el patrón secreto en la ventana con los dedos y adentrarse en la oscuridad. Aquel lugar había sido muy querido para Darlington. Era el sitio más mágico de todo el campus, y también donde Alex más se sentía una farsante.

Echó mano a su teléfono para comprobar la hora, esperando que no fuera mucho más tarde de las tres. Si conseguía lavarse y meterse en la cama a las cuatro, todavía podría dormir tres horas y media antes de tener que levantarse y cruzar el campus otra vez para ir a clase de Español. Los mismos cálculos se repetían todas las noches, a cada rato. ¿Cuánto tiempo le llevaría acabar el trabajo? ¿Cuánto podría descansar? Y nunca lograba que esas cuentas terminaran de cuadrar. Iba tirando como buenamente podía, estirando el chicle, quedándose siempre un pelín corta, con el pánico permanentemente pegado a los talones.

Alex miró la pantalla iluminada y soltó un taco. Tenía un montón de mensajes sin leer. Había puesto el móvil en silencio durante la pronosticación y se había olvidado de volver a encenderlo.

Todos los mensajes eran de la misma persona: Oculo, Pamela Dawes, la estudiante de posgrado que se ocupaba del mantenimiento de las residencias de Leteo, además de ser su ayudante de investigación. «Pammie», aunque solo Darlington la llamaba así.

Llama.

Llama.

Llama.

Todos los mensajes habían llegado exactamente con quince minutos de diferencia. O Dawes estaba siguiendo algún protocolo o era mucho más cuadriculada de lo que pensaba Alex.

Se planteó ignorar sus mensajes. Pero era jueves, la noche en que las sociedades se reunían, y eso significaba que alguna gilipollez había desembocado en algo más grave. Tal vez los payasos cambiaformas de La Cabeza del Lobo se habían transformado en un rebaño de búfalos y habían atropellado a los estudiantes que salían de Branford.

Buscó refugio contra el viento tras una de las columnas de Beinecke y marcó el número.

Dawes cogió el teléfono al primer tono.

—Al habla Óculo.

—Al había Dante —contestó Alex, sintiéndose imbécil. Ella era Dante. Darlington era Virgilio. Así funcionaría Leteo hasta que Alex llegara a su último curso y recibiera el cargo de Virgilio para ser a su vez mentora de un alumno nuevo. Cuando Darlington le había revelado sus nombres en clave (sus «cargos», como decía él), Alex había asentido y esbozado su misma sonrisa cómplice, fingiendo que entendía el chiste. Más tarde había investigado y descubierto que Virgilio había sido el guía de Dante durante su descenso a los infiernos. Otra broma de la Casa Leteo que se le escapaba.

—Hay un cuerpo en el Payne Whitney —dijo Dawes—. Centurión ya está allí.

—Un cuerpo —repitió Alex, preguntándose si la fatiga había minado su capacidad para comprender el lenguaje humano elemental.

—Sí.

—¿Quieres decir un cadáver?

—Sí-í. —Era evidente que Dawes intentaba aparentar calma, pero la palabra se le atragantó, transformando su única sílaba en un hipido musical.

Alex apoyó la espalda en la columna, sintiendo la fría piedra a través del abrigo. La recorrió una punzada de adrenalina e irritación.

¿Me estás vacilando? Era lo que quería preguntarle. Porque era lo que le parecía. Que se estaban cachondeando de ella. Que volvía a ser el bicho raro, la que hablaba sola, la que estaba tan desesperada por hacer amigas que, cuando Sarah McKinney había quedado con ella en Tres Muchachos después de clase para que Alex intentara hablar con su abuela, porque las dos solían ir mucho por allí y Sarah la echaba mucho de menos, había accedido. La niña a la que habían dejado plantada delante del restaurante mexicano más cutre del centro comercial más cutre del Valle, hasta que no le quedó más remedio que llamar a su madre para que la recogiera porque allí no venía nadie. Pues claro que no venía nadie.

Esto es real, se recordó. Y Pamela Dawes sería muchas cosas, pero no era una gilipollas del estilo de Sarah McKinney.

Y eso quería decir que había muerto alguien.

¿Y ella tenía que hacer algo al respecto?

—Eh… ¿Ha sido un accidente?

—Posible homicidio. —Dawes parecía estar esperando a que le hiciera exactamente esa pregunta.

—Vale —contestó Alex, porque no tenía ni idea de qué decir.

—Vale —repitió Dawes, incómoda. Ya había pronunciado su gran frase y no veía el momento de hacer mutis por el foro.

Alex colgó el teléfono y se quedó allí plantada, en el silencio lúgubre y ventoso de la plaza desierta. Había olvidado más de la mitad de todo lo que Darlington había intentado enseñarle antes de desaparecer, pero definitivamente nunca había mencionado el asesinato.

Aunque no sabía por qué; si los dos iban a visitar el infierno juntos, el asesinato no parecía mal lugar para empezar.

2

Otoño pasado

Daniel Arlington se enorgullecía de estar preparado para cualquier cosa, pero si le hubieran pedido que describiera a Alex Stern en pocas palabras, habría dicho que era «una sorpresa inoportuna». Se le ocurrían muchos otros términos, pero ninguno de buena educación, y Darlington siempre procuraba guardar las formas. De haberse criado con sus padres (el diletante de su padre y su inteligente pero frívola madre), tal vez sus prioridades en la vida habrían sido otras, pero lo había criado su abuelo, Daniel Tabor Arlington III, que creía firmemente que la solución a la mayoría de los problemas pasaba por un buen whisky escocés, mucho hielo y unos modales impecables.

Pero su abuelo no había conocido a Galaxy Stern.

Darlington fue a buscar a Alex a su habitación de la residencia Vanderbilt en un día pegajoso y deprimente de la primera semana de septiembre. Podría haber esperado a que ella misma se presentara en la mansión de Orange, pero en el primer año de universidad de Darlington, su mentora, la inimitable Michelle Alameddine, la que sería su Virgilio, le había dado la bienvenida a Yale y lo había iniciado en los misterios de la Casa de Leteo yendo a buscarlo personalmente a las residencias para novatos del Campus Viejo. Darlington estaba decidido a hacer las cosas bien, aunque todo lo referente al «asunto Stern» hubiera empezado con mal pie.

Él no había elegido a Galaxy Stern como su Dante. De hecho, la mera existencia de Alex le había privado de algo que llevaba esperando con ganas durante sus tres años en Leteo: el momento en el que podría honrar a otra persona con el trabajo que él tanto amaba, el momento en el que abriría el telón del mundo ordinario delante de un alma digna pero desconcertada. Hacía solo unos meses que había acarreado las cajas llenas de solicitudes de los nuevos alumnos de primero y las había amontonado en el gran salón de Black Elm, nervioso y emocionado, decidido a leer (o al menos echar un

vistazo) a más de mil ochocientos informes antes de redactar y enviar sus recomendaciones a los exalumnos de la Casa Leteo. Pensaba ser justo, abierto de miras y concienzudo, y al final elegiría a veinte candidatos para el cargo de Dante. Leteo comprobaría sus antecedentes en busca de posibles problemas de salud, indicios de enfermedades mentales o inestabilidad financiera antes de emitir su decisión final.

Darlington se había hecho un organigrama; quería saber cuántas solicitudes tendría que revisar diariamente para seguir teniendo tiempo libre por las mañanas para trabajar en la finca, y por las tardes para su empleo en el Museo Peabody. Aquel día de julio iba mejor de lo previsto, leyendo la solicitud número 324: Mackenzie Hoffer, 800 en verbal y 720 en matemáticas, nueve asignaturas de nivel universitario durante su penúltimo año de secundaria y un blog sobre el tapiz de Bayeux en inglés y francés. Parecía muy prometedora… hasta que llegó a su carta de presentación, en la que se comparaba con Emily Dickinson. Darlington acababa de arrojar su carpeta al montón de «rechazados» cuando el decano Sandow lo llamó para informarlo de que su búsqueda había terminado. Ya tenían a la candidata. La decisión de los exalumnos había sido unánime.

Darlington había querido protestar. Diablos, había estado a punto de liarse a golpes con lo primero que pillara. Pero se había limitado a ordenar la montaña de carpetas que tenía delante mientras decía:

—¿Y quién es? Tengo todos los informes aquí mismo.

—El suyo no. Ella no envió ninguna solicitud. Es más, ni siquiera ha terminado la secundaria. —Antes de que Darlington pudiera manifestar su indignación, Sandow añadió—: Daniel, esta chica puede ver a los grises.

Darlington se había detenido en seco, con la mano encima del informe de Mackenzie Hoffer (dos veranos en Hábitat para la Humanidad). No era solo que Sandow lo hubiera llamado por su nombre de pila, cosa que rara vez hacía. *Esta chica puede ver a los grises*. La única forma de que un vivo pudiera ver a los muertos era ingiriendo el Orozcerio, un elixir de infinita complejidad, cuya elaboración requería una habilidad y una atención al detalle impecables. Él mismo lo había intentado destilar a los diecisiete años, antes de haber oído hablar siquiera de Leteo, cuando solamente tenía la vaga esperanza de que el mundo albergara algo más que aquello que le habían hecho creer. Su empeño solo había servido para dejarlo postrado en una sala de urgencias, sangrando por ojos y oídos durante dos días.

—¿Ha conseguido destilar un elixir? —le había preguntado al decano, asombrado y (admitámoslo) un poco celoso.

Se hizo un silencio, que duró lo suficiente para que Darlington se levantara, apagara la lámpara del escritorio de su abuelo y saliera al porche trasero de Black Elm. Desde allí podía ver la sucesión de casas que descendían en una leve pendiente por Edgewood hasta el campus y (mucho más lejos) el estrecho de Long Island. Antaño, todos los terrenos hasta Central Avenue formaban parte de Black Elm, pero los habían ido vendiendo poco a poco, a medida que la fortuna de los Arlington menguaba. La casa, su jardín de rosales y el ruinoso laberinto en la linde del bosque eran lo único que quedaba, al igual que Darlington era el único que quedaba para cuidar, podar y mimar la finca, a fin de mantenerla con vida. Empezaba a caer el largo y lento crepúsculo veraniego, repleto de mosquitos y de luciérnagas resplandecientes. Vio la cola blanca de Cosmo, retorcida en forma de interrogante, mientras el gato merodeaba entre la hierba crecida, acechando a algún animalillo.

—Los ve sin elixires —replicó Sandow—. A simple vista.

—Ah —dijo Darlington, contemplando a un zorzal que picoteaba con desgana la base rota y desportillada de lo que en otro tiempo había sido una fuente rematada con un obelisco. No había nada más que decir. Aunque Leteo se había fundado para supervisar las actividades de las sociedades secretas de Yale, su misión secundaria consistía en desentrañar los misterios de lo que había más allá del Velo. Llevaban años documentando historias de personas que podían ver fantasmas (algunas confirmadas y otras simples rumores). Si la junta había hallado a una chica capaz de hacerlo y podían reclutarla… No había vuelta de hoja. Debería estar ansioso por conocerla.

Tenía ganas de ponerse a beber como un cosaco.

—A mí me hace tan poca gracia como a ti —le aseguró Sandow—. Pero ya sabes en qué situación estamos. Este es un año importante para Leteo. Necesitamos que todo el mundo esté contento. —Leteo tenía la responsabilidad de vigilar a las Casas del Velo, pero también dependía de ellas para su financiación. Era año de reevaluación, y hacía tanto tiempo que no se producían incidentes en las sociedades que estas empezaban a refunfuñar; tal vez no tenían por qué seguir rascándose el bolsillo para mantener a Leteo—. Te enviaré sus archivos. Esta chica no… no es la Dante que deseábamos, pero procura tener la mente abierta.

—Por supuesto —dijo Darlington, porque esa era la respuesta que se esperaba de un caballero—. Por supuesto que sí.

Había intentado cumplirlo. Incluso después de leer su informe, después de ver la grabación de la entrevista con Sandow en un hospital de Van Nuys

(California), después de oír su voz ronca de viento madera, lo había intentado. La habían encontrado desnuda y comatosa en el escenario de un crimen, al lado de otra chica que no había tenido la suerte de sobrevivir al fentanilo que habían tomado ambas. Los detalles del caso eran más tristes y sórdidos de lo que imaginaba, y había intentado sentir lástima por ella. Su Dante, la chica a la que iba a regalar las llaves de un mundo secreto, era una delincuente y una drogadicta que había dejado los estudios y a la que no le importaban en absoluto las cosas que tanto le importaban a él. Pero lo había intentado.

Y sin embargo, nada lo había preparado para el impacto al verla en la destartalada sala común de Vanderbilt, una estancia pequeña pero de techo alto, con tres ventanas alargadas que daban a un patio con forma de herradura y dos puertas estrechas que conducían a los dormitorios. En la sala común reinaban el caos y la dejadez propios de una mudanza de primer año: el suelo sembrado de cajas y ningún mueble propiamente dicho, tan solo una lámpara coja y una maltrecha butaca junto a una chimenea que llevaba años apagada. Una rubia musculosa con pantalón corto de *running* (Lauren, seguramente: estudiante de Medicina de notas impecables y capitana del equipo de *hockey* de su instituto privado de Filadelfia) estaba colocando un tocadiscos moderno pero de aspecto retro en un estante, sobre el asiento del alféizar de la ventana; una caja de plástico llena de vinilos hacía equilibrios a su lado. Probablemente también había sido ella la que se había traído la butaca en el camión de mudanzas desde el condado de Bucks hasta New Haven. Anna Breen (de Huntsville [Texas], beca de ciencias y directora de coro) estaba sentada en el suelo, intentando ensamblar lo que parecía ser una estantería. Era evidente que esa chica nunca terminaría de encajar. Acabaría en un grupo de canto o como voluntaria en su iglesia. Definitivamente, no saldría de fiesta con sus compañeras de cuarto.

En ese momento, otras dos chicas salieron de uno de los dormitorios, acarreando a duras penas entre las dos un escritorio universitario abollado.

—¿Vais a dejarlo aquí? —preguntó Anna con fastidio.

—Necesitamos más sitio —se disculpó una chica con un vestido de flores. Darlington sabía que era Mercy Zhao (piano; 800 en matemáticas, 800 en verbal; premiada por sus ensayos sobre Rabelais y una extravagante pero fascinante comparación entre un pasaje de *El ruido y la furia* y la descripción de un peral en *Los cuentos de Canterbury* que había suscitado el interés de los departamentos de Filología Inglesa de Yale y de Princeton).

Y entonces, Galaxy Stern (sin graduado escolar ni más logros que haber sobrevivido a su propia miseria) emergió del dormitorio a oscuras, vestida

con una camiseta de manga larga y unos vaqueros negros totalmente inapropiados para el calor que hacía, sosteniendo un extremo del escritorio con sus brazos escuálidos. La baja resolución del vídeo de la entrevista con Sandow captaba su cabello moreno y lacio, pero no la precisión milimétrica de la raya central; captaba sus ojos hundidos, pero no su intenso color negro como la tinta. Se la veía desnutrida; las clavículas se le marcaban como dos signos de exclamación bajo la camiseta. Tenía la piel tan brillante que casi parecía húmeda, pero no como la de una ondina saliendo de las aguas, sino más bien como la de una *rusalka* de dientes afilados.

O tal vez solo necesitaba un tentempié y una buena siesta.

De acuerdo, Stern. Vamos allá.

Darlington llamó a la puerta con los nudillos y entró en la estancia con una sonrisa franca y amplia mientras las dos chicas dejaban el escritorio en un rincón de la sala común.

—¡Alex! Tu madre me pidió que viniera a ver si estabas bien. Soy yo, Darlington.

Durante un instante, se quedó totalmente perdida, casi presa del pánico, pero entonces imitó su sonrisa.

—¡Ey! No te había reconocido.

Bien. Sabía adaptarse.

—¿No nos vas a presentar? —dijo Lauren, mirándolo con interés mientras sacaba de la caja un vinilo de *A Day at the Races*, de Queen.

Le tendió la mano a la chica.

—Soy Darlington, el primo de Alex.

—¿También estás en el J. E.? —le preguntó Lauren.

Darlington recordaba aquella sensación de inmerecida camaradería. Al inicio del curso, todos los alumnos de primer año se repartían entre varios colegios mayores donde comerían casi siempre y dormirían cuando abandonaran el Campus Viejo en su segundo año. Se comprarían una bufanda con los colores de su colegio mayor y se aprenderían sus lemas y sus canciones. Alex pertenecía a Leteo, igual que Darlington, pero la habían asignado al Jonathan Edwards, bautizado así por el predicador del fuego y el azufre.

—Estoy en el Davenport —contestó Darlington—. Pero yo no vivo en el campus. —Le había gustado vivir en el Davenport, con su comedor y su gran patio de césped, pero no quería que Black Elm estuviera desatendida, y con el dinero que se había ahorrado en alojamiento había podido arreglar las goteras

que había detectado en el salón de baile la primavera pasada. Además, a Cosmo le gustaba estar acompañado.

—¿Tienes coche? —le preguntó Lauren. Mercy se echó a reír.

—Madre mía, qué vergüenza.

Lauren se encogió de hombros.

—¿Y cómo quieres que vayamos al Ikea? Nos hace falta un sofá. —Lauren iba a ser la líder de aquel grupito, la que sugeriría a qué fiestas ir y la que las obligaría a reservar una habitación para jugar al Liquor Treat[4] en Halloween.

—Lo siento —respondió Darlington con una sonrisa de disculpa—. No puedo llevaros. Por lo menos hoy. —Ni ningún otro día—. Y me temo que tengo que robaros a Alex.

Alex se secó las manos en los vaqueros.

—Todavía nos estamos instalando —dijo con vacilación, casi con esperanza. Se le estaban formando dos círculos de sudor en las axilas.

—Una promesa es una promesa —replicó él, guiñándole un ojo—. Y ya sabes lo importante que es la familia para mi madre.

Detectó un centelleo rebelde en sus ojos negros como el alquitrán, pero finalmente dijo:

—Vale.

—¿Nos dejas pasta para el sofá? —le preguntó Lauren a Alex, guardando el vinilo de Queen en la caja con brusquedad. Esperaba que no fuera un original.

—Claro —dijo Alex, volviéndose hacia él—. La tía Eileen dijo que pondría dinero para el sofá nuevo, ¿no?

La madre de Darlington se llamaba Harper, y seguramente nunca hubiera oído la palabra «Ikea».

—¿Ah, sí?

Alex se cruzó de brazos.

—Seh.

Darlington cogió su cartera del bolsillo trasero, sacó trescientos dólares en efectivo y se los dio a Alex, que a su vez se los tendió a Lauren.

—No te olvides de enviarle una nota de agradecimiento.

—Descuida —dijo Alex—. Ya sé que le encantan esas cosas.

Cuando salieron y echaron a andar por el césped del Campus Viejo, dejando atrás las torres y las almenas de ladrillo rojo de Vanderbilt, Darlington le dijo:

—Me debes trescientos dólares. No pienso regalaros un sofá.

—Te lo puedes permitir —replicó Alex fríamente—. Sospecho que eres de la rama buena de la familia, primito.

—Necesitabas una excusa para quedar conmigo a menudo.

—Y una mierda, Me estabas poniendo a prueba.

—Mi trabajo consiste en ponerte a prueba.

—Pensaba que tu trabajo consistía en enseñarme. No es lo mismo.

Por lo menos no era idiota.

—Está bien. Pero las visitas a tu querida tía Eileen podrán justificar que llegues tan tarde de vez en cuando.

—¿De qué horas estamos hablando?

Darlington percibía preocupación en su voz. ¿Era precavida o perezosa?

—¿Qué te ha contado el decano Sandow?

—No mucho. —Se despegó la camiseta del vientre, intentando refrescarse.

—¿Por qué te vistes así? —No quería preguntárselo, pero Alex parecía muy incómoda (el sudor seguía extendiéndose por las axilas de su camiseta negra de cuello abotonado) y completamente fuera de lugar. Una chica con tanta facilidad para mentir debería saber camuflarse mejor.

Alex se limitó a mirarlo de soslayo.

—Es que soy muy recatada.

Darlington no supo qué responder, así que señaló uno de los dos edificios idénticos de ladrillo rojo que bordeaban el camino.

—Este es el edificio más antiguo del campus.

—No parece antiguo.

—Está muy bien cuidado. Pero estuvo a punto de desaparecer. La gente pensaba que arruinaba el aspecto general del Campus Viejo y querían demolerlo.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—Hay registros de una campaña de conservación, pero lo cierto es que Leteo descubrió que el edificio tenía un filón.

—¿Eh?

—Un filón espiritual. Formaba parte de un viejo ritual para proteger el campus. —Giraron a la derecha por un sendero que conducía al rastrillo de Phelps Gate, un sucedáneo del estilo medieval—. Ese era el aspecto que tenía antes todo el campus: edificios pequeños de ladrillo rojo. Estilo colonial. Se parecía mucho a Harvard. Pero después de la Guerra Civil se levantaron las murallas. Ahora casi todo el campus se construye así, con fortalezas amuralladas, como un castillo.

El Campus Viejo era el ejemplo perfecto de ello: un enorme recinto cuadrangular de altísimas residencias de piedra en torno a un gran patio bañado por el sol y abierto a los visitantes… hasta que caía la noche y las puertas se cerraban a cal y canto.

—¿Por qué?

—Para mantener fuera a la chusma. Después de la guerra, los soldados regresaban a New Haven asalvajados, casi todos solteros y muchos trastornados. También hubo una oleada de inmigración: irlandeses, italianos, esclavos liberados… todos buscaban trabajo como obreros. Yale no quería saber nada.

Alex se echó a reír.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Darlington. Ella miró de reojo hacia su residencia.

—Mercy es china. Tenemos una vecina nigeriana. Y yo soy una mestiza de la hostia. Al final hemos conseguido colarnos.

—Ha sido un asedio largo y lento. —La palabra «mestiza» le parecía un cebo peligroso. Miró con atención su cabello moreno, sus ojos negros y su tez aceitunada. Tal vez fuera griega. O mexicana. O blanca—. Madre judía. No hay nada sobre tu padre, pero supongo que tuviste uno.

—No llegué a conocerlo.

Había algo más que no le estaba contando, pero no iba a insistir.

—Todos dejamos alguna casilla en blanco. —Habían llegado a Phelps Gate, la gran galería reverberante que conducía hasta College Street, saliendo de la relativa seguridad del Campus Viejo. No quería desviarse. Tenían mucho terreno que cubrir, literal y metafóricamente—. Esto es el Green de New Haven —dijo mientras recorrían uno de los caminos de piedra—. Cuando se fundó la colonia, aquí se erigió la casa consistorial. La ciudad iba a ser un nuevo Edén, fundado entre dos ríos, como el Tigris y el Eufrates.

Alex frunció el ceño.

—¿Por qué hay tantas iglesias?

En el Green había tres; dos de ellas de estilo federal, casi gemelas, y la tercera una joya del neogótico.

—Esta ciudad tiene casi una iglesia por manzana. O tenía. Algunas están cerrando porque la gente ha dejado de ir.

—¿Tú vas? —preguntó Alex.

—¿Y tú?

—No.

—Yo sí —dijo Darlington—. Tradición familiar.

Percibió un centelleo prejuicioso en la mirada de Alex, pero no necesitaba justificarse. *A la iglesia el domingo y a trabajar el lunes*. Así eran los Arlington. Una vez, a los trece años, Darlington se había rebelado, diciendo que se arriesgaba a incurrir en la ira de Dios con tal de dormir un poco más. Su abuelo lo había sacado de la cama agarrándolo de la oreja, a pesar de sus ochenta años. «Me da igual en qué creas», le había dicho. «El obrero cree en Dios y espera que nosotros también, así que vístete y derechito a la iglesia si no quieres que te deje el culo en carne viva». Darlington había obedecido, y lo había seguido haciendo incluso después de la muerte de su abuelo.

—En el Green se construyó la primera iglesia y el primer cementerio de la ciudad. Es un lugar de inmenso poder.

—Ya… no me digas.

Se dio cuenta de que los hombros de Alex estaban más relajados y que caminaba de otra manera. Ya no parecía estar a punto de soltarle un guantazo a alguien.

Darlington intentó no sonar demasiado ansioso.

—¿Qué estás viendo? —Alex no respondió—. Sé lo que puedes hacer. No es ningún secreto.

La mirada de Alex seguía distante, casi desinteresada.

—Es solo que esto está desierto. Nunca veo gran cosa en los cementerios y eso.

Y eso. Darlington miró a su alrededor, pero solo veía lo mismo que todo el mundo: estudiantes, funcionarios del juzgado o trabajadores de las tiendas que bordeaban Chapel, disfrutando del sol durante la hora de comer.

Darlington sabía que los caminos que parecían dividir arbitrariamente el Green en realidad habían sido trazados por un grupo de masones para intentar aplacar y contener a los muertos cuando el cementerio se trasladó unas manzanas. Sabía que desde lo alto se distinguía el contorno del compás masónico (o un pentagrama, según a quién preguntaras). Sabía en qué punto exacto se había venido abajo el Roble de Lincoln tras el huracán Sandy, dejando al descubierto un esqueleto humano entre sus raíces, uno de tantos cuerpos que nunca se habían llevado al cementerio de Grove Street. Él veía la ciudad de un modo diferente porque la conocía, y ese conocimiento no era fruto de la casualidad, sino de la veneración. Pero por mucha pasión que tuviera, él no podía ver a los grises. No sin el Orozcerio, sin volver a beber del cuenco dorado. Se estremeció. Cada nueva dosis era un riesgo, otra posibilidad de que su cuerpo dijera «hasta aquí» y sufriera un fallo renal.

—Es lógico que no los veas por aquí —le explicó a Alex—. Hay ciertas cosas que los traen a los cementerios, pero por lo general no se acercan.

Ahora ya había captado su atención. En sus ojos resplandecía un interés genuino, el primer atisbo de algo más que suspicacia y reticencia.

—¿Por qué?

—Los grises aman la vida y cualquier cosa que se la recuerde. La sal, el azúcar, el sudor. Las peleas, el sexo, las lágrimas, la sangre y los dramas humanos.

—Pensaba que la sal los ahuyentaba.

Darlington enarcó una ceja.

—¿Lo has visto en la tele?

—¿Preferirías que te dijera que lo leí en un libro muy antiguo?

—La verdad es que sí.

—Mala suerte.

—La sal es un purificador —le explicó mientras cruzaban Temple Street—. Va muy bien para expulsar demonios, aunque personalmente nunca he tenido ese honor, mal que me pese. Pero un círculo de sal atraería a los grises, igual que ocurre con los ciervos.

—¿Y cómo los ahuyentas?

Su tono de voz reflejaba su ansia. Conque eso sí que le interesaba.

—Con polvo de huesos. Con tierra de cementerio. Con cenizas humanas. *Memento mori*. —La miró de reojo—. ¿Sabes algo de latín? —Alex negó con la cabeza. Pues claro—. Aborrecen cualquier recordatorio de la muerte. Si quieres que tu habitación sea a prueba de grises, cuelga un grabado de Holbein en la pared. —Lo decía en broma, pero se percató de que ella estaba reflexionando sobre lo que acababa de decir, memorizando el nombre del artista. Darlington sintió una punzada de culpabilidad que no le gustó nada. Había estado tan ocupado envidiando la habilidad de aquella chica que no se había parado a pensar en lo que implicaba no ser capaz de cerrar nunca la puerta a los muertos—. Puedo proteger tu cuarto —le dijo, a modo de penitencia—. Toda la residencia, incluso.

—¿De verdad?

—Sí —contestó—. Y también puedo enseñarte cómo se hace.

—Cuéntame más —dijo Alex. Lejos de la oscura caverna de las residencias, una brillante película de sudor le había ido cubriendo la nariz, la frente y la curva del labio superior. Iba a empaparse la camiseta. Por su manera de caminar con los brazos pegados a los costados, era evidente que ella también se daba cuenta.

—¿Has leído *La vida de Leteo*?

—Sí.

—¿De verdad?

—Por encima.

—Léelo —le insistió—. También te he preparado una lista de lecturas para que te pongas al día. Sobre todo son crónicas de New Haven y una crónica de las sociedades compilada por Leteo.

Alex negó firmemente con la cabeza.

—Me refería a que me cuentes qué es lo que me espera aquí… contigo.

Era una pregunta difícil. Nada. Todo. Leteo era un regalo, pero… ¿lo sería para ella? Había demasiadas cosas que contar.

En cuanto salieron del Green, los hombros de Alex volvieron a tensarse, aunque Darlington no veía nada que lo justificara. Pasaron frente a los bancos de Elm, cuyo aspecto era alto y amenazante en comparación con Kebabian's, la tiendecita roja de alfombras que, inexplicablemente, había resistido más de cien años en New Haven, antes de girar a la izquierda por Orange. Estaban a pocas manzanas del propio campus, pero parecían kilómetros. El ajetreo de la vida estudiantil se desvaneció, como si acabaran de caer por un precipicio al entrar en la ciudad. Las calles eran una mezcolanza de lo nuevo y lo viejo: casas adosadas añejas, aparcamientos desiertos, una sala de conciertos cuidadosamente restaurada y el monstruoso rascacielos del Departamento de Vivienda.

—¿Por qué aquí? —dijo Alex al ver que Darlington no contestaba a su pregunta anterior—. ¿Por qué los atrae tanto este lugar?

La respuesta corta era «¿Quién sabe?». Pero eso no habría contribuido demasiado a la credibilidad de Darlington (y de Leteo) a ojos de Alex.

—A principios del siglo XIX, la magia se trasladaba desde el viejo mundo al nuevo, abandonando Europa junto con sus practicantes. Necesitaban algún lugar donde almacenar sus conocimientos y preservar sus prácticas. Nadie sabe con seguridad por qué lo consiguieron en New Haven. También lo intentaron en otros sitios —dijo Darlington con cierto orgullo—. En Cambridge. En Princeton. Pero fue en New Haven donde la magia se adhirió y arraigó. Algunos creen que se debe a que aquí el Velo es más fino, más fácil de atravesar. Puedes imaginarte por qué nos alegra tanto tenerte en Leteo. —*Al menos a algunos*—. Tal vez tú puedas ofrecernos respuestas. Hay grises que llevan aquí más tiempo que la propia universidad.

—¿Y a esos practicantes les pareció inteligente enseñar magia a unos universitarios?

—Contactar con lo sobrenatural pasa factura. Cuanto más viejo eres, más cuesta resistir su contacto. Por eso cada año las sociedades se reabastecen con sangre nueva, con una delegación nueva. La magia es, literalmente, un arte moribundo, y New Haven es uno de los pocos lugares del mundo donde todavía se puede resucitar.

Alex no dijo nada. ¿La había asustado? Mejor. Tal vez así se leería los libros que le había asignado, en lugar de hojearlos.

—Actualmente hay más de un centenar de sociedades en Yale, pero la mayoría no nos incumben. Se reúnen para cenar, contarse batallitas y hacer voluntariado. Las importantes son las Ocho Antiguas. Las sociedades inmuebles. Las Casas del Velo. Son las que siempre han mantenido sus tumbas.

—¿Tumbas?

—Seguro que ya has visto alguna. Son sus sedes, aunque más bien parecen mausoleos.

—¿Por qué nos dan igual las demás sociedades? —preguntó.

—Lo que nos interesa a nosotros es el poder, y el poder siempre está vinculado a un lugar. Cada una de las Casas del Velo se desarrolló en torno a una rama de lo arcano y se ha dedicado a estudiarla. Y cada una construyó su tumba sobre un nexo de poder. Menos Bercelio, y Bercelio le trae sin cuidado a todo el mundo.

Habían fundado su sociedad como reacción directa a la creciente presencia mágica en New Haven, afirmando que las demás Casas eran un hatajo de charlatanes y diletantes supersticiosos. Se dedicaron a invertir en nuevas tecnologías, siguiendo la filosofía de que la única magia verdadera era la ciencia. Habían conseguido capear el crac de 1929 sin la ayuda de la pronosticación, y habían continuado a duras penas hasta el crac de 1987, que prácticamente los había hecho desaparecer. Por lo visto, la única magia verdadera era la magia.

—Un nexo —repitió Alex—. ¿Y los… nexo están por todo el campus?

—Los *nexos*. Imagina que la magia es un río. Los nexos son las zonas en las que el poder mágico se estanca, son lo que permite que los rituales de las sociedades tengan éxito. Hemos localizado doce en la ciudad. En ocho de ellos se han erigido tumbas. Los demás están en lugares donde ya había edificios, como la estación de tren, o en sitios donde sería imposible construir. Varias sociedades han perdido sus tumbas a lo largo de los años. Pueden seguir estudiando todo lo que quieran, pero cuando se rompe esa conexión, ya no pueden hacer gran cosa.

—¿Y estás diciendo que hace más de un siglo que ocurre todo esto y nadie se ha dado cuenta?

—De las Ocho Antiguas han salido varios de los hombres y mujeres más poderosos del mundo. Personas que literalmente manejan gobiernos, la economía de los países, que dan forma a la cultura. Lo han dirigido todo, desde las Naciones Unidas hasta el Congreso, el *New York Times* o el Banco Mundial. Han amañado casi todas las Series Mundiales de béisbol, seis Super Bowls, los Óscar y al menos unas elecciones presidenciales. Hay cientos de páginas web dedicadas a desentrañar sus conexiones con la Masonería, los Illuminati, el Club Bilderberg… la lista es larga.

—Si se reunieran en un Denny's en lugar de un mausoleo gigante, a lo mejor no serían tan sospechosos.

Acababan de llegar a Il Bastone, la Casa Leteo, un edificio de tres plantas de ladrillo rojo y vidrieras construido por John Anderson en 1882 a cambio de una suma escandalosa de dinero y abandonado apenas un año después, supuestamente por los elevados impuestos de la ciudad. Los registros de Leteo contaban una historia bien distinta, protagonizada por su padre y el fantasma de una cigarrera muerta. Il Bastone no era una gran finca, como Black Elm. Era una casa de ciudad, enmarcada por otros edificios, alta pero de una majestuosidad contenida.

—Les da igual que sospechen de ellos —la corrigió Darlington—. Todas esas conspiranoias les vienen de perlas.

—¿Porque les gusta sentirse interesantes?

—Porque lo que hacen en realidad es muchísimo peor. —Darlington empujó la verja negra de hierro forjado; el porche de la vieja mansión se irguió ligeramente, expectante—. Después de ti.

En cuanto la verja se cerró, los envolvió la oscuridad y por debajo de la casa se oyó un aullido agudo y hambriento. Galaxy Stern quería saber qué era lo que le esperaba en Leteo. Había llegado el momento de enseñárselo.

3

Invierno

¿Q*uién se muere en un gimnasio*? Después de hablar por teléfono con Dawes, Alex volvió sobre sus pasos y cruzó de nuevo la plaza. Había estado exactamente una vez en el gimnasio Payne Whitney; había dejado que Mercy la arrastrara a una clase de salsa, donde una chica blanca embutida en unos pantalones negros ceñidos se había pasado el rato diciéndole «¡Pivota! ¡Pivota! ¡Pivota!».

Darlington la había animado a entrenar en la zona de pesos libres y a «trabajar el cardio».

—¿Para qué? —le había preguntado Alex.

—Para mejorar tus aptitudes.

Solamente Darlington era capaz de decir algo así sin que le entrara la risa. Pero claro, él salía a correr diez kilómetros todas las mañanas y siempre llegaba a los sitios transportado sobre una nube de perfección física. Cada vez que se presentaba en la *suite* de Vanderbilt, daba la impresión de que alguien había electrificado el suelo de pronto. Lauren, Mercy e incluso la callada y ceñuda Anna se sentaban un poco más rectas, les brillaban los ojos y se ponían ligeramente nerviosas, como unas ardillitas acicalándose. A Alex le habría gustado ser inmune a su rostro apuesto, a su figura esbelta y a su desenvoltura allá donde iba, como si siempre se sintiera como en casa. Se apartaba el cabello castaño de la frente distraídamente, de tal manera que te entraban ganas de apartárselo tú misma. Pero el atractivo de Darlington se equilibraba con el saludable miedo que le infundía. Al fin y al cabo, seguía siendo un niño rico con abrigo de marca, capaz de hacer zozobrar a Alex sin siquiera pretenderlo.

Aquel primer día en la mansión de Orange, Darlington le había echado encima a unos chacales. Unos *chacales*. A un agudo silbido suyo, los animales habían saltado desde los arbustos de la casa, gruñendo y aullando. Alex había gritado del susto, había tropezado al darse la vuelta para huir y se

había caído de bruces sobre la hierba, a punto de ensartarse en la verja de hierro. Pero al irse a vivir con Len había aprendido muy pronto a vigilar siempre a la persona que estaba al mando. Esa persona cambiaba de habitación en habitación, de casa en casa, de trapicheo en trapicheo, pero siempre salía a cuenta saber quién cortaba el bacalao. Ese era Darlington. Y Darlington no parecía asustado. Más bien intrigado.

Los chacales se acercaban a ella despacio, babeando, con los dientes desnudos y el lomo erizado.

Parecían zorros. O los coyotes de Hollywood Hills. Parecían *sabuesos*.

Somos los pastores.

—Darlington —dijo Alex, obligándose a aparentar tranquilidad—. Llévate a tus putos chuchos.

Tras oírle pronunciar varias palabras que ella no entendió, los animales habían retrocedido de nuevo hasta los arbustos, sin el menor rastro de agresividad, dando brincos y jugando entre sí. Darlington había tenido el descaro de sonreírle mientras le tendía la mano con elegancia. La chica de Van Nuys que había dentro de ella tenía ganas de apartarlo de un manotazo, clavarle los dedos en la tráquea y hacer que se arrepintiera. Pero se había obligado a aceptar su mano y dejar que la ayudara a levantarse. Había sido el comienzo de un día muy largo.

Cuando Alex regresó finalmente a la residencia, Lauren esperó un total de sesenta segundos antes de abordarla:

—¿Y tu primo tiene novia?

Estaban sentadas en torno a la nueva mesa de café, intentando que las patas no cojearan mientras ajustaban los tornillitos de plástico. Anna se había esfumado, y Lauren había pedido una pizza. La ventana estaba abierta, dejando pasar un atisbo de brisa mientras oscurecía, y Alex sintió que se veía a sí misma desde el patio: una chica feliz, una chica normal, rodeada de personas con futuro que daban por hecho que ella también lo tenía. Quiso aferrarse a esa sensación, guardarla para sí.

—¿Sabes? No tengo ni idea. —Llevaba todo el día tan abrumada que no había podido ni sentir curiosidad.

—Huele a pasta —dijo Mercy.

Lauren le lanzó una llave Alien.

—Qué ordinaria.

—Ni se te ocurra salir con mi primo —dijo Alex, porque así hablaba esa clase de chicas—. Menudo marrón.

Y ahora, mientras el viento luchaba por colarse bajo su abrigo, Alex pensó en esa chica, sentada dentro de aquel círculo sagrado, iluminada por un resplandor dorado. Era el último momento de paz que recordaba. Solo habían pasado cinco meses, pero le parecía mucho más tiempo.

Giró a la izquierda, cruzando las sombras de las columnas blancas que recorrían la fachada sur del amplio comedor al que todo el mundo seguía refiriéndose como «el Comunal», aunque supuestamente ahora se llamaba Centro Schwarzman. Schwarzman, un Calavera de la promoción de 1969, era gestor de un fondo muy exitoso, el Blackstone Group. Aquel centro era el resultado de una donación de ciento cincuenta millones de dólares a la universidad, un regalo y una especie de disculpa por un ritual no autorizado cuya magia desbocada había provocado ictus y conductas extrañas a la mitad de los miembros de la Yale Precisión Marching Band[5] durante un partido de fútbol americano contra Dartmouth.

Alex pensó en los grises del anfiteatro, en sus bocas abiertas de par en par. Había sido una pronosticación rutinaria. No debería haberse producido ningún contratiempo, pero estaba claro que algo había salido muy mal, aunque solamente Alex lo supiera. ¿Y ahora tenía que ocuparse de un asesinato? Sabía que Darlington y Dawes estaban al tanto de todos los homicidios del área de New Haven, para asegurarse de que no hubiera indicios de lo sobrenatural, ninguna posibilidad de que una de las sociedades se hubiera venido demasiado arriba y hubiera transgredido los límites de sus rituales.

Más adelante, una fina capa de grises oscilaba sobre el tejado de la Facultad de Derecho, extendiéndose y amontonándose como la leche vertida en una taza de café, atraídos por el miedo y el interés. La tumba de El Libro y la Serpiente se alzaba a su derecha, alta y blanca. De todos los edificios de las sociedades, aquel era el más parecido a una cripta. «Frontón griego, columnas jónicas, todo muy prosaico», había dicho Darlington. Él reservaba su admiración para las celosías y los arabescos de El Pergamino y la Llave o para las rígidas líneas de mediados de siglo de El Manuscrito. Pero a Alex siempre le llamaba la atención la verja que rodeaba El Libro y la Serpiente, hecha de hierro negro y con serpientes entrelazadas. «El símbolo de Mercurio, dios del comercio», le había explicado Darlington.

Y de los ladrones. Incluso Alex se sabía eso. Mercurio era el mensajero de los dioses.

Más adelante estaba el cementerio de Grove Street. Alex divisó a un grupo de grises reunidos junto a una tumba, cerca de la entrada. Alguien debía de haber dejado galletas para un pariente fallecido, o tal vez algo dulce como

ofrenda a alguno de los artistas o arquitectos enterrados allí. Pero en el resto del cementerio, como en todos los cementerios por la noche, no había ni un solo fantasma. Durante el día, las lágrimas saladas y las flores perfumadas de los dolientes, además de los regalos que los vivos dejaban a los muertos, atraían a los grises. Alex había aprendido que adoraban cualquier cosa que les recordara a la vida. Los charcos de cerveza y las risotadas de las fiestas de las fraternidades; las bibliotecas en época de exámenes, rebosantes de ansiedad, café y latas abiertas de Coca-Cola dulce y empalagosa; las habitaciones de las residencias, cuyas paredes vibraban por los cotilleos, los jadeos de las parejas, las neveras llenas de comida pasada de fecha, los agitados sueños de sexo y terror de los estudiantes. *Ahí es donde debería estar yo*, pensó Alex. *En la resi, duchándome en el cuarto de baño roñoso, en vez de estar paseando junto a un cementerio en plena noche*.

Las puertas del cementerio recordaban a un templo egipcio, con gruesas columnas con flores de loto labradas. El plinto estaba adornado con una inscripción en letras gigantes: LOS MUERTOS SE ALZARÁN. Darlington decía que el punto final de aquella frase era el signo ortográfico más elocuente jamás escrito. Otro dato que Alex se había visto obligada a investigar, otro código que descifrar. Resultó que era una cita de la Biblia:

> *He aquí, oídme, un misterio: no todos dormiremos; pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, con la última trompeta. Porque la trompeta sonará, y los muertos se alzarán incorruptibles, y todos seremos transformados.*

«Incorruptibles». Al leer aquella palabra, había comprendido la sonrisilla de Darlington. Los muertos se alzarían, en efecto, pero eso de «incorruptibles»… El cementerio de Grove Street prefería no pillarse los dedos. En New Haven, era mejor no hacerse ilusiones.

La escena que le esperaba frente al gimnasio Payne Whitney le recordaba al anfiteatro de operaciones: los focos de la policía iluminaban la nieve, proyectando en el suelo las sombras nítidas de los curiosos. La imagen habría podido ser hermosa, como una litografía grabada en blanco y negro, pero la cinta policial amarilla arruinaba el efecto, y lo mismo se podía decir del perezoso remolino de luces azules y rojas de los coches patrulla aparcados en el cruce de las dos calles para cortar el paso. La actividad parecía concentrarse en el triángulo de tierra huérfana del centro de la intersección.

Alex vio el furgón del forense, con las puertas abiertas; varios agentes uniformados montaban guardia alrededor del perímetro. También había hombres con chaquetas azules (probablemente criminólogos, como los de la serie de *CSI*) y numerosos estudiantes que habían salido de sus residencias para cotillear, a pesar de lo tarde que era.

Su etapa con Len la había vuelto recelosa de la policía. Cuando era más pequeña, a Len le gustaba dejar que Alex lo ayudara con las entregas, porque ningún agente (ya fuera poli o segurata) iba a dar el alto a una niña rechoncha con coletas que buscaba a su hermana mayor en el instituto. Pero con el tiempo había dejado de tener el aspecto de alguien que pasaba desapercibido en lugares decentes.

Alex había aprendido a mantenerse lejos de los polis, incluso cuando no llevaba droga encima. Algunos tenían un sexto sentido y notaban que Alex olía a problemas. Pero ahora estaba caminando directa hacia ellos, alisándose el pelo con la mano enguantada, como una estudiante más.

No le costó encontrar a Centurión. Alex había hablado exactamente una vez con el inspector Abel Turner. Se había mostrado educado y sonriente con ella, y Alex había notado al momento que el policía los odiaba con todas sus fuerzas a ella, a Darlington y todo lo que tuviera que ver con Leteo. Alex no sabía por qué lo habían elegido a él como Centurión, el enlace entre la Casa de Leteo y la Jefatura de Policía, pero estaba claro que a Turner no le gustaba su cargo.

En ese momento estaba hablando con otro inspector y un agente de uniforme. Les sacaba más de media cabeza a los dos. Era un hombretón negro, con el pelo rapado, un elegante traje azul marino y un abrigo que a todas luces era un Burberry auténtico. El tipo rezumaba ambición. «Demasiado peripuesto», habría dicho su abuela. «*Quien se prestado se vestio, en medio de la calle se quito*»**[6]**. Estrea Stern no se fiaba de los hombres guapos, y menos de los que vestían bien.

Alex aguardó cerca de la barricada. Centurión estaba en el escenario del crimen, tal y como había prometido Dawes, pero Alex no estaba segura de cómo llamar su atención ni qué hacer cuando la consiguiera. Las sociedades se reunían los jueves y los domingos. No se permitían rituales verdaderamente peligrosos sin la presencia de los delegados de Leteo, pero siempre cabía la posibilidad de que alguien estuviera yendo por libre. Tal vez se había corrido la voz de que Darlington estaba «en España» y algún miembro de las sociedades había aprovechado la oportunidad para probar cosas nuevas. Alex no creía que pretendieran nada malo, pero los Tripps y las

Mirandas del mundo podían hacer mucho daño sin pretenderlo. Sus errores nunca los salpicaban a ellos.

Al ver que la multitud que la rodeaba se dispersaba casi de inmediato, Alex cayó en la cuenta de lo mal que debía de oler, pero eso ya no tenía remedio. Sacó el teléfono y repasó su breve lista de contactos. Al aceptar la oferta de Leteo había conseguido un móvil nuevo, y ese sencillo acto había borrado a todas las personas de su antigua vida, así que la lista de números era corta. Sus compañeras de cuarto. Su madre, que le enviaba cada mañana varias caritas sonrientes, como si los emoticonos fueran un mantra. Turner también estaba en la lista, pero Alex jamás le había escrito ni había tenido motivos para hacerlo.

Ya estoy aquí, tecleó. *Soy Dante*, se apresuró a añadir. Era más que probable que Centurión no se hubiera molestado en añadirla a sus contactos.

Contempló cómo Turner sacaba el teléfono del bolsillo y leía su mensaje. No se dio la vuelta.

El móvil de Alex empezó a vibrar un segundo después.

Ya lo sé.

Alex esperó diez minutos. Veinte. Turner terminó de conversar, le preguntó algo a una mujer de chaqueta azul, se paseó cerca de una zona delimitada, donde debían de haber hallado el cuerpo.

Un grupo de grises deambulaban cerca del gimnasio. Alex dejó que sus ojos se posaran sobre ellos, sin detenerse en ninguno en concreto, casi con la mirada perdida. Unos cuantos eran grises locales, que siempre estaban allí: un remero que se había ahogado en los cayos de Florida y que regresaba para deambular junto a las piscinas de entrenamiento, y un hombre corpulento que claramente había sido jugador de fútbol americano. Le pareció vislumbrar también al Novio, el fantasma más famoso de la ciudad, el favorito de los frikis de lo macabro y de las guías de «Fantasmas de Nueva Inglaterra»; presuntamente, había asesinado a su prometida y se había suicidado en las oficinas de una fábrica ya desaparecida, a menos de dos kilómetros de allí. Se aseguró de no mirarlo con mayor atención para confirmar sus sospechas. Payne Whitney era un reclamo para los grises, un lugar rebosante de sudor y esfuerzo, hambre y corazones acelerados.

«¿Cuándo los viste por primera vez?», le había preguntado Darlington el día en que se conocieron, el día en que le había azuzado a los chacales. Darlington sabía siete idiomas. Sabía esgrima. Sabía jiu-jit-su brasileño y recablear una instalación eléctrica, sabía citar poemas y obras de teatro de

autores de los que Alex nunca había oído hablar. Pero siempre hacía la pregunta equivocada.

Alex comprobó el móvil. Había perdido otra hora. A esas alturas, seguramente ya no merecía la pena meterse en la cama. Era consciente de que ella no estaba precisamente en la lista de prioridades de Turner, pero ahora mismo se encontraba entre la espada y la pared.

Tendré que llamar a Sandow, le escribió.

Era un farol, y Alex casi esperaba que Turner no se lo tragara. Si se negaba a hablar con ella, Alex no dudaría en chivarse al decano… pero a una hora más civilizada. Primero se iría a casa para descansar un total de dos gloriosas horas.

Pero entonces vio cómo Turner sacaba de nuevo el teléfono de su bolsillo, sacudía la cabeza y echaba a andar hacia donde estaba ella. Arrugó la nariz ligeramente antes de decir:

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Stern?

En realidad no lo sabía, pero Turner le había dado tiempo más que de sobra para prepararse la respuesta:

—No quiero causarle problemas. Vengo porque me lo han pedido.

Turner soltó una carcajada muy convincente.

—Yo también tengo trabajo, señorita Stern.

Seguro que ahora mismo desearías que ese trabajo consistiera en retorcerme el pescuezo.

—Lo comprendo, pero hoy es jueves por la noche.

—Y ayer fue miércoles, y mañana será viernes.

Eso, tú hazte el tonto. A Alex le habría encantado darle la espalda, pero necesitaba escribir algo en su informe.

—¿Hay causa de la muerte?

—Claro. Si no, seguiría viva.

Será gilipollas…

—Quiero decir…

—Ya sé lo que quiere decir. Todavía no hay nada definitivo, pero me aseguraré de informar al decano en cuanto sepamos más.

—Si alguna sociedad está implicada…

—No hay motivos para pensarlo. De momento —añadió, como si estuviera dando una rueda de prensa.

—Es *jueves* —repitió Alex. Aunque las sociedades se reunían dos veces por semana, los rituales solamente estaban autorizados los jueves por la noche. Los domingos se dedicaban a «la contemplación y el estudio

sosegados», lo que normalmente se traducía en un banquete fastuoso con vajilla cara, algún orador invitado y ríos de alcohol.

—¿Es que hoy ha estado con esos idiotas? —dijo Turner, sin perder el tono agradable—. ¿Por eso huele a mierda refrita? ¿A quién le tocaba hoy?

Esta vez fue su parte provocadora y masoca la que respondió:

—Habla como un novio celoso.

—Hablo como un policía. Responda.

—Esta noche se han reunido los Calaveras.

Parecía desconcertado.

—Dígales que devuelvan de una vez el cráneo de Gerónimo.

—No lo tienen ellos —replicó Alex con franqueza. Unos años antes, los herederos de Gerónimo habían denunciado a la sociedad, pero todo había quedado en nada. Los Calaveras sí que tenían guardados su hígado y su intestino delgado en un tarro, pero no le parecía el mejor momento para mencionarlo.

—¿Y Darlington? —preguntó Turner.

—En España.

—*¿En España?* —Por primera vez, la expresión tranquila de Turner flaqueó.

—Estudiando.

—¿Y la ha dejado al mando?

—Claro que sí.

—Debe de tener mucha fe en usted.

—Correcto.

Alex le mostró su mejor sonrisa, y por un segundo creyó que Turner iba a sonreírle también, porque solo un embaucador podía reconocer a otro. Pero no lo hizo. El inspector llevaba demasiado tiempo siendo precavido.

—¿De dónde eres, Stern?

—¿Por qué?

—Escucha —dijo—. Pareces buena chica…

—No —replicó Alex—. Para nada.

Turner enarcó una ceja y ladeó la cabeza, estudiándola. Finalmente asintió, cediendo.

—Está bien —dijo—. Tienes trabajo que hacer, y yo también. Tú ya has cumplido. Has hablado conmigo. Informarás a Sandow de que ha muerto una chica, una chica blanca que va a recibir atención de sobra sin que vosotros tengáis que inmiscuiros. Mantendremos el caso lejos de la universidad y… de todo lo demás. —Agitó la mano, como si estuviera ahuyentando

distraídamente a una mosca y no menospreciando a una cábala mágica de un siglo de antigüedad—. Ya has hecho tu parte y te puedes ir a casa. Es lo que quieres, ¿verdad?

¿No era justo lo que estaba pensando ella? Aun así, titubeó, sintiendo la mirada reprobadora de Darlington.

—Sí. Pero el decano Sandow querrá que…

La careta de Turner cayó, delatando de pronto el cansancio de la noche y el fastidio que le producía la presencia de Alex.

—La víctima es de la ciudad, Stern. No es asunto vuestro, joder.

Es de la ciudad. No era una estudiante. No tenía relación con las sociedades. *Déjalo estar*.

—Vale —contestó Alex—. Está bien.

Turner sonrió; se le formaron hoyuelos en las mejillas, como un chiquillo feliz. La sonrisa casi parecía sincera.

—Pues hala.

Le dio la espalda y regresó con sus compañeros.

Alex levantó la vista hacia la catedral gótica de piedra gris que era el Payne Whitney. No parecía un gimnasio, pero en aquel lugar nada era lo que aparentaba ser. *Es lo que quieres, ¿verdad?*

El inspector Abel Turner la entendía mucho mejor que Darlington.

Bueno. Mejor. Excepcional. Esa era la trayectoria que te conducía hasta ese lugar. Lo que ni Darlington ni seguramente ninguno de aquellos niñatos entusiastas podían entender era que Alex se habría conformado gustosamente con algo menos que Yale. Darlington perseguía la perfección, lo espectacular. No sabía lo valiosa que podía ser una vida corriente, lo fácil que era alejarse involuntariamente de la normalidad. Empezabas durmiendo hasta el mediodía, te saltabas una clase, luego un día entero de colegio, perdías un empleo, luego otro e ibas olvidando cómo actuaba la gente normal. Perdías el lenguaje de la vida convencional. Y entonces, sin pretenderlo, cruzabas la frontera a otro país, uno del que ya no podías volver. Vivías pisando un suelo que parecía deslizarse continuamente bajo tus pies, sin llegar nunca a tierra firme.

No importaba que Alex hubiera sido testigo de cómo los delegados de La Calavera y las Tibias predecían los movimientos bursátiles hurgando en las tripas de Michael Reyes, ni que hubiera visto en una ocasión cómo el capitán del equipo de lacrosse se transformaba en un topillo (Alex juraba que había soltado un chillido y que, acto seguido, había levantado en alto su puñito rosado en un gesto victorioso). Leteo era su camino de vuelta a la normalidad.

No necesitaba ser excepcional. Ni siquiera ser buena, tan solo ir tirando. Turner le había dado permiso. Vete a casa. Acuéstate. Date una ducha. Vuelve a tu trabajo de verdad: ir a clase e intentar aprobar este curso. Sus notas del primer semestre habían sido tan malas que ya la habían amonestado y la habían puesto en período de prueba.

Es de la ciudad.

Sin embargo, a las sociedades les gustaba experimentar con gente de la ciudad. Ese era el motivo de la existencia de Leteo. O uno de los más importantes. Alex se había pasado casi toda la vida siendo «de la ciudad».

Observó el furgón del forense, atravesado en la acera. Turner seguía dándole la espalda.

El error que cometía todo el mundo al tratar de pasar desapercibido era intentar aparentar normalidad, así que Alex hizo todo lo contrario: caminó hacia el furgón con decisión, como si se dirigiera a las residencias. Al fin y al cabo, era tarde. Al rodear el vehículo por la parte trasera, aprovechó para echar otro rápido vistazo a Turner y se coló dentro de la gran V que formaban las puertas abiertas, al mismo tiempo que un forense uniformado se volvía hacia ella.

—Hola —dijo Alex. El hombre permaneció acuclillado, suspicaz, impidiéndole ver lo que tenía detrás. Alex le tendió una de las dos monedas de oro que guardaba en el forro del abrigo—. Se te ha caído esto.

Al ver su brillo, el hombre alargó el brazo sin pensar para coger la moneda, en parte por cortesía y en parte por costumbre. Si alguien te ofrecía un regalo, lo aceptabas. Pero también era un instinto de urraca, la fascinación de los objetos brillantes. Alex se sintió como un trol de cuento de hadas.

—Creo que no… —empezó a decir el forense. Pero en cuanto sus dedos sujetaron la moneda, el rostro se le relajó, dominado por la compulsión.

—Enséñame el cadáver —dijo Alex, casi segura de que se negaría. Había visto a Darlington hacer algo parecido con un guardia de seguridad, pero ella todavía no había usado una moneda de compulsión.

Sin pestañear siquiera, el forense retrocedió hacia el interior del furgón y le tendió la mano. Ella subió al vehículo tras echar un último vistazo hacia atrás y cerró las puertas tras de sí. No tenían mucho tiempo. Solo hacía falta que el conductor (o peor aún, Turner) llamara a la puerta para que la sorprendieran allí, pasando el rato con un cadáver. Tampoco estaba segura de cuánto duraría la compulsión. Aquella pieza mágica procedía de El Manuscrito, la sociedad especializada en la magia con espejos, los glamures y la persuasión. Podían encantar cualquier objeto; el caso más famoso era el de

un condón que había convencido a un diplomático sueco un poco golfo de que devolviera varios documentos comprometedores.

Hacía falta una magia tremenda para producir aquellas monedas, y en Leteo no les sobraban precisamente, así que Alex no quería gastar todavía las dos que le habían asignado a ella. ¿Por qué estaba derrochando una para esto?

Cuando Alex se acercó al forense, notó que sus fosas nasales se dilataban al percibir su pestazo, pero ya estaba abriendo la cremallera de la bolsa de vinilo negro, sin soltar la moneda. Se movía demasiado deprisa, como a cámara rápida, y Alex quiso decirle que parara un segundo, pero el momento pasó y la bolsa se abrió como la piel de una fruta.

—Joder —susurró Alex.

El rostro de la chica era delicado, con venas azules. Llevaba una camisola blanca de algodón, rasgada y perforada en las zonas que había atravesado el cuchillo una y otra vez. Todas las heridas se ubicaban cerca del corazón, y el arma la había golpeado con tanta fuerza que parecía que el esternón había empezado a ceder, quebrando los huesos y dejando un pequeño y sanguinolento cráter. De pronto, Alex se arrepintió de no haber seguido el hosco consejo de Turner de irse a casa. Aquello no parecía un ritual malogrado. Parecía algo personal.

Tragó saliva para hacer retroceder la bilis que le trepaba por la garganta y se obligó a respirar hondo. Si aquella chica había sido seleccionada por alguna sociedad o había estado jugando ella misma con lo sobrenatural, el olor del Velo todavía debería impregnar su cuerpo. Pero con el pestazo de Alex inundando el furgón, era imposible saberlo.

—Ha sido el novio.

Alex miró de reojo al forense. Las compulsiones también hacían que la víctima estuviera ansiosa por complacer a los demás.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Lo ha dicho Turner. Ya lo han detenido para interrogarlo. Tiene antecedentes.

—¿Qué hizo?

—Tráfico y posesión de drogas. Igual que ella.

Pues claro. El novio era camello, y ella también. Pero del menudeo al asesinato había un gran salto. *A veces no*, se recordó. *A veces es un salto muy pequeño*.

Alex volvió a mirar el rostro de la chica. Era rubia, igual que Hellie.

El parecido era superficial, al menos por fuera. Pero por dentro… Al mirar sus heridas abiertas, eran todas iguales. Chicas como Hellie, chicas

como Alex, chicas como aquella, que nunca podían dejar de correr para que no las alcanzaran los problemas. Pero aquella chica no había corrido lo bastante deprisa.

Tenía las manos cubiertas con bolsas de papel, seguramente para preservar las pruebas. Tal vez hubiera arañado a su atacante.

—¿Cómo se llamaba? —Daba igual, pero Alex necesitaba incluirlo en el informe.

—Tara Hutchins.

Alex lo apuntó en su móvil para no olvidarlo.

—Ya puedes taparla.

Se alegraba de no tener que seguir mirando aquel cuerpo maltratado. El crimen era desagradable y atroz, pero no significaba que Tara estuviera relacionada con las sociedades. La gente no requería magia para hacer cosas horribles.

—¿Hora de la muerte? —preguntó. Le parecía un dato que debería saber.

—Cerca de las once. Es difícil saberlo con seguridad por el frío.

Alex se detuvo con la mano sobre la manilla de las puertas del furgón. Cerca de las once. Aproximadamente al mismo tiempo que dos grises dóciles, que jamás habían dado el menor problema, habían abierto las fauces como si intentaran tragarse el mundo entero y algo intentaba irrumpir dentro de un círculo de tiza. ¿Y si ese algo había conseguido llegar hasta Tara?

¿Y si su novio iba tan puesto que había creído que podía apuñalarla hasta llegar al corazón? No faltaban monstruos humanos. Alex había conocido a unos cuantos. De momento, había «cumplido». Con creces.

Alex entreabrió la puerta del furgón, echó un vistazo a la calle y bajó de un salto.

—Olvida que me has visto —le dijo al forense.

Una expresión vaga y confusa se adueñó del rostro del hombre. Alex lo dejó junto al cuerpo de Tara, aturdido, y se alejó a buen paso, cruzando la calle por la acera en sombras, lejos de las luces policiales. La compulsión no tardaría en desvanecerse, y el forense se preguntaría por qué tenía una moneda de oro en la mano. Se la guardaría en el bolsillo y se olvidaría del asunto, o tal vez la tiraría a la basura sin darse cuenta de que estaba hecha de oro macizo.

Miró de reojo a los grises congregados alrededor de Payne Whitney. ¿Eran imaginaciones suyas o los fantasmas tenían los hombros encogidos mientras se apelotonaban frente a las puertas del gimnasio? Alex sabía que no

debía mirar con demasiada atención, pero en aquel fugaz momento habría jurado que parecían asustados. ¿De qué podían tener miedo los muertos?

Oyó la voz de Darlington en su cabeza: *¿Cuándo los viste por primera vez?* Lo había dicho en voz baja, vacilante, como si creyera que a lo mejor era una pregunta tabú. Pero la verdadera pregunta, la pregunta correcta, era: *¿Cuándo tuviste miedo por primera vez?*

Alex se alegraba de que nunca se lo hubiera preguntado.

¿Por dónde empieza uno a contar la historia de Leteo? ¿Empieza en 1824, con Bathsheba Smith? Tal vez. Pero pasarían otros setenta años y no pocos desastres antes de que Leteo existiera. En vez de eso, viajaremos hasta 1898, cuando Charlie Baxter, un vagabundo insignificante, apareció muerto, con quemaduras en manos, pies y escroto y un escarabajo negro por lengua. Se intercambiaron acusaciones, y la universidad amenazó directamente a las sociedades. Para salvarse el pellejo, Edward Harkness, miembro de La Cabeza del Lobo, se asoció con William Payne Whitney de La Calavera y las Tibias y con Hiram Bingham III, de la ya extinta fraternidad Acacia, para formar la Liga de Leteo, el órgano supervisor de las actividades místicas de las sociedades.

Fue durante esas primeras reuniones cuando nació nuestra declaración de intenciones: Tenemos la responsabilidad de supervisar los ritos y procedimientos de las sociedades mayores que practican la magia, la adivinación o el diálogo ultramundano, con la intención expresa de mantener a salvo a alumnos y ciudadanos frente al daño mental, físico y espiritual, así como de fomentar una relación cordial entre las sociedades y la administración de la universidad.

Leteo se fundó gracias a la inyección de capital de Harkness y la contribución obligatoria de los trusts de cada una de las Ocho Antiguas. Cuando Harkness reclutó a James Gamble Rogers (El Pergamino y la Llave, 1889) para que creara un plano de Yale y diseñara muchas de sus estructuras, se aseguró de que Leteo dispusiera de pisos francos y túneles repartidos por todo el campus.

Harkness, Whitney y Bingham utilizaron los conocimientos de todas las sociedades para crear un almacén de magia arcana para uso exclusivo de los agentes de Leteo. Sus recursos se ampliaron notablemente en 1911, cuando Bingham viajó a Perú.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos
de la Novena Casa

4

Otoño pasado

—Venga —dijo Darlington, ayudándola a levantarse—. La ilusión se romperá de un momento a otro y todo el mundo te verá tumbada en el jardín como una alcohólica. —Prácticamente tuvo que arrastrarla por las escaleras hasta el porche. Había sobrellevado lo de los chacales bastante bien, pero no tenía buen color y respiraba con dificultad—. Estás en muy mala forma física.

—Y tú eres un gilipollas.

—Parece que los dos tenemos retos que superar. Querías que te dijera qué era lo que te esperaba. Ahora ya lo sabes.

Ella se desembarazó de su brazo.

—Que me lo dijeras, no que intentaras matarme.

Él la miró a los ojos. Era importante que lo entendiera.

—No has corrido peligro en ningún momento. Pero no puedo prometerte que siempre será así. Si no te tomas esto en serio, podrías hacerte daño o hacer daño a alguien.

—¿A alguien como tú?

—Sí —contestó—. Por lo general, en las Casas no ocurre nada demasiado peligroso. Verás cosas que preferirías olvidar. Y milagros. Pero nadie entiende por completo lo que hay al otro lado del Velo ni lo que podría suceder si algo lo cruzara. «La muerte de alas negras nos acecha, y aquí nos hallará: hoplitas, húsares, dragones».

Alex se apoyó las manos en los muslos y levantó la mirada.

—¿Se te acaba de ocurrir?

—Es de Cabot Collins. Lo llamaban «el Poeta de Leteo». —Darlington se dirigió a la puerta—. Un portal interdimensional le amputó las dos manos al cerrarse sin previo aviso mientras recitaba su último poema.

Alex se estremeció.

—Vale, lo pillo. Poesía barata sobre asuntos muy serios. ¿Esos chuchos son reales?

—Lo suficiente. Son sabuesos espirituales: sirven a los hijos e hijas de Leteo. ¿Por qué llevas manga larga, Stern?

—Tengo marcas de pinchazos.

—¿En serio? —Ya lo sospechaba, pero no terminaba de creerla.

Ella se irguió e hizo crujir la espalda.

—Sí. ¿Entramos o no?

Darlington le señaló la muñeca con el mentón.

—Enséñamelas.

Alex levantó el brazo, pero no se remangó. Se limitó a extenderlo, como si Darlington fuera a sacarle sangre.

Era un desafío. Un desafío que, de pronto, no quería aceptar. No era asunto suyo. Debería decírselo. Dejarlo estar.

En vez de eso, le sujetó la muñeca. Tenía los huesos estrechos y prominentes. Con la otra mano, le subió la tela de la camiseta hasta la curva del antebrazo. El gesto le parecía un preludio.

No había marcas de jeringuillas. Tenía la piel cubierta de tatuajes: la cola enroscada de una serpiente de cascabel, una peonía y…

—La Rueda. —Resistió el impulso de acariciar con el pulgar el dibujo que se extendía bajo su codo. A Dawes le interesaría ese tatuaje. Tal vez así las dos tendrían algo de que hablar—. ¿Por qué escondes los tatuajes? Nadie se va a escandalizar. —La mitad de los estudiantes tenían alguno. No había muchos que tuvieran los brazos llenos, pero tampoco era tan inusual.

Alex volvió a bajarse la manga.

—¿Me vas a hacer saltar por algún otro aro?

—Por unos cuantos. —Darlington abrió la puerta y entraron.

El vestíbulo era frío y oscuro; las vidrieras proyectaban dibujos de colores sobre la alfombra. Ante ellos se extendía la gran escalinata que subía hasta la segunda planta, hecha de madera oscura y profusamente tallada con un motivo de girasoles. Michelle le había revelado que esa escalera, por sí sola, valía más que el resto de la casa y el terreno en el que estaba edificada.

Alex suspiró discretamente.

—Estás mejor a la sombra, ¿eh?

La chica soltó un suave ronroneo.

—Esto está muy… tranquilo.

Darlington tardó un momento en comprender lo que quería decir.

—Il Bastone tiene barreras mágicas. Igual que las habitaciones de la Madriguera… ¿Tan molesto es? —Alex se encogió de hombros—. Bueno… aquí no podrán alcanzarte.

Alex miró a su alrededor, impasible. ¿De verdad no le impresionaban el techo alto del vestíbulo, la madera cálida, las vidrieras ni el aroma a pino y a licor de grosellas que le daba a todo un aire navideño? ¿O solo intentaba aparentarlo?

—Bonito club —dijo Alex—. No tiene pinta de tumba.

—Nosotros no somos una sociedad ni nos comportamos como tal. Esto no es un club; es nuestro cuartel general, el corazón de Leteo, un almacén de siglos de conocimientos místicos. —Sabía que sonaba como un pedante insoportable, pero no pudo contenerse—. Las sociedades reclutan anualmente a una nueva delegación de estudiantes de último año. Dieciséis miembros, ocho hombres y ocho mujeres. Nosotros solamente reclutamos a un nuevo Dante, un alumno de primer año cada tres años.

—Entonces debo de ser muy especial.

—Esperemos que sí.

Alex frunció el ceño, pero no dijo nada y señaló con la frente el busto de mármol que había en la mesa, bajo el perchero.

—¿Quién es?

—El patrón de Leteo, Hiram Bingham III.

Desgraciadamente, las facciones aniñadas de Bingham y su mueca severa no se prestaban demasiado bien a la inmortalización en piedra. Parecía un maniquí con cara de trastornado.

Dawes llegó desde la salita arrastrando los pies, con las manos ocultas bajo las mangas de su voluminosa sudadera y unos auriculares colgados del cuello; una aparición *beige*. Su incomodidad era palpable. Pammie odiaba a los nuevos. Él mismo había tardado casi todo su primer año en ganársela, y seguía teniendo la sensación constante de que solo haría falta un ruido un poco más fuerte de la cuenta para que Dawes huyera a la biblioteca, para no volver a ser vista jamás.

—Pamela Dawes, te presento a nuestra nueva Dante, Alex Stern.

Con el entusiasmo de quien saluda a un enfermo de cólera, Dawes le tendió la mano.

—Bienvenida a Leteo.

—Dawes se asegura de que todo funcione y de que yo no meta demasiado la pata.

—Entonces imagino que es un trabajo a tiempo completo —comentó Alex.

Dawes pestañeó.

—Trabajo tardes y noches, pero puedo estar disponible a cualquier hora si me avisas con antelación. —Miró de reojo hacia la salita con gesto preocupado, como si su disertación inacabada fuera un bebé llorón. Dawes llevaba casi cuatro años siendo Óculo, siempre trabajando en su disertación, un análisis de las prácticas religiosas micénicas en la iconografía tarótica temprana.

Darlington decidió poner fin al sufrimiento de Pammie.

—Voy a enseñarle la casa a Alex y luego la llevaré a la Madriguera.

—¿La Madriguera? —preguntó Alex.

—Es un apartamento que tenemos en la esquina de York con Elm. No es gran cosa, pero te resultará muy útil cuando no quieras alejarte demasiado de tu residenda. Y también tiene barreras mágicas.

—En la Madriguera hay de todo —la informó Dawes a media voz mientras regresaba a la seguridad de la salita.

Darlington le indicó a Alex que lo siguiera escaleras arriba.

—¿Quién fue Bathsheba Smith? —le preguntó Alex mientras subía tras él.

Conque había estado leyendo *La vida de Leteo*. Le agradó que mencionara ese nombre, pero si no recordaba mal, Bathsheba aparecía en la primera página del primer capítulo, así que tampoco era para emocionarse demasiado.

—La hija de un granjero local, una chica de diecisiete años a la que hallaron muerta en el sótano de la Escuela de Medicina de Yale, en 1824. Los estudiantes la habían desenterrado para estudiar su cadáver.

—Joder.

—Ocurría a menudo. Los médicos necesitaban estudiar la anatomía humana y para eso hacían falta cadáveres. Pero creemos que Bathsheba fue uno de los primeros intentos de comunicarse con los muertos. Un ayudante de medicina pagó el pato, y los estudiantes de Yale aprendieron a ser más discretos con sus actividades. Después del descubrimiento del cuerpo de la chica, los vecinos estuvieron a punto de quemar Yale hasta los cimientos.

—Tal vez deberían haberlo hecho —murmuró Alex.

Tal vez. Lo habían llamado la Revuelta de la Resurrección, pero la sangre no había llegado al río. Para mal o para bien, New Haven era una ciudad que siempre vivía al límite.

Darlington le enseñó a Alex el resto de Il Bastone: el gran salón con el viejo mapa de New Haven sobre la chimenea, la cocina y la despensa, las

salas de entrenamiento del piso inferior y la armería de la segunda planta, con una gran cajonera de botica en la pared, repleta de hierbas y objetos sagrados.

Era tarea de Dawes asegurarse de que siempre estuvieran bien abastecidos, de reponer los materiales perecederos o tirarlos antes de que se pudrieran y del mantenimiento de los artefactos pertinentes. Las Perlas de Protección de Cuthbert tenían que llevarse varias horas al mes para que no perdieran el lustre ni la facultad de proteger a su portador contra los relámpagos. Un exalumno de Leteo llamado Lee de Forest, al que habían expulsado en una ocasión durante su etapa de estudiante por provocar un apagón en todo el campus, había proporcionado incontables inventos a Leteo, incluido el Reloj de la Revolución, que mostraba los minutos exactos que faltaban para que estallaran revueltas armadas en países de todo el mundo. Tenía veintidós esferas y setenta y seis manecillas, y había que darle cuerda regularmente para que no se pusiera a gritar.

Darlington le indicó dónde estaban las reservas de polvo de huesos y tierra de cementerio con las que se aprovisionaban los jueves por la noche, y también los valiosos viales de Agua de Perdición, que supuestamente procedían de los siete ríos del infierno y solo debían usarse en caso de emergencia. Darlington nunca había tenido motivos para utilizarlos, pero aún no había perdido la esperanza.

En el centro de la estancia estaba el Crisol de Hiram (o, como solían llamarlo los delegados de Leteo, el cuenco dorado). Tenía el diámetro de una rueda de tractor y estaba hecho de oro batido de veintidós quilates.

—Durante años, Leteo supo que había fantasmas en New Haven. Había lugares encantados y rumores de apariciones, y algunas sociedades habían conseguido atravesar el Velo en sesiones de espiritismo e invocación. Pero Leteo sabía que había algo más, un mundo secreto que existía al lado del nuestro e interfería frecuentemente con él.

—¿Y cómo interfería? —preguntó Alex. Darlington notó que sus estrechos hombros se tensaban, adoptando una pose de luchador, ligeramente encorvada.

—En aquella época nadie lo sabía con seguridad. Sospechaban que la presencia de los grises en los círculos sagrados y los salones de los templos perturbaba los hechizos y rituales de las sociedades. Había indicios de que la magia que se escapaba de los rituales por culpa de la interferencia de los grises podía provocar toda clase de cosas, desde una repentina helada a quince kilómetros de distancia hasta un estallido de violencia en una escuela de primaria. Pero Leteo no tenía pruebas ni forma de impedirlo. Año tras año,

trataron de perfeccionar un elixir que les permitiera ver a los espíritus; experimentaban consigo mismos, a base de ensayos y errores que a veces resultaban letales. Aun así, sus esfuerzos eran infructuosos. Hasta que apareció el Crisol de Hiram.

Alex deslizó el dedo por el borde dorado del cuenco.

—Parece un sol.

—Muchas estructuras de Machu Picchu se consagraban a la adoración del dios sol.

—¿Este trasto viene de Perú? —preguntó Alex—. No pongas esa cara de sorpresa. Sé dónde está Machu Picchu. Hasta podría señalarte dónde está Texas en el mapa, si me das tiempo.

—Tendrás que disculpar mi desconocimiento del plan de estudios del distrito escolar de Los Ángeles y de tu interés en el mismo.

—Estás perdonado.

No sé yo, pensó Darlington. Alex Stern parecía de las que guardaban rencor.

—Hiram Bingham fue uno de los miembros fundadores de Leteo. «Descubrió» Machu Picchu en 1911, aunque esa palabra suele producir urticaria, ya que los nativos eran perfectamente conscientes de su existencia. —Al ver que Alex no decía nada, continuó—: También se rumorea que Hiram fue la inspiración de Indiana Jones.

—Mola —dijo Alex.

Darlington reprimió un suspiro. Ya contaba con que fuera ese dato el que captara su atención.

—Bingham robó unos cuarenta mil artefactos.

—¿Y los trajo aquí?

—Sí, los trajo a Yale, para que los estudiaran en el Peabody. Dijo que los devolverían al cabo de dieciocho meses. Lo cierto es que Perú tardó literalmente un siglo en recuperarlos.

Alex le dio un papirotazo al crisol, que emitió un zumbido grave.

—¿Y se les olvidó incluir esto en el albarán? Porque es un pelín grande como para pasarlo por alto.

—El crisol no llegó a registrarse, porque nunca se entregó a Yale. Lo trajeron a Leteo.

—Bienes robados.

—Totalmente cierto, me temo. Pero el crisol es la clave del Orozcerio. La dificultad del elixir de Leteo no estaba en la fórmula, sino en el recipiente.

—¿Entonces es un bol mágico?

Será pagana.

—Yo no lo expresaría en esos términos, pero sí.

—¿Y es de oro macizo?

—Antes de que se te ocurra escaparte con él, te recuerdo que pesa el doble que tú y que la casa entera está protegida contra robos.

—Si tú lo dices…

Con la suerte que estaba teniendo Darlington, Alex se las arreglaría para llevar el crisol rodando escaleras abajo, subirlo a un camión y fundirlo para hacerse unos pendientes.

—El elixir tiene muchos otros nombres, aparte de Orozcerio —continuó—. El Trance Dorado. La Bala de Hiram. Cada vez que un miembro de Leteo lo toma, cada vez que se usa el crisol, arriesga su vida. Es una poción tóxica, y el proceso es increíblemente doloroso. Pero lo tomamos. Nunca dejamos de tomarlo, con tal de poder echar un vistazo al otro lado del Velo.

—Te entiendo —dijo Alex—. Conozco a muchos yonquis.

No es eso, quiso protestar. Pero quizá sí que lo fuera.

El resto de la visita transcurrió sin incidentes. Darlington le enseñó el almacén y las salas de investigación de las plantas superiores, cómo se utilizaba la biblioteca (aunque le recomendó no intentarlo sola hasta que la casa empezara a conocerla mejor) y finalmente el dormitorio y el cuarto de baño, ordenados y preparados para la nueva Dante de Leteo: ella. Darlington había trasladado sus cosas a la *suite* de Virgilio a finales del año pasado, cuando todavía creía que tendría una discípula como Dios manda. Se había puesto embarazosamente sentimental durante la mudanza. Los aposentos de Virgilio estaban un piso por encima de los de Dante y eran el doble de amplios. Cuando él se graduara, quedarían vacíos para que estuvieran disponibles si decidía visitar la casa. El tocador había pertenecido a Eleazar Wheelock. La mitad de la pared opuesta a la cama estaba ocupada por una vidriera que representaba un bosque de abetos, ubicado de tal forma que a medida que el sol salía y se ponía a lo largo del día, los colores de los árboles y el cielo de cristal también parecían cambiar. Al instalarse allí, había descubierto que Michelle le había dejado una botella de coñac y una nota en su última visita:

Este es el bosque primigenio. Los pinos susurrantes y los abetos,
barbados de musgo, vestidos de verde, difuminados por el crepúsculo,
se alzan como los druidas de antaño, con voz triste y profética…

> Había un monasterio donde se elaboraba un armañac tan refinado que sus monjes se vieron obligados a huir a Italia cuando Luis XIV bromeó con hacerlos matar para proteger su secreto. Esta es la última botella. No te la bebas con el estómago vacío, y no me llames a menos que hayas muerto. ¡Buena suerte, Virgilio!

La poesía de Longfellow siempre le había parecido una sarta de bobadas, pero había guardado aquella nota y el *brandy* como un tesoro.

Ahora observaba a la sudorosa Alex en medio del lujo de sus antiguas habitaciones, unas habitaciones que él apenas había usado, pero que adoraba: las paredes azul oscuro, la cama con dosel y pesada colcha azul verdoso, el ropero con cerezos blancos pintados. La vidriera de ese cuarto era más discreta: dos elegantes ventanas en las que aparecían representadas unas nubes de color azul violáceo en un cielo estrellado, enmarcando una chimenea de azulejos pintados.

Alex estaba en el centro de la estancia, abrazándose el torso y girando lentamente sobre sí misma. Darlington volvió a pensar en la ondina. Pero tal vez Alex no fuera más que una náufraga.

Tenía que preguntárselo:

—¿Cuándo los viste por primera vez?

Ella lo miró de reojo y después contempló el alto ventanal y la luna que brillaba eternamente en un cielo de cristal. Cogió la cajita de música Reuge del escritorio y acercó un dedo a la tapa, pero se lo pensó mejor y volvió a dejarla en su sitio.

Darlington era buen conversador, pero se sentía más a gusto cuando nadie le hablaba, cuando no tenía que llevar a cabo el ritual de sí mismo y podía quedarse simplemente observando a los demás. Alex tenía algo de imperfecto, como una película antigua. Se dio cuenta de que estaba tomando una decisión. ¿Revelarle sus secretos? ¿Salir huyendo?

La chica te encogió de hombros. Darlington pensaba que no iba a decir nada más, pero entonces volvió a coger la caja de música y contestó:

—No lo sé. Al principio creía que eran personas, y nadie presta atención a una niña que habla sola. Recuerdo ver a un tío muy gordo en mitad de la calle, vestido solo con calcetines y calzoncillos, con un mando a distancia en la mano, como si fuera un osito de peluche. Recuerdo que intenté decirle a mi madre que ese hombre se iba a hacer daño. En un viaje al muelle de Santa Mónica, vi a una mujer en el agua, como el cuadro da… —Empezó a hacer gestos, como si estuviera revolviendo un caldero—, *La del pelo y las flores*.

—Ofelia.

—Ofelia. Me siguió hasta casa, y cuando me eché a llorar y le grité que se fuera, solo conseguí que intentara acercarse más.

—Les gustan las lágrimas. La sal, la tristeza, cualquier emoción intensa.

—¿El miedo? —preguntó. Estaba muy quieta, como posando para un retrato.

—Y el miedo. —Pocos grises eran malévolos, pero les encantaba asustar y aterrorizar.

—¿Por qué no hay más? ¿No deberían estar por todas partes?

—No muchos grises pueden atravesar el Velo. La inmensa mayoría permanece en la otra vida.

—Los veía en el supermercado, delante del mostrador de comida caliente o de las cajas de dulces, esas de cartón rosa. Adoraban la cafetería de nuestro colegio. No le di importancia hasta que Jacob Craig me preguntó si quería verle la cosita. Le dije que ya había visto muchas, y su madre se enteró y llamó al colegio. La profesora me llevó a su despacho y me dijo «¿Por qué dices que has visto muchas cositas?». Yo no sabía mentir. —Volvió a dejar la caja de música—. Si alguna vez quieres que llamen enseguida a los de Protección al Menor, ponte a hablar de pichas de fantasmas.

Darlington no estaba seguro de qué esperaba oír. ¿Un bandolero muerto merodeando románticamente junto a una ventana? ¿Una *banshee* vagando por las orillas del río de Los Ángeles como la Llorona? Había algo sumamente ordinario y terrible en su historia. En toda ella. Alguien había notificado el caso de Alex a los servicios de Protección al Menor, y uno de los algoritmos de búsqueda de Leteo (o alguno de sus múltiples contactos en alguno de los múltiples organismos a los que sobornaban) había captado las palabras clave: «Delirios. Paranoia. Fantasmas». Seguramente la habían estado vigilando desde entonces.

—¿Y esa noche, en el apartamento de Cedros?

Alex frunció el ceño.

—Ah, la Zona Cero. No me digas que no has leído el informe.

—Sí. Pero quiero saber cómo sobreviviste.

Alex deslizó el pulgar por el borde del alféizar.

—Y yo.

¿Nada más? Darlington había visto las fotografías del escenario del crimen, los vídeos grabados por la policía al llegar. Cinco muertos, todos apaleados hasta dejarlos casi irreconocibles, y dos de ellos con el corazón atravesado, como si fueran vampiros. A pesar de la carnicería, las manchas de

sangre indicaban que había un único ejecutor; cada uno de aquellos golpes brutales había sido propinado de izquierda a derecha, dibujando una curva roja.

Aquello olía a chamusquina, pero nunca habían sospechado de Alex. Para empezar, ella era diestra y demasiado menuda para haber blandido un arma con tanta fuerza. Por otro lado, tenía suerte de no haber muerto también, con la cantidad de fentanilo que contenía su organismo. La habían encontrado totalmente desnuda y con el pelo mojado. Darlington había escarbado un poco más, incapaz de ignorar sus sospechas, pero no había sangre ni restos en el desagüe (si Alex había estado involucrada, no se había duchado para eliminar las pruebas). ¿Por qué el atacante no les había hecho nada a las chicas? Si la policía tenía razón y aquello era una especie de ajuste de cuentas entre camellos, ¿por qué había dejado ilesas a Alex y a su amiga? Los camellos que apaleaban a la gente con bates de béisbol no solían tener miramientos con las mujeres y los niños. Tal vez el asesino había creído que ya estaban muertas por sobredosis. O tal vez Alex le había dado el soplo. Pero Darlington tenía la corazonada de que la chica no le había contado a la policía todo lo que sabía.

—Hellie y yo nos colocamos —dijo en voz baja, sin dejar de recorrer el alféizar con el dedo—. Me desperté en el hospital. Ella no.

De pronto parecía muy pequeña, y Darlington sintió una punzada de culpabilidad. Alex tenía veinte años, por lo que era mayor que casi todos los alumnos de primer año, pero en muchos aspectos seguía siendo una niña, abrumada por la situación. Y había perdido a sus amigos esa noche. A su novio. Todo lo que conocía.

—Ven conmigo —le dijo sin saber por qué. Tal vez porque se sentía culpable por husmear. Tal vez porque Alex no se merecía que la castigaran por haber aceptado un trato al que nadie en su sano juicio se habría negado.

La guio hasta la armería en penumbra. No había ventanas, y las paredes estaban llenas de estanterías y cajones que ocupaban casi dos plantas. Tardó un momento en encontrar el armario que buscaba. Cuando apoyó la mano en la puerta, la casa guardó silencio y dejó que la cerradura cediera con un clic reprobador.

Con sumo cuidado, sacó la pesada caja de madera negra y reluciente, con incrustaciones de nácar.

—Seguramente tendrás que quitarte la camiseta —le dijo—. Le daré la caja a Dawes y ella te…

—No le caigo bien.

—A Dawes no le cae bien nadie.

—Toma —dijo Alex. Se sacó la camiseta por la cabeza, dejando al descubierto el sujetador negro y unas costillas muy marcadas, como los surcos de un campo labrado—. No llames a Dawes.

¿Por qué estaba tan dispuesta a ponerse en manos de Darlington? ¿Era valiente o solo imprudente? Ninguno de esos rasgos auguraba nada bueno para su futuro en Leteo. Pero Darlington tenía la sensación de que no era ni una cosa ni la otra. Le parecía que ahora era Alex la que lo estaba poniendo a prueba *a él*, que estaba desafiándolo de nuevo.

—No te vas a morir por mostrar una pizca de pudor —dijo.

—¿Por qué arriesgarse?

—Normalmente, cuando una mujer se desviste delante de mí, me avisa.

Alex se encogió de hombros; las sombras se deslizaron sobre su piel.

—La próxima vez te haré señales de humo.

—Será lo mejor.

Los tatuajes la cubrían desde las muñecas hasta los hombros y se extendían bajo las clavículas. Parecían una armadura.

Darlington abrió la caja.

De pronto Alex soltó un grito ahogado y dio un brinco.

—¿Qué pasa? —preguntó Darlington. Alex había retrocedido casi hasta el centro de la sala.

—No me gustan las mariposas.

—Son polillas. —Estaban posadas dentro de la caja, formando una fila ordenada y agitando sus delicadas alas blancas.

—Me da igual.

—Necesito que te estés quieta —dijo—. ¿Podrás hacerlo?

—¿Por qué?

—Tú confía en mí. Valdrá la pena. —Reflexionó un momento—. Si no, te prometo que os llevaré a tus amigas y a ti a Ikea.

Alex estrujó la camiseta entre las manos.

—Y luego a por una pizza.

—Está bien.

—Y mi querida tía Eileen me comprará ropa de otoño.

—*Vale*. Y ahora ven aquí, cagueta.

Alex se acercó de nuevo, arrastrando los pies lateralmente y evitando mirar el contenido de la caja.

Darlington fue sacando las polillas y las colocó una tras otra sobre la piel de Alex, cuidadosamente. Una en la muñeca derecha, otra en el antebrazo, otra en el hueco del codo, otra en el bíceps esbelto y otra en el hombro

huesudo. Repitió el proceso en el brazo izquierdo y después colocó dos polillas más en los puntos de las clavículas donde se enroscaban las cabezas de dos serpientes negras, cuyas lenguas casi se tocaban en el hueco del cuello.

—*Chabash* —murmuró Darlington. Las polillas batieron las alas al unísono—. *Uverat*. —Volvieron a agitar las alas y empezaron a teñirse de gris —. *Memash*.

Con cada batir de alas, las polillas se oscurecían más y más, y los tatuajes comenzaban a difuminarse.

El pecho de Alex subía y bajaba atropelladamente. Tenía los ojos abiertos de miedo, pero a medida que las polillas se volvían más ocuras y que la tinta se desvanecía de su piel, su expresión fue abriéndose. Cambiando. Separó los labios.

Ha visto a los muertos, pensó él. Ha contemplado cosas horribles. Pero nunca había visto la magia.

Por eso lo estaba haciendo; no por remordimientos ni por orgullo, sino porque aquel era el momento que había estado esperando: la oportunidad de enseñarle a alguien un prodigio, de observar su rostro mientras se iban dando cuenta de que no les habían mentido, de que el mundo que les habían prometido de niños no era algo que debían abandonar, que era cierto que había algo desconocido acechando en el bosque, debajo de la escalera y entre las estrellas. Que todo estaba lleno de misterio.

Las polillas siguieron batiendo las alas una y otra vez hasta volverse negras, cada vez más negras. Una tras otra, se desprendieron de su piel y cayeron al suelo con un suave repiqueteo. Ahora los brazos de Alex estaban desnudos, despojados de todo rastro de sus tatuajes, aunque todavía se distinguían leves abultamientos en aquellas zonas que la aguja había atravesado más profundamente. Alex extendió los brazos, respirando entrecortadamente.

Darlington recogió los frágiles cuerpos de las polillas y los devolvió cuidadosamente a la caja.

—¿Están muertas? —susurró Alex.

—Solo saturadas de tinta. —Cerró la tapa y guardó la caja de nuevo en el armario. Esta vez, el clic de la cerradura sonó más bien resignado. Iba a tener que hablar muy seriamente con la casa—. Las polillas epistolares se usaban originalmente para transportar material confidencial. Cuando se bebían un documento, podían enviarse a cualquier sitio en el bolsillo de un abrigo o en una caja. Después se colocaban en una hoja de papel en blanco y recreaban el

documento a la perfección. Siempre que el destinatario conociera el encantamiento correcto.

—¿Entonces podríamos ponerte mis tatuajes a ti?

—No sé si me quedarían bien, pero se puede hacer. Recuerda tener cuidado en… —Agitó la mano—. En tus lances amatorios. La saliva humana revierte la magia.

—¿Solo la humana?

—Sí. No pasa nada si un perro te lame los codos.

Alex se volvió hacia él para mirarlo. En la penumbra de la sala, sus ojos parecían más negros, excitados.

—¿Hay más?

Darlington no tuvo que preguntar a qué se refería. Alex quería saber si el mundo iba a seguir desenmarañándose. Si iba a seguir vomitando sus secretos.

—Sí. Muchísimo más.

Alex titubeó.

—¿Me lo puedes enseñar?

—Si me dejas.

Entonces Alex sonrió. Era una sonrisa tímida, un atisbo de la chica que acechaba dentro de ella, una chica más feliz y menos atormentada. Eso hacía la magia. Revelaba el corazón que habías tenido antes de que la vida te arrebatara tu ilusión por las posibilidades. Te devolvía el mundo que todos los niños solitarios anhelaban. Eso era lo que Leteo había hecho por él. Tal vez también podría hacer lo mismo por Alex.

Meses más tarde, Darlington recordaría el peso de las polillas inertes en la palma de su mano. Pensaría en aquel momento y en lo ingenuo que había sido al pensar que conocía a esa chica.

5

Invierno

El cielo empezaba a teñirse de gris cuando Alex regresó por fin al Campus Viejo. Había entrado un momento en la Madriguera para ducharse con jabón de verbena, bajo un incensario de cedro y palo santo; eran las únicas sustancias que contrarrestaban el tufo del Velo.

Había pasado muy poco tiempo a solas en los refugios de Leteo. Darlington siempre la había acompañado a todas partes y, al salir de la ducha, todavía esperaba verlo sentado en el alféizar con un libro; todavía esperaba oírlo refunfuñar porque Alex había gastado toda el agua caliente. Le había recomendado que guardara ropa limpia tanto allí como en Il Bastone, pero Alex tenía tan pocas prendas que no podía permitirse dejar un par de vaqueros y uno de sus dos sujetadores fuera de su feo armario universitario. Tuvo que optar por ponerse un chándal de la Casa Leteo, con la insignia del sabueso espiritual bordada en el lado izquierdo del pecho y en la cadera derecha, aunque solo los miembros de las sociedades habrían reconocido ese símbolo. La ropa de Darlington aún seguía allí colgada: una cazadora Barbour, una bufanda a rayas del colegio mayor Davenport, unos vaqueros bien doblados y planchados, unas botas de media caña perfectamente ablandadas y unos mocasines Sperry que parecían estar esperando a que Darlington se los calzara. Alex nunca se los había visto puestos, pero tal vez necesitaba tenerlos a mano por si de pronto le pedían el carnet de pijo.

Alex dejó encendida la lámpara verde de la mesa antes de salir de la Madriguera. A Dawes no le haría gracia, pero no le gustaba nada la idea de dejar el piso a oscuras.

Estaba abriendo la puerta del recibidor de Vanderbilt cuando le llegó un mensaje del decano Sandow: *Ya he hablado con Centurión. Estate tranquila*.

Le entraron ganas de arrojar el móvil al otro lado del patio. ¿Tranquila? Si Sandow pretendía ocuparse personalmente del asesinato, ¿por qué había perdido el tiempo (y la moneda de compulsión) visitando el escenario del

crimen? Sabía que el decano no se fiaba de ella. ¿Acaso era de extrañar? Seguramente, cuando le habían dado la noticia de la muerte de Tara, Sandow estaba tomándose una manzanilla junto al teléfono, con aquel perrazo suyo dormido a sus pies, esperando a que le confirmaran que se había producido alguna horrible tragedia durante la pronosticación y que Alex había puesto en evidencia a la Casa Leteo, además de a sí misma. El decano no querría que ella se acercara ni a un kilómetro del asesinato.

Estate tranquila. El resto no hacía falta decirlo: *No espero que te ocupes de esto. Nadie espera que te ocupes de esto. Nadie espera que hagas nada salvo procurar no llamar la atención hasta que recuperemos a Darlington*.

Si es que lo encontraban. Si es que alguien podía sacarlo del oscuro lugar en el que debía de estar. En menos de una semana probarían suerte con el rito de la luna nueva. Alex no entendía los detalles, tan solo que el decano Sandow creía que funcionaría y que, hasta que así fuera, el trabajo de Alex consistía en asegurarse de que nadie hiciera demasiadas preguntas sobre el chico de oro de Leteo. Al menos ya no tendría que lidiar con un asesinato y un inspector borde.

Cuando entró en la sala común, encontró a Mercy ya despierta; Alex se alegró de haberse dado esa ducha. Al principio pensaba que las residencias universitarias serían como hoteles: largos pasillos sembrados de dormitorios, pero Vanderbilt parecía más bien un bloque de apartamentos antiguo, lleno de música, gente tarareando y riendo mientras entraban y salían de los cuartos de baño compartidos, y portazos que resonaban por la escalera central. El piso okupa que compartía con Len, Hellie, Betcha y los demás también era ruidoso, pero sus gemidos y suspiros sonaban distintos, abatidos, como un moribundo.

—Estás despierta —dijo Alex.

Mercy levantó la vista de su ejemplar de *Al faro*; las páginas estaban repletas de notas adhesivas de colores pastel. Tenía el cabello recogido en una compleja trenza, y en lugar de su raída manta de ganchillo, llevaba un batín de seda con un estampado de jacintos azules por encima de los vaqueros.

—¿Has dormido aquí?

Alex se la jugó:

—Sí, pero ya estabas roncando. He salido a correr un rato.

—¿Has ido al gimnasio? ¿Las duchas están abiertas tan temprano?

—Para los equipos y tal.

Alex no estaba segura de que eso fuera verdad, pero sabía que no había nada que le interesara tan poco a Mercy como los deportes. Además, Alex no

tenía zapatillas ni sujetadores deportivos, y Mercy nunca le había dicho nada al respecto. La gente no iba por ahí buscando mentiras sin sentido. ¿Por qué iba nadie a mentir sobre salir a correr por la mañana?

—Están como cabras. —Mercy le lanzó un fajo de folios grapados a Alex, que lo atrapó al vuelo, pero no se animó a mirarlo. Era su trabajo sobre Milton. Mercy se había ofrecido a echarle un vistazo. Alex solo veía un mar de marcas de rotulador rojo.

—¿Qué tal está? —preguntó, arrastrando los pies hacia su dormitorio.

—No está tan mal.

—Pero tampoco está bien —murmuró mientras entraba en la diminuta caverna que tenían por habitación y se quitaba el chándal.

Mercy había adornado su lado de la pared con carteles, fotos familiares, entradas de musicales de Broadway, un poema en caracteres chinos (Mercy decía que sus padres la obligaban a recitarlo de memoria en todas las fiestas cuando era niña, pero que aun así le encantaba), una serie de bocetos de moda de Alexander McQueen y un montón de sobres rojos chinos formando una estrella. Alex sabía que todo aquello era, en parte, una fachada, una imagen de la persona que Mercy quería ser en Yale, pero cada elemento, cada objeto la conectaba con algo, Alex, en cambio, tenía la impresión de que alguien se había colado en el cuarto y había cortado todos sus hilos. Su abuela era su vínculo más cercano con algo parecido a un pasado de verdad, pero Estrea Stern había muerto cuando Alex tenía nueve años. Y Mira Stern había llorado su muerte, sí, pero nunca le habían interesado las historias ni las canciones de su madre, ni su forma de cocinar o de rezar. Ella se consideraba una «exploradora»: homeopatía, alopatía, cristaloterapia, Kryon, ciencia espiritual, tres meses en los que todo lo aderezaba con espirulina… y siempre con idéntico optimismo y fervor, arrastrando a Alex de una panacea a la siguiente. En cuanto al padre de Alex, Mira no solía dar detalles, y menos cuando su hija le insistía. Era un interrogante. La mitad fantasmagórica de Alex. Solamente sabía que era un apasionado del océano, que era Géminis y que era de origen latino; Mira no sabía decirle si era dominicano, guatemalteco o puertorriqueño, pero sí que sabía que su ascendente era Acuario, con la luna en Escorpio. O algo así. Alex nunca se acordaba.

Había traído pocas cosas de casa. No había querido regresar a la Zona Cero para recoger nada de allí, y todo lo que tenía en el apartamento de su madre eran cosas de niña pequeña: ponis de plástico, escarapelas de cinta de colores, gomas de borrar con olor a chicle. Al final, había cogido solamente un cuarzo ahumado que le había regalado su madre, las recetas casi ilegibles

de su abuela, un árbol joyero que tenía desde los ocho años y un mapa retro de California, que había colgado junto al póster de Coco Chanel de Mercy.

—Ya sé que era una fascista —había dicho Mercy—. Pero es un vicio.

El decano Sandow le había aconsejado comprarse unos cuadernos de dibujo y unos carboncillos; Alex los había dejado obedientemente sobre el armario medio vacío, como coartada.

Había procurado escoger las asignaturas más fáciles: Literatura Inglesa, Español (obligatoria), un curso de Introducción a la Sociología y Dibujo. Pensaba que al menos Literatura Inglesa se le daría bien, porque le gustaba leer. Incluso en su peor época del instituto, en Literatura siempre había conseguido salir del paso. Pero aquella Literatura no tenía nada que ver con el inglés que ella conocía. Había sacado un insuficiente en su primer trabajo, con una nota que decía «Esto es un informe de lectura». Era como volver a estar en el insti, con la diferencia de que ahora sí se estaba esforzando.

—Te quiero, pero esta redacción es un caos —dijo Mercy desde la sala común—. Te iría mejor si pasaras menos tiempo haciendo gimnasia y más hincando los codos. —*No me digas*, pensó Alex. Mercy se iba a llevar una buena sorpresa si algún día le proponía que salieran a correr juntas o le pedía que levantara una carga pesada—. Podemos repasarlo durante el desayuno.

Lo único que quería hacer Alex era dormir, pero volver a meterse en la cama después de salir a correr no parecía propio de personas normales, y Mercy le había hecho el favor de corregir su desastroso trabajo de Literatura, así que no tenía más remedio que aceptar ese desayuno. Leteo le había asignado un tutor a Alex, un estudiante de posgrado de Estudios Americanos llamado Angus, que se pasaba casi todas sus sesiones semanales encorvado sobre los trabajos de Alex, resoplando de exasperación y sacudiendo la cabeza como una mula atormentada por las moscas. Mercy tampoco era exactamente delicada, pero sí mucho más paciente.

Alex se puso unos vaqueros, una camiseta y el suéter negro de cachemira que tanto le había gustado al verlo en Target. Sin embargo, al tocar el precioso jersey lavanda de Lauren y preguntarle de qué estaba hecho, Alex había descubierto que existían tantos tipos de cachemira como de grifa, y que su triste suéter de la sección de rebajas era todo tallo y semillas. Pero al menos era calentito.

Volvió a rociar su abrigo con aceite de cedro por si todavía olía al Velo y cogió su mochila, pero titubeó. Abrió el cajón de la cómoda y rebuscó en el fondo hasta encontrar un frasquito que aparentaba ser un colirio normal y corriente. Sin darse tiempo para pensarlo dos veces, echó la cabeza hacia atrás

y se puso dos gotas de baja belladona en cada ojo. Era un potente estimulante, una especie de Rubifen mágico. El bajón posterior era brutal, pero ahora mismo necesitaba un poco de ayuda para mantenerse en pie. Según los diarios sobre su etapa en la sociedad, los antiguos alumnos de Leteo siempre habían utilizado toda clase de trucos para ganar tiempo. Este en concreto lo había descubierto después de la desaparición de Darlington.

Alex volvió a someterse al frío de la mañana, caminando al lado de Mercy. Siempre le había gustado el paseo desde el Campus Viejo hasta el comedor del Jonathan Edwards, pero el patio parecía mucho menos bonito bajo aquel cielo gris. Por la noche, la nieve desprendía un resplandor blanquecino, pero ahora se veía turbia y parduzca, como un revoltijo de sábanas sucias. La torre Harkness lo dominaba todo como una vela a medio derretir, dando la hora con sus campanadas.

Alex había tardado unas semanas en comprender por qué Yale le resultaba tan rara. Era por su absoluta falta de glamur. En Los Ángeles, incluso en el Valle, incluso en sus peores días, la ciudad tenía estilo. Incluso la madre de Alex, con su sombra de ojos púrpura y sus abalorios de turquesa; incluso su pequeño apartamento, con las lámparas tapadas con chales; incluso sus amigos pobres, celebrando barbacoas de jardín, todavía resacosos por la noche anterior: las chicas con pantalones cortos ceñidos, el vientre al aire y el pelo hasta la cintura, y los chicos con la cabeza rapada, un moño o rastas. Todo y todos tenían estilo. Pero aquí los colores parecían difuminarse. Había una especie de uniformidad: los deportistas, gorras de béisbol del revés, pantalones cortos holgados aunque hiciera frío y las llaves colgando de unos cordones que hacían girar en el aire como si fueran dandis; las chicas, pantalón vaquero y abrigo acolchado; los del teatro, cabello de colores chillones teñido en casa. La ropa, el coche y la música informaban a la gente de quién eras. Era como si alguien hubiera limado todos sus números de serie, como si hubieran borrado su huellas. *¿Quién eres?*, se preguntaba Alex a veces mientras miraba a la enésima chica de abrigo azul marino cruzado, cara pálida como la luna, gorro de lana y coleta echada de cualquier manera sobre el hombro, como un animal muerto. *¿Quién eres?*

Mercy era la excepción. A ella le gustaban los estampados florales llamativos, combinados con un desfile aparentemente inagotable de gafas que llevaba colgadas del cuello con cordones relucientes (y que Alex todavía no la había visto utilizar). Hoy había elegido un abrigo de brocado con flores de Pascua bordadas; parecía la abuela excéntrica más joven del mundo. Cuando Alex había enarcado las cejas al verla, Mercy había respondido:

—Me gusta que se me vea.

Al entrar en la sala común del Jonathan Edwards, un soplo de aire cálido las envolvió. La luz invernal dibujaba cuadrados desvaídos sobre los sofás de cuero, una decoración que no era más que un preludio tímido y falsamente humilde para las altísimas vigas y nichos de piedra que les esperaban en el comedor.

Mercy se echó a reír.

—Solo te veo así de risueña cuando estamos a punto de comer.

Era verdad. Si Beinecke era el templo de Darlington, el comedor era el lugar de culto de Alex. En el piso de Van Nuys, sobrevivían a base de Taco Bell y Subway cuando había pasta, y de cereales (a veces en seco y otras, si estaba desesperada, regados con algún refresco) cuando estaban sin blanca. Siempre que los invitaban a una barbacoa en casa de Eitan, Alex birlaba una bolsa de panecillos para tener donde untar la mantequilla de cacahuete, y en una ocasión hasta había probado el pienso de Loki, pero no había conseguido masticarlo. Cuando vivía con su madre, siempre habían tirado de congelados y preparados de arroz; más tarde, cuando habían persuadido a Mira para que se hiciera vendedora de Herbalife, tomaban extraños batidos y barritas nutritivas. Alex se había pasado semanas llevando al colegio sobres de pudín de proteínas instantáneo.

Seguía sin entrarle en la cabeza que allí dentro hubiera comida caliente esperándola, tres veces al día. Daba igual qué o cuánto comiera; era como si su cuerpo, tras tanto tiempo pasando hambre, estuviera absolutamente famélico. El estómago le rugía a todas horas, repicando como la campana de la torre Harkness. Siempre se guardaba dos sándwiches y una torre de galletas de chocolate envueltas en una servilleta para comer durante el día. Para ella, el suministro de comida de su mochila era como la mantita de un bebé. Si todo aquello terminaba, si se lo arrebataban, al menos aguantaría un par de días más sin pasar hambre.

—Está muy bien que hagas tanto ejercicio —comentó Mercy mientras Alex engullía su muesli. Por supuesto, no era verdad que estuviera haciendo ejercicio, y era cuestión de tiempo que su metabolismo dejara de cooperar, pero le traía sin cuidado—. ¿Sería mucho pedir que te pusieras una falda para ir a Fusión Omega mañana por la noche?

—¿Sigues queriendo ir a ese rollo de las fraternidades? —Fusión Omega formaba parte del Plan Cinco Fiestas de Mercy para que Alex y ella socializaran.

—No todas tenemos un primo buenorro que nos lleva a sitios interesantes, así que, a menos que me ofrezcan una fiesta de mayor calibre, sí. Ya no estamos en el insti. No tenemos que seguir siendo las cutres que esperan a que alguien se apiade y las invite. He malgastado demasiados modelitos buenos contigo.

—Vale, llevaré falda si tú llevas falda —dijo Alex—. Por cierto… me vas a tener que prestar una falda. —Nadie se arreglaba para una fiesta de fraternidad, pero si Mercy se empeñaba en estar mona para unos tiparracos disfrazados con trajes químicos, eso harían—. Deberías ponerte esas botas que tienes con tantos cordones. Voy a por más.

La baja belladona hizo efecto justo mientras cargaba su bandeja de tortitas con mantequilla de cacahuete; se quedó sin aliento al sentir que se espabilaba de repente. Era como si le acabaran de cascar un huevo muy frío en la nuca. Y por supuesto, ese fue el momento exacto que escogió la profesora Belbalm para llamarla desde su mesa de la esquina del comedor, bajo una ventana plomada; su cabello blanco y lacio resplandecía como la coronilla de una foca recién salida del agua.

—Mierda —dijo Alex entre dientes. Dio un respingo al ver que Belbalm torcía ligeramente el gesto, como si la hubiera oído—. Vuelvo enseguida —le dijo a Mercy, y dejó la bandeja en la mesa.

Marguerite Belbalm era francesa, pero hablaba un inglés perfecto. Su cabello era blanco como la nieve, con un corte bob tan liso y rígido que parecía tallado en hueso y colocado sobre su cabeza a modo de casco, por lo poco que se movía. Vestía ropa negra y asimétrica insuperablemente chic, y su actitud sosegada ponía nerviosa a Alex, que se había quedado fascinada la primera vez que había visto su silueta esbelta e inmaculada en la sesión de orientación del Jonathan Edwards, la primera vez que había olido su perfume especiado. Daba clases de Estudios de la Mujer, era la directora del colegio mayor J. E. y una de las profesoras más jóvenes con un puesto permanente en Yale. Alex no sabía si «joven» quería decir treinta, cuarenta o cincuenta años. Dependiendo de la luz, podía pasar por cualquiera de esas franjas de edad. Ahora mismo, con la baja belladona corriéndola por las venas a Alex, Belbalm aparentaba treinta y tantos; la luz que se reflejaba en su cabello blanco creaba la ilusión de unas diminutas estrellas fugaces.

—Hola dijo Alex, situándose detrás de una de las sillas de madera.

—Alexandra —la saludó Belbalm, apoyando el mentón en las manos entrelazadas. Siempre se equivocaba con su nombre, pero Alex nunca la corregía. Admitir ante aquella mujer que su nombre era Galaxy le parecía

impensable—. Veo que estás tomando un refrigerio con tu amiga, pero necesito secuestrarte un momento. —«Refrigerio» era, probablemente, la palabra más fina que Alex había oído nunca. A la altura de «estólido»—. ¿Tienes un segundo? Vamos a mi despacho, ¿sí? Para poder hablar.

—Por supuesto —contestó Alex, cuando en realidad quería preguntar «¿La he liado?». A finales del primer semestre, cuando la habían puesto en período de prueba por sus malas notas, Belbalm le había dado la noticia en su elegante despacho. Sobre la mesa tenía tres de los trabajos de Alex: uno sobre *Elegidos para la gloria* (para su clase de Sociología sobre desastres organizativos), otro sobre «Aire tardío» (un poema de Elizabeth Bishop que Alex había escogido por su brevedad, dándose cuenta más tarde de que no tenía absolutamente nada que decir sobre él y que ni siquiera podía incluir citas largas para meter paja) y otro para su clase sobre Swift. Pensaba que esta última sería divertida por *Los viajes de Gulliver*, pero resultó que ella había leído una versión adaptada para niños, que nada tenía que ver con el insondable original.

En aquel momento, Belbalm había alisado las páginas mecanografiadas y la había reprendido con delicadeza por no haber dicho nada sobre sus dificultades de aprendizaje: «Eres disléxica, ¿sí?». Alex había asentido, porque le hacía falta una justificación para lo atrasada que iba en sus estudios. Sabía que debería estar avergonzada de no haberle dicho la verdad, pero necesitaba toda la ayuda posible.

¿Y ahora qué quería? El semestre acababa de empezar; era demasiado pronto para que Alex la hubiera vuelto a cagar.

Belbalm le guiñó un ojo y le apretó la mano con afecto.

—No es nada malo. No pongas esa cara de querer salir corriendo.

Tenía los dedos fríos, duros como el mármol; en el anular refulgía una solitaria y voluminosa gema de color gris oscuro. Alex sabía que la estaba mirando embobada, pero la baja belladona convertía aquel anillo en una montaña, en un altar, en un planeta en órbita.

—Me gustan las joyas singulares —dijo Belbalm—. La simplicidad, ¿sabes?

Alex asintió, obligándose a apartar la vista. Ella llevaba unos pendientes (de los de tres pares por cinco pavos) que había chorizado en el Claire’s del Fashion Square Mall. Eso sí que era simplicidad.

—Ven. —Belbalm se levantó y le hizo un elegante gesto con la mano.

—Voy a por la mochila —contestó Alex. En cuanto regresó con Mercy, se metió una tortita entera en la boca y la masticó a toda velocidad.

—¿Has visto esto? —dijo Mercy, enseñándole su móvil—. Anoche mataron a una chica de New Haven. Delante del Payne Whitney. ¡Esta mañana has pasado por el escenario de un crimen!

—Joder —dijo Alex, mirando la pantalla por encima—. El caso es que vi las luces. Pensé que era un accidente de coche.

—Qué miedo. Solo tenía diecinueve años. —Mercy se frotó los brazos—. ¿Qué quiere *la Belle* Belbalm? Creía que íbamos a corregir tu trabajo.

El mundo entero resplandecía. Alex se sentía despierta, capaz de todo. Mercy estaba siendo muy generosa y Alex quería trabajar con ella antes de que el subidón empezara a remitir, pero tenía las manos atadas.

—Necesito hablar con ella sobre mi horario y solo tiene tiempo ahora mismo. ¿Te veo en la resi?

Esa guarra miente más que habla, había dicho Len en una ocasión, refiriéndose a Alex. Había dicho muchas cosas antes de morir.

Alex siguió a la profesora fuera del comedor y las dos cruzaron el patio en dirección a su despacho. Se sentía fatal por dejar tirada a Mercy. Venía de un barrio rico de Chicago; tanto su padre como su madre eran profesores, y por lo visto Mercy había escrito un ensayo tan acojonante que había impresionado incluso a Darlington. Alex y ella no tenían nada en común, pero las dos habían sido esa chica que no podía sentarse con nadie en la cafetería, y Mercy no se había reído de Alex por no saber pronunciar «Goethe». Con ella y con Lauren, le resultaba más sencillo fingir que era la persona que debía ser allí. Sin embargo, cuando *la Belle* Belbalm requería tu presencia, no podías rechistar.

Belbalm tenía dos asistentes que se turnaban para ocupar el escritorio que había delante de su despacho. Esta mañana, el secretario era el figurín de Colin Khatri, miembro de El Pergamino y la Llave y una especie de genio de la química.

—¡Alex! —exclamó al verla, como si fuera la invitada de honor de una fiesta.

El entusiasmo de Colin siempre parecía genuino, pero tanta euforia hacía que a veces Alex se sintiera tentada de cometer algún acto violento espontáneo, como atravesarle la palma de la mano con un lapicero. Belbalm colgó su elegante abrigo en el perchero y le indicó a Alex que entrara en su sanctasanctórum.

—¿Un té, Colin? —dijo Belbalm.

—Enseguida —contestó él, con una sonrisa más propia de un acólito que de un asistente.

—Gracias, cielo.

«El abrigo», le dijo Colin, moviendo los labios sin hablar. Alex se quitó la chaqueta. En una ocasión le había preguntado a Colin qué sabía Belbalm sobre las sociedades. «Nada», le había respondido él. «Cree que son chorradas elitistas».

No se equivocaba. Alex se había preguntado qué tenían de especial los alumnos de último año elegidos por las sociedades. Pensaba que debían de tener algún rasgo mágico. Pero no era más que favoritismo: hijos de, estudiantes de alto rendimiento, reinas de sociedad, el redactor del *Daily News*, el *quarterback* del equipo de fútbol americano, algún chaval que había dirigido una representación particularmente moderna de Equus que nadie quería ver. Gente que terminaría al mando de fondos de inversión y empresas emergentes o saliendo en los créditos de las películas como productores ejecutivos.

Alex siguió a Belbalm al interior del despacho, dejándose contagiar por su ambiente apacible. Los estantes estaban llenos de libros y diversos objetos cuidadosamente recopilados durante sus viajes: un decantador de vidrio soplado, tan voluminoso como el cuerpo de una medusa, una especie de espejo antiguo y hierbas aromáticas que florecían en el alféizar, plantadas en jardineras de cerámica blanca, como esculturas geométricas. Hasta la luz del sol parecía más agradable allí.

Alex inspiró hondo.

—¿Demasiado perfume? —preguntó Belbalm con una sonrisa.

—¡No! —exclamó Alex—. Es genial.

La profesora se acomodó grácilmente en el sillón de su escritorio y le indicó a Alex que se sentara en el sofá de terciopelo verde que tenía frente a sí.

—*Le parfum de Thérèse* —dijo Belbalm—. Edmond Roudnitska. Fue una de las grandes narices del siglo XX y diseñó esta fragancia para su esposa. Solamente ella podía llevarla. Muy romántico, ¿no crees?

—¿Y entonces…?

—¿Por qué la tengo yo? Bueno, los dos murieron y Frédéric Malle vio una oportunidad de negocio, así que la sacó al mercado para que los plebeyos la pudiéramos comprar.

«Plebeyos» era una palabra que no usaban los pobres. Al igual que «fino» era una palabra que no usaban los finos. Pero la sonrisa de Belbalm parecía incluir a Alex, así que respondió con una sonrisa que esperaba que fuera igual de cómplice que la de la profesora.

Colin trajo una bandeja con un juego de té de color arcilla y la dejó en el borde del escritorio.

—¿Algo más? —preguntó, esperanzado.

Belbalm lo despidió con un gesto.

—Vete a hacer cosas importantes. —Ella misma sirvió el té y le ofreció una taza a Alex—. Échate leche y azúcar si quieres. O también hay menta fresca. —Se levantó y partió una ramita de las hierbas aromáticas de la ventana.

—Menta, por favor —dijo Alex, aceptando la ramita e imitando los movimientos de Belbalm: estrujó las hojas y las echó en su taza.

Belbalm se reclinó y bebió un sorbo. Alex hizo lo mismo; se quemó la lengua, pero disimuló el espasmo.

—Supongo que ya sabrás lo de esa pobre chica.

—¿Tara?

Belbalm enarcó sus delgadas cejas.

—Sí, Tara Hutchins. ¿La conocías?

—No —se apresuró a decir Alex, asombrada de su propia estupidez—. Acabo de leer la noticia.

—Es terrible. Voy a decir algo aún más terrible: menos mal que no era una estudiante. Aunque eso no disminuye la magnitud de la tragedia, por supuesto.

—Por supuesto. —Pero Alex estaba bastante segura de que eso era justo lo que estaba diciendo Belbalm.

—Alex, ¿qué quieres de Yale?

Pasta. Alex sabía que Marguerite Belbalm encontraría esa respuesta sumamente burda. «¿Cuándo los viste por primera vez?», le había preguntado Darlington. A lo mejor todos los ricos hacían la pregunta equivocada. Para gente como Alex, la cuestión no era «qué quieres», sino «cuánto puedes sacar». ¿Lo bastante para sobrevivir? ¿Lo bastante para ocuparse de su madre cuando todo se jodiera, como siempre ocurría inevitablemente?

Alex no dijo nada, y Belbalm probó de nuevo:

—¿Por qué estudias aquí en vez de en una escuela de arte? —Leteo le había suministrado dibujos y cuadros, creando así un falso rastro de éxitos y buenas referencias que compensaran sus fracasos académicos.

—Soy buena, pero no tanto. —Era verdad. La magia podía crear pintores competentes y músicos capaces, pero no genios. Alex había añadido optativas artísticas a su horario de clases, porque era lo que se esperaba de ella, y al final habían resultado ser la parte más sencilla de su vida universitaria. Porque

no era su mano la que manejaba el pincel. Cuando finalmente se acordó de comprar los cuadernos de dibujo que Sandow le había recomendado, fue como dejar que un trébede se deslizara sobre una ouija, aunque las imágenes que emergían venían de su interior: Betcha medio desnudo, bebiendo de un abrevadero; Hellie de perfil, con las alas de una mariposa monarca saliéndole de la espalda.

—No voy a acusarte de falsa modestia. Confío en que conozcas tu propio talento. —Belbalm bebió otro sorbo de té—. El mundo no se lo pone fácil a los artistas que son sencillamente buenos, en lugar de verdaderamente geniales. En fin. ¿Es eso lo que buscas? ¿Seguridad? ¿Un trabajo estable?

—Sí —contestó Alex. Muy a su pesar, la palabra le salió con un deje petulante.

—No me malinterpretes, Alexandra. No es ningún crimen desear esas cosas. Solamente aquellos que siempre han vivido entre comodidades las tachan de burguesas. —Le guiñó un ojo—. Por eso los marxistas más puros siempre son varones. La calamidad es algo demasiado consustancial para nosotras. Nuestras vidas pueden desmoronarse con un solo gesto, con una ola traicionera. Y el dinero… El dinero es la roca a la que nos aferramos cuando la corriente intenta arrastramos.

—*Sí* —dijo Alex, indinándose hacia ella. Eso era lo que la madre de Alex nunca había conseguido entender. A Mira le encantaban «el arte, la verdad y la libertad». No quería «formar parte de la máquina». Pero a la máquina eso le traía sin cuidado. La máquina seguía triturando y atrapándola entre sus engranajes.

Belbalm dejó la taza en el platillo.

—Y cuando tengas dinero, cuando puedas dejar de aferrarte a esa roca y te encarames a ella, ¿qué construirás encima? Cuando te pongas de pie sobre esa roca, ¿qué predicarás?

Alex notó que perdía por completo el interés. ¿De verdad esperaba que tuviera algo que decir, alguna sabiduría que compartir con el mundo? *¿Estudia? ¿No tomes drogas? ¿No jodas con quien no debes ni dejes que te jodan? ¿Sé maja con tus padres aunque no se lo merezcan, porque al menos pueden permitirse llevarte al dentista? ¿No apuntes demasiado alto? ¿No dejes que se muera la chica a la que más quieres?*

Se hizo un largo silencio. Alex miraba fijamente las hojas de menta que flotaban en su té.

—Bueno —dijo al fin la profesora Belbalm, suspirando—. Te lo pregunto porque no sé cómo motivarte, Alex. ¿Quieres saber por qué me tomo tantas

molestias por ti?

En realidad nunca se lo había preguntado. Había dado por hecho que Belbalm le tomaba en serio su trabajo como directora del J. E. y que cuidaba de todos los estudiantes a su cargo. Pero asintió de todas formas.

—Todo el mundo empieza en algún sitio, Alex. A muchos de estos chavales siempre se lo han dado todo. Han olvidado cómo extender la mano y cogerlo por sí mismos. Tú tienes hambre, y eso es algo que respeto. —Clavó dos dedos en la mesa—. Pero ¿hambre de qué? Estás mejorando, es evidente. Creo que te están ayudando, y eso es bueno. Está claro que eres una chica lista. Es preocupante que te hayan puesto en período de prueba, pero lo que más me preocupa es que las clases que estás eligiendo no muestran otro patrón de interés más que su falta de dificultad. En Yale no vale con «ir tirando».

¿Te apuestas algo?, pensó Alex. Pero respondió:

—Lo siento. —Era verdad. Belbalm estaba buscando un potencial secreto que sacar a la luz, y Alex iba a decepcionarla.

Belbalm rechazó su disculpa con un gesto.

—Piensa qué es lo que quieres, Alex. Puede que no se encuentre aquí. Pero si es así, haré todo lo que pueda para que te quedes.

Esto era lo que quería Alex: la paz perfecta de aquel despacho; la luz agradable que entraba por las ventanas; la menta, la albahaca y la mejorana en las macetas de la ventana.

—¿Tienes planes para el verano? —preguntó Belbalm—. ¿Qué te parecería quedarte aquí? ¿Trabajar para mí?

Alex levantó la cabeza de golpe.

—¿Y en qué podría ayudarla yo?

Belbalm se rio.

—¿Acaso crees que Isabel y Colin hacen cosas muy complicadas? Mantienen al día mi calendario y mis archivos, me organizan la vida para que no tenga que hacerlo yo. No me cabe duda de que lo harías bien. En verano hay un curso de escritura; tal vez sea justo lo que necesitas para seguir aquí. Y podrías empezar a pensar en una trayectoria profesional. No quiero ver cómo te estancas, Alex.

Un verano para ponerme al día, para recuperar el aliento. A Alex se le daban bien las probabilidades. Por necesidad. Antes de entrar a hacer una venta, tenías que saber si saldrías viva de allí. Y las probabilidades de superar con éxito cuatro cursos en Yale eran escasas. Con Darlington, todo había sido diferente. Su ayuda le había dado ventaja; había hecho que aquella vida fuera

manejable, posible. Pero Darlington ya no estaba. Nadie sabía cuándo volvería, y Alex estaba harta de luchar por mantenerse a flote.

Belbalm le ofrecía tres meses más para respirar, para recuperarse, para trazar un plan, para acumular recursos, para convertirse en una auténtica alumna de Yale, no en alguien que solamente representaba un papel a cuenta de Leteo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Alex. Quería dejar la taza, pero le temblaba tanto la mano que tenía miedo de que el ruido la delatara.

—Demuéstrame que puedes seguir mejorando. Termina el curso decentemente. Y la próxima vez que te pregunte qué quieres, espero una respuesta. ¿Sabes que organizo salones literarios? Celebré uno anoche, pero habrá otro la semana que viene. Puedes empezar por asistir.

—Claro —dijo, aunque no estaba en absoluto segura—. Iré. Gracias.

—No me des las gracias, Alex. —Belbalm la miró por encima del borde de su taza roja—. Ponte a ello.

Alex se sentía mucho más ligera mientras salía del despacho y se despedía de Colin con la mano. El patio estaba en silencio. Ocurría a veces: todas las puertas y ventanas se cerraban por el frío, nadie pasaba por allí de camino a dase o al comedor… y de pronto estabas sumido en una burbuja de silencio. Alex dejó que la envolviera, imaginándose que los edificios contiguos estaban abandonados.

¿Cómo sería el campus en verano? ¿Estaría igual de tranquilo? Una ciudad cubierta por una cúpula de cristal, húmeda y desierta. Alex se había pasado las vacaciones de invierno recluida en Il Bastone, viendo películas en el portátil que le había comprado Leteo y temiendo que Dawes apareciera de un momento a otro. Hablaba con su madre por Skype y solo se aventuraba fuera para comprar pizza y tallarines. Incluso los grises se habían desvanecido; sin la excitación y la ansiedad de los estudiantes, parecía que nada los retenía en el campus.

Alex pensó en esa quietud, en las largas mañanas que traería el verano. Podría sentarse en el escritorio de Colin e Isabel, preparar té, actualizar la web del J. E. o cualquier otra cosa. Podría elegir bien sus asignaturas, las que tuvieran un programa que no cambiara demasiado. Podría leer las obras requeridas con antelación, asistir a ese curso de escritura para no depender tanto de la pobre Mercy…, suponiendo que Mercy quisiera seguir siendo su compañera de cuarto el año que viene.

El año que viene. Unas palabras mágicas. Belbalm había construido un puente que conectaba a Alex con un futuro posible. Tan solo tenía que cruzarlo. La madre de Alex se desilusionaría al enterarse de que su hija no iba a volver a California en verano… ¿o no? Tal vez así todo sería más sencillo. Cuando le había dicho a su madre que iba a estudiar en Yale, esta la había observado con tanta tristeza que Alex había tardado un buen rato en darse cuenta de que Mira pensaba que estaba drogada. Sintiéndose culpable, Alex sacó una foto del patio vacío y se la mandó a su madre. *¡Qué frío!* No significaba nada, pero era una prueba de que estaba bien, de que estaba allí. Una señal de vida.

Fue al cuarto de baño antes de entrar en clase y se adecentó el pelo con los dedos. A Hellie y a ella les encantaba maquillarse, gastarse el poco dinero que llevaban en el bolsillo en delineadores con purpurina y brillo de labios. A veces lo echaba de menos. En Yale, el maquillaje significaba algo distinto; enviaba una señal de esfuerzo totalmente inaceptable.

Alex soportó una hora de Español Il (aburrida, pero en el fondo solo requería memorización). Tara Hutchins estaba en boca de todos, aunque nadie la llamaba por su nombre. Era la fallecida, la víctima del asesinato, la chica de la ciudad a la que habían apuñalado. Había números de teléfono de asistencia y terapia de emergencia para cualquiera a quien el incidente hubiera dejado trastornado. La profesora de apoyo que daba la clase de Español les recordó que usaran el servicio de acompañamiento del campus cuando salieran de noche. «Me pilló muy cerca». «Estuve allí como una hora antes de que ocurriera». «Paso por allí a diario». Alex oía las mismas frases una y otra vez. En sus voces había preocupación y algo de vergüenza: aquello era otra prueba de que, por muchas franquicias que se trasladaran al campus, New Haven nunca sería Cambridge. Pero nadie parecía tener miedo de verdad. *Porque Tara no era una de los vuestros*, pensó Alex mientras recogía sus cosas. *Todavía os sentís a salvo*.

Alex tenía dos horas libres después de la clase; pretendía aprovecharlas en su cuarto de la residencia, comiéndose los sándwiches de contrabando mientras escribía el informe para Sandow. Después dormiría la mona de baja belladona antes de ir a Literatura.

Sin embargo, sus pies la condujeron de nuevo hasta el Payne Whitney. El cruce ya no estaba bloqueado por coches patrulla ni había gente alrededor, pero un cordón policial seguía aislando aquel trozo de tierra triangular, frente al gimnasio. Los estudiantes que pasaban por allí echaban vistazos furtivos al escenario del crimen y se apresuraban a seguir su camino, como si se

avergonzaran de observar algo tan morboso bajo la luz fría y grisácea. Un coche de policía estaba medio subido a la acera, y en la calle había un furgón del telediario.

Supuso que el decano Sandow y el resto de la administración de Yale estaban teniendo una mañana repleta de reuniones de emergencia sobre control de daños. Alex no entendía las diferencias entre Yale, Princeton y Harvard y las ciudades en las que se ubicaban. Todas eran el mismo lugar imposible, en la misma ciudad imaginaria. Pero estaba claro, a juzgar por cómo Lauren y Mercy se reían de New Haven, que la ciudad y su universidad se consideraban un poco menos Ivy League[7] que las demás. Un asesinato tan cerca del campus, incluso aunque la víctima no fuera estudiante, no era nada bueno para el Departamento de Relaciones Públicas.

Alex se preguntó si lo que estaba viendo era el lugar donde Tara había sido asesinada o si solamente se habían deshecho del cadáver frente al gimnasio. Debería habérselo preguntado al forense. Seguramente la habían matado allí. Si querías librarte de un cuerpo, no lo tirabas en mitad de un cruce concurrido.

Entonces vio en su mente el zapato de Hellie, aquella sandalia transparente de color rosa que se deslizaba, escapándose de su pie de uñas pintadas. Los pies de Hellie eran anchos, con los dedos muy juntos y la piel gruesa y encallecida; era la única parte de ella que no era hermosa.

¿Qué estoy haciendo aquí? Alex no quería acercarse más al lugar donde había estado el cuerpo. *Ha sido el novio*, había dicho el forense. Era un camello. Los dos habían discutido. Las heridas eran atroces, pero ¿quién sabe lo que podía habérsele pasado por la cabeza estando colocado?

Aun así, había algo en aquel escenario del crimen que le chirriaba. La noche anterior había llegado desde Grove Street, pero ahora estaba al otro lado del cruce, justo delante de la residencia de Baker Hall y del terreno vacío y helado donde habían encontrado a Tara. Desde aquel ángulo, Alex notaba algo familiar en el aspecto de las dos calles, de las estacas clavadas en la tierra, señalizando el punto donde Tara había sido asesinada o abandonada. ¿Le parecía diferente porque ahora lo estaba viendo a la luz del día y sin una multitud alrededor? ¿Era un falso *déja vu*? ¿O tal vez la baja belladona le estaba jugando una mala pasada mientras su organismo la depuraba? Los diarios de Leteo estaban llenos de advertencias sobre la intensidad de sus efectos.

Alex pensó en la sandalia de Hellie balanceándose durante un instante de sus dedos antes de caer al suelo del apartamento con un ruido sordo. Len se

volvía hacia Alex, acarreando el cuerpo inerte de Hellie, levantándola por las axilas. Betcha sujetaba las rodillas de Hellie con las caderas, como si los dos estuvieran bañando *swing*. «Venga», decía Len. «Abre la puerta, Alex. Déjanos salir».

Déjanos salir.

Apartó ese recuerdo y miró de reojo hacia el grupo de grises congregados junto al gimnasio. Hoy eran menos, y su humor (si es que tenían humor) había vuelto a la normalidad. Pero el Novio seguía allí. Procuró ignorarlo, pero su aspecto era inconfundible: pantalones impecables, zapatos lustrados, un rostro apuesto, digno de una película antigua, ojos grandes y oscuros y el cabello negro peinado hacia atrás con suaves ondas; la única nota discordante era la gran mancha sanguinolenta de un agujero de bala en el pecho.

El Novio era un hostigador, un gris capaz de atravesar las capas del Velo y manifestar su presencia, sacudiendo parabrisas y haciendo saltar las alarmas de los coches del aparcamiento que ocupaba el lugar donde antaño se había alzado la fábrica de carruajes de su familia… y donde había matado a su prometida antes de suicidarse. Era una de las paradas favoritas de los tours del terror de Nueva Inglaterra. Alex no lo miró directamente, pero por el rabillo del ojo lo vio alejarse del grupo y avanzar hacia ella.

Hora de largarse. No quería atraer el interés de los grises, y mucho menos de uno capaz de adoptar cualquier forma física. Le dio la espalda y regresó Rápidamente al corazón del campus.

Cuando llegó a Vanderbilt, ya notaba el bajón. Se sentía débil, agotada, como si acabara de superar la peor gripe de su vida. El informe de Sandow podía esperar. Tampoco tenía mucho que decirle. Era mejor dormir un poco. Tal vez soñaría con el verano. Los dedos todavía le olían a menta.

Cerró los ojos y vio el rostro de Hellie, sus pálidas cejas blanqueadas por el sol, el labio manchado de vómito. La culpa era de Tara Hutchins. Las rubias siempre le recordaban a Hellie. Pero ¿por qué aquel escenario del crimen le resultaba tan familiar? ¿Qué había visto en aquel desolado trozo de tierra muerta rodeado de tráfico?

Nada. Había estado trasnochando más de la cuenta, oyendo los susurros de Darlington. Tara no se parecía en nada a Hellie. Era una copia barata, la marca blanca de Hellie.

No, replicó una voz en su cabeza. Era la voz de Hellie, subida a un monopatín, balanceándose a ambos lados con aquellos pies tan anchos, con un equilibrio impecable. Estaba lívida. La parte de arriba de su bikini estaba

manchada de restos de su última comida. *Esa chica soy yo. Esa chica eres tú sin una segunda oportunidad.*

Alex luchó por alejar la marea del sueño. La habitación estaba a oscuras, salvo por una rendija de luz que se filtraba por la única y estrecha ventana.

Hellie ya no estaba; tampoco aquellos que le habían hecho daño. Pero alguien había hecho daño a Tara Hutchins, y ese alguien no había recibido su castigo. Aún.

Deja que se ocupe el inspector Turner, le decía la superviviente. *Estate tranquila. Déjalo estar. Céntrate en tus notas. Piensa en el verano*. Alex veía el puente que Belbalm había construido. Solamente tenía que cruzarlo.

Buscó en su cómoda el colirio de baja belladona. Una tarde más. Era lo mínimo que podía concederle a Tara Hutchins antes de enterrarla para siempre y pasar página. Igual que había enterrado a Hellie.

Aureliano, hogar de los aspirantes a reyes filósofos, los grandes unificadores. Aureliano se fundó para encamar los ideales del liderazgo y, supuestamente, para reunir a lo mejor de las sociedades. Se consideraban una especie de Nueva Leteo y reclutaban miembros de todas las sociedades para formar un consejo de dirección. Pero aquello no duró mucho. Sus animados debates degeneraron en broncas encarnizadas, se reclutaron nuevos miembros y pronto se volvieron tan tribales como las demás Casas del Velo. En el fondo, su magia presenta una funcionalidad elemental idónea para el trabajador profesional; es más un empleo que una vocación. Eso los ha hecho objeto de escarnio para aquellos que tienen sensibilidades más refinadas, pero cuando Aureliano se vio expulsada de su propia «tumba» y desprovista de dirección permanente, consiguió sobrevivir allí donde otras Casas se fueron a pique… vendiéndose al mejor postor.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos
de la Novena Casa

Carecen del más mínimo sentido del gusto. Es cierto que de vez en cuando vomitan algún que otro senador o un escritor de cierto renombre, pero las noches de Aureliano se parecen un poco a las actas de un juicio jugoso. Empiezas con muchas ganas, pero cuando llegas a la página dos te das cuenta de que es todo palabrería sin apenas sustancia.

—Diario de Leteo de Michelle Alameddine
(*Colegio mayor Hopper*).

6

Otoño pasado

Darlington decidió que Alex se estrenara con algo sencillo: Aureliano. La magia más seria podía esperar hasta que el semestre estuviera más avanzado. Supo que había acertado en cuanto bajó las escaleras de Il Bastone y vio a Alex sentada en un cojín de terciopelo, mordisqueándola furiosamente la uña del pulgar. Dawes parecía ajena a todo, inmersa en su *Manual de Lineal B*; los auriculares con cancelación de ruido le cubrían totalmente las orejas.

—¿Lista? —preguntó.

Alex se levantó y se secó las manos en los vaqueros. Darlington le pidió que repasara los suministros de protección de las bolsas, y le complació comprobar que no se había dejado nada.

—Buenas noches, Dawes —dijo Darlington mientras recogían los abrigos del perchero del recibidor—. No volveremos muy tarde.

Dawes le bajó los auriculares hasta el cuello.

—Hay sándwiches de salmón ahumado, huevo y eneldo. ¿Hace falta que pregunte?

—Y también *avgolemono*.

—Te diría que eres un ángel, pero eres mucho más interesante que eso.

Dawes chasqueó la lengua.

—No es una sopa de otoño, ¿sabes?

—Apenas se puede decir que estemos en otoño, y no hay nada más reconstituyente. —Además, costaba bastante entrar en calor después de tomar el elixir de Hiram.

Dawes sonrió mientras regresaba a su texto. Le gustaba que alabaran sus dotes culinarias casi tanto como sus logros académicos.

Empezó a hacer frío mientras paseaban por Orange y volvían hacia el Green y el campus. La primavera llegaba despacio a Nueva Inglaterra, pero el

otoño era como doblar una esquina. Un momento antes estabas sudando y con la ropa de verano, y de pronto tiritabas bajo un duro cielo azul esmaltado.

—Háblame de Aureliano.

Alex suspiró.

—Se fundó en 1910. Consiguieron salas consagradas en Sheffield-Sterling-Strathcona Hall…

—Ahórrate el trabalenguas. Todos lo llaman SSS.

—En SSS. Durante las reformas de 1932.

—Más o menos en la época en que La Calavera estaba clausurando su anfiteatro de operaciones —añadió Darlington.

—¿Su qué?

—Ya lo verás cuando llegue tu primera pronosticación. Pero he pensado que es preferible no quitarte los ruedines durante nuestra primera excursión. —Era mejor que Alex Stern diera sus primeros pasos con los solícitos y generosos Aurelianos que con los Calaveras—. La universidad regaló esas instalaciones a Aureliano por los servicios prestados.

—¿Qué servicios?

—Dímelo tú, Stern.

—Bueno, su especialidad es la logomancia, la magia con palabras. ¿Algo relacionado con un contrato?

—La compra del bosque de Sachem en 1910. Fue una inmensa adquisición de tierras, y la universidad quería asegurarse de que nunca se pudieran poner pegas a la transacción. Ese terreno es lo que después se convertiría en Science Hill. ¿Qué más?

—La gente no se los toma muy en serio.

—¿La gente?

—Leteo —se corrigió—. Las demás sociedades. Porque no tienen una tumba propiamente dicha.

—Pero nosotros no somos como esa gente, Stern. No somos esnobs.

—Tú eres un esnob de la cabeza a los pies, Darlington.

—Vale, pero no esa clase de esnob. A nosotros solamente nos interesan dos cosas. ¿Su magia funciona? ¿Es peligrosa?

—¿Funciona? —preguntó Alex—. ¿Es peligrosa?

—La respuesta a ambas preguntas es «depende». La especialidad de Aureliano son los contratos irrompibles, las promesas vinculantes, las historias que pueden, literalmente, narcotizar al lector. En 1989, cierto millonario entró en coma en el camarote de su yate. Encontraron a su lado un ejemplar de *Dios y el hombre en Yale*, y si alguien se hubiera molestado en

echarle un vistazo, habría descubierto que la introducción es distinta a la de cualquier otra versión del libro; había sido compuesta por Aureliano. También puede que te interese saber que las últimas palabras de Winston Churchill fueron «Estoy harto de todo».

—¿Me estás diciendo que Aureliano asesinó a Winston Churchill?

—Son solo especulaciones. Pero puedo confirmarte que la mitad de los muertos del cementerio de Grove Street solo permanecen dentro de sus tumbas porque las inscripciones de sus lápidas las grabaron miembros de Aureliano.

—¿Y dices que no son poderosos?

—Todo eso fue antes, cuando todavía se consideraba una sociedad inmueble. Aureliano fue expulsada de sus instalaciones cuando se torcieron las negociaciones sindicales de la universidad. Oficialmente los acusaron de servir alcohol a menores, pero el hecho es que Yale consideró que Aureliano no había hecho correctamente su trabajo con los contratos iniciales. Perdieron la Sala 405, y desde entonces no levantan cabeza. Actualmente, realizan algún que otro acuerdo de confidencialidad o hechizo de inspiración. Esto último es lo que vamos a ver esta noche.

Pasaron junto al edificio administrativo de Woodbridge Hall y las luminosas celosías doradas de El Pergamino y la Llave. Los Cerrajeros habían cancelado su próximo ritual. No iban a quitarle trabajo a Leteo (El Libro y la Serpiente había ocupado enseguida su hueco para el próximo jueves por la noche), pero Darlington se preguntaba qué estaba pasando exactamente en El Pergamino. Se rumoreaba que su magia se estaba debilitando, que sus portales fallaban o ni siquiera llegaban a abrirse. Tal vez fueran solo habladurías (las Casas del Velo eran reservadas, competitivas y muy dadas a los cotilleos). Pero Darlington pensaba tomarse ese retraso como una oportunidad para investigar lo que estaba ocurriendo en El Pergamino y la Llave antes de arrastrar a su Dante a una situación potencialmente complicada.

—Si Aureliano no es peligrosa, ¿por qué tenemos que asistir nosotros? —preguntó Alex.

—Para impedir interrupciones. Este ritual en concreto tiende a atraer a muchos grises.

—¿Por qué?

—Por la sangre. —Alex aminoró el paso—. Por favor, no me digas que eres melindrosa. No durarás ni un semestre aquí si no aguantas un poco de sangre.

Inmediatamente, Darlington se sintió como un capullo. Después de lo que había vivido Alex en California, era lógico que sintiera aprensión. Aquella chica había presenciado un trauma de verdad, no el teatro macabro al que tan acostumbrado estaba él.

—No te preocupes por mí —dijo Alex, pero estrujaba la correa de su bolsa con los puños apretados.

Entraron en la sobria explanada de Beinecke Plaza; las ventanas de la biblioteca resplandecían como el ámbar.

—No te pasará nada —le prometió—. Es un entorno controlado y un hechizo muy simple. En el fondo, esta noche vamos a ser porteros de discoteca.

—Bien.

Pero no parecía estar bien.

Cruzaron la puerta giratoria de la biblioteca y accedieron al vestíbulo abovedado. Gordon Bunshaft había concebido la biblioteca como una caja dentro de otra. Detrás del mostrador de seguridad vacío, una enorme pared de cristal se alzaba hasta el techo, repleta de estantes de libros. Aquella era la verdadera biblioteca, el corazón de papel y pergamino de Beinecke; la estructura exterior era una entrada, un escudo, una falsa piel. Las grandes ventanas a ambos lados permitían ver la plaza desierta.

No muy lejos del mostrador de seguridad había una larga mesa, a una distancia cómoda de las vitrinas, donde se exhibían muestras temporales de las colecciones de la biblioteca; la Biblia de Gutenberg tenía allí su propio expositor de cristal con iluminación cenital. Cada día, un empleado pasaba exactamente una página. Dios, cuánto amaba aquel lugar.

Los Aurelianos merodeaban en torno a la mesa, vestidos ya con sus túnicas marfileñas, charlando con nerviosismo. Seguramente su energía bastaba por sí sola para empezar a atraer a los grises. Josh Zelinski, el actual presidente de la delegación, se separó del grupo y se apresuró a saludarlos. Darlington lo conocía de varios seminarios de Estudios Norteamericanos. Llevaba cresta, solía vestir monos holgados y hablaba mucho. Lo acompañaba una mujer de cuarenta y tantos años: la Emperatriz de esta noche (la exalumna elegida para supervisar el ritual). Darlington la reconoció de un rito que Aureliano había realizado el año anterior, para redactar los documentos reguladores de su junta de vecinos.

—Amelia —la saludó, recordando su nombre—. Es un placer volver a verte.

Ella sonrió y miró de reojo a Alex.

—¿Es la nueva tú? —Era lo mismo que le habían preguntado a Michelle Alameddine cuando Darlington la había acompañado en su primer año.

—Te presento a nuestra nueva Dante, Alex. Es de Los Angeles.

—Guay —dijo Zelinski—. ¿Conoces a algún actor famoso?

—Una vez me bañé desnuda en la piscina de Oliver Stone… ¿Eso cuenta?

—¿Él también se estaba bañando?

—No.

Zelinski parecía francamente decepcionado.

—Empezaremos a medianoche —dijo Amelia.

Eso les daba tiempo de sobra para trazar el perímetro en torno a la mesa del ritual.

—Para este rito, no podemos bloquear por completo a los grises —le explicó Darlington mientras Alex y él caminaban en un amplio círculo alrededor de la mesa, eligiendo el recorrido de la barrera que iban a levantar —. La magia requiere que los canales con el Velo permanezcan abiertos. Venga, recuérdame los primeros pasos.

Le había encargado leer varios pasajes de *Los vínculos de Fowler* y también un breve tratado sobre la magia de portales, escrito en los primeros días de El Pergamino y la Llave.

—Polvo de huesos, tierra de cementerio o cualquier *memento morí* para formar el círculo.

—Muy bien —dijo Darlington—. Esta noche usaremos esto. —Le tendió una tiza hecha de cenizas crematorias comprimidas—. Así podremos ser más precisos con los símbolos. Dejaremos canales abiertos en cada punto cardinal.

—¿Y luego?

—Luego nos colocaremos en las puertas. Los grises pueden interferir en el ritual, y no queremos que esta clase de magia se desboque y escape. La magia necesita resolución. Cuando comience este rito en concreto, buscará sangre, y si el hechizo escapa de la mesa, podría, literalmente, cortar en dos a algún estudiante de Derecho que esté estudiando tranquilamente a una manzana de aquí. Un abogado menos en el mundo, es verdad, pero me han dicho que los chistes de abogados están pasados de moda. Si un gris intenta cruzar, tienes dos opciones: lanzarles polvo o palabras fúnebres. —Los grises odiaban cualquier recordatorio de la muerte: elegías, endechas, poemas sobre el dolor o la pérdida o incluso el anuncio publicitario de una funeraria especialmente sensible.

—¿Y las dos cosas? —preguntó Alex.

—En realidad no hace falta. Es mejor no malgastar poder innecesariamente.

Parecía escéptica. Su ansiedad le sorprendía. Alex Stern podía ser tosca y maleducada, pero había demostrado valor de sobra, al menos en todo lo que no tuviera que ver con polillas. ¿Dónde estaba ese acero que había percibido antes en ella? ¿Y por qué su miedo le resultaba tan profundamente decepcionante?

Justo cuando terminaba de trazar los símbolos que cerrarían el círculo, un joven cruzó el torniquete de la entrada, con el rostro casi enteramente oculto tras una bufanda.

—El invitado de honor —murmuró Darlington.

—¿Quién es?

—Zeb Yarrowman, *Wunderkind*[8]. O más bien ex *Wunderkind*. Seguro que los alemanes tienen alguna palabra para un niño prodigio que ha dejado atrás su etapa de *enfant terrible*.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, Darlington.

—Eres mala, Stern. Yo aún tengo tiempo. Zeb Yarrowman escribió una novela en su penúltimo año en Yale, la publicó antes de graduarse y fue el niño bonito del panorama literario de Nueva York durante varios años seguidos.

—¿El libro era bueno?

—No era *malo* —dijo Darlington—. Melancolía, locura, amor juvenil… El menú habitual de una *Bildungsroman*[9], todo ello sobre el telón de fondo de la vida de Zeb en la decadente vaquería de su tío. Pero su prosa causó sensación.

—¿Y ha venido como mentor de alguien?

—Ha venido porque *El rey de los sitios pequeños* se publicó hace casi ocho años y Zeb Yarrowman no ha escrito ni un mísero renglón desde entonces. —Darlington vio que Zelinski le hacía una seña a la Emperatriz—. Ya empieza.

Los Aurelianos formaban dos filas idénticas y enfrentadas a ambos lados de la larga mesa. Llevaban túnicas blancas muy parecidas a las de un coro, con mangas tan anchas y largas que arrastraban por el tablero. Josh Zelinski se colocó en un extremo y la Emperatriz en el otro. Se pusieron guantes blancos de los que se usaban para manipular manuscritos antiguos y desplegaron un documento a lo largo de toda la mesa.

—Es pergamino —comentó Darlington—. Hecho de piel de cabra y empapado en flor de saúco. Una ofrenda para la musa. Pero eso no es lo único

que necesita. Ven. —Llevó a Alex hasta los primeros símbolos que habían dibujado—. Tú vigilarás las puertas sur y este. No te coloques entre las marcas a menos que sea absolutamente imprescindible. Si ves que un gris se aproxima, interponte en su camino y utiliza la tierra de cementerio o las palabras fúnebres. Yo vigilaré las puertas norte y oeste.

—¿Cómo? —Su voz agresiva delataba sus nervios—. Tú no puedes verlos.

Darlington buscó en su bolsillo y extrajo el vial del elixir. No podía retrasarlo más. Rompió el sello de cera, sacó el tapón de corcho y, sin darse tiempo a pensar en su propia seguridad, se bebió el contenido de un trago.

Darlington no había llegado a acostumbrarse. Seguramente nunca lo haría. Las arcadas, la punzada amarga que te atravesaba el paladar hasta alojarse en tu cráneo.

—Joder —musitó, sin aliento.

Alex pestañeó.

—Creo que es la primera vez que te oigo soltar un taco.

Empezó a tiritar y trató de controlar los temblores que le sacudían el cuerpo.

—Las b-b-blasfemias s-s-son como las declaraciones de amor. Es mejor usarlas con moderación y solo cuando se dicen de c-c-corazón.

—Darlington… ¿es normal que te castañeteen los dientes?

Intentó asentir, pero sus espasmos ya le hacían asentir, claro.

El elixir era como hundir la cabeza en el Gran Frío, como adentrarse en un largo y oscuro invierno. O en palabras de Michelle: «Como si te metieran un polo por el ojete».

«No tan concentrado», había conseguido bromear Darlington en aquella ocasión. Pero había estado a punto de desmayarse. No era solo el sabor, el frío ni los temblores. Era la sensación de haberse rozado con algo horrible. Por aquel entonces no había podido identificar la sensación, pero meses más tarde, conducía por la 1-95 cuando un tráiler le había pasado a su carril y no lo había embestido por apenas unos centímetros. Su cuerpo se había inundado de adrenalina, y el regusto amargo de las aspirinas machacadas le había llenado la boca al recordar el sabor de la Bala de Hiram.

La sensación era siempre la misma, y seguiría siéndolo hasta que la dosis intentara matarlo por fin y su hígado cediera a la toxicidad. Uno no podía acercarse a la muerte y hundir en ella el dedo gordo eternamente. Tarde o temprano terminaba agarrándote por el tobillo para tratar de sumergirte.

Bueno. Si eso pasaba, Leteo le buscaría un donante de hígado. No sería el primero. Y no todo el mundo podía nacer con el don de Galaxy Stern.

Ahora que el temblor remitía, por un breve instante el mundo se volvió lechoso, como si estuviera viendo el resplandor dorado de Beinecke a través de una gruesa catarata hecha de telarañas. Aquellas eran las capas del Velo.

Cuando se abrieron ante él, la neblina se despejó. Las familiares columnas de Beinecke, los Aurelianos encapuchados y el rostro receloso de Alex recuperaron su nitidez; la diferencia era que ahora también veía a un anciano, vestido con una chaqueta de pata de gallo, merodeando junto a la vitrina donde se guardaba la biblia de Gutenberg, antes de alejarse para examinar la colección de objetos de James Baldwin.

—Creo… creo que ese es… —Se contuvo antes de pronunciar el nombre de Frederic Prokosch. Los nombres eran algo íntimo, y se arriesgaba a formar una conexión con el muerto—. Escribió una novela muy famosa, *Los asiáticos*, desde su escritorio de la biblioteca Sterling. Me pregunto si Zeb será fan suyo. —Prokosch afirmaba ser incognoscible, un misterio incluso para sus amigos más cercanos. Y sin embargo allí estaba, deambulando por una biblioteca universitaria en la otra vida. Tal vez era preferible que el elixir fuera tan costoso y supiera tan mal. Si no, Darlington se pasaría las tardes bebiéndolo solo para poder ver escenas como aquella. Pero era hora de trabajar—. Ahuyéntalo, Stern. Pero nada de contacto visual.

Alex rotó los hombros, como un boxeador al entrar en el ring, y se aproximó a Prokosch, desviando la mirada. Metió la mano en su bolsa y sacó el vial de tierra de cementerio.

—¿A qué esperas?

—El tapón está atascado.

Prokosch levantó la vista de la vitrina y empezó a flotar hacia Alex.

—Pues di las palabras, Stern. —Alex retrocedió un paso, forcejeando todavía con el tapón—. No puede hacerte daño —insistió Darlington, interponiéndose entre Prokosch y la entrada del círculo. El ritual todavía no había comenzado, pero era mejor mantenerlo totalmente limpio. A Darlington no le hacía gracia la idea de ahuyentar al gris personalmente. Ya lo conocía demasiado bien, y si lo expulsaba al otro lado del Velo se arriesgaba a formar un vínculo con él—. Venga, Stern.

Alex cerró los ojos con fuerza y gritó:

—*¡Ten coraje! ¡Nadie es inmortal!*

Prokosch se estremeció de aprensión y levantó una mano como para ahuyentar a Alex, antes de lanzarse hacia las paredes de cristal de la

biblioteca. Las palabras fúnebres podían ser prácticamente cualquier cosa, con tal de que hablaran sobre aquello que más temían los grises: la finalidad de la muerte, la ausencia de un legado, el vacío del más allá… ; Darlington le había enseñado a Alex varias de las más fáciles de memorizar: unas *lamellae*[10] órficas halladas en Tesalia.

—¿Lo ves? —dijo Darlington—. Es fácil. —Miró de reojo a los Aurelianos; algunos se reían por lo bajo de la vehemente declamación de Alex—. Aunque tampoco hace falta que grites.

Pero a Alex no parecía importarle haber llamado la atención. Tenía los ojos encendidos, mirando fijamente el lugar en el que, momentos antes, había estado Prokosch.

—¡Fácil! —dijo. Frunció el ceño y observó el vial de tierra que tenía en la mano—. Es fácil…

—Por lo menos podrías jactarte un poco, Stern. No me niegues el placer de ponerte otra vez en tu sitio. —Alex no respondió—. Vamos, ya están listos para empezar.

Zeb Yarrowman estaba en la cabecera de la mesa. Se había quitado la camisa; tenía los brazos pegados a los costados de su pecho delgado y pálido, como dos alas plegadas. Darlington había visto a muchos hombres y mujeres situarse en la cabecera de esa misma mesa en los últimos tres años. Algunos eran miembros de Aureliano. Otros solamente habían pagado la elevada suma que les cobraba el trust de la sociedad a cambio de venir a pronunciar palabras y enunciar peticiones, con la esperanza de que ocurriera algo espectacular. Acudían con toda clase de necesidades, y Aureliano escogía la ubicación del ritual en función del requisito: los acuerdos prematrimoniales irrompibles se podían realizar en la entrada de la Facultad de Derecho. Las falsificaciones podían detectarse bajo los ojos vigilantes de *Cicerón descubre la tumba de Arquímedes* del pobre e iluso de Benjamin West, en la galería de arte de la universidad. Las escrituras de terrenos y bienes inmuebles se sellaban en lo alto de East Rock, dominando las luces centelleantes de la ciudad. La magia de Aureliano tal vez fuera más débil que la de las demás sociedades, pero era más portátil y práctica.

Los ensalmos de la velada comenzaron en latín, un cántico suave y apacible que llenó por completo el interior de Beinecke, ascendiendo cada vez más alto por los estantes protegidos tras el cubo de cristal del centro de la biblioteca. Darlington los escuchaba con un oído mientras vigilaba el perímetro del círculo y no perdía de vista a Alex. Probablemente era buena señal que la chica estuviera tan tensa; al menos quería hacerlo bien.

Los cánticos en latín se transformaron en italiano vernáculo, pasando de la antigüedad a la modernidad. La voz de Zeb, implorante, era la que más reverberaba en las paredes de piedra; Darlington percibía su desesperación. Tenía que estar desesperado por fuerza, para someterse a lo que venía a continuación.

Zeb extendió los brazos. Los Aurelianos situados a su derecha y su izquierda alzaron sendos cuchillos y, mientras los cánticos proseguían, trazaron dos largos cortes desde las muñecas hasta los antebrazos de Zeb.

La sangre fluyó lentamente y se fue acumulando en la superficie de la piel, formando dos rendijas rojas que parecían un par de ojos abriéndose.

Zeb plantó las manos en el borde del documento que tenía ante sí y dejó que su sangre se derramara sobre él, manchando el pergamino. La sangre empezó a fluir más deprisa, como si el pergamino estuviera bebiendo con fruición; la marea avanzaba reptando por el documento mientras Zeb seguía cantando en italiano.

Tal y como Darlington sabía que ocurriría, los grises comenzaron a aparecer a través de las paredes, atraídos por la sangre y la esperanza.

Cuando por fin la marea de sangre llegó al otro extremo del pergamino, todos los Aurelianos bajaron los brazos, dejando que las mancas de sus túnicas rozaran el documento empapado. La sangre de Zeb pareció trepar por la tela a medida que el sonido del ensalmo aumentaba de volumen; ya no era un único idioma, sino todos los idiomas, palabras extraídas de los libros que los rodeaban, que los envolvían, incluso de los que estaban escondidos en las cámaras climatizadas de las plantas inferiores. Miles y miles de volúmenes. Memorias, cuentos infantiles, postales, menús, poesías, diarios de viajes, el suave y redondo italiano atravesado por los sonidos afilados del inglés, el gargajiento alemán y los hilos susurrantes del cantonés.

Como uno solo, los Aurelianos estamparon las manos en el pergamino empapado en sangre. El sonido rasgó el aire como un trueno, y desde sus palmas se extendió una nueva marea, esta vez negra. La sangre se iba transformando en tinta y volvía a fluir por la mesa, recorriendo el pergamino hasta alcanzar las manos de Zeb, que soltó un grito cuando la tinta se introdujo en su cuerpo, zigzagueando por sus brazos como un garabato, línea a línea, palabra a palabra, como un palimpsesto que ennegrecía su piel, reptando lentamente con alambicada cursiva hasta sus codos. Zeb sollozó, se estremeció y gimió de angustia, pero no despegó las manos del pergamino.

La tinta siguió trepando hasta sus codos flexionados, hasta el cuello y el pecho, y en el mismo instante entró en su cabeza y en su corazón.

Aquella era la parte más peligrosa del ritual, cuando todos los Aurelianos eran vulnerables y los grises estaban más ansiosos. Ahora acudían más deprisa a través de las paredes y las ventanas selladas, rodeando el círculo, buscando las puertas que Alex y Darlington habían dejado abiertas, atraídos por el anhelo de Yarrowman y el olor metálico de la sangre fresca. Por muy preocupada que hubiera estado Alex, ahora se lo estaba pasando en grande, lanzando puñados de tierra de cementerio a los grises con gestos innecesariamente complejos; parecía una luchadora profesional intentando motivar a un público invisible. Darlington prestó atención a sus puntos cardinales, arrojando nubes de polvo de huesos a los grises que se aproximaban y murmurando antiguas palabras fúnebres cuando alguno de ellos trataba de esquivarlas. Su himno órfico favorito comenzaba con un *Oh espíritu del fruto aún inmaduro*, pero era demasiado largo para que mereciera la pena pronunciarlo.

Entonces oyó un gruñido de Alex y miró hacia atrás, esperando verla realizar una maniobra de expulsión particularmente acrobática. Pero no. Estaba en el suelo, con expresión aterrorizada y retrocediendo a rastras; los grises estaban cruzando el círculo de protección en línea recta. Tardó apenas un momento en comprender lo que había pasado: los símbolos de la puerta sur estaban emborronados. Alex se había emocionado tanto que había pisado el dibujo y había abierto una brecha en el lado sur del círculo. Lo que antes era una puerta estrecha que permitía que la magia fluyera se había convertido en un agujero enorme que no suponía el menor impedimento para los grises. Estos avanzaban, con la atención puesta en la pulsión de la sangre y el anhelo, acercándose cada vez más a los incautos Aurelianos.

Darlington se abalanzó hacia ellos para interponerse en su camino, ladrando las palabras fúnebres más breves y crueles que conocía:

—*¡Sin llantos!* —gritó—. *¡Sin honras, sin exequias!* —Algunos grises se detuvieron en seco y otros emprendieron la huida—. *¡Sin llantos, sin honras, sin exequias!* —repitió. Pero la masa de grises avanzaba por inercia. Solo Alex y él podían ver a aquella multitud de viejos, jóvenes, heridos, mutilados e ilesos, vestidos con ropas de todas las épocas.

Si llegaban a la mesa, interrumpirían el ritual. Yarrowman moriría sin ninguna duda y posiblemente se llevaría consigo a la mitad de Aureliano. La magia se desbocaría.

Pero si Beinecke era una casa de palabras viviente, también era un majestuoso monumento al final de todas las cosas. La máscara mortuoria de Thornton Wilder. Los dientes de Ezra Pound. Centenares de poemas

elegiacos. Darlington buscó las palabras… Hart Crane sobre Melville, Ben Jonson a la muerte de su hijo. El «Réquiem» de Robert Louis Stevenson. Su mente buscaba atropelladamente un asidero. Empieza por algún sitio. Por donde sea.

—Un hueso lascivo, canto mi canción
y viajo allí donde sople el hueso.

Por Dios. Tenía que mantener a raya a unos seres sobrenaturales. ¿Cómo podía estar recurriendo al poema de Foley sobre las costumbres sexuales de un esqueleto?

Varios de los grises se alejaron del grupo, pero hacía falta algo un poco más solemne.

Horacio.

—El invierno llegará
y romperá el mar inferior sobre las rocas
mientras libamos el estival vino.

Esta vez sí que estaban frenando; algunos incluso se tapaban los oídos.

—*Mira, en el albor del aire invernal* —exclamó—. *El día pende cual rosa. Desciende hacia la mano deseosa. ¡Tómalo antes de que se vaya!*

Levantó las manos, como si fuera capaz de empujarlos físicamente. ¿Por qué no recordaba el primer verso de ese poema? Porque nunca le había interesado. *¿Para qué intentar conocer el futuro si no puede conocerse?*

—*¡El invierno llegará!* —repitió. Pero mientras Darlington ahuyentaba a los grises a través de la puerta rota y buscaba la tiza con la mano, miró hacia las paredes de cristal de la biblioteca. Se estaba congregando una horda, un mar de grises visibles a través de las paredes de cristal, rodeando el edifico. No podía volver a dibujar los símbolos a tiempo.

Alex seguía en el suelo, temblando tanto que Darlington lo notaba incluso desde lejos. Cuando la magia se desatara, posiblemente ellos dos serían los primeros en morir.

—*Ten coraje* —repetía Alex una y otra vez—. *Ten coraje*.

—¡No es suficiente!

Los grises se abalanzaban hacia la biblioteca.

—*Mors vincit omnia*! —gritó Darlington, recurriendo a las palabras impresas en todos los manuales de Leteo. La Emperatriz y los Aurelianos

habían levantado la vista de la mesa, solamente Zeb Yarrowman continuaba ensimismado en la agonía del ritual, sordo al caos que había penetrado en el círculo.

Entonces, una voz atravesó el aire, aguda y temblorosa. No hablaba; cantaba.

—*Parióme mi madre en una noche oscura.*

Alex estaba cantando, y sus sollozos interrumpían la melodía.

—*Ponime por nombre niña y sin fortuna.*

Era español, pero al mismo tiempo no. Una especie de dialecto.

—*Ya crecen las yerbas y dan amarillo, triste mi corazón vive con suspiro.*

Darlington no conocía la canción, pero las palabras parecían estar ralentizando a los grises.

—¡Sigue! —dijo Darlington.

—¡No me sé el resto! —chilló Alex. Los grises avanzaban de nuevo.

—¡Di algo, Stern! Necesitamos más palabras.

—¡*Quien no sabe de mar no sabe de mal*! —Esta vez, en lugar de cantar, se puso a gritar esas palabras una y otra vez.

Las filas de grises del exterior trastabillaban y miraban hacia atrás: algo se estaba moviendo a sus espaldas.

—¡Continúa! —gritó él.

—*¡Quien no sabe de mar no sabe de mal!*

Era una ola, una ola inmensa que se alzaba sobre la plaza, salida de la nada. ¿Cómo era posible? Alex ni siquiera estaba pronunciando palabras fúnebres. *Quien no sabe de mar, no sabe de mal*. Darlington ni siquiera sabía qué significaba.

La ola creció, y a Darlington se le ocurrieron nuevas palabras de Virgilio… del verdadero Virgilio. De las Bucólicas.

—*¡Abísmese en el mar el mundo todo!* —declamó—. *Bosques, adiós… Arrójame a las aguas desde la altura de esta peña. ¡Sea esta la postrera ofrenda que al morir te brindo!*

La ola se abatió sobre los grises, que se dispersaron por el suelo de la plaza. Darlington los veía a través del cristal, oscilando como témpanos de hielo a la luz de la luna.

Darlington se apresuró a dibujar de nuevo las señales protectoras, reforzándolas con puñados de tierra de cementerio.

—¿Qué era eso?

Alex miraba fijamente a los grises caídos, con las mejillas todavía húmedas de lágrimas.

—Es… Es algo que decía mi abuela.

Ladino[11]. Alex había hablado en español, en hebreo y en algo más que él no identificaba. Era el idioma de la diáspora. El idioma de la muerte. Habían tenido suerte. Los dos.

Le tendió la mano.

—¿Estás bien? —Alex tenía la palma húmeda y fría.

—Sí —contestó ella, pero seguía temblando—. Estoy bien. Lo siento, no…

—No digas ni una palabra más hasta que regresemos a Il Bastone, y por lo que más quieras, no te disculpes con nadie hasta que hayamos salido de aquí.

Zelinski caminaba hacia ellos, seguido de cerca por la Emperatriz. El ritual había concluido y los dos parecían furiosos, a pesar de su pinta de miembros del Ku Klux Klan que habían salido a dar una vuelta sin el capirote.

—¿Qué leches estabais haciendo? —dijo Amelia—. Habéis estado a punto de arruinar el ritual con tanto grito. ¿Qué ha pasado?

Darlington se volvió hacia ellos, interponiéndose para que no vieran los trazos emborronados e invocando hasta el último gramo de autoridad de su abuelo.

—¿Por qué no me lo dices tú?

Zelinski se detuvo en seco; sus mangas, que volvían a estar limpias y blancas, se agitaron levemente mientras bajaba los brazos.

—¿Cómo?

—¿Habíais hecho antes este ritual?

—¡Ya sabes que sí! —le espetó Amelia.

—¿Exactamente igual?

—¡Claro que no! El ritual siempre cambia un poco en función del requisito. Cada historia es diferente.

Darlington sabía que se la estaba jugando, pero era mejor seguir a la ofensiva para que no pensaran que los de Leteo eran una pandilla de aficionados.

—Bueno, pues no sé qué tendrá pensado Zeb para su próxima novela, pero ha estado a punto de soltar una cohorte entera de fantasmas sobre vuestra delegación.

Zelinski abrió los ojos de par en par.

—¿Había grises aquí?

—Un ejército.

—Pero la he oído gritar…

—Nos habéis puesto en peligro a mi Dante y a mí —atajó Darlington—. Voy a tener que informar de esto al decano Sandow. Aureliano no debería jugar con fuerzas que…

—No, no, por favor —dijo Zelinski, levantando las manos como para apagar un incendio—. Por favor. Es el primer ritual de nuestra delegación. Es normal que se nos compliquen un poco las cosas. Estamos intentando que nos devuelvan nuestras instalaciones en SSS.

—Alex podría haber resultado herida —dijo Darlington, henchido de regia indignación—. Podría haber muerto.

—Es año de donaciones, ¿verdad? —dijo Amelia—. Podemos… podemos asegurarnos de que la nuestra sea generosa.

—¿Intentáis sobornarme?

—¡No! ¡Claro que no! Es una negociación, un acuerdo.

—Fuera de mi vista. Tenéis suerte de que la colección no haya sufrido daños permanentes.

—Gracias —susurró Alex mientras la Emperatriz y Zelinski se alejaban a toda prisa.

Darlington le lanzó una sola mirada de enojo antes de agacharse para empezar a borrar el círculo.

—Lo he hecho por Leteo, no por ti.

Limpiaron los restos del círculo y se aseguraron de que los Aurelianos no se dejaran nada, de que los brazos de Zeb estuvieran adecuadamente vendados y de que sus constantes vitales fueran normales. La tinta todavía manchaba los labios, los dientes y las encías del escritor, además de gotearle por las orejas y las comisuras de los ojos. Tenía un aspecto monstruoso, pero sonreía, murmurando para sí mientras garabateaba en un cuaderno. Seguiría así hasta haberse sacado la historia de dentro.

Darlington y Alex regresaron a Il Bastone en un tenso silencio. La noche parecía más fría que antes, no solo por la hora intempestiva, sino también por los efectos del elixir de Hiram. Normalmente sentía cierta tristeza cuando su magia desaparecía, pero esta noche no le daba ninguna lástima que el telón del Velo volviera a caer.

¿Qué había ocurrido durante el rito? ¿Cómo podía Alex haber sido tan incauta? Había infringido las normas más básicas que le había dado. El círculo era inviolable. Protege las marcas. ¿Había sido demasiado informal con ella? ¿Se había pasado de la raya al intentar tranquilizarla?

Cuando entraron en Il Bastone, las luces de la entrada chisporrotearon, como si la casa pudiera percibir su humor. Dawes estaba exactamente donde la habían dejado: delante de la chimenea. Levantó la vista y, nada más verlos, pareció desaparecer todavía más dentro de su sudadera y devolvió su atención a sus tarjetas de organización, encantada de dar la espalda a los conflictos humanos.

Darlington se quitó el abrigo y lo colgó junto a la puerta; luego se dirigió a la cocina, sin esperar a ver si Alex lo seguía. Encendió el fogón para calentar la sopa de Dawes y sacó la bandeja de sándwiches de la nevera, depositándola sobre la mesa ruidosamente. Dawes les había decantado una botella de *syrah*; se sirvió una copa antes de sentarse y observar a Alex, que se había dejado caer en una silla de la mesa de la cocina. Sus ojos oscuros estaban fijos en las baldosas blancas y negras del suelo.

Darlington se obligó a apurar su copa de vino y servirse otra antes de decir por fin:

—Bueno, ¿qué ha pasado?

—No lo sé —murmuró ella, con una voz apenas audible.

—Eso no me vale. No nos sirves literalmente para nada si no eres capaz de lidiar con unos cuantos grises.

—No iban a por tí.

—Te equivocas. Yo vigilaba dos de esas puertas, ¿recuerdas?

Alex se frotó los brazos.

—Es que no estaba preparada. La próxima vez lo haré mejor.

—La próxima vez será diferente. Y la próxima. Y la próxima. Hay seis sociedades en activo y cada una tiene rituales distintos.

—No ha sido por el ritual.

—¿Ha sido por la sangre?

—No. Uno de ellos me agarró. No me dijiste que eso podía pasar. Yo no…

Darlington no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Me estás diciendo que uno de ellos te tocó?

Más de uno. No…

—Eso no es posible. Es decir… —Dejó la copa en la mesa y se pasó las manos por el pelo—. Es inusual. Extremadamente inusual. A veces puede pasar cuando hay sangre o si el espíritu está especialmente excitado. Por eso las verdaderas apariciones son tan poco frecuentes.

—Sí que es posible. —La voz de Alex era dura y distante.

Tal vez. A menos que estuviera mintiendo.

—La próxima vez tienes que estar lista. No estabas preparada para…

—¿Y de quién es la culpa?

Darlington se irguió en su asiento.

—¿Perdona? Te he dado dos semanas para ponerte al día. Te he enviado pasajes muy concretos para que lo tuvieras todo masticado.

—¿Y antes? —Alex se levantó y echó su silla hacia atrás violentamente. Empezó a caminar de un lado a otro por el comedor; la luz de las lámparas se reflejaba en su cabello negro. Su cuerpo rezumaba energía. La casa soltó un gemido de advertencia. Alex no estaba triste, avergonzada ni preocupada. Estaba cabreada—. ¿Dónde estabais entonces? —le preguntó—. ¿Dónde estabais los sabios de Leteo con vuestros hechizos, vuestra tiza y vuestros libros? ¿Dónde estabais cuando los muertos me perseguían hasta casa? ¿Y cuando se colaban en mis clases? ¿O en mi dormitorio? ¿O en mi puta bañera? Sandow me contó que me seguíais la pista desde hace años, desde que era una cría. ¿No podíais haberme explicado cómo ahuyentarlos? ¿Que solo hacían falta unas palabras mágicas para que se fueran?

—Son inofensivos. Los rituales son lo único que…

Alex le arrebató la copa a Darlington y la estampó contra la pared, salpicándolo todo de vino tinto y cristales rotos.

—No son *inofensivos*. Hablas como si lo supieras, como si fueras un experto. —Golpeó la mesa con las manos y se inclinó hacia él—. No tienes ni puta idea de lo que son capaces de hacer.

—¿Has acabado ya, o te traigo otra copa para que la rompas también?

—¿Por qué nadie me ayudó? —dijo Alex, casi rugiendo.

—Yo sí. Estabas a punto de ahogarte bajo un mar de grises, por si no lo recuerdas.

—No me refiero a eso. —Alex agitó el brazo, señalando toda la casa—. Sandow. Leteo. Alguien. —Se tapó el rostro con las manos—. *Ten coraje. Nadie es inmortal*. ¿Tienes idea de lo que habría significado para mí conocer esas palabras de pequeña? Habría hecho falta muy poco para cambiarlo todo. Pero a nadie le importé una puta mierda hasta que creísteis que podía seros de utilidad.

A Darlington no le gustaba pensar que se había comportado mal. Ni tampoco Leteo. *Somos los pastores*. Y sin embargo, habían dejado a Alex a merced de los lobos. Ella tenía toda la razón. Les había dado igual. Leteo había estudiado y observado a Alex desde lejos.

Se había dicho a sí mismo que le estaba dando una oportunidad, que estaba siendo justo con aquella chica a la que la marea había arrastrado hasta

su playa. Pero hasta ahora siempre había considerado que Alex era alguien que había tomado la decisión equivocada y escogido el camino equivocado.

Después de un largo rato de silencio, dijo:

—¿Te sentirías mejor rompiendo algo más?

Alex respiraba atropelladamente.

—A lo mejor.

Darlington se levantó y fue abriendo un aparador tras otro, revelando estantes y estantes de Lenox, Waterford y Limoges: vasos, copas, platos, jarras, bandejas, mantequilleras, salseras… vajillas de cristal y porcelana que costaban miles de dólares. Cogió una copa, la llenó de vino y se la tendió a Alex.

—¿Por dónde quieres empezar?

7

Invierno

Leteo debía de tener algún protocolo para casos de asesinato, una serie de pasos que Darlington habría sabido seguir.

Probablemente le habría aconsejado pedirle ayuda a Dawes. Pero hasta ahora, Alex y la estudiante de posgrado apenas habían hecho otra cosa que ignorarse educadamente. Como casi todo el mundo, Dawes adoraba al deslumbrante Darlington. Él era la única persona que parecía totalmente a gusto hablando con ella, que no se contagiaba de la nube de incomodidad que recubría a Dawes como una de sus inmensas sudaderas de color indefinido. Alex estaba bastante segura de que Dawes le echaba la culpa a ella de lo ocurrido en Rosenfeld Hall, y aunque casi no se relacionaba con ella, su silencio había adquirido una nueva pátina de hostilidad en forma de portazos y miradas suspicaces. Alex prefería no hablar con Dawes más de lo estrictamente necesario.

En vez de eso, decidió consultar la biblioteca de Leteo. O *también podrías pasar de todo esto*, pensó mientras subía los escalones del porche de la mansión de Orange. Dentro de una semana, tal vez Darlington volvería a estar bajo ese mismo techo. Quizá emergería del rito de la luna nueva sano y salvo, listo para estrujarse su magnífico cerebro para resolver el problema del asesinato Tara Hutchins. O tal vez tuviera otras cosas en mente.

A Il Bastone no se entraba con llave. Darlington le había presentado a la puerta el día de su llegada; ahora se abrió a su paso, soltando un suspiro rechinante. Siempre ronroneaba de felicidad cuando Darlington la acompañaba. Al menos no le había azuzado a una jauría de chacales. Alex no había vuelto a ver a los sabuesos de Leteo después de aquella mañana, pero pensaba en ellos cada vez que se aproximaba a la casa, preguntándose dónde dormirían y si tenían hambre, si es que un perro espiritual necesitaba comer.

En teoría, el viernes era el día libre de Dawes, pero casi siempre se la podía encontrar acurrucada en un rincón de la salita de la primera planta, con

su portátil. Así era más sencillo evitarla. Alex se deslizó por el pasillo hasta la cocina, donde dio con la bandeja de los sándwiches de la noche anterior, que Dawes había dejado tapada con un paño húmedo en la balda superior de la nevera. Se sintió una ladrona mientras los engullía, pero eso solo consiguió que el pan de molde blanco y tierno, las rodajas de pepino y las finas lonchas de salmón con eneldo le supieran aún mejor.

Leteo había adquirido la casa de Orange en 1888, poco después de que John Anderson la abandonara, presuntamente para escapar del fantasma de la cigarrera asesinada por su padre. Desde entonces, Il Bastone se había hecho pasar por una residencia privada, un colegio dirigido por las Hermanas de Santa María, un despacho de abogados y ahora, de nuevo, una residencia privada en perpetua espera de una reforma. Pero siempre había sido Leteo.

En el pasillo de la segunda planta, junto a un viejo secreter y un jarrón de hortensias secas, había una solitaria estantería de libros: la entrada a la biblioteca. A su lado, un panel de la pared permitía controlar un equipo de música estéreo, pero solo funcionaba cuando quería y a veces la música de los altavoces sonaba tan enlatada y lejana que hacía que la casa pareciera más vacía.

Alex sacó el volumen de Albemarle del tercer estante. Parecía un libro de contabilidad corriente con tapas de tela teñida, pero sus páginas crepitaron ligeramente cuando lo abrió, y Alex soltó un taco al sentir una leve descarga de electricidad recorriéndole el cuerpo. El libro retenía ecos de la última petición de sus usuarios; mientras Alex buscaba las últimas páginas escritas, reconoció la letra de Darlington y las palabras «Planos de Rosenfeld Hall». La fecha era el 10 de diciembre. La última vez que se había visto con vida a Daniel Arlington.

Alex cogió un bolígrafo del secreter, anotó la fecha del día y escribió «Protocolos de la Casa Leteo. Homicidio». Volvió a dejar el libro en el estante, entre Stover en Yule y un ejemplar maltrecho de *La cocina de Nueva Inglaterra, vol. 2.* Alex nunca había visto ni rastro del volumen uno.

La casa soltó un gemido de reprobación y la estantería tembló levemente. Alex se preguntó si Dawes estaría demasiado enfrascada en su trabajo para darse cuenta o si ahora mismo estaría mirando el techo, conjeturando qué estaba tramando Alex.

Cuando la estantería dejó de sacudirse, Alex la agarró por el lado derecho y tiró. Se despegó de la pared como una puerta, revelando una cámara circular de dos plantas, con las paredes totalmente cubiertas de librerías. Aunque seguía siendo por la tarde, la cúpula de cristal del techo dejaba ver el

luminoso cielo azul que anunciaba el crepúsculo. El aire era ligeramente templado y olía a azahar.

El espacio de Leteo era limitado, así que la biblioteca funcionaba mediante un portal telescópico, cortesía de El Pergamino y la Llave y establecido por el difunto Richard Albemarle, delegado de Leteo, cuando no era más que un Dante. Solo había que anotar el asunto deseado en el libro de Albemarle y volver a guardarlo en la librería; luego la biblioteca recopilaba obedientemente una selección de volúmenes de la colección de la Casa Leteo, que ya te estaban esperando en cuanto abrías la puerta secreta. La colección completa se encontraba en un búnker subterráneo de una finca de Greenwich, y se centraba especialmente en la historia del ocultismo, New Haven y Nueva Inglaterra. Tenía una edición original del *Malleus Maleficarum* de Heinrich Kramer y cincuenta y dos traducciones diferentes del mismo texto, las obras completas de Paracelso, los diarios secretos de Aleister Crowley y Francis Bacon, un libro de hechizos del Templo de Fuego zoroástrico de Chak Chak, una foto firmada de Calvin Hill y una primera edición del *Dios y el hombre en Yale* de William F. Buckley, acompañado por una servilleta del Yankee Doodle en la que habían escrito un hechizo que revelaba los capítulos secretos del libro. Pero buena suerte si lo que buscabas era un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* o una historia de la Guerra Fría que no se centrara exclusivamente en la magia defectuosa que se había utilizado al redactar la doctrina Eisenhower.

La biblioteca también era un pelín cascarrabias. Si no eras lo bastante específico en tu consulta o no conseguía encontrar libros sobre el tema deseado, el estante temblaba sin parar y llegaba incluso a desprender calor y emitir un gemido agudo y nervioso que no cesaba hasta que abría de nuevo el libro de Albemarle y murmurabas un encantamiento relajante sobre sus páginas mientras le acariciabas el lomo. La magia del portal también debía mantenerse mediante una serie de complejos ritos cada seis años.

—¿Qué pasa si se os olvida? —le había preguntado a Darlington cuando este le había mostrado el funcionamiento de la biblioteca.

—Ya ocurrió una vez, en 1928.

—¿Y?

—Todos los libros de la colección entraron en la biblioteca al mismo tiempo, el suelo cedió y aplastó a Chester Vanee, el Óculo de entonces.

—Dios, qué chungo.

—No sé —había contestado Darlington, pensativo—. Ahogarse bajo una montaña de libros parece un fin bastante apropiado para un ayudante de

investigación.

Alex siempre se aproximaba a la biblioteca con precaución, y mantenía las distancias cuando la estantería temblaba. Se imaginaba perfectamente al futuro Darlington burlándose de la deliciosa ironía de que la ignorante Galaxy Stern hubiera muerto vapuleada por el propio conocimiento.

Dejó su bolsa en la mesa circular del centro de la sala; la superficie de madera lucía un grabado de constelaciones que no identificaba. A Alex le resultaba extraño que los libros siempre dieran igual en todas partes. Los documentos antiguos de las estanterías y vitrinas climatizadas de Beinecke. Las salas de investigación de Sterling. La biblioteca cambiante de Leteo. Todos olían igual que las salas de lectura de libros baratos y luces fluorescentes en las que había vivido de niña.

Casi todos los estantes estaban vacíos. Había varios volúmenes gruesos y antiguos sobre la historia de New Haven y un libro de tapa blanda titulado *¡Pesadilla en New Haven!* que seguramente se vendía en tiendas para turistas. Alex tardó un minuto en percatarse de que una de las baldas estaba llena de reimpresiones del mismo libro: *La vida de Leteo: métodos y protocolos de la Novena Casa*. Al principio lo habían encuadernado en tapa dura, pero la calidad de la impresión había ido empeorando progresivamente, a medida que Leteo perdía pretensiones y empezaba a apretarse el cinturón.

Alex cogió la edición más moderna, con el año 1987 impreso en la cubierta. No tenía índice; en realidad no era más que unas cuantas hojas fotocopiadas y tórridas, con alguna nota ocasional en los márgenes y una entrada para un concierto de Squeeze en el New Haven Coliseum. Hacía mucho que el Coliseum había dejado de existir, demolido para construir unos apartamentos y un campus de formación profesional que nunca se habían materializado. Alex había visto varias veces a un gris adolescente, vestido con una camiseta de R.E.M., merodeando por el aparcamiento que ocupaba ahora el lugar del Coliseum, caminando sin rumbo, como si todavía esperara conseguir unas entradas de reventa.

El epígrafe «asesinato» era frustrantemente corto:

En caso de muerte violenta asociada a las actividades de las sociedades inmuebles, se celebrará un coloquio entre el decano, el presidente de la universidad, los miembros en activo de la Casa Leteo, el actual Centurión y el presidente del trust de Leteo para acordar el modo de proceder más conveniente. (Véase «Protocolos de reunión»).

Alex buscó «Protocolos de reunión», pero lo único que encontró fue un diagrama del comedor de la Casa Leteo, una guía para asignar los asientos

jerárquicamente, un recordatorio de que el Óculo actual debía ocuparse de las actas de la reunión y varias propuestas para el menú. Por lo visto, era preferible una comida ligera y solo se serviría alcohol bajo pedido: Hasta había una receta para preparar un mejunje llamado «sorbete de ponche de menta».

—Todo muy útil, tíos —murmuró Alex. Hablaban sobre la muerte como si fuera una muestra de falta de modales. Y aunque no estaba muy familiarizada con la palabra «coloquio», era evidente que se trataba de reunir a la peña, y Alex no tenía ninguna intención de hacerlo. ¿De verdad querían que llamara al presidente de la universidad y lo invitara a tomar un tentempié? Sandow le había dicho que se estuviera tranquila. No había mencionado ningún coloquio. ¿Por qué?

Porque estamos en año de financiación. Porque Tara Hutchins era de la ciudad. Porque no hay indicios de que este asunto tenga nada que ver con las sociedades. Así que déjalo estar.

En vez de eso, Alex salió de nuevo al pasillo, cerró la puerta de la biblioteca y abrió de nuevo el libro de Albemarle. Esta vez, las páginas abiertas desprendieron un aroma a puros y el tintineo de unos platos. Ese era el recuerdo que tenía Leteo del asesinato: nada de sangre ni sufrimiento, sino gente reunida en torno a una mesa, bebiendo sorbete de ponche de menta. Titubeó un momento, buscando las palabras adecuadas para orientar a la biblioteca, y finalmente escribió una nueva entrada: «Cómo hablar con los muertos».

Dejó el libro en su sitio y la estantería se estremeció violentamente. Esta vez, al entrar en la biblioteca, los estantes estaban a rebosar.

Le costaba no pensar que Darlington la estaba mirando, asomado sobre su hombro, que el inquieto erudito tenía que contenerse para no interferir en sus torpes intentos de investigación.

¿Cuándo los viste por primera vez? Alex le había dicho la verdad a Darlington. Sencillamente, no recordaba la primera vez que había visto a los muertos. Ni siquiera los llamaba así por entonces. La chica de labios azules de la piscina, el hombre desnudo al otro lado de la valla del patio escolar que se la meneaba perezosamente mientras su clase hacía la prueba de velocidad, los dos chicos de las sudaderas ensangrentadas que se sentaban en un reservado del In-N-Out sin pedir nada. Para Alex eran «los callados», y si no les prestaba demasiada atención, la dejaban en paz.

Todo eso había cambiado en un aseo de Goleta, cuando tenía doce años.

Para entonces ya había aprendido a no hablar sobre las cosas que veía y le iba bastante bien. Cuando empezó la secundaria, le pidió a su madre que la llamara Alex en lugar de Galaxy y que la apuntara así en los formularios escolares. En su antigua escuela, todos la conocían como la niña nerviosa que hablaba sola, la que se asustaba de cosas que nadie más veía, la que no tenía padre ni se parecía a su madre. Una orientadora pensaba que Alex tenía TDA; otra, que no dormía lo suficiente. Y después estaba el subdirector, que había llamado a su madre y le había dicho en voz baja que tal vez Alex fuera, simplemente, un poco lenta.

—Hay cosas que no se pueden arreglar con terapia ni pastillas, ¿sabe? Hay niños que están por debajo de la media, pero también hay sitio para ellos en el aula.

Pero un colegio nuevo significaba un nuevo comienzo, una oportunidad para volver a moldearse y ser alguien normal.

—No deberías avergonzarte de ser diferente —le había dicho su madre cuando Alex reunió el valor para pedirle ese cambio de nombre—. Te llamé Galaxy por algo.

Alex estaba de acuerdo. Casi todos los libros que leía y los programas de televisión que veía le decían que ser diferente era algo bueno. ¡Que era genial! El problema era que nadie era tan diferente como ella. Además, en realidad iba a seguir siendo diferente, pensó mientras contemplaba el diminuto apartamento lleno de atrapasueños, pañuelos de seda y cuadros de hadas bailando bajo la luna.

—Me gustaría ir poco a poco.

—Está bien —dijo Mira—. Es tu decisión y la respeto. —Después . abrazó a su hija y le hizo una pedorreta en la frente—. Pero sigues siendo mi estrellita.

Alex se había escabullido riendo, casi mareada de alivio y expectación, y había empezado a pensar en cómo podía convencer a su madre para que le comprara unos vaqueros nuevos.

Cuando arrancó el primer curso de instituto, Alex llego a preguntarse si su nombre nuevo era una especie de palabra mágica. No lo solucionaba todo, claro. Todavía no tenía las zapatillas adecuadas, los coleteros adecuados ni el almuerzo adecuado. Su nombre no podía volverla rubia, alta ni quitarle esas cejas espesas que debía vigilar muy de cerca para evitar que unieran fuerzas y formaran un frente unicejo. Los niños blancos seguían creyendo que era mexicana, y los mexicanos que era blanca. Pero en clase le iba bien. Podía

comer con gente a la hora del almuerzo. Tenía una amiga llamada Meagan que la invitaba a su casa para ver pelis y comer cereales dulces de colores artificiales.

La mañana de la excursión a Goleta, cuando la señorita Rosales les dijo que se pusieran por parejas y Meagan corrió a darle la mano a Alex, sintió una gratitud tan abrumadora que pensó que iba a vomitar las magdalenas de arándanos que les habían dado los profes. Las dos pasaron la mañana bebiendo chocolate caliente en vasos desechables, apretujadas en el asiento de vinilo verde del autobús. A sus madres les gustaba Fleetwood Mac, y cuando empezó a sonar Go Your Own Way en la radio, ambas se pusieron a cantar a grito pelado, riendo y sin aliento, hasta que Cody Morgan se tapó las orejas con las manos y les gritó «¡CALLAOS YA!».

Tardaron casi tres horas en llegar a la reserva de mariposas, y Alex saboreó cada minuto del trayecto. El bosque en sí no tenía nada de especial: una bonita arboleda de eucaliptos rodeada de senderos polvorientos y un guía que les explicaba los hábitos alimentarios y los patrones migratorios de las mariposas monarca. Alex vislumbró a una mujer delgada que caminaba por la arboleda con un brazo colgando inerte, unido al cuerpo tan solo por unos jirones de tendón. Apartó la mirada rápidamente, justo a tiempo de ver el manto de alas naranjas que se elevó desde los árboles cuando las mariposas monarca levantaron el vuelo. Meagan y ella almorzaron hombro con hombro en las mesas de picnic de la entrada, y antes de volver al autobús, todo el mundo fue a hacer pis. Los aseos eran unos edificios chatos con el suelo de hormigón empapado, y tanto a Meagan como a Alex les dieron arcadas al entrar.

—Paso —dijo Meagan—. Puedo aguantarme hasta que lleguemos.

Pero Alex no podía. Eligió el retrete de metal más limpio de todos, cubrió cuidadosamente el asiento con papel higiénico, se bajó los vaqueros cortos y se quedó helada. Durante un largo rato, no supo interpretar lo que estaba viendo. La sangre estaba casi seca, tan oscura que le costó comprender que era sangre. Le había venido la regla. ¿No se suponía que debería tener calambres o algo así? A Meagan le había venido durante el verano y últimamente no paraba de hablar sobre tampones, compresas y la importancia del ibuprofeno.

Lo único importante era que la sangre no le había manchado el pantalón. Pero ¿qué iba a hacer durante el viaje de autobús?

—¡Meagan! —gritó. Pero si había entrado alguien más en el servicio, ya había salido. Alex empezaba a dejarse llevar por el pánico. Necesitaba hablar

con la señorita Rosales antes de que todo el mundo hubiera subido al autobús. Ella sabría qué hacer.

Alex se enrolló varias vueltas de papel higiénico en la mano y colocó la improvisada compresa sobre las bragas manchadas, se subió el pantalón y abrió la puerta del retrete.

Soltó un grito. Había un hombre allí, con el rostro amoratado a golpes. Suspiró al darse cuenta de que estaba muerto. Un hombre muerto en el baño de las chicas daba mucho menos miedo que uno vivo. Apretó los puños y lo atravesó con decisión. No le gustaba nada tener que hacer eso, porque a veces veía destellos de sus recuerdos, pero esta vez solo sintió un frío repentino. Se acercó a los lavabos y se lavó las manos rápidamente. Sabía que el muerto seguía allí, pero se negó a mirarlo a los ojos por el espejo.

Notó que algo le rozaba la cintura.

En un segundo, tenía la cara pegada al espejo. Algo le empujaba las caderas contra el borde del lavabo de porcelana. Sintió unos dedos helados que le tironeaban del pantalón corto.

Alex gritó y pataleó, golpeando carne y hueso sólidos. Notó que le soltaban el pantalón e intentó apartarse del lavabo. Entonces vio su propio rostro en el espejo, la horquilla azul que se le deslizaba del pelo, y vio también al hombre (al ser) que la sujetaba. *No puedes hacer eso*, pensó. No puedes tocarme. No era posible. No les estaba permitido. Ningún callado podía tocarla.

De pronto estaba tirada en el suelo de hormigón, bocabajo. Sintió que tiraban de sus caderas hacia atrás, que le bajaban las bragas y que algo se restregaba contra su cuerpo y se introducía dentro de ella. Debajo del lavabo, una mariposa estaba posada en un charco, agitando perezosamente una de sus alas, como si la estuviera saludando. Alex gritó y gritó.

Así la encontraron Meagan y la señorita Rosales: en el suelo del aseo, con los pantalones arrugados en torno a los tobillos, las bragas a la altura de las rodillas, los muslos manchados de sangre y un gurruño de papel higiénico empapado en sangre entre las piernas, sollozando y forcejeando con las caderas en alto, temblorosas. Sola.

La señorita Rosales se acercó corriendo.

—¡Alex! ¡Cielo!

Entonces, el ser que intentaba entrar dentro de ella se fue. Alex nunca supo por qué se detuvo, por qué huyó, pero ella se aferró a la señorita Rosales, a su tacto cálido y vivo, a su olor a jabón de lavanda.

La señorita Rosales le pidió a Meagan que saliera del aseo. Le secó las lágrimas a Alex y la ayudó a limpiarse. Llevaba un tampón en el bolso y le explicó cómo ponérselo. Alex siguió sus instrucciones, sin dejar de temblar y de llorar. No quería tocar esa zona de su cuerpo. No quería ni pensar en lo que había intentado hacer ese ser. La señorita Rosales se sentó con ella en el autobús y le dio un zumo. Alex oía las risas y las canciones de los demás niños, pero le daba miedo darse la vuelta. Le daba miedo mirar a Meagan.

Durante el largo viaje de regreso al colegio y la larga espera en el despacho de la enfermera, lo único que quería Alex era que viniera su madre, que la abrazara y se la llevara, estar a salvo en casa, viendo dibujos animados en el sofá, bien tapada con mantas. Cuando su madre llegó y terminó de hablar en voz baja con el director, la orientadora y la señorita Rosales, los pasillos se habían vaciado y la escuela estaba desierta. Mientras Mira la llevaba hacia el aparcamiento, entre el silencio y el eco de sus pasos, Alex deseó ser una niña pequeña para que la cogiera en brazos.

Cuando llegaron a casa, Alex se duchó lo más deprisa posible. Se sentía demasiado vulnerable, demasiado desnuda. ¿Y si volvía? ¿Y si algún otro venía a por ella? ¿Qué podía impedir que él, que cualquiera de ellos, la encontrara? Los había visto atravesar paredes. ¿Cómo podía volver a sentirse a salvo?

Salió corriendo de la ducha y se coló en la cocina para rebuscar en el cajón de sastre. Oyó a su madre hablando por teléfono en su dormitorio, en voz baja.

—Creen que pueden haber abusado de ella —decía Mira, llorando—. Que lo de hoy lo ha hecho para llamar la atención… No sé. No sé. Ese profesor de natación de la YMCA siempre me pareció un poco raro, y a Alex no le gustaba ir a la piscina. A lo mejor le pasó algo…

Alex odiaba la piscina porque había un callado, un niño con el lado izquierdo del cráneo aplastado, que solía merodear cerca del podio oxidado donde antes estaba el trampolín.

Siguió hurgando en el cajón hasta que encontró la navaja de cachas rojas. Se la llevó a la ducha y la dejó en la jabonera. No sabía si le serviría de algo contra los callados, pero se sentía un poco mejor. Se lavó rápidamente, se secó y se puso el pijama. Después fue al salón y se acurrucó en el sofá, con el cabello mojado envuelto en una toalla. Su madre debió de oír que había cortado el agua, porque salió de su dormitorio al cabo de un momento.

—Eh, cielo —dijo en voz baja. Tenía los ojos enrojecidos—. ¿Tienes hambre?

Alex no apartó la vista del televisor.

—¿Podemos cenar una pizza de verdad?

—Puedo hacértela yo. ¿No te apetece queso de almendras?

Alex no contestó. Unos minutos después, oyó que su madre estaba al teléfono, haciendo un pedido a Amici's. Cenaron pizza viendo la tele; Mira disimulaba mientras observaba a Alex.

Alex comió hasta que empezó a dolerle la tripa, y luego siguió comiendo un poco más. A esas horas no ponían dibujos animados, solo series de comedia sobre brujas adolescentes y gemelos que vivían en áticos, las mismas series que todos en el instituto fingían que ya no veían.

¿Quién es esta gente?, pensó Alex. *¿Quién es esta gente feliz, alegre y divertida? ¿Por qué no tienen miedo?*

Su madre mordisqueó un trozo de corteza durante un rato. Finalmente, cogió el mando a distancia y le quitó el volumen a la tele.

—Cariño —dijo—. Galaxy.

—Alex.

—Alex, ¿quieres hablar conmigo? ¿Podemos hablar de lo que ha pasado?

Alex notaba una carcajada burbujeando dolorosamente en la garganta, luchando por salir. ¿La haría reír o llorar? *¿Podemos hablar de lo que ha pasado?* ¿Qué iba a contarle? *¿Un fantasma me ha intentado violar, y puede que lo haya conseguido?* No estaba segura de en qué momento se consideraba que sí, hasta dónde tenía que llegar. Pero daba igual, porque nadie la habría creído.

Alex aferró la navaja que había guardado en el bolsillo del pijama. De pronto tenía el corazón acelerado. ¿Qué podía decirle? *Ayúdame. Protégeme*. Pero nadie podía protegerla. Nadie podía ver las cosas que le hacían daño.

Tal vez ni siquiera fueran reales. Eso era lo peor de todo. ¿Y si eran imaginaciones suyas? A lo mejor estaba loca. Quería ponerse a gritar y no parar jamás.

—Cariño… —Los ojos de su madre volvieron a llenarse de lágrimas—. Sea lo que sea, no es culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad? No…

—No puedo volver a clase.

—Galaxy…

—Mamá —dijo Alex, volviéndose hacia su madre, agarrándola por la muñeca, desesperada por que la escuchara—. Mamá, no me obligues a ir.

Mira intentó abrazar a Alex.

—Estrellita mía…

Ahora sí que gritó, y dio una patada al aire para que su madre no se acercara.

—*¡Eres una puta fracasada!* —chilló una y otra vez, hasta que fue su madre la que se echó a llorar y Alex se encerró en su cuarto, mareada de pura vergüenza.

Mira dejó que Alex se quedara en casa toda la semana. Le concertó una cita con una psicóloga, pero Alex no tenía nada que decir.

Mira le suplicó, intentó sobornarla con comida basura y atracones de televisión, pero finalmente la amenazó:

—O hablas con la psicóloga o vuelves a clase.

Así que el lunes siguiente Alex volvió a clase. Nadie le habló, apenas la miraban, y cuando encontró su taquilla del gimnasio embaurnada con la salsa de tomate de los espaguetis, supo que Meagan se lo había contado a todo el mundo.

Le pusieron de mote «Bloody Mary»[12]. Siempre almorzaba sola. Nunca la elegían como compañera de laboratorio ni de excursión, a menos que los obligaran. Desesperada, Alex cometió el error de intentar contarle a Meagan lo que había pasado en realidad, de intentar explicarse. Sabía que era una estupidez desde el principio, mientras le confesaba las cosas que había visto, las cosas que sabía, mientras Meagan se apartaba poco a poco de ella, con la mirada cada vez más distante, mientras jugueteaba con un largo rizo de cabello castaño. Pero cuanto más se alejaba Meagan, cuanto más largo era su silencio, más hablaba Alex, como si entre todas aquellas palabras se escondiera un código secreto, una contraseña que le devolvería un atisbo de lo que había perdido.

—Oye, tengo que irme ya —se limitó a decir Meagan cuando terminó de hablar. Después hizo lo que Alex sabía que haría: contárselo a todo el mundo.

Así que cuando Sarah McKinney le pidió a Alex que se reuniera con ella en Tres Muchachos para hablar con el fantasma de su abuela, Alex ya sabía que seguramente fuera una encerrona, una broma. Pero se presentó de todas formas, esperanzada, y terminó sentada en el comedor del centro comercial, intentando no llorar.

Fue entonces cuando Mosh la vio desde el mostrador del Hot Dog on a Stick y se apiadó de ella. Mosh era una estudiante de último año que llevaba el pelo teñido de negro y un millar de anillos plateados en las manos cadavéricas. Conocía bien a las chicas malas, e invitó a Alex a pasar un rato con sus amigos en el aparcamiento del centro comercial.

Alex no sabía cómo comportarse, así que se quedó con las manos en los bolsillos hasta que el novio de Mosh le tendió la pipa de cristal que estaban compartiendo.

—¡Qué tiene doce años! —exclamó Mosh.

—Se la ve muy estresada. Y es una chica guay, ¿verdad que sí?

Alex había visto a los mayores fumando porros y cigarrillos en el instituto, y Meagan y ella alguna vez habían fingido que fumaban, así que al menos sabía que no tenía que echar el humo como si fuera un cigarrillo.

Acercó los labios a la pipa y aspiró el humo. Al intentar retenerlo, tosió ruidosamente.

Mosh y sus amigos aplaudieron.

—¿Lo ves? —dijo el novio de Mosh—. Esta chica es guay. Y guapa.

—No seas pervertido —lo reprendió Mosh—. Es una cría.

—No he dicho que quiera follármela. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Alex.

El novio de Mosh le tendió la mano; llevaba pulseras de cuero en las dos muñecas y tenía los antebrazos cubiertos de vello oscuro. No se parecía en nada a los chicos de su clase.

Alex le estrechó la mano y él le guiñó un ojo.

—Encantado de conocerte, Alex. Me llamo Len.

Horas después, al meterse en la cama, sintiéndose al mismo tiempo cansada e invencible, cayó en la cuenta de que no había visto ni un solo muerto desde la primera calada.

Alex descubrió que la clave estaba en el equilibrio. El alcohol funcionaba, igual que la oxi o cualquier otra cosa que la relajara y desconcentrara. Lo mejor era el Valium: al tomarlo, todo parecía blando y envuelto en algodón. El *speed* era un grave error, como el Rubifen, pero lo peor de todo era el éxtasis. La única vez que Alex cometió el error de tomarlo, no solo había visto a los grises, sino que los *había sentido*; había podido sentir su tristeza y su apetito flotando hacia ella desde todas direcciones. No volvió a ocurrirle nada parecido al incidente del cuarto de baño. Los callados no podían tocarla, pero Alex no sabía por qué. Y seguía viéndolos en todas partes.

Lo bueno era que, si estaba con sus nuevos amigos y se colocaban, no se extrañaban cuando Alex se asustaba al verlos. Les parecía graciosísimo. Era la más joven del grupo, su mascota, y todos se reían cuando les hablaba de cosas que no existían. Mosh llamaba a las chicas como Meagan «guarrubias»

y «pendones imitantes». Decía que todas eran «pececillos tristes que se beben su propio meado con tal de seguir la corriente». Decía que ella habría matado por tener el pelo negro de Alex. Cuando Alex le decía que el mundo estaba lleno de fantasmas que intentaban entrar, Mosh sacudía la cabeza y decía:

—Deberías escribir todas esas cosas que dices, Alex. Te lo juro.

Alex repitió curso. La expulsaron. Sisaba dinero a su madre, después empezó a llevarse cosas del apartamento y, finalmente, el cáliz *kidush* de plata del abuelo. Mira lloraba, gritaba e instauraba nuevas normas en la casa. Alex las infringía todas, se sentía culpable por disgustar a su madre y furiosa por sentirse culpable. Aquel círculo la cansaba tanto que al final dejó de ir por casa.

Cuando Alex cumplió quince años, Mira invirtió sus últimos ahorros para intentar enviarla a un centro de rehabilitación especializado en adolescentes rebeldes. Para entonces Mosh se había ido a la escuela de arte y ya no quedaba con Alex, con Len ni con los demás cuando volvía durante las vacaciones. Un día, Alex se la encontró en la tienda de cosmética, comprando tinte negro. Mosh le preguntó qué tal le iba en los estudios, y cuando Alex se rio, Mosh empezó a pedirle disculpas.

—¿Qué dices? —replicó Alex—. Me salvaste la vida.

Mosh parecía tan triste y avergonzada que Alex casi salió corriendo de la tienda. Esa noche fue a casa; le apetecía ver a su madre y dormir en su propia cama. Pero la despertaron dos tipos fornidos que la deslumbraron con una linterna y la sacaron a rastras de la habitación mientras Mira los observaba y lloraba.

—Lo siento, cariño. Ya no sé qué hacer. —Por lo visto, hoy era el día de las disculpas.

Le ataron las muñecas con bridas y la subieron a la parte trasera de un todoterreño, en pijama y descalza. Le gritaron un rollo sobre el respeto, le dijeron que le estaba rompiendo el corazón a su madre y que iban a llevarla a Idaho para que aprendiera a vivir como Dios manda, por las buenas o por las malas. Pero Len le había enseñado a romper bridas, y al segundo intento consiguió soltarse, abrió sigilosamente la puerta trasera y desapareció entre dos bloques de pisos antes de que los dos bobos se percataran de que ya no estaba. Caminó más de diez kilómetros hasta el Baskin-Robbins donde trabajaba Len. Cuando terminó su turno, Alex metió los pies magullados en una cubeta de helado de chicle, se colocaron y echaron un polvo en el suelo del almacén.

Alex trabajó en un TGI Fridays, después en un restaurante mexicano que reutilizaba los restos de frijoles de los platos usados, luego en un local de *láser tag*[13] y más tarde en un Mail Boxes Etc. Una tarde, cuando hacía su turno en el mostrador de envíos, una chica muy mona con rizos castaños entró con su madre; traían un montón de sobres de papel manila. Alex tardó más de un minuto en percatarse de que la chica era Meagan. Mientras estaba allí, con su delantal bermellón, observando cómo Meagan charlaba con el otro dependiente, Alex tuvo la súbita sensación de que se había convertido en una más de los callados, de que había muerto en aquel aseo, años atrás, y la gente la miraba sin verla desde aquel día. Si no se había dado cuenta hasta ahora, era solamente por las drogas. Entonces Meagan la miró por el rabillo del ojo y su expresión tensa y nerviosa bastó para que Alex regresara a su cuerpo. *Me ves*, pensó. *Desearías no verme, pero me ves*.

Pasaron los años. A veces Alex levantaba cabeza y pensaba en dejar de consumir, en un libro, en el colegio o en su madre. Caía en una fantasía de sábanas limpias en la que la arropaban por las noches. Pero entonces veía de reojo a un motero con la cara despellejada y llena de restos de gravilla, o a una vieja con la bata medio abierta delante del escaparate de una tienda de electrónica, y volvía a sumergirse. Si ella no podía verlos, al parecer ellos tampoco la veían.

Todo siguió igual hasta que llegó Hellie (la dorada Hellie; Len creía que Alex la odiaría, tal vez incluso tenía la esperanza de que la odiara, pero había terminado queriéndola), hasta aquella noche en la Zona Cero, cuando todo se fue al traste. Hasta la mañana en que despertó en una cama de hospital, delante del decano Sandow.

Sandow había sacado unos documentos de su maletín, una vieja redacción que Alex había escrito cuando todavía se molestaba en ir a clase. No la recordaba en absoluto, pero el título era «Un día en mi vida». Al lado del encabezado había un gran suspenso de color rojo, junto a las palabras «No os pedía una historia de ficción».

Sandow se había sentado en una silla, junto a su cama.

—¿Sigues viendo las cosas que describes en esta redacción?

La noche del ritual de Aureliano, cuando los grises habían entrado en el círculo de protección y habían tomado una forma física, atraídos por la sangre y el anhelo, todo había regresado de golpe. Había estado a punto de perderlo todo antes de empezar, pero había resistido sin saber cómo. Y con un poco de ayuda (como un trabajo de verano aprendiendo a preparar el té perfecto en el

despacho de la profesora Belbalm, por ejemplo), creía ser capaz de resistir un poco más. Solamente tenía que lograr que Tara Hutchins descansara en paz.

Cuando Alex terminó de buscar en la biblioteca de Leteo, ya había oscurecido y sentía el cerebro embotado. Había cometido el error inicial de no limitar su búsqueda de libros al inglés, e incluso después de reconfigurar la biblioteca, la cantidad de textos complejos, artículos académicos y tratados demasiado densos para desentrañarlos seguía siendo abrumadora. En cierto modo, así todo era más sencillo. Solo había un puñado de rituales que Alex podía entender, y eso acotaba sus opciones. Después estaban aquellos ritos que precisaban una alineación particular de los planetas, un equinoccio o un día soleado de octubre; había uno que requería el prepucio «de un bravo y gallardo mancebo» y otro que pedía algo menos perturbador pero igualmente complicado de conseguir: las plumas de un centenar de águilas pescadoras doradas.

«La satisfacción de un trabajo bien hecho» era una de esas expresiones que tanto le gustaban a la madre de Alex. «El trabajo duro cansa el alma. ¡Las buenas obras la sustentan!»; Alex no estaba segura de si lo que planeaba se podía considerar una «buena obra», pero era mejor que no hacer nada. Anotó el texto (ya que su teléfono no funcionaba dentro de la cámara, ni siquiera para sacar fotos), cerró la biblioteca y bajó pesadamente las escaleras hasta la salita.

—Oye, Dawes —dijo Alex, incómoda. No hubo respuesta—. Pamela.

Estaba en su sitio de costumbre, sentada en el suelo junto al gran piano, con un rotulador fosforito entre los dientes. Había dejado el portátil a un lado y estaba rodeada por montañas de libros y filas de tarjetas en las que había escrito lo que parecían ser los títulos de los capítulos de su disertación.

—Oye —probó de nuevo—. Necesito que me acompañes a un recado.

Dawes guardó *De Eleusis a Empoli* debajo de *Mimesis y la Rueda del Carro*.

—Tengo trabajo —murmuró, sin dejar de morder el rotulador.

—Necesito que me acompañes a la morgue.

Esta vez Dawes sí que levantó la vista, con el ceño fruncido, parpadeando como si acabara de salir a la luz del sol. Siempre parecía un poco fastidiada cuando alguien le hablaba, como si hubiera estado a punto de alcanzar la revelación con la que finalmente podría culminar la disertación en la que llevaba seis años trabajando.

Se sacó el rotulador de la boca y lo secó sin ceremonias en la sudadera llena de pelotillas, que parecía gris o azul marino en función de la cantidad de

luz. Llevaba el cabello pelirrojo recogido en un moño, y en su barbilla se estaba formando el halo rosado de una espinilla.

—¿Por qué? —preguntó Dawes.

—Por Tara Hutchins.

—¿El decano Sandow quiere que vayas?

—Necesito más información —dijo Alex—. Para mi informe. —La encantadora Dawes debería simpatizar con esa clase de problema.

—Pues llama a Centurión.

—Turner no me dirá nada.

Dawes deslizó el dedo por el borde de una de sus tarjetas. *Hermenéutica herética: Josefo y la influencia del arquetipo del embaucador en la carta del Loco*. Tenía las uñas mordisqueadas hasta la carne.

—¿No han detenido ya a su novio? —preguntó Dawes, tironeándose de la manga gastada—. ¿Qué tiene que ver con Leteo?

—Probablemente nada. Pero la asesinaron un jueves por la noche y creo que deberíamos asegurarnos. Para eso estamos aquí, ¿no?

Alex no había dicho textualmente «Darlington lo investigaría», pero era como si lo hubiera hecho.

Dawes se revolvió, incómoda.

—Pero si el inspector Turner se…

—Que le den por el culo a Turner —le espetó Alex. Estaba cansada. Se había saltado la cena. Había perdido varias horas con Tara Hutchins y se disponía a perder unas cuantas más.

Dawes se mordisqueó el labio como si se estuviera imaginando la estampa.

—No sé.

—¿Tienes coche?

—No. Darlington sí que tiene. Tenía. Mierda. —Por un momento, Darlington estaba de nuevo con ellas: magnífico, competente. Dawes se levantó, abrió su mochila y sacó un manojo de llaves. Se quedó de pie en la penumbra, sopesándolas—. No sé —repitió.

Podía estar refiriéndose a un millar de cosas. *No sé si es buena idea. No sé si puedo fiarme de ti. No sé cómo terminar la dichosa disertación. No sé si has sido tú quien nos ha arrebatado a nuestro chico de oro, glorioso y perfecto*.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Dawes.

—De eso me encargo yo.

—¿Y luego?

Alex le entregó la hoja de notas que había transcrito en la biblioteca.

—Tenemos todo esto, ¿verdad?

Dawes echó un vistazo al papel.

—No está mal —dijo con evidente sorpresa.

No te disculpes. Ponte a ello.

Dawes se mordisqueó el labio inferior. Su boca parecía tan descolorida como el resto del conjunto. Tal vez aquella tesis le estuviera succionando la vida.

—¿No podemos llamar a un coche?

—Puede que tengamos que largarnos deprisa.

Dawes suspiró y fue a buscar su parka.

—Conduzco yo.

8

Invierno

Dawes había aparcado el coche de Darlington calle arriba. Era un viejo Mercedes burdeos, posiblemente de los ochenta (Alex no había llegado a preguntárselo). Los asientos estaban tapizados en piel color caramelo, con algunas partes gastadas y deshilachadas. Darlington siempre había mantenido su coche limpio, pero ahora estaba inmaculado, sin duda gracias a Dawes.

Como si le pidiera permiso al Mercedes, Dawes esperó un momento antes de girar la llave en el contacto. El coche cobró vida con un rugido y se alejaron del campus en dirección a la autovía.

El viaje transcurrió en silencio. La oficina del médico forense estaba en Farmington, a unos sesenta kilómetros de New Haven. *La morgue,* pensó Alex. *Voy a la morgue. En un Mercedes.* Alex se planteó encender la radio (una radio de las antiguas, con una raya roja que se deslizaba por las emisoras, como un dedo buscando un punto exacto en la página de un libro). Pero entonces se imaginó la voz de Darlington saliendo por los altavoces (*Largo de mi coche, Stern*) y decidió conformarse con el silencio.

Tardaron casi una hora en encontrar el camino a la morgue. Alex no sabía qué se esperaba exactamente, pero se sintió aliviada al ver las luces, el edificio amplio y el aspecto de polígono empresarial que tenía la zona.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dawes.

Alex sacó de su mochila la bolsa de plástico y la lata que habían preparado y se las guardó en los bolsillos traseros de los vaqueros. Abrió la puerta, se quitó el abrigo y la bufanda y los dejó en el asiento trasero.

—¿Qué haces?

—No quiero parecer una estudiante. Dame tu sudadera. —El abrigo de Alex era de lana no muy gruesa y forro de poliéster, pero decía «universitaria» a gritos. Precisamente por eso se lo había comprado.

Dawes estuvo a punto de rechistar, pero finalmente se abrió la cremallera de la parka, se quitó la sudadera y se la lanzó a Alex, tiritando de frío al

quedarse solo con la camiseta de manga corta.

—No sé si esto es buena idea.

—Claro que no es buena idea. Vamos.

A través de las puertas de cristal, Alex comprobó que había varias personas en la sala de espera, intentando solucionar sus asuntos antes de que cerraran. Al fondo, sentada tras un mostrador, había una mujer de cabello castaño y voluminoso; las luces de la oficina dejaban ver los restos de tinte rojo.

Alex le envió un mensaje breve a Turner: *Tenemos que hablar*. Después se volvió hacia Dawes.

—Espera aquí cinco minutos y luego entra, siéntate y finge que estás esperando a alguien. Si esa mujer se aleja del mostrador, avísame por el móvil enseguida, ¿vale?

—¿Qué vas a hacer tú?

—Hablar con ella.

Alex se arrepintió de haber malgastado la moneda de compulsión con aquel forense. Solamente le quedaba una, y no podía utilizarla para sortear a la recepcionista si quería que el plan saliera como ella esperaba.

Se recogió el pelo detrás de las orejas y entró en la sala de espera, frotándose los brazos. Había un cartel detrás del mostrador: SIMPATÍA Y RESPETO. Otro cartel más pequeño decía: *Me llamo Moira Adams y estoy aquí para ayudarle*. Ni «estaré encantada» ni «será un placer». Uno no podía estar demasiado contento en un edificio lleno de fiambres.

Moira levantó la mirada y le sonrió. Tenía arrugas de fiestera alrededor de los ojos y un crucifijo colgado del cuello.

—Hola —dijo Alex. Inspiró hondo, temblorosamente, procurando que la mujer se diera cuenta—. Eh… un inspector me ha dicho que podía venir aquí para ver a mi prima.

—Muy bien, cielo. Por supuesto. ¿Cómo se llama tu prima?

—Tara Anne Hutchins. —No le había costado demasiado encontrar su segundo nombre en Internet. El gesto de Moira se tornó suspicaz. Tara Hutchins había salido en las noticias. Era una víctima de homicidio, y eso solía atraer a los frikis—. Me envía el inspector Turner.

La expresión de Moira seguía siendo cauta. Turner era el inspector principal del caso, y seguramente los medios habían mencionado su nombre.

—Siéntate un momento mientras intento hablar con él —dijo Moira.

Alex levantó su móvil.

—Me ha dado su teléfono. —Envió otro mensaje breve: *Cógelo, Turner. YA.* Luego marcó su número y conectó el altavoz—. Tenga —dijo, tendiéndole el móvil.

—Yo no puedo… —balbuceó Moira. Pero el soniquete del teléfono y la expresión expectante de Alex surtieron efecto. Moira frunció los labios y cogió el móvil.

Tal y como Alex sabía que ocurriría, saltó el buzón de voz de Turner. El inspector Abel Turner cogía el teléfono cuando le salía de los cojones, no cuando se lo decía una cría universitaria, y mucho menos si se andaba con exigencias.

Alex esperaba que Moira colgara el teléfono, pero la mujer carraspeó.

—Inspector Turner, soy Moira Adams, de la oficina del médico forense. Si pudiera devolvernos la llamada al… —Le indicó el número. Alex solo podía rezar por que Turner tardara un buen rato en comprobar los mensajes de su buzón de voz. Si estaba especialmente cabreado, igual lo borraba sin escucharlo.

—Tara era muy buena, ¿sabe? —dijo Alex cuando Moira le devolvió su móvil—. No se merecía esto.

Moira soltó un ronroneo compasivo.

—Lamento mucho tu pérdida. —Era como si estuviera leyendo un guión.

—Solo necesito rezar con ella, despedirme.

Moira se llevó la mano a su crucifijo.

—Claro.

—Tenía muchos problemas. ¿Y quién no? Conseguimos que empezara a ir a misa todos los fines de semana. Apuesto a que a ese novio suyo no le parecía bien. —Moira soltó un pequeño resoplido—. ¿Cree que el inspector Turner tardará mucho en llamar?

—Lo hará en cuanto pueda. Es posible que esté ocupado.

—Pero la oficina cierra en una hora, ¿verdad?

—Para el público sí. Pero puedes volver el lun…

—No puedo. —Alex recorrió con la mirada las fotografías pegadas con celo en el borde interior del mostrador y vio a una chica vestida con una bata médica de Winnie-the-Pooh—. Estudio en la escuela de enfermería.

—¿En la Albertus Magnus?

—¡Sí!

—Mi sobrina también. Se llama Alison Adams.

—¿Una pelirroja muy guapa?

—La misma —dijo Moira con una sonrisa.

—No puedo saltarme las clases. Son muy estrictos. Creo que nunca había estado tan cansada.

—Ya lo sé —dijo Moira con tristeza—. La pobre Allie está hecha polvo.

—Es que… necesito poder decirle a mi madre que me he despedido de ella. La madre y el padre de Tara no… no se llevaban bien. —Alex se la estaba jugando, pero sospechaba que Moira Adams tendría teorías propias sobre las chicas como Tara Hutchins—. Si pudiera verle la cara… decirle adiós…

Moira titubeó, pero finalmente extendió el brazo y le apretó afectuosamente la mano.

—Pediré que te acompañen abajo para verla. Ten preparado tu carnet de identidad y… Sé que esto es difícil para ti, pero rezar te ayuda.

—Eso siempre ayuda —dijo Alex con voz fervorosa.

Moira pulsó un botón y al cabo de unos minutos apareció un forense de aspecto cansado, vestido con una bata azul, y le hizo un gesto a Alex para que se acercara.

Hacía frío al otro lado de las puertas dobles; las baldosas eran de color gris jaspeado y las paredes de color crema.

—Firma aquí —le dijo, señalando el portapapeles de la pared—. Necesito un carnet con fotografía. Teléfonos móviles, cámaras y otros dispositivos de grabación, a la bandeja. Te los devolveremos cuando salgas.

—Claro —dijo Alex. Extendió la mano y un objeto dorado centelleó bajo los fluorescentes—. Creo que se le ha caído esto.

La sala era más grande de lo que esperaba, y hacía muchísimo frío. También era sorprendentemente ruidosa: el goteo de los grifos, el zumbido de los refrigeradores, el susurro del aire acondicionado… Pero en cierto modo también era muy silenciosa; aquel era el último lugar al que acudiría un gris. A la mierda Belbalm. Debería trabajar allí como becaria el próximo verano.

Las mesas eran de metal, igual que las pilas de lavar, las mangueras enrolladas y los cajones; una serie de cuadrados planos empotrados en dos paredes, como archivadores. ¿Habían diseccionado a Hellie en un sitio parecido? En su caso, la causa de la muerte no era ningún misterio.

Ojalá tuviera su abrigo. O la parka de Dawes. O un chupito de vodka.

Necesitaba ponerse manos a la obra. Gracias a la compulsión, disponía de unos treinta minutos para terminar y salir de allí. No tardó mucho en

encontrar a Tara, y aunque el cajón pesaba más de lo que esperaba, se abrió sin hacer ruido.

Se sintió aún peor al verla así por segunda vez; era como si ya se conocieran. Al mirar a Tara, Alex confirmó que el único motivo por el que la había comparado con Hellie era su cabello rubio. Hellie había sido una chica fuerte. Su cuerpo todavía recordaba su etapa como jugadora de fútbol y sóftbol en secundaria, y sabía surfear y patinar como una chica de la revista *Seventeen*. Tara, en cambio, tenía la misma constitución que Alex: fibrosa pero débil.

Las rodillas de Tara tenían un color gris parduzco. Había vello incipiente en las ingles y unos granitos rojos, como una erupción por la cuchilla. Tenía un tatuaje de un loro en la cadera, y debajo estaba escrito «Cayo Hueso» con letras curvilíneas. En el brazo derecho lucía un retrato espantosamente realista de una niña. ¿Su hija? ¿Su sobrina? ¿Ella misma de pequeña? Una bandera y un barco pirata sobre unas olas, una Bettie Page zombi con tacones y lencería negra. El camafeo de la cara interior del brazo parecía más nuevo, hecho con tinta oscura, reciente, aunque el texto resultaba casi ilegible por culpa de aquella cansina fuente gótica: «Prefiero morir que dudar». Era la letra de una canción, pero Alex no recordaba quién la cantaba.

Se preguntó si sus tatuajes reaparecerían si moría o si aquellos dibujos vivirían dentro de las polillas epistolares para siempre.

Ya había remoloneado bastante. Alex sacó sus notas. La primera parte del ritual era sencilla, un ensalmo. *Sanguis saltido*. Pero no bastaba con pronunciar las palabras; había que cantarlas. Le parecía absolutamente obsceno hacerlo en aquella sala vacía y llena de eco, pero se obligó a entonar el cántico:

—*¡Sanguis saltido! ¡Salire! ¡Saltare!*

El ritual no especificaba la melodía, tan solo el ritmo: *allegro*. En la segunda vuelta se dio cuenta de que estaba cantando al ritmo de un anuncio de regalices. *¡Saben a fruta! ¡Qué ricos! ¡Qué buenos!* Pero si eso era lo que hacía falta para completar la danza de la sangre… Supo que estaba funcionando cuando los labios de Tara empezaron a recuperar el color.

Ahora la cosa empeoraba. El ensalmo de sangre solo servía para poner en marcha el sistema circulatorio de Tara y atenuar el *rigor mortis* para que Alex pudiera abrirle la boca. Le sujetó la barbilla con los dedos, intentando ignorar el tacto cálido y maleable que tenía ahora su piel, y le movió la mandíbula hasta abrirla.

Sacó el escarabajo de la bolsa de plástico de su bolsillo trasero y se lo puso cuidadosamente sobre la lengua al cadáver. Después sacó la lata del otro bolsillo y comenzó a trazar líneas en el cuerpo de Tara con el bálsamo que contenía, procurando pensar en cualquier cosa menos en la piel muerta que tocaban sus dedos. Las dibujó en los pies, las espinillas, los muslos, el vientre, los senos, los hombros y a lo largo de los brazos, hasta las muñecas y el dedo corazón. Finalmente trazó una línea que empezaba en el ombligo y dividía verticalmente el torso de Tara, pasando por la garganta, el mentón y la coronilla.

Alex se dio cuenta de que había olvidado llevar un mechero. Necesitaba fuego. Había un escritorio junto a la puerta, debajo de una pizarra emborronada. Los cajones grandes estaban cerrados con llave, pero en uno de los superiores encontró un encendedor de plástico rosa y una cajetilla de Marlboro.

Alex cogió el mechero y mantuvo la llama encima de las zonas que había untado con el bálsamo, volviendo a recorrer el mismo camino por el cuerpo de Tara. Una sutil neblina empezó a aparecer sobre su piel; como si fuera asfalto calentado por el sol, el aire parecía temblar y resplandecer. El efecto era más potente en ciertas zonas, hasta tal punto que el aire se difuminaba y vibraba, como si lo estuviera viendo a través de los radios de una rueda en movimiento.

Alex volvió a dejar el mechero en el cajón. Extendió el brazo hacia el codo de Tara y pasó la mano por el resplandor. De pronto recorría la calle a toda velocidad en bicicleta. Delante de ella se abría la puerta de un coche. Frenaba, pero no conseguía parar a tiempo y chocaba contra la puerta oblicuamente, aplastándose el brazo. El dolor la atenazó. Alex siseó y retrajo la mano, acunándose el brazo como si el hueso roto fuera suyo y no de Tara.

La neblina que cubría a Tara era un mapa de todo el daño que había sufrido su cuerpo: había diminutos destellos sobre los tatuajes y los agujeros de los pendientes, una nube más densa sobre el brazo roto y una pequeña espiral sobre la cicatriz de un perdigonazo en la mejilla; sobre las heridas del pecho flotaba una nube oscura y turbia.

Alex no había encontrado en los libros de Leteo ningún método para conseguir que Tara hablara o para contactar con ella al otro lado del Velo, al menos sin la ayuda de las sociedades. E incluso de haber podido, muchos de los rituales que había encontrado dejaban muy claro que al hablar con los muertos recientes se corría el riesgo de resucitarlos, y eso siempre era una perspectiva peligrosa. Nadie podía regresar del otro lado del Velo de forma

permanente, y obligar a un alma reacia a entrar de nuevo en su cuerpo podía ser tremendamente impredecible. La necromancia era la especialidad de El Libro y la Serpiente, y habían creado numerosas medidas de protección para sus rituales, pero incluso ellos perdían el control a veces cuando un gris conseguía acceder a un cuerpo. A finales de los setenta, habían intentado invocar el espíritu de Jennie Cramer, la legendaria belleza de New Haven, e introducirla en el cuerpo de una adolescente de Camden que había muerto congelada tras dormirse borracha en su coche durante una ventisca. Sin embargo, la que había regresado había sido la chica de Camden, tiritando de frío y dotada de una fuerza sobrehumana.

La chica se había escapado de El Libro y la Serpiente, había entrado corriendo en el Yorkside Pizza, se había zampado dos empanadas y se había metido en un horno para intentar entrar en calor. Un delegado de Leteo estaba presente: consiguió acordonar rápidamente la zona y, a base de compulsiones, convenció a todos los clientes de que la chica formaba parte de una representación artística. El dueño era griego y no se dejó convencer tan fácilmente. Hacía mucho tiempo que llevaba encima un *gouri* que le había regalado su madre (concretamente el *mati*, el «mal de ojo» azul que frustraba cualquier intento de compulsión). El dinero resultó ser mucho más eficaz con él. A petición del dueño, Leteo también intercedió para que el Yorkside Pizza mantuviera intacto su contrato de arrendamiento cuando la mayoría de los negocios familiares se vieron obligados a marcharse del distrito comercial de Yale por la subida del alquiler, que pretendía atraer a los comercios de lujo. Las tiendas locales de Elm y Broadway habían desaparecido, dando paso a marcas de prestigio y franquicias, pero el Yorkside Pizza seguía allí.

Ya que Tara no podía hablar, tendría que hacerlo su cuerpo. Alex había encontrado un ritual que revelaba cualquier daño, un recurso más sencillo y leve que se empleaba para diagnósticos o cuando un paciente o testigo era incapaz de hablar. Lo había inventado Girolamo Fracastoro para descubrir quién había envenenado a una condesa italiana que había caído fulminada, espumajeando por la boca, en su propio banquete de bodas.

Alex no quería meter la mano en la oscura neblina que flotaba sobre las heridas atroces del pecho de Tara. Pero eso era justo lo que había venido a hacer. Tomó aire y acercó los dedos extendidos.

Estaba tendida en el suelo y veía el rostro de un chico: Lance. A veces lo adoraba, pero últimamente las cosas estaban… El pensamiento la abandonó. Sintió que abría la boca, que paladeaba algo agrio. Lance sonreía. Iban de

camino… ¿adónde? Solo sentía entusiasmo, expectación. El mundo empezaba a difuminarse.

—Lo siento —decía Lance.

Estaba bocarriba, mirando el cielo. Las farolas parecían muy lejanas; todo se movía, y la catedral se fundió con un edificio que tapaba las escasas estrellas del cielo. Todo estaba tranquilo, pero se oía algo, como una bota chapoteando en el barro. *Chof, chof*. Vio un cuerpo cerniéndose sobre ella, vio el cuchillo y comprendió que aquel sonido lo hacía su sangre, lo hacían sus huesos al partirse mientras la hoja le cortaba la carne. ¿Por qué no la sentía? ¿Era real o se lo estaba imaginando?

—Cierra los ojos —decía una voz desconocida. Los cerró justo antes de desaparecer.

Alex retrocedió, aferrándose el pecho. Todavía oía aquel horrible chapoteo y sentía el líquido caliente derramándose por su pecho. ¿Y el dolor? ¿Cómo era posible que Tara no hubiera sentido dolor? ¿Iba colocada? ¿Tanto como para no sentir un apuñalamiento? Lance la había drogado primero. Le había dicho que lo sentía. Él también debía de haberse drogado.

Ahí estaba la respuesta. Tara y Lance claramente habían estado experimentando con algo más fuerte que la hierba. Sin duda Turner ya habría registrado su apartamento y habría encontrado la mierda que consumían y vendían. Alex no tenía forma de saber qué se le había pasado por la cabeza a Lance esa noche, pero si había estado consumiendo alucinógenos, podía ser cualquier cosa.

Alex contempló el cuerpo de Tara. Había sentido miedo en sus últimos momentos, pero no había sufrido. Eso tenía que valer algo.

Lance iría a la cárcel. Encontrarían pruebas. Tanta sangre… En fin, algo así no se podía ocultar. Alex lo sabía muy bien.

El mapa seguía resplandeciendo encima de Tara. Pequeñas lesiones. Grandes heridas. ¿Cómo sería el mapa de Alex? Ella nunca se había roto un hueso ni la habían operado. Pero las peores heridas no dejaban marca. Cuando murió Hellie, fue como si alguien le clavara un cuchillo en el pecho a Alex, partiéndola como si estuviera hecha de madera de balsa. ¿Y si hubiera sido así de verdad y hubiera tenido que caminar por la calle sangrando, intentando sujetarse las costillas, el corazón, los pulmones y todos sus órganos expuestos a ojos del mundo? En vez de eso, lo que la había destrozado no le había dejado ninguna marca, ninguna cicatriz que pudiera enseñar y decir: *Esto fue lo que acabó conmigo*.

Seguro que a Tara le había pasado lo mismo. Había mucho más dolor encerrado dentro de ella, un dolor que ningún mapa luminoso podía revelar. Pero aunque las heridas eran brutales, no faltaba ningún órgano, no había dibujos hechos con sangre ni señales de daños mágicos. Tara había muerto porque había sido tan estúpida como Alex, pero nadie había llegado a tiempo para rescatarla. No había encontrado a Jesús, no había descubierto el yoga… ni le habían ofrecido una beca en Yale.

Hora de irse. Ya tenía las respuestas que buscaba. Aquello debería ser suficiente para aplacar el recuerdo de Hellie y la mirada inquisitiva de Darlington. Pero algo seguía tironeando de ella, esa sensación de familiaridad que había sentido en el escenario del crimen y que nada tenía que ver con el cabello rubio de Tara ni con las trayectorias paralelas de sus tristes vidas.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó al forense, que seguía en el rincón, con la mirada perdida en ninguna parte.

—Lo que tú quieras —contestó.

Alex cerró el cajón.

—Tengo ganas de dormir dieciocho horas seguidas —dijo Alex, suspirando—. Acompáñame fuera y dile a Moira que no ha habido ningún problema.

Abrió la puerta. Al salir, se dio de bruces con el inspector Abel Turner.

Turner la agarró por el brazo y la llevó de nuevo al interior de la sala, cerrando de un portazo tras él.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo?

—¡Hola! —dijo Alex con alegría—. Has venido.

El forense seguía detrás del inspector.

—¿No nos íbamos? —preguntó.

—Quédate ahí un minuto —dijo Alex—. Turner, será mejor que me sueltes.

—No me digas lo que tengo que hacer. ¿Y qué coño le pasa a este?

—Está teniendo la noche de su vida —dijo Alex con el corazón retumbando. Abel Turner no solía perder la calma. Siempre sonreía, siempre estaba tranquilo. Pero en el fondo Alex prefería esta versión.

—¿Has tocado a la chica? —preguntó, clavándole los dedos—. Su cuerpo es una prueba y lo estás manipulando. Eso es un delito.

Alex se planteó darle un rodillazo en los huevos a Turner, pero eso no se le hacía a un policía, así que dejó el cuerpo totalmente flácido, como un peso

muerto. Era un truco que había aprendido de Len.

—¿Qué leches…? —Turner intentó sostenerla por instinto al ver que se le caía encima, pero luego la soltó—. ¿A ti qué te pasa? —Se frotó la mano en el brazo, como si su flacidez fuera contagiosa.

—De todo —contestó Alex. Consiguió incorporarse justo antes de perder el equilibrio, y esta vez se aseguró de permanecer fuera de su alcance—. ¿En qué andaban metidos Tara y Lance?

—¿Cómo dices?

Pensó en el rostro de Lance, flotando sobre el de la chica. *Lo siento*. ¿Qué se habían metido en su última noche juntos?

—¿Qué vendían? ¿Ácido? ¿Éxtasis? Sé que era algo más fuerte que la maría.

Turner entornó los ojos, recuperando su actitud tranquila.

—Como todo lo relativo a este caso, no es asunto tuyo.

—¿Vendían a los alumnos? ¿A las sociedades?

—Su lista de clientes era larga.

—¿A quién?

Turner negó con la cabeza.

—Vámonos. *Ya*.

Trató de agarrarla del brazo, pero ella se zafó.

—Puedes quedarte aquí —le dijo Alex al forense—. El apuesto inspector Turner me acompañará a la salida.

—¿Qué le has hecho? —murmuró Turner mientras salían al pasillo.

—Cosas turbias.

—Esto no es un juego, Stern.

Mientras la conducía a toda prisa por el pasillo, Alex contestó:

—Yo tampoco hago esto por diversión, ¿vale? No me gusta ser Dante. A ti tampoco te gusta ser Centurión, pero es nuestro trabajo y nos lo estás jodiendo a los dos.

Turner parecía ligeramente ofendido. Por supuesto, aquello no era verdad. Sandow le había dicho que no hiciera nada. *Estate tranquila*.

Entraron en la sala de espera. Dawes no estaba por allí.

—Le he dicho a tu amiga que te espere en el coche —dijo Turner—. Al menos ella es lista y sabe cuándo la ha cagado.

Y ni me ha avisado. Dawes era una vigilante de mierda.

Moira Adams le sonrió desde el mostrador.

—¿Te ha dado tiempo, cielo?

Alex asintió.

—Sí, muchas gracias.

—Rezaré por tu familia. Buenas noches, inspector Turner.

—¿También le has hecho cosas turbias a ella? —le preguntó Turner mientras salían al frío exterior.

Alex se frotó los brazos con desesperación. Necesitaba su abrigo.

—No ha hecho falta.

—Le dije a Sandow que lo tendría al corriente. Si creyera que alguno de los aprendices de psicópata a los que cuidáis está involucrado, lo investigaría.

Alex estaba segura de que decía la verdad.

—Puede que haya cosas que tú no veas.

—No hay nada que ver. Detuvieron a su novio cerca del lugar del crimen. Los vecinos oyeron discusiones muy fuertes estas últimas semanas. Hay restos de sangre que lo relacionan con el crimen. Había tomado un potente alucinógeno…

—¿Cuál exactamente?

—Aún no estamos seguros.

Alex se había mantenido alejada de los alucinógenos tras darse cuenta de que, cuando los consumía, los grises se volvían más aterradores, pero había presenciado muchísimos «viajes», tanto buenos como malos, y no conocía ninguna seta capaz de insensibilizarte por completo mientras te apuñalaban.

—¿Es que quieres que quede libre? —preguntó Turner.

—¿Cómo? —La pregunta la sorprendió.

—Has manipulado un cadáver. El cuerpo de Tara es una prueba. Si sigues interfiriendo en este caso, Lance Gressang podría terminar exonerado. ¿Es lo que quieres?

—No —dijo Alex—. No se va a librar de esto.

Turner asintió.

—Bien.

Se hizo el silencio. Alex vio el viejo Mercedes en el aparcamiento, uno de los pocos coches que quedaban. El rostro de Dawes era una mancha borrosa tras el parabrisas. Levantó la mano, y Alex se dio cuenta de que la estaba saludando con desgana. *Gracias, Pammie*. Ya era hora de pasar página con aquel asunto. ¿Por qué no era capaz?

Probó con un último truco.

—Solo quiero que me des un nombre. Leteo lo descubrirá tarde o temprano. Si las sociedades están jugando con sustancias ilegales, deberíamos saberlo. —Y después podrían ocuparse de los secuestros, la obtención de información privilegiada y… ¿contaba como agresión abrir a alguien en canal

para leerle las entrañas? Iba a hacer falta una nueva sección del código penal para cubrir las prácticas de las sociedades—. Podemos indagar sin interferir en el caso de asesinato.

Turner suspiró, soltando una voluta blanca en el aire helado.

—Solamente había un nombre relacionado con las sociedades en su lista de contactos: Tripp Helmuth. Todavía lo estamos investigando…

—Hablé con él anoche. Es un Calavera. Vigilaba la puerta durante una pronosticación.

—Eso nos dijo. ¿Estuvo allí toda la noche?

—No lo sé —confesó Alex.

Tripp había sido desterrado al pasillo para montar guardia. En realidad, una vez que comenzaba un ritual, era muy poco frecuente que alguien entrara o saliera, solamente cuando alguien se desmayaba o se mareaba, o cuando había que traerle algo al Arúspice. Alex creía recordar que la puerta se había abierto y cerrado varias veces, pero no podía jurarlo. Estaba demasiado ocupada vigilando el círculo de tiza y procurando no echar la pota. Pero le costaba creer que Tripp se hubiera escabullido del ritual, hubiera caminado hasta el Payne Whitney, asesinado a Tara y regresado a su puesto sin que nadie se diera cuenta. Además, ¿qué problema podía tener con Tara para empujarlo al asesinato? Tripp era lo bastante rico para librarse a golpe de talonario de cualquier lío en el que Tara o su novio hubieran intentado meterlo, y no era el rostro de Tripp el que Alex había visto encima de Tara, empuñando un cuchillo. Era el de Lance.

—No hables con él —dijo Turner—. Os enviaré la información al decano y a ti en cuanto comprobemos su coartada. No te metas en mi caso.

—¿Ni en tu carrera?

—Exacto. La próxima vez que entres donde no debes, te arrestaré sin pestañear.

Alex no pudo contener la oscura y burbujeante carcajada que se le escapó de la garganta.

—No vas a detenerme, Turner. El último sitio en el que te conviene tenerme es en una comisaría de policía, montando escándalo. Soy muy ruidosa, y Leteo también. Lo único que quieres es darle carpetazo a este asunto sin que te manchemos esos zapatos tan caros.

Turner la miró fijamente.

—No sé cómo has terminado en Yale, Stern, pero conozco la diferencia entre un producto de primera calidad y la porquería que me puedo encontrar

pegada a la suela del zapato, y está claro que tú no entras en la primera categoría.

—Gracias por la charla, Turner. —Alex se inclinó hacia él, sabiendo que su cuerpo hedía a lo sobrenatural. Le mostró su sonrisa más dulce y cálida—. Y no vuelvas a agarrarme. Seré una mierda, pero soy de las que cuesta raspar.

9

Invierno

Alex y Dawes se separaron cerca de la Escuela de Teología, en un triste bloque de apartamentos con forma de herradura en el gueto de posgrado. Dawes no quería dejar el coche en manos de Alex, pero tenía trabajos atrasados que corregir, así que Alex le prometió llevar el Mercedes a casa de Darlington. Era evidente que Dawes quería negarse, a pesar de sus responsabilidades.

—Ten cuidado, y que no… no se te ocurra… —Dawes no terminó la frase. Alex cayó en la cuenta, sorprendida, de que Dawes no tenía más remedio que ceder. Dante servía a Virgilio, pero Oculo servía a los dos. Y los tres servían a Leteo. Dawes asintió y siguió asintiendo mientras salía del coche y se alejaba hacia su apartamento, como si necesitara confirmar cada uno de sus pasos.

La casa de Darlington estaba en Westville, a unos kilómetros del campus. Aquella era la Connecticut con la que había soñado Alex: casas rurales sin tierras, sólidos edificios coloniales de ladrillo rojo con puertas negras y elegantes molduras blancas, un vecindario lleno de chimeneas humeantes, jardines bien cuidados, ventanas que por la noche se volvían doradas, como pasadizos hacia una vida mejor, cocinas en cuyos fogones burbujeaban manjares, mesas de cocina con ceras de colores. Nadie corría las cortinas; la luz, el calor y la buena suerte se vertían hacia la oscuridad, como si aquellos incautos no supieran lo que podía atraer semejante botín, como si hubieran dejado abiertos sus luminosos umbrales sin saber que alguna chica hambrienta podía cruzarlos.

Alex apenas había vuelto a conducir desde que se había marchado de Los Ángeles, y se sentía bien al volante, aunque la aterraba arañar el coche. A pesar del navegador de su móvil, se saltó la salida de la casa de Darlington y tuvo que dar media vuelta dos veces antes de divisar las gruesas columnas de piedra que señalaban la entrada de Black Elm. Las farolas que bordeaban el

camino de acceso estaban encendidas, como aureolas luminosas que daban a los árboles desnudos un aspecto suave y amable, como una postal navideña. La silueta abultada de la casa apareció ante ella y Alex pisó el freno con fuerza.

Había una luz encendida en la ventana de la cocina, intensa como la de un faro, y otra en la torre alta, el dormitorio de Darlington. Alex recordó su cuerpo acurrucado junto al de ella, los paneles translúcidos de la estrecha ventana, el mar de ramas negras del oscuro bosque que se extendía bajo ellos, separando Black Elm del mundo exterior.

Alex se apresuró a apagar los faros y el motor. Si había alguien en la casa, si había *algo*, no quería ahuyentarlo.

El crujido de la gravilla bajo sus botas se le antojaba imposiblemente ruidoso, pero esta vez no intentaba ser sigilosa; solamente estaba caminando hacia la puerta de la cocina. Llevaba las llaves en la mano. Allí era bienvenida.

Podrían ser su madre o su padre, se dijo. No sabía demasiado sobre la familia de Darlington, pero debía de tener a alguien. *Algún otro pariente. Un empleado de Sandow que cuida de la casa cuando Dawes está ocupada*.

Todo eso era mucho más probable, pero… *Él está aquí*, le insistía su corazón, latiéndole con tanta fuerza dentro del pecho que tuvo que detenerse un momento frente a la puerta para respirar hondo y tranquilizarse. *Está aquí*. La idea la arrastraba hacia la casa, como un niño agarrado a la manga de su abrigo.

Echó un vistazo al interior por la ventana, protegida por la oscuridad. Contempló la cocina de madera cálida y azulejos estampados (*son azulejos Delft*), la gran chimenea de ladrillo y las ollas de cobre resplandecientes, colgadas de la pared con ganchos. El correo estaba apilado en la isla, como si alguien hubiera estado revisándolo un momento antes. *Está aquí*.

Alex pensó en llamar a la puerta, pero al final se decidió por las llaves. Al segundo intento abrió la cerradura. Entró y cerró sin hacer ruido. La alegre luz de la cocina era cálida, acogedora; se reflejaba en las sartenes de cobre planas, en el esmalte verde cremoso de los fogones que se habían instalado en los años cincuenta.

—¿Hola? —dijo en un susurro.

Al dejarlas en la repisa, las llaves tintinearon ruidosamente. Alex se quedó inmóvil en mitad de la cocina, esperando que alguien la reprendiera, tal vez incluso la propia casa. Pero aquella no era la mansión de Orange, con sus crujidos esperanzados y sus suspiros reprobadores. Darlington había sido la

vida de aquel lugar, y sin él la casa parecía inmensa y vacía, como un barco naufragado.

Desde aquella noche en Rosenfeld Hall, de vez en cuando Alex llegaba a pensar que tal vez todo aquello fuera una prueba, una prueba impuesta a todos los aprendices de la Casa Leteo, y que tanto Dawes como Sandow y Turner estaban en el ajo. Ahora mismo Darlington se encontraba en su dormitorio de la tercera planta, escondido. Había oído el ruido del coche en la entrada, había subido las escaleras a la carrera y ahora estaba agazapado en la oscuridad, esperando a que Alex se marchara. A lo mejor el asesinato también formaba parte de esa prueba. En realidad no habían matado a nadie. Tara Hutchins bajaría las escaleras dando brincos cuando todo hubiera terminado. Solamente querían asegurarse de que Alex podía ocuparse de un asunto serio sin ayuda.

Era absurdo. Y sin embargo, la voz insistía: *Él está aquí*.

Sandow había dicho que tal vez Darlington seguía vivo, que podían traerlo de vuelta. Había dicho que lo único que necesitaban era una luna nueva y el hechizo adecuado para que todo volviera a ser como antes. Pero quizá Darlington había encontrado la manera de volver por su cuenta. Al fin y al cabo, él lo hacía todo bien.

Alex se adentró lentamente en la casa. Las luces de la entrada bañaban las habitaciones con un resplandor amarillento: la trascocina, con sus aparadores blancos llenos de platos y copas; la gran cámara frigorífica, cuya puerta de metal era muy parecida a la de la morgue; el elegante comedor, con una mesa pulida como un espejo, que parecía un lago oscuro en un claro silencioso; y el enorme salón, con el gran ventanal negro que dominaba las siluetas difuminadas del jardín, los setos y los árboles esqueléticos. Había otra sala de estar más pequeña, contigua al salón principal, con amplios sofás, un televisor y varias consolas de videojuegos. Len se habría meado encima al ver el tamaño de aquella tele. Le habría encantado la sala de estar; tal vez fuera lo único que Darlington y él tenían en común. *Bueno, lo único no*.

Casi todas las habitaciones de la segunda planta estaban cerradas. «Aquí fue donde me quedé sin presupuesto», le había explicado Darlington, con un brazo echado sobre los hombros de Alex mientras ella intentaba obligarlo a caminar. La casa era como un cuerpo que solo mantenía la circulación sanguínea de las partes imprescindibles para sobrevivir. El viejo salón de baile había sido reconvertido en una especie de improvisado gimnasio: un saco de boxeo colgado del techo, grandes mancuernas de metal, balones medicinales y floretes de esgrima en las paredes; las siluetas de unas pesadas

máquinas de musculación se recortaban contra las ventanas, como insectos gigantes.

Siguió subiendo las escaleras hasta la planta superior y avanzó por el pasillo. La puerta del dormitorio de Darlington estaba abierta.

Está aquí. Una vez más, sintió la misma certeza de antes, pero peor. Darlington había dejado la luz encendida. Quería que ella lo encontrara. Estaría sentado en su cama, con las largas piernas cruzadas, inclinado sobre un libro, con el cabello oscuro desparramado sobre la frente. Levantaría la vista de su lectura y se cruzaría de brazos. *Ya era hora*.

Quiso correr hacia aquel rectángulo de luz, pero se obligó a caminar con mesura, como una novia rumbo al altar, sintiendo cómo su certeza se iba evaporando y la frase *Está aquí* iba cambiando entre un paso y el siguiente, hasta que se dio cuenta de que ahora estaba suplicando: *Que esté aquí, que esté aquí, que esté aquí*.

No había nadie en el dormitorio. La habitación era pequeña en comparación con la de Il Bastone, un curioso cuarto de forma redonda, que claramente no había sido concebido como dormitorio y que, en cierto modo, le recordaba a la celda de un monje. Estaba exactamente igual que la última vez: el escritorio pegado a la pared curva, con un recorte de periódico amarillento que mostraba una fotografía de una vieja montaña rusa, como si se lo hubieran olvidado allí; una mininevera (porque, claro, ¿cómo iba Darlington a dejar de leer o trabajar para bajar las escaleras en busca de sustento?) y un sillón orejero para leer junto a la ventana. No había estanterías; las docenas y docenas de libros estaban apilados en torres de diferentes alturas, como si Darlington planeara emparedarse con ladrillos multicolor. La lámpara del escritorio proyectaba un círculo de luz sobre un libro abierto: *Meditaciones sobre el tarot: un viaje hacia el hermetismo cristiano*.

Dawes. Dawes había venido a Black Elm para cuidar de la casa, organizar el correo y sacar el coche. Dawes había entrado en el dormitorio para estudiar. Para estar más cerca de él. Quizá para esperarlo. La habían llamado repentinamente y se había marchado dejando las luces encendidas, suponiendo que volvería por la noche para apagarlas. Pero había sido Alex la que había traído el coche. Así de simple, Darlington no estaba en España. No estaba en casa. Nunca volvería a casa. Y todo por culpa de Alex.

Por el rabillo del ojo entrevió una silueta blanca que atravesaba la oscuridad. Retrocedió de un salto, derribando una torre de libros, y soltó un taco. Era Cosmo, el gato de Darlington. El animal se paseó por el borde del

escritorio, rozándose contra la lámpara caliente. Alex siempre lo llamaba «el gato Bowie», porque tenía los ojos distintos entre sí y un pelaje blanco rayado que le recordaba a una de las pelucas que Bowie llevaba en *Dentro del laberinto*. Cosmo era estúpidamente cariñoso: no tenías más que extender la mano y corría a frotarse el hocico contra tus nudillos.

Alex se sentó en la estrecha cama de Darlington, pulcra y alisada. Seguramente había sido Dawes. ¿También ella se había sentado allí? ¿Había dormido en ella?

Alex recordó los pies delicados de Darlington, su grito mientras se desvanecía. Extendió la mano, llamando al gato.

—Ven, Cosmo.

Él la miró fijamente con sus ojos dispares; la pupila del izquierdo era tan negra como un goterón de tinta.

—Venga ya, Cosmo. Yo no quería que pasara. De verdad.

Cosmo se acercó. En cuanto su cabeza pequeña y grácil rozó los dedos de Alex, esta se echó a llorar.

Alex durmió en la cama de Darlington y soñó que él estaba tumbado a su lado en el estrecho colchón.

Darlington la atraía hacia sí, hundiéndole los dedos en el vientre, y Alex los notaba afilados como garras. Luego él le susurraba al oído:

—Te serviré hasta el fin de los tiempos.

—Y me amarás —decía Alex con una carcajada, descarada y valiente en sueños.

—No es lo mismo —replicaba él.

Alex despertó sobresaltada, se dejó caer de nuevo en la cama y contempló el ángulo pronunciado del tejado y los árboles al otro lado de la ventana, que dibujaban una celosía de sombras y sol invernal. Le daba miedo trastear con el termostato, así que se había abrigado con tres jerséis de Darlington y un gorro de lana marrón muy feo que había encontrado en la parte de arriba del armario; nunca se lo había visto puesto. Hizo la cama y bajó para llenar el bebedero de Cosmo y desayunar a palo seco unos cereales *gourmet* que encontró en la despensa, de esos con frutos secos y broza.

Alex sacó su portátil de la mochila y se dirigió al descolorido solario que recorría toda la primera planta. Echó un vistazo al jardín trasero. La suave pendiente conducía hasta un laberinto de setos sin podar, en cuyo centro se distinguía una especie de estatua o de fuente. No estaba segura de dónde

estaba el límite de la finca, dónde terminaban las propiedades de la familia Arlington.

Tardó casi dos horas en redactar su informe sobre el asesinato de Tara Hutchins. Causa de la muerte. Hora de la muerte. El comportamiento de los grises durante la pronosticación de La Calavera y las Tibias. No sabía si incluir esto último, pero Leteo la había traído a Yale por lo que era capaz de ver, y no tenía motivos para mentir al respecto. Mencionó la información que le habían dado el forense y Turner (en calidad de Centurión), señalando que el nombre de Tripp había salido a colación y que Turner consideraba que el Calavera no estaba involucrado. Solo cabía esperar que el inspector no mencionara su excursión a la morgue.

Al final del informe de incidentes, había una sección titulada «Conclusiones». Alex reflexionó un buen rato, acariciando distraídamente a Cosmo, que ronroneaba a su lado en el viejo sofá de mimbre. Finalmente, decidió no decir nada sobre la extraña sensación que había tenido en el escenario del crimen, ni tampoco que sospechaba que Tara y Lance vendían droga a otros miembros de las sociedades. *Centurión notificará cualquier nuevo dato a Dante, pero en estos momentos todas las pruebas indican que el crimen fue cometido por el novio de Tara bajo el efecto de un potente alucinógeno y que no existe conexión alguna con Leteo ni con las Casas del Velo*. Lo leyó dos veces más por si tenía alguna falta de ortografía, procurando que las respuestas sonaran lo más Darlingtonianas posible, antes de enviar el informe a Sandow, con copia a Dawes.

Cosmo maullaba lastimeramente cuando Alex se marchó por la puerta de la cocina, pero se sentía mejor dejando la casa atrás, respirando el aire helado. El cielo era de un vivo color azul, despejado completamente de nubes, y la gravilla resplandecía. Guardó el Mercedes en el garaje, bajó por el camino de entrada y pidió un taxi. Ya le devolvería las llaves a Dawes más tarde.

Si sus compañeras le preguntaban dónde había estado, diría que había pasado la noche en casa de Darlington. Una emergencia familiar. Hacía tiempo que esa excusa empezaba a flaquear, pero a partir de ahora habría menos noches en vela y ausencias inexplicables. Había hecho lo correcto por Tara. Lance sería castigado y Alex tendría la conciencia tranquila, al menos a ese respecto. Por la noche se entretendría con una cerveza mientras Mercy se pillaba un buen pedo bebiendo *schnapps* de menta de una escultura de hielo en Fusión Omega, y mañana se pondría al día con sus lecturas.

El conductor la dejó delante del selecto minimercado de Elm. Cuando entró en la tienda, se dio cuenta de que aún llevaba el gorro de Darlington. Se

lo quitó de la cabeza, pero volvió a colocárselo enseguida. Hacía frío. No iba a ponerse sentimental por un gorro.

Alex llenó su cesta de la compra de aperitivos surtidos, regalices y gusanos de gominola. No debería gastarse tanto dinero, pero necesitaba el consuelo de la comida basura. Abrió la nevera de las bebidas; estaba buscando el batido de chocolate que caducara más tarde cuando notó que algo le rozaba la mano: unos dedos le acariciaban los nudillos.

Alex retiró el brazo de un tirón, llevándose la mano al pecho como si se la hubiera quemado, y cerró la nevera de un portazo, con el corazón desbocado. Retrocedió, esperando que algo atravesara la pared de pronto, pero no ocurrió nada. Miró a su alrededor, abochornada.

Un chico con gafitas redondas y una sudadera de Yale de color azul marino la miró de reojo. Alex se agachó para recoger su cesta de la compra y aprovechó para cerrar los ojos con fuerza e inspirar hondo. Eran imaginaciones suyas. Falta de sueño. Nerviosismo. Incluso podía haber sido un ratón. De todas formas decidió pasarse por la Madriguera; a fin de cuentas, estaba al otro lado de la calle. Sus barreras mágicas le permitirían poner en orden sus ideas en un entorno sin grises.

Cogió la cesta y se incorporó. El chico de gafitas se había aproximado y ahora estaba muy cerca de ella, demasiado. Alex no le veía los ojos, tan solo el reflejo de la luz en las lentes. Cuando el chico le sonrió, Alex vio que algo se movía en la comisura de su boca. Se dio cuenta de que era la antena negra y oscilante de un insecto. Un escarabajo estaba saliendo del interior de su mejilla, como si el chico lo llevara allí como un chicle. El insecto saltó desde sus labios y cayó al suelo. Alex retrocedió de un brinco, reprimiendo un grito.

Demasiado lenta. El ser de la sudadera azul la agarró por la nuca y le estampó la cabeza contra la puerta de cristal de la nevera, que se hizo añicos. Alex sintió que las esquirlas le rasgaban la piel y el goteo cálido de su sangre por las mejillas. El ser tiró de ella y la arrojó al suelo. *No puedes tocarme. No te está permitido*. Después de tantos años, de tantos horrores, seguía teniendo la misma respuesta estúpida e infantil.

Alex retrocedió a rastras. La dependienta gritaba y su marido salía de la trastienda con los ojos como platos. El chico de las gafas avanzó. No, el chico no. El gris. Pero ¿qué lo había atraído hasta ella? ¿Cómo había conseguido cruzar? ¿Y por qué no se parecía a ningún gris que ella hubiera visto? Su piel ya no parecía humana. Tenía un aspecto translúcido y vítreo que dejaba ver las venas y la sombra de los huesos. Apestaba al Velo.

Alex buscó en sus bolsillos, pero no se había reabastecido de tierra de cementerio. Casi siempre llevaba un poco encima, por si acaso.

—*¡Ten coraje!* —exclamó—. *¡Nadie es inmortal!* —Las palabras fúnebres que repetía para sus adentros cada día desde que Darlington se las había enseñado.

Pero el ser no mostró el menor indicio de turbación ni distracción.

Los dueños de la tienda gritaban; el marido tenía un móvil en la mano. *Eso, llamad a la policía*. Pero le estaban gritando a ella, no a él. A él no podían verlo. Solamente veían a una chica rompiendo su vitrina de bebidas y destrozando su establecimiento.

Alex se puso en pie atropelladamente. Tenía que llegar a la Madriguera. Cruzó la puerta a toda velocidad y salió a la acera.

—¡Oye! —protestó una chica con un abrigo verde cuando Alex se estampó contra ella. El dueño de la tienda la siguió, pidiendo a gritos que alguien la detuviera.

Alex miró hacia atrás. El ser de las gafas rodeó al dueño y pareció *saltar* sobre la multitud. Agarró por el cuello a Alex, que tropezó en el bordillo y cayó a la calzada. Oyó un claxon y el frenazo de unos neumáticos. No podía respirar.

Vio a Jonas Reed en una esquina, mirándola fijamente. Iba a su clase de Literatura. Recordó el rostro espantado de Meagan, su expresión de sorpresa que poco a poco se tornaba en repugnancia. Oyó a la señorita Rosales decir sin aliento «¡Alex! ¡Cielo!». Iban a estrangularla en mitad de la calle y nadie podía verlo, nadie podía impedirlo.

—*Ten coraje* —intentó decir, pero solo le salió un gemido. Alex miró a su alrededor, desesperada, con los ojos llorosos y el rostro hinchado por la sangre. «Ahora ya no podrán alcanzarte», le había prometido Darlington. Alex siempre había sabido que eso no era verdad, pero se había permitido creer que había una forma de estar a salvo, porque eso hacía que todo fuera tolerable.

Forcejeó con las manos de la criatura; su piel era dura y resbaladiza como el cristal. Algo estaba ascendiendo por el interior de su garganta translúcida, algo de color rojo oscuro. El ser abrió los labios y le soltó el cuello. Por puro instinto, Alex inspiró hondo justo cuando la criatura le echaba una bocanada de polvo rojo en la cara. A medida que le entraba en los pulmones, sentía fuertes descargas de dolor en el pecho. Intentó toser, pero el ser le inmovilizó los hombros con las rodillas mientras ella luchaba por soltarse.

La gente gritaba. Oyó una sirena, pero sabía que la ambulancia tardaría demasiado. Iba a morir allí, con el estúpido gorro de Darlington. Tal vez él la estaría esperando al otro lado del Velo, con Hellie. Y con Len. Y con todos los demás.

El mundo empezó a teñirse de negro… y de repente logró moverse. El peso de sus hombros había desaparecido. Soltó un gruñido y se puso en pie con dificultad, aferrándose el pecho e intentando recuperar el aliento. ¿Adónde había ido el monstruo? Levantó la mirada.

El ser de las gafas estaba flotando en el aire, luchando con algo. No, con *alguien*. Con un gris. Con el Novio, el asesino-suicida preferido de New Haven, con su traje elegante y su peinado de estrella de cine. La criatura de las gafas lo agarraba por las solapas y centelleaba ligeramente al sol mientras los dos volaban por los aires. Chocaron contra una farola que se encendió y volvió a apagarse, atravesaron las paredes de un edificio y volvieron a salir por el lado contrario. La calle entera parecía temblar, como sacudida por un trueno, pero Alex sabía que era era la única que lo oía.

El chirrido de los frenos eclipsó el ruido. Un coche patrulla se acercaba por York, seguido por una ambulancia. Alex miró por última vez el rostro del Novio, su boca torcida en una mueca mientras le propinaba un puñetazo a su adversario, y echó a correr por el cruce.

El dolor del pecho continuaba atenazándola con ráfagas cortas y súbitas, como fuegos artificiales. Aquel ser le había hecho algo, algo muy grave, y no sabía cuánto tiempo conseguiría mantenerse consciente. Solamente sabía que tenía que llegar a la Madriguera y subir las escaleras para ponerse a salvo en el apartamento secreto de Leteo. Podían llegar otros grises, otros monstruos. ¿De qué serían capaces? ¿De qué no? Tenía que refugiarse tras las barreras mágicas.

Al mirar hacia atrás, vio que un sanitario corría tras ella. Subió a la acera al doblar la esquina y se internó en un callejón. El sanitario le pisaba los talones, pero no podía ayudarla. Si lo intentaba, Alex sabía que moriría. Se lanzó hacia la izquierda, hacia la puerta, para que no la viera.

—¡Soy yo! —le gritó a la Madriguera, rezando por que la reconociera. La puerta se abrió de sopetón y los escalones rodaron hacia Alex, arrastrándola al interior.

Intentó subir las escaleras, pero se desplomó de rodillas. Normalmente el olor del vestíbulo era reconfortante, un aroma invernal a leña, arándanos y vino especiado. Pero ahora le revolvía el estómago. *También es sobrenatural*, comprendió. El pestazo a basura del callejón al menos era real. Aquellos

olores agradables pero falsos eran demasiado para ella. Su organismo no podía tolerar más magia. Agarró la barandilla de hierro con una mano, apoyó la otra en el reborde de piedra del escalón y se impulsó para levantarse. Había manchas en el hormigón, unas estrellas negras que se extendían como líquenes por los escalones. Le estaba goteando sangre de los labios.

Se dejó llevar por el pánico. Estaba en el suelo de aquel aseo público. La mariposa monarca agitaba su única ala sana.

Levántate. La sangre los atrae. Oía la voz de Darlington en su cabeza. *Los grises pueden cruzar la frontera si desean algo con la suficiente intensidad*. ¿Y si las barreras mágicas no resistían? ¿Y si no estaban diseñadas para mantener a raya a un monstruo como ese? El Novio parecía llevar las de ganar. ¿Y si ganaba? ¿Quién le diría que él no sería igual o peor que el ser de las gafas? Tenía cara de pocos amigos.

Le envió un mensaje a Dawes: SOS. 911[14]. Seguramente hubiera algún código de Leteo para «Me sangra la boca», pero Dawes tendría que arreglárselas.

Si Dawes estaba en Il Bastone y no en la Madriguera, Alex moriría en aquellas escaleras. Ya se imaginaba a la estudiante de posgrado sentada en la salita de la casa de Orange, con aquellas tarjetas que usaba para organizar los capítulos extendidos como cartas de tarot. Y en todas ellas solo había desastres, fracasos. La Reina de la Inutilidad: una chica sobre cuya cabeza pendía una cuchilla de carnicero. El Deudor: un chico aplastado bajo una roca. La Estudiante: la propia Dawes encerrada en una jaula hecha por sí misma. Y mientras tanto Alex se desangraba a menos de dos kilómetros de distancia.

Alex subió a rastras un escalón más. Tenía que cruzar la puerta. Los pisos francos de Leteo eran una *matrioska* de seguridad. La Madriguera: un refugio para animalillos.

De pronto sintió náuseas y vomitó un chorro de bilis negra que empezó a moverse por las escaleras; distinguió el brillo húmedo de unos insectos. *Son escarabajos*. Su caparazón iridiscente centelleaba entre la sangre y el pringue que había vomitado. Siguió avanzando, dejando atrás aquella porquería y sintiendo nuevas arcadas mientras su mente intentaba comprender lo que le estaba pasando. ¿Qué quería de ella aquel ser? ¿Alguien lo había enviado a matarla? Sería una tontería, pero quería saber a quién debía atormentar en la otra vida. La escalera aparecía y desaparecía. No iba a conseguirlo.

Oyó un ruido metálico. Un momento después, comprendió que la puerta de arriba se estaba abriendo. Alex intentó pedir ayuda, pero solo le salió un

gemido débil y húmedo. Las Teva de Dawes resonaron por las escaleras. Se hizo un breve silencio y después volvieron a oírse sus pasos, ahora más apresurados y acompañados de un «Joder, joder, joder, joder, joder».

Alex sintió que un brazo la rodeaba y la levantaba.

—Dios. *Dios*. ¿Qué te ha pasado?

—Ayúdame, Pammie. —Dawes se estremeció. ¿Por qué había llamado así a Dawes? Solamente Darlington la llamaba así.

Dawes la acarreó escaleras arriba; sentía las piernas pesadísimas. Le picaba mucho la piel, como si hubiera algo correteando por debajo. Pensó en la vomitona de escarabajos y le entró otra arcada.

—No me vomites encima —le advirtió Dawes—. Si vomitas, yo también.

Alex pensó en Hellie sujetándole el pelo. Se habían pillado un buen pedo de Jäger y habían terminado sentadas en el suelo del baño de la Zona Cero. Reían, vomitaban, se cepillaban los dientes y vuelta a empezar.

—Mueve las piernas, Alex —decía Hellie. Apartaba las rodillas de Alex para sentarse a su lado en el sillón cesta. Su cuerpo olía a coco y estaba caliente, siempre estaba caliente, como si el sol la quisiera, como si procurara adherirse a su piel dorada el mayor tiempo posible.

—¡Mueve las piernas, Alex, joder! —No era Hellie. Era Dawes, gritándole al oído.

—Ya las muevo.

—Y una mierda. Venga, tres pasos más.

Alex quería avisar a Dawes de que el ser se estaba acercando. Las palabras fúnebres no le habían afectado; tal vez las barreras tampoco lo detendrían. Abrió la boca y volvió a vomitar.

A Dawes le entró una arcada al instante. Llegaron al descansillo y entraron en el piso, pero perdieron el equilibrio y Alex se cayó de bruces. Estaba en el suelo de la Madriguera, con la cara aplastada contra la alfombra raída.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó de nuevo Dawes, pero Alex estaba demasiado cansada para contestar. Sintió que le daba la vuelta y la abofeteaba—. Dime qué ha pasado, Alex. Si no, no puedo ayudarte.

Alex se obligó a mirar a Dawes. No quería hacerlo. Quería volver al sillón cesta, a la luminosa rodaja de sol de Hellie.

—Un gris. No sé. Era de cristal. Transparente.

—Mierda. Un *gluma*.

Alex necesitaba sus tarjetas de memorización, pero la palabra estaba ahí, flotando en algún lugar de su memoria. Un *gluma* era un cascarón vacío, un

espíritu resucitado de entre los muertos recientes que podía entrar en el mundo, un intermediario capaz de viajar a través del Velo. Eran mensajeros. Mensajeros de El Libro y la Serpiente.

—Había un humo rojo. Lo he respirado. —Volvió a sentir arcadas.

—Escarabajos mortuorios. Te devorarán desde dentro.

Pues claro. Pues claro que sí. Porque la magia nunca era algo bueno, algo agradable.

Oyó ruidos apresurados y notó que Dawes le presionaba una taza contra los labios.

—Bebe —le ordenó—. Te dolerá un huevo y te dejará la garganta en carne viva, pero eso tiene solución.

Dawes le inclinó la barbilla hacia atrás para obligarla a abrir la boca. De pronto, la garganta de Alex se prendió fuego. Tuvo una visión de praderas iluminadas por llamas azules. Un dolor inmenso le recorrió todo el cuerpo, y agarró la mano de Dawes.

—Joder, Alex, ¿por qué sonríes?

El *gluma*. El cascarón. Habían enviado a esa criatura a matarla, y solo podían haberlo hecho por un motivo: porque Alex se estaba acercando a la verdad. Sabían que había ido a ver el cadáver de Tara. Pero ¿quiénes? ¿El Libro y la Serpiente? ¿La Calavera y las Tibias? Fueran quienes fueran, creían que iba a seguir investigando, que no se conformaría con la visita a la morgue. Ignoraban la decisión que había tomado Alex, que el informe estaba cerrado y archivado. Ella había estado en lo cierto. Había algo raro en la muerte de Tara, algo que la relacionaba con las sociedades, con las Casas del Velo. Pero no sonreía por eso.

—Han intentado matarme, Hellie —dijo con un hilo de voz mientras se sumía en la oscuridad. *Y pienso devolverles el favor*.

El Manuscrito, la joven advenediza de las Casas del Velo, posiblemente sea la sociedad que mejor ha capeado la modernidad. Sus actores oscarizados y celebridades televisivas están a la vista de todos, pero entre sus exalumnos también se cuentan asesores de presidentes, el conservador del Museo Metropolitano de Arte y (tal vez lo más revelador) algunas de las mentes más brillantes de la neurociencia. Cuando hablamos de El Manuscrito, hablamos de magia especular, de ilusiones y de complejos glamures capaces de crear a una estrella mundial, pero haríamos bien en recordar que todas sus obras derivan de la manipulación de nuestra propia percepción.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos
de la Novena Casa

Ni se os ocurra asistir a una fiesta de El Manuscrito. Hacedme caso.

—Diario de Leteo de Daniel Arlington
(Colegio mayor Davenport).

10

Otoño pasado

La noche de la fiesta de El Manuscrito, Darlington pasó las últimas horas de la tarde en Black Elm, con las luces encendidas y el sendero de la entrada iluminado con lámparas de calabaza, repartiendo dulces. Le encantaba aquella parte de Halloween: el ritual que implicaba, la marea de alegres desconocidos que llegaban hasta sus orillas tendiéndole la mano. Por lo general Black Elm le parecía una isla oscura que por algún motivo había dejado de aparecer en los mapas. Pero no en Halloween.

La casa había sido edificada en una colina de poca pendiente, no muy lejos de unas tierras que habían pertenecido a Donald Grant Mitchell. De hecho, la biblioteca contenía varios ejemplares de las obras de Mitchell: *Recuerdos de un soltero, Vida soñada* y el único que su abuelo consideraba digno de ser leído, *Mi granja de Edgewood*. De niño, a Darlington le había fascinado el aura misteriosa del pseudónimo de Mitchell (Ik Marvel[15]), pero se había llevado un chasco terrible al comprobar la total ausencia de elementos mágicos o maravillosos en sus libros.

En realidad, siempre se había sentido así con todo. Debería haber más magia en el mundo. Y no se refería a las actuaciones de payasos con la cara embadurnada de pintura cuarteada ni a ilusionistas de pacotilla. Tampoco a los trucos de cartas. La magia que le habían prometido tenía que hallarse en el fondo de los armarios, debajo de los puentes, al otro lado de los espejos. Era una magia peligrosa, seductora, que no pretendía entretener. Tal vez si se hubiera criado en una casa corriente, bien aislada y con un jardín cuidado, en lugar de entre las ruinosas torres de Black Elm, con sus estanques cenagosos, sus siniestras e inesperadas dedaleras, la bruma que reptaba entre los árboles con el crepúsculo otoñal… tal vez entonces todo habría sido distinto. Si hubiera vivido en un lugar normal, como Phoenix, en lugar de en la maldita New Haven.

Su destino había quedado sellado con un acontecimiento que ni siquiera había protagonizado él. Tenía once años y asistía a un pícnic organizado por los Caballeros de Colón. Bernadette, el ama de llaves, había insistido en llevarlo porque «los niños necesitan tomar el aire». Cuando llegaron al parque de Lighthouse Point, Bernadette se recluyó, debajo de un toldo con varias amigas y una bandeja de huevos rellenos y le dijo que fuera a jugar por ahí.

Darlington encontró a un grupo de chicos de su edad (o más bien lo encontraron ellos) y pasaron la tarde haciendo carreras y compitiendo en juegos de feria. Cuando empezaron a aburrirse, se inventaron juegos propios. Un chico alto llamado Mason, con el pelo muy corto e incisivos de conejo, se había erigido como líder de la pandilla: decidía cuándo comer, cuándo nadar, cuándo un juego se había vuelto aburrido… y Darlington estaba encantado de seguir su estela. Cuando se cansaron de montar en el viejo tiovivo, pasearon hasta los límites del parque, desde donde se divisaba a lo lejos el estrecho de Long Island y el puerto de New Haven.

—Ojalá tuvieran barcos —dijo Mason.

—Y una lancha motora. O una moto de agua —añadió un chico llamado Liam—. Estaría guay.

—Sí —dijo otro chico—. Podríamos cruzar y subir en la montaña rusa. —Los había estado acompañando toda la tarde. Era un niño menudo, con el rostro lleno de apretadas pecas de color arena y la nariz quemada por el sol.

—¿Qué montaña rusa? —preguntó Mason.

El pecoso señaló el estrecho.

—La de las luces. Al lado del embarcadero.

Darlington miró a lo lejos, pero no veía nada, tan solo el atardecer y una estrecha franja de tierra.

Mason también escudriñó el paisaje.

—¿De qué hablas, capullo?

A pesar de la escasa luz, Darlington vio claramente que el niño del rostro pecoso se sonrojaba. El chico se echó a reír.

—Nada. Te estaba tomando el pelo, joder.

—Payaso.

Siguieron paseando hasta la estrecha playa para jugar entre las olas, y enseguida se olvidaron del incidente. Meses después, cuando el abuelo abrió su periódico durante el desayuno, Darlington leyó el titular: ANIVERSARIO DE SAVIN ROCK. Debajo había una fotografía de una gran montaña rusa de madera sobre las aguas del estrecho de Long Island. El pie de foto decía: *La*

legendaria Relámpago, la atracción más popular del parque de atracciones de Savin Rock, resultó destruida por un huracán en 1938.

Darlington había recortado la foto del periódico y la había pegado con celo sobre su escritorio. Aquel día, en Lighthouse Point, aquel chico pecoso y con la nariz quemada había *visto* la vieja montaña rusa. Pensaba que los demás también la veían. No estaba fingiendo ni bromeando. Al darse cuenta de que nadie más la veía, se había callado enseguida, avergonzado. Como si ya le hubiera pasado antes algo parecido. Darlington había intentado recordar cómo se llamaba el chico. Le pidió varias veces a Bernadette que fueran a los Caballeros de Colón pera jugar al bingo, asistir a una cena a la canasta… cualquier cosa con tal de volver a cruzarse con ese niño. Finalmente, su abuelo zanjó el asunto de malos modos:

—¡Deje de intentar convertir al chico en un condenado católico!

Darlington fue creciendo, y el recuerdo de Lighthouse Point se fue difuminando. Pero nunca quitó la fotografía de la Relámpago de la pared. Se olvidaba de ella durante semanas o incluso meses seguidos, pero nunca conseguía desprenderse del todo de la sensación de que él solamente estaba viendo un mundo, cuando podían existir muchos; que había lugares perdidos (tal vez incluso personas perdidas) que podían cobrar vida ante sus ojos si los entornaba lo suficiente o si encontraba las palabras mágicas adecuadas. Los libros, con sus promesas de puertas encantadas y lugares secretos, no hacían sino empeorarlo todo.

La sensación debería haberse diluido con el tiempo, erosionada por las continuas y sutiles decepciones de la etapa de crecimiento. Pero a los dieciséis años, con su flamante carnet de conducir provisional guardado en la cartera, el primer sitio al que Darlington llevó el viejo Mercedes de su abuelo fue Lighthouse Point. Caminó hasta la orilla y esperó a que el mundo se revelara ante él. Años más tarde, al conocer a Alex Stern, tuvo que resistir el impulso de llevarla también hasta allí, para comprobar si la Relámpago se aparecía ante ella como cualquier otro gris, un fantasma rugiente de diversión y terror.

Cuando cayó la noche y el torrente de niños con caretas de duende se convirtió en un riachuelo, Darlington se puso su disfraz, el mismo que llevaba todos los años: un abrigo negro y unos colmillos de plástico barato que le hacían parecer recién salido de una intervención dental.

Aparcó en el callejón de la Madriguera. Alex ya lo estaba esperando, tiritando de frío, vestida con un abrigo largo y negro que él nunca había visto.

—¿No podemos ir en coche? —le preguntó—. Estoy helada.

Californianos.

—Estamos a diez grados y solo hay que caminar tres manzanas. Creo que sobrevivirás a este periplo por la tundra. Espero que no lleves un disfraz de gatita sexi debajo de ese abrigo. La idea es inspirar un mínimo de autoridad.

—Podría hacer mi trabajo con bragalones. Seguramente lo haría mejor. —Soltó una patada de kárate al aire, sin mucho entusiasmo—. Más cómoda. —Al menos llevaba unas botas prácticas.

A la luz dé la farola, comprobó que Alex se había pintado mucho los ojos y llevaba unos grandes pendientes dorados. Esperaba que no se hubiera puesto nada demasiado provocativo ni sospechoso de apropiación cultural. No quería pasarse toda la noche esquivando quejas de El Manuscrito solo porque Alex había sentido el impulso de disfrazarse de Pocahontas sexi.

Recorrieron el callejón y salieron a Elm. Alex parecía despierta, preparada. Estaba mucho mejor desde el incidente de Aureliano, desde que habían destrozado varios miles de dólares en cristal y porcelana contra el suelo de la cocina de Il Bastone. Tal vez él también estuviera un poco mejor. Habían supervisado una serie de transformaciones primerizas en La Cabeza del Lobo sin incidentes, aunque a Shane Mackay le había costado recuperar su apariencia habitual y habían tenido que acorralarlo en la cocina mientras se libraba de su forma de gallo. Luego se había hecho sangre en la nariz intentando picotear la mesa y una compañera suya se había pasado una hora arrancándole plumillas blancas del cuerpo. Había tenido que aguantar interminables juegos de palabras con «tener pluma». También habían supervisado una resucitación en El Libro y la Serpiente. Con la ayuda de un traductor, un cadáver desecado había relatado los últimos testimonios de soldados recién muertos en Ucrania, en un extraño y macabro juego del teléfono escacharrado. Darlington no sabía quién había solicitado la información en el Departamento de Estado, pero supuso que se la transmitirían puntualmente. Más tarde habían supervisado la apertura infructuosa de un portal en El Pergamino y la Llave, un intento malogrado de enviar a una persona a Hungría. Solo habían conseguido que la tumba entera apestara a *goulash*. Por último, la invocación de una tormenta en el mugriento apartamento de San Telmo en Lynwood, igualmente decepcionante, que había dejado al presidente de la delegación y a los exalumnos presentes avergonzados y ruborizados.

—Tienen la cara que se os pone a los tíos cuando vais demasiado pedo y no se os levanta —había susurrado Alex.

—¿Siempre tienes que ser tan vulgar, Stern?

—¿Acaso es mentira, Darlington?

—No sabría decirte.

Esta noche iba a ser un poco diferente. No dibujarían círculos de protección, tan solo se dejarían ver por allí, supervisarían el poder acumulado en el nexo de El Manuscrito y redactarían un informe.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar? —preguntó Alex mientras giraban a la izquierda.

—Hasta medianoche, puede que un poco más.

—Les he dicho a Mercy y a Lauren que nos veríamos en Infierno Pierson.

—Para entonces estarán tan borrachas que no se darán cuenta de que llegas tarde. Y ahora céntrate: El Manuscrito parece inofensiva, pero no lo es.

Alex lo miró de reojo. Se había puesto una especie de purpurina en las mejillas.

—Pareces nervioso, ¿sabes?

El Manuscrito era la sociedad de la que más recelaba Darlington. Notó la expresión escéptica de Alex mientras se detenían delante de una mugrienta pared de ladrillo pintada de blanco.

—¿Es aquí? —preguntó, arrebujándose en su abrigo. Desde el fondo de un estrecho callejón les llegaba el golpeteo grave de la música y el murmullo de las conversaciones.

Darlington comprendía la incredulidad de Alex. Las demás tumbas se habían construido para parecerlo: los plintos lisos de estilo neoegipcio de La Calavera, las altas columnas blancas de El Libro y la Serpiente y las intrincadas celosías y los arcos de herradura de El Pergamino y la Llave (la cripta favorita de Darlington). Incluso La Cabeza del Lobo, que afirmaba querer desprenderse de la parafernalia arcana y establecer una casa más igualitaria, había construido una mansión de campo británica en miniatura. Darlington había leído las descripciones de cada tumba en la guía de Yale de Pinnell, y opinaba que el análisis de sus partes no hacía justicia al misterio que evocaba el conjunto. Por supuesto, Pinnell no sabía nada del túnel subterráneo que recorría Grove Street y conectaba El Libro y la Serpiente con el cementerio, ni tampoco de los naranjos encantados (traídos directamente desde la Alhambra) que daban fruto todo el año en el jardín de El Pergamino y la Llave.

Pero el exterior de El Manuscrito parecía un simple bloque chato de ladrillo, con unos cuantos contenedores de basura repartidos por la fachada lateral.

—¿Es esto? —insistió Alex—. Es más triste que aquel piso de Lynwood.

En realidad no podía haber nada más triste que la casa que San Telmo tenía en Lynwood, con su moqueta manchada, sus escaleras combadas y el techo lleno de veletas temblorosas.

—No juzgues al libro por su portada, Stern. Esta cripta tiene ocho plantas subterráneas y alberga una de las mejores colecciones de arte contemporáneo del mundo.

Alex enarcó las cejas.

—Vamos, que son ricos de California.

—¿De California?

—En Los Ángeles, los que tienen más pasta siempre se visten de vagabundos. Necesitan que todo el mundo sepa que viven en la playa.

—Sospecho que El Manuscrito buscaba transmitir elegancia y discreción, no «Me acuesto con supermodelos en mi casa de Malibú», pero a saber.

La tumba, diseñada por King-lui Wu, se había terminado de construir a principios de los sesenta. Darlington nunca había conseguido sentir más que un reticente respeto por la arquitectura de mediados de siglo. A pesar de todos sus esfuerzos por admirar sus líneas sobrias y su ejecución impecable, no le transmitía nada en absoluto. Su padre se burlaba abiertamente del gusto burgués de su hijo por las torrecillas y los gabletes.

—Espera —dijo Darlington, sujetando a Alex por los hombros y conduciéndola unos pasos a la izquierda—. Mira.

—¡Oh! —exclamó ella, para deleite de Darlington.

Desde aquel ángulo resultaba visible el dibujo circular oculto en los ladrillos blancos. Casi todo el mundo creía que representaba un sol, pero Darlington sabía que no.

—No puede verse de frente —dijo Darlington—. Aquí nada puede verse de frente. Es una casa de ilusiones y mentiras. Ten en mente lo carismática que puede llegar a ser esta gente. Nuestro trabajo es asegurarnos de que nadie se pase de la raya ni resulte herido. Hubo un incidente en 1982.

—¿Qué clase de incidente?

—Una chica tomó algo en una de sus fiestas y decidió que era un tigre.

Alex se encogió de hombros.

—He visto a Salome Nils arrancándole plumas del culo a un tío en la cocina de La Cabeza del Lobo. Seguro que no fue para tanto.

—La chica *jamás* dejó de creer que era un tigre.

—¿Cómo?

—La Cabeza del Lobo se centra en cambiar lo físico, en renunciar a la forma humana reteniendo la conciencia humana. Pero El Manuscrito se

especializa en alterar la conscienda.

—En follarte la mente.

—Los padres de la chica todavía la tienen encerrada en una jaula, al norte de Nueva York. Es una finca bonita. Tiene mucho campo para correr. La alimentan con carne cruda dos veces al día. En una ocasión se escapó y trató de despedazar al cartero.

—Menudas uñas tendría.

—Se le echó encima y le mordió la pantorrilla. Lo tapamos todo alegando un colapso nervioso. El Manuscrito se ocupó de pagar todos los cuidados de la chica y se les prohibió ejercer durante un semestre.

—Pobrecitos.

—No he dicho que fuera un castigo justo, Stern. La justicia no abunda. Lo que te digo es que esta noche no podrás fiarte de tu propia percepción. La magia de El Manuscrito se basa en engañar a los sentidos. No comas ni bebas *nada*. Mantente alerta. No me gustaría que tuviéramos que enviarte a otra finca con una madeja de hilo.

Siguieron a un grupo de chicas disfrazadas con corsés y maquillaje de zombi por el estrecho callejón, hasta la puerta lateral. Iban de esposas de Enrique VIII. El cuello de Ana Bolena estaba manchado de sangre falsa y pegajosa.

Kate Masters estaba sentada en un taburete junto a la puerta, poniéndoles un sello a todos los que entraban, pero Darlington le agarró la muñeca a Alex antes de que se la tendiera a Kate.

—No sabemos lo que pueden haber puesto en la tinta de los sellos —murmuró—. Déjanos pasar, Kate.

—El guardarropa está a la izquierda. —La chica le guiñó un ojo; tenía los párpados maquillados con purpurina roja. Iba disfrazada de Hiedra Venenosa, con unas hojas de árbol hechas de cartulina grapadas a un bodi verde.

Nada más entrar, los recibió una ráfaga de perfume y aire húmedo, la música atronadora y chillona y el calor de los cuerpos. La gran sala cuadrada estaba tenuemente iluminada y atestada de gente que rodeaba las cubas de ponche con forma de calavera. El jardín trasero estaba adornado con guirnaldas de luz. Notó que empezaba a sudar.

—No está tan mal —dijo Alex.

—¿Recuerdas lo que te he dicho? La verdadera fiesta está abajo.

—¿Nueve plantas en total? ¿Cómo los nueve círculos del infierno?

—No, en realidad se basa en la mitología china. El ocho se considera el número de la suerte, por eso hay ocho niveles secretos. La escalera representa

una espiral divina.

Alex se quitó el abrigo. Debajo llevaba un vestido ceñido de color negro. Se había decorado los hombros con una cascada de estrellitas plateadas.

—¿De qué se supone que vas disfrazada? —preguntó Darlington.

—¿De chica vestida de negro con mucho maquillaje? —Sacó del bolsillo del abrigo una corona de flores de plástico pintada de plateado y se la puso en la cabeza—. Soy la reina Mab.

—No sabía que te gustara Shakespeare.

—No me gusta. Lauren se pilló un disfraz de Puck en la Dramat, Mercy va de Titania, así que me embutió en esto y me dijo que yo podía ir de Mab.

—Sabes que Shakespeare llamaba a Mab «la comadrona de las hadas», ¿no?

Alex frunció el ceño.

—Pensaba que era la reina de la noche.

—Eso también. Te pega.

Darlington lo decía como un cumplido, pero Alex hizo una mueca.

—Es solo un vestido.

—¿Qué te he dicho antes? —dijo Darlington—. Nada es solo lo que parece. —Y tal vez él también quería que Alex fuera la clase de chica que se disfrazaba de reina Mab, que amaba las palabras y llevaba estrellas en la sangre—. Vamos a dar una vuelta por esta planta antes de empezar con las inferiores.

No tardaron mucho. El Manuscrito se había construido siguiendo el diseño de planta abierta tan popular en los cincuenta y los sesenta, así que había muy pocas salas y pasillos que investigar. Al menos en aquel nivel.

—No lo entiendo —murmuró Alex mientras echaban un vistazo al descuidado jardín. Estaba un poco abarrotado, pero no parecía estar pasando nada fuera de lo normal—. Si esta noche es tan especial para El Manuscrito, ¿por qué van a realizar un rito con tanta gente cerca?

—No es exactamente un rito. Es un acopio. Pero ese es el problema de su magia. No puede practicarse en privado. La magia especular se basa en la reflexión y la percepción. Una mentira no lo es hasta que alguien se la cree. No importa lo encantador que seas si no tienes a nadie a quien encantar. Toda la gente de esta planta está proporcionando energía para lo que ocurre abajo.

—¿Solo por pasárselo bien?

—Por *intentarlo*. Fíjate bien. ¿Qué ves? Gente disfrazada, con cuernos, con bisutería, gente adornándose con finas capas de ilusión. Caminan más erguidos, meten tripa, dicen cosas que no piensan, halagan a los demás.

Cometen un millar de pequeños actos de engaño, mintiéndose unos a otros, mintiéndose a sí mismos, bebiendo hasta el delirio para que les resulte más fácil. Esta es una noche de pactos entre observadores y observados, una noche en la que la gente acepta voluntariamente tratos falsos, esperando engañar y ser engañados por el placer de sentirse valientes, sexis, guapos o simplemente deseados, por muy efímero que sea todo.

—Darlington, ¿me estás diciendo que El Manuscrito saca su energía de las curdas ajenas?

—Cómo te gusta ir al grano, Stern. Todos los viernes por la noche, todas las fiestas consisten en una sucesión de estos mismos tratos, pero Halloween lo reúne todo. Esta gente accede al pacto en cuanto cruza esa puerta, llena de expectación. O incluso antes, cuando se ponen las alitas, los cuernos y —la miró de reojo— la purpurina. ¿No dijo alguien que el amor es una alucinación compartida?

—Qué cínico, Darlington. No te pega nada.

—Llámalo «magia» si lo prefieres, Dos personas que pronuncian el mismo hechizo.

—Bueno, pues a mí me gusta —dijo Alex—. Parece una fiesta de película. Pero hay grises por todas partes.

Él ya lo sabía, pero se sorprendió de todas formas. Después de tanto tiempo, le parecía que debería ser capaz de percibir su presencia de algún modo. Darlington intentó dar un paso atrás y ver aquel lugar con los ojos de Alex, pero para él no era más que una fiesta corriente. En la noche de Halloween, los muertos resucitaban porque los vivos estaban más vivos que nunca: niños felices atiborrados de azúcar, adolescentes cabreados con huevos y espuma de afeitar escondidos en la sudadera, universitarios borrachos con caretas, alas y cuernos dándose permiso para ser otra cosa: ángeles, demonios, diablos, médicos, enfermeras traviesas. Sudor, excitación y ponche dulzón cargado de fruta y alcohol de garrafón. Era irresistible para los grises.

—¿Quién está aquí? —preguntó.

Alex levantó sus oscuras cejas.

—¿Quieres detalles?

—No te pido que te pongas en peligro para satisfacer mi curiosidad. Solo… un resumen.

—Hay dos junto a la puerta corredera de cristal, cinco o seis en el jardín, uno en la entrada, al lado de la chica de los sellos, y un rebaño entero alrededor del ponche; no sé cuántos son.

No se lo había escapado ni una. Era consciente de su presencia porque los temía.

—Todas las plantas inferiores tienen barreras mágicas. Esta noche no tendrás que preocuparte por ellos. —La guio hacia las escaleras; Doug Far estaba reclinado en la barandilla, vigilando que nadie bajara sin invitación—. La magia de sangre está muy restringida en Halloween. Es demasiado atractiva para los muertos. Pero esta noche El Manuscrito canalizará todo el deseo y el desenfreno de Halloween para dar energía a sus ritos durante el resto del año.

—¿Tan potente es una simple fiesta?

—Anderson Cooper en realidad mide uno sesenta, pesa noventa kilos y tiene acento de Long Island. —Alex abrió los ojos de par en par—. Tú ten cuidado.

—¡Darlington! —lo saludó Doug al verlo—. ¡El caballero de Leteo!

—¿Te van a tener aquí toda la noche?

—Solo una hora más. Después me pienso poner hasta las putas cejas.

—Genial —dijo Darlington, y notó que Alex ponía los ojos en blanco. Salvo por la noche en la que se habían emborrachado tras el desastroso ritual de Aureliano, nunca la había visto beber ni un sorbo de vino. Se preguntó si salía de fiesta con sus compañeras de cuarto o si había decidido reformarse después de lo ocurrido con sus amigos en Los Ángeles.

—¿Quién es esta? —inquirió Doug, mirando de arriba abajo el disfraz de Alex. Darlington se sintió extrañamente irritado—. ¿Tu novia o tu Dante?

—Alex Stern. Es mi nueva yo. Os vigilará cuando me dejen largarme de una vez.

Lo decía por obligación, pero Darlington jamás se iría de la ciudad. Había luchado demasiado para quedarse, para conservar Black Elm. Dedicaría unos meses a viajar; visitaría los restos de la biblioteca de Dun-huang e iría en peregrinación al monasterio del Monte de Santa Odilia. Sabía que Leteo esperaba que se matriculara en la escuela de posgrado y tal vez que aceptara un puesto de investigador en la sede de Nueva York. Pero eso no era lo que él quería en realidad. New Haven necesitaba un mapa nuevo, un mapa de lo invisible, y Darlington quería ser quien lo dibujara. Tal vez, en las líneas de sus calles, en la quietud de sus jardines y en las profundas sombras de East Rock encontraría una respuesta a la pregunta de por qué New Haven nunca se había convertido en una Manhattan o una Cambridge. Por qué, a pesar de todas las oportunidades y esperanzas de prosperidad, siempre se iba a pique.

¿Era puro azar? ¿Mala suerte? ¿O la magia que residía allí había seguido floreciendo a costa de atrofiar a la propia ciudad?

—¿Y qué eres? —le preguntó Doug a Alex—. ¿Una vampira? ¿Me vas a chupar la sangre?

—Si tienes suerte —dijo Alex, desapareciendo escaleras abajo.

—Cuídate, Doug —dijo Darlington mientras la seguía. Alex ya estaba bajando la escalera de caracol. Esta noche no debería quedarse sola. Doug se echó a reír.

—¿No eres tú el que nos cuida?

La repentina bocanada de una máquina de niebla le golpeó de lleno en el rostro; estuvo a punto de perder el equilibrio. Trató de dispersar la bruma con la mano, molesto. ¿Por qué la gente no podía conformarse con tomar una copa y conversar? ¿A qué tanto artificio desesperado? ¿O en el fondo estaba celoso de Doug, de todos aquellos que podían ser imprudentes durante una noche? Tal vez fuera eso. Se sentía desconectado de todo desde que se había mudado a Black Elm. Los alumnos de primero y segundo estaban obligados a alojarse en el campus, y aunque incluso entonces había seguido visitando Black Elm religiosamente, le gustaba la sensación de verse arrastrado hacia otras órbitas, arrancado de su caparazón por la fuerza por sus bienintencionados compañeros de cuarto, empujado a un mundo que nada tenía que ver con Leteo ni con lo sobrenatural. Jordán y E. J. le caían bien (y él a ellos), al menos lo bastante para no haber cambiado de compañeros en dos años. Siempre pensaba en llamarlos, en invitarlos a tomar algo por ahí. Pero pasaban los días y Darlington se encontraba absorbido por los libros, por Black Elm, por Leteo… y ahora por Alex Stern.

—Es mejor que te quedes detrás de mí —le dijo cuando la alcanzó, irritado por el deje petulante de su propia voz. Ella ya estaba en la siguiente planta, mirando a su alrededor con ojos ansiosos. Aquel piso parecía la zona VIP de un club nocturno, con las luces y la música atenuadas, pero todo tenía un aire onírico, como si cada persona y objeto de la sala estuvieran bañados por una luz dorada.

—Parece un videoclip —dijo Alex.

—Con presupuesto ilimitado. Es un glamur.

—¿Por qué te ha llamado «el caballero de Leteo»?

—Porque a la gente sin modales le hace gracia fingir que los tiene Sigamos, Stern.

Descendieron el siguiente tramo de escaleras.

—¿Vamos a bajar hasta el fondo?

—No. En los últimos niveles se realizan y mantienen los ritos; puede haber entre cinco y diez funcionando a la vez en todo el mundo. Los hechizos de carisma y los glamures requieren atención constante. Pero esta noche no van a realizar ningún rito, solo el acopio de la fiesta y la ciudad para almacenar la energía en su cámara.

—¿Hueles eso? —preguntó Alex—. Huele a…

Bosque. En el siguiente rellano los esperaba un bosque verde. El año anterior había sido una meseta desértica. La luz se filtraba entre las hojas de una arboleda, y el horizonte parecía extenderse kilómetros y kilómetros. Los juerguistas vestidos de blanco estaban echados sobre manteles de pícnic extendidos sobre la hierba fresca, y el aire cálido estaba lleno de colibríes. A partir de aquel nivel, solo podían pasar exalumnos y miembros actuales.

—¿Es un caballo real? —susurró Alex.

—Tan real como tiene que ser. —Aquello era magia, un derroche de gloriosa magia; Darlington no podía negar que una parte de él quería quedarse allí. Pero precisamente por eso tenían que continuar—. Siguiente planta.

Las escaleras volvían a descender en espiral, pero esta vez las paredes también se curvaron. El edificio adoptó una forma diferente, con un techo tan alto como el de una catedral, pintado con los vivos colores azules y dorados de un cielo de Giotto. El suelo estaba sembrado de amapolas. Era una iglesia, sin serlo. La música era de otro mundo; resultaba difícil saber si eran campanas y tambores o el corazón de una gran bestia, arrullándolos con cada potente latido. En los bancos y los pasillos de la iglesia yacían cuerpos entrelazados, rodeados por pétalos rojos aplastados.

—Esto ya se parece más a lo que esperaba —dijo Alex.

—¿Esperabas una orgía en una catedral llena de flores?

—Esperaba desenfreno.

—En eso se basa esta noche.

La siguiente planta era una pérgola en lo alto de un monte; ni siquiera se habían molestado en que pareciera realista. Por todas partes había nubes delicadas de color anaranjado, matas de glicina colgando de las columnas rosadas y mujeres con túnicas vaporosas que holgazaneaban entre las piedras calentadas por el sol, con el cabello mecido por una brisa imposible. Un eterno atardecer dorado. Acababan de entrar en un cuadro de Maxfield Parrish.

Finalmente llegaron a una sala más tranquila, con una larga mesa de banquete pegada a la pared e iluminada por luciérnagas. El murmullo de la conversación era contenido y educado. Un enorme espejo circular, de casi dos

plantas de altura, ocupaba la pared norte; su superficie parecía moverse, dibujando un remolino. Era como contemplar una inmensa marmita removida por una mano invisible, pero sabía que el espejo era una cámara, un depósito de magia alimentado por el deseo y el delirio. Aquel nivel de El Manuscrito (el quinto) representaba el punto central entre las salas de acopio de arriba y las salas ritualísticas de abajo. Esta planta era mucho más grande que las demás y se extendía bajo la calle y las casas vecinas. Darlington sabía que el sistema de ventilación funcionaba perfectamente, pero le costaba no sentirse asfixiado.

Muchos de los juerguistas de aquel nivel iban enmascarados; seguramente eran famosos o exalumnos de renombre. Algunos llevaban elegantes vestidos, otros vaqueros y camisetas.

—¿Ves que algunos tienen la lengua morada? —dijo Darlington, señalando con la frente a un chico cubierto de purpurina que escanciaba vino y a una chica vestida con poco más que unas orejitas de gato que llevaba una bandeja—. Esos han tomado Meritud, la droga de la sumisión. La toman los acólitos para renunciar a su voluntad.

—¿Y por qué quieren hacer eso?

—Para servirme a mí —dijo una voz dulce.

Darlington inclinó la cabeza ante la figura vestida con una túnica de seda color celadón y un tocado dorado que también le ocultaba la mitad del rostro.

—¿Cómo debemos dirigirnos a ti esta noche? —preguntó Darlington.

El portador de la máscara representaba a Lan Caihe, uno de los ocho inmortales de la mitología china, capaz de cambiar de género a voluntad. En cada reunión de El Manuscrito se elegía un Caihe diferente.

—Esta noche soy «ella». —Los ojos que había tras la máscara eran totalmente blancos. Esta noche podría verlo todo; ningún glamur la engañaría.

—Agradecemos la invitación —dijo Darlington.

—Los agentes de Leteo son siempre bienvenidos, aunque lamentamos que nunca aceptéis nuestra hospitalidad. ¿Una copa de vino, tal vez? —Levantó una mano con elegancia (tenía las uñas curvadas como garras, pero lisas y brillantes como el cristal) y uno de los acólitos se adelantó con una jarra en las manos.

Darlington le hizo un gesto de advertencia a Alex, sacudiendo la cabeza.

—Gracias —dijo en tono de disculpa. Sabía que algunos miembros de El Manuscrito se tomaban como una ofensa personal que los agentes de Leteo nunca se entregaran a los placeres de la sociedad—. Pero tenemos que seguir el protocolo.

—No se aceptó ninguna de nuestras sugerencias para el nuevo Dante —dijo Lan Caihe, clavando sus ojos blancos en Alex—. Fue una decepción.

Darlington se puso furioso, pero Alex se le adelantó:

—Bueno, así no esperaréis gran cosa de mí.

—Ten cuidado —dijo Caihe—. Me gusta que me desarmen. Todavía estás a tiempo de elevar mis expectativas. ¿Quién te ha hecho ese glamur en los brazos?

—Darlington.

—¿Te avergüenzas de tus tatuajes?

—A veces.

Darlington miró de reojo a Alex, sorprendido. ¿Estaban usando la persuasión con ella? Pero al ver la sonrisa complacida de Lan Caihe, comprendió que Alex solamente le estaba siguiendo la corriente. A Caihe le gustaban las sorpresas, y la franqueza de Alex era sorprendente.

Caihe extendió la mano y deslizó una uña por la piel tersa del brazo desnudo de Alex.

—Podríamos quitártelos del todo —dijo Caihe—. Para siempre.

—¿Por un módico precio? —preguntó Alex.

—Por un precio *justo*.

—Mi señora —dijo Darlington en tono de advertencia. Caihe se encogió de hombros.

—Esta es la noche del acopio, cuando se reabastecen los depósitos y se colman los toneles. Hoy no se cerrará trato alguno. Desciende, muchacho, si es que deseas conocer lo que hay más adelante. Desciende y comprueba lo que te espera… si es que te atreves.

—Yo solo quiero saber si ha venido Jodie Foster —murmuró Alex mientras Lan Caihe regresaba a la mesa del banquete. Era una de las exalumnas más famosas de El Manuscrito.

—A lo mejor *esa* era Jodie Foster —dijo Darlington, pero notaba la cabeza pesada. La lengua pastosa. Todo a su alrededor parecía resplandecer.

Lan Caihe se giró hacia él desde la cabecera de la mesa.

—Desciende. —Darlington no debería haber podido oír su voz a tanta distancia, pero esta parecía reverberar dentro de su cabeza. Sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies y que se precipitaba al vacío. Ahora estaba en una vasta caverna excavada en la tierra; la roca estaba húmeda y el aire olía a tierra removida. Un zumbido le inundó los oídos y Darlington se dio cuenta de que salía del espejo, de la cámara que, extrañamente, seguía suspendida de la pared de la cueva. Estaba en la misma habitación… y al mismo tiempo no.

Contempló la superficie arremolinada del espejo, y su interior emborronado se aclaró. El zumbido aumentó, estremeciéndole los huesos.

No debería mirar. Lo sabía muy bien. Nunca se debía mirar de frente a lo sobrenatural, pero en realidad él nunca había sido capaz de apartar la vista de su rostro. No, Darlington había cortejado a lo sobrenatural, implorante. Tenía que saber. Quería saberlo todo. Vio el reflejo de la mesa del banquete en el espejo: la comida estaba podrida, pero los comensales continuaban engullendo fruta y carne en descomposición, y también las nubes de moscas. Todos eran ancianos; algunos apenas tenían fuerzas para llevarse a los labios cuarteados una copa de vino o un melocotón enmohecido. Todos salvo Lan Caihe, que parecía iluminada por un fuego; tenía el tocado dorado en llamas y su vestido resplandecía como una brasa roja. Sus facciones cambiaban a cada segundo: suma sacerdotisa, ermitaño, hierofante. Por un momento, a Darlington le pareció ver el rostro de su abuelo.

Sentía que estaba temblando y que tenía los labios húmedos. Al llevarse la mano a la cara, comprobó que le sangraba la nariz.

—¿Darlington? —Era la voz de Alex. Buscó su reflejo en el espejo. Estaba igual. Seguía siendo la reina Mab. No… Esta vez era ella de ,. verdad. La noche la envolvía con un manto de estrellas resplandecientes; sobre sus cabellos negros como la brea brillaba una constelación: una rueda, una corona. Tenía los ojos negros y la boca del color rojo oscuro de las cerezas maduras. Darlington sintió el poder que la rodeaba, que la recorría.

—¿Qué eres? —susurró. Pero no le importaba. Se arrodilló. Ella era lo que había estado esperando.

—Ah —dijo Lan Caihe, aproximándose—. Tienes el corazón de un acólito.

En el espejo vio su propio reflejo: un caballero con la cabeza gacha, prestando vasallaje, con una espada en la mano y otra clavada en la espalda, aunque no sentía más dolor que el de su corazón. *Escógeme a mí*. Le caían lágrimas por las mejillas, a pesar de la vergüenza. Ella no era nadie, una chica que había obtenido un don por pura suerte, que no había hecho nada para ganárselo. Pero era su reina.

—Darlington —dijo. Pero ese no era su verdadero nombre, como tampoco el de ella era Alex.

Ojalá lo escogiera a él. Ojalá le permitiera…

Ella le acercó los dedos al rostro y le levantó el mentón. Sus labios le rozaron la oreja. Él no lo entendía. Solo sabía que quería que lo hiciera de nuevo. Las estrellas se vertieron dentro de él, una fría y turbulenta oleada de

noche. Y lo vio todo. Vio los cuerpos de ambos, entrelazados. Ella estaba al mismo tiempo encima y debajo de él, con el cuerpo yacente y blanco como una flor de loto. Ella le mordió la oreja, con mucha fuerza.

Darlington soltó un gemido y retrocedió de un brinco, recuperando el sentido de pronto.

—*Darlington* —le espetó Alex—. Espabila, coño.

Y entonces se vio de nuevo. Le había levantado la falda del vestido y le agarraba los muslos blancos. Vio los rostros enmascarados que los rodeaban y sintió su expectación y su ansia; se inclinaban hacia ellos con ojos centelleantes. Alex lo estaba mirando, sujetándole los hombros para intentar apartarlo. La caverna había desaparecido. Estaban en la sala del banquete.

Darlington se dejó caer hacia atrás, soltándole el vestido; notó su erección palpitante bajo el pantalón antes de que lo abrumara la vergüenza. ¿Qué diablos le habían hecho? ¿Y cómo?

—La niebla —musitó, sintiéndose como el mayor de los idiotas. La cabeza todavía le daba vueltas, y le temblaba el cuerpo por lo que había inhalado, fuera lo que fuera. Había cruzado el humo de aquella máquina de niebla sin pensarlo dos veces.

Lan Caihe sonreía de oreja a oreja.

—Soy un dios, tenía que intentarlo.

Darlington se apoyó en la pared para incorporarse, manteniéndose alejado del espejo. Todavía sentía el zumbido dentro de él. Se sintió tentado de encararse con ellos. Interferir con los representantes de Leteo estaba estrictamente prohibido y suponía una infracción de todos los códigos de las sociedades, pero también quería escapar de El Manuscrito antes de seguir poniéndose en evidencia. Mirara donde mirara, solo veía rostros enmascarados y pintarrajeados.

—Ven —le dijo entonces Alex, cogiéndolo del brazo y llevándolo escaleras arriba, obligándolo a caminar por delante de ella.

Sabía que deberían quedarse. Tenían que esperar a que pasara la hora bruja y asegurarse de que nada ni nadie entrara en los niveles prohibidos o interfiriera con el acopio. Pero no podía. Necesitaba escapar. *Ya*.

Las escaleras no parecían terminar nunca: giraban y giraban, hasta que Darlington ya no supo cuánto tiempo llevaban subiendo. Quiso darse la vuelta para comprobar que Alex seguía detrás de él, pero había leído historias más que de sobra como para saber que uno no podía volver la vista atrás mientras salía del infierno.

La llegada a la planta superior de El Manuscrito fue una explosión de luz y color. Percibió el olor a fruta fermentada del ponche y el tufo a levadura del sudor humano. Notaba el aire húmedo y pegajoso.

Alex le dio un tirón del brazo y lo agarró por el codo. Darlington no pudo hacer otra cosa que seguirla a trompicones. Salieron a la fría noche; fue como si hubieran atravesado una membrana. Darlington inspiró hondo, sintiendo que se le despejaba un tanto la cabeza. Oyó voces, y se dio cuenta de que Alex estaba hablando con Mike Awolowo, el presidente de la delegación de El Manuscrito. Kate Masters estaba a su lado, cubierta de enredaderas en flor. Iban a consumirla… No. Solo era un disfraz de Hiedra Venenosa, por el amor de Dios.

—Es inaceptable —musitó Darlington. Sentía los labios entumecidos.

Alex no le soltó el brazo.

—Yo me encargo. Tú quédate aquí.

Los tres se alejaron por la calle, en dirección a la Madriguera, mientras Darlington recostaba la cabeza en el Mercedes. Debería estar prestando atención a lo que Alex les estaba diciendo a Kate y a Mike, pero el tacto frío del metal en su rostro era una bendición.

Momentos después, Alex y Darlington subieron al coche y él balbuceó la dirección de Black Elm.

Mike y Kate lo miraron por la ventanilla al pasar.

—Tienen miedo de que los denuncies —dijo Alex.

—Y hacen bien. Se van a zampar una buena multa. Una suspensión.

—Les he dicho que yo me ocuparía del informe.

—De eso nada, es cosa mía.

—Tú no serías objetivo.

Tenía razón. Volvió a verse arrodillado, con el rostro pegado a los muslos de Alex, desesperado por acercarse más a ella. La imagen bastó para que se le pusiera dura de nuevo. Gracias a Dios que el coche estaba a oscuras.

—¿Qué quieres que ponga en el informe? —preguntó Alex.

—Todo —murmuró Darlington, abatido.

—No es para tanto —dijo ella.

Pero sí que lo era. Había sentido… «Deseo» no era la palabra adecuada. Todavía sentía el tacto de su piel en las palmas de las manos, el calor de su cuerpo en los labios, a través de la fina tela de la ropa interior. ¿Estaba mal de la cabeza?

—Lo siento —dijo—. Es imperdonable.

—Te has puesto pedo y has hecho el tonto en una fiesta. Relájate un poco.

—Si prefieres no seguir trabajando conmigo…

—Cállate ya, Darlington —dijo Alex—. No voy a hacer este trabajo sin ti.

Lo llevó de vuelta a Black Elm y lo acostó en su cama. La casa estaba helada; le castañeteaban los dientes. Alex se echó a su lado y se taparon con las mantas. El corazón le dolía de deseo.

—Mike ha dicho que tu cuerpo expulsará la sustancia en unas doce horas.

Darlington se quedó tumbado en su estrecha cama, escribiendo y reescribiendo mentalmente indignados correos electrónicos a los exalumnos de El Manuscrito y a la junta de Leteo. Perdía el hilo, abrumado por imágenes de Alex iluminada por las estrellas y de su vestido negro deslizándose hacia abajo y cayéndole de los hombros. Luego volvía a su arenga, exigiendo que se tomaran medidas. Las palabras se le atropellaban, atascadas en los radios de una rueda, en los picos de una corona. Pero un mismo pensamiento regresaba una y otra vez a su cabeza mientras daba vueltas y vueltas en agitado duermevela, a medida que la luz del alba iba bañando lentamente la ventana de la torre alta: Alex Stern no era lo que parecía.

11

Invierno

Alex despertó sobresaltada. Un momento antes dormía, y de pronto estaba consciente y aterrada, braceando para alejar las manos que todavía sentía apretándole el cuello.

Le ardía la garganta. Estaba echada en el sofá de la sala de estar de la Madriguera; ya había anochecido y las luces de las paredes estaban atenuadas, proyectando medialunas amarillas sobre los cuadros de vastas praderas salpicadas de ovejas y pastores que tocaban la gaita.

—Toma —le dijo Dawes, sentada sobre los almohadones. Le acercó a los labios un vaso lleno de lo que parecía ser ponche de huevo con colorante verde. Desprendía un ligero olor mohoso. Alex retrocedió y abrió la boca para preguntar qué era aquel brebaje, pero solamente le salió un ruido ronco; la garganta le dolía como si alguien se la acabara de quemar con una cerilla—. Te lo diré cuando te lo hayas bebido —dijo Dawes—. Fíate de mí. —Alex negó con la cabeza. Lo último que Dawes le había dado a beber había prendido fuego a sus entrañas—. Sigues viva, ¿no? —insistió Dawes.

Sí, pero en aquel momento casi preferiría estar muerta.

Alex se pellizcó la nariz, cogió el vaso y lo vació de un solo trago. El líquido sabía rancio y era tan espeso y grumoso que casi se asfixió al tragarlo, pero en cuanto le tocó la garganta, el ardor remitió, dejando tan solo una leve molestia.

Le devolvió el vaso a Dawes y se secó la boca con la mano, estremeciéndose ligeramente al paladear el regusto.

—Es leche de cabra con semillas de mostaza y huevos de araña —le reveló Dawes.

Alex se llevó los nudillos a los labios para no vomitar.

—¿Y quieres que me fíe de ti?

Le seguía doliendo la garganta, pero ahora al menos podía hablar, y el fuego que sentía en las tripas parecía haberse extinguido.

—He tenido que usar azufre para quemar a los escarabajos. Te diría que el remedio es peor que la enfermedad, pero teniendo en cuenta que esos bichejos te comen desde dentro, te estaría mintiendo. Antiguamente se utilizaban para limpiar los cadáveres y vaciarlos antes de rellenarlos con hierbas aromáticas.

Alex volvió a sentir el mismo hormigueo de antes. Tuvo que apretar los puños para no empezar a rascarse la piel.

—¿Qué me han hecho? ¿Es permanente?

Dawes frotó el vaso con el pulgar.

—Sinceramente, no lo sé.

Alex se incorporó; Dawes le había colocado unas almohadas debajo del cuello. *Le gusta cuidar de los demás*. ¿Por eso nunca se habían llevado bien? ¿Porque Alex había rechazado sus atenciones?

—¿Cómo has sabido lo que tenías que hacer?

Dawes frunció el ceño.

—Mi trabajo consisto en saberlo.

Y a Dawes se le daba bien su trabajo. Así de sencillo. Parecía tranquila, pero si agarraba ese vaso con un poco más de fuerza, lo iba a hacer añicos. Tenía los dedos manchados de colorines; eran restos de rotulador.

—¿Ha intentado entrar… algo? —Alex no sabía muy bien cómo formularlo.

—No estoy segura. Las campanillas sonaban de vez en cuando. Algo se ha estado rozando con las barreras mágicas.

Alex se levantó, pero todo le empezó a dar vueltas. Se tambaleó y se obligó a aceptar la mano solícita de Dawes.

No estaba segura de qué era lo que esperaba ver fuera. ¿El rostro del *gluma* devolviéndole la mirada tras sus gafas centelleantes? ¿Algo peor? Se llevó la mano a la garganta y descorrió la cortina.

La calle de la izquierda estaba desierta y a oscuras. Había dormido todo el día. En el callejón vio al Novio, que caminaba de un lado a otro bajo la luz amarillenta de la farola.

—¿Qué pasa? —preguntó Dawes, nerviosa—. ¿Qué ves? —Parecía sin aliento.

—Un gris. El Novio. —El fantasma levantó la vista hacia la ventana y Alex cerró la cortina de nuevo.

—¿De verdad? Yo solo lo he visto en fotos.

Alex asintió.

—Tiene el pelo alborotado, aire melancólico… Muy… Morrissey.

Sin previo aviso, Dawes se puso a cantar:

—*And I wonder, does anybody feel the same way I do?*

—*And is evil* —continuó Alex en voz baja— *just something you are or something you do?*[16] —Intentaba afianzar los frágiles hilos de camaradería que empezaban a formarse entre ambas, pero en aquella siniestra quietud, a la luz de las lámparas, las palabras sonaban amenazadoras—. Creo que me ha salvado la vida. Atacó a esa cosa.

—¿Al *gluma*?

—Sí. —Sintió un escalofrío. La criatura tenía una fuerza tremenda y parecía inmune a todo lo que Alex había utilizado contra él (que no era mucho)—. Necesito saber cómo defenderme de esas cosas.

—Buscaré todo lo que tengamos sobre ellas —le prometió Dawes—. Pero no deberías formar vínculos con los grises, y menos con uno violento.

—No tenemos ningún vínculo.

—¿Y por qué te ha ayudado?

—No sé si me estaba ayudando. A lo mejor solo quería hacer daño al *gluma*. No me dio tiempo a preguntarle, ¿sabes?

—Yo solo digo que…

—Ya sé lo que dices. —De pronto se oyó un gong y Alex dio un respingo. Alguien estaba subiendo por la escalera.

—Tranquila —dijo Dawes—. Es el decano Sandow.

—¿Has llamado a Sandow?

—Pues claro —dijo Dawes, irguiéndose—. Has estado a punto de morir.

—Estoy bien.

—Solo porque un gris intercedió por ti.

—Eso no se lo digas a Sandow —le espetó Alex antes de poder moderar su respuesta.

Dawes retrocedió.

—¡Tenemos que contarle lo que ha pasado!

—No le digas nada. —Alex no estaba segura de por qué tenía tanto miedo de que Sandow supiera lo ocurrido. Tal vez fuera solo una vieja costumbre. No hablar. No irse de la lengua. De lo contrario, llegaban los de Protección al Menor. O te encerraban «en observación».

Dawes puso los brazos en jarras.

—¿Y qué iba a decirle? No sé lo que te ha pasado, ni lo que le pasó a Darlington. Yo solo valgo para ir detrás de vosotros limpiando.

—¿Y no te pagan para eso? —Para vaciar la nevera. Para pasar el polvo. *Para salvar mi miserable vida*. Mierda—. Oye, Dawes…

Pero Sandow ya estaba abriendo la puerta. Se sobresaltó al ver a Alex frente a la ventana.

—Estás despierta. Dawes me ha dicho que estabas inconsciente.

Alex se preguntó qué más le habría dicho Dawes.

—Me ha cuidado muy bien.

—Excelente —dijo Sandow, colgando su abrigo en un perchero de bronce en forma de cabeza de chacal. Cruzó la estancia hasta el viejo samovar del rincón. Sandow había sido delegado de Leteo a finales de los setenta y, según Darlington, uno muy bueno. *En la teoría era brillante, pero no se quedaba atrás en el trabajo de campo. Creó varios ritos originales que siguen vigentes hoy en día*. Sandow había vuelto al campus diez años más tarde como profesor adjunto, y desde entonces servía como enlace de Leteo con el presidente de la universidad. A excepción de algunos exalumnos, el resto de la administración y el profesorado no sabían nada sobre Leteo ni las verdaderas actividades de las sociedades.

Alex se imaginaba a Sandow trabajando animadamente en la biblioteca de Leteo o dibujando un círculo de tiza perfecto en el suelo. Era un hombre menudo y atildado, con la complexión esbelta de un corredor y unas cejas plateadas que se inclinaban en el centro de la frente, dándole una expresión de preocupación constante. Alex lo había visto muy poco desde que había empezado a trabajar en Leteo. El decano le había enviado sus datos de contacto y una «invitación abierta en horas de oficina» que Alex todavía no había aceptado. A finales de septiembre, el decano había asistido a un largo y violento almuerzo en Il Bastone, durante el cual Darlington y él habían conversado acerca de un nuevo libro sobre el trabajo industrial femenino en New Haven, mientras Alex escamoteaba los espárragos blancos de su plato bajo un panecillo.

Y, por supuesto, Alex le había escrito la noche en que Darlington había desaparecido.

Sandow había acudido a Il Bastone esa misma noche con su viejo labrador amarillo, Honey. Había encendido la chimenea de la salita y le había pedido té y coñac a Dawes mientras Alex intentaba explicarle… lo que había ocurrido, porque ella *no sabía* lo que había ocurrido. Solamente lo que había visto. Cuando terminó de hablar, Alex temblaba como una hoja, recordando el frío sótano y el aire cargado de electricidad.

Sandow le había dado unas palmadas afectuosas en la rodilla y había puesto ante ella una taza humeante.

—Bebe —le había dicho—. Te sentará bien. Debes de haber pasado mucho miedo. —Sus palabras la pillaron por sorpresa. Su vida entera había sido una sucesión de cosas terroríficas que se había visto obligada a tomarse con filosofía—. Suena a magia de portales. Alguien estaba jugando con lo que no debía.

—Pero Darlington dijo que no era un portal. Dijo…

—Estaba asustado, Alex —la cortó Sandow con amabilidad—. Seguramente aterrorizado. Para que Darlington haya desaparecido así, tenía que haber un portal. Tal vez fuera una anomalía generada por el nexo de Rosenfeld Hall. —En ese momento Dawes había entrado en la salita y se había quedado detrás del sofá, cruzada de brazos y a punto de desmoronarse, mientras Sandow les hablaba de hechizos de restitución y les decía que solo tenían que sacar a Darlington del lugar al que había ido—. Nos hará falta una noche con luna nueva —había dicho Sandow—. Y entonces llamaremos al chaval para que vuelva a casa.

Dawes había roto a llorar.

—¿Está… *dónde* está? —había preguntado Alex. *¿Está sufriendo? ¿Está asustado?*

—No lo sé —había contestado el decano—. Eso es parte del desafío. —Parecía casi animado, como si le hubieran planteado un problema deliciosamente complicado—. Un portal con el tamaño y la forma que has descrito, lo bastante estable para mantenerse abierto por sí solo, sin ayuda de nadie, no puede haberlo transportado a ningún lugar interesante. Seguramente haya llevado a Darlington a un plano burbuja. Como cuando se nos cuela una moneda entre los cojines del sofá.

—Pero está atrapado…

—Probablemente ni siquiera sea consciente de su propia ausencia. Cuando vuelva con nosotros, creerá que sigue en Rosenfeld y se pondrá furioso por tener que repetir el semestre.

Habían intercambiado varios correos electrónicos y mensajes de móvil desde entonces. Sandow la puso al corriente de qué personas y objetos serían necesarios para el rito, la informó de la coartada del viaje a España, le envió una serie de mensajes de disculpa cuando hubo que descartar la luna nueva de enero a causa del horario de Michelle Alameddine, a lo que Dawes respondió con un profundo silencio. Pero esa noche, la noche en que Darlington había desaparecido del mundo, era la última vez que los tres habían estado en la misma habitación. Sandow era la alarma de incendios que no debían pulsar

sin un buen motivo. Alex casi se lo imaginaba como el maletín nuclear, pero en el fondo no era más que un padre. Un adulto de verdad.

El decano removió su taza para disolver el azúcar.

—Gracias por haber reaccionado tan deprisa, Pamela. No podemos permitirnos otro… —Se interrumpió—. Necesitamos superar este año como sea y… —Volvió a dejar que sus palabras se disolvieran, como si también las hubiera vertido en el té.

—¿Y qué? —lo apremió Alex. Porque sinceramente se preguntaba lo que venía después. Dawes estaba de pie, con las manos entrelazadas como si se dispusiera a cantar un solo, expectante.

—Lo he estado pensando —dijo finalmente Sandow, acomodándose en un sillón orejero—. Ya estamos listos para la luna nueva. Recogeré a Michelle Alameddine en la estación de ferrocarril el miércoles por la noche y la traeré directamente a Black Elm. Estoy convencido de que el rito funcionará y Darlington volverá pronto con nosotros. Pero también debemos estar preparados para la alternativa.

—¿La alternativa? —dijo Dawes, sentándose con brusquedad. Tenía el rostro crispado, casi furioso.

Alex no podía fingir que comprendía los entresijos del plan del decano Sandow, pero estaba segura de que Dawes sí. Es mi trabajo. Estaba allí para solucionar los desastres que se producían inevitablemente, y este era de los gordos.

—Michelle está en Columbia, trabajando en su máster. Nos acompañará durante el rito de la luna nueva. Alex, creo que podría convencerla de que viniera aquí los fines de semana, para que tú pudieras reanudar tu formación y tus estudios. Eso tranquilizará a los exalumnos en caso de que tengamos que… —se atusó el bigote plateado— ponerlos al día.

—¿Y qué pasa con sus padres? ¿Y su familia?

—Los Arlington no se hablan con su hijo. Todo el mundo cree que Daniel Arlington está estudiando el nexo oculto bajo San Juan de Gaztelugatxe. Si el rito falla…

—Si el rito falla, lo haremos de nuevo —lo interrumpió Dawes.

—Claro, por supuesto que sí —dijo Sandow, que parecía sinceramente ofendido—. Por supuesto. Probaremos todos los métodos. Agotaremos todas las opciones. Pamela, no quiero parecer insensible. —Le tendió una mano—. Darlington haría todo lo que estuviera a su alcance para traernos de vuelta a cualquiera de nosotros. Haremos lo mismo por él.

Pero si el rito fallaba, si no conseguían traer de vuelta a Darlington, ¿qué pasaría? ¿Sandow les contaría la verdad a los exalumnos? ¿O la junta y él se inventarían un cuento que sonara algo mejor que «Enviamos a un par de universitarios a situaciones que sabíamos que los sobrepasaban y uno de ellos ha terminado muerto»?

En cualquier caso, a Alex no le gustaba nada que a Leteo le resultara tan fácil cerrar el capítulo de Darlington. Él era muchas cosas (y casi todas exasperantes), pero amaba su trabajo y a la Casa Leteo. Era cruel que Leteo no pudiera devolverle ese amor. Aquella era la primera vez que Sandow mencionaba siquiera la posibilidad de que Darlington no regresara, de que no lograran sacarlo del resquicio interdimensional de un sofá cósmico. ¿Era porque ya faltaban pocos días para intentarlo?

Sandow cogió el vaso vacío con los restos de aquel nauseabundo batido verde.

—¿Axtapta? ¿Te ha atacado un *gluma*?

Hasta ahora, mientras hablaban de Darlington, su voz había sido cortés, diplomática y meditabunda. Voz de decano. Pero al mencionar al *gluma*, una profunda arruga surcó su ceño preocupado.

—Eso es —dijo Alex con decisión, aunque no sabía muy bien lo que eso implicaba. Entonces decidió dar el salto mortal—: Creo que alguien lo ha enviado a matarme. Quizá El Libro y la Serpiente.

Sandow soltó un resoplido de incredulidad.

—¿Qué motivos tendrían para hacer algo semejante?

—Creo que ellos tuvieron algo que ver con la muerte de Tara Hutchins.

El decano pestañeó velozmente, como si sus ojos fueran dos lentes fotográficas defectuosas.

—El inspector Turner cree…

—Le estoy diciendo lo que creo yo, no Turner.

Sandow clavó su mirada en ella, y Alex se dio cuenta de que lo había sorprendido la firmeza de su voz. No podía permitirse el bailecito protocolario que tanto le gustaba al decano.

—¿Has estado investigando?

—Sí.

—Es peligroso, Alex. No estás capacitada para…

—Alguien tenía que hacerlo. —Y Darlington estaba muy lejos de allí.

—¿Tienes pruebas de la implicación de una de las sociedades?

—El Libro y la Serpiente resucita a los muertos. Utilizan *glumas*…

—*Glumae* —la corrigió Dawes en voz baja.

—Utilizan *glumae* como mensajeros para hablar con los muertos. Uno de ellos me ha atacado. A mí me parece una teoría bastante sólida.

—Alex —dijo el decano, con un leve deje reprobador—. Cuando te trajimos aquí, ya sabíamos que alguien con tus habilidades nunca había ostentado un cargo como este. Es posible, incluso probable, que tu mera presencia haya desequilibrado unos sistemas que no comprendemos del todo.

—¿Está diciendo que yo he provocado el ataque del *gluma*? —Deseó no haberlo dicho tan a la defensiva.

—No estoy diciendo que tú hayas *hecho* nada —dijo Sandow, conciliador —. Solamente digo que quizá lo haya desencadenado tu naturaleza.

Dawes se cruzó de brazos.

—Eso se parece mucho a «Tú te lo has buscado», decano.

Alex no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Pamela Dawes en desacuerdo con el decano Sandow? ¿Y defendiéndola a ella?

Sandow dejó la taza en la mesa ruidosamente.

—Eso no es en absoluto lo que quería insinuar.

—Pero es lo que ha insinuado —insistió Dawes con una voz clara e incisiva que Alex nunca había oído. Su mirada era gélida—. Alex le ha explicado sus inquietudes sobre la agresión que acaba de sufrir, y usted, en lugar de escucharla, decide cuestionar su credibilidad. Tal vez no haya querido insinuar nada, pero la intención y el efecto de sus palabras buscan silenciarla, así que me cuesta no pensar que esto huele a culpabilización de la víctima. Semánticamente, equivale a decirle que no debería haberse puesto minifalda.

Alex trató de no sonreír. Dawes se había reclinado en su asiento con la cabeza ladeada, cruzada de brazos y piernas, al mismo tiempo furiosa y tranquila. Sandow se había sonrojado. Levantó las manos, como intentando amansar a una fiera. Calma.

—Pamela, creía que me conocías mejor. —Alex nunca lo había visto tan aturullado. Al parecer Dawes hablaba el idioma del decano; sabía hacer las amenazas adecuadas.

—Alguien ha enviado a ese monstruo a por mi —apostilló Alex, aprovechando la ventaja que le había dado Dawes—. Y no es coincidencia que días antes haya muerto una chica. En el registro de llamadas de Tara aparece Tripp Helmuth. Eso señala a La Calavera. Un *gluma* acaba de intentar matarme en plena calle. Eso podría apuntar a El Libro y la Serpiente. Tara fue asesinada el jueves por la noche, noche de rituales. Si ha leído mi Informe, sabrá que en el mismo momento en el que la mataban yo fui testigo de cómo

se les iba la puta olla a dos grises que siempre habían sido mansos. —Las cejas de Sandow se unieron un poco más en el centro de la frente, como si semejante lenguaje lo escandalizara—. Usted… Leteo me trajo aquí por un motivo, y le estoy diciendo que ha muerto una chica y que el asesinato está relacionado con las sociedades. Finja por un segundo que soy Darlington e intente tomarme en serio.

Sandow la miró fijamente; Alex se preguntó si lo había convencido. Entonces el decano se volvió hacia Dawes.

—Pamela, creo que tenemos una cámara orientada hacia el cruce de Elm con York.

Alex vio que los hombros de Dawes se relajaban y que bajaba la cabeza, como si Sandow hubiera pronunciado unas palabras mágicas para romper el hechizo que la dominaba. Se levantó y cogió su portátil. Alex sintió que le daba un vuelco el estómago.

Dawes pulsó unas cuantas teclas del ordenador y el espejo de la pared del fondo se iluminó. Un momento después, la pantalla mostró una vista de Elm Street, repleta de coches y transeúntes que formaban un mar de distintos tonos de gris. En una esquina aparecía la hora: las 11:50 de la mañana. Alex buscó entre la marea de gente que caminaba por la acera, pero todos parecían simples bultos abrigados. Entonces captó un movimiento frente al Good Nature Market. La multitud se separó a ambos lados, apartándose instintivamente del violento jaleo. Y allí estaba Alex, huyendo de la tienda, perseguida por los gritos del dueño: una chica morena con un gorro de lana. El gorro de Darlington; lo había perdido durante la pelea.

La chica de la pantalla bajó de la acera a la calzada, entre el tráfico; el frío vídeo sin sonido lo hacía parecer una pantomima.

Alex recordaba la fuerza rabiosa del *gluma* al arrastrarla por la calle, pero en la pantalla no había ningún *gluma*. Solamente se veía a la chica morena abalanzándose entre los coches, tambaleante y enloquecida, gritando y manoteando al aire. Luego cayó bocarriba. Recordaba al *gluma* encima de ella, pero la pantalla no mostraba nada en absoluto, tan solo a Alex tumbada en plena calle, con la espalda arqueada y la boca abierta, braceando entre convulsiones mientras los coches giraban bruscamente para esquivarla.

Un momento después se puso de pie y se lanzó a trompicones hacia el callejón que pasaba por detrás de la Madriguera. Volvió a verse a sí misma, con los ojos desorbitados, la cara ensangrentada y la boca abierta de horror, tan tensa como las velas de un barco. *Estaba viendo al Novio luchando contra*

el gluma. ¿O no? Aquel era el rostro de una chiflada. Volvía a estar en el suelo de aquel aseo, con los pantalones por los tobillos, gritando. Sola.

—Alex, puede que todo lo que dices sea verdad, pero no tenemos pruebas de lo que te ha atacado, y mucho menos de quién puede ser el responsable. Si les enseño esto a los exalumnos… Es esencial que te vean como una persona estable y de fiar, sobre todo teniendo en cuenta… en fin, teniendo en cuenta lo precaria que es nuestra situación.

Teniendo en cuenta que Darlington había desaparecido. Teniendo en cuenta que Alex debería haberlo ayudado.

—¿No estamos aquí para esto? —preguntó Alex. Era un último intento, una súplica en nombre de algo mayor que ella misma, de algo que tal vez Sandow valorara más—. ¿Para proteger a gente como Tara? ¿Para asegurarnos de que las sociedades no… no hagan lo que les dé la gana?

—Desde luego que sí. Pero ¿de verdad piensas que estás capacitada para investigar un homicidio por tu cuenta? Te pedí que no lo hicieras por un buen motivo. Intento mantener un mínimo de normalidad en un mundo poblado por monstruos. La policía está investigando el asesinato de Hutchins. El novio de la chica está detenido y a la espera de juicio. ¿Realmente crees que Turner no investigaría un vínculo con las sociedades en caso de haberlo?

—No —admitió Alex—. Sé que lo haría. —Pensara lo que pensara de él, Turner era un sabueso con conciencia que nunca se tomaba el día libre.

—Si lo hace, te aseguro que le prestaremos toda la ayuda posible y que lo informaré de todo lo que has descubierto tú. Pero ahora mismo necesito que te concentres en recuperarte y mantenerte a salvo. Dawes y yo nos pondremos a trabajar para averiguar qué puede haber desencadenado el ataque del *gluma* y si tus habilidades podrían causar nuevas perturbaciones. Tu presencia en el campus es un factor desconocido, disruptivo. El comportamiento de esos grises durante la pronosticación, la desaparición de Darlington, una muerte violenta cerca del campus y ahora un *gluma*…

—Espere un momento —dijo Alex—. ¿Cree que mi presencia ha tenido algo que ver con la muerte de Tara?

—Claro que no —contestó el decano—. Pero no quiero que la junta de Leteo tenga motivos para sacar conclusiones semejantes. Y no puedo dejarte jugar a los detectives en un asunto tan serio como este. Este año se reevalúa nuestra financiación. Leteo existe porque cuenta con el favor de la universidad, y pagamos la factura de la luz por el respaldo continuado de las demás sociedades. Necesitamos que estén a buenas con nosotros. —Soltó un largo suspiro—. Alex, no quiero parecer frío. El asesinato de Hutchins ha sido

una tragedia atroz y pienso vigilarlo muy de cerca, pero tenemos que andarnos con ojo. El semestre pasado… Lo que ocurrió en Rosenfeld lo cambió todo. Pamela, ¿quieres que Leteo se quede sin financiación?

—No —susurró Dawes. Ella hablaba el idioma de Sandow, pero el decano también dominaba el suyo. Leteo era el escondite de Dawes, su búnker. Jamás se arriesgaría a perderlo.

Pero Alex ya solo prestaba atención a medias al discurso del decano. Miraba fijamente el viejo mapa de New Haven que colgaba sobre la chimenea. Este mostraba el plano original de nueve cuadrantes de la colonia de New Haven. Recordó lo que le había dicho Darlington el primer día que habían cruzado el Green. *La ciudad iba a ser un nuevo Edén, fundada entre dos ríos, como el Tigris y el Eufrates*.

Alex observó la forma de la colonia: una cuña de tierra enmarcada por el río West y el canal Farmington, dos corrientes de agua que se unían al llegar al puerto. Por fin entendía por qué el escenario del crimen le resultaba tan familiar. El cruce en el que habían encontrado el cadáver de Tara Hutchins era exactamente igual que el mapa: aquella cuña de tierra vacía delante de Baker Hall era como la colonia en miniatura. Las dos calles que delimitaban aquel terreno eran los ríos (por los que fluían personas en vez de agua), que iban a unirse en Tower Parkway. Y Tara Hutchins había sido hallada en el centro exacto, como si su cuerpo apuñalado yaciera en el corazón de un nuevo Edén. Su cadáver no había sido abandonado aleatoriamente. Lo habían colocado allí a propósito.

—Sinceramente, Alex —decía Sandow en ese momento—, ¿qué motivos podría tener cualquiera de ellos para hacer daño a una chica como Tara?

No tenía ni idea. Solamente sabía que los tenían.

Alguien se había enterado de que Alex había ido a la morgue. Esa persona creía que Alex conocía los secretos de Tara (o al menos una parte) y que disponía de suficiente magia para averiguar todavía más. Había decidido hacer algo al respecto: matarla, o como mínimo desacreditarla.

¿Y el Novio? ¿Por qué había decidido ayudarla? ¿Tenía alguna relación?

—Alex, quiero que medres aquí —dijo Sandow—. Quiero que superemos este curso tan difícil y que centres toda tu atención en el rito de la luna nueva y en traer a Darlington de vuelta. Cuando lo hayamos conseguido, volveremos a evaluar la situación.

Alex quería lo mismo. Necesitaba a Yale. Necesitaba conservar su lugar allí. Pero el decano se equivocaba. La muerte de Tara no era un asunto

desagradable pero sin complicaciones, como le habría gustado a Sandow. Alguien de las sociedades estaba involucrado y quería silenciar a Alex.

Corro peligro, quiso decir. *Alguien me ha atacado y creo que volverá a intentarlo. Ayúdeme*. Pero ¿desde cuándo eso servía para algo? Curiosamente, Alex había creído que aquel sitio (con sus normas, sus rituales y la supervisión del decano Sandow) era distinto. *Somos los pastores*. Pero no eran más que niños jugando. Alex contempló a Sandow, que bebía su taza de té con las piernas cruzadas, meneando una rodilla mientras la luz se reflejaba en su lustroso mocasín, y comprendió que, en el fondo, al decano le traía sin cuidado que pudiera ocurrirle algo malo a Alex. Tal vez incluso lo prefería así. Si la atacaban de nuevo, si desaparecía, se llevaría consigo la culpa de lo que le había ocurrido a Darlington. Su breve y desastrosa estancia en Yale sería considerada un desafortunado error de cálculo, un ambicioso experimento que había salido mal. Sandow recuperaría a su chico de oro con la luna nueva y todo se arreglaría. Ansiaba la comodidad. ¿No quería lo mismo Alex? ¿No soñaba ella con un verano tranquilo y un té de menta mientras Tara Hutchins yacía en un frío cajón?

Estate tranquila. Había estado a punto de obedecer. Pero entonces alguien había intentado hacerle daño.

Alex sintió que algo oscuro se revolvía dentro de ella. «Eres una culebra», le había dicho Hellie en una ocasión. «Hay una serpiente acechando dentro de ti, lista para atacar. Una serpiente de cascabel, seguramente». Lo había dicho sonriendo, pero tenía razón. El clima invernal y las conversaciones educadas habían adormecido a la serpiente, ralentizando su corazón y volviéndola perezosa y mansa, como cualquier animal de sangre fría.

—Yo también quiero que superemos todo esto —dijo Alex, mostrándole una sonrisa dócil, solícita. El alivio del decano recorrió la estancia como un frente cálido, de esos que tanto ansiaban en Nueva Inglaterra, pero que en Los Ángeles sabían que auguraban incendios.

—Claro que sí, Alex. Y eso haremos. —Se levantó y se puso el abrigo y la bufanda de rayas—. Enviaré tu informe a los exalumnos. Os veré a las dos el miércoles por la noche en Black Elm. —Le apretó el hombro con afecto—. Dentro de unos días, todo habrá vuelto a la normalidad.

Eso díselo a Tara Hutchins, capullo. Sonrió de nuevo.

—Hasta el miércoles.

—Pamela, te enviaré un correo con la lista de refrigerios. Nada demasiado refinado. Vendrán dos representantes de Aureliano, además de Michelle. —

Le guiñó un ojo a Alex—. Michelle Alameddine te caerá genial. Fue la Virgilio de Darlington. Un genio de los pies a la cabeza.

—Me muero de ganas —dijo Alex, despidiéndose del decano con la mano mientras este salía. En cuanto la puerta se cerró, se dio la vuelta—. Dawes, ¿es muy difícil hablar con los muertos?

—No para El Libro y la Serpiente.

—Son los últimos de mi lista. Cuando sospecho que alguien tiene ganas de matarme, procuro no pedirle ayuda.

—Eso limita mucho tus opciones —murmuró Dawes entre dientes.

—Sigue así, Dawes, te prefiero un poco cabrona. —Dawes se revolvió, incómoda, y se tironeó de la sudadera grisácea mientras cerraba el portátil—. Gracias por ayudarme con el decano. Y por salvarme la vida. —Dawes asintió sin levantar la vista—. ¿Qué más opciones tengo si necesito hablar con alguien al otro lado del Velo?

—Solo se me ocurre La Cabeza del Lobo.

—¿Los cambiaformas?

—Si pretendes que te hagan un favor, no los llames así.

Alex caminó hasta la ventana y abrió la cortina.

—¿Sigue ahí? —preguntó Dawes.

—Sí.

—Alex, ¿qué pretendes? Si lo dejas entrar… Ya sabes lo que se cuenta de él, lo que le hizo a esa chica.

Abre la puerta, Alex.

—Solo se que me ha salvado la vida y que intenta que le preste atención. Conozco parejas que empezaron con mucho menos.

Las normas de la Casa Leteo eran misteriosas y enrevesadas. «Católicas», como había dicho Darlington. «Bizantinas». Pero las cosas más importantes eran fáciles de recordar. Deja a los muertos con los muertos. Céntrate en los vivos. Pero Alex necesitaba aliados, y ya no le bastaba con Dawes.

Llamó a la ventana con los nudillos.

Abajo, en la calle, el Novio levantó la vista. Sus ojos oscuros se encontraron con los de Alex a la luz de la farola, y esta vez ella no apartó la mirada.

La Cabeza del Lobo es la cuarta de las Casas del Velo (aunque Bercelio discreparía). Sus miembros practican la teríantropía y consideran que la simple magia metamórfica es demasiado elemental. En su lugar, se centran en la capacidad de retener la consciencia y las características humanas bajo su forma animal. Se emplean principalmente en obtención de información, espionaje industrial y sabotaje político. La Cabeza del Lobo fue un terreno de reclutamiento fundamental para la CIA en los cincuenta y los sesenta. Puede llevar días deshacerse de los rasgos animales después de un ritual de transformación. Es preferible evitar toda conversación de naturaleza importante o confidencial cuando haya animales cerca.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos
de la Novena Casa

Estoy hecho polvo y tengo el corazón a mil. Los ojos se me han vuelto rosas. No es que los tenga irritados, no. Están rosas del todo. Cuando Rogers me dijo que íbamos a follar como conejos, no sabía que hablaba en sentido literal.

—Diario de Leteo de Charles «Chase»
MacMahon (*Colegio mayor Saybrook, 1988*)

12

Invierno

Alex sabía que no podía presentarse en La Cabeza del Lobo con las manos vacías. Si quería que la ayudaran, primero tenía que pasarse por El Pergamino y la Llave para recuperar una estatuilla de Rómulo y Remo. La Cabeza del Lobo llevaba tiempo reclamando su devolución a Leteo; había desaparecido durante la fiesta de San Valentín del año anterior, cuando habían abierto sus puertas a miembros de otras sociedades, como dictaba la tradición. Aunque Alex había visto la estatuilla en una estantería de la tumba de los Cerrajeros, Darlington se había negado a involucrarse.

—Leteo no se inmiscuye en rencillas sin importancia —había dicho—. Estamos por encima de esas tonterías.

Pero Alex necesitaba entrar en el templo de La Cabeza del Lobo, el corazón de su tumba, y sabía exactamente lo que Salome Nils, la presidenta de la delegación, le exigiría a cambio.

Sacó de la nevera uno de los repugnantes batidos de proteínas de Darlington y se lo bebió. Tenía hambre (y Dawes decía que eso era buena señal), pero su garganta todavía no toleraba la comida sólida. No le apetecía demasiado abandonar la seguridad de las barreras mágicas, ya que todavía no sabía qué había sido del *gluma,* pero tampoco podía quedarse de brazos cruzados. Además, quien hubiera enviado al *gluma* creería que Alex estaba postrada en cualquier parte, siendo consumida desde dentro por escarabajos mortuorios. En cuanto a su numerito en mitad de Elm Street, al menos no había habido demasiados testigos; aparte de Jonas Reed, era poco probable que alguien la reconociera. De lo contrario, seguramente no tardaría en recibir una llamada de un psicólogo del centro de salud.

Alex supo que el Novio la estaría esperando en cuanto Dawes y ella salieran al callejón. Casi había amanecido y las calles estaban tranquilas. Su «protector» las siguió hasta El Pergamino y la Llave, donde Alex encontró a un agobiado Cerrajero escribiendo un trabajo de clase y lo convenció de que

la dejara entrar en la tumba para buscar una bufanda que Darlington se había olvidado durante el último rito que habían supervisado. Normalmente solo se permitía la entrada a Leteo durante las noches de ritual y las inspecciones autorizadas.

—No queremos que pase frío en Andalucía —le dijo.

Mientras Alex fingía que buscaba, el Cerrajero se quedó junto a la puerta, mirando su móvil. Soltó un taco cuando sonó el timbre de la entrada principal. *Gracias, Dawes*. Alex se apoderó de la estatuilla y la guardó en su bolsa. Echó un vistazo a la mesa de piedra redonda donde se reunía la delegación para realizar sus ritos… o intentarlo. Había una cita grabada en el borde de la mesa, una cita que siempre le había gustado: *Tendremos poder en esta tierra oscura para iluminarla, poder en este mundo muerto para resucitarlo*. Aquellas palabras le sonaban de algo, pero no terminaba de ubicarlas. Oyó un portazo en la puerta delantera y se apresuró a salir de la sala, dando las gracias al Cerrajero, que refunfuñaba sobre borrachuzos que no sabían ni encontrar su puta residencia.

Era muy probable que El Pergamino y la Llave la acusara al descubrir que la estatuilla había desaparecido, pero ya lidiaría con eso más tarde. Dawes la esperaba al doblar la esquina, junto al templete gótico que hacía las veces de entrada a la biblioteca Bass. Darlington le había dicho que las espadas de piedra grabadas indicaban la presencia de barreras mágicas.

—Esto es mala idea —dijo Dawes, envuelta en su parka; irradiaba desaprobación.

—Al menos sigo en mi línea.

Dawes giró la cabeza hacia los lados, como si fuera un foco de luz.

—¿Está aquí?

Alex sabía que se refería al Novio, y aunque nunca lo habría admitido, le inquietaba lo fádl que había sido captar su atención. Seguramente no sería tan sencillo librarse de él. Echó un vistazo por encima de su hombro; el fantasma las seguía desde una distancia que solo podía calificar como respetuosa.

—A una media manzana.

—Es un *asesino* —susurró Dawes.

Pues ya tenemos algo en común, pensó Alex. Pero se limitó a responder:

—A buen hambre no hay pan duro.

No le gustaba la idea de dejar que un gris se acercara tanto a ella, pero había tomado una decisión y no pensaba replanteársela ahora. Si alguien de las sociedades le había pintado una diana en la espalda, quería descubrir quién era y asegurarse de que no pudiera hacerle daño de nuevo. Aun así…

—Dawes —murmuró—. Cuando volvamos, tenemos que empezar a investigar formas de romper el vínculo entre personas y grises. No quiero pasarme el resto de mi vida con Morrissey pegado a la nuca.

—La forma más sencilla es no formar ningún vínculo.

—¿No me digas? —dijo Alex—. Espera, que lo apunto.

La tumba de La Cabeza del Lobo (una gran mansión gris, con un jardín desatendido y una gran muralla de piedra) estaba a poca distancia de la Madriguera. Era uno de los lugares más mágicos de todo el campus. El callejón que pasaba por detrás estaba bordeado de viejas casas de las fraternidades, sólidos edificios de ladrillo cedidos a la universidad hacía mucho; encima de sus puertas, junto a las anodinas letras griegas, había antiguos símbolos de canalización grabados en piedra. El callejón era una especie de foso que acumulaba poder en forma de una espesa neblina. Al pasar por allí, casi nadie le daba importancia al estremecimiento que sentía, achacándolo al clima o a su propio mal humor, y se olvidaba de ello en cuanto llegaba al Cabaret de Yale o al Centro Afroamericano. Los miembros de La Cabeza del Lobo se enorgullecían de haber alojado a varios manifestantes durante los juicios contra los Panteras Negras, pero también había sido la última de las Ocho Antiguas en aceptar mujeres, así que a ojos de Alex la cosa estaba equilibrada. En noches de ritual, solía haber un gris en el patio, haciéndole un calvo a las cercanas oficinas del *Yale Daily News*.

Alex tuvo que llamar dos veces al timbre antes de que Salome Nils abriera la puerta y las invitara a pasar.

—¿Con quién vienes? —preguntó Salome. Por un segundo, Alex creyó que se refería al Novio. Ahora estaba más cerca, avanzando al mismo ritmo que Alex, con una sonrisilla en los labios, como si pudiera oír el aleteo de colibrí de su corazón. Pero entonces se dio cuenta de que Salome se refería a Dawes. Probablemente casi nadie de las sociedades sabía de la existencia de Pamela Dawes.

—Mi ayudante —contestó Alex.

Pero Salome ya las estaba conduciendo hacia el oscuro recibidor. El Novio las siguió. Las tumbas no estaban dotadas de barreras mágicas para facilitar el flujo de la magia, pero eso también quería decir que los grises podían ir y venir a su antojo por ellas. Por eso eran necesarias las protecciones de Leteo durante los ritos.

—¿La tienes? —preguntó Salome. El interior no tenía nada de especial: suelos de pizarra, madera oscura, ventanas plomadas con vistas a un pequeño patio interior en el que crecía un fresno. El árbol llevaba allí mucho más

tiempo que la universidad, y seguramente seguiría extendiendo sus raíces cuando los edificios que lo rodeaban se convirtieran en polvo. Junto a la puerta, una pizarra magnética indicaba qué miembros de la delegación estaban en ese momento en la tumba, algo imprescindible dado su gran tamaño. Aparecían con sus nombres egipcios, y en la columna de «Dentro» solamente estaba el *ankh* de Salome, a la que correspondía el nombre de «Jafra».

—La tengo —contestó Alex, sacando la estatuilla de su bolsa.

Salome apoderó de ella con un chillido de felicidad.

—¡Perfecto! Los Cerrajeros se subirán por las paredes cuando se den cuenta de que la hemos recuperado.

—¿Para qué sirve? —le preguntó Alex a Salome mientras esta las guiaba hacia otra sala oscura, en este caso con una mesa romboidal en el centro, rodeada de sillas bajas. En las paredes había numerosas vitrinas llenas de objetos egipcios y representaciones de lobos.

—No sirve para nada —dijo Salome con una mirada fulminante. Dejó la estatuilla en su vitrina—. Es por el gesto en sí. Los invitamos a nuestra casa y se cagaron en nuestra hospitalidad.

—Ya —dijo Alex—. Muy chungo. —Sintió que la rabiosa serpiente de cascabel de su Interior se revolvía, haciéndole vibrar el esternón. Alguien acababa de intentar asesinarla y aquella princesita estaba haciendo el tonto . ¿Empezamos ya?

Salome cambió el peso de lado.

—Mirad, de verdad que no puedo abriros el templo sin el visto bueno de la delegación. Ni los exalumnos tienen permiso.

Dawes soltó un discreto suspiro; estaba claro que le aliviaba la perspectiva de dar media vuelta y volver a casa. Pero eso no iba a pasar.

—Teníamos un trato. ¿De verdad intentas tangarme? —preguntó Alex.

Salome sonrió de oreja a oreja. No se arrepentía lo más mínimo. ¿Y por qué debería? Alex era una alumna de primer año, una aprendiz que claramente estaba fuera de su elemento. Hasta ahora siempre se había mostrado callada y respetuosa con Salome y la delegación de La Cabeza del Lobo; siempre dejaba hablar a Darlington, la verdadera autoridad, el caballero de Leteo. Tal vez habría podido ser esa chica, si Leteo la hubiera rescatado antes de la vida que había tenido. Si el *gluma* no la hubiera atacado y el decano Sandow no la hubiera ninguneado, quizá habría podido seguir fingiendo que era esa chica.

—Te he traído la estatuilla de los huevos —dijo Alex—. Me debes una.

—Pero nadie lo sabe, ¿verdad? Pues eso.

Casi todos los trapicheos se hacían a crédito. Recibías el material de alguien con buenos contactos, le demostrabas que eras capaz de venderlo a buen precio y la próxima vez a lo mejor te llevabas un pellizco más grande.

—¿Sabes por qué tu chico es un aficionado y nunca dejará de serlo? —le había preguntado Eitan a Alex en una ocasión mientras señalaba con el pulgar a Len, que se reía entre dientes en el sofá, con una pipa de cristal en las manos; Betcha estaba a su lado, jugando al Halo—. Porque pierde demasiado tiempo fumándose mi producto en vez de intentar ganar pasta para los que están por encima de mí. —Siempre quedándose corto, siempre cumpliendo por los pelos.

Una vez, a los quince años, Alex había llegado sin el dinero de Len, confundida y nerviosa después de quedar con un banquero de inversiones en el aparcamiento del Sports Authority de Sherman Oaks. Len solía tratar con ese cliente personalmente y dejaba que Alex, con su carita de niña, se ocupara de los trapicheos en universidades y centros comerciales. Pero esa mañana Len se había despertado con una tremenda resaca, así que le había dado dinero para el autobús y Alex había ido en el RTD hasta Ventura Boulevard. No había sabido reaccionar cuando el banquero le había dicho que andaba corto de pasta, que en aquel momento no tenía el dinero, pero que se lo pagaría muy pronto. Era la primera vez que un cliente se negaba a pagar. Los universitarios con los que solía tratar la llamaban «hermanita» y a veces hasta la invitaban a fumar con ellos.

Alex ya se esperaba que Len se cabreara al enterarse, pero nunca lo había visto tan furioso y asustado; le dijo a gritos que aquel marrón era cosa de Alex y que tendría que responder ante Eitan. Así que se buscó la vida para devolver el dinero. Ese fin de semana pasó por casa para robar los pendientes de granate de su abuela y empeñarlos, y también consiguió que le dieran un turno en el Joy, el peor de los clubes de striptease, lleno de fracasados que tacañeaban con las propinas y regentado por un esmirriado llamado King King, que no te dejaba salir del camerino sin sobarte un poco primero. Era el único antro dispuesto a contratarla sin pedirle el carnet y a pesar de su escaso pecho.

—A algunos les gustarán así —había dicho King King antes de meterle mano—. Pero a mí no.

Fue la última vez que Alex volvió sin el dinero de Len.

Miró fijamente a Salome Nils, una niña bonita de Connecticut que montaba a caballo y jugaba al tenis, guapa, delgada y con su gruesa coleta de

cabello color bronce echada sobre el hombro, como si fuera una estola carísima.

—Salome, ¿qué tal si reconsideras tu posición?

—¿Qué tal si tu tía solterona y tú os largáis por dónde habéis venido?

Salome era más alta que Alex, así que la agarró del labio inferior y tiró con fuerza. La chica chilló y perdió el equilibrio, braceando en el aire.

—¡Alex! —gritó Dawes, llevándose las manos al pecho como un difunto.

Alex rodeó el cuello de Salome con un brazo, estrangulándola con una llave que había aprendido de Minki, que a pesar de medir menos de metro cincuenta era la única chica del club Joy con la que King King nunca se metía. Alex agarró con los dedos el pendiente de diamante en forma de lágrima de Salome.

Era consciente de que Dawes estaba escandalizada, de que el Novio avanzaba como si se lo exigiera su caballerosidad, de que el aire que los envolvía estaba cambiando; la neblina se disipaba para que Salome, Dawes y tal vez incluso el gris pudieran verla con claridad por primera vez. Alex sabía que seguramente era un error. Era preferible pasar desapercibida, agachar la cabeza, seguir siendo la chica callada, sobrepasada e inofensiva. Pero, como ocurría con casi todos los errores, se sentía genial.

—Qué pendientes tan bonitos —dijo en voz baja—. ¿Cuánto te han costado?

—¡Alex! —protestó Dawes de nuevo. Salome forcejeó con el antebrazo de Alex. Tenía fuerza gracias al deporte (squash y vela), pero nunca le habían puesto la mano encima. Probablemente no había visto una pelea más que en el cine.

—Ni idea, ¿verdad? ¿Te los regaló tu papi en tus Dulces Dieciséis[17], en la graduación o alguna mierda así? —La zarandeó con fuerza, y Salome chilló de nuevo—. Presta atención: si no nos dejas entrar hora mismo en esa sala, te arrancaré estos chismes de las orejas y te los meteré por la garganta para que te ahogues. —Era una amenaza vacía. Alex nunca desperdiciaría así unos diamantes. Pero Salome no lo sabía. Empezó a sollozar—. Mucho mejor —dijo Alex—. ¿Te ha quedado claro?

Salome asintió frenéticamente; Alex notaba el movimiento de su cuello sudoroso en el brazo.

La soltó y Salome retrocedió, extendiendo los brazos hacia ella. Dawes se tapaba la boca con las manos. Incluso el Novio parecía afectado. Alex se las había arreglado para escandalizar a un asesino.

—Estás mal de la cabeza —dijo Salome, llevándose las manos a la garganta—. No puedes ir por ahí…

La serpiente de Alex dejó de retorcerse y atacó. Se protegió el puño con la manga del abrigo y lo estampó contra la vitrina de cristal donde guardaban sus estúpidos recuerdos egipcios. Salome y Dawes gritaron y retrocedieron un paso más.

—Sé que estás acostumbrada a tratar con gente que «no puede ir por ahí», pero yo sí que puedo. Así que dame la llave del templo para que estemos en paz y podamos olvidarnos de todo esto.

Salome se quedó paralizada, apoyada en las puntas de los pies, en el centro del umbral. Parecía increíblemente ligera y delgada, como si estuviera a punto de perder el contacto con el suelo y flotar hasta el techo como un globo. Entonces hubo un cambio en su mirada, y el pragmatismo puritano regresó a su cuerpo. Volvió a apoyarse en los talones.

—A la mierda —musitó. Sacó un manojo de llaves del bolsillo, extrajo una del llavero y la dejó sobre la mesa.

—Gracias. —Alex le guiñó un ojo—. Ya podemos volver a ser amiguitas.

—Psicópata.

—Me lo dicen mucho —dijo Alex. Pero los locos sobrevivían. Alex se apoderó de la llave—. Después de ti, Dawes. —Dawes cruzó el pasillo, manteniéndose a una distancia prudencial de Alex, sin mirarla. Alex se volvió de nuevo hacia Salome.

—Sé que estás deseando que entre en el templo para ponerte a hacer llamadas e intentar joderme. —Salome se cruzó de brazos—. Me parece perfecto. Así podré volver y saltarte los piños con esa estatua.

El Novio sacudió la cabeza.

—No puedes…

—Vamos, Salome —dijo Alex, meneando el dedo índice—. ¿Otra vez con lo mismo?

Pero Salome apretó los puños.

—No puedes hacer cosas así. Acabarás en la cárcel.

—Probablemente —dijo Alex—. Pero la pinta de palurda endogámica no te la quitará nadie.

—**Tú tienes un problema —le escupió Dawes mientras Alex se reunía** con ella frente a la puerta de aspecto anodino que daba acceso al templo, seguida por el Novio.

—Sí, bailo fatal y nunca me paso la seda dental. ¿Tú no tienes ninguno?

Ahora que la adrenalina empezaba a desaparecer, el remordimiento iba ocupando su lugar. Una no podía quitarse la careta y volver a ponérsela como si nada. Alex estaba convencida de que Salome no llamaría a la caballería. Pero sí que se iría de la lengua. *Psicópata*. *Puta loca*. La cuestión era si la creerían o no. La propia Salome lo había dicho: *No puedes ir por ahí*. En Yale la gente no se comportaba como acababa de hacer Alex.

Pero lo más preocupante de todo era lo bien que se sentía, como si respirara hondo por primera vez desde hacía meses, libre del peso asfixiante de la nueva Alex que había intentado construir.

Dawes, en cambio, respiraba ruidosamente. Como si el trabajo sucio lo hubiera hecho ella.

Alex pulsó un interruptor y las lámparas de gas de las paredes rojas y doradas cobraron vida, iluminando un templo egipcio construido en el corazón de la mansión inglesa. El altar estaba lleno de cráneos, animales disecados y un libro mayor con tapas de piel, firmado por todos los miembros de la delegación antes del comienzo de cada ritual. En la pared del fondo había un sarcófago encerrado en una vitrina; contenía una momia disecada, robada en una excavación arqueológica en el valle del Nilo. Toda aquella decoración resultaba casi predecible. El techo estaba pintado como una bóveda celeste, con hojas de acanto y palmeras estilizadas en las esquinas. Una corriente de agua dividía la sala en dos por el centro, alimentada por una fina cascada que caía desde el balcón superior; el eco era ensordecedor. El Novio cruzó el canal, situándose lo más lejos posible del sarcófago.

—Yo me marcho —exclamó Salome desde el pasillo—. No quiero estar aquí si pasa algo.

—¡No va a pasar nada! —le gritó Alex. Se oyó un portazo—. Dawes, ¿a qué se refiere?

—¿No has leído el ritual? —le preguntó Dawes mientras recorría el perímetro de la habitación, estudiando todos los detalles.

—Por encima. —Lo bastante para saber que le permitiría contactar con el Novio.

—Tienes que viajar a la frontera entre la vida y la muerte.

—Espera… ¿Voy a tener que morir? —Tenía que empezar a leer la letra pequeña.

—Sí.

—¿Y luego podré volver?

—Bueno, esa es la idea.

—¿Y vas a tener que matarme tú? —¿La tímida Dawes, que a la primera señal de violencia se había acurrucado en un rincón como un erizo con sudadera?—. ¿No te importa? Si no vuelvo, te la vas a cargar.

Dawes soltó un largo suspiro.

—Pues vuelve.

El Novio parecía apesadumbrado, pero siempre tenía esa cara.

Alex contempló el altar.

—¿Entonces el más allá es egipcio? ¿De todas las religiones, fueron los egipcios los que acertaron?

—No sabemos cómo es el más allá. Este es un camino para llegar hasta una de las fronteras. Pero hay otras. Siempre están señaladas con ríos.

—Como Leteo para los griegos.

—En realidad, el río que señalaba la frontera para los griegos era el Éstige. El Leteo es el límite final que deben cruzar los muertos. Los egipcios creían que el sol moría a diario en la orilla oeste del Nilo, así que viajar desde la orilla este a la orilla oeste equivale a dejar atrás el mundo de los vivos.

Y ese era el viaje que tendría que hacer Alex.

El «río» que dividía en dos el templo era simbólico, un canal labrado en piedra extraída de los antiguos túneles de caliza de Tura, cuyas paredes lucían jeroglíficos del *Libro de la salida hacia la noche*.

Alex titubeó. ¿Sería aquel el momento crucial? ¿La última estupidez que iba a cometer? ¿Y quién la recibiría en el más allá? Hellie. Quizá Darlington. Len y Betcha, con el cráneo hundido y esa expresión caricaturesca de sorpresa todavía en el rostro. O tal vez en la otra orilla volvían a estar enteros. Si Alex moría definitivamente, ¿sería capaz de regresar a través del Velo y pasarse la eternidad revoloteando por el campus? ¿Volvería a casa, condenada a aparecerse de vez en cuando en algún vertedero de Van Nuys? *Pues vuelve*. Volver o dejar a Dawes acunando su cadáver y compartiendo las culpas con Salome Nils. Eso no le desagradaba tanto.

—¿Solo tengo que ahogarme?

—Nada más —dijo Dawes, sin la menor sombra de una sonrisa. Alex se desabotonó el abrigo y se quitó el jersey mientras Dawes se despojaba de su parka y sacaba de los bolsillos dos finos juncos verdes—. ¿Dónde está? —susurró.

—¿El Novio? Justo detrás de ti. —Dawes dio un respingo—. Es coña. Está al lado del altar, con cara de circunstancias. —El Novio frunció todavía más el ceño.

—Dile que se ponga frente a ti, en la orilla oeste.

—Te oye perfectamente, Dawes.

—Ah, sí. Claro. —Dawes hizo un gesto incómodo y el Novio avanzó hasta el otro lado del canal. Era tan estrecho que pudo cruzarlo de una sola zancada—. Ahora arrodillaos los dos.

Alex no sabía si el Novio estaría dispuesto a seguir sus instrucciones, pero obedeció. Se arrodillaron. Parecía tener tantas ganas de charlar como ella.

Notó el tacto frío del suelo a través de los vaqueros. Cayó en la cuenta de que llevaba una camiseta blanca que dentro de un instante estaría chorreando. *Estás a punto de morir*, se reprendió. *No es momento para preocuparse de que un fantasma te vea las tetas*.

—Las manos detrás de la espalda —dijo Dawes.

—¿Para qué?

Dawes levantó los juncos y recitó:

—*Que sus muñecas se amarren con tallos de papiro.*

Alex se llevó las manos a la espalda. Sentía que la estaban arrestando; casi esperaba que Dawes le pusiera unas bridas en las muñecas. Entonces notó que Dawes le metía algo en el bolsillo izquierdo.

—Es una vaina de algarroba. Cuando quieras volver, métetela en la boca y mastícala. ¿Lista?

—Ve despacio —dijo Alex.

Se inclinó hacia delante, cosa que no resultaba fácil con las manos atadas a la espalda. Dawes le sujetó la cabeza y el cuello y la ayudó a dejarse caer de frente. Mientras estaba suspendida sobre la superficie, levantó la vista para mirar a los ojos al Novio.

—Adelante —dijo. Inspiró hondo e intentó no dejarse llevar por el pánico cuando Dawes le sumergió la cabeza.

El silencio le taponó los oídos. Abrió los ojos, pero no veía nada más que piedra negra. Aguardó; el aliento se le escapaba en burbujas reacias a medida que el pecho se le iba agarrotando.

Le dolían los pulmones. No podía hacerlo; así no. Tendrían que buscar otra manera.

Trató de impulsarse para salir del agua, pero los dedos de Dawes le aferraron la nuca como garras. Le resultaba imposible desembarazarse de ella en esa posición. Dawes le clavó una rodilla en la espalda. Sus dedos se le hundían como estacas en el cuero cabelludo.

La presión del pecho era insoportable. El pánico se le echó encima como un perro sin correa, y supo que había cometido un terrible error. Dawes estaba compinchada con El Libro y la Serpiente. O con La Calavera y las Tibias. O

con Sandow. O con quienquiera que intentara hacerla desaparecer. Dawes estaba terminando el trabajo que el *gluma* había dejado a medias. Dawes la estaba castigando por lo que le había ocurrido a Darlington. Sabía desde el principio la verdad de lo sucedido en Rosenfeld, y aquella era su venganza contra Alex por haberla privado de su chico de oro.

Alex forcejeó y pataleó en silencio. Necesitaba aire. *Quieta*. Pero su cuerpo no la escuchaba. Separó los labios, y le entró agua en la nariz, la boca y los pulmones. Su mente gritaba de terror, pero no había escapatoria. Pensó en su madre, en las pulseras plateadas que le recubrían los antebrazos como si llevara guanteletes de metal. Su abuela susurraba *Somos almicas sin pecado*, mientras sus manos sarmentosas abrían la piel de una granada y vertían las semillas en un cuenco. *Somos almicas sin pecado*.

De pronto, la presión de la nuca desapareció. Alex se incorporó bruscamente, hinchando el pecho. Escupió un torrente de agua arenosa entre convulsiones. Se dio cuenta de que ahora tenía las muñecas libres y se apoyó en las manos y las rodillas. Una violenta tos estremecía su cuerpo. Le ardían los pulmones mientras tomaba aire con desesperación. *A la mierda Dawes. A la mierda todos*. Estaba sollozando y no podía parar. Le cedieron los brazos y cayó de nuevo. Rodó sobre sí misma hasta quedar bocarriba, respirando entrecortadamente, y se pasó la manga mojada por la cara, limpiándosela de mocos, lágrimas… y sangre. Se había mordido la lengua.

Entornó los ojos para mirar el techo pintado. Unas nubes grises flotaban sobre el azul índigo del cielo. Las estrellas centelleaban en extraños cúmulos. No eran las constelaciones que conocía.

Alex se obligó a incorporarse. Se llevó una mano al pecho y se lo frotó con cuidado, sin dejar de toser, intentando orientarse. Dawes ya no estaba. Todo había desaparecido: las paredes, el altar y el suelo de piedra. Ahora estaba sentada en la orilla de un gran río que fluía bajo las estrellas; el rumor del agua era una larga exhalación. Una cálida brisa mecía los juncos. *La muerte es fría*, pensó Alex. *¿No debería hacer frío?*

A lo lejos distinguió la silueta de un hombre que caminaba hacia ella desde la orilla contraria del ancho río. El agua se movía al paso del Novio, rodeando su cuerpo: ahora tenía forma física. ¿Entonces Alex había pasado al otro lado del Velo? ¿De verdad estaba muerta? A pesar del aire cálido, Alex sintió un escalofrío a medida que la figura se acercaba. El Novio no tenía motivos para hacerle daño; le había salvado la vida. *Pero es un asesino*, se dijo. Tal vez solo le apetecía matar a otra mujer.

Alex no quería volver a meterse en el agua; el pecho todavía le temblaba por el recuerdo de aquella violenta presión, y sentía la garganta en carne viva de tanto toser. Pero había ido allí por algo. Se levantó, se frotó las manos para quitarse la arena y vadeó el río, chapoteando con las botas en el barro. A medida que avanzaba, el agua cálida le tironeaba con suavidad de las pantorrillas, después de las rodillas, los muslos y finalmente la cintura. Pasó junto a las puntiagudas flores de loto que flotaban en la superficie, tan inmóviles como un centro de mesa. La fuerte corriente le tiraba de las caderas, y el cieno que cubría el fondo se deslizaba bajo sus pies.

Algo la rozó bajo el agua; la luz de las estrellas se reflejó en un lomo brillante y rugoso. Retrocedió de un brinco cuando el cocodrilo pasó nadando a su lado y la miró con uno de sus ojos dorados antes de sumergirse. A su izquierda, otra cola negra batió el agua.

—No pueden hacerle daño. —El Novio estaba a apenas unos pasos de ella —. Pero tiene que venir hasta aquí, señorita Stern.

Hasta el centro del río. Donde podían encontrarse los muertos y los vivos.

No le hizo gracia que conociera su nombre. Hablaba en voz baja y agradable, con un acento casi inglés, pero con las vocales más abiertas, como si estuviera imitando a uno de los Kennedy.

Alex siguió avanzando hasta que se detuvo justo delante del Novio. Tenía el mismo aspecto que en el mundo de los vivos: la luz plateada realzaba sus facciones angulosas y elegantes, su cabello oscuro y revuelto. Sin embargo, ahora Alex estaba tan cerca que distinguía incluso las arrugas del nudo de la corbata, el lustre de su abrigo. Los restos de hueso y carne que manchaban su camisa blanca habían desaparecido. Aquí volvía a estar entero, libre de sangre y heridas. Un barco pasó de largo, una nave esbelta, coronada por un pabellón de seda ondulante. Detrás de la tela se adivinaban leves sombras, ora hombres, ora chacales. Un gran felino estaba echado al borde del barco, jugueteando con el agua con una de sus zarpas. La miró con sus enormes ojos diamantinos y bostezó, dejando ver su larga lengua rosada.

—¿Dónde estamos? —le preguntó al Novio.

—En el centro del río, el lugar de Maat, el orden divino. En Egipto, todos los dioses también son dioses de la vida y de la muerte. No disponemos de mucho tiempo, señorita Stern, a menos que desee unirse a nosotros de manera definitiva. La corriente es fuerte y todos terminamos sucumbiendo inevitablemente.

Alex echó un vistazo hacia la orilla oeste, hacia el sol poniente, las tierras oscuras, el otro mundo.

Todavía no.

—Necesito que busques a alguien al otro lado del Velo —dijo Alex.

—A la joven asesinada.

—Eso es. Se llama Tara Hutchins.

—No será tarea fácil. Aquí hay mucha gente.

—Pero seguro que estás a la altura. Y supongo que querrás algo a cambio. Por eso me salvaste, ¿verdad?

El Novio no respondió; tenía el rostro impasible, como si esperara a que su público guardara silencio. A la luz de las estrellas, sus ojos parecían casi violetas.

—Para encontrar a la muchacha, necesitaré algo que le pertenezca, una posesión preciada. Preferiblemente, que contenga sus efluvios.

—¿Sus qué?

—Saliva, sangre, sudor…

—Yo me encargo —dijo Alex, aunque no tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo. Ni de coña iban a dejarla entrar en la morgue otra vez, y ya no le quedaban monedas de compulsión. Además, posiblemente Tara ya estuviera bajo tierra o incinerada.

—Tendrá que traérmelo a la frontera.

—Dudo que pueda volver aquí. Salome y yo no somos exactamente amigas del alma.

—Me pregunto por qué. —El Novio frunció ligeramente los labios, y en ese momento le recordó tanto a Darlington que sintió un escalofrío. En la orilla oeste veía siluetas oscuras moviéndose, algunas humanas y otras no tanto. Oía un murmullo, pero no distinguía si había razón en aquel sonido, si era lenguaje o simple ruido.

—Necesito saber quién ha asesinado a Tara —dijo—. Un nombre.

—¿Y si ella no conoce a su atacante?

—Pues averigua qué estaba haciendo con Tripp Helmuth, de La Calavera y las Tibias. Y también si conocía a alguien de El Libro y la Serpiente. Necesito saber qué relación tenía con las sociedades. —Si es que tenía alguna y no era todo pura coincidencia—. Quiero saber en qué infierno se había… —Un relámpago rasgó el cielo. Restalló un trueno y el río pareció cobrar vida por el movimiento frenético de los cuerpos reptilianos.

El Novio enarcó una ceja.

—Aquí no gusta esa palabra.

¿A quién?, quiso preguntarle Alex. *¿A los muertos? ¿A los dioses?* Alex clavó las botas en la arena al notar que la corriente le tiraba de las rodillas,

invitándola a avanzar hacia el oeste, hacia la oscuridad. Ya reflexionaría más tarde sobre las mecánicas del más allá.

—Tú descubre por qué querían matar a Tara. Ella tiene que saber algo.

—En ese caso, lleguemos a un acuerdo —dijo el Novio—. A cambio de la información que busca, deseo saber quién asesinó a mi prometida.

—Qué raro. Tenía la impresión de que habías sido tú.

El Novio volvió a apretar los labios. Tenía un aspecto tan estirado, tan ofendido, que Alex casi se echó a reír.

—Soy consciente de ello.

—Fue un suicidio ampliado: le pegaste un tiro y luego te pegaste otro.

—En absoluto. Quienquiera que la mató a ella también fue el responsable de mi muerte. No sé quién lo hizo, del mismo modo que Tara Hutchins podría no saber quién la asesinó.

—De acuerdo —dijo Alex con recelo—. ¿Y por qué no le preguntas a tu prometida qué fue lo que vio?

El Novio desvió la mirada.

—Porque no consigo encontrarla. Llevo más de ciento cincuenta años buscándola a ambos lados del Velo.

—Tal vez no quiera que la encuentren.

Él asintió con brusquedad.

—Si un espíritu no desea ser encontrado, tiene toda la eternidad para esconderse.

—Te culpa a ti —aventuró Alex, atando cabos.

—Posiblemente.

—¿Y crees que dejará de culparte si averiguas quién lo hizo en realidad?

—Eso espero.

—También podrías dejarla en paz.

—Yo fui responsable de la muerte de Daisy, aunque no asestara el golpe. No conseguí protegerla. Le debo justicia.

—¿Justicia? No podrás vengarte. Quien os mató lleva mucho tiempo muerto.

—Entonces lo encontraré a este lado.

—¿Y qué le harás? ¿Rematarlo?

El Novio sonrió, mostrando unos dientes rectos, de depredador. Alex sintió un escalofrío al recordar su aspecto feroz mientras luchaba contra el *gluma*. El aspecto de algo que no era del todo humano. Algo que incluso los muertos deberían temer.

—Hay cosas peores que la muerte, señorita Stern.

El murmullo se alzó de nuevo en la orilla oeste, y esta vez le pareció distinguir unas palabras en francés. *¿Gabriel du Monde?* ¿Era un nombre o unas sílabas sin sentido a las que su mente pretendía dar forma?

—Llevas más de un siglo intentando encontrar a ese asesino misterioso —dijo Alex—. ¿Qué te hace pensar que yo tendré más suerte?

—Daniel Arlington, su socio, estaba investigando el caso.

—No me lo creo. —A Darlington no le pegaba nada interesarse por un viejo asesinato que encabezaba los tours de «Fantasmas de Nueva Inglaterra».

—Visitó el… lugar donde sucumbimos. Llevaba un cuaderno. Sacó fotografías. Dudo mucho que estuviera admirando las vistas. Yo no puedo atravesar las barreras mágicas de la casa de Orange Street. Quiero saber por qué fue allí y qué descubrió.

—¿Y Darlington no… no está *ahí*? ¿Con vosotros?

—Ni siquiera los muertos saben dónde está Daniel Arlington.

Si el Novio no había encontrado a Darlington al otro lado, Sandow tenía que estar en lo cierto. No estaba muerto, sino desaparecido, y eso quería decir que podían encontrarlo. Alex necesitaba convencerse de ello.

—Encuentra a Tara —dijo Alex, deseosa de salir del agua y regresar al mundo de los vivos—. Yo buscaré entre las cosas de Darlington. Pero necesito saber algo. Dime que no fuiste tú el que envió a esa cosa, a ese *gluma* a por mí.

—¿Por qué iba yo a…?

—Para formar una conexión entre nosotros. Para que estuviera en deuda contigo y abonar el terreno para esta pequeña alianza.

—Yo no envié a esa criatura a por usted, ni sé quién lo hizo. ¿Cómo puedo convencerla?

Alex no estaba segura. Creía que sería fácil, que habría alguna forma de obligarlo a hacer un juramento, pero imaginó que lo sabría muy pronto. Suponiendo que encontrara lo que había descubierto Darlington… si es que había descubierto algo. La fábrica en la que se había cometido el asesinato ahora era un aparcamiento. Conociendo a Darlington, seguramente había ido allí para tomar notas sobre la historia del cemento en New Haven.

—Tú encuentra a Tara —dijo—. Consígueme respuestas y yo haré lo mismo.

—Este no es el pacto que yo habría elegido, ni es usted la socia que preferiría, pero tratemos de sacarle el máximo provecho.

—Eres un encanto. ¿Le gustaba a Daisy esa labia que tienes? —Los ojos del Novio se volvieron negros, y Alex tuvo que obligarse a no retroceder—.

Qué mal genio. Seguro que no te temblaría el pulso si tuvieras que liquidar a una dama que ya estuviera harta de ti. ¿Me equivoco?

—Yo la amaba. La amaba más que a mi vida.

—No has respondido a mi pregunta.

El Novio inspiró hondo, recuperó la compostura y sus ojos regresaron a su estado normal. Extendió la mano.

—Pronuncie su verdadero nombre, señorita Stern, y cerremos el trato.

Los nombres eran poderosos. Por eso los nombres de los grises se tachaban de las páginas de los registros de Leteo. Por eso Alex prefería pensar en el ser que tenía delante como «el Novio». Lo peligroso era la conexión, el momento en que unías tu vida a la de otro ser.

Alex palpó la vaina de algarroba que llevaba en el bolsillo. Era mejor estar lista en caso de… ¿qué? ¿Que intentara ahogarla? ¿Por qué iba a hacerlo? El Novio la necesitaba, y Alex a él. Así empezaban casi todas las catástrofes.

Le dio la mano. Tenía fuerza, y su tacto era húmedo y gélido. ¿Qué estaba tocando? ¿Un cuerpo? ¿Un pensamiento?

—Bertram Boyce North —dijo.

—Qué horror de nombre.

—Es tradición familiar —replicó él, indignado.

—Galaxy Stern —dijo ella. Al intentar retirar la mano, los dedos del Novio la agarraron con más ímpetu.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento.

Alex se metió la vaina de algarroba en la boca.

—Los momentos pasan —dijo, sujetándola entre los dientes.

—*Me juzgabas dormido, pero te oí decir, te oí decir que no eras una esposa verdadera*. —Alex volvió a tirar con fuerza, pero la mano del Novio no la soltó—. *Juro no preguntar jamás por el motivo. Yo creo en ti más que tú misma, y en adelante prefiero morir que dudar*.

Prefiero morir que dudar. El tatuaje de Tara. La cita no era de ninguna banda *heavy*.

—*Los idilios del rey* —dijo Alex.

—Ya lo recuerda.

Había tenido que leer el extenso poema de Tennyson para prepararse para su primera visita a El Pergamino y la Llave con Darlington. Había citas del mismo poema repartidas por toda la tumba, homenajes al rey Arturo y sus caballeros, además de una cámara llena de tesoros /saqueados durante las Cruzadas. *Tendremos poder en esta tierra oscura para iluminarla, poder en*

este mundo muerto para resucitarlo. Recordaba las palabras grabadas en la mesa de piedra de la tumba de los Cerrajeros.

Alex se desembarazó de la mano del Novio. Conque, la muerte de Tara estaba potencialmente relacionada con *tres* sociedades. Tara estaba conectada con La Calavera y las Tibias a través de Tripp Helmuth, con El Libro y la Serpiente a través del ataque del *gluma* y a menos que Tara tuviera una afición secreta por la poesía victoriana con El Pergamino y la Llave a través de su tatuaje de Tennyson.

North se despidió con una ligera inclinación.

—Cuando haya conseguido alguna pertenencia de Tara, llévela a cualquier masa de agua y yo acudiré. A partir de ahora, el agua nos servirá como lugar de encuentro.

Alex flexionó los dedos, intentando deshacerse del tacto de la mano del Novio.

—Eso haré. —Le dio la espalda y mordió la vaina de algarroba. Tenía un sabor amargo y arenoso.

Intentó avanzar hacia la orilla este, pero el río le tiró con fuerza de las rodillas hasta que se tambaleó. Se sintió arrastrada hacia atrás. Perdió pie; sus botas resbalaban en el lecho del río mientras se acercaba cada vez más a las siluetas oscuras de la orilla oeste. North ya le daba la espalda y parecía increíblemente lejos. Las siluetas habían dejado de parecer humanas. Eran demasiado altas, demasiado flacas, con los brazos muy largos y extrañas articulaciones insectiles. Veía sus cabezas recortadas contra el cielo índigo, levantando la nariz para olfatear, abriendo y cerrando las fauces.

—¡North! —gritó.

Pero Nort no dejó de caminar.

—La corriente termina por reclamarnos a todos —le dijo sin darse la vuelta—. Si quiere vivir, tendrá que luchar.

Alex dejó de intentar hacer pie. Giró el cuerpo hacia la orilla este y nadó, pataleando con fuerza, enfrentándose a la corriente mientras hundía los brazos en el agua. Sacó la cabeza hacia un lado para tomar aire, lastrada por el peso de las botas y los hombros agarrotados. Algo enorme y musculoso chocó con ella, haciéndola retroceder: una cola le había azotado la pierna. Aunque no pudieran hacerle daño, los cocodrilos intentaban hacerle el trabajo sucio al río. La fatiga se iba apoderando de sus músculos. Sentía que avanzaba cada vez más despacio.

El cielo se había oscurecido. Ya no veía la orilla. Ni siquiera sabía si nadaba en la dirección correcta. *Si quiere vivir*.

¿Y no era eso lo peor de todo? Que sí que quería. Quería vivir. Siempre había querido vivir.

—¡Infierno! —gritó—. ¡Puto infierno! —En el cielo estalló un relámpago bifurcado. Aquella pequeña blasfemia le serviría para orientarse. Durante un largo y horrible momento, no vio nada más que las aguas negras, pero entonces divisó la orilla este.

Se zambulló, remando con las manos hasta que finalmente dejó caer las piernas. El fondo estaba más cerca de lo que había calculado. Gateó por la orilla, aplastando las flores de loto con el cuerpo empapado, hasta que salió y se derrumbó sobre las arenas. Oía a los cocodrilos tras ella, el rumor de sus bocas abiertas, como un motor. ¿La empujarían de nuevo hasta las garras del río? Se arrastró unos metros más, pero ya no podía con su propio peso. Su cuerpo se hundía en la arena, que se le metía en la boca, la nariz y debajo de los párpados.

Algo duro le golpeó la cabeza una vez, y luego otra. Se obligó a abrir los ojos. Estaba en el templo, bocarriba, escupiendo barro y mirando el rostro asustado de Dawes, enmarcado por el techo pintado, cuyo cielo estaba inmóvil y despejado de nubes. El cuerpo le temblaba tanto que oía el traqueteo de su propio cráneo contra el suelo de piedra.

Dawes la sujetó, la abrigó bien y, lentamente, los músculos de Alex dejaron de sufrir espasmos. Volvió a respirar con normalidad, aunque la boca todavía le sabía a barro y a los restos amargos de la algarroba.

—Estás bien —dijo Dawes—. Estás bien.

Alex no tuvo más remedio que reírse, porque lo último que estaría ella en su vida era «bien».

—Vámonos de aquí —consiguió decir.

Dawes se echó el brazo de Alex por los hombros con sorprendente energía y la ayudó a levantarse. La ropa de Alex estaba totalmente seca, pero sentía las piernas y los brazos temblorosos, como si acabara de nadar varios kilómetros. Todavía notaba el olor del río y la sensación resbaladiza y áspera del agua que le había entrado por la nariz y la garganta.

—¿Dónde les dejo la llave? —preguntó Dawes.

—Al lado de la puerta —dijo Alex—. Le enviaré un mensaje a Salome.

—Qué considerada.

—No he dicho nada. Mejor rompemos una ventana y nos meamos en la mesa de billar.

Dawes soltó una risilla nerviosa.

—Tranquila, Dawes. No me he muerto. No mucho. He estado en la frontera. He hecho un trato.

—Ay, Alex. ¿Qué has hecho?

—Lo que quería hacer. —Pero no estaba segura de si había hecho bien—. El Novio va a buscar a Tara. Es la forma más fácil de saber quién la mató.

—¿Y qué quiere él a cambio?

—Que limpie su nombre. —Titubeó—. Dice que Darlington estaba investigando su caso.

Dawes enarcó las cejas.

—No tiene sentido. Darlington odiaba los casos sensacionalistas. Los consideraba… morbosos.

—Chabacanos —dijo Alex.

Una leve sonrisa afloró a los labios de Dawes.

—Exacto. Un momento… ¿Entonces el Novio *no* mató a su prometida?

—Eso dice él. No es lo mismo.

Tal vez fuera inocente, tal vez quisiera hacer las paces con Daisy o tal vez solamente quería encontrar a la chica a la que había asesinado. Daba igual. Alex cumpliría su parte del trato. Sabía por experiencia que no era buena idea faltar a tu palabra, tanto si la dabas a los vivos como a los muertos.

Preferiríamos correr un tupido velo sobre El Libro y la Serpiente. ¿Y quién no? El arte de la necromancia siempre tiene una pátina de mal gusto, y la apariencia que han escogido los Libreros no hace sino aumentar esa aversión natural. Al acceder a su gigantesco mausoleo, es imposible olvidar que se está entrando en la casa de los muertos. Pero tal vez sea mejor dejar a un lado los miedos y las supersticiones y admirar la incuestionable belleza de su lema: Todo cambia; nada perece. A decir verdad, rara vez se resucita a los muertos bajo sus lujosos frontispicios. No, el pan de cada día para los Libreros es la información, reunida gracias a una gran red de informadores difuntos que comercian con toda clase de rumores y que no necesitan espiar por una cerradura cuando pueden atravesar las paredes sin ser vistos.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos
de la Novena Casa

Esta noche, Bobbie Woodward le ha sonsacado la ubicación de un bar clandestino abandonado a un tipo del que apenas quedaban unos trozos de columna vertebral, una mandíbula rota y un mechón de pelo. No podré olvidar esa estampa por mucho *bourbon* de la época de la ley seca que encontremos.

—Diario de Leteo de Charles «Chase»
MacMahon (*Colegio mayor Saybrook, 1965*)

13

Otoño pasado

Después de la fiesta de El Manuscrito, Darlington se despertó con la peor y más bochornosa resaca de su vida. Alex le enseñó una copia del informe que había enviado. Había sido bastante ambigua en los detalles, y aunque Darlington quería ser la clase de persona que se adhería estrictamente a la verdad, no estaba seguro de poder mirar a la cara al decano Sandow si daban a conocer los pormenores de su deshonra.

Se duchó, le preparó el desayuno a Alex y llamó a un coche para que los llevara a ambos a la Madriguera para recoger el Mercedes. Darlington dejó allí a Alex y regresó a Black Elm en su viejo coche; las imágenes borrosas de la noche anterior le daban vueltas en la cabeza. Recogió las calabazas de la entrada, las metió en la compostera y después rastrilló las hojas del jardín trasero. Le sentó bien trabajar en algo. De pronto, la casa se le antojaba muy vacía; hacía mucho que no se sentía así.

Darlington traía a pocas personas a Black Elm. Cuando invitó a Michelle Alameddine en su primer año, Michelle había dicho:

—Esta casa es una locura. ¿Cuánto crees que valdrá? —É no había sabido qué responder.

Black Elm era un viejo sueño; sus románticas torres habían sido erigidas gracias a una fortuna amasada mediante botas de goma vulcanizada. El primer Daniel Tabor Arlington, el retatarabuelo de Darlington, había dado trabajo a treinta mil personas en su fábrica de New Haven. Coleccionaba obras de arte y dudosas antigüedades, regalaba pavos el Día de Acción de Gracias y se había comprado una «casita» de vacaciones de casi seiscientos metros cuadrados junto a un lago de New Hampshire.

La época de vacas flacas comenzó con una serie de incendios en la fábrica y concluyó con el descubrimiento de un proceso de impermeabilización del cuero totalmente eficaz. Las botas de goma Arlington eran sólidas y fáciles de producir en masa, pero terriblemente incómodas. A los diez años, Darlington

había encontrado una montaña de botas en el ático de Black Elm, escondidas en un rincón como si las hubieran castigado por portarse mal. Rebuscó hasta dar con un par a juego y les quitó el polvo con su camiseta. Años más tarde, al tomar su primera dosis del elixir de Hiram y ver a su primer gris (pálido y descolorido, como si el Velo todavía lo cubriera como una mortaja), recordó el aspecto de aquellas botas polvorientas.

Tenía la intención de llevar las botas todo el día, pasear por Black Elm y triscar por sus jardines, pero solo aguantó una hora antes de tener que quitárselas y volver a dejarlas en el montón. Acababa de entender perfectamente por qué, en cuanto la gente tuvo otra opción para no mojarse los pies, se lanzó a ella de cabeza. La fábrica de botas cerró y quedó abandonada durante años, como ya les había pasado a la fábrica de fajas Smoothie, las plantas de Winchester y Remington, la Blake Brothers y la fábrica de carruajes Rooster. Con el tiempo, Darlington fue comprendiendo que en New Haven siempre ocurría lo mismo. Perdía su industria, pero continuaba avanzando a trompicones, somnolienta y anémica, soportando alcaldes corruptos y urbanistas descerebrados, programas gubernamentales equivocados e inyecciones de capital prometedoras pero breves.

—Esta ciudad, Danny —solía decir su abuelo, una coletilla que a veces era amarga y otras afectuosa. *Esta ciudad*.

Black Elm había sido construida a imagen de una mansión inglesa, una de las muchas extravagancias adoptadas por Daniel Tabor Arlington al adquirir su fortuna. Pero con el paso de los años, la casa se había vuelto verdaderamente convincente; el lento avance del tiempo y la hiedra habían logrado lo que el dinero no podía.

Los padres de Danny pasaban de vez en cuando por Black Elm. A veces le traían regalos, pero casi siempre lo ignoraban. Él no se sentía abandonado ni despreciado. Su mundo era su abuelo, el ama de llaves Bernadette y la melancolía y el misterio de Black Elm. Un desfile inacabable de tutores reforzaron su educación pública: esgrima, idiomas, boxeo, matemáticas y piano.

—Estás aprendiendo a ser un ciudadano del mundo —le decía su abuelo—. Modales, poder y conocimiento. Con eso siempre te irá bien.

En Black Elm no había gran cosa que hacer aparte de practicar, y a Danny le gustaba aprender cosas, no solo por los elogios que recibía, sino por la sensación de desbloquear y abrir de par en par una nueva puerta. Sobresalía en cada nueva disciplina, siempre con la impresión de que se estaba preparando para algo, aunque no sabía qué.

Su abuelo se enorgullecía de ser tan campechano como sofisticado. Fumaba cigarrillos Chesterfield, la primera marca que le habían dado en la fábrica (donde su padre insistía en que pasara los veranos), y comía en la barra de la cafetería Clark’s, donde todo el mundo lo conocía como «el Viejo». Era aficionado tanto a Marty Robbins como a lo que la madre de Danny describía como «el histrionismo de Puccini». Ella lo llamaba «su numerito del proletario».

Cuando los padres de Danny venían a la ciudad, rara vez avisaban. Su abuelo decía de pronto:

—Mañana seremos cuatro en la mesa, Bernadette. Los Gandules nos van a honrar con su presencia.

La madre de Danny era profesora de Arte Renacentista; en cuanto a su padre, nunca estaba del todo seguro: microinversiones, carteras de valores, fondos de cobertura extranjeros… Sus negocios parecían cambiar en cada visita, y nunca iban bien. Lo que Danny sí que sabía era que sus padres vivían del dinero del abuelo y que solo venían a New Haven cuando necesitaban más.

—Y solo por eso —solía decir su abuelo. Danny nunca tenía valor para discutírselo.

Las conversaciones en la gran mesa del comedor siempre giraban en torno a vender Black Elm; a medida que el barrio en el que se ubicaba la vieja casa comenzaba a resucitar, esas conversaciones se volvían más urgentes. Una escultora de Nueva York había comprado una casa en ruinas por un dólar, la había demolido y había construido un gran taller diáfano para trabajar. Había convencido a varios amigos para que hicieran lo mismo, y de pronto Westville empezaba a estar de moda.

Es el momento de vender —decía su padre—. Ahora que la finca vale algo.

—Ya sabes cómo es esta ciudad —continuaba su madre. *Esta ciudad*—. No durará mucho.

—No nos hace falta tanto espacio. Se está desaprovechando. Mantener la casa ya cuesta una fortuna. Veníos a Nueva York. Así nos veríamos más a menudo. Podríamos buscar un bloque con portero o podríais mudaros a un sitio cálido. Danny podría estudiar en la Dalton o en el internado de Exeter.

—De los colegios privados solo salen calzonazos. No pienso cometer ese error dos veces.

El padre de Danny había estudiado en Exeter.

A veces Danny pensaba que a su abuelo le divertía jugar con los Gandules. Miraba fijamente su vaso de *whisky* escocés, echaba la silla hacia atrás y acercaba los pies a la chimenea si era invierno o, si era verano, contemplaba las densas copas verdes de los olmos que se alzaban sobre el jardín trasero. Daba a entender que se lo estaba pensando. Preguntaba por los mejores sitios para vivir, lo bueno de Westport, lo malo de Manhattan. Hablaba sobre los nuevos bloques de apartamentos que estaban construyendo junto a la antigua cervecera, mientras los padres de Danny le seguían el juego, esperanzados y ansiosos por ponerse de acuerdo con el anciano.

En todas sus visitas, la primera velada siempre terminaba con un «Me lo pensaré»; su padre sonreía, con las mejillas sonrojadas por el licor, y su madre jugueteaba con su estola de cachemira. Pero la segunda noche los Gandules empezaban a ponerse nerviosos e irritables. Se volvían más insistentes, y su abuelo comenzaba a rechazarlos. Durante la tercera noche ya discutían abiertamente, mientras la chimenea crepitaba y humeaba porque nadie se acordaba de echar más leña.

Danny se preguntó durante mucho tiempo por qué su abuelo seguía jugando a aquel juego. Mucho más tarde, cuando el anciano ya había muerto y Danny se quedó solo en las oscuras torres de Black Elm, comprendió por fin que su abuelo se había sentido solo, que su rutina de cafetería, rentas y Kipling tal vez no fuera suficiente para llenar la oscuridad que traía el final del día, que tal vez echara de menos al tonto de su hijo. Solo entonces, echado en el suelo de la casa desierta y rodeado por un nido de libros, Darlington entendió lo mucho que exigía Black Elm y lo poco que daba a cambio.

Las visitas de los Gandules siempre acababan igual: sus padres se marchaban precipitadamente, dejando tras de sí una estela de indignación y del perfume de su madre: Carón Poivre, según había descubierto Darlington una fatídica noche en París, en las vacaciones de verano de su segundo año de universidad. Por fin había reunido el valor para pedirle una cita a Angelique Brun, y al presentarse en su puerta la había encontrado ataviada con un glorioso vestido de satén negro… y las muñecas impregnadas con el carísimo tufo de su triste infancia. Se había apresurado a zanjar la velada prematuramente, alegando una migraña fulminante.

Los padres de Danny siempre insistían en que iban a llevárselo a Nueva York con ellos y que lo matricularían en un colegio privado. Al principio Danny se había sentido emocionado y asustado por esas amenazas. Pero no tardó en entender que eran simples baladronadas destinadas a su abuelo. Sus

padres no podían permitirse colegios caros sin el dinero de los Arlington, y tampoco querían que un niño interfiriese en su libertad.

Cuando los Gandules se marchaban, Danny y su abuelo cenaban en Clark's. Su abuelo se sentaba a charlar con Tony sobre sus hijos, miraban fotos de familia y ensalzaban el valor del «trabajo honrado». Luego el abuelo agarraba a Danny por la muñeca.

—Escúchame —le decía, con los ojos llorosos—. Escúchame. Intentarán quedarse con la casa cuando yo muera. Intentarán quedárselo todo. No se lo permitas.

—No te vas a morir —protestaba Danny.

Su abuelo le guiñaba un ojo y se reía.

—No, todavía no.

En una ocasión, mientras estaban sentados en uno de los reservados de paredes rojas que olían a croquetas de patata y salsa de carne, Danny se había atrevido a preguntarle:

—¿Por qué me tuvieron?

—Les gustaba la idea de ser padres —había contestado su abuelo, agitando la mano sobre los restos de su cena—. De presumir de ti delante de sus amigos.

—¿Y me abandonaron aquí sin más?

—Yo no quería que te criaras con las niñeras. Les dije que les compraría un piso en Nueva York si te dejaban conmigo.

Danny se había conformado, porque su abuelo *sabía lo que le convenía*, porque su abuelo *se había ganado la vida trabajando*. Quizá una parte de él se preguntaba si el anciano solamente quería volver a probar suerte criando a un hijo, si le importaba más el linaje de los Arlington que el bienestar de un niño solitario, pero sabía que era mejor no aventurarse por ese oscuro pasillo.

Después, ya más mayor, Danny empezó a ausentarse de la casa cada vez que los Gandules venían de visita. Le avergonzaba la idea de quedarse merodeando por allí, a la espera de un regalo o una señal de interés por su vida. Se había cansado de verlos representar la misma tragicomedia con su abuelo y de que este les siguiera el juego.

—¿Por qué no dejáis en paz al viejo y seguís derrochando vuestro tiempo y su dinero? —les decía con desprecio mientras se marchaba.

—¿Desde cuándo se ha vuelto tan devoto el principito? —se burlaba su padre—. Ya verás lo que pasa cuando dejes de caerle en gracia.

Pero no tuvo la oportunidad de verlo. Su abuelo enfermó. El médico le dijo que dejara de fumar, que cambiara su dieta; podía conseguir unos meses

más de vida, tal vez incluso un año. El abuelo de Danny se negó. Las cosas se hacían a su manera o no se hacían. Contrataron a una enfermera para que viviera en la casa. Daniel Tabor Arlington empezó a volverse más gris y frágil.

Los Gandules se instalaron en la casa, y de pronto Black Elm parecía territorio enemigo. La cocina estaba llena de los alimentos especiales de su madre; las encimeras, saturadas de fiambreras de plástico y bolsitas de cereales y frutos secos. Su padre se pasaba el día paseándose por la planta baja, hablando por teléfono sobre la tasación de la casa y las leyes tributarias y de sucesiones. Bernadette fue sustituida por un equipo de limpieza que llegaba dos veces por semana en una furgoneta de color verde oscuro y que solo utilizaba productos orgánicos.

Danny pasaba casi todo el tiempo en el museo o encerrado en su cuarto, perdido en los libros que devoraba como una llama al consumir el aire para permanecer encendida. Practicaba el griego y empezó a aprender portugués por su cuenta.

El dormitorio de su abuelo estaba lleno de máquinas: goteros para que se hidratara, oxígeno para que respirara, una camilla de hospital junto a la enorme cama de cuatro postes para que estuviera en posición elevada. Parecía que un viajero del futuro había ocupado la oscura estancia.

Cada vez que Danny intentaba hablar con su abuelo sobre lo que estaban haciendo sus padres, sobre el agente inmobiliario que había venido a ver la finca, su abuelo lo agarraba por la muñeca y miraba de reojo a la enfermera.

—Nos está escuchando —siseaba.

Tal vez fuera verdad. Darlington tenía quince años. No sabía hasta qué punto era cierto lo que decía su abuelo, si era el cáncer o la medicación los que hablaban por él.

—Me mantienen con vida para poder hacerse con la casa, Danny.

—Pero tu abogado…

—¿Crees que no pueden dorarle la píldora? Déjame morir, Danny. Van a desangrar Black Elm hasta dejarla seca.

Danny salió de la casa y fue a Clark’s. Se sentó en la barra, y cuando Leona le puso delante una copa de helado, tuvo que frotarse los ojos para no llorar. Se quedó hasta la hora de cerrar, y solo entonces cogió el autobús para volver a casa.

Al día siguiente, hallaron a su abuelo muerto en la cama. Había entrado en coma y no habían podido reanimarlo. Se oían conversaciones furtivas a puerta cerrada; su padre gritaba a la enfermera.

Danny pasaba el día entero en el Peabody. Al personal del museo no le importaba; todos los veranos les endosaban un rebaño de críos. Paseaba por la sala de minerales, contemplaba la momia, el calamar gigante y el raptor de Crichton, intentaba dibujar el mural de los reptiles. Recorría el campus de Yale, se pasaba horas descifrando los diferentes idiomas grabados sobre las puertas de la biblioteca Sterling, se sentía arrastrado una y otra vez hacia la colección de cartas de tarot de Beinecke y hacia el impenetrable manuscrito Voynich. Observar sus páginas era como volver a estar en Lighthouse Point, esperando a que el mundo se le revelara.

Cuando empezaba a oscurecer, cogía el autobús y entraba en casa sigilosamente por el jardín, avanzando en silencio por los pasillos hasta retirarse a su dormitorio, a sus libros. Las disciplinas ordinarias ya no le bastaban. Era demasiado mayor para creer en la magia, pero necesitaba creer que existía algo más en el mundo que la vida y la muerte. Así que disfrazó su anhelo de interés por el ocultismo, por lo arcano, por los objetos sagrados. Se pasaba el tiempo investigando las obras de alquimistas y espiritistas que habían prometido métodos para ver lo invisible. Él solamente pedía echar un vistazo, algo que lo mantuviera en pie.

Un día, Danny estaba echado en su habitación de la torre, leyendo paralelamente una versión original de Paracelso y la traducción de Waite, cuando el abogado de su abuelo llamó a la puerta.

—Vas a tener que tomar varias decisiones —le dijo—. Sé que quieres honrar la memoria de tu abuelo, pero deberías hacer lo que sea mejor para ti.

No era mal consejo, pero Danny no tenía ni idea de lo que era mejor para él.

Su abuelo había vivido del dinero de los Arlington, repartiéndolo como le parecía conveniente, pero la ley le prohibía legarlo a nadie que no fuera su hijo. La casa era otra cuestión. Quedaría en fideicomiso hasta que Danny cumpliera los dieciocho años.

A Danny le sorprendió que su madre apareciera de pronto en la puerta de su cuarto.

—A la universidad le interesa la casa —dijo, echando un vistazo al dormitorio circular—. Si todos firmamos, podemos repartir los beneficios. Podrías venirte a Nueva York.

—No quiero vivir en Nueva York.

—Ni te imaginas la de oportunidades que tendrás allí.

En una ocasión, más o menos un año antes, Danny había cogido el cercanías Metro-North hasta la ciudad, había paseado por Central Park

durante varias horas y se había sentado en el templo de Dendur del Museo Metropolitano. Al llegar al bloque de apartamentos donde vivían sus padres, había estado a punto de llamar al timbre, pero le había faltado coraje.

—No quiero irme de Black Elm.

Su madre se sentó en el borde de la cama.

—Lo único que tiene valor es el terreno, Danny. Tienes que entender que esta casa no vale nada. Vale menos que nada. Se llevará hasta nuestro último centavo.

—No voy a vender Black Elm.

—No tienes ni idea de cómo funciona el mundo, Daniel. Sigues siendo un niño. Me das envidia.

—No es eso lo que te da envidia —dijo con voz grave y fría, justo la que quería emplear, pero su madre se echó a reír.

—¿Qué crees que va a pasar? Hay menos de treinta mil dólares en el fondo para tus estudios universitarios. A menos que te estés planteando hacer amiguitos en la pública, es hora de que empieces a reconsiderarlo. Tu abuelo te ha dado gato por liebre. Te ha engañado, igual que a nosotros. ¿Te crees que vas a ser el amo y señor de Black Elm o algo así? Tú no gobiernas esta casa. Es ella la que te gobierna a ti. Sácale algo ahora que puedes.

Esta ciudad:

Danny no salió de su cuarto. Cerró la puerta con llave. Comía barritas de muesli y bebía agua del lavabo de su aseo. Lo hacía en señal de luto, pero en realidad tampoco sabía qué hacer. Tenía guardados mil dólares en la biblioteca, escondidos en un ejemplar de 1776 de McCullough. Cuando cumpliera dieciocho años, tendría acceso a su fondo para la universidad. Aparte de eso, no tenía nada. Pero no podía desprenderse de Black Elm. No quería que una grúa de demolición derribara sus paredes. No, no lo haría. Aquel era su sitio. ¿Qué sería de él lejos de aquella casa, de sus jardines descuidados y su piedra gris, de los pájaros que cantaban sobre los setos y de las ramas desnudas de sus árboles? Danny había perdido a la persona que mejor lo conocía, que más lo quería. ¿Qué otra cosa le quedaba?

Y entonces, un día, se dio cuenta de que la casa estaba en silencio, de que había oído el motor del coche de sus padres alejándose, pero no los había oído volver. Al abrir la puerta y bajar las escaleras, descubrió que Black Elm estaba totalmente desierta. No se le había pasado por la cabeza que sus padres pudieran marcharse sin más. ¿Los había estado reteniendo como rehenes inconscientemente, obligándolos a quedarse en New Haven y prestarle atención por primera vez en su vida?

Al principio se puso eufórico. Encendió todas las luces de la casa, el televisor de su cuarto y el de la sala de estar de abajo. Comió las sobras del frigorífico y alimentó al gato blanco que a veces merodeaba por la finca al anochecer.

Al día siguiente, hizo lo de siempre: se levantó y se fue al Peabody. Volvió a casa, cenó un poco de cecina y se acostó. Repitió el proceso una y otra vez. Cuando comenzó el curso, empezó a ir a clase. Despachaba la correspondencia que llegaba a Black Elm. Sobrevivía a base de Gatorade y burritos de pollo del 7-Eleven. Aunque se avergonzaba de ello, a veces echaba más de menos a Bernadette que a su abuelo.

Un día, al llegar a casa y encender la luz de la cocina, descubrió que le habían cortado la electricidad. Sacó del ático todas las mantas y el viejo chaquetón de piel de su abuelo para poder dormir abrigado. Cada vez que respiraba, su aliento se condensaba en el aire frío y silencioso de la casa. Durante seis largas semanas vivió helado y a oscuras, haciendo los deberes a la luz de una vela y durmiendo con la ropa de esquí vieja que había encontrado en un baúl.

En Navidad, sus padres se presentaron en la puerta de Black Elm, sonrientes y rubicundos, cargados de regalos y bolsas de Dean & DeLuca y con el Jaguar aparcado en la entrada. Danny cerró las puertas a cal y canto y se negó a dejarlos pasar. Habían cometido el error de enseñarle que era capaz de sobrevivir solo.

Danny trabajó un tiempo en Clark's, en Edgerton Park (repartiendo abono y semillas) y en Lyric Hall (recogiendo entradas). También vendió ropa y muebles del ático, lo suficiente para poder comer y pagar la factura de la luz. Nunca invitaba a casa a los escasos amigos que tenía. No quería que le preguntaran por sus padres ni qué hacía un adolescente viviendo totalmente solo en una casa tan grande y vacía. La respuesta que no podía darles era muy sencilla: la estaba cuidando. Estaba manteniendo con vida Black Elm. Si Danny se marchaba, la casa moriría.

Pasó un año, y luego otro. Danny iba sobreviviendo. Pero no sabía cuánto tiempo podría seguir arreglándoselas solo. No estaba seguro de cuál era su próximo paso. Ni siquiera sabía si podía permitirse ir a la universidad con sus amigos. Se tomaría un año sabático. Trabajaría y esperaría a que llegara el dinero del fondo. ¿Y después? No lo sabía. No lo sabía y eso le asustaba, porque solo tenía diecisiete años y ya se sentía cansado. La vida siempre le había parecido más bien corta, pero ahora se le antojaba increíblemente larga.

Más tarde, al reflexionar sobre lo ocurrido aquella noche de principios de julio, Danny seguía sin saber lo que pretendía. Se había pasado semanas entrando y saliendo de Beinecke y del Peabody, investigando elixires. Se quedaba levantado hasta tarde, recopilando ingredientes y encargando lo que no podía rapiñar o robar. Y entonces se puso manos a la obra. Durante treinta y seis horas seguidas trabajó en la cocina, dormitando cuando podía y configurando la alarma para despertarse a tiempo para la siguiente fase de la receta. Cuando finalmente contempló el jarabe espeso y alquitranado que burbujeaba en el fondo de la arruinada cacerola Le Creuset de Bernadette, titubeó. Sabía que lo que estaba intentando era peligroso. Pero se le habían acabado las cosas en las que creer. La magia era lo único que le quedaba. Era un chico que se disponía a emprender una aventura, no a ingerir un veneno.

A la mañana siguiente, el repartidor de UPS lo encontró en los escalones de la entrada, sangrando por la boca y los ojos. Había conseguido arrastrarse hasta la puerta de la cocina antes de desmayarse.

Danny despertó en una cama de hospital. A su lado había un hombre con una chaqueta de *tweed* y una bufanda a rayas.

—Me llamo Elliot Sandow —le dijo—. Vengo a hacerte una oferta.

La magia había estado a punto de matarlo, pero al final le había salvado la vida. Igual que en los cuentos.

14

Invierno

Mientras Alex se acurrucaba en el asiento del alféizar de la Madriguera, Dawes le trajo una taza de chocolate caliente en la que flotaba un malvavisco *gourmet*, de esos con forma cúbica y que parecían un bloque de piedra recién extraído de la cantera.

—Has estado en el inframundo —dijo Dawes—. Te mereces un premio.

—Técnicamente no llegué a entrar en el inframundo.

—Ah, pues devuélveme la nubecilla —dijo Dawes tímidamente, como si le diera miedo bromear con eso. Alex aferró su taza con un gesto teatral, para demostrarle que le seguía el juego. Le gustaba aquella nueva Dawes, y empezaba a pensar que tal vez fuera recíproco—. ¿Cómo era?

Alex observó los tejados iluminados por el sol de media mañana. Desde allí se veían los gabletes grises de La Cabeza del Lobo, parte de su enmarañado jardín y, apoyado en la pared, un cubo de basura torcido, de color azul. Parecía un lugar totalmente ordinario.

Dejó a un lado el sándwich de beicon y huevo. Normalmente se zampaba por lo menos dos, pero la sensación del agua arrastrándola todavía le quitaba el apetito. ¿De verdad había cruzado el Velo? ¿Cuánto había de ilusión y cuánto de realidad en lo que había visto? Se lo describió lo mejor que pudo a Dawes; también le explicó que el Novio necesitaba un objeto personal de la fallecida para ayudarlas.

—No puedes ir al piso de Tara Hutchins —le dijo Dawes en cuanto terminó.

Alex jugueteó con su sándwich.

—Te acabo de decir que he estado charlando con un muerto en un río infestado de cocodrilos de ojos dorados… ¿y eso es todo lo que tienes que decir?

Pero por lo visto aquella pequeña aventura había sido más que suficiente para Dawes.

—Si el decano Sandow descubre lo que le has hecho a Salome para que nos dejara entrar en el templo…

—Es posible que se chive a sus amigas, pero no sacará la artillería pesada. El acceso ilegal al templo, el robo en El Pergamino y la Llave… demasiado jaleo para ella.

—¿Y si lo hace?

—Pues lo negaré todo.

—¿Y quieres que yo también lo niegue?

—Quiero que pienses en lo que es realmente importante.

—¿Me vas a amenazar a mí también? —Dawes mantenía la vista fija en su taza de cacao, revolviéndola sin parar con la cucharilla.

—No, Dawes. ¿Te da miedo que te amenace?

La cucharilla se detuvo, y Dawes levantó la mirada. Sus ojos eran de un cálido color café, y la luz del sol realzaba el color rojizo de su cabello, recogido en un moño descuidado.

—Creo que no —dijo, como si se sorprendiera de ello—. Tu reacción ha sido… extrema. Pero es verdad que Salomé intentaba engañarnos. —Dawes y su vena cruel—. Aun así, si el decano se entera de que has hecho un trato con un gris…

—No se enterará.

—Pero si se entera…

—Te da miedo que te eche la bronca por ayudarme. No te preocupes. No me chivaré. Pero Salome te ha visto. Quizá tengas que silenciarla a ella también.

Dawes abrió los ojos de par en par, pero entonces se dio cuenta de que Alex bromeaba.

—Ah. Ya. Es que… necesito este curro.

—Lo pillo —dijo Alex. Tal vez ella lo entendía mejor que nadie que se hubiera sentado bajo aquel techo—. Pero necesito alguna pertenencia de Tara. Voy a entrar en su piso.

—¿Sabes siquiera dónde vivía?

—No —confesó Alex.

—Si el inspector Turner se entera…

—¿Qué va a descubrir? ¿Qué he bajado a la frontera del inframundo para hablar con un fantasma? No creo que eso se considere manipulación de testigos.

—Pero si vas al piso de Tara y hurgas en sus cosas… Eso es allanamiento de morada. Obstrucción de una investigación policial. Te podrían detener.

—Solo si me pillan.

Dawes sacudió la cabeza con decisión.

—Te estás pasando de la raya. Y no puedo seguirte si piensas ponernos en peligro a las dos, y también a la Casa Leteo. El inspector Turner no quiere que te involucres, y hará todo lo que esté en su mano para proteger su caso.

—Tienes razón —dijo Alex, pensativa. En vez de jugar al gato y al ratón con Turner, tal vez fuera mejor hacerle frente.

Alex habría preferido esconderse en la Madriguera y dejar que Dawes le siguiera preparando cacao. No le habría importado dejarse mimar un poco más. Pero necesitaba regresar al Campus Viejo, volver a poner los pies en el mundo ordinario antes de que se le olvidara lo que era realmente importante.

Se despidió de Dawes delante de la Dramat, pero no sin antes preguntarle por el nombre que había oído (o creído oír) en la frontera.

—¿Gabriel du Monde? ¿O Caleb Desmond?

—No me suenan —dijo Dawes—. Pero investigaré un poco. A ver qué puede decirme la biblioteca cuando vuelva a Il Bastone.

Alex titubeó antes de decir:

—Ten cuidado, Dawes. Abre bien los ojos.

Dawes parpadeó.

—¿Por qué? —preguntó—. Yo no soy nadie.

—Eres de Leteo y sigues viva. Sí que eres alguien.

Dawes parpadeó de nuevo, como un mecanismo esperando a que el engranaje girara, a que la ruedecilla adecuada se encajara en su sitio para poder seguir moviéndose. Entonces su visión se aclaró y enarcó las cejas.

—¿Lo has visto? —dijo de pronto, mirando al suelo—. ¿Al otro lado?

Alex negó con la cabeza.

—North dice que no está allí.

—Eso tiene que ser buena señal —dijo Dawes—. El miércoles lo recuperaremos. Lo traeremos a casa. Darlington sabrá qué hacer con todo esto.

Tal vez. Pero Alex no iba a quedarse esperando cuando su vida estaba en juego.

—¿Qué sabes sobre los asesinatos del Novio? —preguntó Alex. Aunque conocía el nombre de North, prefería no utilizarlo demasiado para no fortalecer su vínculo.

Dawes se encogió de hombros.

—Sale en todos esos tours de Fantasmas de Connecticut, junto con Jennie Cramer y esa casa de Southington.

—¿Dónde ocurrió todo?

—No estoy segura. No me gusta leer sobre esos temas.

—Pues te equivocaste al elegir este curro, Dawes. —Ladeó la cabeza—. ¿O fue al revés? —Recordó la historia que le había contado Darlington; a los diecisiete años, se había despertado en un hospital, con una vía en el brazo y la tarjeta del decano Sandow en la mano. Era algo que los dos tenían en común, aunque Alex nunca lo había sentido así.

—Les llamé la atención por el tema de mi disertación. Mi perfil era idóneo para la investigación. Era un trabajo aburrido hasta… —Se interrumpió, y de pronto le temblaron los hombros como si fuera una marioneta y le acabaran de tirar de los hilos. Hasta lo de Darlington. Dawes se frotó los ojos con las manos enguantadas—. Te avisaré si descubro algo.

—Dawes… —empezó a decir Alex. Pero la chica ya había echado a andar rápidamente hacia la Madriguera.

Alex miró a su alrededor, con la esperanza de ver al Novio, preguntándose si el *gluma* o su amo sabían que ella había sobrevivido, si al doblar la esquina le tenderían una nueva emboscada. Tenía que volver a su residencia.

Alex pensó en el pasaje de *Los idilios del rey* que había citado el Novio y en el siniestro peso de sus palabras. Creía recordar que aquel fragmento hablaba sobre el romance de Geraint y Enid: un hombre enloquecido por los celos, a pesar de que su esposa nunca había dejado de serle fiel. Eso no le inspiraba demasiada confianza. *Prefiero morir que dudar*. ¿Por qué había elegido Tara esas palabras para su tatuaje? ¿Se sentía identificada con Enid, o solamente le gustaba su sonoridad? ¿Y por qué alguien de El Pergamino y la Llave querría compartirlas con ella? Alex no se imaginaba que un Cerrajero agradecido por un colocón hubiera recompensado a Tara con una visita a la tumba y una lección de mitología. E incluso si descartaba la posibilidad de que todo fueran imaginaciones suyas, ¿en qué momento el trapicheo de maría a universitarios había desembocado en un asesinato? Allí tenía que estar pasando algo más gordo.

Alex se acordó de los últimos momentos de Tara, vistos a través de sus propios ojos: tumbada bocarriba en aquel cruce, había visto el rostro de Lance. ¿Y si no era Lance? ¿Y si habían utilizado algún tipo de glamur?

Giró por High Street y se dirigió al comedor del colegio mayor Hopper. Anhelaba la seguridad de su habitación, pero las respuestas la protegerían mejor que cualquier barrera mágica. Aunque Turner le había prohibido hablar

con Tripp, era el único nombre que tenía, la única conexión directa entre Tara y las sociedades.

Todavía era temprano, pero allí estaba Tripp, tal y como Alex esperaba, sentado en una mesa larga con varios colegas, todos vestidos con pantalones cortos holgados, gorras de béisbol y sudaderas de forro polar, todos con las mejillas sonrosadas por el viento, a pesar de que debían de tener una resaca considerable. Por lo visto, el dinero era mejor que una inyección de vitaminas. Darlington estaba cortado con un patrón tan caro como el de esos chicos, pero él tenía un rostro de verdad, con algo de dureza en sus rasgos.

En cuanto se acercó, notó que los amigos de Tripp la miraban, la evaluaban y la descartaban. Se había duchado en la Madriguera, se había puesto un chándal de Leteo y se había peinado. Había estado a punto de morir atropellada y la habían ahogado; eso era lo máximo que estaba dispuesta a hacer para agradar a los demás.

—Eh, Tripp —dijo en tono simpático—. ¿Tienes un minuto?

El chico se volvió hacia ella.

—¿Vas a invitarme al baile de graduación, Stern?

—Depende. ¿Después te abrirás de piernas como la guarrilla que eres?

Los amigos de Tripp la jalearon y uno de ellos soltó un largo «¡Toooomaaaa!». Ahora sí que le prestaron atención.

—Necesito hablar contigo sobre esos ejercicios.

Tripp se puso colorado, pero enderezó los hombros y se levantó.

—Claro.

—No lo traigas muy tarde a casa —dijo uno de sus colegas.

—¿Por qué? —replicó Alex—. ¿Tú también te lo querías tirar?

Los chicos volvieron a vitorear y aplaudir, como si Alex acabara de hacer una jugada maestra.

—Vas a tope, Stern —dijo Tripp, girándose para echarle una mirada mientras salían del comedor—. Me mola.

—Ven —le dijo Alex, llevándolo escaleras arriba. Pasaron junto a unas vidrieras que representaban escenas de la vida en las plantaciones; habían sobrevivido al cambio de nombre del colegio mayor, de Calhoun («la esclavitud es un bien positivo») a Hopper. Unos años antes, un conserje negro había hecho añicos una de ellas.

La expresión de Tripp empezaba a delatar su expectación pícara.

—¿Qué quieres, Stern? —le preguntó cuando entraron en la sala de lectura. No había nadie.

Alex cerró la puerta al pasar, y la sonrisa de Tripp se ensanchó; el pobre se había creído de verdad que Alex le estaba tirando la caña.

—¿De qué conocías a Tara Hutchins?

—¿Cómo?

—¿De qué la conocías? He visto sus registros de llamadas —mintió—. Sé que hablabais a menudo.

Tripp frunció el ceño y se reclinó contra el respaldo de un sofá de cuero, cruzándose de brazos. Aquella postura hosca no le pegaba nada; hacía que sus facciones infantiles pasaran de «niño mono» a «bebé enfurruñado».

—¿Ahora eres poli?

Alex se acercó unos pasos. Notó que Tripp se ponía tenso y se obligaba a no retroceder. El suyo era un mundo de deferencia y movimientos oblicuos. No te encarabas con la gente. No la mirabas a los ojos. Te mantenías tranquilo. Indiferente. No te tomabas las cosas a pecho.

—No me obligues a decir «Yo soy la ley», Tripp, porque seguro que me descojono.

El chico entornó los ojos.

—¿De qué va esto?

—¿Eres bobo o qué? —Tripp abrió la boca de par en par. Tenía el labio inferior húmedo. ¿Nunca le habían hablado así?—. Va de una chica muerta. Quiero saber qué relación tenías con ella.

—Ya he hablado con la policía.

—Y ahora estás hablando conmigo. Sobre una chica muerta.

—No tengo por qué…

Alex se inclinó hacia él.

—Sabes cómo funciona esto, ¿no? Mi trabajo, el trabajo de la Casa Leteo, consiste en evitar que los mierdecillas prepotentes como tú causéis problemas a la administración.

—¿Por qué eres así? Pensaba que éramos amigos.

¿Lo dices por todas las veces que hemos jugado al beer pong[18] *y por el verano que pasamos en Biarritz?* ¿Realmente no sabía la diferencia entre cortesía y amistad?

—Y somos amigos, Tripp. Si no fuera tu amiga, ya habría hablado con el decano Sandow, pero no quiero causaros problemas innecesarios a ti o a La Calavera.

Tripp encogió sus anchos hombros.

—De vez en cuando echábamos un polvo.

—Tara no parece tu tipo.

—Tú no sabes cuál es mi tipo. —¿De verdad esperaba salir de esta ligando con ella? Alex le sostuvo la mirada hasta que Tripp desvió la suya—. Lo pasábamos muy bien —murmuró.

Por primera vez, Alex tuvo la sensación de que Tripp decía la verdad.

—Seguro que sí —dijo Alex en voz baja—. Siempre te sonreía, siempre se alegraba de verte.

Esa era la clave de un buen camello. Seguramente Tripp nunca se había dado cuenta de que no era más que un cliente, de que Tara se le arrimaba solo cuando tenía pasta.

—Era muy maja. —¿Le importaba su muerte? ¿La turbación de sus ojos no se debía solamente a la resaca, o tal vez Alex quería convencerse de que Tara había significado algo para él?—. Te juro que solo follábamos y fumábamos hierba.

—¿Alguna vez quedasteis en su casa?

Negó con la cabeza.

—Siempre venía a verme a mí.

Por supuesto, averiguar su dirección no podía ser así de sencillo.

—¿Alguna vez la viste con alguien de otra sociedad?

Tripp se encogió de hombros de nuevo.

—No lo sé. Mira, Lance y T eran camellos. Vendían la mejor hierba que he probado nunca, la mierda más verde y fresca que te puedas imaginar. Pero no sé con quién más se juntaba.

—Te he preguntado si la viste con alguien.

Tripp agachó la cabeza un poco más.

—¿Por qué me hablas así?

—Oye —le dijo en voz baja, apretándole el hombro—. No te has metido en ningún lío, ¿vale? No te pasará nada. —Notó que se relajaba un poco.

—Estás siendo muy chunga.

Alex se debatía entre sacudirle un tortazo o arroparlo y darle un vasito de leche.

—Solo intento obtener respuestas, Tripp. Ya sabes cómo va esto. Intento hacer mi trabajo.

—Te entiendo, te entiendo. —No era verdad, pero le seguía el rollo. Tripp Helmuth, un tipo corriente. Tan trabajador como el que más.

Alex le apretó el hombro con más fuerza.

—Pero tienes que ser consciente de la situación. Ha muerto una chica. La gente con la que iba… no son tus amigos. Y no me vengas con frases de la tele como «No me iré de la lengua» o «No soy un chivato», porque esto no es

una peli. Es tu vida. Y tú tienes una buena vida y no quieres jodértela, ¿verdad que no?

Tripp se miraba fijamente los pies.

—No, claro que no. —Parecía al borde del llanto.

—¿Con quién viste a Tara?

Cuando Tripp terminó de cantar, Alex se inclinó hacia atrás.

—¿Tripp?

—¿Sí? —No despegaba la vista de sus pies, calzados con unas ridículas sandalias de plástico, como si para Tripp Helmuth siempre fuera verano.

—Tripp —remitió Alex. Esperó a que el chico levantara la cabeza y la mirara a los ojos. Sonrió—. Ya está. Hemos terminado. Se acabó. —*Ya no tendrás que volver a pensar en esa chica. En que te olvidabas de ella después de follártela. En que creías que a lo mejor te hacía una rebajita si conseguías que se corriera. En que te ponía cachondo estar con alguien un poco peligroso*—. ¿Estamos bien? —le preguntó. Ese era el lenguaje que entendía.

—Sí.

—No dejaré que esto te salpique, te lo prometo.

La respuesta de Tripp la convenció de que el chico no hablaría con nadie sobre aquella conversación, ni con sus amigos ni con los Calaveras:

—Gracias.

Ese era el secreto: hacerle creer que él tenía mucho más que perder que ella.

—Una cosa más, Tripp —le dijo mientras el chico se escabullía de nuevo hacia el comedor—. ¿Tienes bici?

Alex pedaleó a toda velocidad por el Green, dejando atrás las tres iglesias, y continuó por State Street, pasando por debajo de la autovía. Aún tenía que leerse como doscientas páginas si no quería quedarse rezagada esta semana, y posiblemente un monstruo la estuviera persiguiendo, pero ahora mismo necesitaba hablar con el inspector Abel Turner.

Al salir del campus, New Haven iba perdiendo sus pretensiones a trompicones: tiendas de todo a un dólar y roñosos bares deportivos compartían la calle con mercados gourmet y elegantes cafeterías; salones de manicura baratos y diminutas tiendas de teléfonos móviles se intercalaban con exclusivos restaurantes de tallarines y *boutiques* que vendían jaboncitos inútiles. Aquella imagen la ponía nerviosa; era como si la identidad de la ciudad no dejara de cambiar ante sus ojos.

State Street no era más que una larga extensión de nada: aparcamientos, torres eléctricas, las vías de la estación al este… La comisaría era igual de fea, un edificio chato de color avena. Había zonas muertas como aquella repartidas por toda la ciudad: manzanas enteras de inmensos monolitos de hormigón que se cernían amenazantes sobre las plazas desiertas, como un paisaje retrofuturista.

Cuando Darlington había calificado ese estilo de «brutalista», Alex había dicho:

—Sí, es verdad que parece que los edificios te quieren dar una paliza.

—No —la había corregido él—. Viene del francés brut, «crudo», porque emplea hormigón desnudo. Aunque tampoco te falta razón.

Aquella zona había estado ocupada por barrios de chabolas hasta que el Programa Ciudades Modelo había vertido dinero en New Haven.

—Iba a ser un lavado de cara, pero construyeron sitios en los que nadie quería vivir. Y luego se les acabó el dinero y New Haven se quedó llena de… huecos.

Heridas, pensó Alex. *Iba a decir «heridas», porque para él la ciudad está viva*.

Alex sacó su teléfono. Turner no había respondido a sus mensajes. No había tenido valor para llamarlo, pero ya no podía retrasarlo más. Turner no se lo cogió, así que colgó y volvió a llamar otra vez. Y otra. Alex no se había vuelto a acercar a una comisaría desde la muerte de Hellie. *Hellie no fue la única que murió esa noche*. Pero si pensaba en ello de cualquier otra manera, si pensaba en la sangre y en los sesos hechos puré de Len, salpicando la encimera de la cocina, la mente de Alex empezaba a corretear dentro de su cráneo, presa del pánico.

Finalmente, Turner contestó.

—¿Qué puedo hacer por ti, Alex? —Su voz era agradable, solícita, como si estuviera encantado de hablar con ella.

Contestar a mis putos mensajes. Alex carraspeó.

—Hola, inspector Turner. Me gustaría hablar con usted sobre Tara Hutchins.

Turner se carcajeó; no había otra forma de expresarlo. Era la risa indulgente de un abuelo setentón, aunque Turner no podía pasar de los treinta y pocos. ¿Siempre se comportaba así en la oficina?

—Alex, ya sabes que no puedo divulgar nada sobre una investigación en curso.

—Estoy delante de la comisaría.

Silencio. Cuando respondió, la voz de Turner era distinta, un poco menos jocosa y cálida.

—¿Dónde?

—En la acera de enfrente.

Otro largo silencio.

—La estación de tren. Dame cinco minutos.

Alex llevó a pie la bici de Tripp hasta Union Station. El aire agradable y húmedo auguraba nieve. Sudaba, aunque no sabía si por el trayecto en bici o porque nunca iba a acostumbrarse a hablar con la pasma.

Apoyó la bici en la pared del aparcamiento y se sentó a esperar en un banco de hormigón. Un gris pasó corriendo en calzoncillos, mirando su reloj como si temiera perder el tren. *No vas a llegar, colega. Ni a este ni a ningún otro*.

Con un ojo puesto en la calle, buscó en su móvil el nombre de Bertram Boyce North. Quería un poco de contexto antes de empezar a hacer preguntas a la biblioteca de Leteo.

Por suerte, había abundante información en Internet. North y su prometida eran bastante conocidos. En 1854, él y su prometida, la joven Daisy Fanning Whitlock, habían sido hallados muertos en las oficinas de la empresa de carruajes North & Sons, que había sido demolida hacía mucho. Sus retratos aparecían en la web de Fantasmas de Connecticut, justo debajo del apartado «New Haven». North, apuesto y serio, con el cabello mejor peinado que en la otra vida. La única diferencia era su impoluta camisa blanca, sin manchas rojas. Alex sintió un escalofrío. A veces, contra todo pronóstico, se olvidaba de que estaba viendo a un muerto, a pesar de la sangre que le manchaba su elegante ropa. Ver aquella foto estática en blanco y negro era distinto. *Se está pudriendo en un ataúd. Ya no era más que un esqueleto hecho polvo*. Podía exhumar sus restos, y así los dos podrían contemplarlos juntos, al pie de su tumba. Procuró apartar esa idea de su mente.

Daisy Whitlock era hermosa, con el cabello oscuro y la mirada pétrea de las mujeres de la época. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, la sombra de una sonrisa en los labios y el pelo dividido con raya en medio y peinado en suaves bucles que dejaban el cuello al descubierto. Tenía la cintura muy estrecha, los hombros pálidos al aire sobre su vestido con volantes, y sostenía un ramillete de rosas y crisantemos entre sus delicadas manos.

En cuanto a la fábrica donde había tenido lugar el crimen, todavía estaba en construcción en el momento del asesinato de North, y nunca se había llegado a terminar. North & Sons se trasladó a Boston y siguió en

funcionamiento hasta principios del siglo XX. No había fotografías del escenario del crimen, tan solo descripciones morbosas del sangriento y horrendo homicidio, del arma que todavía empuñaba North cuando lo encontraron (una pistola que guardaba en su nuevo despacho en caso de intrusos).

Los cadáveres habían sido descubiertos por la doncella de Daisy, una tal Gladys O'Donaghue, que había salido a la calle gritando. La habían encontrado más tarde en la esquina de Chapel con High, a casi un kilómetro de distancia, totalmente histérica. Incluso después de tomarse un coñac para tranquilizarse, apenas había podido dar información a las autoridades. El crimen parecía evidente; únicamente el móvil planteaba cierto misterio. Algunas teorías insinuaban que Daisy estaba embarazada de otro hombre y que su familia lo había ocultado tras su muerte para evitar mayores escándalos. Otros apuntaban a que North se había vuelto loco por una intoxicación de mercurio, por culpa del tiempo que había pasado cerca de las fábricas de sombreros de Danbury. La teoría más simple era que Daisy quería romper el enlace y North no lo había consentido. Su familia necesitaba la inyección de capital de los Whitlock, y North amaba a Daisy. Era la favorita de las columnas de sociedad, muy conocida por ser coqueta, atrevida y a veces impertinente.

—Ya me caes bien —murmuró Alex.

Echó un vistazo a unos mapas de las tumbas de Daisy y North. Estaba intentando ampliar un viejo artículo de periódico cuando Turner llegó a la estación.

No se había molestado en ponerse el abrigo. Por lo visto, no pretendía quedarse mucho. Aun así, había que reconocer que el cabrón sabía vestir. Llevaba un traje gris oscuro sencillo y formal, pero el corte era perfecto. Alex se fijó en los detalles: el pañuelo del bolsillo, la corbata con raya fina de color lavanda. Darlington siempre estaba elegante sin esforzarse. Pero a Turner no le daba miedo demostrar que se esforzaba en vestir bien.

Tenía la mandíbula tensa y la boca fruncida, pero se puso su careta de diplomacia cuando vio a Alex y cambió por completo su actitud, no solo su expresión. Su cuerpo adoptó una pose relajada, despreocupada e inofensiva, como si estuviera descargando la corriente eléctrica que lo espoleaba.

Turner se sentó a su lado en el banco y apoyó los codos en las rodillas.

—Tengo que pedirte que no vengas a mi lugar de trabajo.

—No respondías a mis mensajes.

—Tengo mucho jaleo. Como bien sabes, estoy investigando un homicidio.

—La alternativa era ir a buscarte a tu casa.

La corriente de alta tensión regresó de inmediato a su cuerpo, y Alex sintió una punzada de placer al saber que lo había sacado de quicio.

—Supongo que Leteo tiene toda mi información de contacto —dijo Turner. Seguramente Leteo lo supiera todo sobre Turner, desde su número de la Seguridad Social hasta sus gustos pornográficos, pero nadie le había dicho nada sobre ese informe a Alex. Ni siquiera sabía si Turner vivía en New Haven. El inspector echó un vistazo a su móvil—. Tienes diez minutos.

—Me gustaría que me dejaras hablar con Lance Gressang.

—Claro que sí. ¿No quieres procesarlo tú misma, ya que estamos?

—Tara no solo estaba relacionada con Tripp Helmuth. Lance y ella también vendían droga a miembros de El Pergamino y la Llave y El Manuscrito. Tengo nombres.

—Te escucho.

—No puedo revelarlos.

El rostro de Turner permaneció impasible, pero Alex notaba que su resentimiento aumentaba con cada segundo que se veía obligado a aguantarla. Mejor.

—¿Me pides información y tú no quieres darme la tuya? —dijo.

—Déjame hablar con Gressang.

—Es el sospechoso principal de una investigación de asesinato. Eres consciente, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa de incredulidad. La tomaba por una idiota. No, por una prepotente. Por otra Tripp. Quizá por otra Darlington. Y Turner prefería esa versión de Alex antes que la que había visto en la morgue. Porque a esta Alex se la podía intimidar.

—Solo necesito unos minutos —dijo, añadiendo un deje lastimero—. En realidad no necesito que me des permiso. Puedo solicitarlo a través de su abogado. Puedo decirle que conocía a Tara.

Turner negó con la cabeza.

—De eso nada. En cuanto me vaya de aquí, lo llamaré y le diré que hay una loca que intenta inmiscuirse en el caso. Tal vez hasta le enseñe ese vídeo en el que apareces corriendo por Elm Street como una chalada.

Alex sintió una punzada de vergüenza al recordar el vídeo en el que se debatía en mitad de la calzada mientras los coches la esquivaban. Conque Sandow había compartido el vídeo con Turner. ¿Se lo habría enseñado a alguien más? La idea de que la profesora Belbalm pudiera verlo le revolvía el estómago. No era de extrañar que hoy el inspector estuviera el doble de

arrogante que de costumbre. No solo la tomaba por una idiota. La tomaba por una idiota desequilibrada. Tanto mejor.

—¿Y qué problema hay? —dijo Alex. Turner flexionó los dedos sobre las perneras impecablemente planchadas de su pantalón de traje.

—¿Qué problema? No puedo colarte ahí sin más. Todos los visitantes se tienen que registrar. Necesito una razón oficial de peso para dejarte entrar. Sus abogados tendrían que estar presentes, y habría que grabar toda la entrevista.

—¿Me estás diciendo que la pasma siempre sigue las normas?

—La *policía*. Y si me salto las normas y la defensa se entera, Lance Gressang saldrá libre. Y yo me quedaré sin trabajo.

—Mira, cuando entré en casa de Tara…

Turner la fulminó con la mirada. Ya no había ni rastro de diplomacia.

—¿Has ido a su casa? Como hayas roto el precinto…

—Necesitaba saber si…

El inspector se levantó con brusquedad. Aquel era el auténtico Turner: joven, ambicioso y harto de verse obligado a bailar para abrirse paso por el mundo. Se paseó de un lado a otro frente al banco antes de señalarla con el índice.

—No te acerques a mi puto caso.

—Turner…

—*Inspector* Turner para ti. No me vas a joder el caso. Como te vea cerca de Woodland, te meto un paquete tan gordo que no volverás a caminar derecha en tu puta vida.

—¿Por qué me habla así? —protestó, tomando prestada la frase de Tripp.

—Esto no es un juego. No eres consciente de lo fácil que me resultaría hacer trizas tu vida, encontrar un alijo de hierba o de pastillas en tu ropa o en tu cuarto. ¿Me explico?

—No puede… —dijo Alex, con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos.

—Puedo hacer lo que me salga de los huevos. Y ahora largo de aquí. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, así que no me tientes.

—Lo pillo, ¿vale? —dijo Alex tímidamente—. Lo siento.

—¿Con quién te dijo Tripp que vio a Tara?

A Alex no le importaba revelarle sus nombres. De hecho, era su intención desde el principio. Turner tenía que enterarse de que Tara vendía droga a alumnos que no aparecían en su registro de llamadas, usando un móvil de

prepago o uno que Lance había ocultado o destruido. Se miró las manos enguantadas y dijo en voz baja:

—Kate Masters y Colin Khatri.

Kate era de El Manuscrito, pero Alex apenas la conocía. La última vez que habían hablado había sido la noche de la fiesta de Halloween, cuando ella y Mike Awolowo le habían suplicado que no se chivara a Leteo por haber drogado a Darlington. Kate iba vestida de Hiedra Venenosa. Pero a Colin sí que lo conocía. Trabajaba para Belbalm y era miembro de El Pergamino y la Llave. Era guapo, sofisticado y pijo de los pies a la cabeza. Alex se lo imaginaba relajándose con una botella de algún vino escandalosamente caro, no fumándose un peta con lo peorcito de la ciudad. Pero sabía por su época en la Zona Cero que las apariencias podían engañar.

Turner se alisó las solapas y los puños del traje y se pasó las manos por los laterales del cabello casi rapado. Alex observó su proceso de recomposición. Finalmente sonrió y le guiñó un ojo; era como si el Turner ávido y furioso nunca hubiera existido.

—Me alegro de haber charlado contigo, Alex. Avísame si puedo ayudarte con alguna otra cosa en el futuro.

Se dio la vuelta y echó a andar de nuevo hacia el gran edificio de la comisaría. A Alex no le había gustado nada hacerse la blanda delante de Turner. Ni que este la tratara de loca. Pero ahora ya sabía en qué calle estaba la casa de Tara, y el resto sería pan comido.

Alex se sintió tentada de ir directamente a Woodland para buscar el apartamento de Tara, pero no quería ir a husmear un domingo, el día en que casi todo el mundo se quedaba en casa. Tendría que aguardar hasta mañana y confiar en que quien había enviado al *gluma* a por ella creyera que seguía postrada en la Madriguera… o muerta. Pero si la estaban vigilando esperaba que la hubieran visto hablando con Turner. Así pensarían que ahora la policía sabía lo mismo que ella y ya no tendría sentido silenciarla. *A menos que Turner también esté en el ajo*.

Alex apartó ese pensamiento de su mente mientras pedaleaba hacia la verja del Hopper. La prudencia tenía su utilidad, pero la paranoia no era más que una distracción.

Le envió un mensaje a Tripp para informarlo de dónde le había dejado la bici y cruzó el Campus Viejo a pie, reflexionando sobre la relación de Tara con las sociedades. El *gluma* era un indicio de la implicación de El Libro y la

Serpiente, pero hasta el momento no parecía que Tara tuviera tratos con nadie de esa sociedad. Tripp era su vínculo con La Calavera y las Tibias. Colin y aquel extraño tatuaje, con El Pergamino y la Llave. Kate Masters, con el Manuscrito… Y la especialidad de El Manuscrito eran los glamures. Si esa noche alguien había utilizado magia para hacerse pasar por Lance, probablemente El Manuscrito había tenido algo que ver. Eso explicaría por qué Alex había visto el rostro de Lance en el recuerdo que tenía Tara del asesinato.

Pero todo eso implicaba dar por hecho que la información de Tripp era fiable. Cuando uno estaba asustado, era capaz de decir cualquier cosa con tal de salir del paso. Ella lo sabía muy bien. Y Alex no tenía dudas de que Tripp vendería gustosamente al primero que se le viniera a la cabeza para escurrir el bulto. Siempre podía darle esos nombres a Sandow, explicarle que Turner iba a comprobar sus coartadas e intentar que el decano reconsiderara el papel de Leteo en la investigación. Pero entonces también tendría que explicarle que le había sonsacado la información a un Calavera.

Y Alex también tenía que ser sincera consigo misma: desde el ataque del *gluma*, algo se había desatado dentro de ella; la verdadera Alex acechaba como una serpiente bajo la falsa piel de la persona que fingía ser. Alex le había enseñado los colmillos a Salome, había intimidado a Tripp y manipulado a Turner. Pero tenía que ser cuidadosa. *Es esencial que te vean como una persona estable y de fiar*. No quería dar a Sandow más excusas para echarla de Leteo y arrebatarle su única esperanza de permanecer en Yale.

Alex sintió un gran alivio mientras subía los escalones de Vanderbilt. Le apetecía estar protegida tras las barreras mágicas, ver a Lauren y a Mercy, quejarse de sus clases y hablar de chicos. Dormir en su estrecha cama. Pero cuando Alex entró en la suite, lo primero que oyó fue un llanto. Sus dos compañeras estaban sentadas en el sofá. Lauren abrazaba a Mercy y le frotaba la espalda mientras esta sollozaba.

—¿Qué ha pasado?

Mercy no levantó la vista, pero Lauren la miró con dureza.

—¿Dónde te habías metido? —le espetó.

—La madre de Darlington necesitaba que la ayudara con una cosa.

Lauren puso los ojos en blanco. Por lo visto, la excusa de la emergencia familiar ya había caducado.

Alex se sentó en la mesita abollada y apoyó sus rodillas en las de Mercy, que se tapaba la cara con las manos.

—Decidme qué pasa.

—¿Se lo puedo enseñar? —preguntó Lauren.

Mercy volvió a sollozar.

—Qué más da.

Lauren le tendió el móvil de Mercy. Alex desbloqueó la pantalla y vio una conversación con un tal Blake.

—¿Blake Keely? —Si no recordaba mal, era jugador de *lacrosse*. Se decía que le había dado una patada en la cabeza a un rival en un partido del instituto, cuando el chico estaba en el suelo. Todas las universidades le habían revocado la beca… todas menos Yale. El equipo de lacrosse había sido campeón de la Ivy League durante cuatro años seguidos. Además, Blake trabajaba como modelo de Abercrombie & Fitch. Había carteles suyos pegados por todos los escaparates de Broadway, imágenes gigantes en blanco y negro de Blake saliendo de un lago montañoso con el pecho desnudo, cargando con un abeto navideño por un bosque nevado o haciendo carantoñas a un cachorro de bulldog al lado de una chimenea.

Anoche estuviste muy sexi. Lo hemos dicho todos. Pásate hoy también.

Había un vídeo adjunto.

Alex no quería reproducirlo, pero lo hizo, y del teléfono brotó un coro de risotadas escandalosas y el golpeteo de la música.

—Eeeeeey, esta noche tenemos aquí a una chica muy guapa, un menú exótico, ¿eh? —decía Blake.

Giró la cámara hacia Mercy, que se reía. Estaba sentada en el regazo de otro chico, con la falda de terciopelo subida hasta los muslos y un vaso de plástico rojo en la mano. *Mierda. Fusión Omega*. Alex le había prometido a Mercy que la acompañaría, pero se le había olvidado por completo.

—Mejor míralo en tu habitación —dijo Lauren mientras Mercy lloraba.

Alex se apresuró a entrar en su dormitorio y cerró la puerta. La cama de Mercy estaba deshecha, una clara señal de que algo iba muy mal, casi más que sus sollozos.

En el vídeo, le subían la falda hasta la cintura y le tiraban de las bragas.

—¡Joder, menudo matojo! —decía Blake con los ojos llorosos y una risa aguda y atolondrada—. Y qué rectito lo tiene. ¿Estás bien, guapa?

Mercy asintió.

—¿No has bebido demasiado? ¿Estás sobria y das tu consentimiento, como se suele decir?

—Y tanto.

Mercy tenía los ojos despiertos, alerta, no entornados ni distantes. No parecía borracha ni drogada.

—Pues de rodillas, nena. Hemos pedido comida china.

Mercy se arrodilló, con los ojos oscuros muy abiertos y húmedos. Abrió la boca. Tenía la lengua morada por el ponche. Alex pausó el vídeo. No, no era por el ponche. Conocía ese color. Lo había visto en los sirvientes de El Manuscrito, durante su fiesta. Era Meritud, la droga de la sumisión, que los acólitos tomaban para renunciar a su voluntad.

La puerta se abrió y entró Lauren.

—No quiere que la lleve al centro de salud.

—La han violado. Deberíamos ir a la poli. —*Para una cosa que pueden hacer bien…*

—Ya has visto el vídeo. Me ha dicho que apenas bebió nada.

—La han drogado.

—Yo también lo pensaba, pero no lo parece. No se comporta como si estuviera drogada. ¿Lo has visto?

—El principio. ¿Es muy fuerte?

—Mucho.

—¿Cuántos eran?

—Solo esos dos. Mercy cree que Blake se lo va a enviar a sus colegas, si es que no lo ha hecho ya. ¿Por qué no la acompañaste?

Se me olvidó. Alex no quería decirlo. Porque sí, una chica había sido asesinada y a ella la habían atacado, pero en el fondo Alex no le había dedicado ni un solo segundo a Mercy, y su amiga se merecía algo mejor. Se merecía salir por ahí a pasarlo bien, coquetear y tal vez conocer a algún chico guapo al que besar y llevar a una cita formal. Por eso Alex había accedido a acompañarla a Fusión Omega. Se lo debía, porque Mercy se había portado bien con ella, la ayudaba con sus trabajos y nunca se compadecía de ella, sino que la animaba a hacerlo mejor. Se le había olvidado por completo la fiesta después del ataque del *gluma*. Se había obsesionado con su miedo, su desesperación y su deseo de saber por qué la perseguían.

—¿Con quién fue? —preguntó Alex.

—Con Charlotte y las de arriba. —La voz de Lauren era un gruñido furioso—. La dejaron allí y se largaron.

Si Mercy estaba bajo la influencia de la Meritud, seguramente ella misma les había dicho que estaba perfectamente, que podían irse. Y ellas, al no conocerla demasiado bien, no habrían intentado persuadirla. Pero si Alex hubiera estado presente, habría visto la lengua morada. Podría haberlo impedido.

Alex volvió a ponerse el abrigo. Hizo una captura de pantalla del vídeo, justo cuando se veía la boca abierta y la lengua morada de Mercy, y se la envió a su propio móvil.

—¿Adónde vas ahora? —susurró Lauren, furiosa—. ¿La madre de Darlington te necesita otra vez?

—Voy a solucionarlo.

—Mercy no quiere que se lo digamos a la policía.

—No me hace falta la policía. ¿Dónde vive Blake?

—En la fraternidad Omega.

Estaba en Lynwood, en la inmunda calle que habían ocupado las fraternidades años atrás, cuando la universidad las había expulsado del campus.

—Alex… —dijo Lauren.

—Procura que se calme y no la dejes sola.

Alex salió a grandes zancadas de Vanderbilt y cruzó el Campus Viejo. Quería ir directa a ver a Blake, pero así no conseguiría nada. Vio un grupo de grises por el rabillo del ojo.

—*Orare las di Korach* —escupió. Le gustaba la sonoridad de aquella maldición de su abuela. *Que se los traguen vivos*. Toda su rabia debía de estar concentrada en esas palabras, porque los grises huyeron en desbandada.

¿Y el *gluma*? Si estaba rastreándola, ¿lo habría ahuyentado? Buscó alguna señal del Novio, pero no había vuelto a verlo desde su encuentro en la frontera.

Alex sabía que no debería haber cabreado al inspector Turner. Tal vez la hubiera ayudado si ella no le hubiera tocado los huevos. Tal vez todavía podía convencerlo. Quería creer que era de los buenos. Pero no quería depender de Turner, de la ley ni de la universidad para solucionar este asunto. Porque el vídeo saldría a la luz de todas formas, y Blake Keely era rico, guapo y admirado. Obtener justicia y resolver un problema eran dos cosas muy distintas.

15

Invierno

Alex no había vuelto a El Manuscrito desde la fiesta de Halloween. Esa noche había dormido en Black Elm con Darlington, intentando no pasar frío en su estrecha cama. Despertó con la luz del amanecer colándose en la habitación. Darlington estaba acurrucado y dormido detrás de ella. Se le había vuelto a empalmar; Alex notaba el bulto rozándole el culo. Además, le acariciaba un pecho con la mano, deslizando el pulgar sobre el pezón con el balanceo perezoso de la cola de un gato. Alex sintió que todo su cuerpo se encendía.

—Darlington —le espetó.

—¿Mmmm? —murmuró él, con la boca pegada a su nuca.

—O follamos de una vez o te estás quietecito.

Darlington se quedó paralizado en cuanto despertó. Rodó sobre sí mismo hasta bajar de la cama, tropezando y enredándose con las sábanas.

—No te… Lo siento. ¿Hemos…?

Alex puso los ojos en blanco.

—No.

—Serán gilipollas…

Un taco inusual, aunque merecido. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro macilento, y seguramente habría estado mucho peor de haberse enterado de que el informe que le enseñó Alex durante el desayuno no tenía nada que ver con el que le había enviado ya al decano Sandow.

La tumba de El Manuscrito estaba aún más fea bajo el sol del mediodía; el círculo oculto en la pared de ladrillo aparecía y desaparecía mientras Alex se acercaba a la puerta de entrada. Mike Awolowo la invitó a pasar con un gesto. La sala principal y el jardín parecían espaciosos y seguros, sin duda por la magia enterrada varias plantas más abajo.

—Me alegro de que me hayas llamado —dijo él, aunque seguramente fuera mentira. Mike cursaba Estudios Internacionales, y tenía la actitud

simpática y entusiasta de un presentador de tertulias.

Alex echó un vistazo a su alrededor; por suerte, no parecía haber nadie más. Ahora que Kate Masters había entrado en su lista de sospechosos, no quería complicar más las cosas.

—Es hora de saldar cuentas.

Mike la miró con resignación, como si acabara de sentarse en la consulta del dentista.

—¿Qué necesitas?

—Hacer desaparecer algo. Un vídeo.

—Si ya se ha hecho viral, no podemos hacer nada.

—Creo que todavía no, pero podría pasar en cualquier momento.

—¿Cuánta gente lo ha visto?

—Hasta ahora, un puñado de personas. No estoy segura.

—Es un ritual de los grandes, Alex. Y no sé si funcionaría.

Alex le sostuvo la mirada.

—Solamente seguís abiertos por el informe que envié en Halloween.

La noche de la fiesta, Darlington y ella habían salido a toda prisa de la tumba (más o menos), con Mike y Kate pisándoles los talones, disfrazados de Batman y Hiedra Venenosa. Darlington, sin soltarse de su brazo, se tambaleaba y parpadeaba sin parar, como si hubiera demasiada luz.

—Por favor —le había suplicado Awolowo—. La delegación no ha autorizado esto. Parece que uno de los exalumnos se la tenía jurada a Darlington. No era más que una broma.

—No ha pasado nada —dijo Kate.

—Eso lo dirás tú —había replicado Alex, arrastrando a Darlington manzana arriba.

Awolowo y Masters los habían seguido, tratando de persuadirlos y, más tarde, de sobornarlos. Finalmente, Alex había dejado a Darlington recostado en el Mercedes y había hecho un trato con ellos: a cambio de suavizar el informe, le deberían un favor. Alex había descrito lo ocurrido como un accidente y El Manuscrito solo había tenido que pagar una multa, en lugar de enfrentarse a una suspensión. Sabía que tarde o temprano Darlington se enteraría, cuando viera que no habían sufrido sanciones más duras. Supuso que se limitaría a darle la charla sobre la diferencia entre la moral y la ética. Pero luego Darlington había desaparecido y el informe de Alex había pasado desapercibido. Sabía que era un golpe bajo, pero si sobrevivía a su primer año, Alex pasaría a dirigir Leteo. Tenía que hacerlo a su manera.

Awolowo se cruzó de brazos.

—Pensaba que lo hiciste para salvaguardar el orgullo de Darlington.

—Lo hice porque el mundo funciona a base de favores. —Alex se pasó la mano por la cara, intentando deshacerse de la repentina sensación de fatiga. Le tendió su móvil—. Fíjate en la lengua. Alguien está usando una de vuestras drogas para cometer abusos sexuales.

Mike cogió el teléfono y examinó la captura de pantalla con el ceño fruncido.

—¿Meritud? Imposible. Nuestro suministro está restringido.

—Puede que alguien haya divulgado la receta.

—Sabemos muy bien lo que está en juego. Todos seguimos un código muy estricto. No le contamos lo que hacemos aquí al primero que pasa. Además, no se trata de conocer la fórmula o no. La Meritud solamente crece en las montañas del Gran Khingan. Hay un único proveedor, literalmente, y le pagamos generosamente para que solo nos la venda a nosotros.

¿Entonces de dónde la habían sacado Blake y sus amigotes? Otro misterio.

—Lo investigaré —dijo Alex—. Pero ahora mismo necesito solucionar este asunto.

Mike miró fijamente a Alex.

—No es un asunto oficial de Leteo, ¿verdad? —Alex no contestó—. Con los medios de comunicación, existe un umbral límite. Es distinto según sea música, vídeos de famosos, memes… Pero si se sobrepasa el umbral, ya no hay ritual que pueda eliminarlo. Supongo que podríamos intentar revertir la Copa Plena. La usamos para dar más empuje a un proyecto. En septiembre la utilizamos con el *single* de Micha.

Alex recordó que Darlington le había contado cómo los miembros de la sociedad se habían metido desnudos en una gran cuba de cobre, entonando un cántico mientras el recipiente se llenaba gradualmente de vino que brotaba bajo sus pies desde algún sitio invisible. Con ello habían conseguido que un *single* bastante mediocre llegara al número dos de las listas de *dance*.

—¿A cuánta gente necesitarías?

—Por lo menos a tres miembros más. Ya sé a quién avisar. Pero los preparativos tardarán un poco. Entretanto, tendrás que hacer todo lo posible para contener la hemorragia, o no servirá de nada.

—Vale. Llama a tu gente. Cuanto antes. —No le gustaba la idea de que Kate Masters participara, pero si mencionaba su nombre ahora solo conseguiría levantar sospechas.

—¿Estás segura?

Alex sabía lo que Mike le estaba preguntando en realidad. Aquello violaba todos los protocolos de Leteo.

—Estoy segura.

Ya se dirigía a la puerta cuando Mike la llamó:

—Espera.

Se acercó a una pared llena de urnas decorativas, abrió una, sacó un sobre de plástico de un cajón y echó dentro una dosis diminuta de un polvo plateado. Selló el sobre y se lo entregó a Alex.

—¿Qué es?

—Influjo estelar. Astrumsalinas. Es sal extraída de un lago maldito en el que se ahogaron incontables hombres, enamorados de su propio reflejo.

—¿Cómo Narciso?

—El lecho del lago está sembrado de huesos. Esto te volverá extremadamente convincente durante unos treinta o cuarenta minutos. Pero prométeme que averiguarás de dónde han sacado la Meritud esos capullos.

—¿Tengo que esnifarlo? ¿O echármelo por la cabeza?

—Hay que tragarlo. Sabe fatal, así que a lo mejor te cuesta no vomitarlo. Tendrás una jaqueca brutal cuando se te pase el efecto, y también todos aquellos con los que estés en contacto.

Alex sacudió la cabeza. Tanto poder en un simple estante, esperando a que cualquiera se apoderara de él… ¿Qué habría en las demás urnas?

—No deberíais tener acceso a estas cosas —murmuró, pensando en los ojos alucinados de Darlington, en Mercy de rodillas—. No deberíais poder hacerle esto a la gente.

Mike enarcó las cejas.

—¿No lo quieres?

—Yo no he dicho eso. —Alex dobló el sobre y se lo guardó en el bolsillo—. Pero si alguna vez descubro que habéis usado algo parecido conmigo, quemaré esta choza hasta los cimientos.

La casa de Lynwood era un edificio de madera blanca de dos plantas; el porche se hundía bajo el peso de un sofá mohoso. Darlington le había dicho que Omega solía tener una casa en el callejón de La Cabeza del Lobo, una sólida casona de piedra, madera lustrosa y ventanas plomadas. Sus iniciales seguían grabadas en ella, pero a Alex le costaba imaginarse fiestas como Fusión Omega y Sexo en la Playa en un sitio que se parecía más bien a un salón de té para solteronas escocesas.

—La cultura de las fraternidades era muy distinta por entonces —le había dicho Darlington—. Vestían mejor, celebraban cenas formales y se tomaban en serio la filosofía del caballero ilustrado.

—«Caballero ilustrado» te describe bastante bien a ti.

—Un verdadero caballero no presume de su título, y un verdadero ilustrado tiene cosas mejores que hacer que trasegar chupitos flameados de Dr. Pepper.

Cuando Alex le había preguntado por qué la fraternidad había sido expulsada del campus, Darlington se había encogido de hombros mientras subrayaba algo en el libro que estaba leyendo.

—Los tiempos cambian. La universidad quería quedarse con la casa y librarse del riesgo que suponía la fraternidad.

—Tal vez deberían haberlos mantenido dentro del campus.

—Me sorprendes, Stern. ¿Ahora te compadeces de la hermandad de las acrobacias alcohólicas y la agresividad desubicada?

Alex pensó en la casa okupa de Cedros.

—Si obligas a la gente a vivir como animales, empiezan a comportarse como tal.

Pero «animal» era un término demasiado suave para Blake Keely.

Alex sacó el sobre de plástico del bolsillo y se echó en la lengua el polvo que contenía. La arcada fue inmediata; tuvo que pellizcarse la nariz y taparse la boca con la mano para no escupir la sustancia. Su sabor era fétido y salado; se moría por enjuagarse, pero se obligó a tragarlo.

No notaba ninguna diferencia. Joder, ¿y si Mike le había tomado el pelo?

Alex escupió en el jardín embarrado y subió las escaleras. La puerta principal no estaba cerrada con llave. En la sala de estar, que apestaba a cerveza rancia, había otro sofá destartalado y un sillón reclinable alrededor de una mesa baja desportillada, cubierta de vasos rojos de plástico. Sobre una barra de bar improvisada y dos taburetes desparejos colgaba una pancarta con las iniciales de la fraternidad. Un chico descamisado, con una gorra de béisbol puesta del revés y un pantalón de pijama, recogía vasos desperdigados y los metía en una gran bolsa de basura negra.

Dio un respingo al verla.

—Busco a Blake Keely.

El chico frunció el ceño.

—Eh… ¿Eres amiga suya?

Alex deseó no haber tenido tanta prisa en El Manuscrito. ¿Cómo funcionaba exactamente el Influjo estelar? Inspiró hondo y le mostró una

ancha sonrisa.

—Te agradecería mucho que me ayudaras.

El chico retrocedió un paso y se llevó la mano al corazón, como si acabara de recibir un puñetazo en el pecho.

—Por supuesto —dijo con total seriedad—. Por supuesto. Lo que necesites. —Le devolvió la sonrisa. Alex se sintió un poco mareada. Y también un poco genial.

—¡Blake! —gritó el chico, asomándose a las escaleras e indicándole por señas a Alex que lo siguiera. Caminaba casi dando brincos de alegría. Mientras subía, se giró dos veces para mirarla y dedicarle una sonrisa.

Al llegar a la planta superior Alex oyó música y el traqueteo atronador de un videojuego a todo volumen. Allí el olor a cerveza remitía, pero Alex detectó el tufo lejano de una maría muy mala, palomitas de microondas y humanidad. Era igual que la casa que había compartido con Len en Van Nuys, pero aquí la dejadez era un poco distinta y el edificio era más antiguo, más oscuro, sin el fulgor del sol californiano.

—¡Blake! —repitió el chico descamisado. Se dio la vuelta y cogió a Alex de la mano con una sonrisa totalmente sincera.

Un gigantón asomó la cabeza por una puerta abierta.

—Gio, hijoputa —dijo. También iba sin camiseta, con pantalón corto y una gorra del revés, como si aquel fuera su uniforme oficial—. Tenías que limpiar el cagadero. —Al parecer Gio era solo un aspirante o algún tipo de lacayo.

—Estaba recogiendo abajo —le explicó—. ¿Quieres que te presente a…? Oh, Dios mío, no recuerdo tu nombre.

Porque no se lo había dicho. Alex se limitó a guiñarle un ojo.

—Primero limpia el puto cagadero —se quejó el gigante—. ¡Ya está atascado de mierda, pero estos chupapollas siguen cagando! ¿Y quién coño es…?

—Hola —dijo Alex, revolviéndose el cabello, un gesto que no hacía nunca.

—Ah. Eh. Hola. ¿Cómo estás? —El gigantón se tironeó del pantalón corto, se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo greñudo antes de ponérsela de nuevo—. Hola.

—Busco a Blake.

—¿Por qué? —preguntó, desilusionado.

—¿Me ayudas a encontrarlo?

—Pues claro. ¡Blake! —bramó el gigante.

—¿Qué? —respondió una voz irritada desde un dormitorio, al fondo del pasillo.

Alex no sabía cuánto tiempo le quedaba. Soltó la mano de Gio y avanzó, asegurándose de no mirar hacia el cuarto de baño al pasar.

Blake Keely estaba repantigado en un futón, dando sorbos a una botella grande de Gatorade mientras jugaba al *Call of Duty*. Por lo menos él sí que llevaba camiseta.

Alex sentía la presencia de los otros dos chicos tras ella.

—¿Dónde tienes el móvil? —le preguntó Alex.

—¿Quién coño eres tú? —la increpó Blake, inclinando la cabeza hacia atrás y evaluándola de un solo vistazo arrogante.

Por un instante, Alex se dejó llevar por el pánico. ¿Y si los polvos mágicos de Mike ya habían perdido su efecto? ¿Y si Blake era inmune? Pero entonces recordó que el polvo le había quemado la garganta. Tiró del cable de la consola y el videojuego se apagó.

—¿Qué hostias…?

—Uy, perdóóóóóón —dijo Alex.

Blake parpadeó varias veces seguidas antes de mostrarle una sonrisa despreocupada y traviesa. Su sonrisa de mojabragas, pensó Alex, y se sintió tentada de partirle los dientes.

—No pasa nada —dijo—. Soy Blake.

—Ya lo sé.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Nos conocemos? Anoche me pillé una buena tajada, pero…

Alex cerró la puerta y Blake abrió los ojos de par en par. Parecía casi aturullado, pero totalmente ilusionado. Como un niño en Navidad. Un niño rico en Navidad.

—¿Me dejas tu móvil?

Blake se levantó y se lo entregó, ofreciéndole su sitio en el futón.

—¿Quieres sentarte?

—No, quiero que te quedes de pie con esa cara de gilipollas.

Debería haber reaccionado, pero obedeció y se quedó de pie, sonriente.

—Se te da de lujo. —Alex sacudió el teléfono—. Desbloquéalo.

En cuanto lo hizo, Alex buscó la galería y abrió el primer vídeo. Apareció el rostro de Mercy, sonriente y ansiosa. Blake le acariciaba la mejilla con el glande húmedo y ella se reía. Luego giraba la cámara de nuevo y volvía a exhibir su estúpida sonrisa de comemierda, asintiendo con gesto cómplice a sus espectadores.

Alex le mostró el teléfono.

—¿A quién le has enviado este vídeo?

—A un par de la fraternidad. Jason y Rodríguez.

—Diles que vengan y que traigan sus móviles.

—¡Yo ya estoy aquí! —dijo el gigante al otro lado de la puerta cerrada. Alex la abrió—. ¡Jason soy yo! —afirmó con la mano levantada.

Mientras Blake iba a buscar a Rodríguez y Jason el Gigante esperaba pacientemente, Alex buscó los mensajes que había enviado, los borró y eliminó también el resto de mensajes del teléfono, por si acaso. Blake era tan minucioso que había titulado uno de sus álbumes de fotos «Baúl de chochos». Estaba lleno de vídeos de diversas chicas. Algunas tenían los ojos muy abiertos y la lengua morada; otras parecían borrachas, con los ojos vidriosos y la ropa descolocada o arrancada. Una de las chicas estaba tan ida que solo se le veía el blanco de los ojos, que aparecía y desaparecía como lunas menguantes mientras Blake se la follaba; otra tenía el cabello sucio de bilis y la cara apoyada en un charco de vomitona mientras Blake le daba por detrás. Y en todos los vídeos terminaba apuntándose con la cámara, como si no pudiera aguantarse las ganas de lucir esa sonrisa de estrella de cine.

Alex borró todos los archivos de fotos y vídeos, aunque no podía saber si los tenía guardados en algún otro sitio. El móvil de Jason fue el siguiente. O tenía un ápice de conciencia o una resaca de caballo, pero él todavía no se lo había enviado a nadie.

Oyó jadeos desde el fondo del pasillo y de pronto vio a Blake trayendo a rastras a Rodríguez por la alfombra mugrienta.

—¿Qué haces?

—Has dicho que lo trajera —dijo Blake.

—Solo quiero su móvil.

Después de otra rápida comprobación, descubrió que Rodríguez les había enviado el video a un par de amigos, y no había forma de saber con quién lo habrían compartido ellos. *Joder*. Ahora solo cabía esperar que Mike hubiera conseguido reunir a suficientes miembros de El Manuscrito y que la reversión de la Copa Plena tuviera éxito.

—¿Estos dos lo sabían? —le preguntó Alex a Blake—. ¿Sabían lo de la Meritud? ¿Sabían que Mercy iba drogada?

—No —dijo Blake, sin dejar de sonreír—. Solo saben que soy un crack mojando el churro.

—¿Quién te dio la Meritud?

—Un tío de la Escuela de Silvicultura.

¿La Escuela de Silvicultura? Allí tenían Invernaderos con termostatos regulables y controles de humedad, diseñados para replicar ambientes de todo el mundo; tal vez, incluso el de las montañas del Gran Khingan. ¿Qué había dicho Tripp? *Lance y T tenían la mierda más verde y fresca que le puedas imaginar*.

—¿Y qué sabes de Lance Gressang y de Tara Hutchins?

—¡Sí! Esos son. ¿Conoces a Lance?

—¿Le hiciste daño a Tara? ¿Mataste tú a Tara Hutchins?

Blake parecía confundido.

—¡No! Yo nunca haría nada parecido.

Conque eso sí que le parecía excesivo, pasarse de la raya. Alex empezó a notar una palpitación en la sien derecha. Eso tenía que significar que el Influjo estelar pronto dejaría de hacer efecto. Y quería largarse de allí. Aquella casa le ponía los pelos de punta; era como si el edificio hubiera absorbido todos los actos tristes y sórdidos que se habían cometido entre sus paredes.

Echó un vistazo al móvil que aún tenía en la mano y pensó en la galería de chicas de Blake. Todavía no habían terminado.

—Ven conmigo —le dijo, mirando de reojo hacia la puerta abierta del cuarto de baño.

—¿Adónde? —preguntó Blake, mientras su sonrisa se ensancha como la yema de un huevo al romperse.

—A grabar un vídeo.

16

Invierno

Lauren le había dado un somnífero a Mercy y la había acostado. Alex se quedó con ella, dormitando en la habitación a oscuras, y se despertó a última hora de la tarde con los sollozos de Mercy.

—El vídeo ya no existe —le dijo Alex, inclinándose para cogerle la mano.

—No te creo. No puede haber desaparecido sin más.

—Si fuera a salir a la luz, ya habría salido.

—Tal vez quiere guardárselo para obligarme a volver allí y… hacer cosas.

—Ya no existe —repitió Alex. No tenía forma de saber si el ritual de Mike había funcionado. El cometido de la Copa Plena era proporcionar inercia, no quitarla, pero debía tener esperanza.

—¿Por qué a mí? —preguntaba Mercy una y otra vez, buscando algo de lógica, alguna ecuación que diera como resultado algo que ella había dicho o hecho—. Puede tener a la chica que quiera. ¿Por qué me ha hecho esto a mí?

Porque no busca chicas que lo deseen. Porque se ha cansado del deseo y le ha cogido el gusto a la humillación. Alex no entendía lo que tenían dentro los chicos como Blake, niños bonitos que deberían ser felices. No les faltaba de nada, pero siempre encontraban algo que arrebatar a los demás.

Cuando cayó la noche, bajó de la litera y se puso un jersey y unos vaqueros.

—Ven a cenar —le pidió a Mercy, acuclillándose junto a la cama para encender la lámpara. Mercy tenía la cara hinchada de tanto llorar. Su pelo negro resplandecía sobre la almohada. Tenía el mismo cabello abundante, oscuro e imposible de rizar que Alex.

—No tengo hambre.

—Mercy, tienes que comer algo.

Mercy enterró la cara en la almohada.

—No puedo.

—Mercy. —Alex le zarandeó el hombro—. Mercy, no vas a irte de la uni por esto.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

—No hace falta. Sé que lo estás pensando.

—Tú no lo entiendes.

—Sí que lo entiendo —dijo Alex—. A mí me ocurrió algo parecido en California. Cuando era pequeña.

—¿Y a la gente se le olvidó?

—No, fue una mierda. Y se puede decir que dejé que me jodiera la vida.

—A mí me parece que estás bien.

—Pues no lo estoy. Pero me siento bien cuando estoy contigo y con Lauren, y nadie va a quitarme eso.

Mercy se secó la nariz con la memo.

—¿Entonces lo has hecho por ti?

Alex sonrió.

—Exacto.

—Si alguien lo comenta…

—Si a alguien se le ocurre mirarte mal, le sacaré los ojos con un tenedor.

Mercy se puso unos vaqueros y un jersey de cuello alto para taparse los chupetones; con aquella ropa tan sobria, casi parecía otra persona. Se lavó la cara y se puso corrector de ojeras. Seguía estando pálida y con los ojos enrojecidos, pero nadie tenía buena pinta un domingo por la noche, en pleno invierno de New Haven.

Alex y Lauren la llevaron del brazo, una a cada lado, mientras entraban en el comedor. Había tanto jaleo como siempre: el tintineo de los platos y el sube y baja de la conversación, pero no se hizo el silencio en cuanto ellas llegaron. Quizá, solo quizá, Mike y El Manuscrito lo habían logrado.

Se sentaron con sus bandejas, y mientras Mercy jugaba con su bacalao frito y Alex daba buena cuenta de su segunda hamburguesa con queso (sintiéndose culpable), empezaron las risas. Eran unas risas muy particulares, que Alex conocía bien: burlonas, demasiado vehementes e interrumpidas al taparse la boca con la mano, fingiendo vergüenza. Lauren se quedó totalmente inmóvil y Mercy trató de desaparecer dentro de su jersey. Le temblaba todo el cuerpo. Alex se puso rígida, expectante.

—Vámonos de aquí —dijo Lauren.

Pero Evan Wiley apareció de pronto y se sentó a su lado.

—Dios, me muero.

—No pasa nada —le dijo Lauren a Mercy. Después murmuró, furiosa—: ¿Pero a ti qué te pasa?

—Ya sabía que Blake era asqueroso, pero no tanto.

El móvil de Lauren empezó a vibrar, y después el de Alex. Pero nadie miraba a Mercy; la gente vociferaba y fingía arcadas, con la cara pegada a sus pantallas.

—Miradlo vosotras —dijo Mercy, con el rostro entre las manos—. Por favor.

Lauren inspiró hondo y cogió su móvil. Frunció el ceño.

—Qué asco —dijo sin aliento.

—Ya —dijo Evan.

En la pantalla aparecía Blake Keely, inclinado sobre un retrete inmundo. Alex sintió que la serpiente de su interior se desplegaba, cálida y complacida, como si hubiera encontrado la roca perfecta para tenderse al sol.

—¿Va en serio? —decía Blake en el vídeo, con la misma risa aguda y delirante que al exclamar «¡Menudo matojo!»—. Vale, vale. ¡Estás fatal!

Pero no se podía ver a su interlocutor.

—No —dijo Lauren.

—Dios mío —dijo Mercy.

—*Ya* —repitió Evan.

Y ante sus ojos, Blake Keely metió la mano de lleno en el retrete atascado, sacó un puñado de mierda y le dio un gran mordisco.

Sin dejar de reír, la masticó y la tragó. Y entonces, con los labios y los dientes blancos y perfectos teñidos de marrón, Blake miró a quien grababa el vídeo y exhibió su famosa sonrisa de comemierda.

El móvil de Alex volvió a vibrar. Era Awolowo.

¿SE TE HA IDO LA PUTA OLLA?

Alex optó por una respuesta sencilla:

Besitos.

No tenías derecho. Me fie de ti.

Errar es humano.

Mike no presentaría una queja ante Sandow. De hacerlo, también tendría que explicarle que su delegación había permitido que el secreto de la Meritud se divulgara y que le había entregado a Alex una dosis de Influjo estelar. Ella había usado el propio móvil de Blake para enviar el vídeo nuevo a todos su contactos, y nadie de Omega sabía su nombre.

—Alex —susurró Lauren—. ¿Y esto?

El comedor había estallado en risas y conversaciones. La gente se desternillaba y apartaba sus bandejas de comida con cara de asco, mientras otros se acercaban a curiosear. Evan ya se había sentado en la mesa de al lado. Pero Lauren y Mercy miraban fijamente a Alex, en silencio, con los teléfonos apoyados bocabajo en la mesa.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Lauren.

—¿El qué?

—Has dicho que ibas a solucionarlo —dijo Mercy, clavando un dedo en su móvil—. ¿Y bien?

—Y bien —repitió Alex.

Guardaron silencio durante un rato.

De pronto Mercy deslizó un dedo por la mesa y dijo:

—¿Conoces el refrán de que dos errores nunca suman un acierto?

Mercy acercó la bandeja de Alex y le dio un buen mordisco a su hamburguesa.

—Pues el que lo inventó no tenía ni puta idea.

La cuestión de si los hechiceros de Oriente Medio entregaron su magia a El Pergamino y la Llave voluntariamente o por la fuerza en la época de las Cruzadas no es, en realidad, objeto de debate (las modas cambian y el ladrón pasa a ser conservador de museo), aunque los Cerrajeros insisten en que su dominio de la magia de portales se obtuvo por medios exclusivamente honrados. El exterior de la tumba de El Pergamino y la Llave rinde homenaje a los orígenes de su poder, pero el interior está contradictoriamente consagrado a las leyendas artúricas, incluida la consabida mesa redonda. Hay quien afirma que las piedras del edificio proceden de la legendaria Ávalon; otros juran que pertenecieron al templo de Salomón, y algunos rumorean que se extrajeron de la cantera de Stony Creek. Pero sea cual sea su origen, todo el mundo, desde Dean Acheson hasta Cole Porter y James Gamble Rogers (el arquitecto responsable del mismísimo esqueleto de Yale), se ha peleado por entrar.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos de la Novena Casa

Estoy tan quemada por el sol que no consigo dormir. Andy dijo que llegaríamos a Miami a tiempo para el partido, todo registrado y autorizado por la junta y los exalumnos de El Pergamino y la Llave. Pero está visto que la magia que se cocina ahí dentro falla más que una escopeta de feria. Al menos ahora ya puedo decir que he visitado Haití.

—Diario de Leteo de Naomi Farwell
(*Colegio mayor Timothy Dwight, 1989*)

17

Invierno

Alex se pasó al resto del domingo con Mercy y Lauren en la sala común, con un vinilo de Rimsky-Korsakov en el tocadiscos de Lauren y un ejemplar de *El buen soldado* en el regazo. La residencia estaba especialmente bulliciosa esa noche, y llamaron varias veces a la puerta de la suite, pero no hicieron caso. Finalmente llegó Anna, tan somnolienta y taciturna como siempre. Las saludó con desgana y se escabulló a su dormitorio. Un minuto más tarde, la oyeron hablando por teléfono con su familia de Texas; tuvieron que taparse la boca, temblando y llorando de la risa, cuando la escucharon decir:

—Estoy segura de que son brujas.

Si tú tupieras.

Alex durmió plácidamente, poro despertó en plena noche y encontró al Novio flotando frente a su ventana; las barreras mágicas le impedían entrar. La miraba con expectación.

—Mañana —le prometió Alex. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde su viaje a la frontera. Quería ir a casa de Tara, pero Mercy la necesitaba primero. Les debía más a los vivos que a los muertos.

Estoy avanzando, pensó mientras se tomaba otras dos aspirinas y volvía a tumbarse en la cama. Tal vez no lo hago como lo haría Darlington, pero me las apaño.

El lunes por la mañana, su primera parada fue en Il Bastone, para llenarse los bolsillos de tierra de cementerio y dedicar una hora a revisar toda la información que encontró sobre los *glumae*. Si El Libro y la Serpiente (o quienquiera que hubiera enviado a esa criatura a por ella) quería intentarlo de nuevo, aquel era el momento perfecto. Alex había montado un numerito en público y, académicamente, estaba entre la espada y la pared. Si de pronto se arrojaba a un río, saltaba desde una azotea o se lanzaba en mitad del tráfico, a nadie le extrañaría tanto.

¿Te parecía que estaba deprimida? Se mostraba distante. No hacía amigos. Le costaba seguir el ritmo de las clases. Todo eso era verdad. ¿Habría pasado lo mismo si hubiera sido otra? Si Alex hubiera sido extrovertida y fiestera, habrían dicho que bebía para ahogar las penas. Si hubiera sido una estudiante modélica, habrían dicho que su perfeccionismo había terminado por devorarla. Nunca faltaban excusas para justificar la muerte de una chica.

Y sin embargo, se sentía curiosamente consolada al pensar en lo distinto que habría sido su final tan solo un año antes. Una hipotermia después de colarse borracha en una piscina pública. Una sobredosis por experimentar con algo nuevo o pasarse de la raya. O podría haber desaparecido sin más, haber perdido el favor de Len y haberse desvanecido en el larguísimo Valle de San Fernando, con sus hileras de casitas semejantes a mausoleos de estuco en medio de sus diminutas parcelas.

Pero de momento prefería no palmarla. *Es el principio de la cuestión*, como diría Darlington. Después de discutir con la biblioteca durante varias horas, encontró dos pasajes sobre cómo combatir a los *glumae*, uno en inglés y otro en hebreo, para el que necesitó una piedra de traducción, aunque luego resultó hablar más sobre los gólems que sobre los *glumae*. Pero como ambas fuentes mencionaban el uso de un reloj de pulsera o bolsillo, la información le pareció fiable.

No olvides dar cuerda a tu reloj. El continuo tictac confunde a cualquier ser creado y no nacido. Tomará su mecanismo por un corazón, y buscará en vano el cuerpo que lo alberga.

Eso no la protegería exactamente, pero tendría que bastar con una distracción.

Darlington solía llevar un reloj de pulsera con esfera de nácar y una ancha correa de cuero negro. Alex siempre había dado por hecho que era una herencia familiar o un signo de afectación. Pero tal vez tenía un propósito.

Entró en la armería donde tenían el Crisol de Hiram; el cuenco dorado parecía casi molesto por la falta de uso. Encontró un reloj de bolsillo en un cajón, escondido entre una colección de péndulos de hipnotismo. Le dio cuerda y se lo guardó. Pero tuvo que abrir muchos más cajones hasta dar con el espejo de bolsillo que buscaba, envuelto en guata de algodón. La tarjeta del cajón explicaba el origen del espejo: el cristal se había fabricado originalmente en China, y los miembros de El Manuscrito lo habían engastado en una polvera para utilizarlo en una operación de la CIA durante la Guerra Fría, cuyos detalles seguían siendo confidenciales. La tarjeta no

mencionaba cómo había llegado desde Langley hasta la mansión de Leteo en Orange. El cristal estaba sucio; Alex le echó el aliento y lo frotó con su sudadera para limpiarlo.

A pesar de los acontecimientos del fin de semana, la clase de Español transcurrió sin la habitual sensación de aturdimiento o pánico; luego se pasó dos horas en Sterling terminando sus lecturas para la clase de Shakespeare y se zampó su acostumbrada ración doble en el almuerzo. Se sentía despierta, tan concentrada como cuando tomaba baja belladona, pero sin los escalofríos. Y pensar que solo había hecho falta un intento de asesinato y una visita a la frontera del infierno. Ojalá lo hubiera sabido antes.

Por la mañana había visto a North merodeando por el patio de Vanderbilt, pero Alex le había dicho entre dientes que no tendría un rato libre hasta después de comer. Por supuesto, el gris la estaba esperando cuando salió del comedor y avanzaron juntos por College y Prospect. Estaban casi a la altura de la pista de patinaje cuando cayó en la cuenta de que no había visto ni un solo gris… bueno, no exactamente. Los veía escondidos detrás de las columnas, escabullándose hacia los callejones. *Le tienen miedo*, comprendió. Lo recordó sonriendo en mitad del río. *Hay cosas peores que la muerte, señorita Stern*.

Alex tuvo que consultar varias veces su móvil mientras giraba por Mansfield. Seguía sin retener del todo el mapa de New Haven. Conocía las arterias principales del campus de Yale, las rutas que seguía con frecuencia para ir a clase, pero el resto de aquel cuerpo seguía pareciéndole vago e informe. Su destino era un barrio al que había ido en una ocasión con Darlington en su viejo y maltrecho Mercedes. Este le había enseñado la antigua fábrica de armas de repetición Winchester, ahora parcialmente transformada en modernos áticos; una línea recta recorría el edificio, señalando el punto exacto en el que el constructor se había quedado sin dinero y la pintura se convertía en ladrillo visto. Darlington también le había mostrado la triste cuadrícula de Science Park, la apuesta de Yale por la investigación médico-técnica en los años noventa.

—Deduzco que no salió bien —había dicho Alex, fijándose en las ventanas tapiadas y el aparcamiento desierto.

—En palabras de mi abuelo, esta ciudad siempre ha estado jodida.

Darlington había acelerado enseguida, como si Alex acabara de presenciar una bochornosa discusión familiar en Acción de Gracias. Habían pasado junto a las hileras de casas adosadas baratas y los bloques de pisos donde vivían los obreros durante el auge de la Winchester, y después habían subido por la

cuesta de Science Hill, viendo las casas que habían pertenecido a los encargados de la compañía: casas de ladrillo en vez de madera, con jardines más amplios y delimitados por setos. A medida que ascendían, los chalets iban dando paso a las majestuosas mansiones hasta llegar finalmente a la imponente extensión arbolada del Jardín Botánico Marsh, como si el hechizo se rompiera en la cima.

Pero hoy Alex no se dirigía a lo alto de la colina, sino que se quedó al pie, entre las casas adosadas hechas polvo, los jardines yermos y las licorerías que abundaban en las esquinas. El inspector Turner le había dicho que Tara vivía en Woodland, pero incluso sin el agente apostado en la puerta, no le habría costado nada identificar el hogar de la fallecida. Al otro lado de la calle, una mujer estaba inclinada sobre la valla que rodeaba su jardín, con los brazos colgando hacia delante como si se hubiera quedado congelada en plena zambullida a cámara lenta; contemplaba el feo bloque de apartamentos como si estuviera a punto de ponerse a hablar. Dos tipos con chándal charlaban en la acera, mirando hacia el descuidado jardín del bloque de Tara, pero manteniendo una distancia prudencial. Alex no podía culparlos. Los problemas podían ser contagiosos.

—Casi todas las ciudades son palimpsestos —le había dicho Darlington una vez. Al buscar el significado de esa palabra, Alex no la había escrito bien hasta el tercer intento—. Se construyen y reconstruyen sin parar, hasta que ya no puedes recordar dónde iba cada cosa. Pero a New Haven se le ven las cicatrices. Las grandes carreteras que van al revés, los polígonos empresariales abandonados, los miradores desde los que solo se ven torres eléctricas… Nadie se da cuenta de la vida que medra entre sus heridas, de lo mucho que tiene que ofrecer. Es una ciudad diseñada para que no quieras acercarte a ella.

Tara había vivido en los surcos de una de esas cicatrices.

Alex no llevaba su abrigo ni se había recogido el pelo. Le resultaba fácil pasar desapercibida allí y no quería llamar la atención.

Paseó lentamente y se detuvo a una distancia considerable del bloque, como si estuviera esperando a alguien. Echó un vistazo a su teléfono y miró de reojo a North, lo justo para fijarse en su expresión de frustración.

—Relájate —murmuró. *No respondo ante ti, colega. O eso creo.*

Finalmente, un hombre salió del bloque de Tara. Era alto y delgado, vestido con una chaqueta de los Patriots y unos vaqueros descoloridos. Saludó con la cabeza al policía de la puerta y se puso los auriculares mientras descendía los escalones de ladrillo. Alex lo siguió hasta doblar la esquina.

Cuando ya no los veía nadie, Alex le tocó el hombro para llamarlo. El tipo se dio la vuelta y ella levantó el espejo que llevaba en la mano, deslumbrándolo con la luz del sol. El hombre alzó las manos para protegerse los ojos y retrocedió un paso.

—¿Qué corto…?

Alex cerró el espejo.

—Ay, Dios, cuánto lo siento —dijo—. Te he confundido con Tom Brady.

El tipo la fulminó con la mirada y siguió su camino.

Alex regresó trotando al bloque de pisos. Cuando se acercó al agente de la puerta, levantó el espejo como si fuera una placa y la luz bañó el rostro del policía.

—¿Ya de vuelta? —preguntó el agente, que solamente veía la imagen capturada del tipo de la chaqueta de los Patriots. El Manuscrito tendría la peor tumba, pero también los mejores trucos.

—Me he dejado la cartera —se disculpó Alex, procurando que su voz sonara lo más áspera posible.

El policía asintió y Alex entró por la puerta principal.

Se guardó el espejo en el bolsillo y avanzó por el corredor rápidamente. El piso de Tara estaba en la segunda planta, señalado con un precinto policial.

Alex daba por hecho que tendría que forzar la cerradura. Había tenido que aprender a hacerlo cuando su madre se había puesto seria y la había echado de casa. Allanar tu propio hogar resultaba un tanto inquietante; colarte como si fueras un fantasma en una vivienda que podría haber pertenecido a cualquiera. Pero la puerta de Tara no tenía cerradura. Al parecer, los policías la habían sacado.

Alex empujó la puerta con suavidad y pasó por debajo del precinto. Era evidente que nadie había vuelto para ordenar el apartamento de Tara después del registro de la policía. ¿Quién iba a hacerlo? Uno de sus ocupantes estaba detenido y la otra fiambre.

Los cajones estaban abiertos, los cojines de los sofás sacados y rajados por la policía, en busca de contrabando. El suelo estaba lleno de cosas: un póster arrancado de su marco, un solitario palo de golf, varias brochas de maquillaje. Aun así, Alex se dio cuenta de que Tara había intentado que su casa fuera un lugar agradable. Había colchas de colores grapadas a las paredes, en tonos morados y azules. *Colores relajantes*, habría dicho la madre de Alex. *Oceánicos*. Un atrapasueños colgaba de una ventana junto a una colección de suculentas. Alex cogió una de las macetas y acarició las hojas gruesas y brillantes de la planta. Había comprado una casi exactamente igual

en un mercado de agricultores. Casi no requerían cuidados ni agua. Eran supervivientes en miniatura. Sabía que la suya seguramente había terminado en la basura o archivada como prueba, pero le gustaba pensar que seguía estando en el alféizar de la Zona Cero, tomando el sol.

Alex recorrió el estrecho pasillo hasta el dormitorio, en el que reinaba un desorden parecido. En el suelo, junto a la cama, había una montaña de cojines y peluches. La parte trasera de la cómoda estaba desmontada. Desde la ventana, Alex distinguía a lo lejos la torre picuda de la vieja mansión Marsh. Formaba parte de la Escuela de Silvicultura, con su amplio jardín lleno de invernaderos… a escasos minutos de la casa de Tara. *¿En qué andabas metida, Tara?*

North se había detenido en el pasillo, junto al cuarto de baño. Le había dicho a Alex que necesitaba algo con sus «efluvios».

El cuarto de baño era largo y angosto, con muy poco espacio entre el lavabo y la maltrecha bañera con ducha. Alex recorrió con la mirada los objetos del lavabo y buscó también en el cubo de basura. No bastaba con un cepillo de dientes o un pañuelo usado. North había dicho que el objeto tenía que ser personal. Alex abrió el armario. Apenas quedaba nada dentro, pero en la balda superior encontró una cajita de plástico azul. La etiqueta de la tapa decía: *Cambia de sonrisa, cambia de vida*.

Alex abrió el estuche. Era el retenedor dental de Tara. North parecía escéptico.

—¿Sabes siquiera lo que es esto? —le preguntó Alex—. ¿No sabes que estás ante un milagro de la ortodoncia moderna? —North se cruzó de brazos —. Eso pensaba yo.

A North le había faltado siglo y medio para entenderlo, pero seguramente casi nadie del campus se habría fijado. Un retenedor dental era la típica cosa que los padres compraban a sus hijos, los cuales desconocían su valor y se lo dejaban olvidado en las excursiones escolares o en algún cajón. Pero para Tara había sido importante. Habría tenido que ahorrar durante meses para comprarlo, se lo habría puesto todas las noches y habría tenido mucho cuidado de no perderlo. *Cambia de sonrisa, cambia de vida*.

Alex cortó un trozo de papel higiénico y sacó el retenedor del estuche.

—Para Tara era importante. Hazme caso. —Y con un poco de suerte, también tendría unos efluvios de primera.

Alex puso el tapón del lavabo y abrió el grifo. ¿Contaría eso como una masa de agua? Esperaba que sí.

Dejó caer el retenedor en el agua. Antes de que tocara el fondo, una mano pálida emergió junto al desagüe, como si hubiera brotado del lavabo desportillado. En cuanto los dedos se cerraron, tanto la mano como el retenedor se desvanecieron. Cuando Alex levantó la mirada, vio a North sosteniéndolo, goteante, con una mueca de asco. Alex se encogió de hombros.

—Querías efluvios, ¿no? —Quitó el tapón del lavabo, tiró el papel higiénico a la basura y se dio la vuelta para marcharse.

Había un hombre en el umbral del baño. Era enorme; la cabeza casi rozaba con el dintel y su espalda llenaba todo el hueco de la puerta. Llevaba puesto un mono gris de mecánico, con la parte superior desabrochada y colgando de la cintura. Su camiseta blanca revelaba unos brazos musculosos y tatuados.

—S… —empezó a decir Alex. Pero el hombre ya se abalanzaba sobre ella.

La embistió, estampándola de espaldas contra la pared. Alex se dio un fuerte golpe en la cabeza con el alféizar de la ventana y el hombre la agarró del cuello. Ella le arañó los brazos.

Los ojos de North se habían vuelto negros. Se lanzó contra su atacante, pero lo atravesó sin tocarlo.

Esta vez no era un *gluma*. No era un fantasma. No era una criatura del otro lado del Velo. Era de carne y hueso, y estaba intentando matarla. North no podía ayudarla.

Alex le dio un golpe seco con la palma de la mano en la garganta. El hombre se quedó sin aliento y dejó de agarrarla con tanta fuerza. Ella levantó la rodilla para atizarle en la entrepierna. No le dio de lleno, pero casi. El gigante se dobló en dos.

Alex salió del baño, arrancando la cortinilla de la ducha al pasar y tropezando con ella. Echó a correr hacia el pasillo, seguida de cerca por North. Estaba a punto de ganar la puerta cuando de pronto el mecánico se materializó delante de ella. No había abierto la puerta; había aparecido a través de ella, exactamente igual que un gris. *¿Magia de portales?* Durante un momento fugaz, Alex creyó ver una especie de jardín descuidado a espaldas del hombre, que avanzó hacia ella de nuevo.

Alex retrocedió por la sala de estar abarrotada, protegiéndose el torso con un brazo mientras intentaba pensar. Estaba sangrando y le dolía al respirar. Le había partido varias costillas, no sabía cuántas. Sentía algo cálido y húmedo corriéndole por la nuca, en el mismo sitio donde se había golpeado contra el alféizar. ¿Conseguiría llegar hasta la cocina y coger un cuchillo?

—¿Quién eres? —gruñó el mecánico. Su voz era grave y ronca, tal vez por el golpe en la tráquea que le había propinado Alex—. ¿Quién ha matado a Tara?

—El capullo de su novio —le escupió Alex.

Él rugió y se lanzó de nuevo sobre ella.

Alex se echó hacia la izquierda, zafándose por los pelos, pero el gigantón seguía interponiéndose entre la puerta y ella, brincando sobre las puntas de los pies como si estuviera disputando un combate de boxeo. Le sonrió.

—De aquí no sales, zorra.

Antes de que pudiera esquivarlo de nuevo, el hombre volvió a agarrarla del cuello con las dos manos. Se le empezó a llenar la visión de motas negras rápidamente. North gritaba, gesticulando salvajemente, incapaz de ayudarla. No, incapaz no. No era verdad. Déjame entrar, Alex.

Nadie sabía quién era ella en realidad. Ni North, ni el monstruo que tenía delante, ni Dawes, ni Mercy ni Sandow ni nadie más.

Darlington era el único que lo había adivinado.

18

Otoño pasado

Darlington sabía que a Alex le había fastidiado su llamada. En realidad era normal. No era jueves (día de rituales) ni tampoco domingo (el día en que preparaban el trabajo de la semana siguiente), y era consciente de que a Alex le estaba costando mantener el ritmo de sus clases y de sus responsabilidades para con Leteo. A él le preocupaba que el incidente de El Manuscrito afectara a su relación laboral, pero Alex había pasado página mucho más fácilmente que él; había redactado personalmente el informe para que él no tuviera que revivir la humillación y había seguido quejándose de las exigencias de Leteo, como siempre. La facilidad con la que había olvidado aquella noche, su forma de perdonarlo como si aquello no hubiera tenido la menor importancia, le irritaba y le hacía preguntarse de nuevo por la sórdida vida que había llevado Alex. Hasta había superado con nota su segundo rito con Aureliano (una solicitud de patente en el campus satélite del Peabody, un feo edificio de fluorescentes) y su primera pronosticación con La Calavera y las Tibias. En esta última había tenido un momento de zozobra: se había mareado y había estado a punto de vomitarle encima al Arúspice, pero se había recompuesto. Darlington no podía echárselo en cara, ya que él mismo había supervisado doce pronosticaciones y seguían poniéndole los pelos de punta.

—No tardaremos mucho, Stern —le prometió mientras salían de Il Bastone el martes por la noche—. Rosenfeld está causando problemas con la red eléctrica.

—¿Quién es Rosenfeld?

—No es nadie. Me refiero a Rosenfeld Hall. No debería tener que decírtelo.

Alex se ajustó la bandolera de su bolsa.

—Pues no me acuerdo.

—San Telmo —la ayudó.

—Ah, ya. El tío electrocutado.

En el fondo tenía razón. Presuntamente, san Erasmo había sobrevivido a una electrocución y un ahogamiento. Era quien daba nombre al fuego de San Telmo y a la sociedad que antaño se había alojado entre las torres isabelinas de Rosenfeld Hall. El edificio de ladrillo rojo ahora se usaba como oficinas y anexo. Se cerraba por las noches, pero Darlington tenía una llave.

—Ponte esto —le dijo, entregándole unos guantes y unas polainas de goma, muy similares a las que solía producir la fábrica de su familia.

Alex obedeció y entraron en el vestíbulo.

—¿Por qué no puede esperar hasta mañana?

—Porque la última vez que Leteo ignoró un problema en Rosenfeld, hubo un apagón en todo el campus. —Como queriendo dar su parecer, las luces de las plantas superiores titilaron. El edificio zumbaba ligeramente—. Está todo en *La vida de Leteo*.

—¿Te acuerdas de que me dijiste que solo nos interesaban las sociedades inmuebles? —dijo Alex.

—Sí —contestó Darlington, aunque ya sabía lo que venía a continuación.

—Me lo he tomado al pie de la letra.

Darlington suspiró y, con su llave, abrió la puerta de un enorme almacén lleno de muebles destartalados y colchones viejos.

—Este es el antiguo comedor de San Telmo. —Iluminó con su linterna los altísimos arcos góticos y los intrincados detalles grabados en piedra—. En los años sesenta, cuando la sociedad andaba corta de dinero, la universidad les compró el edificio y prometió seguir alquilándoles las salas de la cripta para sus rituales. Pero en vez de recurrir a un contrato formal hecho por Aureliano para fijar las condiciones, ambas partes optaron por un pacto entre caballeros.

—¿Y los caballeros cambiaron de opinión?

—No, pero murieron y fueron reemplazados por gente menos caballerosa. Yale se negó a renovar el alquiler a la sociedad y San Telmo terminó en esa casucha mugrienta de Lynwood.

—Hogar es donde habita el corazón, pedazo de esnob.

—Precisamente, Stern. El corazón de San Telmo estaba aquí, en su tumba original. Desde que perdieron este lugar, no tienen un centavo y apenas les queda magia. Ayúdame a retirar esto.

Apartaron dos somieres viejos, dejando al descubierto otra puerta cerrada con llave. La sociedad de San Telmo había sido famosa por su magia meteorológica, *artium tempestate*, que usaban para toda clase de cosas, desde manipular el valor de las materias primas hasta alterar el resultado de un gol

decisivo. Desde el traslado a Lynwood, no eran capaces de invocar ni una triste brisa. Todas las casas de las sociedades se erigían en nexos de poder mágico. Nadie sabía cómo se creaban esos nexos, pero ese era el motivo de que no pudieran construirse nuevas tumbas así como así. Había lugares del mundo que la magia evitaba como la peste, como los paisajes lunares desolados del National Mall de Washington D. C., y otros hacia los que se veía irresistiblemente atraída, como el Rockefeller Center de Manhattan y el barrio francés de Nueva Orleans. New Haven presentaba una concentración extremadamente alta de puntos donde la magia parecía quedarse atrapada y acumularse, como el algodón de azúcar en un palito.

La escalera por la que bajaban ahora recorría tres plantas subterráneas; a cada paso, el zumbido era más fuerte. Quedaba muy poco que ver en los niveles inferiores: los polvorientos animales disecados, retirados del zoo de New Haven y adquiridos por capricho de J. P. Morgan en sus tiempos mozos; conductores eléctricos antiguos, con torres de metal puntiagudas, que parecían sacados directamente de una película de terror clásica; cubas vacías y recipientes de cristal resquebrajados.

—¿Son acuarios? —preguntó Alex.

—Teteras para tempestades. —Allí era donde los estudiantes de San Telmo fraguaban el clima: ventiscas que aumentaban el precio de los productos básicos, sequías que arruinaban las cosechas, vientos tan potentes como para hundir un acorazado.

Allí el zumbido era más fuerte, un gemido eléctrico incesante que le erizaba el vello de los brazos y le reverberaba en los dientes.

—¿Qué es eso? —preguntó Alex, haciéndose oír por encima del ruido y tapándose los oídos con las manos. Darlington sabía por experiencia que eso no servía de nada. El zumbido provenía del suelo, del aire. Al cabo de un rato empezaba a volverte loco.

—San Telmo se pasó años invocando tormentas aquí. Por algún motivo, al mal tiempo le gusta volver.

—¿Y nos avisan a nosotros cuando pasa?

Darlington la guio hacia la vieja caja de fusibles. Llevaba mucho tiempo sin utilizarse, pero apenas tenía polvo. Darlington sacó la veleta plateada de su bolsa.

—Extiende la mano —dijo, antes de colocarla sobre la palma de Alex—. Y ahora, sopla.

Alex lo miró con escepticismo y luego sopló con fuerza sobre sus delgadas aspas plateadas. La veleta se levantó, como un sonámbulo de dibujos

animados.

—Otra vez —le ordenó.

La veleta empezó a girar lentamente, empujada por el viento, y comenzó a zumbar en la mano de Alex como si la azotara un vendaval. La chica se inclinó ligeramente hacia atrás. La luz de la linterna le iluminó el cabello mientras se le ponía de punta, formando un halo de viento y electricidad; daba la impresión de que su rostro estaba rodeado de serpientes negras. La recordó en la fiesta de El Manuscrito, con su manto de noche, y tuvo que pestañear un par de veces para alejar la imagen de su mente. No era la primera vez que ese recuerdo le sobrevenía, y siempre se sentía nervioso cuando ocurría, aunque no sabía si era por la humillación de aquella noche o porque había visto algo real, algo de lo que (de haber sido más sensato) habría sido mejor apartar la mirada.

—Hay que hacer girar la veleta —le indicó—. Y luego pulsar los interruptores. —Los fue accionando en rápida sucesión, siguiendo toda la hilera—. Y hazlo siempre con guantes.

Cuando su dedo conectó el último interruptor, el zumbido se convirtió en un agudo gemido que le arañó el cráneo; era el chillido penetrante y frustrado de un niño cascarrabias que no quería irse a la cama. Alex hizo una mueca. Le goteaba un hilillo de sangre por la nariz. Darlington notó el labio húmedo y supo que él también estaba sangrando. Y entonces… crac, una potente luz inundó la sala. La veleta salió disparada y se estrelló contra la pared con un repiqueteo metálico. Todo el edificio pareció suspirar a medida que el zumbido remitía hasta cesar por completo.

Alex se estremeció de alivio, y Darlington le tendió un pañuelo limpio para que se secara la nariz.

—¿Hay que hacer esto siempre que el clima se agobie? —preguntó.

Darlington se secó la nariz también.

—Una o dos veces al año. A veces menos. La energía tiene que dirigirse a alguna parte, y si no la guiamos nosotros, termina creando una subida de tensión.

Alex recogió la veleta abollada. Las puntas de las flechas de plata se habían derretido ligeramente y el eje estaba torcido.

—¿Y qué hacemos con este chisme?

—Lo meteremos en el crisol con un poco de fundente. Debería estar arreglada en unas cuarenta y ocho horas.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo lo que hay que hacer?

—Ya está. Leteo tiene sensores en todos los niveles inferiores de Rosenfeld. Si vuelve el mal tiempo, Dawes recibe un aviso. Trae siempre la veleta, y acuérdate de los guantes y las botas. No tiene más misterio. Y ahora ya puedes seguir con… ¿con qué estabas ahora?

—*La Reina Hada.*

Puso los ojos en blanco mientras se dirigían hacia la puerta.

—Mi más sentido pésame. Spenser es un plasta insoportable. ¿De qué trata tu trabajo?

Pero Darlington solo le prestaba atención a medias. Quería que Alex mantuviera la calma. Igual que intentaba hacer él. Porque ahora que el zumbido del mal tiempo había dado paso al silencio, se oía una respiración.

Guio a Alex entre los pasillos de maquinaria rota y cristales polvorientos, escuchando, escuchando atentamente.

Apenas era consciente de que Alex le estaba hablando sobre la reina Isabel; por lo visto, un chico de su clase había desperdiciado quince largos minutos explicando que todos los grandes poetas eran zurdos.

—Eso es descaradamente falso —dijo Darlington. La respiración que oía era profunda y pausada, como la de una criatura inmóvil. Era tan regular que podía confundirse con cualquier otro sonido del sistema de ventilación del edificio.

—Eso dijo la profe, pero el tío debía de ser zurdo, porque empezó despotricar sobre que a los zurdos se los obligaba a escribir con la mano derecha.

—Ser zurdo se consideraba una señal de influencia demoníaca. La mano siniestra, etcétera.

—¿Y lo era?

—¿El qué?

—Una señal de influencia demoníaca.

—Para nada. Los demonios son ambidiestros.

—¿Alguna vez luchamos con los demonios?

—En absoluto. Los demonios están confinados en una especie de plano Infernal al otro lado del Velo, y los que consiguen cruzarlo están muy por encima de nuestro nivel. No nos pagan tanto.

—No nos pagan nada.

—Exacto.

Allí, en el rincón, la oscuridad parecía más profunda de lo que debería; una sombra que no era tal. Un portal. En el sótano de Rosenfeld Hall. Donde no tenía razón de ser.

Darlington se sintió aliviado. Lo que había tomado por una respiración debía de ser el silbido del aire que se colaba por el portal. Aunque su presencia era misteriosa, ese era un misterio que se veía capaz de resolver. Claramente, alguien había entrado en el sótano para tratar de capturar el poder del viejo nexo de San Telmo para sus propios fines mágicos. El sospechoso más evidente era El Pergamino y la Llave. Habían cancelado su rito anterior, y a juzgar por su intento fallido de abrir un portal a Hungría, la magia de su tumba estaba en declive. Pero no pensaba lanzar acusaciones sin pruebas. Ahora haría un hechizo de contención y aislamiento para inutilizar el portal; luego tendrían que volver a Il Bastone para reunir las herramientas necesarias para cerrarlo de manera permanente. A Alex no le iba a hacer gracia.

—No sé —decía la chica—. A lo mejor querían meter en cintura a los diabólicos niños zurdos porque lo emborronan todo al escribir. Yo siempre sabía cuándo Hellie había estado escribiendo en su diario, porque tenía toda la muñeca manchada de tinta.

Tal vez podía cerrar el portal él solo y dejar descansar a Alex para que trabajara en su tediosa redacción sobre el tedioso Spenser. *Modos de viaje y modelos de transgresión en* La Reina Hada.

—¿Quién es Hellie? —preguntó, pero inmediatamente reconoció el nombre. Helen Watson. La chica a la que habían hallado al lado de Alex, muerta de una sobredosis. En su interior, algo chisporroteó y se encendió como una bombilla. Recordó la salvaje mancha de sangre, repetida una y otra vez por las paredes de aquel mísero apartamento como un macabro estampado. Un golpe asestado con la mano izquierda.

Pero Helen Watson había muerto antes de los asesinatos, ¿verdad? No habían encontrado manchas de sangre en su cuerpo. Ninguna de ellas había sido considerada sospechosa. Las dos iban hasta las cejas de drogas y eran demasiado menudas para causar semejantes lesiones. Además, Alex no era zurda.

Pero Helen Watson sí.

Hellie.

Alex lo estaba mirando en la oscuridad. Tenía la expresión cautelosa de alguien que sabía que había hablado de más. Darlington sabía que debería fingir despreocupación. *Actúa con naturalidad*. Muy fácil, actuar con naturalidad en un sótano cargado de magia meteorológica, al lado de un portal que llevaba a Dios sabía dónde y de una chica que veía fantasmas. No, tal vez no solamente los viera.

Tal vez pudiera dejarlos entrar.

Actúa con naturalidad. En vez de eso, se quedó quieto como una piedra, mirando fijamente los ojos negros de Alex mientras su cerebro repasaba frenéticamente lo que sabía sobre la posesión de los grises. Leteo había seguido la pista a otras personas que supuestamente veían fantasmas. Muchas habían perdido la cabeza o «dejado de ser aptas» como candidatas. Se contaban historias de gente que enloquecía y destruía su habitación del hospital o atacaba a los enfermeros con una fuerza inaudita, la clase de fuerza que haría falta para matar a cinco hombres adultos con un bate de béisbol. Después de esos arrebatos, los sujetos siempre se quedaban en un estado catatónico que hacía imposible su interrogatorio. Pero Alex no era como los demás, ¿verdad?

Darlington la observó. La ondina de ojos devoradores y brillante cabello negro, peinado con una raya central semejante a una columna vertebral desnuda.

—Los mataste tú —dijo—. A todos. A Leonard Beacon. A Mitchell Betts. A Helen Watson. A *Hellie*.

Se hizo un largo silencio. El brillo oscuro de sus ojos pareció endurecerse. ¿No había buscado él siempre la magia, una puerta a otro mundo, un cuento de hadas? Pero las hadas buenas no existían. *Mándame a la mierda*, pensó. *Abre esa boca soez y dime que me equivoco. Mándame al infierno*.

Pero Alex se limitó a responder:

—A Hellie no.

Darlington oía el silbido del viento a través del portal, los gemidos ordinarios del edificio asentándose a su alrededor. Y en algún lugar, a lo lejos, una sirena.

En realidad él ya lo sabía. Desde el primer día, Darlington había intuido que había algo raro en ella, pero no se imaginaba hasta qué punto. *Es una asesina*.

Pero ¿a quién había matado en realidad? Nadie los echaría de menos. Tal vez había hecho lo que tenía que hacer. En cualquier caso, la junta de Leteo no tenía ni idea de con quién estaban tratando, de lo que habían traído a su seno.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Alex. En aquellos ojos negros y duros como piedras de río no había remordimientos ni excusas. Solo la movía la supervivencia.

—No lo sé —contestó Darlington, pero ambos sabían que era mentira. Tenía que contárselo al decano Sandow. No había otra opción.

Pregúntale por qué. No, pregúntale cómo. El móvil debería importarle más, pero Darlington sabía que era el cómo lo que lo obsesionaba, y seguramente también a la junta. Pero en ningún caso podían dejar que Alex continuara formando parte de Leteo. Si ocurría algo, si Alex volvía a hacer daño a alguien, ellos serían los responsables.

—Ya veremos —añadió, y se volvió hacia la profunda sombra del rincón. No quería seguir mirándola y ver su rostro asustado al comprender que iba a perderlo todo.

¿De verdad pensabas que iba a llegar a algún lado? Una parte fría de sí mismo le decía que Alex nunca había tenido lo que hacía falta para estar en Leteo. Para estar en Yale. Aquella chica de la costa oeste, de sol, contrachapado y fórmica.

—Alguien ha entrado aquí antes que nosotros —dijo Darlington, porque era más sencillo hablar del trabajo inmediato que del hecho de que Alex era una asesina. A Leonard Beacon lo habían dejado irreconocible. Los órganos de Mitchell Betts habían quedado casi licuados, hechos pulpa. Los dos hombres hallados en las habitaciones traseras del piso tenían agujeros en el pecho que indicaban que les habían atravesado el corazón. Del bate solo habían quedado unos fragmentos tan pequeños que había sido imposible extraer huellas. Pero Alex estaba limpia. Sin sangre. La policía tampoco había encontrado restos en los desagües.

Darlington señaló la mancha oscura del rincón.

—Han abierto un portal.

—Vale —contestó ella. Cautelosa, indecisa. La complicidad y la simpatía que habían ido forjando en los últimos meses habían desaparecido como una tormenta pasajera.

—Voy a aislarlo —dijo—. Luego volveremos a Il Bastone y hablaremos de esto. —Ni siquiera él sabía si lo decía en serio o si lo que quería decir en realidad era: *Te sonsacaré todo lo que pueda antes de delatarte para que desaparezcas*. Hoy Alex todavía estaría dispuesta a negociar: información a cambio del silencio de Darlington. Ella era su Dante. Eso debería valer algo. *Es una asesina. Y una mentirosa*—. No puedo ocultarle uno cosa así a Sandow.

—Vale —repitió ella.

Darlington sacó dos imanes de su bolsillo y dibujó un símbolo de protección sobre el portal. Aquella clase de magia era exclusiva de El Pergamino y la Llave, pero era un riesgo absurdo para los Cerrajeros intentar

abrir un portal fuera de su tumba. Sin embargo, tenía que usar su misma magia para cerrarlo.

—*Alsamt* —empezó a decir—. *Mukhal*… —El aire se le escapó de la boca antes de terminar de pronunciar las palabras.

Algo acababa de agarrarlo, y Darlington supo que había cometido un terrible error. Aquello no era un portal. En absoluto.

En aquel último instante, comprendió que había muy pocas cosas que lo anclaban al mundo. ¿Qué podía retenerlo allí? ¿Quién lo conocía lo bastante bien como para asir su corazón? Todos los libros, la música, el arte y la historia, las mudas piedras de Black Elm, las calles de esta ciudad. *Esta ciudad*. Nada de eso se acordaría de él.

Intentó hablar. ¿Era una advertencia? ¿Su último resuello de sabelotodo? *Aquí yace el chico que se las sabía todas*. El problema era que no habría tumba donde escribir ese epitafio.

Danny miraba el rostro joven y viejo de Alex, sus ojos oscuros como dos pozos, sus labios entreabiertos que no se movían para hablar. Alex no se adelantó ni pronunció palabras de protección.

Terminó como siempre había sospechado que terminaría: solo y a oscuras.

19

Verano pasado

Alex no sabía decir en qué momento de aquella noche se había desmadrado todo en la Zona Cero. En realidad se remontaba mucho tiempo atrás. Len estaba intentando subir de categoría para que Eitan le diera más responsabilidades. La maría servía para pagar las facturas, pero los chavales de los colegios privados de Buckley y Oakwood querían Rubifen, éxtasis, oxi, ketamina… Sencillamente, Eitan no se fiaba de Len lo suficiente como para confiarle más que unas cuantas bolsas de hierba, por mucho que este le hiciera la pelota.

A Len le encantaba quejarse de Eitan y llamarlo «judío cabrón» a sus espaldas; Alex se avergonzaba al pensar en su abuela encendiendo velas votivas durante el *sabbat*. Pero Eitan Shafir tenía todo lo que quería Len: pasta, bugas y un desfile inagotable de aspirantes a modelo colgadas del brazo. Vivía en una megamansión de Encino, con una piscina infinita que daba a la autopista 405 y custodiada por una cantidad delirante de gorilas. El problema era que Eitan no quería nada de lo poco que tenía Len… hasta que Ariel llegó a la ciudad.

—Ariel —había dicho Hellie—. Es nombre de ángel.

Ariel era primo de Eitan, o su hermano o algo parecido. Alex no estaba segura. Tenía los ojos muy separados y entrecerrados, un rostro apuesto enmarcado por una barba impecablemente recortada. Puso nerviosa a Alex desde el minuto uno. Era demasiado callado y silencioso, como una bestia al acecho. Alex intuía la violencia expectante que habitaba en él. La veía en el respeto que le mostraban todos, incluido Eitan, y también en las fiestas de la mansión de Encino, que se volvían más desenfrenadas solo para impresionarlo, para entretenerlo, como si aburrir a Ariel fuera algo muy peligroso.

Alex tenía la sensación de que Ariel (o una versión suya) siempre había estado presente, que el desordenado mecanismo de las personas como Eitan y

Len no podía funcionar sin alguien como Ariel supervisándolo todo, reclinado en su sillón y parpadeando despacio, como contando hasta cero.

A Ariel le divertía Len. Se reía con él, aunque Ariel nunca parecía sonreír mientras reía. Le encantaba llamar a Len a su mesa, darle una palmadita en la espalda y decirle que improvisara unas rimas.

—Él es nuestro billete de entrada —le dijo Len el día en que Ariel se autoinvitó a la Zona Cero.

A Alex no le cabía en la cabeza que Len no se diera cuenta de que Ariel solo se estaba riendo de él; le divertía su pobreza y le excitaban sus pretensiones. La Alex superviviente era consciente de que había personas que disfrutaban viendo humillarse a los demás. Insistían e insistían para comprobar a qué clase de vejaciones se sometían por necesidad. En casa de Eitan, corrían rumores entre las chicas: *No te quedes a solas con Ariel. No es brusco; es un animal*.

Alex intentó que Len viera el peligro.

—No juegues con ese tío —le dijo—. No es como nosotros.

—Pero le caigo bien.

—Solo le gusta jugar con su comida.

—Está convenciendo a Eitan de que me ascienda —dijo Len frente a la encimera amarillenta y desportillada de la Zona Cero—. ¿Por qué me tienes que joder todo lo bueno que me pasa?

—Ese fentanilo no vale ni para tomar por culo. Te lo da a ti porque nadie más lo quiere.

Eitan no traficaba con fentanilo a menos que supiera de dónde venía exactamente. Prefería no llamar la atención de la pasma, y matar a tus clientes solía llamar la atención. Hacía poco alguien le había pagado una deuda en especie con heroína cortada con fentanilo, pero había pasado por demasiadas manos para poder considerarse limpia.

—No me jodas la oportunidad, Alex —le advirtió Len—. Y limpia este estercolero.

—Espera, que busco mi varita mágica.

Len le dio un bofetón, pero no demasiado fuerte. Era un bofetón de «hablo en serio».

—Ey —protestó Hellie. Alex nunca sabía qué pretendía Hellie con sus «Ey», pero le estaba agradecida de todas formas.

—Relájate —le dijo Len—. Ariel quiere pasar el rato con gente de verdad, no con esas gilipollas de plástico que se trae Eitan. Vamos a buscar los

altavoces de Damon. Limpiadlo todo bien. —Miró a Hellie y luego a Alex—. Y poneos guapas. Esta noche os quiero cariñosas.

—Vámonos —dijo Alex en cuanto Len salió del apartamento; Betcha lo esperaba en el asiento del copiloto, encendiéndose un peta. En realidad Betcha se llamaba Mitchell, pero Alex no lo había averiguado hasta que lo habían arrestado por posesión y habían tenido que rascarse el bolsillo para pagarle la fianza. Len y él eran amigos desde mucho antes de que apareciera Alex, y siempre merodeaba por ahí: alto, fornido y barrigón, con la barbilla siempre llena de acné.

Alex y Hellie pasearon hasta el lecho de hormigón del río de Los Ángeles y luego hasta la parada de autobús de Sherman Way, sin ningún destino en mente. Ya lo habían hecho otras veces, y hasta se habían jurado que se marchaban para siempre. Llegaban hasta el muelle de Santa Mónica, hasta Barstow e incluso, una vez, hasta Las Vegas: se habían pasado el primer día merodeando por los vestíbulos de los hoteles y el segundo robando calderilla a las viejas que jugaban a las tragaperras, hasta que tuvieron suficiente para el autobús de vuelta. Mientras avanzaban por la 15 de regreso a Los Ángeles, las dos se habían dormido bajo el aire acondicionado, apoyadas la una en la otra. Alex había soñado con el jardín del Bellagio: las norias, el agua perfumada y las flores dispuestas como un rompecabezas. A veces Alex y Hellie tardaban solo unas horas; otras, varios días. Pero siempre volvían. El mundo era demasiado grande. Había demasiadas decisiones que solo parecían conducir a más decisiones. Así era la vida, pero ellas nunca habían aprendido a tomar decisiones.

—Len dice que vamos a perder la Zona Cero si Ariel no nos apoya —dijo Hellie mientras subían al RTD. Hoy no tenían grandes planes. Nada de Las Vegas, tan solo una excursión al West Side.

—Ni puto caso —dijo Alex.

—Se va a cabrear cuando vea que no hemos limpiado.

Alex miró por la ventanilla sucia.

—¿Te has fijado en que la novia de Eitan no está?

—¿Cómo?

—Cuando Ariel vino a la ciudad, Eitan le pidió a Inger que se marchara durante unos días. Ya no tiene a ninguna de las chicas habituales, solo morralla del Valle.

—No será para tanto, Alex.

Las dos sabían para qué iba Ariel a la Zona Cero. Le apetecía mezclarse con la plebe, y Alex y Hellie formaban parte de la diversión.

—Nunca es para tanto hasta que lo es —replicó Alex.

No era la primera vez que hacía favores. La primera fue con un pez gordo del cine (al menos según Len) que iba a conseguirle un verdadero chollo en Hollywood. Alex descubrió más tarde que no era más que un ayudante de producción, recién salido de la escuela de cine. Se pasó toda la noche sentada en su regazo, con la esperanza de que la cosa terminara ahí, hasta que se la llevó al cuarto de baño y colocó la mugrienta alfombrilla sobre las baldosas (un gesto curiosamente caballeroso) para que Alex pudiera chupársela cómodamente mientras él se sentaba encima del retrete. *Tengo quince años*, pensó después, mientras se enjuagaba la boca y se retocaba el maquillaje. *¿Qué hace una a los quince años?* ¿Había otra Alex que asistía a fiestas de pijamas y besaba a algún chico en el baile de fin de curso? ¿Y si se metía en el espejo del lavabo y se ponía en la piel de esa otra chica?

Pero no pasaba nada. De verdad. Hasta la mañana siguiente, cuando Len empezó a dar portazos y a fumar como hacía a veces, con tanta intensidad que parecía querer tragarse el cigarrillo con cada calada. Finalmente Alex rompió el hielo:

—¿Qué problema tienes?

—¿Qué problema? Que mi novia es una puta.

Alex había oído esa palabra tantas veces en boca de Len que ya casi ni se daba cuenta. Zorra, guarra, golfa o pelandusca cuando se hacía el sofisticado. Pero nunca se lo había llamado a ella. Era una palabra reservada a otras chicas.

—Dijiste que…

—Yo no dije una mierda.

—Me dijiste que me asegurara de que estuviera contento.

—¿Y eso significa «comerle la polla» en el idioma de las putas?

Le empezó a dar vueltas la cabeza. ¿Cómo se había enterado? ¿Es que el del cine lo había anunciado nada más salir del baño? Y aun así, ¿por qué se enfadaba? Alex sabía perfectamente a qué se refería Len con «contento». La rabia que había sentido era mejor que cualquier droga, porque borraba toda duda de su mente.

—¿Y qué cojones pensabas que iba a hacer? —preguntó, sorprendida de la fuerza y la seguridad de su voz—. ¿Imitar voces? ¿Globoflexia?

Cogió la batidora con la que Len se preparaba batidos de proteínas y la destrozó contra la nevera. Por un momento vio miedo en los ojos de Len y quiso con todas sus ganas que nunca dejara de tenerlo. Len la había llamado loca y se había marchado dando un portazo. Había huido *de ella*. Pero en

cuanto se largó, la adrenalina abandonó el cuerpo de Alex, dejándola agotada y sola. No estaba enfadada ni ofendida, tan solo avergonzada y asustada de haberlo arruinado todo, de haberse arruinado la vida, de que Len ya no la quisiera. ¿Adónde iría entonces? Deseó con todas sus fuerzas que volviera.

Al final Alex le pidió disculpas, le suplicó que la perdonara y los dos se colocaron, subieron el aire acondicionado y echaron un polvo justo al lado; las ráfagas de aire frío eclipsaban sus jadeos. Pero cuando Len le dijo que era su putita, Alex no se sintió sexi ni excitada, sino sumamente pequeña. Le daba miedo echarse a llorar y que eso también le gustara a Len. Volvió la cara hacia el aire acondicionado y notó la ráfaga helada apartándole el cabello del rostro. Cerró los ojos con fuerza, y mientras Len seguía penetrándola a su bola desde atrás, Alex se imaginó que estaba en un glaciar, desnuda y sola; que el mundo estaba limpio y vacío; que todo era perdón.

Pero Ariel no era ningún estudiante de cine con ganas de mojar. Tenía reputación. Se rumoreaba que había llegado a Estados Unidos escondiéndose de la policía israelí después de haberles dado una paliza a dos chicas menores de edad en Tel Aviv; que dirigía peleas caninas clandestinas y que sus preliminares incluían dislocarte los hombros, como un niño arrancándole las alas a una mosca.

Len estaría furioso cuando volviera al piso y lo encontrara hecho un desastre. Y todavía más cuando las chicas no regresaran a la Zona Cero a tiempo para la fiesta. Pero tenían más posibilidades de sobrevivir a la ira de Len que a las atenciones de Ariel.

Alex sabía que Len esperaba que ella se pusiera celosa cuando trajo a Hellie a vivir con ellos aquel día, en la playa de Venice. Pero no había predicho la risa cálida de Hellie, ni su forma cariñosa de abrazar a Alex, ni su costumbre de sacar alguna vieja novela de suspense o ciencia ficción del estante de Alex y pedirle que le leyera. Hellie había hecho que aquella vida fuera tolerable. Alex no iba a recorrer el camino que conducía hasta Ariel, pero tampoco iba a permitir que lo hiciera Hellie, porque en el fondo sabía que no saldrían intactas. Nadie soñaba ni deseaba tener una vida como la suya, pero iban tirando.

El autobús ascendió colina arriba y después bajó por la 101 y la 405 hasta dejarlas en Westwood. Una vez allí, pasearon hasta la UCLA y subieron por la cuesta del campus hasta el jardín de estatuas. Se sentaron en los escalones de los preciosos arcos de Royce Hall y observaron a los universitarios que jugaban al frisbi o leían al sol. *Ocio*. Aquellas personas dichosas buscaban el ocio porque tenían muchísimas cosas que hacer en su vida. Trabajos. Metas.

Alex nunca *necesitaba* hacer nada. Nunca. Eso le hacía sentir que caía por un precipicio sin fondo.

Cuando se sentía especialmente mal por ello, le gustaba hablar con Hellie sobre su plan a dos años vista. Las dos empezarían a estudiar formación profesional en otoño, o clases por Internet. Conseguirían un empleo en el centro comercial y ahorrarían para comprarse un coche de segunda mano y no tener que ir en autobús a todas partes.

Normalmente Hellie le seguía el juego, pero ese día no. Estaba taciturna, malhumorada, buscándole pegas a todo.

—Ningún curro en el centro comercial nos daría para pagarnos un coche además del alquiler.

—Pues de secretarias o algo así.

Hellie echó un largo y significativo vistazo a los brazos de Alex.

—Demasiados tatus. —No como Hellie. Allí tumbada en los escalones de Royce, con sus vaqueros cortos y las piernas bronceadas cruzadas, parecía una más—. Me gusta que pienses que todo eso podría pasar de verdad. Es muy tierno.

—Podría pasar.

—No podemos perder el apartamento, Alex. Yo estuve viviendo en la calle un tiempo cuando mi madre me echó de casa. No pienso volver a pasar por eso.

—No hará falta. Len va de farol. Y si no, ya nos buscaremos la vida.

—Si te quedas más tiempo al sol, vas a parecer mexicana. —Hellie se levantó y se sacudió los pantalones—. Vamos a fumar y a ver una peli.

—No nos quedará dinero para el autobús de vuelta.

Hellie le guiñó un ojo.

—Ya nos buscaremos la vida.

Conocían un cine, el viejo Fox, donde a veces el personal colocaba cordones rojos para los estrenos. Alex se acurrucó en el hombro de Hellie, aspirando el dulce aroma a coco de su piel aún caliente por el sol, notando el tacto sedoso de su cabello rubio rozándole la frente de vez en cuando.

Finalmente se quedó dormida. Cuando las luces del cine se encendieron, Hellie ya no estaba. Alex la buscó en el vestíbulo, luego en el cuarto de baño y luego le envió un mensaje, pero Hellie no le respondió hasta que le mandó el segundo. *Tranqui. Me he buscado la vida*.

Hellie había ido a la fiesta. Había vuelto con Len y con Ariel, y se había asegurado de que Alex no pudiera llegar a tiempo para impedírselo.

A Alex no le quedaba dinero para volver a casa. Probó a hacer autoestop, pero nadie quería recoger a una chica llorosa, con la camiseta sucia y unos vaqueros negros hechos polvo. Paseó por Westwood Boulevard sin saber qué hacer, y al final le vendió la hierba que le quedaba a un pelirrojo con rastas y un perro escuálido.

Cuando llegó al apartamento, tenía los pies llenos de ampollas reventadas y las Converse manchadas de sangre. La fiesta de la Zona Cero estaba en su apogeo; incluso desde fuera se oía el golpeteo de la música.

Alex entró sigilosamente, pero no vio a Hellie ni a Ariel en el salón. Hizo cola para pasar al baño, confiando en que nadie informara de su presencia a Len (o que este estuviera demasiado pedo para importarle), se lavó los pies en la bañera y se tumbó en el colchón del dormitorio del fondo. Volvió a escribir a Hellie.

¿Estás en casa? Estoy al fondo.

Hellie, por favor.

Por favor.

Se quedó dormida, pero despertó al oír que Hellie se tumbaba a su lado. La tenue luz de la farola del callejón le daba un brillo amarillento a su piel. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos.

—¿Estás bien? —preguntó Alex—. ¿Te ha hecho daño?

—No —contestó Hellie, pero Alex no sabía a cuál de las dos cosas le estaba respondiendo—. No, no, no, no, no. —Hellie se abrazó a Alex y la atrajo hacia sí. Tenía el cabello húmedo. Acababa de ducharse y olía a jabón Dial, no a su champú de coco habitual—. No no no no no no —seguía repitiendo. Reía entre dientes, y el cuerpo le temblaba como solía hacerlo cuando procuraba contener la risa para no hacer ruido, pero sus manos aferraban la espalda de Alex; le clavaba los dedos en la carne como si la estuviera arrastrando la marea.

Horas más tarde, Alex se despertó de nuevo. Tenía la impresión de que nunca había conseguido dormir una noche o una mañana del tirón, solamente breves duermevelas. Eran las tres de la madrugada y la fiesta había terminado o se había trasladado a otro lugar. El apartamento estaba en silencio. Hellie estaba tumbada de costado, mirándola todavía con ojos enloquecidos. Había vomitado y tenía la camiseta manchada.

Alex arrugó la nariz al oler el vómito.

—Buenos días, apestosa —le dijo cariñosamente. Hellie sonrió con inmensa ternura y tristeza—. Vámonos de aquí de una puta vez —dijo Alex —. Para siempre. Aquí ya no pintamos nada.

Hellie asintió.

—Quítate esa camiseta. Hueles a vomitona —dijo Alex, y alargó el brazo para subírsela. Su mano la atravesó sin tocarla, hundiéndose en el lugar donde debería haber estado la piel tersa del vientre de Hellie.

Hellie parpadeó una sola vez, con la misma mirada de absoluta tristeza.

Se quedó inmóvil, mirando a Alex, que ahora comprendía que su amiga la estaba contemplando por última vez.

Hellie ya no estaba. O sí. Su cuerpo estaba tumbado en el colchón, bocarriba, a medio metro de ella, fría e inmóvil, con la camiseta ceñida manchada de vómito. Tenía la piel azulada. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí su fantasma, esperando a que Alex despertara? Había dos Hellies en la habitación, pero no había ninguna.

—Hellie. *Hellie*. Helen. —Alex lloraba, inclinada sobre su cuerpo, tomándole el pulso. Notó que algo se quebraba dentro de ella—. Vuelve —sollozó, acercándose al fantasma de Hellie, pero sus brazos lo atravesaban una y otra vez. Con cada movimiento, veía un destello luminoso de la vida de Hellie. La casa soleada de sus padres en Carpintería. Los pies encallecidos por la tabla de surf. Ariel metiéndole los dedos en la boca—. No tenías que hacerlo. No tenías por qué.

Pero Hellie no decía nada, solamente lloraba en silencio. Sus lágrimas parecían de plata al rodar por las mejillas. Alex se puso a gritar.

Len entró dando un portazo, con los faldones por fuera y el pelo alborotado, despotricando porque eran las tres de la madrugada y no podía descansar ni en su propia casa, cuando vio el cuerpo de Hellie.

Entonces empezó a repetir lo mismo una y otra vez:

—Joder joder joder joder. —Aquel martilleo le recordaba a los «no no no no» de Hellie. De pronto le tapó la boca a Alex—. Cállate. Cállate, joder. Zorra imbécil, cállate la puta boca.

Pero Alex no podía callarse. Sus sollozos brotaban como un ruidoso torrente, y el pecho le temblaba mientras Len la estrujaba más y más. No podía respirar. Tenía la nariz llena de mocos y la boca tapada por la mano de Len. Forcejeó mientras él seguía apretando. Iba a desmayarse.

—Hostia puta. —La apartó de un empujón y se secó las manos en el pantalón—. Cállate la boca y déjame pensar.

—¡No me jodas! —Betcha estaba en el umbral, con el barrigón sobresaliendo entre el pantalón corto y la camiseta—. ¿Está…?

—Hay que limpiarla —dijo Len—. Tenemos que sacarla de aquí.

Al principio Alex asintió, pensando que se refería a asearla. Hellie no debería ir al hospital con la camiseta manchada de vómito. No deberían verla así.

—Aún es temprano. No hay nadie en la calle —continuó Len—. Podemos echarla al maletero y dejarla en… no sé. En ese garito tan chungo de Hayvenhurst.

—¿El Crashers?

—Sí. La tiraremos en el callejón. Tiene pinta de drogata, y seguro que todavía tiene mierda de sobra en el cuerpo.

—Sí —dijo Betcha—. Vale.

Alex los observó; le pitaban los oídos. Hellie también los miraba junto a su propio cuerpo, oyéndolos hablar de abandonarla por ahí como si fuera una bolsa de basura.

—Voy a llamar a la poli —dijo Alex—. Ariel le habrá dado…

Len le pegó con la mano abierta, pero con fuerza.

—No seas gilipollas, joder. ¿Quieres ir al trullo? ¿Quieres que Eitan y Ariel vengan a por nosotros? —Le pegó de nuevo.

—Joder, tío, para el carro —dijo Betcha—. Relájate. —Pero no iba a intervenir. No iba a hacer nada para detener a Len.

El fantasma de Hellie inclinó la cabeza hacia atrás, miró hacia el techo y empezó a flotar en dirección a la pared.

—Vamos —le dijo Len a Betcha—. Cógela de los tobillos.

—No podéis hacerle esto —dijo Alex. Era lo que debería haber dicho anoche. Todas las noches. *No podéis hacerle esto*.

El fantasma de Hellie ya empezaba a desaparecer a través de la pared.

Len y Betcha sostenían su cuerpo entre los dos, como si fuera una hamaca. Len le sujetaba las axilas. La cabeza de Hellie se balanceó hacia un lado.

—Joder, huele a mierda.

Betcha la agarraba por los tobillos. Una de las sandalias transparentes de Hellie se mecía, colgada del pie. No se las había quitado antes de acostarse. Seguramente ni se había dado cuenta. Alex observó cómo se deslizaba de su pie hasta caer al suelo.

—Mierda. Pónsela otra vez.

Betcha la sostuvo con torpeza, apoyó los pies de Hellie en el suelo e intentó volver a ponerle la sandalia, como si fuera un criado de *La cenicienta*.

—Joder, cógela y ya está. La dejaremos con el cuerpo.

Cuando Alex los siguió hasta el salón, se dio cuenta de que Ariel estaba todavía allí, dormido en el sofá, en calzoncillos.

—Quiero dormir, coño —dijo, parpadeando perezosamente—. Mierda. ¿Está…?

Y se rio entre dientes.

Se detuvieron delante de la puerta. Al intentar agarrar el picaporte, Len tiró al suelo el estúpido bate de malote que tenía como «protección». Pero no podía sostener el cuerpo de Hellie y girar el picaporte al mismo tiempo.

—Venga —le espetó—. Abre la puerta, Alex. Déjanos salir.

Déjame entrar.

El fantasma de Hellie estaba suspendido entre la ventana y el cielo. Empezaba a volverse gris. ¿Los seguiría también hasta ese callejón inmundo?

—No te vayas —le imploró Alex.

Pero Len se pensó que le estaba hablando a él.

—Abre la puerta, zorra inútil.

Alex acercó la mano al picaporte. *Déjame entrar*. El metal estaba frío. Empezó a abrir la puerta, pero entonces la cerró. Echó el pestillo y se dio la vuelta para mirar a Len, a Betcha y a Ariel.

—¿Y ahora qué? —dijo Len con impaciencia.

Alex le tendió la mano a Hellie. *Quédate conmigo*. No sabía lo que le estaba pidiendo. No sabía lo que le ofrecía. Pero Hellie lo entendió.

Sintió que Hellie se lanzaba hacia ella, sintió que la abría, que la desgarraba para hacer sitio a otro corazón, a otros pulmones, a la voluntad de Hellie, a su fuerza.

—¿Y ahora qué, Len? —preguntó Alex, mientras recogía el bate.

Alex recordaba pocas cosas de lo que había pasado después. La sensación de tener a Hellie dentro de ella, como si estuviera conteniendo el aliento. Lo ligero y natural que sentía el bate en la mano.

No titubeó. Soltó un golpe desde la izquierda, como hacía Hellie cuando jugaba con los Midway Mustangs. Su fuerza era tal que perdió el equilibrio. Acertó primero a Len con un fuerte golpe en el cráneo. Len dio un paso a un lado y tropezó, empujado por el ímpetu del impacto. Alex volvió a golpearlo y su cráneo cedió con un crujido húmedo, abriéndose como una piñata y salpicándolo todo de huesos, sangre y sesos. Alex era tan rápida que Betcha todavía sujetaba los tobillos de Hellie cuando se volvió hacia él. Lo golpeó primero detrás de las rodillas para hacerlo caer al suelo, chillando, y después

le descargó el bate sobre el cuello y los hombros como si fuera un mazo de herrero.

Ariel se levantó; Alex creyó que iba a sacar una pistola, pero no. Retrocedía, con los ojos desorbitados de terror. Cuando Alex pasó junto a la puerta corredera de cristal, comprendió por qué: le brillaba todo el cuerpo. Persiguió a Ariel hasta la puerta. No, en realidad no lo persiguió, sino que voló hacia él, como si sus pies apenas tocaran el suelo. La rabia de Hellie era como una droga que le encendía la sangre. Derribó a Ariel y lo golpeó una y otra vez hasta partirle el bate en la columna vertebral. Después empuñó las dos mitades afiladas y se fue en busca del resto de los vampiros, del aquelarre drogado y babeante que dormía en las camas.

Cuando terminó, cuando ya no quedó nadie más a quien matar y sintió que su cansancio empezaba a hacer mella en la energía inagotable de Hellie, fue su amiga quien la guio, quien la hizo ponerse sus sandalias de plástico en los pies y caminar los tres kilómetros que la separaban del cruce de Roscoe con el río de Los Angeles. No se encontró con nadie; Hellie la guiaba por calles desiertas, le decía por dónde girar, cuánto tiempo esperar y cuándo podía continuar hasta que llegaron al puente y descendieron al río bajo la luz grisácea del alba. Vadearon juntas el agua fría y nauseabunda. La ciudad había desviado el río por el exceso de inundaciones, sellándolo con hormigón para asegurarse de que no causara más daños. Alex dejó que el agua la lavara y se llevara los restos del bate de sus manos, como si fueran semillas. Después siguió el curso del río en dirección a la Zona Cero.

Hellie y ella volvieron a dejar el cuerpo de Hellie en el colchón y se tumbaron juntas en aquella fría habitación. Ya le daba igual lo que pudiera pasar, tanto si venía la policía como si se moría de frío en aquel suelo.

—Quédate —le dijo a Hellie; oía sus dos corazones atronadores latiendo juntos, y sentía el peso de Hellie dentro de sus músculos y sus huesos—. Quédate conmigo.

Pero cuando despertó, un sanitario la deslumbraba con una linterna, y Hellie ya no estaba.

20

Invierno

¿En que pensaba Alex la noche en que Darlington había desaparecido? En que solo tenía que llevarlo de vuelta a la Madriguera. Hablarían. Le explicaría… ¿el qué exactamente? ¿Qué se lo merecían? ¿Qué matar a Len y a los demás le había servido para que tanto Hellie como ella sintieran por fin un mínimo de paz? Que el mundo castigaba a las chicas como ellas, como Tara, por todas sus malas decisiones, por cada error. Que le había encantado administrar el castigo personalmente. Que la conciencia que siempre había dado por hecho que poseía se había tomado el día libre. Y que no se arrepentía en absoluto.

Pero podía decirle que sí. Podía fingir que no recordaba el tacto del bate en las manos, que no volvería a hacerlo. Porque eso era lo que temía Darlington. No que Alex fuera mala, sino que fuera peligrosa. Darlington temía el caos. Alex podía decirle que Hellie la había poseído. Lo transformaría en un misterio que podrían resolver los dos juntos. Le encantaría. Alex se convertiría en un rompecabezas para él, en un proyecto, igual que su ciudad en ruinas y su casa decadente. Podía seguir siendo de los buenos.

Pero Alex no llegó a tener que contarle esas mentiras. La criatura del sótano se había asegurado de ello. Darlington no estaba en un viaje de estudios. No estaba en España. Y ella tampoco creía que se hubiera desvanecido en un plano burbuja y que todavía podían traerlo de vuelta, como si fuera un niño despistado. Dawes y el decano Sandow no habían estado allí esa noche. No habían sentido la rotundidad fatal de esa oscuridad.

—No es un portal —había dicho Darlington en el sótano de Rosenfeld Hall—. Es una bo…

Un segundo después, lo habían envuelto las tinieblas.

Alex había visto su mirada de terror, de súplica. *Haz algo. Ayúdame.*

Quería hacerlo. Al menos eso creía. Había recreado ese momento un millar de veces, preguntándose por qué se había quedado paralizada, si había sido por miedo, por falta de experiencia o por despiste. O si había sido una decisión consciente. Si la criatura del sótano le había dado la solución para el problema que planteaba Darlington.

No puedo ocultarle una cosa así a Sandow. Las palabras de Darlington eran como dedos que se introducían en su boca, le pellizcaban la lengua y le impedían gritar.

Por las noches pensaba en el rostro perfecto de Darlington, en el tacto de su cuerpo rodeando el de Alex bajo las cálidas sábanas de su estrecha cama.

Te he dejado morir. Te he dejado morir para salvarme.

Ese es el peligro de relacionarse con supervivientes.

El mecánico se inclinó sobre ella, sonriendo.

—De aquí no sales, zorra.

Sentía las manos del hombre aplastándole el cuello; era como si sus pulgares pudieran atravesarle la piel hasta hundirse en su tráquea.

Alex no había querido volver a pensar en lo que había ocurrido esa noche en la Zona Cero. No había querido mirar atrás. Ni siquiera estaba segura de qué había pasado, si la causante había sido ella o Hellie.

Déjame entrar.

Quédate conmigo.

Tal vez le daba miedo que, si volvía a abrir esa puerta, algo terrible pudiera colarse dentro. Pero eso era justo lo que necesitaba ahora. Algo terrible.

La mano derecha de Alex agarró el palo de golf del suelo, un *putter*. Extendió la mano izquierda hacía North, recordando la sensación de su cuerpo al dividirse y obligándose a sentirla de nuevo. *Abre la puerta, Alex*. Tuvo tiempo de ver la expresión de sorpresa de North antes de que el frío y oscuro fantasma se abalanzara hacia ella.

Hellie había entrado voluntariamente, pero North se resistió. Alex sentía su confusión, su terror desesperado por seguir siendo libre, pero luego el ansia de Alex se tragó su inquietud.

La sensación de North era diferente de la de Hellie. Ella era la potente curva de una ola del mar. La fuerza de North era oscura, ágil y flexible como un florete. Le llenaba las extremidades y le hacía sentir que le corría metal fundido por las venas.

Hizo girar el palo de golf en la mano, sopesándolo. *¿Y quién te ha dicho que quiera salir de aquí?* Le asestó un golpe.

El mecánico consiguió levantar la mano a tiempo para protegerse la cabeza, pero Alex oyó el satisfactorio crujido de sus huesos al ceder. El tipo soltó un aullido y retrocedió a trompicones hacia el sofá.

Su siguiente objetivo fue la rodilla. Los grandullones eran más fáciles de manejar cuando estaban en el suelo. El mecánico se derrumbó con un ruido sordo.

—¿Quién eres? —preguntó Alex—. ¿Quién te envía?

—Que te jodan —rugió él.

Alex soltó un golpe con el palo de golf, pero este chocó contra la dura tarima de madera. El mecánico acababa de desaparecer; era como si el suelo se hubiera derretido bajo sus pies. Miró el lugar donde lo había visto un momento antes, mientras la vibración del impacto le recorría los brazos.

Algo la golpeó por la espalda. Alex cayó de bruces, notando una explosión de dolor en el cráneo.

Chocó contra el suelo, rodó sobre sí misma y retrocedió a gatas. El torso del mecánico asomaba a través de la pared de la chimenea, dividido en dos.

Alex se levantó de un brinco, pero un segundo más tarde lo tenía encima. El hombre le soltó un puñetazo devastador en la mandíbula. Tan solo la fuerza de North evitó que cayera al suelo como un saco. Volvió a atacar con el palo de golf, pero el mecánico ya no estaba allí. De pronto, un puño la alcanzó en el costado.

Esta vez sí que se cayó al suelo.

El mecánico le arreó un puntapié en el costado, justo en las costillas rotas. Alex soltó un grito mientras él volvía a golpearla.

—¡Manos arriba!

El inspector Turner estaba en la puerta, pistola en mano.

El mecánico miró a Turner, le enseñó el dedo corazón de ambas manos y desapareció, fundiéndose con la chimenea.

Alex se recostó contra la pared y notó que North salía de su cuerpo, convertido en un borrón mientras recuperaba su forma, con el rostro asustado y furioso. ¿Qué quería, que le pidiera perdón?

—Ya lo sé —murmuró Alex—. Pero no tenía elección. —North se llevó la mano a la herida del pecho, como si fuera Alex la que le había disparado—. Encuentra a Tara —le espetó—. Ya tienes el retenedor.

—¿El qué? —dijo Turner. Estaba palpando la chimenea de ladrillos, como si esperara encontrar un pasadizo secreto.

—Era magia de portales —gruñó Alex.

North se giró para mirarla antes de desaparecer a través de la pared del apartamento. La atenazó una oleada repentina de dolor, como una fotografía secuencial de una flor al abrirse. Sentía que la presencia de North había mantenido a raya la peor parte; ahora que estaba vacía, había hueco para el sufrimiento. Alex intentó incorporarse. Turner ya había enfundado la pistola.

Estampó el puño contra la encimera.

—No es posible.

—Sí que lo es —dijo Alex.

—Tú no lo entiendes —insistió Turner, mirándola igual que lo había hecho North, como si Alex le hubiera hecho una jugarreta—. Ese era Lance Gressang. Mi sospechoso de asesinato. He hablado con él hace menos de una hora. Lo he dejado encerrado en su celda.

¿Existe algo antinatural en el propio tejido de New Haven? ¿En la roca con la que se erigieron sus edificios? ¿En los ríos de los que beben sus grandes olmos? Durante la guerra de 1812, los británicos cerraron el puerto de New Haven, y la pobre iglesia de Trinity (que no era todavía el palacio gótico que ahora engalana el jardín) ya no pudo acceder a la madera que necesitaba para su construcción. Pero el comandante Hardy de la Marina Real británica se enteró del destino de aquellas grandes vigas y autorizó que se trasladaran a flote por el río de Connecticut, con estas palabras: «Si existe algún lugar en la Tierra que necesita de la religión, ese es New Haven. ¡Qué pasen las balsas!».

—*de* El legado de Leteo

¿Por qué creéis que se construyeron tantas iglesias aquí? En el fondo, los hombres y mujeres de esta ciudad lo sabían: en sus calles habitaban otros dioses.

—Diario de Leteo de Elliot Sandow (*Colegio mayor Branford, 1969*))

21

Invierno

Turner sacó su móvil; Alex supo lo que iba a pasar a continuación. En parte quería dejar que ocurriera. Anhelaba el pitido regular de las máquinas del hospital, el olor a antiséptico y un gotero bien cargado de la mierda más fuerte que tuvieran para dejarla KO y alejarla de aquel dolor. ¿Se estaba muriendo? No se lo parecía. Ya se había muerto una vez, así que debería saberlo. Pero sí que *sentía* que se moría.

—No —se obligó a decir, con un hilo de voz. Todavía le dolía la garganta, como si las manazas de Lance Gressang siguieran estrangulándola—. Nada de hospitales.

—¿Esa frase la has sacado de una peli?

—¿Cómo se lo vas a explicar a los médicos?

—Les diré que te he encontrado así —contestó Turner.

—Vale. ¿Y cómo se lo voy a explicar yo? El piso hecho polvo, cómo he entrado aquí…

—¿Cómo has entrado aquí?

—No necesito un hospital. Llévame con Dawes.

—¿Dawes?

A Alex le molestó que a Turner se le hubiera olvidado su nombre.

—Óculo.

—A la mierda —dijo Turner—. A la mierda vuestros nombres en clave, vuestros secretitos y vuestras chorradas.

Alex notó que el inspector oscilaba entre la ira y el miedo. Su mente intentaba borrar todo lo que había visto. Una cosa era que te dijeran que la magia existía y otra muy distinta que, literalmente, esta te hiciera un corte de mangas.

Alex se preguntó que le había contado Leteo exactamente a Centurión. ¿Le habían dado el mismo librito de *La vida de Leteo* que a ella? ¿Un archivo lleno de historias de terror? ¿Una taza de recuerdo con la frase «Los

monstruos existen»? Alex se había pasado toda la vida rodeada de lo sobrenatural, y aun así le había costado asimilar la realidad de Leteo. ¿Qué pensaría alguien que había crecido en lo que creía que era una ciudad ordinaria (su ciudad), que había sido el brazo del orden en sus calles, y que de repente se enteraba de que las normas más elementales ya no se aplicaban?

—¿Necesitan un médico? —Había una mujer en el pasillo, teléfono en mano—. He oído jaleo.

Turner le enseñó su placa.

—La ayuda ya está en camino, señora. Gracias.

En cierto modo, aquella placa también era un objeto mágico. Pero la mujer se volvió hacia Alex.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí —consiguió decir Alex, sintiendo un ramalazo de ternura por aquella desconocida en batín que ya se marchaba arrastrando los pies y llevándose el móvil al pecho. Alex intentó levantar la cabeza y el dolor la sacudió como un latigazo—. Tienes que llevarme a un lugar con barreras mágicas. Un sitio donde ellos no puedan alcanzarme, ¿entiendes?

—Ellos.

—Sí, *ellos*. Los fantasmas, los demonios y los presos capaces de atravesar paredes. Todo eso existe, Turner. Esto no va solamente de unos niñatos que se disfrazan con túnicas. Y necesito tu ayuda.

Esas fueron las palabras que lo despertaron.

—Hay un agente en la puerta, y si nos cruzamos con él tendremos que responder a un montón de preguntas. Y está claro que no puedes salir por tu propio pie.

—Sí que puedo. —Pero no quería, joder—. Busca en mi bolsillo derecho. Hay un frasco con cuentagotas.

Turner negó con la cabeza, pero hurgó en el bolsillo de Alex.

—¿Qué es?

—Baja belladona. Échame dos gotas en los ojos.

—¿Una droga? —preguntó Turner.

—Un medicamento.

Eso lo tranquilizó, claro. Turner el *boy scout*.

En cuanto la primera gota le cayó en los ojos, Alex supo que había hecho mal. Sintió de inmediato una gran energía; estaba lista para moverse y actuar, pero la baja belladona no hizo nada para aliviar el dolor. Si acaso, ahora era más consciente de él. *Sentía* las zonas de su cuerpo presionadas por los

huesos rotos, los vasos sanguíneos reventados, los capilares abiertos e hinchados.

La droga le estaba diciendo a su cerebro que no pasaba nada, que todo era posible, que con solo desearlo podía curarse inmediatamente. Pero el dolor gritaba de pánico, aporreando su consciencia como un puño contra un cristal. Sentía que empezaba a resquebrajarse; su cordura era un parabrisas que no debía romperse. La habían llamado loca infinidad de veces, y en ocasiones incluso ella misma había llegado a creérselo, pero aquella era la primera vez que se *sentía* loca.

Su corazón galopaba. *Voy a morir aquí*.

Estás bien. ¿Cuántas tardes y noches le había dicho esas mismas palabras a alguien que había fumado demasiado, tragado demasiado o esnifado demasiado? *Respira hondo. Estás bien. Estás bien*.

—Recógeme en Tilton —le dijo a Turner, poniéndose de pie. Qué guapo era. La baja belladona le iluminaba la piel morena con el resplandor de un atardecer de finales de verano. La luz se reflejaba en el cabello incipiente. *Un medicamento, los cojones*. El dolor volvió a gritar al sentir el movimiento de las costillas rotas.

—Es una idea espantosa —dijo Turner.

—Son las únicas que tengo. Vamos.

Turner soltó un suspiro de exasperación y salió.

La mente sobreexcitada de Alex ya había trazado una ruta de huida por la puerta trasera. Sentía el aire fresco y húmedo en la piel febril. Veía cada veta de la madera grisácea y gastada, notaba el sudor que le brotaba en las mejillas y se le helaba en el aire invernal. No tardaría en ponerse a nevar.

Descendió los escasos peldaños de la entrada. *Bájalos de un salto*, la apremió la droga que le azuzaba el sistema.

—Cállate, por favor —dijo Alex sin aliento.

Todo paracía estar revestido del lustre plateado y liso del esmalte brillante. Se obligó a caminar en lugar de correr, mientras sus huesos se rozaban entre sí como el arco de un violín. El asfalto del callejón al que daba el apartamento de Tara resplandecía; el tufo a basura y meados era una neblina densa y visible por la que tuvo que abrirse camino como una buceadora. Pasó entre dos casas adosadas y salió a Tilton. Un momento después, un Dodge Charger azul dobló la esquina y frenó. Turner bajó rápidamente y abrió la puerta de atrás para que Alex se sentara.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—Il Bastone. La casa de Orange.

Casi se sintió peor al tumbarse y dejar de moverse. Ahora solamente podía pensar en el dolor que la atenazaba, mientras se sumergía en el olor a nuevo de los asientos de piel del Charger. Miró fijamente el cielo y los tejados que desfilaban tras la ventanilla, intentando seguir mentalmente el trayecto hasta Il Bastone. ¿Cuánto faltaba? Dawes estaría allí. Dawes siempre estaba allí, pero ¿podría ayudarla? *Es mi trabajo*.

—Óculo no responde al teléfono —dijo Turner. ¿Dawes estaba en clase? ¿En la biblioteca?—. ¿Qué acabo de ver ahí dentro?

—Te lo he dicho. Magia de portales. —Lo dijo con plena confianza, aunque en realidad no estaba segura. Creía que la magia de portales se utilizaba para recorrer grandes distancias o entrar en edificios vigilados. No para pillar desprevenido a alguien durante una pelea—. Los portales son magia de El Pergamino y la Llave. Tenía la teoría de que Tara y Lance les vendían droga porque conocían a Colin Khatri. Y por el tatuaje de Tara.

—¿Cuál de ellos?

—«Prefiero morir que dudar». Es de *Los idilios del rey*. —Tenía la extraña sensación de que acababa de ocupar el lugar de Darlington. ¿Entonces Turner había ocupado el suyo? Dios, estar tan colocada era una putada—. Lance me ha dicho algo mientras me daba de hostias. Quería saber quién mató a Tara. No fue él.

—¿Tengo que recordarte que es un delincuente?

Alex intentó negar con la cabeza, pero se estremeció de dolor.

—No me estaba mintiendo. —Entre el pánico y el miedo del ataque, había creído que la perseguían otra vez, como había pasado con el *gluma*. Pero ahora ya no estaba tan segura—. Me estaba interrogando. Creía que me había colado en su casa.

—Es que te habías colado en su casa.

—Pero él no ha entrado por eso. Ha venido al apartamento por otra cosa.

—Ahora que lo mencionas. Te dije expresamente que no te acercaras a…

—¿Quieres respuestas o prefieres seguir siendo un capullo? Lance Gressang no mató a Tara. Os habéis equivocado de tío.

Turner no dijo nada. Alex se rio entre dientes. El efecto no valió la pena.

—Sé lo que piensas. O te has vuelto loco y ves cosas raras… o la que está loca soy yo. Y sería un alivio que la loca fuera yo. Pues malas noticias, Turner: ni tú ni yo estamos locos. Alguien intenta que creáis que Lance es el culpable.

—Y tú no crees que lo sea. —Se hizo un largo silencio. Alex oía el tic-tac de los intermitentes, al ritmo de su corazón—. He comprobado las coartadas

de los miembros de las sociedades que mencionaste —dijo por fin.

Así que lo había investigado. Era demasiado buen policía como para descartar sin más una pista. Aunque esta procediera de Leteo.

—¿Y?

—Ya sabíamos que sería imposible confirmar la coartada de Tripp Helmuth, porque nadie estuvo con él toda la noche. Kate Masters asegura que estuvo en El Manuscrito hasta poco después de las tres de la madrugada.

Alex soltó un gruñido cuando el Charger cogió un bache. Hablar le dolía, pero también la distraía.

—Toda su delegación debería haber estado presente —consiguió decir—. Era jueves por la noche. Noche de reunión.

—Yo tengo la impresión de que estuvieron de fiesta hasta tarde. Es un edificio muy grande. Podría haber entrado y salido sin que nadie se diera cuenta.

Y El Manuscrito estaba a pocas manzanas del escenario del crimen. ¿Era posible que Kate se hubiera escabullido y se hubiera disfrazado de Lance con un glamur para encontrarse con Tara? ¿Era una especie de juego? ¿Un colocón que se había salido de madre? ¿Kate le había hecho daño a Tara intencionadamente? ¿O Alex se lo estaba imaginando todo?

—¿Qué sabes del chaval de El Pergamino y la Llave, Colin Khatri? —preguntó Turner.

—Me cae bien. —Alex se sorprendió de sus propias palabras—. Es majo y viste bien. Igual que tú, pero con un estilo más europeo.

—Un dato esencial.

Alex rebuscó en su memoria. La baja belladona le permitió recordar con facilidad el intrincado interior de la tumba de El Pergamino y la Llave, el patrón de las baldosas del suelo. La noche en que habían intentado en vano abrir un portal a Budapest, Colin la había saludado animadamente al verla, como si formaran parte de la misma sororidad.

—Darlington me dijo que Colin era uno de los mejores y más brillantes, que durante la carrera ya hacia trabajos de química de posgrado. El año que viene irá a algún lugar prestigioso. Stanford, creo.

—El jueves pasado no se presentó en El Pergamino y la Llave. Estuvo en una fiesta en casa de una profesora. Bell-no-sé-qué. Una francesa.

Alex quiso echarse a reír.

—No era una fiesta. Era un salón literario. —Colin había estado en el salón de Belbalm. Se suponía que Alex asistiría al siguiente… ¿mañana? No, esta misma noche. Su verano mágico regando las plantas en el apacible

despacho de la profesora parecía más lejano que nunca. ¿Habría estado de verdad Colin en el salón? Tal vez se hubiera ausentado. Alex esperaba que no. El mundo de perfumes y educada conversación de Belbalm le parecía un refugio, la recompensa que seguramente no se merecía, pero que aceptaría gustosamente. Quería mantenerlo separado de todo aquel caos.

Alex sintió que su consciencia se desvanecía, que el primer subidón de la baja belladona empezaba a disiparse. Oyó un pitido demasiado fuerte y a Turner hablando por radio, explicando los daños que había sufrido el apartamento de Lance y Tara. Alguien había entrado buscando drogas; Turner lo había perseguido a pie, pero lo había perdido. Dio una descripción muy vaga del sospechoso, que podía ser tanto hombre como mujer e iba vestido con una parka negra o azul marino.

A Alex le sorprendió oírlo mentir, pero Turner no lo hacía por ella. No sabía de qué otra manera explicar la presencia de Lance ni lo que había visto.

Finalmente, Turner dijo:

—Ya estamos subiendo por el Green.

Alex se obligó a incorporarse para darle indicaciones. El mundo parecía rojo, como si hasta el aire que tocaba su cuerpo se la tuviera jurada.

—Por el callejón —dijo cuando divisó los ladrillos oscuros y las vidrieras de Il Bastone. Había luz en la ventana de la salita. *Que estés en casa, Dawes* —. Aparca detrás.

Alex cerró los ojos y soltó un suspiro cuando el motor se apagó. Oyó el portazo de Turner, que acto seguido la ayudó a salir del coche.

—Dame las llaves —le dijo el inspector.

—No hay.

Dudó un momento, mientras Turner forcejeaba con el picaporte; se preguntaba si la casa dejaría entrar al inspector. Pero por lo visto bastaba con la presencia de Alex (o el edificio reconocía a Centurión), porque la puerta se abrió.

Il Bastone se sacudió de preocupación cuando entró Alex, y todas las lámparas titilaron. A otra persona le habría parecido que acababa de pasar un camión cerca, pero ella sintió la inquietud de la casa y se le hizo un nudo en la garganta. Tal vez le desagradaran la sangre y la conmoción que estaban cruzando su umbral, pero Alex quería creer que a la casa no le gustaba que uno de los suyos estuviera sufriendo.

Dawes estaba tumbada en la alfombra de la salita, con la sudadera ajada y los auriculares.

—Eh —dijo Turner—. ¡Eh! —repitió al ver que no respondía.

Dawes dio un brinco. Fue como ver resucitar a un gran conejo de color *beige*. Se sobresaltó y retrocedió al ver a Turner y a Alex en la salita.

—¿Es racista, o solamente nerviosa? —preguntó Turner.

—¡No soy racista! —protestó Dawes.

—Todos somos racistas, Dawes —dijo Alex—. ¿Cómo te las apañaste para terminar la carrera?

Dawes se quedó boquiabierta cuando Turner arrastró a Alex hasta la luz.

—Dios mío. *Dios mío*. ¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia —dijo Alex—. ¿Me puedes remendar?

—Hay que llevarte al hospital —dijo Dawes—. Nunca he…

—No —replicó Alex—. No pienso salir de las barreras.

—¿Quién ha sido?

—Un bigardo.

—¿Y entonces…?

—Un bigardo que atraviesa las paredes.

—Ah. —Dawes frunció los labios—. Inspector Turner, ¿podría…?

—¿Qué necesitas?

—Leche de cabra. Creo que la venden en Elm City Market.

—¿Cuánta?

—Toda la que haya. El crisol se ocupará del resto. ¿Puedes subir las escaleras, Alex?

Miró de reojo la gran escalinata. No las tenía todas consigo.

Turner titubeó.

—Yo te…

—No —dijo Alex—. Dawes y yo nos las apañaremos.

—Vale —dijo el inspector, echando a andar hacia la puerta trasera—. Tenéis suerte de que este estercolero de ciudad se esté aburguesando. No me imagino entrando al Family Dollar a por leche de cabra.

—¿Por qué no le has dejado ayudarte a subir? —gruñó Dawes mientras ascendían lentamente por las escaleras.

El cuerpo de Alex se resistía a cada paso.

—Ahora mismo se siente culpable por no haberme hecho caso. No quiero que piense que estamos en paz todavía.

—¿Por qué?

—Cuanto peor se sienta, más nos ayudará. Hazme caso. A Turner no le gusta estar equivocado. —Otro paso. Y otro más. ¿Por qué aquella dichosa

casa no tenía ascensor? Un ascensor mágico, lleno de morfina—. Háblame de El Pergamino y la Llave. Creía que su magia estaba en declive. Cuando Darlington y yo supervisamos su ritual, ni siquiera lograron abrir un portal a Europa del Este.

—Llevan unos años de mala racha y les cuesta encontrar nuevos miembros. En Leteo se rumorea que la magia de portales es tan disruptiva que está erosionando el nexo de poder sobre el que se construyó su tumba.

Pero quizá los Cerrajeros estuvieran fingiendo, engañando a todo el mundo para aparentar ser más débiles de lo que eran en realidad. ¿Para qué? ¿Para realizar rituales en secreto, sin la intervención de Leteo? ¿O había algo turbio en los propios rituales? ¿Y cómo conectaba eso a Colin Khatri con Tara? Lo único que había dicho Tripp era que, en una ocasión, Tara había mencionado a Colin de pasada. Tenía que haber algo más. Ese tatuaje no podía ser pura coincidencia.

Dawes acompañó a Alex hasta la armería y la recostó contra el Crisol de Hiram. Notaba el tacto frío del metal en la piel; parecía vibrar levemente. Ella nunca había usado el cuenco dorado, solo había visto a Darlington preparar su elixir. Él lo había tratado con respeto, pero también con rencor. Igual que haría cualquier yonqui con sus drogas.

—Sería mejor llevarte al hospital —dijo Dawes mientras hurgaba en la enorme cajonera, abriendo y cerrando cajones sin parar.

—Venga ya, Dawes —dijo Alex—. Ya me diste ese mejunje de los huevos de araña.

—Eso fue diferente. Era un remedio mágico concreto para una dolencia mágica concreta.

—Tampoco dudaste demasiado cuando me ahogaste. ¿Tan difícil es remendarme ahora?

—Sí que dudé. Y ninguna de las sociedades se especializa en magia de sanación.

—¿Por qué? —preguntó Alex. Tal vez, si seguía hablando, su cuerpo no se rendiría—. Yo creo que podrían ganar pasta.

El ceño fruncido de Dawes, esa mirada de «el conocimiento es una recompensa en sí mismo», le recordó dolorosamente a Darlington. Aunque cualquier cosa era dolorosa ahora mismo.

—La magia de sanación es compleja —le explicó Dawes—. Es la que más utilizan los legos, y eso implica que el poder se dispersa más, en lugar de concentrarse en los nexos. También está estrictamente prohibido jugar con la inmortalidad. Y además, no sé qué te pasa exactamente. No puedo hacerte una

radiografía y soldarte una costilla rota con un hechizo. Podrías tener hemorragias internas o cosas peores.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Vamos a probar la reversión —dijo Dawes—. Puedo hacerte retroceder… ¿una hora sería bastante? ¿Dos? Espero que Turner traiga suficiente leche.

—¿Estás… estás hablando de un viaje en el tiempo?

Dawes se quedó inmóvil, con la mano en el tirador de un cajón.

—¿Va en serio?

—No —se apresuró a decir Alex.

—Solo voy a ayudar a tu cuerpo a regresar a una versión anterior de sí mismo. Es una restitución, algo mucho más sencillo que intentar crear carne o huesos. En realidad deriva de la magia de portales, así que puedes darle las gracias a El Pergamino y la Llave.

—Ya les mandaré una nota. ¿Hasta dónde podría retroceder?

—No mucho. Para eso haría falta una magia más potente y más personas.

Una restitución. *Hazme retroceder. Conviérteme en alguien a quien nunca le hayan hecho daño. Envíame lo más lejos posible. Créame de nuevo. Sin heridas. Sin cicatrices*. Pensó en las polillas dentro de sus cajas. Echaba de menos sus tatuajes, su ropa de antes. Echaba de menos sentarse al sol con Hellie. Echaba de menos las curvas suaves y ajadas del sofá de su madre. En realidad no sabía qué era lo que echaba de menos, tan solo que sentía nostalgia de algo (tal vez de alguien) que nunca había existido.

Deslizó la mano por el borde del crisol. *¿Este trasto podría crearme de nuevo? ¿Hacer que nunca tuviera que volver a ver otro fantasma, otro gris o como decidan llamarlos?* ¿Quería ella eso a estas alturas?

Alex recordó que Belbalm le había preguntado qué quería. Seguridad. La oportunidad de tener una vida normal. Eran las respuestas que le habían venido a la mente en ese momento: la quietud del despacho de Belbalm, las hierbas aromáticas en las jardineras de la ventana, un juego de té de verdad, en lugar de las tazas desportilladas que le regalaban con ofertas o en empleos que había terminado perdiendo. Quería la luz del sol por la ventana. Quería paz.

Mentirosa.

La paz era como cualquier otra droga. No podía durar. Era una ilusión, algo que podía interrumpirse en cualquier momento y perderse para siempre. Solamente dos cosas te mantenían a salvo: el dinero y el poder.

Alex no tenía dinero. Pero sí que tenía poder. Siempre le había dado miedo. Miedo de mirar a los ojos a aquella noche sanguinolenta. Miedo de sentir arrepentimiento o vergüenza, de tener que volver a despedirse de Hellie otra vez. Pero cuando finalmente la había mirado, cuando se había permitido recordar… Bueno, tal vez sí que había algo quebrado y marchito dentro de ella, porque únicamente sentía una profunda calma al saber de qué era capaz.

Los grises habían atormentado su vida, la habían cambiado de una forma horrible, pero después de tantos años de tortura, por fin le habían devuelto algo. Se lo debían. Y a Alex le había gustado utilizar aquel poder, incluso la extraña sensación de tener a North dentro de ella. Había disfrutado viendo la expresión de sorpresa de Lance, de Len, de Betcha. *Creías que me conocías. Mírame ahora*.

—Tienes que quitarte la ropa —dijo Dawes.

Alex se desabrochó los vaqueros, intentando separarlos con los dedos. Sus movimientos eran lentos, lastrados por el dolor.

—Me vas a tener que echar una mano.

A regañadientes, Dawes se alejó de la cajonera y la ayudó a bajarse los pantalones. Pero en cuanto los tuvo por los tobillos, Dawes se dio cuenta de que primero tenía que quitarle las botas, así que Alex se quedó plantada en ropa interior mientras Dawes se las desataba y se las quitaba a tirones.

Cuando se puso de pie, los ojos de Dawes oscilaban entre el rostro amoratado de Alex y los tatuajes de serpientes de las caderas, a juego con los de las clavículas, ahora invisibles. Se las había tatuado después de que Hellie le dijera que tenía una serpiente de cascabel dentro. La idea le gustaba. Len le había propuesto tatuarla él mismo, en la cocina. Hasta se había comprado una pistola y tintas por Internet, asegurando que estaban esterilizadas. Pero Alex no se fiaba de él ni de su mugroso apartamento, y tampoco quería que Len le dejara esa marca en el cuerpo.

—¿Puedes levantar los brazos? —dijo Dawes, sonrojada.

—Mmm —musitó Alex. El solo hecho de articular palabras empezaba a costarle trabajo.

—Voy a por unas tijeras.

Un momento después oyó un chasquido y notó que le retiraba la camiseta de la piel, aunque la tela se adhería a la sangre seca.

—Tranquila —dijo Dawes—. Te sentirás mejor en cuanto te metas en el crisol.

Alex se dio cuenta de que estaba llorando. La habían estrangulado, ahogado, apaleado, estrangulado de nuevo y casi asesinado, pero solo lloraba

ahora… por una camiseta. Se la había comprado nueva en Target antes de venir a la universidad. Era suave y le sentaba bien, y no estaba acostumbrada a tener cosas nuevas.

Alex sentía la cabeza pesada. Ojalá pudiera cerrar los ojos un minuto. O un día.

—Lo siento, yo no puedo meterte sola —oyó que decía Dawes—. Turner va a tener que ayudarnos.

¿Ya había vuelto del mercado? No lo había oído entrar. Debía de haberse desmayado.

Algo suave y blando cubrió la piel de Alex; Dawes la había envuelto con una sábana azul claro de la habitación de Dante. *Mi habitación*. Bendita Dawes.

—¿Le has puesto un sudario? —Era la voz de Turner.

Alex se obligó a abrir los ojos. Turner y Dawes vaciaban cartones de leche dentro del crisol. La cabeza de Turner oscilaba como un foco, analizando cada extraño detalle de la estancia. Alex se sintió orgullosa de Il Bastone, de la armería, la cajonera de curiosidades y la peculiar bañera dorada del centro.

Quería ser valiente, apretar los dientes y aguantar el tipo, pero soltó un grito cuando Turner la cogió en brazos. Un momento después se hundía bajo la superficie del frío líquido; la sábana se extendía y flotaba mientras la leche de cabra se manchaba de vetas de sangre rosada. El crisol parecía una tarrina de helado de nata con sirope de fresa, de esas con cucharilla de madera.

—¡No toque la leche! —exclamó Dawes.

—¡Solo intento que no se ahogue! —ladró Turner. Le sujetaba cuidadosamente la cabeza con las manos.

—Estoy bien —dijo Alex—. Suéltame.

—Estáis las dos como regaderas —dijo Turner, pero Alex notó que la soltaba.

Alex dejó que su cuerpo se hundiera. Su piel parecía absorber el frescor de la leche, mitigando el dolor. Aguantó la respiración todo lo que pudo. Quería quedarse sumergida, sentir el caparazón de leche envolviéndola. Pero finalmente dejó que sus pies tocaran el fondo del crisol y se impulsó para salir a flote.

Cuando emergió, Dawes y Turner le gritaban. ¿Tanto tiempo llevaba ahí abajo?

—No me estoy ahogando —les dijo—. Estoy bien.

Y era verdad. Seguía notando el dolor, pero este había remitido. Ahora pensaba con mayor claridad, y la leche también estaba cambiando: se volvía más transparente y acuosa.

Turner parecía mareado, y Alex creía entender por qué. La magia creaba una especie de vértigo. Tal vez la imagen de una chica al borde de la muerte metiéndose en una bañera y volviendo a salir sana y salva al cabo de unos segundos fuera demasiado para él.

—Tengo que pasar por comisaría —dijo—. Tengo…

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Creo que no le caemos bien, Dawes.

—No pasa nada —contestó Dawes, recogiendo el montón de ropa ensangrentada de Alex—. De todas formas ya teníamos demasiados amigos.

Dawes se marchó a prepararle algo de comer a Alex; le había dicho que tendría un hambre voraz cuando se completara la reversión.

—No te ahogues en mi ausencia —le dijo, dejando abierta la puerta de la armería al salir.

Alex se recostó en el crisol, sintiendo cómo su cuerpo cambiaba, cómo el dolor salía de su interior y era reemplazado por otra cosa (la leche, o en lo que se hubiera convertido tras el encantamiento de Dawes). Oyó sonidos enlatados procedentes del equipo de música, pero la calidad era tan mala que le costaba distinguir la melodía.

Volvió a hundir la cabeza bajo la superficie. Sentía una gran paz dentro del crisol; cuando abría los ojos, era como mirar a través de la niebla, a medida que los últimos restos de leche y magia se desvanecían. Entonces, una pálida silueta apareció ante ella, volviéndose cada vez más nítida. Era un rostro.

Alex soltó un grito mudo y se atragantó con el agua. Salió a la superficie de un salto, tosiendo, escupiendo y tapándose los pechos con los brazos. El reflejo del Novio la miraba fijamente desde el agua.

—No puedes estar aquí —dijo Alex—. Las barreras…

—Ya se lo dije —replicó el reflejo—. Ahora podemos hablar en cualquier masa de agua. El agua es el elemento de la traducción. La mediadora.

—¿Así que a partir de ahora te vas a duchar siempre conmigo?

El rostro frío de North no cambió. Veía la orilla oscura tras él, en el reflejo. Parecía distinta que la primera vez, y recordó lo que le había dicho Dawes sobre las diferentes fronteras. Esta vez no estaba viendo Egipto, o al

menos la versión de Egipto a la que había viajado al cruzar el Nilo. Pero distinguía las mismas siluetas oscuras en la orilla, humanas e inhumanas. Se alegró de que no pudieran llegar hasta ella ahora.

—¿Qué me ha hecho en el apartamento de Tara? —le preguntó North. Sonaba más arrogante que nunca, con un acento más seco.

—No sé qué decirte —contestó Alex, porque le parecía lo más sincero—. No había tiempo para pedirte permiso.

—Pero ¿qué ha hecho? ¿Y cómo?

Quédate conmigo.

—En realidad no lo sé.

Ella no entendía nada. De dónde procedía su habilidad. Por qué podía ver cosas que nadie más veía. ¿Era un don heredado? ¿De los genes del padre que no había llegado a conocer? ¿De los huesos de su abuela? Los grises nunca se habían atrevido a acercarse a casa de Estrea Stern ni a las velas encendidas en las ventanas. Si su abuela hubiera vivido más tiempo, ¿habría encontrado la manera de proteger a Alex?

—Le he entregado mi fuerza —dijo North.

No, pensó Alex. *Te la he quitado yo*. Pero seguramente North no valoraría esa distinción.

—Sé lo que les hizo a esos hombres —dijo North—. Lo he visto cuando me ha dejado entrar en su cuerpo.

Alex se estremeció. Toda la calidez y el bienestar que había sentido al bañarse en la leche no servían de nada al pensar que un gris había estado hurgando dentro de su cabeza. ¿Qué más había visto el Novio? *No importa*. A diferencia de Darlington, North no podía divulgar sus secretos. Por muchas capas del Velo que atravesara, seguía estando atrapado por la muerte.

—Tiene usted enemigos a este lado del Velo, Galaxy Stern —continuó—. Leonard Beacon. Mitchell Betts. Ariel Harel. Toda una cohorte de hombres a los que envió a la orilla oscura.

Daniel Arlington.

Pero North le había dicho que Darlington no estaba al otro lado. Un murmullo se alzó entre las siluetas de la orilla, el mismo sonido que Alex había oído al vadear el Nilo. *Gabriel du Monde. Cameron Bennion*. Tal vez ni siquiera fuera un nombre. Las sílabas eran extrañas e imperfectas, como si las pronunciaran bocas que no estaban hechas para el lenguaje humano.

¿Y Hellie? ¿Sería feliz allí donde estuviera? ¿Estaría a salvo de Len? ¿O la buscaría al otro lado del Velo para seguir puteándola?

—Vale, pero también tengo enemigos en mi lado. En vez de quedar con mis excolegas, ¿qué tal si buscas a Tara?

—¿Por qué no ha buscado usted los cuadernos de Darlington?

—He estado liada. Y tampoco es que tú tengas adónde ir.

—Qué banal. Qué segura de sí misma. Hubo un tiempo en que yo tenía esa misma confianza. El tiempo se la llevó. El tiempo se lo lleva todo, señorita Stern. Pero no me ha hecho falta buscar a sus amigos. Después de lo que me hizo en la residencia de Tara Hutchins, ellos han venido a buscarme a mí. Olían su poder como el humo rancio. Ha fortalecido usted nuestro vínculo.

Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Tú busca a Tara, ¿quieres?

—Tengo la esperanza de que ese objeto repulsivo la atraiga hacia mí. Pero su muerte fue brutal. Puede que todavía se esté recuperando en algún lugar. El otro lado puede ser un sitio desolador para los recién muertos.

A Alex no se le había ocurrido. Había dado por hecho que la gente cruzaba al otro lado con cierta comprensión. Sin dolor. Tranquilos. Volvió a contemplar la superficie del agua, el tembloroso reflejo del Novio y las siluetas monstruosas a sus espaldas. Se estremeció.

¿Cómo habría pasado Hellie al más allá? Su muerte había sido… en fin, comparada con la de Tara, Len, Betcha y Ariel, la suya había sido relativamente apacible.

Pero la muerte seguía siendo muerte. Y más una muerte prematura.

—Encuéntrala —dijo Alex—. Encuentra a Tara para que yo descubra quién la mató y Turner pueda detenerlo antes de que me mate a mí.

North frunció el ceño.

—No sé si ese inspector es un buen aliado en esta empresa.

Alex se reclinó en la superfide curvada del crisol. Quería salir del agua, pero tal vez fuera demasiado pronto.

—¿No estás acostumbrado a ver a un negro con una placa?

—No llevo un siglo encerrado en mi tumba, señorita Stern. Sé que el mundo ha cambiado.

Su tumba.

—¿Dónde te enterraron?

—Mis huesos están en Evergreen. —Torció el gesto—. Es toda una atracción turística.

—¿Y a Daisy?

—Su familia la sepultó en el mausoleo familiar de Grove Street.

—Por eso siempre merodeas por allí.

—No merodeo. Voy a presentarle mis respetos.

—Vas porque aún tienes la esperanza de que te vea haciendo penitencia y te perdone.

Cuando North se enfadaba, su rostro cambiaba. Parecía menos humano.

—Yo no hice daño a Daisy.

—Ese genio… —canturreó Alex. Pero no quería seguir provocándolo. Lo necesitaba; tenían que hacer las paces—. Siento lo del apartamento.

—No, no lo siente.

Bueno, al menos lo había intentado.

—No, no lo siento.

North volvió el rostro. Su perfil era perfecto para una moneda.

—No fue una experiencia totalmente desagradable.

Eso sí que la sorprendió.

—¿No?

—Fue… Ya había olvidado lo que se siente al tener un cuerpo propio.

Alex reflexionó. No debería fortalecer su vínculo. Pero si North podía ver dentro de su cabeza cuando entraba en ella, tal vez Alex también tuviera acceso a los pensamientos de él. Apenas se había parado a pensar durante la apresurada pelea.

—Puedes volver a entrar si quieres.

North titubeó. ¿Por qué? ¿Porque se trataba de un acto íntimo? ¿O porque tenía algo que ocultar?

Dawes irrumpió en la armería con una bandeja llena de platos. La dejó sobre el armario de los mapas.

—No me he roto mucho la cabeza. Puré de patata. Macarrones con queso. Sopa de tomate. Ensalada.

En cuanto le llegó el olor, el estómago de Alex empezó a rugir y se le hizo la boca agua.

—Que Dios te lo pague, Dawes. ¿Puedo salir ya de este trasto?

Dawes echó un vistazo a la bañera.

—Parece transparente.

—Si se dispone a comer, acepto su oferta —dijo North. Su voz era tranquila, pero tenía una mirada ansiosa.

Dawes le tendió una toalla y la ayudó a salir con dificultad de la bañera.

—¿Puedes dejarme a solas un minuto?

Dawes entornó los ojos.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada, solo voy a comer. Pero si… si oyes algo raro, no hace falta que llames. Puedes pasar.

—Estaré abajo —dijo Dawes con recelo, y cerró la puerta al salir.

Alex se inclinó sobre el crisol. North la esperaba en el reflejo.

—¿Quieres entrar? —le preguntó.

—Sumerja la mano —murmuró entre dientes, como si le estuviera pidiendo que se desvistiera. Aunque claro, ella ya se había desvestido.

Alex hundió la mano bajo la superficie.

—No soy un asesino —dijo North, extendiendo el brazo hacia ella.

Alex sonrió y le dio la mano.

—Claro que no —dijo—. Yo tampoco.

Alex miraba por una ventana. Se sentía emocionada, con un orgullo y una tranquilidad que ella nunca había sentido. El mundo era suyo. Aquella fábrica, más moderna que la de Brewster y la de Hooker. La ciudad que se extendía ante ella. Y la mujer que estaba a su lado.

Daisy. Era exquisita: el rostro definido y adorable, los bucles que le rozaban el cuello alto de su vestido, las manos blancas y suaves enterradas en un manguito de piel de zorro. Era la mujer más bella de New Haven, tal vez la más bella de Connecticut, y era de Bertram. De Alex. *Mía*.

Daisy se volvió hacia él, con una mirada traviesa en sus ojos oscuros. Su inteligenda lo desconcertaba en ocasiones. No era propiamente femenina, y sin embargo él sabía que eso era lo que la elevaba por encima de todas las demás bellezas de la ciudad de los olmos. Tal vez tampoco fuera la más hermosa. Tenía la nariz un tanto afilada, los labios un tanto finos, pero qué palabras brotaban de ellos; risueñas, raudas y a veces pícaras. En su figura y su sonrisa inteligente no había el menor defecto. Sencillamente, Daisy estaba más viva que nadie que él hubiera conocido.

Aquellos cálculos los realizaba instantáneamente. Nunca podía dejar de hacerlos, porque siempre daban como resultado una sensación de triunfo y satisfacción.

—¿En qué piensas, Bertie? —le preguntó ella con su voz juguetona, acercándose a él. Solamente ella lo llamaba así. Su doncella los había acompañado, como dictaba el decoro, pero Gladys se había quedado fuera, en el pasillo, y desde la ventana la veía ahora paseando hacia el Green, con las cintas de la capota que llevaba en la mano ondeando mientras arrancaba una rama de cerezo. Hasta ahora apenas había tenido motivos para hablar con

Gladys, pero pensaba esforzarse más. Los criados se enteraban de todo, y seguro que le saldría a cuenta granjearse el oído de la persona más íntima de su futura esposa. Le dio la espalda a la ventana; Daisy resplandecía como una copa de vidrio opalino sobre el telón de fondo de madera pulida de su nuevo despacho. El escritorio, además de la nueva caja fuerte, habían sido construidos especialmente para aquel lugar. Ya se había quedado varias veces trabajando hasta tarde allí, y el despacho no podía ser más cómodo.

—En ti, desde luego.

Ella le tocó el brazo, acercándose aún más. Sus movimientos sinuosos habrían resultado impropios en otra mujer, pero no en Daisy.

—Ya no hace falta que sigas haciéndome la corte. —Levantó la mano y meneó los dedos, mostrándole la reluciente esmeralda—. Ya he aceptado.

Él le sujetó la mano de pronto y la acercó hacia sí. Los ojos de Daisy se encendieron. ¿De qué? ¿Deseo? ¿Miedo? A veces le resultaba imposible leerla. En el espejo de la repisa vio el reflejo de ambos, y la imagen le conmovió.

—Vayamos a Boston después de la boda. Podemos ir a Maine en coche para la luna de miel. No me apetece emprender una larga travesía en barco.

Daisy se limitó a levantar una ceja y a sonreír.

—Bertie, París formaba parte del trato.

—Pero ¿por qué? Tendremos tiempo de sobra para visitar el mundo entero.

—*Tú* tendrás tiempo. Yo seré la madre de tus hijos y la anfitriona de tus socios. Pero por un momento… —Se puso de puntillas, dejando los labios a poca distancia de los suyos; él sintió el calor de su cuerpo a través de los dedos que le apretaban el brazo—. Me gustaría ser una simple muchacha que visita París por primera vez. Que solo seamos una pareja de amantes.

La palabra lo golpeó como un martillazo.

—París, pues —dijo riendo, y la besó. No era su primer beso, pero con Daisy cada beso parecía nuevo.

Oyó un crujido en las escaleras y un golpe sordo, como si alguien hubiera tropezado.

Daisy se apartó de él.

—Esta Gladys no podría ser más inoportuna.

Pero, por encima del hombro de Daisy, Bertie veía a Gladys paseando ensimismada por el Green; la capota blanca contrastaba vivamente sobre los cerezos.

Se dio la vuelta y vio… nada, a nadie, tan solo un umbral vacío. Daisy soltó un grito ahogado.

Su visión se ensombreció con una mancha negra que se extendió como una llama al prender la página de un libro y devorar sus bordes. Él también gritó al sentir algo similar al dolor, al fuego, taladrándole el cráneo. Una voz dijo:

Me han rajado. Querían ver mi alma.

—¿Daisy? —dijo sin aliento. La palabra se le atragantó. Estaba tendido bocarriba en un anfiteatro de operaciones. Varios hombres se inclinaban sobre él; muchachos, más bien.

Algo va mal, dijo uno.

¡Termina de una vez!, gritó otro.

Bajó la vista. Tenía el vientre abierto. Veía… Dios santo, se veía a sí mismo, sus entrañas, la carne de sus órganos expuesta como enmarañadas serpientes de vísceras en el escaparate de un carnicero. Uno de los muchachos lo estaba manoseando. *Me han rajado*.

Gritó y se dobló en dos. Se agarró el vientre. Estaba ileso.

Estaba en una habitación que no reconocía, una especie de despacho lujoso lleno de madera pulida. Olía a nuevo. La luz del sol era tan intensa que le dolían los ojos. Pero no estaba a salvo de esos chicos. Lo habían seguido hasta aquí. Querían matarlo. Se lo habían llevado de su escondite en el depósito de trenes. Le habían ofrecido dinero. Sabía que querían divertirse, pero no se había imaginado, no imaginaba… Lo habían rajado. Querían arrebatarle el alma.

No podía dejar que lo arrastraran de nuevo hasta esa fría sala. Allí había protección. Solo tenía que encontrarla. Buscó en el escritorio, abrió los cajones. Parecían distantes, como si sus brazos fueran más cortos de lo que recordaba.

—¿Bertie?

No se llamaba así. Querían confundirlo. Bajó la mirada y vio que empuñaba un objeto negro. Parecía una sombra, pero la sentía pesada. Sabía cómo se llamaba esa cosa, e intentó formar la palabra en su mente.

Tenía una *pistola* en la mano, y había una mujer gritando. Le suplicaba. Pero no era una mujer; era algo terrible. Veía la noche envolviéndola. Los muchachos la habían enviado para que lo llevara de vuelta, para rajarlo otra vez.

Centelleó un relámpago, pero el cielo estaba azul. Daisy. Su deber era protegerla. Gateaba por el suelo. Lloraba. Intentaba escapar.

Allí; un monstruo le devolvía la mirada desde la repisa, con el rostro blanco preñado de horror y de rabia. Habían venido a por él; debía detenerlos. Solamente había una solución. Tenía que arruinarles la diversión. Giró la sombra que empuñaba y la presionó contra su propio vientre.

Otro relámpago. ¿Cuándo había estallado esa tormenta?

Bajó la mirada; tenía el pecho desgarrado. Lo había conseguido. Ya no podrían rajarlo. Ya no podrían quitarle el alma. Ahora estaba tendido en el suelo. Vio la luz del sol filtrándose entre las persianas; un escarabajo correteaba por los tablones polvorientos de serrín. Daisy (la conocía) yacía a su lado; las rosas de sus mejillas se desvanecían. Sus ojos vivarachos y traviesos se quedaban fríos.

22

Invierno

Alex retrocedió a trompicones, a punto de derribar la bandeja de la mesa donde la había dejado Dawes. Se llevó las manos al pecho, esperando encontrar una herida sanguinolenta. Tenía la boca llena de comida; había estado todo el tiempo de pie junto a la bandeja, engullendo macarrones con queso mientras revivía la muerte de North. Todavía lo sentía dentro de ella, ajeno a todo, perdido en el deleite de volver a comer por primera vez desde hacía más de un siglo. Haciendo acopio de toda su voluntad, Alex lo expulsó y selló la brecha que le había permitido entrar.

Escupió los macarrones, respirando con dificultad mientras avanzaba hasta el borde del crisol. El único rostro que le devolvía la mirada desde la superficie era el suyo. Le dio un manotazo al agua y observó las ondas.

—La mataste tú —susurró—. He visto cómo la matabas. Lo he sentido.

Pero en el fondo sabía que, en ese momento, North no había sido él mismo. Había alguien más dentro de él.

Alex salió al pasillo, entró en el dormitorio de Dante y se puso un chándal de la Casa Leteo. Le parecía que habían pasado días, aunque solo hubieran sido unas horas. Sentía una leve molestia en las costillas, el único indicio de la paliza recibida. Y sin embargo, estaba cansadísima. Cada día empezaba a parecerle un año entero, pero no sabía si lo que la agotaba era el trauma físico o la constante exposición a lo sobrenatural.

La luz de la tarde se filtraba por las vidrieras de la habitación, dibujando patrones azules y amarillos en la tarima. Tal vez podía dormir allí esta noche, aunque mañana tuviera que ir a clase en chándal. Se estaba quedando sin ropa, literalmente. Tantos intentos de asesinato estaban haciendo verdaderos estragos en su fondo de armario.

El cuarto de baño del gran dormitorio contaba con dos lavabos de pedestal y una enorme bañera con garras que Alex nunca había usado. ¿Y Darlington? Le costaba imaginárselo dándose un baño de burbujas para relajarse.

Ahuecó la mano bajo el grifo para enjuagarse la boca. Al escupir el agua, Alex dio un respingo. Estaba rosa y llena de motas. Puso el tapón antes de que se fuera por el sumidero.

Lo que estaba viendo era la sangre de North. Estaba segura. Una sangre que él mismo se había tragado hacía casi cien años, en el momento de morir.

Y perejil.

Trocitos de perejil.

Se acordó de Michael Reyes, yaciendo inconsciente en una mesa de operaciones, y de los Calaveras congregados a su alrededor. *Un corazón de paloma para mayor claridad, raíz de geranio y hierbas amargas*. La dieta de la víctima antes de una pronosticación.

Aquel día, en la fábrica, alguien había entrado dentro de North… alguien a quien La Calavera había utilizado en una pronosticación, mucho antes de que existiera la Casa Leteo. *Me han rajado*. Querían ver mi alma. Los Calaveras lo habían dejado morir. Estaba segura. Tenía que ser algún vagabundo anónimo a quien nadie echaría de menos. *MMM. Menos mendigos muertos*. Había leído esa frase garabateada en *El legado de Leteo*. Una bromita cómplice entre antiguos alumnos de la Novena Casa. Pero Alex nunca se lo había terminado de creer, ni siquiera después de ver a Michael Reyes abierto en canal sobre una mesa. Debería ir a verlo y asegurarse de que estaba bien.

Alex abrió el desagüe. Se enjuagó la boca de nuevo, se envolvió el pelo húmedo con una toalla seca y se sentó frente al escritorio antiguo, junto a la ventana.

La Calavera se había fundado en 1832. Su tumba se había construido veinticinco años después, pero eso no quería decir que no hubieran puesto en práctica sus rituales hasta entonces. En esa época nadie supervisaba a las sociedades, y Alex todavía recordaba lo que había comentado Darlington sobre el peligro de que la magia se desbocara y escapara de un ritual. ¿Y si algo había salido mal durante una de esas primeras pronosticaciones? ¿Y si un gris había interferido en el rito y había expulsado al espíritu de la víctima? ¿Y si ese espíritu había conseguido llegar hasta North? Ni siquiera parecía consciente de que tenía una pistola en la mano. *La sombra que empuñaba*.

La víctima aterrorizada dentro de North; North dentro de Alex. Eran como una *matrioska* sobrenatural. ¿El espíritu había escogido el cuerpo de North, o sencillamente él y Daisy estaban en el momento y el lugar equivocados, dos inocentes atropellados por un poder que no comprendían en absoluto? ¿Era

eso lo que había estado investigando Darlington? ¿Que la magia desbocada había provocado el asesinato North-Whitlock?

Alex subió las escaleras hasta la tercera planta. Había pasado poco tiempo allí, pero encontró el dormitorio de Virgilio al segundo intento. Estaba directamente encima del de Dante, pero era mucho más majestuoso. Si sobrevivía a tres años de Leteo y de Yale, quizá algún día sería suyo.

Se acercó al escritorio y abrió los cajones. Encontró una nota con unos versos, papel de carta con el sello del sabueso de Leteo y poco más.

Había un libro de texto de Estadística sobre el escritorio. ¿Lo habría dejado allí Darlington antes de llevarse a Alex al sótano de Rosenfeld Hall?

Volvió a bajar las escaleras, fue hasta la librería que daba paso a la biblioteca y cogió el libro de Albemarle. Un olor a caballo brotó de entre sus páginas y oyó el repiqueteo de unos cascos sobre adoquines y unas palabras en hebreo… recuerdos de su investigación sobre los gólems. Darlington utilizaba la biblioteca con frecuencia y el libro estaba lleno de peticiones suyas, pero casi todas parecían centradas en alimentar su obsesión con New Haven: historia industrial, escrituras inmuebles, planificación urbana. También había entradas de Dawes, todas sobre tarot y cultos antiguos y misteriosos, e incluso unas pocas del decano Sandow. Pero entonces los encontró. A principios del semestre de otoño, había dos nombres escritos con la letra zigzagueante de Darlington: Bertram Boyce North y Daisy Whitlock. El Novio tenía razón. Darlington había estado investigando su caso. Pero ¿y sus notas? ¿Las llevaba en su bolsa esa noche en Rosenfeld? ¿Habían desaparecido con él?

—¿Dónde estás, Darlington? —susurró. *¿Y podrás perdonarme?*

—Alex.

Dio un brinco. Dawes estaba en lo alto de la escalera, con los auriculares en el cuello y una bayeta en la mano.

—Turner ha vuelto. Quiere enseñarnos algo.

Alex recogió sus calcetines de la armería y se reunió con Turner y Dawes en la salita. Los dos estaban sentados hombro con hombro frente a un portátil de aspecto anticuado, con idéntica expresión ceñuda. Turner se había cambiado y llevaba vaqueros y una camisa, pero seguía pareciendo elegante, sobre todo al lado de Dawes.

El inspector le indicó con un gesto que se acercara; a su lado tenía varias carpetas.

En la pantalla, Alex vio imágenes en blanco y negro de lo que parecía ser el pasillo de una prisión; varios reclusos avanzaban en fila junto a las celdas.

—Mira la hora —dijo Turner—. En ese momento te dirigías a mi escenario del crimen.

Turner reprodujo el vídeo y los presos siguieron avanzando. De pronto apareció una silueta enorme.

—Es él —dijo Alex. Era Lance Gressang, sin duda—. ¿Adónde va?

—Dobla la esquina y desaparece sin más. —Turner pulsó un par de teclas más y la escena cambió a un ángulo distinto del pasillo. Alex no veía a Gressang por ninguna parte—. Esta es la primera de la larguísima lista de cosas que no entiendo: ¿por qué ha vuelto? —Turner volvió a pulsar las teclas y Alex vio una vista panorámica de un pabellón de hospital.

—¿Gressang ha vuelto a la cárcel?

—Correcto. Está en la enfermería, con la mano reventada.

Alex recordó el crujido de sus huesos al golpearlo con el palo de golf. ¿Por qué coño iba Gressang a regresar a la cárcel cuando estaba a la espera de juicio?

—¿Son para mí? —preguntó Alex, señalando las carpetas. Turner asintió.

—Es todo lo que tenemos ahora mismo sobre Lance Gressang y Tara Hutchins. Puedes mirarlas todo lo que quieras, pero esta noche me las llevo.

Alex trasladó el montón de carpetas al sofá de terciopelo y se sentó.

—¿A qué viene tanta generosidad?

—Soy cabezota, no imbécil. Sé lo que he visto. —Turner se reclinó en su asiento—. Te escucho, Alex Stern. No crees que Gressang sea el asesino. ¿Quién lo hizo?

Alex abrió la primera carpeta.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que Tara estaba conectada con al menos cuatro sociedades, y a una no la apuñalan por una bolsa de hierba de veinte pavos, así que tiene que haber algo más.

—¿Cómo que cuatro sociedades?

—Voy a buscar la pizarra —dijo Dawes.

—¿Es una pizarra mágica? —preguntó Turner con acritud.

Dawes lo miró siniestramente.

—Todas las pizarras son mágicas.

Regresó con unos rotuladores y una pizarra blanca que apoyó en la repisa.

Turner se frotó el rostro con la mano.

—Vale, veamos tu lista de sospechosos.

De pronto Alex se sintió cohibida, como si le estuvieran pidiendo que resolviera un problema matemático complejo delante de toda la clase, pero cogió el rotulador azul que le tendía Dawes y se acercó a la pizarra.

—Cuatro de las Ocho Antiguas podrían tener conexiones con Tara: La Calavera y las Tibias, El Pergamino y la Llave, El Manuscrito y El Libro y la Serpiente.

—¿Las Ocho Antiguas? —preguntó Turner.

—Las Casas del Velo. Las sociedades con tumba propia. Deberías haberte leído *La vida de Leteo*.

Turner la apremió con un gesto.

—Empieza por La Calavera y las Tibias. Tara le vendía hierba a Tripp Helmuth, pero no veo que eso sea un móvil de asesinato.

—También se acostaba con Tripp.

—¿Y crees que la cosa iba en serio?

—Lo dudo mucho —admitió Alex.

—¿Y si Tara creía que sí? —aventuró Dawes.

—Sospecho que Tara sabía de qué iba el rollo. —Tenías que saberlo. Siempre—. Aun así, la familia de Tripp tiene pasta. Tal vez Tara intentó sacarle algo.

—Eso me suena a móvil de telenovela —dijo Turner.

No iba a ser fácil convencerlo.

—Pero ¿y si estaban traficando con cosas más fuertes, no solo con hierba? Creo que un alumno de último año llamado Blake Keely les compraba una droga llamada Meritud.

—Imposible —dijo Dawes—. Solo crece en…

—Ya lo sé, en el quinto pino. Pero Blake se la compraba a Lance y a Tara. Tripp me dijo que vio a Tara con Kate Masters, y Kate es de El Manuscrito, la única sociedad que tiene acceso a la Meritud.

—¿Crees que Kate le vendía Meritud a Tara y a Lance? —preguntó Dawes.

—No —contestó Alex, dándole vueltas a la idea—. Creo que Kate contrató a Tara para que encontrara la manera de cultivarla. Lance y Tara vivían a tiro de piedra de la Escuela de Silvicultura y los invernaderos Marsh. Kate quiso prescindir de los intermediarios para que El Manuscrito tuviera su propio suministro.

—Pero entonces… ¿cómo llegó a manos de Blake?

—Tal vez se quedaban una parte de la Meritud y se la vendían a Blake. La pasta manda.

—Pero eso sería…

—¿Inmoral? —preguntó Alex—. ¿Irresponsable? ¿Igual que darle un machete mágico a un bebé sociópata?

—¿Qué hace exactamente esa droga? —Turner parecía reacio, como si no estuviera seguro de querer saberlo.

—Te vuelve… —titubeó Alex. «Obediente» no era la palabra correcta. «Solícito» tampoco.

—Te convierte en un acólito —dijo Dawes—. Hace que tu único deseo sea servir.

Turner sacudió la cabeza.

—A ver si lo adivino: no es una sustancia regulada porque nadie sabe de su existencia. —Tenía la misma expresión de mareo que al ver a Alex siendo sanada por el crisol—. Un montón de niñatos que juegan con fuego y luego ponen cara de sorpresa cuando la casa se incendia. —Se pasó la mano por la cara de nuevo—. Volvamos a la pizarra. Tara está conectada con La Calavera a través de Tripp, con El Manuscrito a través de Kate Masters y de esa droga. ¿Colin Khatri es su única conexión con El Pergamino y la Llave?

—No —contestó Alex—. Tara tenía un tatuaje en el brazo con palabras de un poema llamado *Los idilios del rey*, y ese texto aparece constantemente en la tumba de los Cerrajeros. —Le pasó a Dawes la carpeta llena de fotografías —. En el antebrazo derecho.

Dawes echó un vistazo a las fotos de la autopsia en las que aparecían los tatuajes de Tara, pero las pasó apresuradamente.

—A mí no me parece una conexión circunstancial —dijo Alex.

—¿Qué es esto? —preguntó Dawes, señalando una foto del dormitorio de Tara.

—Herramientas para hacer bisutería —dijo Turner—. Tara también la vendía en sus ratos libres.

Por supuesto. Eso hacían las chicas cuando sus vidas se caían a pedazos. Intentaban encontrar una ventanita por la que escapar. Formación profesional. Jabones caseros. Venta de bisutería.

Dawes se mordisqueaba el labio inferior con tanta fuerza que Alex pensó que iba a hacerse sangre. Se inclinó y echó un vistazo a la fotografía, a las gemas falsas baratas, los platillos llenos de ganchos de alambre para hacer pendientes y los alicates. Pero uno de esos platillos parecía diferente de los demás. Era más llano, de un metal batido y tosco, con residuos similares a la ceniza o la cal en torno a la base.

—Dawes —dijo Alex—. ¿Ves lo mismo que yo?

Dawes apartó la carpeta como si quisiera hacerla desaparecer.

—Es un crisol.

—¿Para qué lo usaría Tara? ¿Para procesar la Meritud?

Dawes negó con la cabeza.

—No. La Meritud se usa en crudo.

—Eh —dijo Turner—. ¿Qué tal si fingimos que no sé qué es un crisol?

Dawes se recogió un mechón de cabello caoba tras la oreja y dijo sin mirar al inspector:

—Son recipientes para uso mágico y alquímico. Normalmente están hechos de oro puro y son muy reactivos.

—La bañera dorada en la que me ha metido Dawes es un crisol —añadió Alex.

—¿Me estáis diciendo que ese chisme que hay en el apartamento de Tara es de oro puro? Tiene el tamaño de un cenicero. Es imposible que Gressang y su chica pudieran permitirse algo así.

—A menos que se lo regalaran —dijo Alex—. Y a menos que lo que estuvieran fabricando con él fuera más valioso que el propio metal.

Dawes se tapó las manos con las mangas de la sudadera.

—Se dice que algunos santones usaban la psilocibina, las setas, para abrir literalmente umbrales a otros mundos. Pero la droga tenía que purificarse… en un crisol.

—Umbrales —dijo Alex, recordando la noche en que Darlington y ella habían supervisado el ritual fallido en El Pergamino y la Llave—. Quieres decir portales. Me comentaste que la magia de El Pergamino y la Llave está fallando últimamente. ¿La receta secreta de Lance y Tara podría ayudarlos con eso?

Dawes soltó un largo suspiro.

—Sí. En teoría, una droga como esa podría facilitar la apertura de los portales.

Alex recogió la foto del diminuto crisol.

—¿Este trasto está… requisado o como se diga?

—Archivado como prueba —dijo Turner—. Sí, lo tenemos nosotros. Si quedan suficientes residuos, podemos analizarlos y ver si coinciden con el alucinógeno que encontramos en el cuerpo de Tara.

Dawes se había quitado los auriculares del cuello. Los acunó en su regazo como si fueran una mascota dormida.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alex.

—Has dicho que Lance atravesaba las paredes; tal vez ha usado magia de portales para atacarte. Si alguien de El Pergamino y la Llave ha permitido que unos desconocidos accedan a su tumba, si han dejado que Lance y Tara asistan a sus rituales… Las Casas del Velo lo consideran imperdonable. Nefandum.

Alex y Turner se miraron entre sí.

—¿Cuál es la pena por divulgar esa clase de información a desconocidos? —preguntó Alex.

Dawes aferró sus auriculares.

—La sociedad sería despojada de su tumba y disuelta.

—¿Sabes a qué me suena eso? —preguntó Turner.

—Sí —contestó Alex—. A un móvil.

¿Colin Khatri había iniciado a Lance y a Tara en los secretos de su sociedad? ¿Lo había hecho para saldar alguna deuda, una deuda que no quería seguir pagando? ¿Era eso lo que había provocado la muerte de Tara? A Alex le costaba imaginarse al relamido y pizpireto Colin cometiendo un asesinato violento. Pero era un chico con un futuro brillante, y eso quería decir que tenía mucho que perder.

—Esta noche iré al salón literario de la profesora Belbalm —dijo Alex. Habría preferido dormirse allí mismo, delante de la chimenea, pero no quería cabrear a la única persona que parecía interesada en su futuro—. Colin trabaja para Belbalm. Puedo intentar averiguar hasta qué hora se quedó en su casa la noche en que murió Tara.

—Alex —dijo Dawes en voz baja, levantando la vista por fin—. Si Darlington descubrió lo de esas drogas, lo que estaban haciendo Colin y los demás Cerrajeros con Lance y Tara, tal vez…

No terminó la frase, pero Alex sabía lo que insinuaba: tal vez El Pergamino y la Llave era la responsable del portal que se había tragado a Darlington esa noche en el sótano de Rosenfeld.

—¿Dónde está Darlington? —preguntó Turner—. Y como me vuelvas a decir «En España», recojo los bártulos y me largo. No sabes cómo me apetece meterme en la cama.

Dawes se revolvió en su asiento.

—Le ocurrió algo —dijo Alex—. No estamos seguras de qué. Existe un ritual para intentar encontrarlo y traerlo de vuelta, pero solo se puede realizar con luna nueva.

—¿Por qué?

—Es importante elegir el momento oportuno —dijo Dawes—. Para que un ritual funcione, viene bien realizarlo cerca de una fecha o un lugar propicios. La nueva luna representa el momento previo a que algo oculto quede revelado.

—¿Sandow os pidió mantenerlo en secreto? —preguntó Turner. Alex asintió, sintiéndose culpable. Tampoco a ella le interesaba anunciarlo a gritos —. ¿Y la familia de Darlington?

—Darlington es responsabilidad nuestra —dijo Dawes con decisión, siempre a la defensiva—. Lo traeremos de vuelta.

Quizá.

Turner se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿lo que estáis diciendo es que El Pergamino y la Llave podría estar involucrada en un asesinato y también en un secuestro?

Alex se encogió de hombros.

—Vale, llamémoslo así. Pero no podemos descartar a El Manuscrito. Tal vez Kate Masters descubrió que Tara vendía Meritud a Blake Keely y que este la empleaba para abusar de chicas, o tal vez el acuerdo se torció. Si Lance no mató a Tara, alguien utilizó un glamur para parecerse a él. El Manuscrito tiene multitud de truquitos que permitirían que Kate pasara unas horas llevando el rostro de Lance. Y nada de todo esto explica lo del *gluma* que me atacó. —Alex se metió la mano en el bolsillo y se tranquilizó al notar el tictac del reloj.

Turner parecía estar también al borde del asesinato.

—¿El qué?

—La criatura que me persiguió por Elm. No me mires así, joder. Ocurrió de verdad.

—Está bien —dijo Turner.

—Los *glumae* son siervos de los muertos —dijo Dawes—. Son sus recaderos.

Alex frunció el ceño.

—Pues este era un recadero con tendencias homicidas.

—Les das una tarea sencilla y ellos la cumplen. El Libro y la Serpiente los utiliza como mensajeros entre ambos lados del Velo. Son demasiado violentos e impredecibles para confiarles otra cosa.

Salvo para hacer quedar por loca a una chica y tal vez silenciarla para siempre.

—Así que El Libro y la Serpiente también está en la pizarra —dijo Turner —. Móvil desconocido. Eres consciente de que nada de lo que me has dicho

constituye una prueba, ¿verdad? No podemos establecer conexiones sólidas con estas sociedades más allá de lo que Tripp te contó a ti. No tenemos suficiente ni para pedir una orden de registro en esos invernaderos.

—Imagino que Centurión podría tirar de los hilos con sus superiores. —El rostro de Turner se turbó—. Pero no quieres tirar de los hilos.

—No es la manera de hacer las cosas. Y tampoco puedo acudir a mi capitán así como así. Él no sabe nada de Leteo. Tendría que saltarme la cadena de mando y hablar con el jefe de policía. —Y Turner no iba a arriesgarse tanto sin estar seguro de que todas aquellas teorías sumaban algo más que un garabato conspiranoico en una pizarra. Alex no podía echárselo en cara—. Pediré los registros de llamadas de la licorería que hay cerca del apartamento de Tara. Es posible que utilizaran el teléfono fijo de la tienda para sus trapicheos. Kate Masters no aparecía en el móvil de Tara ni en el de Lance. Tampoco Colin Khatri ni Blake Keely.

—Si Tara y Lance estaban usando los invernaderos, tenían que estar compinchados con alguien de la Escuela de Silvicultura —dijo Dawes—. Con orden o sin ella, deberíamos intentar averiguar de quién se trata.

—Yo soy estudiante —dijo Alex—. Puedo entrar.

—¿No querías que tirara de los hilos? —dijo Turner.

Sí, pero ahora se lo estaba pensando mejor.

—Podemos ocuparnos nosotras solas. Si te saltas la cadena alimentaria, alguien podría avisar a Sandow.

Turner enarcó una ceja.

—¿Y qué problema hay?

—Quiero saber dónde estuvo él la noche del asesinato.

Dawes se irguió.

—Alex…

—Me presionó para que dejara de investigar, Dawes. Leteo está aquí para meter en cintura a las sociedades. ¿Por qué intentó tirarme de las riendas?

Somos los pastores. Leteo había sido concebida para esa misión. ¿O no? ¿De verdad Leteo había surgido con la intención de proteger a la gente? ¿O solamente debían mantener el *statu quo*, aparentar que las Casas del Velo estaban bajo vigilancia, que se respetaban ciertos mínimos, pero sin poner freno al poder de las sociedades? *Estamos en año de financiación*. ¿Acaso Sandow sabía que, si seguían investigando, encontrarían conexiones con los miembros de las sociedades? La Calavera, el Libro, el Pergamino, El Manuscrito… Cuatro de las ocho sociedades responsables de financiar a Leteo. Eso suponía más de la mitad del dinero necesario para mantener viva a

la Novena Casa. Quizá más, porque Bercelio nunca contribuía. ¿Tan importante era Leteo para Sandow?

—¿Cuánto le paga Leteo al decano Sandow? —preguntó Alex. Dawes pestañeó.

—En realidad no lo sé. Pero es profesor titular. Gana dinero de sobra en la universidad.

—¿Apuestas? —aventuró Turner—. ¿Drogas? ¿Deudas?

Dawes pareció erguirse aún más, como si fuera una antena ajustándose para recibir mejor la información.

—Divorcio —respondió lentamente, a regañadientes—. Su mujer lo abandonó hace dos años. Desde entonces no salen del juzgado. Pero…

—Seguramente no sea nada —la tranquilizó Alex, aunque no estaba en absoluto segura—. Pero no pasa nada por averiguar dónde estuvo esa noche.

Dawes volvió a morderse el labio.

—El decano Sandow nunca haría nada que perjudicara a Leteo.

Turner se levantó y empezó a recoger sus carpetas.

—Tal vez sí, por un buen precio. ¿Por qué creéis que yo acepté ser Centurión?

—Es un honor —protestó Dawes.

—Es un *curro*, y os aseguro que el mío ya era lo bastante intenso. Pero ese dinero me permite pagar la hipoteca de mi madre. —Guardó las carpetas en una bolsa de bandolera—. Intentaré averiguar lo que pueda sobre Sandow sin que se entere.

—Debería hacerlo yo —dijo Dawes en voz baja—. Puedo hablar con su ama de llaves. Si la interroga usted, Yelena se chivará a Sandow enseguida.

—¿Te ves capaz? —preguntó Turner con escepticismo.

—Se las arreglará —intervino Alex—. Solo necesitamos echar un vistazo a su agenda.

—El móvil del dinero me gusta más —dijo Turner—. Sencillo, limpio. Sin todo este puto abracadabra.

Se puso el abrigo y se dirigió a la puerta trasera. Alex y Dawes lo acompañaron.

Turner se detuvo al abrir la puerta. Tras él se veía el cielo tiñéndose del color azul oscuro del crepúsculo; las farolas empezaban a encenderse.

—Mi madre no podía aceptar el cheque calladita —murmuró con una sonrisa triste—. Sabe muy bien que a los polis no nos dan bonificaciones. Me preguntó de dónde salía ese dinero.

—¿Se lo contaste? —preguntó Alex.

—¿Todo esto? Claro que no, joder. Le dije que tuve una racha de suerte en el Foxwoods. Pero se huele que me he metido donde no debía.

—Las madres son así —dijo Dawes.

¿Sí? Alex pensó en la imagen que le había enviado su madre la semana pasada. Una amiga suya le había sacado una foto en el apartamento. Mira llevaba una sudadera de Yale, y detrás de ella se veía una repisa repleta de minerales.

—¿Sabéis lo que me dijo mi madre? —preguntó Turner—. Que el diablo se conoce todas las puertas y que siempre está acechando para meter el pie. Nunca le había hecho caso… hasta hoy.

El inspector se subió el cuello del abrigo y se internó en la fría noche.

23

Invierno

Alex subió las escaleras a rastras para volver a la armería a por sus botas. El crisol le había curado las heridas, pero seguía necesitando descanso, y su cuerpo lo sabía. Sin embargo, de haber tenido elección, seguramente habría preferido volver a pelearse (incluso con un bruto como Lance) antes que afrontar el salón literario de esta noche, las clases de mañana, pasado mañana… y el día siguiente. Cuando estaba luchando por su vida, solo había dos opciones: aprobado o suspenso. Solamente tenía que sobrevivir para considerarlo un triunfo. Incluso cuando había estado hablando con Dawes y Turner en la salita, sentía que estaba a su altura; no tenía que fingir ni seguirles la corriente. No quería volver a sentirse una farsante.

Pero sigues fingiendo, se dijo. Dawes y Turner no la conocían de verdad. No podían ni imaginarse lo que Darlington había averiguado sobre su pasado. ¿Y si el rito de la luna nueva funcionaba? Si Darlington regresaba pasado mañana y contaba la verdad, ¿alguien se pondría de su parte?

Alex encontró ropa limpia sobre la cama del dormitorio de Dante.

—La he traído de mi apartamento —dijo Dawes desde el umbral, con las manos metidas en las mangas—. No es nada del otro mundo, pero es mejor que un chándal. Sé que te gusta el negro, así que…

—Es perfecta. —No era verdad. Los vaqueros eran demasiado largos, y la camisa llevaba tantos lavados encima que ya era más gris que negra, pero Dawes no estaba obligada a prestarle su ropa, y Alex quería absorber cada gesto de amistad mientras pudiera.

Al encaminar sus pasos a casa de Belbalm, se notó inquieta. Le había dado cuerda al reloj por si el *gluma* la estaba siguiendo, llevaba un tarro de tierra de cementerio en su bolsa, dos imanes en el bolsillo y había memorizado los símbolos mágicos necesarios para cerrar un portal temporalmente. Pero aquellas protecciones se le antojaban insignificantes. La lista de sospechosos del asesinato de Tara se había convertido en una lista de

posibles amenazas para Alex, y todos ellos tenían demasiada potencia de fuego mágica.

Belbalm vivía en St. Ronan, a veinte minutos andando en dirección norte desde Il Bastone, no muy lejos de la Escuela de Teología. Vivía en uno de los edificios más pequeños de la calle: una casa de ladrillo rojo de dos plantas, cubierta de enredaderas grisáceas como el cabello de una anciana. Alex entró por la verja del jardín, bajo un arco en celosía de color blanco, y en ese momento sintió que se posaba sobre ella la misma calma que había sentido en el despacho de Belbalm. El jardín olía a menta y mejorana.

Alex se detuvo un instante en el sendero de gravilla color pizarra. A través de los ventanales se veía un corro de personas sentadas en sillas diversas, en el banco de un piano e incluso en el suelo. Distinguió copas de vino tinto y bandejas de comida. Un chico con barba y melena leonina estaba leyendo en voz alta. Le parecía estar viendo otra Yale, una Yale ajena a Leteo y a las sociedades, una que tal vez la dejaría entrar, que permanecería abierta para Alex si ella se aprendía sus rituales y sus códigos. En la casa de Darlington siempre se había sentido una intrusa, pero allí la habían invitado. Tal vez no fuera su lugar, pero era bienvenida.

Llamó con suavidad a la puerta y, al no recibir respuesta, la empujó con cuidado. No estaba cerrada con llave, como si allí cualquier visitante fuera bien recibido. Los abrigos se amontonaban en una fila de percheros, y el suelo estaba sembrado de zapatos y botas.

Belbalm la vio entrar y le señaló discretamente la cocina.

Y entonces Alex lo entendió. Venía como camarera.

Pues claro.

Gracias a Dios, no iba a tener que fingir que era otra cosa.

Por encima del hombro de Belbalm, Alex vio al decano Sandow charlando con dos estudiantes sentados en un diván. Se escabulló a la cocina, confiando en que el decano no la hubiera visto, pero luego se preguntó por qué le preocupaba. ¿De verdad pensaba que Sandow había hecho daño a Tara? ¿Que era capaz de algo tan atroz? En la salita de Il Bastone lo había creído posible, pero allí, en aquel lugar de calor y conversaciones quedas, Alex no podía hacerse a la idea.

La cocina era enorme, con armarios blancos, encimeras negras y suelo ajedrezado.

—¡Alex! —canturreó Colin al verla aparecer. Aquello estaba lleno de sospechosos de asesinato—. ¡No sabía que venías! Nos viene genial tu ayuda. ¿Qué llevas puesto? El negro está bien, pero para la próxima, camisa blanca.

Alex no tenía ninguna camisa blanca.

—Vale —dijo.

—Ven, puedes ir colocando esto en una bandeja de horno.

Alex se sumergió en la rutina de obedecer órdenes. Isabel Andrews, la otra ayudante de Belbalm, también estaba allí, emplatando fruta, hojaldres y misteriosas carnes en las bandejas. La comida que estaban sirviendo le resultaba absolutamente ajena. Cuando Colin le pidió que le pasara el queso, tardó un buen rato en comprender que lo tenía delante: no era *cheddar* en cubos, sino gigantescas cuñas que parecían hechas de cuarzo y de iolita, acompañadas por un diminuto bote de miel y almendras picadas. Obras de arte.

—Después de las lecturas y el debate, tomarán el postre —le explicó Colin—. Siempre hay merengue y mini *tartes aux pommes*.

—¿El decano Sandow estuvo aquí la semana pasada? —preguntó Alex. Si había estado, Alex ya podía tacharlo de su lista. Y si Colin no lo sabía, tal vez fuera él quien no había estado toda la noche en el salón.

Pero antes de que Colin pudiera responderle, la profesora Belbalm cruzó las puertas batientes de la cocina.

—Claro que estuvo —dijo—. A ese hombre le encanta beberse mi bourbon. —Se metió una fresa diminuta en la boca y se limpió los dedos en un paño—. Ha dicho una absoluta frivolidad sobre Camus. Aunque cuesta no ser frívolo al hablar de Camus. No sé por qué esperaba otra cosa de él: tiene una cita de Rumí enmarcada en su escritorio. Qué dolor. Colin, cielo, asegúrate de que no falte ni blanco ni tinto. —Le mostró una botella vacía y Colin se puso lívido—. No te angusties, querido. Trae otra botella y acompáñanos. Alex y los demás lo tienen todo controlado, ¿sí? ¿Nos has traído alguna lectura?

—Eh… sí. —Colin salió flotando de la cocina, como si le acabaran de salir alas en los tobillos.

—Los merengues —ordenó Isabel.

—Los merengues —repitió Alex, acercándose a la batidora y tendiéndole el bol a Isabel. Sacó una foto de la cocina y se la envió a su madre. *Trabajando*. Quería que Mira pensara en ella así. Feliz. Normal. A salvo. Todo lo contrario de lo que había sido su vida. También se la envió a Mercy y a Lauren. *En casa de la Belbalm. Ojalá sobre comida*.

—No puedo creer que Colin vaya a recitar esta noche —se quejó Isabel, vertiendo el merengue sobre el papel de horno con una manga pastelera—. Yo

llevo con ella un semestre más que él y bordé su seminario sobre la mujer y el industrialismo.

—Para la próxima —murmuró Alex, pintando las tartaletas de manzana con mantequilla derretida—. ¿Hubo tanta gente como hoy la semana pasada?

—Sí, y Colin no dejó de protestar en toda la noche. Estuvimos limpiando hasta después de las dos de la mañana.

Entonces la coartada de Colin era sólida. Alex sintió un gran alivio. Le gustaba Colin, y también la amargada de Isabel, aquella cocina, aquella casa, aquel sitio tan cómodo. Le gustaba aquel trocito del mundo que nada tenía que ver con asesinatos ni con magia. No lo quería ver perturbado por la brutalidad. Pero eso no quería decir que pudiera tachar de su lista a todos los miembros de El Pergamino y la Llave. Aunque Colin no hubiera matado a Tara, sí que la conocía. Y alguien le había enseñado magia de portales a Lance.

—¿Sandow se quedó hasta el final la semana pasada?

—Por desgracia —dijo Isabel—. Siempre se pasa bebiendo. Por lo visto lo está pasando fatal con el divorcio. La profesora Belbalm le dejó dormir en su estudio, con una manta. Se meó fuera de la taza y Colin tuvo que limpiarlo. —Isabel se estremeció—. Pensándolo bien, Colin se merece recitar. Ya verás la que te espera, Alex.

Isabel no tenía motivos para mentir, así que la mala puntería del decano Sandow acababa de darle una coartada. Dawes estaría contenta. Y en el fondo ella también. Una cosa era ser una asesina y otra muy distinta trabajar para un asesino.

La noche fue larga, pero a Alex no le importó estar en la cocina. Sentía que trabajaba con un propósito.

Cerca de la una de la mañana, terminaron de servir, recogieron la cocina, tiraron las botellas al contenedor de reciclaje, aceptaron los besos al aire de Belbalm y se perdieron en la noche, cargadas con bandejas de sobras. Tras la violencia y las extravagancias de los últimos días, aquello parecía un regalo. Una hermosa degustación de lo que la vida podía llegar a ser, de lo poco que importaban las sociedades para la mayor parte de Yale, de un trabajo que no exigía de Alex nada más que su tiempo y algo de atención en una casa llena de gente inofensiva, cuya única droga era su propia pretensión.

Un poco más adelante, Alex vio a una gris con patines en línea, zigzagueando entre las farolas, acercándose a ella. Tenía el cráneo y el torso machacados, con un profundo hoyuelo cortesía de algún conductor descuidado.

—*Pasa punto, pasa mundo* —susurró Alex, casi con ternura, y contempló cómo la chica se desvanecía. Pasa un solo momento, pasa todo un mundo[19]. *Fácil*.

Alex no tuvo clase a la mañana siguiente. Se levantó temprano para desayunar e intentar leer un poco antes de subir a Marsh, pero mientras se terminaba su plato de huevos con salsa picante vio al Novio, que la miró con reprobación cuando Alex remató su desayuno con un helado con caramelo derretido. Pero servían helado en todos los comedores (y durante todas las comidas), y esa oportunidad no podía desaprovecharse así como así.

Después del desayuno, se coló en el cuarto de baño de la sala común del J. E. y llenó el lavabo de agua. No estaba ansiosa por hablar con él; no se sentía preparada para discutir lo que había visto en sus recuerdos. Pero también quería saber si él había hecho avances en su búsqueda de Tara.

Un momento después, el rostro de North apareció en el reflejo:

—¿Y bien? —preguntó Alex.

—Aún no la he encontrado.

Alex agitó la superficie del agua con un dedo y observó su reflejo distorsionado.

—Parece que eres un paquete investigando.

Cuando el agua se aquietó, North estaba ceñudo.

—¿Y qué ha descubierto usted?

—Tenías razón. A Darlington le interesaba vuestro caso. Pero sus notas no estaban en su escritorio de Il Bastone. Puedo buscarlas en Black Elm mañana por la noche. —Cuando hubiera luna nueva. Tal vez entonces Darlington podría responder a las preguntas del Novio personalmente.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué vio cuando entró en mi cabeza, señorita Stern? Estaba muy turbada cuando me expulsó.

Alex sopesó cuánto quería contarle.

—¿Qué recuerdas del momento de tu muerte, North?

Su rostro se quedó inmóvil. Entonces Alex cayó en la cuenta de que acababa de pronunciar su nombre. *Mierda*.

—¿Eso fue lo que vio? —preguntó él lentamente—. ¿Mi muerte?

—Respóndeme.

—Nada —admitió—. Estaba en mi nuevo despacho, hablando con Daisy, y de pronto… ya no era nadie. Abandoné el mundo mortal.

—Y estabas al otro lado. —Alex entendía que eso te trastocara la mente —. ¿Alguna vez has intentado encontrar a Gladys O'Donaghue detrás del Velo?

—¿A quién?

—A la doncella de Daisy.

North frunció el ceño.

—La policía la interrogó. Ella halló nuestros… cuerpos, pero no fue testigo del crimen.

—Y no era más que una criada, ¿verdad? —Los tipos como él nunca se fijaban en el servicio. Pero North tenía razón. Alex había visto a Gladys fuera, disfrutando de la primavera al aire libre. Si Gladys hubiera visto u oído algo extraño, no tenía motivos para ocultarle esa información a la policía. Y Alex sospechaba que tampoco habría podido ver nada, tan solo una magia invisible y desatada, el espíritu asustado de un hombre vejado por los Calaveras que había conseguido llegar hasta North—. Te informaré de lo que descubra en Black Elm. Deja de seguirme a todas partes y encuentra de una vez a Tara.

—¿Qué vio en mi cabeza, señorita Stern?

—¡Lo siento! ¡La señal se corta! —Alex levantó el tapón del lavabo.

Salió de la sala común y envió un mensaje a Turner para avisarlo de que se dirigía a los invernaderos Marsh. De camino, llamó al hospital para preguntar por Michael Reyes. Debería haber comprobado mucho antes cómo estaba la víctima de la última pronosticación de La Calavera y las Tibias, pero había estado un pelín ocupada. Tardó un rato en conseguir que la persona adecuada se pusiera al teléfono, pero finalmente Jean Gatdula le confirmó que Reyes se estaba recuperando y lo mandarían casa en un par de días. Alex sabía que con «a casa» se refería a Columbus House, un refugio para indigentes alejado del campus. Esperaba que al menos La Calavera le diera unos cuantos dólares por las molestias.

El Jardín Botánico Marsh coronaba Science Hill; la vieja mansión estaba rematada con lo que parecía ser un campanario, y el terreno de la antigua hacienda descendía en pendiente hacia el apartamento de Tara y Lance. No había vigilantes, y Alex pudo mezclarse fácilmente con los estudiantes que entraban y salían. Los cuatro enormes invernaderos de la Escuela de Silvicultura se encontraban cerca de la entrada trasera, rodeados por varias estructuras de cristal de menor tamaño. A Alex le preocupaba no poder identificar dónde tenía Tara su peligroso huerto, pero al dar una vuelta por el

terreno no tardó en detectar el tufo de lo sobrenatural bajo el olor del abono y la tierra removida. Aunque aquel pequeño invernadero parecía muy corriente, Alex intuía que estaba camuflado por los restos de un glamur, seguramente por cortesía de Kate Masters y El Manuscrito. ¿Cómo si no habría podido Tara cultivar sus productos sin levantar sospechas?

Pero cuando Alex abrió la puerta, no encontró nada más que planteros vacíos y macetas volcadas sobre las mesas. Alguien lo había vaciado. ¿Kate? ¿Colin? ¿Otra persona? ¿Habría abierto Lance otro portal desde su celda para destruir posibles pruebas?

Sobre un montón de tierra, y junto a un recipiente de plástico volcado, atisbó el fino y solitario zarcillo de alguna planta desconocida. Alex lo tocó con el dedo. El tallo se desplegó y un único capullo blanco apareció entre sus hojas. Los pétalos se desprendieron con una explosión de semillas relucientes como fuegos artificiales. Se oyó un leve puf y el tallo se marchitó hasta desaparecer del todo.

Al salir del invernadero, encontró a una mujer delgada, vestida con vaqueros, un abrigo recio y guantes, que hurgaba en un cubo lleno de abono.

—Hola —la saludó Alex—. ¿Sabes quién utiliza este invernadero?

—Sveta Myers —contestó—. Es estudiante de posgrado.

No recordaba haber leído ese nombre en el archivo de Tara.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

La mujer negó con la cabeza.

—Se marchó hace un par de días. Dijo que iba a ausentarse el resto del semestre.

Sveta Myers se había asustado. Tal vez hasta hubiera destruido el invernadero ella misma.

—¿Alguna vez la viste con una pareja? Una rubita delgada y un grandullón que parece que duerme en el gimnasio.

—La chica venía mucho por aquí. Era la prima o la sobrina de Sveta, creo. —Alex lo dudaba mucho—. Es posible que el chico también se pasara un par de veces. ¿Por qué?

—Gracias por tu ayuda —dijo Alex, dirigiéndose a la salida.

Intentó deshacerse de su decepción mientras regresaba pendiente abajo. Tenía la esperanza de encontrar algo más sobre Tara que unos montones de tierra, como una tumba recién excavada.

Turner había dicho que la esperaría frente a la pista de patinaje Ingalls; Alex divisó su Dodge aparcado junto a la acera, al ralentí. Dentro hacía un calor maravilloso.

—¿Y bien? —preguntó Turner. Alex negó con la cabeza.

—Alguien ha limpiado el invernadero, y la estudiante con la que trabajaban también se ha largado. Una tal Sveta Myers.

—No me suena, pero intentaré rastrearla.

—Yo buscaré en los registros de exalumnos por si tiene alguna conexión con las sociedades —dijo Alex—. Quiero hablar con Lance Gressang.

—¿Ya estamos otra vez?

Alex casi había olvidado que antes había fingido tener interés en hablar con él.

—Alguien tiene que preguntarle por la nueva información que tenemos.

—Si el caso va a juicio…

—Será demasiado tarde. Enviaron a un monstruo a por mí. Mataron a Tara y le han robado todas las plantas. Tal vez también hayan pillado a Sveta Myers. Están deshaciéndose de los cabos sueltos.

—Aunque pudiera conseguir una entrevista con Gressang, no vendrías conmigo.

—¿Por qué no? Necesitamos que Gressang crea que sabemos más sobre este asunto que él. Y no tardará ni medio minuto en darse cuenta de que tú estás más perdido que un pulpo en un garaje.

—Muy gráfico.

—Te vi la cara en el apartamento, Turner. Casi te measte encima cuando Lance desapareció por esa pared.

—Eres de lo que no hay, Stern.

—¿Lo dices por simpática o por guapa?

Turner se revolvió en su asiento para mirarla fijamente.

—No hace falta que me des tanta caña, ¿sabes? ¿Qué es lo que te cabrea tanto?

Alex sintió una fastidiosa punzada de vergüenza.

—Todo —murmuró, contemplando el parabrisas empañado—. En fin, sabes que tengo razón.

—Puede ser, pero Lance tiene representación legal. Ni tú ni yo podemos hablar con él si no es en presencia de su abogado.

—¿Te gustaría poder hablar con él a solas?

—Pues claro. También me gustaría comerme un buen filete poco hecho y tener un rato de paz sin que me des la brasa.

—Eso no va a poder ser. Pero creo que puedo conseguirte una entrevista con Gressang.

—Digamos que puedes. Nada de lo que averigüemos será admitido en el juzgado, Stern. Lance Gressang podría confesarnos que mató a Tara doce veces y aun así no tendríamos nada contra él.

—Pero obtendremos respuestas.

Turner apoyó las manos enguantadas en el volante.

—Cuando mi madre hablaba del diablo, seguro que se refería a ti.

—Soy un encanto.

—Si te dijera que sí, ¿qué necesitaríamos?

Turner ya tenía un traje elegante.

—¿Tienes algún maletín?

—Puedo pedirlo prestado.

—Genial. Pues solo necesitamos esto. —Sacó de su bolsillo el espejo que había utilizado para entrar en el apartamento de Tara.

—¿Quieres que entre en una cárcel con una polvera y un maletín?

—Mucho peor, Turner. —Alex hizo girar el espejo—. Quiero que creas en la magia.

24

Invierno

El plan era más complicado de lo que Alex esperaba. El espejo engañaría a los guardias de la cárcel, pero no a las cámaras.

Dawes llegó al rescate con una tempestad guardada en una tetera. Alex creía que Darlington no lo había dicho en sentido literal, mientras los dos paseaban por el extraño sótano de Rosenfeld Hall. Por lo visto, en sus mejores tiempos, San Telmo disponía de una magia muy interesante.

—Lo importante no es solo el recipiente —les explicó Dawes a Turner y a ella al día siguiente en la cocina de Il Bastone, en cuya encimera había colocado una tetera dorada y un filtro enjoyado—. También es el propio té.

Sacó cuidadosamente una dosis concreta de hojas secas de una lata que lucía el emblema de San Telmo, un siniestro y pequeño diseño denominado «la cabra y el barco».

—Darlington me dijo que están haciendo campaña para que les concedan una tumba nueva —dijo Alex. Dawes asintió.

—La pérdida de Rosenfeld Hall fue un mazazo. Llevan años pidiéndola; aseguran que su magia tiene muchísimas aplicaciones nuevas. Pero sin un nexo sobre el que construirla, no tiene sentido darles una tumba nueva. —Vertió el agua sobre las hojas y activó el cronómetro de su móvil. Las luces titilaron—. Si el té es demasiado fuerte, podríamos dejar sin luz a toda la costa este.

—¿Por qué las tumbas son tan importantes? —preguntó Turner—. Esto no es más que una casa, pero tú estás… haciendo magia. —Se pasó la lengua por los dientes, como si no le gustara el sabor de esa palabra.

—La magia de la Casa Leteo se basa en hechizos, objetos y encantamientos prestados muy estables. No dependemos de ritos. Por eso podemos mantener las protecciones mágicas siempre activas. Las demás sociedades manipulan fuerzas mucho más poderosas: adivinación del futuro, comunicación con los muertos, alteración de la materia…

—Magia de la gorda —resumió Alex.

Turner se apoyó en la encimera.

—Vamos, que ellos tienen ametralladoras y vosotras arco y flechas.

Dawes levantó la vista, sorprendida, y se frotó la nariz.

—Sería más bien una ballesta, pero sí.

Sonó la alarma. Dawes sacó rápidamente el filtro y vertió el té en un termo que le entregó a Alex.

—Deberíais tener unas dos horas de disrupción. Después… —Se encogió de hombros.

—Pero no vas a cortar la electricidad, ¿verdad? —preguntó Turner—. No me apetece estar dentro de una cárcel a oscuras.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —dijo Alex—. Ahora te preocupa que la magia sea *demasiado* poderosa.

Dawes se tironeó de las mangas de la sudadera; la seguridad que había mostrado mientras preparaba el té se evaporó.

—Si lo he hecho bien, no.

Alex guardó el termo en su bolsa y se recogió el cabello en un apretado moño. Le había dicho a Mercy que tenía una entrevista de trabajo como excusa para tomar prestado su elegante traje de chaqueta negro. «Espero que te den el trabajo», le había dicho Mercy, abrazándola con fuerza suficiente para combarle los huesos. «Y yo», había contestado Alex. Le apetecía jugar a los disfraces, emprender aquella aventura para entretenerse, por muy peligrosa que fuera en realidad. El rito de la luna nueva le había parecido distante, increíblemente lejano, pero tendría lugar esa misma noche. Le costaba pensar en otra cosa.

Comprobó su teléfono.

—No tengo cobertura.

Turner hizo lo propio.

—Yo tampoco.

Alex encendió el pequeño televisor de la cocina. Interferencias.

—Un té perfecto, Dawes.

La chica parecía complacida.

—Buena suerte.

—Estoy a punto de tirar mi carrera por el retrete —dijo Turner—. Espero que tengamos de nuestro lado algo más que la suerte.

El trayecto en coche hasta la cárcel fue breve. Nadie conocía a Alex, así que no tuvo que preocuparse de que la reconocieran. Con el traje de chaqueta prestado, daba el pego como ayudante. Turner era otra cuestión. Había tenido que pasarse por el juzgado por la mañana y toparse con el abogado de Lance Gressang para atrapar su rostro en el espejo.

Cruzaron el control de seguridad sin incidentes.

—Deja de mirar las cámaras —susurró Alex mientras los escoltaban por un pasillo sórdido, iluminado por fluorescentes zumbones.

—A mí me parece que funcionan.

—Están conectadas, pero no están grabando nada —dijo Alex, con más convicción de la que sentía en realidad. Notaba el peso reconfortante del termo en el interior de su bolsa.

Una vez dentro de la sala de reuniones, al menos estarían a salvo. No se permitían dispositivos de grabación de vídeo ni audio durante una entrevista entre un abogado y su cliente.

Lance los esperaba sentado frente a una mesa.

—¿Qué quieres? —preguntó al ver a Turner, que se había guardado el espejo tras deslumbrar con él al guardia.

—Tienen una hora —dijo este—. Ni un minuto más.

Gressang se apartó de la mesa de un empujón, mirando a Turner y a Alex.

—¿Qué coño es esto? ¿Trabajáis juntos?

—Una hora —repitió el guardia, y cerró la puerta al salir.

—Conozco mis derechos —dijo Gressang, poniéndose de pie. Ahora parecía aún más corpulento que en el apartamento, y su mano vendada no tranquilizaba demasiado a Alex. Siempre había tenido mucho cuidado de no quedarse encerrada en sitios estrechos con tipos como Lance Gressang. No convenía ser lo único que tuvieran a mano cuando se cabreaban.

—Siéntate —dijo Turner—. Tenemos que hablar.

—No podéis hablar conmigo sin mi abogado.

—Ayer atravesaste una pared —continuó Turner—. ¿Eso sale en el código penal?

Lance parecía casi avergonzado ante la acusación. *Sabe que está prohibido utilizar magia de portales*, pensó Alex. Sobre todo delante de un policía. Lance no podía saber que Turner estaba conectado con las Casas del Velo.

—Siéntate, Gressang —repitió Turner—. A lo mejor hiciste bien.

Alex se preguntó si Lance iba a zamparse una seta de repente y a desaparecer a través del suelo. Pero no. Despacio, a regañadientes, volvió a dejarse caer en la silla.

Turner y Alex tomaron asiento delante de él.

Lance apretó los dientes y señaló a Alex con la barbilla.

—¿Qué hacías tú en mi casa?

«Mi» casa. No «nuestra» casa. Alex no dijo nada.

—Intento averiguar quién mató a Tara —dijo Turner.

Lance levantó las manos, exasperado.

—Si sabes que soy inocente, ¿por qué no me sacas de este vertedero?

—«Inocente» es mucho decir —dijo Turner con el mismo tono cordial y condescendiente que había utilizado días antes con Alex—. Puede que no hayas cometido ese asesinato, y en tal caso tendré mucho gusto en retirar los cargos contra ti. Pero lo que quiero que entiendas es que nadie sabe que estamos aquí. Los guardias creen que estás charlando con tu abogado. Podemos hacer lo que nos dé la gana. ¿Te entra en el coco?

—¿Esperas que me asuste?

—Sí —dijo Turner—. Ya estás asustado. Pero no de nosotros.

—Eh, también puede asustarse de nosotros —protestó Alex.

—Sí, pero tiene mayores preocupaciones. Si tú no mataste a Tara, lo hizo otra persona. Y esa persona está esperando a echarte el guante a ti también. Ahora mismo eres un chivo expiatorio útil, pero ¿hasta cuándo? Tara sabía cosas que no debía, y puede que tú también.

—Yo no sé una puta mierda.

—A mí no tienes que convencerme. Ya has visto de qué es capaz esa gente. ¿Crees que dudarán en quitarse de en medio a un mierdecilla como tú? ¿Crees que les temblará el pulso para acabar contigo, con tus amigos o con el barrio entero si así duermen un poco mejor por las noches?

—La gente como tú y como yo solo importamos hasta que dejamos de serles de utilidad —añadió Alex.

Lance apoyó la mano rota cuidadosamente en la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Y quién cojones eres tú?

Alex le sostuvo la mirada.

—Soy la única persona que cree que tú no mataste a Tara. Así que ayúdame a averiguar quién lo hizo antes de que Turner pierda la paciencia, me saque de aquí y te dejemos pudriéndote en chirona.

Los ojos de Lance oscilaban velozmente entre Alex y Turner.

—Yo no le hice daño —dijo finalmente—. La quería.

Como si ambas cosas no pudieran ir de la mano.

—¿Cuándo empezasteis a trabajar con Sveta Myers?

Lance se revolvió en la silla. Era evidente que no le hacia gracia que conocieran ese nombre.

—No me acuerdo. Hace un par de años, creo. Tara fue a un mercadillo de plantas y se puso a charlar con ella. Se cayeron bien, hablaron de hacer un huerto comunitario y cosas así. Al principio le vendíamos material, luego nos ayudó a cultivarlo y ella se llevaba un porcentaje.

—Háblanos de la Meritud —dijo Alex.

—¿De la qué?

—No solo cultivabais hierba. ¿Qué le vendíais a Blake Keely?

—¿Al modelo? Siempre estaba husmeando cerca de Tara, presumiendo de pasta como si fuera un famosete. No aguanto a ese gilipollas.

Alex no sabía qué pensar: tenía algo en común con Lance Gressang.

—¿Qué cultivabais para él? —insistió Turner.

—No era para él. Al principio no. Al principio le vendíamos hierba a su fraternidad… Nada de lo que diga es admisible, ¿verdad? ¿Todo es extraoficial? —Turner lo instó a continuar con un gesto—. Nada especial. Bolses pequeñas, unos gramos. La mierda de siempre. Pero este año apareció una tal Katlo…

Alex se inclinó hacia delante.

—¿Kate Masters?

—Sí. Una rubia muy guapa, aunque un poco marimacho.

—Cuéntame más sobre tus gustos.

—¿Va en serio?

—No, capullo. ¿Qué quería *Katie*?

—Quería saber dónde cultivábamos y si Tara podía hacerle un hueco en los invernaderos para algo nuevo. Una mierda medicinal, con requisitos muy específicos de humedad y no sé qué más. Tara y Sveta se pusieron a ello, tardaron un poco, pero al final consiguieron que creciera. Yo la probé una vez. No me hizo nada.

Joder. Lance Gressang había tenido delante Meritud sin saberlo siquiera. A saber el daño que podría haber causado de haber sabido que le otorgaba poder sobre los demás… Pero alguien se le había adelantado.

—Pensabas que no valía nada —dijo Alex—. Que era una droga de mierda. Y se la vendiste a Blake.

—Sí —contestó Gressang, sonriendo.

—¿Y qué pensaste cuando empezó a pedirte más?

Gressang se encogió de hombros.

—Con tal de que pagara, yo contento.

—¿Kate Masters sabía que le vendías Meritud a Blake?

—No. La tía era una neurótica. Nos dijo que era venenosa y no sé qué más. Que no jugáramos con ella. Yo sabía que se cabrearía si se enteraba. Pero Blake no paraba de llamarnos para pedirnos más. Y un día se trajo a otro tío que quería saber si podíamos conseguirle setas.

—¿A quién? —le preguntó Turner. Pero Alex ya sabía lo que iba a decir Lance.

Gressang se revolvió en su silla. Parecía nervioso, casi asustado.

—A Colin Khatri, ¿verdad? —dijo Alex—. De El Pergamino y la Llave.

—Sí… —Lance se echó hacia atrás. Su bravuconería se había esfumado. Miraba fijamente la pared, como si esperara encontrar respuestas en ella. El reloj avanzaba, pero Alex y Turner guardaron silencio—. No sabía dónde nos estábamos metiendo.

—Cuéntamelo —dijo Turner—. Dime cómo empezó todo.

—Tara se pasaba todo el día en los invernaderos —dijo Lance, vacilante —. Llegaba tarde a casa y se quedaba despierta probando a combinar mierdas, mezclando las setas con no sé qué. Colin le regaló un platillo amarillo. Tara lo llamaba «mi caldero de bruja». Colin le compraba todas las pastillas que preparaba y siempre volvía a por más.

—¿Pastillas? —preguntó Turner—. Pensaba que le vendíais setas.

—Tara destilaba esa mierda. No era ácido. No sé qué coño era. —Lance se frotó el brazo con la mano buena; se le había puesto la carne de gallina—. Queríamos saber para qué las utilizaba Colin, pero el cabrón no soltaba prenda. Así que Tara lo amenazó con dejar de cocinar para ellos. —Lance levantó las manos, como si estuviera suplicando—. Mira que se lo dije. Le dije que lo dejara estar, que aceptara la pasta de Colin y punto.

—Pero no era suficiente —dijo Alex. *Prefiero morir que dudar*. Tara presentía que había algo gordo en juego y había querido formar parte de ello —. ¿Y qué pasó?

—Colin tragó. —Alex no sabía si estaba orgulloso o arrepentido—. Un fin de semana se pasó por el piso con unos colegas. Todos tomamos las pastillas que hacía Tara, nos vendaron los ojos y nos llevaron a un edificio, a una sala. Era muy bonita, llena de rejillas con… una especie de estrellas judías. Y el techo estaba abierto, para ver el cielo. —Alex había estado en aquella sala la noche del malogrado ritual de los Cerrajeros, cuando habían intentado viajar a

Budapest. ¿Todo había sido una farsa? ¿Sabían que el ritual no funcionaría sin las pastillas de Tara?—. Nos pusimos en círculo alrededor de una mesa redonda y empezaron a cantar en… no sé, parecía árabe. Y de pronto la mesa… se abrió.

—¿Había un pasadizo debajo? —preguntó Turner. Lance negó con la cabeza.

—No, no. No lo pillas: no había fondo. Allí abajo se veía la noche, una noche distinta. Y arriba estaba la nuestra, nuestra noche. Había estrellas por todas partes. —Su voz estaba preñada de sincera fascinación—. Entramos y aparecimos en lo alto de una montaña. Se veían kilómetros y kilómetros, hasta la curva del horizonte. Fue increíble. Al día siguiente estaba hecho polvo. Y los dos olíamos como el culo. No pude quitarme esa peste en varios días. —Lance suspiró—. Supongo que nos enganchamos. Colin y esa peña querían que Tara siguiera cocinándoles esa mierda. Y nosotros queríamos la próxima dosis. Tara quería ver el mundo. Yo solo quería flipar. Fuimos al Amazonas, a Marruecos, a esos manantiales calientes de Islandia. Era como el mejor videojuego de la historia. —Lance soltó una risilla—. Colin intentaba copiar la receta de Tara, pero no lo conseguía. Fingía que le parecía divertido, pero era evidente que le jodía.

Alex trató de relacionar a ese Colin (codicioso, envidioso y amigo de unos camellos) con el joven ambicioso y atildado que había visto en casa de Belbalm. ¿Cómo pensaba que terminaría todo?

—¿De qué se conocían Blake y Colin? —preguntó Alex. No se los imaginaba saliendo por ahí.

Lance se encogió de hombros.

—¿Del *lacrosse* o algo así?

Del *lacrosse*. Le costaba imaginárselo; Colin parecía todo lo contrario al típico deportista. A lo mejor había visto uno de los asquerosos vídeos de Blake y había reconocido la Meritud, igual que Alex. La magia de los Cerrajeros empezaba a fallar. El nexo sobre el que se levantaba su tumba ya no funcionaba y buscaban desesperadamente una nueva forma de abrir portales. Y Colin, el brillante, simpático y educado Colin, no había denunciado lo que hacia Blake con la Meritud. No había impedido que siguiera abusando de las chicas. Al revés: había aprovechado la oportunidad para sacar beneficio para sí mismo y su sociedad.

—¿Y qué hay de Tripp Helmuth? —dijo Turner. Le resultaba extraño preguntar por el optimista y risueño Tripp, pero Alex se alegraba de que el inspector no descartara a nadie.

—¿De quién?

—Un niño pijo —dijo Alex—. Del equipo de vela, siempre bronceado.

—En Yale hay muchos así.

Alex no creía que Lance se estuviera haciendo el tonto, pero no podía estar segura.

—El otro día abriste un portal en la cárcel —dijo Turner.

—Llevaba una pastilla encima cuando me detuvisteis. —Lance sonrió—. Hay muchos sitios donde guardarse algo tan pequeño.

—¿Por qué no te fugaste? —preguntó Turner—. ¿Por qué no te has ido a Cuba o algo así?

—¿Y qué cojones pinto yo en Cuba? —preguntó Lance—. Además, hay que estar en la mesa para poder trasladarse grandes distancias.

Se refería a la tumba. El Pergamino y la Llave todavía necesitaba su nexo. No bastaba con las pastillas de Tara.

—Espera —dijo Alex—. ¿Malgastaste tu única pastilla para volver a tu apartamento?

—Pensaba coger algo de pasta, intentar escapar o a lo mejor pillar algo que pudiera intercambiar en el trullo. Pero habíais puesto toda la casa patas arriba.

—¿Por qué no abriste un portal hasta la tumba… hasta la mesa, para poder ir adónde quisieras desde allí?

Lance pestañeó.

—Mierda. —Se hundió en su asiento—. *Mierda*. —Miró fijamente a Alex. Parecía totalmente abatido—. Me vais a ayudar, ¿verdad? Me vais a proteger.

Turner se levantó.

—Tú estáte calladito, Gressang. Mientras crean que tú vas a pagar el pato, no creo que te pase nada.

Alex esperaba que Lance protestara, que intentara negociar o incluso que los amenazara. Pero se quedó allí sentado, inmóvil, como un enorme ídolo de piedra bajo las luces fluorescentes. No dijo ni una palabra cuando Turner llamó a la puerta y el guardia vino a abrirles, ni tampoco levantó la vista mientras se marchaban. Había viajado a las selvas del Amazonas y explorado los bazares de Marrakech. Había mirado a los ojos a los misterios del mundo, pero los misterios del mundo no se habían fijado para nada en él, y allí era donde había ido a parar. Las puertas se habían cerrado, y los portales también. Lance Gressang no iría a ninguna parte.

Turner y Alex volvieron al campus en silencio, mientras la calefacción del Dodge luchaba contra el penetrante frío. Le envió un mensaje a Dawes para avisarla de que ya estaban fuera de peligro y de que llegaría a Black Elm a las ocho como muy tarde. Se quitó los tacones que le había prestado Mercy. Le venían media talla pequeños y tenía los pies hechos polvo.

—¿Y bien? —dijo finalmente Turner cuando tomaron el desvío.

—Creo que ahora tenemos más móviles que antes.

—Todavía no he descartado a Gressang, no hasta que podamos situar a alguien más en el lugar del crimen. Pero Colin Khatri y Kate Masters empiezan a parecerme mucho más interesantes. —Tamborileó sobre el volante con las manos enguantadas—. Pero no son solamente Colin y Kate, ¿verdad? Son todos. Todos esos niñatos con túnicas y capuchas, jugando a ser magos.

—No están jugando. —Pero Alex sabía exactamente a qué se refería. Colin era la conexión más directa de Tara con El Pergamino y la Llave, pero todos los Cerrajeros eran culpables de permitir que unos desconocidos participaran en sus rituales, y le habían ocultado la verdad a Leteo. Si Tara se había convertido en un peligro para la sociedad, cualquiera de ellos podía haber decidido silenciarla. Tampoco le parecía probable que Kate Masters hubiera actuado a espaldas de El Manuscrito. Alex recordó lo que le había dicho Mike Awolowo sobre la singularidad de aquella droga. Tal vez todos se habían puesto de acuerdo para prescindir del proveedor de las montañas Khingan y empezar a cultivarla por su cuenta. Mike había parecido verdaderamente sorprendido de que la Meritud hubiera llegado a manos de Blake, pero podía estar fingiendo.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Turner.

Alex intentó no mostrar su sorpresa. Tal vez Turner solo se lo preguntaba para verificar sus propias teorías, pero le gustó que contara con ella. Ojalá tuviera una respuesta mejor que darle.

Flexionó los pies doloridos.

—Cualquier miembro de El Manuscrito podría haber usado un glamur para hacer que Tara creyera que estaba con Lance. Además, si los Cerrajeros dependían de la receta secreta de Tara, ¿por qué matarla? Su magia lleva años de capa caída. La necesitaban.

—A menos que Tara les apretara demasiado las tuercas —dijo Turner—. No sabemos cómo se llevaba con Colin. Ni siquiera sabemos exactamente qué contenían esas pastillas suyas. Ya no estamos hablando de setas mágicas.

Eso era verdad. Tal vez a Colin, el *crack* de la química, no le había hecho ninguna gracia verse superado por una simple chica de la ciudad. Seguramente a nadie de El Pergamino y la Llave le había agradado que Tara los chantajeara para que la dejaran participar en sus ritos. Y también era posible que alguien hubiera conseguido recrear la receta de Tara y hubiera decidido deshacerse de ella.

—Colin Khatri tiene una coartada para esa noche —dijo Alex—. Estuvo en el salón literario de Belbalm.

—¿Me estás diciendo que no pudo abrir uno de esos portales, cruzarlo, matar a Tara y volver antes de que alguien se diera cuenta?

Alex quiso darse una bofetada.

—Muy listo, Turner.

—Cualquiera diría que no soy tonto del todo, ¿eh?

Alex sabía que debería habérsele ocurrido primero a ella. Y tal vez habría sido así… si no hubiera estado demasiado ocupada albergando la esperanza de que Colin no estuviera involucrado en el asesinato, de que su prometedor verano perfecto con Belbalm no se viera manchado por la fea muerte de Tara.

Turner giró por Chapel y aparcó delante de Vanderbilt. Alex vio a North merodeando junto a los escalones de la entrada. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Habría encontrado a Tara al otro lado? Se estremeció al caer en la cuenta de que lo habían matado (o más bien que él había matado a la bella Daisy antes de suicidarse) a pocas manzanas de donde ella estaba sentada ahora mismo.

—¿Qué me dirías si te dijera que hay un fantasma delante de mi resi? —le preguntó a Turner—. Ahí mismo, en el patio.

—¿Sinceramente? —dijo Turner—. ¿Después de todo lo que he visto estos días?

—Sí.

—Seguiría pensando que me tomas el pelo.

—¿Y si te dijera que también está investigando nuestro caso?

La risa sincera de Turner no se parecía en nada a su risilla falsa; era una carcajada profunda y plena.

—He tenido auxiliares forenses más raros.

Alex volvió a calzarse los estrechos tacones y abrió la puerta del coche. El aire nocturno era tan frío que le dolía hasta respirar, y el cielo estaba negro. Había luna nueva. Tenía que estar en Black Elm en cuestión de horas. Cuando el decano Sandow le había mencionado el ritual por primera vez, Alex había supuesto que intentarían contactar con Darlington desde Il Bastone, tal vez incluso utilizando el crisol. Pero lo de «traerlo a casa» era literal.

—Mañana le apretaré las tuercas a Kate Masters —dijo Turner—. Y a Colin Khatri también. A ver qué saco.

—Gracias por traerme. —Alex cerró la puerta del coche y contempló cómo los faros desaparecían lentamente por Chapel. Se preguntó si volvería a hablar con el inspector.

Tal vez todo cambiaría esta noche. Alex anhelaba el regreso de Darlington, pero también lo temía. Y no conseguía separar ambas emociones. Cuando Darlington le contara al decano Sandow lo que había hecho Alex, lo que era ella en realidad, sería el fin de su carrera en Leteo. Lo sabía perfectamente. Pero también sabía que Darlington era la mejor oportunidad que tenía Tara de obtener justicia. Darlington hablaba el idioma de ese mundo, comprendía sus protocolos. Él sabría atar los cabos que todos los demás pasaban por alto.

Y también reconocía que echaba de menos a aquel pomposo sabelotodo. Pero no era solo eso. Darlington la protegería.

La mera idea la avergonzaba. Alex, la superviviente, la serpiente de cascabel, debería ser más dura. Pero estaba cansada de luchar. Darlington no toleraría nada de lo que habían padecido ella y Dawes. Aunque él no creyera que Leteo fuera su lugar, sí que creía que Alex merecía la protección de Leteo. Darlington le había prometido interponerse entre ella (entre todos ellos) y la terrible oscuridad. Eso tenía que valer algo.

North no se le acercó, sino que se quedó flotando bajo la luz dorada de la farola; asesino o víctima, pero aliado al fin y al cabo. De momento.

Alex lo saludó con la cabeza y entró. Esta noche tenía otras deudas que saldar.

25

Invierno

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Mercy en cuanto Alex entró en la sala común. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá, rodeada de libros. Alex tardó un momento en recordar que le había dicho que tenía una entrevista de trabajo.

—No estoy segura —contestó mientras se dirigía a su dormitorio para cambiarse—. Creo que bien. Ha sido interesante. Y este pantalón es muy estrecho.

—Será que tu culo es muy ancho.

—Mi culo es como tiene que ser —replicó Alex desde la habitación. Se puso unos vaqueros negros, una de las pocas camisetas de manga larga que le quedaban y un jersey negro. Se planteó inventarse que había entrado en un grupo de estudio, pero luego cambió de idea. Se cepilló el pelo y se puso un poco de pintalabios de color ciruela.

—¿Adónde vas? —la interrogó Mercy al verla arreglada.

—He quedado a tomar un café.

—Alto ahí —dijo Lauren, asomando la cabeza por la puerta de su cuarto —. ¿Alex Stern tiene una cita?

—Primero Alex Stern ha tenido una entrevista de trabajo —dijo Mercy—. Y ahora una cita.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Alex Stern?

Ni puta idea.

—Si ya habéis terminado, ¿quién me ha birlado los pendientes de aro?

—¿A qué colegio mayor va? —preguntó Lauren.

—Es de la ciudad.

—Oooh —dijo Lauren, entregándole los pendientes de plata falsa—. Así que te gustan los proletarios. Te has pasado con el pintalabios.

—A mí me gusta —dijo Mercy.

—Parece que planea sacarle el corazón y comérselo.

Alex se puso los pendientes y se secó un poco los labios con un pañuelo.

—Perfecto.

—El Feb Club casi ha terminado —dijo Mercy. Durante el mes de febrero, todas las noches se celebraba algún evento, una suerte de protesta contra el depresivo ambiente invernal—. Deberíamos ir a la última fiesta, el viernes.

—¿Sí? —preguntó Alex. ¿De verdad Mercy estaba lista para algo así?

—Sí —contestó Mercy—. No digo que nos quedemos hasta las tantas ni nada, pero… quiero ir. A lo mejor te cojo prestado ese pintalabios.

Alex sonrió y sacó su móvil para pedir un coche.

—Entonces, iremos. —Si es que mañana sigo siendo alumna de Yale—. No me esperes despierta, mamá.

—A por él, pendón —dijo Lauren.

—Ten cuidado —añadió Mercy.

—Eso díselo a él —respondió Alex, y cerró la puerta al salir.

El conductor la dejó en las columnas de piedra de Black Elm, y Alex recorrió a pie el largo sendero de entrada. El garaje estaba abierto, y dentro estaba apagado el Mercedes burdeos de Darlington.

Había luz én las dos primeras plantas de la casa, y Alex vio a Dawes a través de la ventana de la cocina, preparando algo en el fogón. En cuanto entró, reconoció el olor a limón. *Avgolemono*, la sopa favorita de Darlington.

—Llegas pronto —dijo Dawes, echándole un vistazo por encima del hombro—. Qué guapa.

—Gracias —dijo Alex, repentinamente cohibida. ¿Los pendientes y el pintalabios eran su equivalente a la sopa de limón de Dawes?

Se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero, junto a la puerta. No sabía lo que iba a pasar esa noche, pero quería registrar el despacho y el dormitorio de Darlington antes de que llegaran los demás. Se alegró de que Dawes hubiera dejado encendidas todas las luces. La última vez, la soledad de la casa la había abrumado.

Alex buscó primero en el despacho, una habitación de paneles de madera y librerías repletas, justo al lado del precioso solario donde había redactado el informe sobre la muerte de Tara. El escritorio estaba bastante ordenado, pero en los archivadores solamente parecía haber documentos relativos a Black Elm. En el cajón superior, Alex encontró una vieja agenda y una cajetilla de

Chesterfield arrugada. No se imaginaba a Darlington fumando cigarrillos baratos.

Su búsqueda en la celda monacal de la tercera planta fue igualmente infructuosa. Cosmo entró con ella y se la quedó mirando mientras abría un cajón tras otro y revisaba todos los libros. Se sentía juzgada.

—Sí, ya sé que estoy invadiendo su intimidad, Cosmo —dijo—. Pero es por una buena causa.

Por lo visto el gato se contentó con eso, porque se metió entre las piernas de Alex y se frotó la cabeza con sus botas militares al tiempo que ronroneaba ruidosamente. Alex le rascó el cogote mientras repasaba los libros apilados cerca de la cama de Darlington, todos relativos a la industria de Nueva Inglaterra. Entonces encontró lo que parecía ser un viejo catálogo de carruajes, amarillento y con los bordes rotos; el documento estaba guardado en una bolsa de plástico hermética para protegerlo de la humedad. La familia de North fabricaba carruajes.

Alex lo sacó cuidadosamente de la bolsa. Ahora que lo examinaba con más atención, parecía ser una gaceta comercial de los diversos fabricantes de carruajes de New Haven y los negocios que los patrocinaban. Había dibujos hechos a mano de ruedas, mecanismos de cierre, faroles y, en la tercera página, un anuncio con letras grandes y gruesas sobre la construcción de la nueva fábrica de North & Sons, que incluiría una sala de muestras para potenciales compradores. En el margen, escrita con la letra inconfundible de Darlington, había una nota: *¿la primera?*

—¿Nada más? Venga ya, Darlington. ¿La primera qué?

Alex oyó el crujido de la gravilla bajo los neumáticos. Miró por la ventana y vio los faros de dos coches: un Audi ligeramente desvencijado y, detrás, un reluciente Land Rover azul.

El Audi aparcó en el garaje, al lado del Mercedes de Darlington. Un momento después Alex vio bajarse al decano Sandow y a una mujer que no podía ser otra que Michelle Alameddine. Alex no sabía qué se había esperado, pero aquella chica parecía totalmente corriente. Lucía una melena rizada hasta los hombros y unas cejas bien depiladas que adornaban su rostro anguloso. Vestía un elegante abrigo negro y botas hasta la rodilla del mismo color. Todo muy de Nueva York, aunque Alex nunca había estado en Nueva York.

Guardó el catálogo de carruajes en su bolsa y se apresuró a bajar. Sandow y Michelle ya estaban colgando sus abrigos en el vestíbulo, seguidos por una mujer mayor y un chico de aspecto desgarbado, con cresta y una enorme mochila a la espalda. Alex tardó más de un minuto en reconocerlos sin sus

túnicas blancas, pero entonces su memoria los ubicó: Josh Zelinski, presidente de la delegación de Aureliano, y la exalumna que había dirigido el ritual del pasado otoño con ese novelista, el que había estado a punto de salir tan mal. *Amelia*.

Darlington había convencido a Aureliano de que la culpa había sido de la sociedad y no de Alex. Y esa misma noche, ante la estupefacción de Dawes, Alex y Darlington se habían pillado un buen pedo con aquel tinto carísimo y habían hecho añicos un aparador entero de cristalería inocente… y también un juego de porcelana muy hortera que probablemente merecía morir. En la habitación sembrada de cristales y trozos de porcelana, Alex se había sentido mejor que en muchos años. Darlington, mientras admiraba el estropicio, se había llenado la copa y había dicho con voz pastosa: «Todo esto es una metáfora, Stern. Ya te diré cuál cuando esté sobrio».

Se hicieron las presentaciones y Sandow descorchó una botella de vino. Dawes sirvió una bandeja de queso y *crudités*. Parecía el preludio de una velada muy cutre.

—Bueno —dijo Michelle, comiéndose una rodaja de pepino—. Así que Danny se ha esfumado.

—Podría estar muerto —dijo Dawes en voz baja.

—Lo dudo —replicó Michelle—. Si estuviera muerto, no pararía de atosigarla. —Señaló a Alex con el pulgar—. Tú estabas con él, ¿verdad?

Alex asintió, con un nudo en el estómago.

—Y eres la chica mágica que ve a los grises. ¿Lo has visto por aquí?

—No —contestó Alex. Y North tampoco lo había visto en el otro lado. Darlington estaba vivo, en alguna parte, y esta noche volvería a casa.

—Un don extraordinario —comentó Amelia. El cabello de color miel le caía por debajo de la barbilla; vestía un conjunto de suéter y chaqueta azul marino y unos vaqueros almidonados—. Leteo tiene suerte de contar contigo.

—Sí —dijo Sandow cordialmente—. Así es.

Josh Zelinski sacudió la cabeza.

—Es de locos. ¿Están todos flotando por ahí? ¿Hay algún gris aquí ahora mismo?

Alex bebió un largo sorbo de vino.

—Pues sí, hay uno. Y te está metiendo mano.

Zelinski se giró bruscamente. Sandow hizo una mueca.

Pero Michelle se echó a reír.

—Darlington debió de cabrearse un montón cuando se enteró de lo que sabes hacer.

Sandow carraspeó.

—Gracias por venir —dijo—. A todos. Es una situación complicada y sé que estáis muy ocupados.

No es una puta reunión de empresa, quiso gritar Alex. *Ha desaparecido.*

Michelle volvió a llenarse la copa.

—En realidad no me sorprende que me hayáis llamado.

—¿No?

—Me pasé casi todo el primer año de Darlington procurando que no se matara ni prendiera fuego a nada. Esté donde esté, seguro que se alegra de que por fin haya pasado algo interesante por aquí.

Sandow se rio entre dientes.

—Apuesto a que sí.

Alex sintió una punzada de irritación. No le gustaba que Sandow y Michelle se rieran a costa de Darlington. Se merecía algo mejor.

—¿Le van las emociones fuertes? —preguntó Amelia, también en tono divertido.

—No exactamente —dijo Michelle—. Pero siempre está dispuesto a lanzarse de cabeza. Se consideraba un caballero que montaba guardia en la puerta del inframundo, espada en mano.

Alex se había burlado cada vez que Darlington hablaba de sí mismo o de Leteo en esos términos. Pero ya no le parecía ridículo, no cuando pensaba en Tara, en drogas como la Meritud o en personas como Blake. Las Casas del Velo tenían demasiado poder, y las normas que habían establecido tenían más que ver con controlar el acceso a dicho poder que con limitar los daños que este podía causar.

—¿Y no lo somos en realidad? —dijo Alex sin poder contenerse—. ¿*Somos los pastores* y todo eso?

Michelle volvió a reírse.

—No me digas que también te ha comido el coco. —Se colgó del brazo de Sandow mientras los dos salían de la cocina, seguidos por Zelinski y Amelia —. Ojalá hubiera podido llegar antes para ver este sitio con más luz. Ha hecho una buena reforma.

Dawes le rozó la mano discretamente, sobresaltándola. Era un gesto pequeño, pero Alex hizo lo mismo. Darlington tenía razón al afirmar la necesidad de la existencia de Leteo, el motivo por el que estaban allí. No eran simples seguratas de un centro comercial que hacían de niñeras de unos adolescentes revoltosos. Su misión era ser detectives, soldados. Michelle y Sandow no lo comprendían.

¿Y yo sí? ¿Cuándo había dado el salto de superviviente a guerrera sagrada? ¿Y qué pasaría cuando Darlington dejara de chupar banquillo y lo trajeran de vuelta a su mundo?

Tal vez la investigación de Alex en el caso Tara Hutchins sería un punto a su favor, pero dudaba mucho de que Darlington se limitara a decirle: «Bien, has mostrado iniciativa. Pelillos a la mar». Alex le diría que lo sentía, que no sabía lo que pretendía Hellie esa mañana en la Zona Cero. Diría lo que hiciera falta para aferrarse a su nueva vida con las dos manos.

—¿Dónde pensáis que está? —preguntó Michelle mientras subían las escaleras a la segunda planta.

—No lo sabemos. He pensado que podemos utilizar a un sabueso para buscarlo.

Sandow parecía encantado de conocerse. A veces se le olvidaba que el decano había sido delegado de Leteo, y muy bueno.

—¡Buena idea! ¿Y qué usamos para encontrar su rastro?

—Las escrituras de Black Elm.

—¿Son obra de Aureliano?

—No que yo sepa —dijo Amelia—. Pero podemos activar el texto para invocar a sus signatarios.

—¿Estén donde estén? —preguntó Michelle.

—Estén donde estén —contestó Zelinski con arrogancia.

Describieron pormenorizadamente la mecánica del contrato y de la invocación, que debería funcionar siempre que el compromiso del contrato se hubiera hecho de buena fe y que las partes implicadas tuvieran alguna conexión emocional con el mismo.

Alex y Dawes se miraron de reojo. Al menos de eso sí que estaban seguras: Darlington adoraba Black Elm.

El salón de baile de la segunda planta estaba iluminado con lámparas situadas en los cuatro puntos cardinales. Las esterillas y el equipo de gimnasia de Darlington habían sido retirados a un lado.

—Es un buen sitio —dijo Zelinski, abriendo su mochila. Amelia y él sacaron cuatro objetos envueltos en guata de algodón.

—¿No haría falta abrir un portal? —le susurró Alex a Dawes mientras observaba cómo Josh desenvolvía una gran campana de plata.

—Si Sandow tiene razón y Darlington está atrapado entre los mundos o en una especie de zona burbuja, la activación de las escrituras debería crear una pulsión suficiente para traerlo hasta nosotros.

—¿Y si no?

—Pues tendremos que pedir a El Pergamino y la Llave que nos ayude en la próxima luna nueva.

¿Y si eran precisamente los Cerrajeros los que habían creado el portal del sótano aquella noche? ¿Y si querían que Darlington no regresara jamás?

—Alex —la llamó Sandow—. Ayúdame a dibujar los símbolos, por favor.

Alex se sintió rara mientras trazaba las barreras mágicas; era como si hubiera retrocedido en el tiempo y ahora ella fuera la Dante de Sandow.

—Dejaremos abierta la puerta norte —dijo el decano—. El norte geográfico lo guiará hasta casa. Necesitaré que mantengas a raya a los grises tú sola. Podría tomar el elixir de Hiram, pero… a mi edad es demasiado peligroso. —Parecía avergonzado.

—Yo me ocupo —lo tranquilizó Alex—. ¿Va a haber sangre? —Al menos quería estar preparada por si aparecía una horda de grises.

—No —contestó Sandow—. Nada de sangre. Y Darlington plantó especies protectoras en los límites de Black Elm. Pero ya sabes que los grises pueden verse atraídos por un deseo intenso, y eso es justo lo que necesitamos para traerlo de vuelta.

Alex asintió y se situó en la puerta norte. Sandow ocupó el sur; Dawes y Michelle Alameddine se colocaron en el este y el oeste, respectivamente. Iluminado tan solo por la luz de las velas, el salón de baile parecía aún más inmenso: una sala grande y fría, construida para impresionar a gente que había muerto hacía mucho.

Amelia y Josh estaban en el centro del círculo, con un fajo de papeles (las escrituras de Black Elm), pero se quedarían de brazos cruzados hasta que la invocación de Sandow funcionara.

—¿Todo el mundo preparado? —Como nadie respondió, Sandow avanzó con determinación, murmurando primero en inglés, luego en español y luego en un idioma sibilante que Alex identificó como holandés. ¿Lo siguiente era portugués? Después, mandarín. Entonces cayó en la cuenta de que el decano estaba utilizando los idiomas que hablaba Darlington.

No sabía si eran imaginaciones suyas, pero le pareció oír un ruido de patas, un jadeo. Pensó en los sabuesos de Leteo, en aquellos chacales curiosamente hermosos que Darlington le había azuzado en su primer día en Il Bastone. *Te perdono*, pensó. *Vuelve a casa*.

De pronto se oyó un aullido, y acto seguido unos ladridos muy débiles.

Las velas encendidas titilaron, y las llamas se volvieron de color verde intenso.

—¡Lo hemos encontrado! —exclamó Sandow con voz temblorosa. Parecía casi asustado—. ¡Activad las escrituras!

Amelia acercó una vela a los documentos extendidos en el centro del círculo. La luz verde prendió y lamió el fajo de papeles. Amelia arrojó algo a las llamas, que soltaron fuertes chispas, como fuegos artificiales.

Hierro, comprendió Alex. Había visto un experimento igual en clase de ciencias.

Las palabras parecieron flotar sobre el documento entre las llamas verdes, mientras las limaduras de hierro seguían chisporroteando.

DA FE

DE QUE

EL CITADO CEDENTE

A TÍTULO ONEROSO

ONEROSO

ONEROSO

Las palabras se enroscaban sobre sí mismas, alzándose sobre las llamas y deshaciéndose como volutas de humo.

Las llamas de la vela aumentaron de tamaño… y de pronto se apagaron. El fuego que cubría las escrituras también se extinguió abruptamente. Estaban a oscuras.

Y entonces, Black Elm cobró vida. Simultáneamente, las lámparas de las paredes se encendieron, los altavoces del rincón empezaron a escupir música, y en los pasillos reverberó el sonido de un telediario, procedente de alguno de los televisores de la casa.

—¿Quién diablos se ha dejado todas las luces encendidas? —dijo un anciano desde el exterior del círculo. Estaba aterradoramente flaco y casi sin pelo; bajo el batín abierto se adivinaba su pecho hundido y sus genitales arrugados. Le colgaba un cigarrillo de la comisura de la boca.

Su aspecto no era nítido y vívido, como solían aparecer los grises ante Alex; estaba… en fin, gris. Como si lo estuviera viendo a través de varias capas de gasa translúcida. *A través del Velo*.

Supo que estaba contemplando a Daniel Tabor Arlington III. Un instante después, el anciano desapareció.

—¡Funciona! —gritó Josh.

—Tocad las campanas —exclamó Amelia—. ¡Llamadlo!

Alex levantó la campana de plata que tenía a sus pies y vio que los demás hacían lo mismo. Agitaron las campanas y su dulce sonido invadió el círculo, eclipsando la música y el caos que reinaba en la casa.

Un golpe de viento abrió las ventanas. Alex oyó el chirrido de unos neumáticos y un fuerte golpe en la calle. A su alrededor veía gente bailando; un joven de espeso bigote, que le recordaba muchísimo a Darlington, pasó a su lado, vestido con un traje digno de un museo.

—¡Alto! —exclamó Sandow—. ¡Algo va mal! ¡Dejad de tocar!

Alex sujetó el badajo de su campana para intentar silenciarla. Los demás la imitaron. Pero las campanas no dejaron de sonar. Sentía la suya vibrando, como si todavía la estuviera tocando, oía sus repiques cada vez más fuertes.

Notaba las mejillas ardiendo. Hacía un momento, en la sala reinaba un frío helador, pero ahora estaba sudando. Un tufo a azufre impregnó el aire. Oyó un gemido grave que pareció retumbar por todo el suelo. Recordó a los cocodrilos llamándose entre sí desde las orillas del río, en la frontera. Fuera lo que fuera lo que había entrado en el salón de baile, era más grande. Muchísimo más grande. Y parecía hambriento.

Las campanas aullaban. Sonaban como una multitud encolerizada, como una horda con ansia de violencia. Le hormigueaban las manos por la vibración.

Bum. El edificio se sacudió.

Bum. Amelia perdió el equilibrio y se agarró a Zelinski para no caerse; la campana se le escapó de las manos, pero no dejó de sonar.

Bum. Era el mismo sonido que Alex había oído esa noche, durante la pronosticación; el sonido de algo que trataba de irrumpir en el círculo, en su mundo. Esa noche, los grises del anfiteatro de operaciones habían atravesado el Velo, habían astillado la barandilla. Alex había dado por hecho que intentaban destruir el círculo protector. ¿Y si lo que intentaban era refugiarse dentro? ¿Y si la criatura que se aproximaba les daba miedo? Aquel grave lamento volvió a sacudir la estancia. Parecían las fauces de un ser antiquísimo abriéndose con un crujido.

El olor a azufre era tan intenso que podía paladearlo; le entraron náuseas y arcadas al notar su sabor a podrido.

Asesinato. Una voz dura y fuerte se hizo oír por encima de las campanas. Era la voz de Darlington, pero más grave y rabiosa. *Asesinato*, decía.

No me jodas. Y ella que esperaba que se estuviera calladito.

Y entonces lo vio, cerniéndose sobre el círculo como si no hubiera techo ni tercera planta, como si la casa no existiera: un monstruo (no había otra palabra para describirlo) con cuernos y colmillos, tan grande que su mole tapaba el cielo nocturno. Un jabalí. Un carnero. El cuerpo segmentado y

amenazante de un escorpión. La mente de Alex saltaba de un horror al siguiente, incapaz de encontrarle sentido.

Alex se dio cuenta de que estaba gritando. Como todos los demás. Las paredes parecían iluminadas por un incendio.

Alex notó el calor en las mejillas, chamuscándole el vello de los brazos.

Sandow avanzó hasta el centro del círculo, arrojó su campana al suelo y vociferó:

—*Lapidea est lingua vestra!* —Abrió los brazos de par en par como un director de orquesta, con el rostro dorado por las llamas. Parecía más joven. Parecía otra persona—. *Silentium domus vacuae audito! Nemo gratus accipietur!*

Las ventanas del salón de baile se cerraron violentamente, haciendo añicos los cristales. Alex cayó de rodillas y se tapó la cabeza con las manos.

Aguardó, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Y entonces se percató de que las campanas habían dejado de sonar.

Sintió el alivio del silencio en los oídos. Cuando abrió los ojos, vio que las velas volvían a estar encendidas, iluminándolo todo con un suave resplandor. Como si no hubiera pasado nada, como si todo hubiera sido una gran ilusión, salvo por los pedazos de cristal roto que salpicaban el suelo.

Amelia y Josh estaban de rodillas, sollozando. Dawes estaba hecha un ovillo en el suelo, tapándose la boca con las dos manos. Michelle Alameddine caminaba de un lado a otro, mascullando:

—Hostia puta. Hostia puta. *Hostia puta*.

El viento se colaba por las ventanas rotas; el aire nocturno parecía frío y dulce en comparación con el hedor del azufre. Sandow miraba fijamente el lugar en el que había aparecido la bestia. Tenía la camisa empapada de sudor.

Alex se obligó a ponerse de pie y se acercó a Dawes, haciendo crujir los trozos de cristal bajo sus botas.

—¿Dawes? —dijo, acuclillándose y poniéndole la mano en el hombro—. ¿Pammie?

Dawes lloraba. Las lágrimas trazaban un camino lento y mudo por sus mejillas.

—Se ha ido —dijo—. Se ha ido de verdad.

—Pero lo he oído —replicó Alex. O al menos había oído una voz muy parecida a la suya.

—No lo entiendes —dijo Dawes—. Esa cosa…

—Era una bestia infernal —dijo Michelle—. Hablaba con la voz de Darlington. Eso quiere decir que lo ha consumido. Alguien le permitió

acceder a nuestro mundo y la dejó allí como una caverna, para que Darlington entrara en ella.

—¿Quién? —dijo Dawes, secándose las lágrimas—. ¿Y cómo?

Sandow la rodeó con el brazo.

—No lo sé. Pero lo averiguaremos.

—Si está muerto, debería estar en el otro lado —protestó Alex—. Y no lo está. No…

—Se ha ido, Alex —dijo Michelle con severidad—. No está en el otro lado. No está detrás del Velo. La criatura también ha devorado su alma.

«No es un portal», había dicho Darlington esa noche, en el sótano de Rosenfeld. Y ahora Alex ya sabía a qué se refería, lo que había intentado decirle antes de que ese ser se lo llevara. No es un portal. Es una boca.

Darlington no había desaparecido. Lo habían devorado.

—Nadie sobrevive a algo así —dijo Sandow con voz ronca. Se quitó las gafas y se secó los ojos—. Ningún alma puede resistirlo. Hemos invocado un *poltergeist*, un eco. Nada más.

—Se ha ido —repitió Dawes.

Esta vez Alex no dijo nada.

Recogieron las campanas de Aureliano y el decano Sandow dijo que haría unas llamadas para que tapiaran las ventanas del salón de baile al día siguiente. Empezaba a nevar, pero a esas horas no podían hacer nada. ¿Y qué más daba? El guardián de Black Elm, su defensor, no regresaría jamás.

Fueron saliendo lentamente de la casa. Cuando entraron en la cocina, Dawes rompió a llorar de nuevo. La imagen era ridículamente estúpida y esperanzadora: las copas de vino medio llenas, las verduras cuidadosamente colocadas en la bandeja y la cacerola de sopa esperando en el fogón.

Fuera, encontraron el Mercedes de Darlington estrellado contra el Land Rover de Amelia. Ese era el estruendo que había oído Alex: el coche de Darlington había sido poseído por el eco que habían atraído a su mundo.

Sandow suspiró.

—Llamaré a la grúa y te haré compañía hasta que venga, Amelia. Michelle…

—Pediré un coche para que me lleve a la estación.

—Lo siento, no…

—Tranquilo —dijo. Parecía distraída, confundida, como si no le terminaran de cuadrar las cuentas, como si acabara de comprender que, a lo

largo de los años que había pasado en Leteo, había estado paseando de la mano de la muerte.

—Alex, ¿puedes acompañar a Dawes a su casa? —preguntó Sandow.

Dawes se secó la cara húmeda con la manga.

—No quiero irme a casa.

—Pues a Il Bastone. Yo iré en cuanto pueda. Vamos a… —Se interrumpió—. Aún no tengo claro qué vamos a hacer.

—No hay problema —dijo Alex. Pidió un coche con su móvil, rodeó a Dawes con un brazo y la acompañó por el sendero, siguiendo a Michelle y dejando atrás Black Elm.

Se quedaron esperando en silencio junto a las columnas de piedra, mientras la nieve empezaba a condensarse a su alrededor.

El coche de Michelle llegó primero. No les propuso compartirlo, pero se dio la vuelta para hablar con Alex mientras subía.

—Trabajo en la tienda de regalos de la biblioteca Butler, en Columbia —dijo—. Por si me necesitas.

Antes de que Alex pudiera responder, Michelle se metió en el coche, que se alejó por la calle despacio, bajo la nieve, hasta que las luces traseras se convirtieron en dos chispas rojas.

Alex no dejó de abrazar a Dawes, temerosa de que se apartara. Hasta ese momento, hasta esa noche, todo había sido posible. Alex había creído de verdad que, de un modo u otro e inevitablemente (tal vez no ese día, pero sí en la próxima luna nueva), Darlington regresaría. Pero ahora el hechizo de la esperanza se había roto, y la magia no podía repararlo.

El chico de oro de Leteo se había ido para siempre.

26

Invierno

—Te quedas, ¿no? —le preguntó Dawes mientras entraban en el recibidor de Il Bastone. La casa suspiró, como si percibiera la tristeza de ambas. ¿Acaso lo sabía? ¿Sabía desde el principio que Darlington no iba a volver nunca?

—Claro. —Agradecía que Dawes se lo pidiera. No quería estar sola ni tener que disimular delante de sus compañeras de cuarto. Ahora mismo no podía fingir. Y sin embargo, no dejaba de buscar cualquier atisbo de esperanza—. A lo mejor lo hemos hecho mal. Puede que Sandow la haya cagado.

Dawes encendió las luces.

—Ha tenido casi tres meses para prepararlo. El ritual estaba bien.

—Pues a lo mejor lo ha fastidiado a propósito. A lo mejor no quiere que Darlington vuelva. —Sabía que estaba agarrándose a un clavo ardiendo, pero era lo único que tenía—. Si estuviera intentando encubrir el asesinato de Tara, ¿no crees que querría deshacerse de un paladín como Darlington y dejarme a mí al mando?

—Pero si tú también eres una paladina, Alex.

—Pero él es un paladín más competente. ¿Qué dijo Sandow para detener el ritual?

—*Vuestras lenguas son de piedra*. Lo dijo para silenciar a las campanas.

—¿Y después?

Dawes se quitó la bufanda y colgó la parka en el perchero.

—*Oíd el silencio de una casa vacía. Nadie será bienvenido aquí* —dijo, dándole la espalda.

La idea de que Darlington hubiera sido expulsado para siempre de Black Elm era horrible. Alex se frotó los ojos cansados.

—La noche de la pronosticación de La Calavera y las Tibias, oí a alguien… oí algo que golpeaba la puerta para entrar, justo cuando estaban

asesinando a Tara. Sonaba igual que lo de esta noche. Tal vez fuera Darlington. Tal vez vio lo que le estaban haciendo a Tara y quiso advertirme. Si…

Dawes negaba con la cabeza; el moño flojo le azotaba el cuello con cada giro.

—Ya los has oído. Esa… esa cosa lo devoró. —Le temblaron los hombros, y Alex se dio cuenta de que se había echado a llorar otra vez. Se agarraba al abrigo colgado en el perchero como si fuera a derrumbarse si no se sujetaba—. Se ha ido.

Aquellas palabras eran un estribillo, una canción que seguirían cantando hasta que dejaran de llorarlo.

Alex le tocó el brazo.

—Dawes…

Pero Dawes se irguió, se sorbió la nariz y se secó las lágrimas.

—Pero Sandow se equivoca. Técnicamente. Es posible sobrevivir a una bestia infernal. Pero no puede hacerlo un ser humano.

—¿Y entonces?

—Un demonio.

Están muy por encima de nuestro nivel. No nos pagan tanto.

Dawes inspiró hondo, temblorosamente, se apartó el cabello de la cara y volvió a apretarse el moño.

—¿Crees que Sandow querrá un café cuando llegue? —preguntó mientras cogía los auriculares de la alfombra de la salita—. Me apetece trabajar un rato.

—¿Cómo va?

—¿La disertación? —Dawes parpadeó lentamente, mirando los auriculares que tenía en la mano como si no supiera cómo habían llegado allí—. No tengo ni idea.

—Pediré una pizza —dijo Alex—. Y me pido primera para ducharme. Las dos apestamos.

—Iré descorchando una botella de vino.

Alex estaba subiendo las escaleras cuando oyó que llamaban a la puerta. Por un segundo, pensó que podía ser el decano Sandow. Pero ¿por qué iba a llamar? En los seis meses que Alex llevaba en Leteo, jamás habían llamado a la puerta de la casa de Orange.

—Dawes… —empezó a decir.

—Dejadme entrar. —Una voz masculina, bronca.

Alex ya estaba al pie de las escaleras cuando se dio cuenta. *Una compulsión*.

—¡No abras, Dawes! —gritó. Pero Dawes ya estaba descorriendo el cerrojo.

En cuanto se oyó el chasquido de la cerradura, la puerta se abrió de sopetón y Dawes salió proyectada contra la barandilla. Los auriculares se le escaparon de la mano y se golpeó ruidosamente la cabeza contra la madera.

Alex no se paró a pensar. Se lanzó a por los auriculares de Dawes y se los puso, apretándoselos con las manos mientras subía corriendo las escaleras. Miró hacia atrás y vio a Blake Keely (al guapo Blake Keely, con el abrigo de lana manchado de nieve, como si acabara de salir de las páginas de un catálogo de ropa de invierno) pasando por encima de Dawes, con los ojos clavados en Alex.

Dawes está bien, se dijo. *Se pondrá bien. No podrás ayudarla si pierdes el control*.

Blake estaba utilizando Influjo estelar o algo similar. Alex había sentido la pulsión de su voz, incluso a través de la puerta. Por eso Dawes le había abierto.

Echó a correr hacia la armería mientras marcaba el número de Turner, y estampó la mano en el viejo equipo de música de la pared, esperando que por una vez le hiciera caso. Quizá la casa quisiera luchar a su lado, porque la música empezó a atronar por los pasillos, más fuerte y nítida que nunca. Con Darlington, habría sonado algo de Purcell o Prokofiev. Pero ahora sonaba lo último que había estado escuchando Dawes; si Alex no hubiera estado tan asustada, se habría echado a reír al oír la voz cantarina de Morrissey y el tintineo de las guitarras.

Los auriculares amortiguaban la letra de la canción. Oía su propia respiración. Entró rápidamente en la armería y empezó a abrir cajones. Dawes estaba abajo, sangrando. Turner estaba muy lejos. Y Alex no quería pensar en lo que podía hacerle Blake, en lo que podía obligarla a hacer. ¿Era una venganza por lo que le había hecho Alex? ¿Había averiguado quién era y la había seguido hasta allí? ¿O había venido por lo de Tara? Alex había estado tan centrada en las sociedades que no se había parado a pensar que tenía otro sospechoso justo delante: un niño bonito con mala sangre, que no aceptaba un no por respuesta. Necesitaba un arma, pero en la armería no había nada concebido para luchar contra un ser humano vivo y hasta las cejas de supercarisma. Alex miró de nuevo a su espalda. Blake estaba justo detrás de ella. Decía algo, pero por suerte Alex solo oía la música. Metió la mano en los

cajones, agarró el primer objeto pesado que encontró y se lo arrojó. Ni siquiera sabía qué valiosísima reliquia le estaba tirando a la cabeza. Un astrolabio. Un pisapapeles resplandeciente que contenía un mar helado.

Blake apartó el proyectil de un manotazo y la agarró por la nuca. El *lacrosse* y la vanidad le habían dado mucha fuerza. Le arrancó los auriculares de las orejas. Alex gritó tan fuerte como pudo y le arañó la cara. Blake soltó un aullido y Alex huyó por el pasillo. Ya había luchado otras veces con monstruos, y los había vencido. Pero nunca ella sola. Necesitaba salir de allí, alejarse de las barreras mágicas para poder absorber la fuerza de North o encontrar a otro gris que la ayudara.

La casa parecía vibrar, zumbar de ansiedad. *Ha entrado un intruso. Ha entrado un asesino.* Las luces titilaban y la música empezaba a llenarse de interferencias.

—Tranquila —le dijo Alex a la casa mientras regresaba corriendo por el pasillo, en dirección a las escaleras—. Estás demasiado vieja para esto.

Pero la casa continuó zumbando y estremeciéndose.

Blake la placó por la espalda, y Alex se dio un buen golpe al caer al suelo.

—Estate quieta —le canturreó al oído.

Alex sintió que sus extremidades se quedaban paralizadas. No solo había dejado de moverse: estaba encantada de hacerlo. Se quedaría totalmente quieta, tan quieta como una estatua.

—¡Dawes! —gritó.

—Cállate —dijo Blake.

Alex cerró la boca con fuerza. Era fantástico poder obedecerlo. Blake se lo merecía. Se lo merecía todo.

Blake le dio la vuelta y se puso de pie. Se le antojaba increíblemente alto; el techo artesonado enmarcaba su cabello dorado y alborotado.

—Me has arruinado la vida —dijo. Levantó el pie y apoyó la bota en el pecho de Alex—. Me la has arruinado. —Una pequeña parte de su mente gritaba. *Huye. Empújalo. Haz algo.* Pero era una voz lejana, perdida bajo el zumbido satisfecho de la sumisión. Estaba contenta, muy contenta de obedecerlo.

Blake la pisó con fuerza. Alex sintió que sus costillas se doblaban bajo su bota. Pesaba mucho, noventa kilos de puro músculo aplastándole el corazón. La casa se sacudía de manera histérica, como si pudiera sentir el quejido de los huesos de Alex. Oyó que una mesa se volcaba, que la vajilla caía de sus estantes y se estrellaba contra el suelo. Il Bastone estaba dando voz a su miedo.

—¿Quién te daba derecho? —dijo Blake—. Respóndeme.

Le había dado permiso.

—Mercy y todas las anteriores —le escupió Alex, aunque su mente se moría por recibir otra orden, por encontrar otra forma de complacerlo—. Ellas me daban derecho.

Blake levantó el pie y lo descargó con todas sus fuerzas en su pecho. Alex gritó al sentir la explosión de dolor.

En ese momento, las luces se apagaron, y el equipo de música también. Se quedaron sumidos en la oscuridad y el silencio, como si Il Bastone acabara de morir.

Entonces oyó el llanto de Blake. Tenía la mano izquierda cerrada en un puño, como si se dispusiera a golpearla. Pero la luz de las farolas que entraba por las ventanas se reflejó en un objeto plateado que empuñaba con la otra mano. Un cuchillo.

—¿Te puedes callar? —dijo Blake—. Dime que te puedes callar.

—Me puedo callar —contestó.

Blake rio nerviosamente, con la misma risilla aguda del vídeo.

—Eso mismo dijo Tara.

—¿Qué dijo? —susurró Alex—. ¿Qué dijo para enfadarte?

Blake se inclinó sobre ella. Su rostro seguía siendo hermoso, casi , angelical.

—Se creía mejor que las otras. Pero todas reciben lo mismo de Blake.

¿Blake había sido tan idiota como para utilizar la Meritud con Tara? ¿Había descubierto Tara para qué la usaba? ¿Lo había amenazado con denunciarlo? ¿Y qué importaba ya? Alex iba a morir. Al final había sido igual de tonta que Tara, igual de incapaz de defenderse.

—¿Alex? —dijo la voz del decano Sandow desde abajo.

—¡No suba! —gritó ella—. ¡Llame a la policía! ¡Tiene…!

—¡Que te calles, joder! —Blake echó la pierna hacia atrás y le dio una fuerte patada en el costado. Alex guardó silencio.

Pero ya era demasiado tarde. Sandow había subido las escaleras y estaba en el pasillo con expresión perpleja. Desde el suelo, Alex lo vio mirarla, mirar a Blake y también el cuchillo que empuñaba.

Sandow se abalanzó sobre él, pero tardó demasiado.

—¡Quieto! —exclamó Blake.

El decano se quedó rígido, a punto de perder el equilibrio.

Blake se volvió hacia Alex con una sonrisa en los labios.

—¿Es amigo tuyo? ¿Le digo que se tire desde la escalera?

Alex guardó silencio. Blake le había pedido que estuviera callada, y ella solamente quería complacerlo, pero su mente no dejaba de dar coces dentro de su cráneo. Todos iban a morir esa noche.

—Acércate —le dijo Blake. Sandow avanzó hacia él con afán, casi dando brincos. Blake señaló a Alex con la frente—. Quiero que me hagas un favor.

—Haré cuanto esté en mi mano —dijo Sandow, como si estuviera invitando a un alumno prometedor a pasarse por su despacho.

Blake le tendió el cuchillo.

—Mátala. Clávaselo en el corazón.

—Será un placer. —Sandow cogió el cuchillo y se sentó a horcajadas encima de Alex.

Una ráfaga de viento helado se coló en la casa por la puerta abierta, refrescándole el rostro enrojecido. No podía hablar, luchar ni huir. A espaldas de Sandow, veía el dintel de la puerta abierta y el sendero enladrillado. Alex recordó el día en que Darlington la llevó allí por primera vez. Recordó el silbido de Darlington. Recordó a los chacales, a los sabuesos espirituales, obligados a servir a los delegados de Leteo.

Somos los postores.

Alex sentía la tarima fría y pulida bajo la palma de su mano. *Por favor*, le imploró en silencio a la casa. *Soy hija de Leteo y el lobo ha llegado a su puerta*.

Sandow levantó el cuchillo por encima de su cabeza. Alex separó los labios (pero no iba a hablar, no, de ningún modo) y, desesperada, silbó. *Suelta a mis sabuesos*.

Una jauría de chacales irrumpió por la puerta principal, dando dentelladas y gruñendo. Subieron las escaleras a la carrera, patinando y rascando el suelo con las uñas. *Demasiado tarde*.

—¡Mátala! —gritó Blake.

Justo cuando el cuchillo descendió sobre el pecho de Alex, algo embistió a Sandow, apartándolo de ella. De pronto el pasillo estaba lleno de chacales, una nerviosa estampida que la aplastaba contra el suelo. Uno de ellos se estrelló contra Blake. El peso de sus cuerpos dejó sin aliento a Alex, que gritaba cada vez que sus patas le pisoteaban los huesos rotos.

Estaban nerviosos, excitados y sedientos de sangre. No paraban de gruñir y morder. Alex no tenía ni idea de cómo controlarlos; nunca había tenido motivos para preguntar. Intentó levantarse y alejarse a rastras de aquella masa de colmillos relucientes, encías negras y hocicos babeantes. Sintió que unas

mandíbulas le mordían el costado y soltó un grito cuando sus largos dientes se le hundieron en la carne.

Sandow gritó una retahíla de palabras que Alex no entendió. Notó que las fauces se abrían y que comenzaba a brotar la sangre. Se le empezó a oscurecer la visión.

Los chacales se retiraron, retrocediendo hacia las escaleras, chocando unos con otros. Se quedaron agazapados junto a la barandilla, gimiendo tímidamente y dando dentelladas al aire.

Sandow yacía en el pasillo, al lado de Alex, con una pernera del pantalón desgarrada. Los dientes de un chacal le habían mordido hasta el fémur, y el hueso blanco resplandecía debajo de la carne como un tubérculo a medio desenterrar. La sangre manaba en abundancia. Sandow jadeaba, rebuscando en su bolsillo para sacar su móvil, pero sus movimientos eran lentos y torpes.

—¿Sandow? —dijo Alex, resollando.

La cabeza del decano cayó hacia atrás, inconsciente. El teléfono se le escurrió de los dedos y rebotó sobre la alfombra.

Blake gateaba hacia ella. Él también sangraba. Los chacales le habían clavado los colmillos en el bíceps y el muslo.

Siguió arrastrándose hacia Alex hasta subirse encima de ella como si fueran una pareja de amantes. Todavía tenía la mano cerrada en un puño. La golpeó una vez. Y otra. Enterró la otra mano en el cabello de Alex.

—Come mierda —susurró, con la boca pegada a su mejilla. Se incorporó, la agarró del cabello y le estampó el cráneo contra el suelo. Una explosión de estrellas le inundó la visión. Blake volvió a levantarle la cabeza, tirándole del pelo. Le inclinó la barbilla hacia atrás—. Come mierda y muere.

Alex oyó un golpe sordo y húmedo y se preguntó si Blake le había roto el cráneo. Pero entonces Blake se le cayó encima. Alex lo empujó y le golpeó el pecho. Pesaba una tonelada, pero finalmente consiguió hacerlo rodar para apartarlo. Se llevó una mano a la nuca. No había sangre. No había herida.

No podía decir lo mismo de Blake. La mitad de su rostro perfecto se había convertido en un cráter sanguinolento. Tenía la cabeza aplastada. Dawes estaba a su lado, sollozando. Sostenía el busto de mármol de Hiram Bingham III, el patrón de Leteo, cuyo severo perfil estaba ahora salpicado de sangre y astillas de hueso.

Dawes dejó que el busto se le escurriera de las manos hasta que cayó sobre la alfombra, rodando. Dawes le dio la espalda a Alex, se arrodilló y vomitó.

Blake Keely miraba fijamente el techo, sin verlo. La nieve de su abrigo ya se había derretido, y la lana resplandecía como si fuera un tejido mucho más majestuoso. Parecía un príncipe caído en batalla.

Los chacales corrieron escaleras abajo y desaparecieron por la puerta abierta. Alex se preguntó dónde irían, qué cazarían en sus ratos libres.

A lo lejos se oyó un sonido que podía ser tanto una sirena como el aullido de alguna criatura perdida en la oscuridad.

27

Invierno

Cuando Alex despertó, creyó que volvía a estar en el hospital de Van Nuys. Las paredes blancas. Los pitidos de las máquinas. Hellie estaba muerta. Todos estaban muertos. Y a ella iban a meterla en la cárcel.

La ilusión duró poco. El dolor ardiente de la herida del costado la devolvió al presente. El horror de lo sucedido en Il Bastone regresó en un confuso borrón: las luces rojas parpadeantes, Turner y los policías subiendo las escaleras. Se había dejado llevar por el pánico al ver a los agentes, pero luego… *¿Cómo te llamas, hija? Habíame. ¿Me puedes contar qué ha pasado? Ya estás a salvo. No pasa nada*. Qué amables habían sido. Con cuánta ternura la habían tratado. Oyó la voz de Turner: *Es una alumna de primero*. Unas palabras mágicas. Yale cayó sobre ella como una mortaja y un escudo. *Ten coraje. Nadie es inmortal*. Tanto poder en tan pocas palabras, en un simple mantra.

Alex apartó las sábanas y se levantó la bata de hospital. Le dolía todo. Le habían suturado y vendado el costado. Notaba la boca seca y pastosa.

Una enfermera entró en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja, mientras se frotaba las manos con gel desinfectante.

—¡Te has despertado! —dijo animadamente.

Al leer su nombre en la etiqueta del uniforme, sintió un escalofrío. *Jean*. ¿Jean Gatdula? ¿La enfermera a la que había pagado La Calavera y las Tibias para que se ocupara de Michael Reyes y de todas las víctimas de sus pronosticaciones? No podía ser una coincidencia.

—¿Cómo estás, cielo? —preguntó la enfermera—. ¿Te duele mucho?

—Estoy bien —mintió Alex. No quería que la drogaran—. Solo un poco atontada. ¿Pamela Dawes está aquí? ¿Se encuentra bien?

—Está aquí al lado. Solo tiene una conmoción. Sé que las dos habéis pasado por lo mismo, pero ahora tienes que descansar.

—Suena bien —dijo Alex, entrecerrando los párpados—. ¿Me puede traer un zumo?

—Pues claro —dijo Jean—. Vuelvo en un periquete.

En cuanto la enfermera se marchó, Alex se obligó a incorporarse y salir de la cama. El dolor le impedía respirar hondo, y el sonido de sus propios jadeos la hacía sentir como un animalillo en una trampa. Tenía que ver a Dawes.

Le habían conectado un gotero, así que se lo llevó al salir del cuarto y lo usó para apoyarse al caminar. La habitación de Dawes estaba al final del pasillo. Estaba tumbada en su cama de hospital, encima de las sábanas, vestida con un chándal de la policía de New Haven. Le quedaba grande y era de color azul marino, pero por lo demás habría encajado a la perfección en su uniforme de estudiante de posgrado.

Dawes giró la cabeza sobre la almohada, pero no dijo nada cuando vio a Alex; se limitó a echarse a un lado para dejarle sitio.

Cuidadosamente, Alex se aupó hasta la cama y se tumbó a su lado. Apenas había espacio para las dos, pero le daba igual. Dawes estaba bien. Y ella también. Habían sobrevivido.

—¿Y el decano? —preguntó.

—Está estable. Le han escayolado y le han hecho una transfusión de sangre.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—No estoy segura. Me han sedado. Creo que un día, como mínimo.

Se quedaron largo rato tumbadas en silencio, escuchando los sonidos del hospital que se filtraban desde el pasillo, las voces de las enfermeras y los zumbidos y pitidos de las máquinas.

Alex se estaba quedando dormida cuando Dawes dijo:

—Van a taparlo todo, ¿verdad?

—Sí. —Jean Gatdula era un claro indicio de ello. Leteo y las demás sociedades utilizarían toda su influencia para asegurarse de que los verdaderos hechos de la noche nunca salieran a la luz—. Me has salvado la vida. Otra vez.

—He matado a una persona.

—Has matado a un depredador.

—Sus padres sabrán que lo han asesinado.

—Hasta los cocodrilos tienen padres, Dawes. Eso no les impide morder.

—¿Ya ha terminado todo? —dijo Dawes—. Necesito… normalidad.

Si la encuentras, avísame.

—Creo que sí —contestó Alex.

Dawes se merecía algo de consuelo, y eso era todo lo que Alex podía ofrecerle. Al menos ahora aquella confusa maraña se desenredaría. Blake sería el hilo que lo revelaría todo. Las drogas. Las mentiras. Les ajustarían las cuentas a las Casas del Velo.

Alex debió de quedarse dormida, porque despertó sobresaltada cuando Turner trajo al decano en silla de ruedas. Se levantó con demasiada brusquedad y soltó un siseo de dolor. Le dio un codazo a Dawes, que se despertó, adormilada.

Sandow parecía exhausto. Tenía la piel arrugada y muy pálida y llevaba la pierna extendida y escayolada. Alex recordó aquella esquirla de hueso asomándole por el muslo y se preguntó si debería pedirle disculpas al decano por llamar a los chacales. Pero si no lo hubiera hecho, Alex estaría muerta, el decano Sandow sería un asesino… y seguramente también habría terminado muerto. ¿Cómo les habrían explicado sus heridas a los policías? ¿Y a los médicos que las habían suturado? Tal vez no habían tenido que dar explicaciones. Tal vez un poder como el de Leteo, como el de las sociedades, como el del decano de la Universidad de Yale, era capaz de hacer que las explicaciones sobraran.

El inspector Abel Turner estaba tan elegante como siempre, vestido con un traje de color gris carbón y una corbata malva. Se puso detrás del butacón reclinable para las visitas y se apoyó en el respaldo.

Alex se dio cuenta de que era la primera vez que estaban todos juntos en una misma sala: Óculo, Dante, Centurión y el decano. Solo faltaba Virgilio. Tal vez, si hubieran comenzado el curso así, las cosas habrían salido de otra manera.

—Supongo que debería empezar disculpándome —dijo Sandow. Tenía la voz ronca—. Ha sido un año duro. Un par de años, más bien. Quería que la muerte de esa pobre chica no salpicara a Leteo. Si hubiera sabido lo de la Meritud y los experimentos de El Pergamino y la Llave… pero no quise preguntar, lo admito.

Dawes se revolvió en la estrecha cama.

—¿Qué pasará ahora?

—Retiraremos el cargo de asesinato contra Lance Gressang —contestó Turner—. Pero vamos a acusarlo de tráfico y posesión de drogas. Tara y él vendían psicotrópicos a El Pergamino y la Llave, posiblemente también a El Manuscrito, y hemos echado un vistazo al móvil de Blake Keely. Alguien ha borrado un montón de archivos hace poco. —Alex mantuvo el rostro impasible—. Pero los mensajes del buzón de voz son muy esclarecedores.

Tara descubrió para qué servía la Meritud y para qué la usaba Blake. Amenazó con contárselo a la policía. No sé si Blake temía más que lo chantajearan o que lo delataran, pero se la tenía jurada a Tara.

—¿Y la mató sin más?

—Hemos entrevistado a muchos amigos y conocidos de Blake Keely —continuó Turner—. No era una persona que tuviera en demasiada consideración a las mujeres. Puede que sus tendencias fueran a más o que estuviera tomando drogas. Ultimamente su comportamiento era muy raro.

Tan raro como para comerse el contenido de un retrete atascado. Pero lo demás tenía cierto sentido. Blake apenas consideraba humanas a las chicas de las que abusaba. Si Tara lo había desafiado, tal vez el asesinato no había supuesto un salto tan grande para él. Cuando Alex había revivido la muerte de Tara, había visto el rostro de Lance flotando sobre el suyo y había dado por hecho que el verdadero asesino se había ocultado tras un glamur. Pero ¿y si Blake había drogado a Tara con Meritud y le había ordenado ver el rostro de Lance en vez del suyo? ¿La droga era capaz de hacer algo así?

Había algo más que la inquietaba.

—Blake me dijo que no mató a Tara.

—Es evidente que no estaba en sus cabales cuando os atacó… —dijo Sandow.

—No —lo interrumpió Alex—. Me refiero a… —A cuando Alex había ido en busca de venganza por lo que Blake le había hecho a Mercy—. A hace unos días. Me lo dijo bajo compulsión.

Turner entornó los ojos.

—¿Lo interrogaste?

—Vi una oportunidad y la aproveché.

—¿Creen que este es el mejor momento para cuestionar los métodos de Alex? —preguntó Dawes en voz baja.

Alex le dio un golpe discreto con el hombro.

—Bien dicho. Ninguno de los dos habría investigado a nadie más que a Lance si yo no hubiera sido un grano en el culo.

Turner se rio.

—Veo que sigues dando caña, Stern.

Sandow soltó un suspiro de tristeza.

—Y tanto.

—Pero no se equivoca —dijo Dawes.

—No —dijo Sandow, dócil—. No se equivoca. Pero Blake Keely podría haberse convencido de su propia inocencia. Podría no recordar haber

cometido el crimen si estaba drogado cuando lo hizo. O podría haberlo dicho solamente para intentar agradar a su interlocutora. La compulsión es algo complejo.

—¿Y qué hay del *gluma* que me atacó? —preguntó Alex.

—No lo sé —contestó Sandow—. Pero sospecho que quien enviara a ese… monstruo a por Darlington envió también al *gluma* a por ti. Alguien no quería que Leteo investigara.

—Pero ¿quién? —insistió Alex—. ¿Colin? ¿Kate? ¿Cómo hicieron para controlar a un *gluma*? —¿Habían utilizado deliberadamente a una criatura que hiciera recaer las sospechas sobre El Libro y la Serpiente?

Querías que te dijera qué era lo que te esperaba. Ahora ya lo sabes. Eso le había dicho Darlington después de soltar a los chacales. ¿Y él, lo sabía? ¿Era consciente de que con su inteligencia, su amor por Leteo y por la misión de esta… se estaba pintando una diana en la espalda?

—Lo averiguaremos —dijo Sandow—. Te lo prometo, Alex. No descansaré hasta que lo sepamos. Hemos interrogado a Colin Khatri. Es evidente que Tara y él experimentaban juntos con magia de portales, hechizos monetarios… cosas muy peligrosas. No está claro de quién fue la idea, pero Tara quiso profundizar más y no dejó que Colin la disuadiera, amenazándolo con no seguir prestándoles… ayuda a él y a su sociedad.

Porque Tara había probado el sabor de algo más. Había vislumbrado el verdadero poder y había adivinado que aquella era su única posibilidad de conseguirlo.

—En pocas palabras, Tara lo extorsionaba —continuó Sandow—. Todo este asunto es una auténtica vergüenza… y todo ha ocurrido delante de mis narices. —Se hundió en su silla de ruedas. Parecía viejo y gris—. Estabais en peligro y no os protegí. Manteníais con vida el espíritu de Leteo, mientras que yo estaba totalmente centrado en la desaparición de Darlington, en aparentar que todo iba bien, en mantener la ilusión de cara a los exalumnos. Estaba… Es indigno. Tu tenacidad es motivo de orgullo para Leteo, y tanto Turner como yo lo mencionaremos en nuestros informes para la junta.

—¿Y qué se lleva Alex por las molestias? —preguntó Dawes, cruzándose de brazos—. Usted estaba tan ansioso por lavarse las manos del asesinato de Tara que Alex casi muere dos veces.

—Tres —apuntó Alex.

—Tres veces. Debería recibir una compensación.

Alex enarcó las cejas. ¿Desde cuándo tenía Dawes dotes de trilera?

Pero Sandow se limitó a asentir. Aquel era el mundo del *quid pro quo. ¿Lo ves, Darlington?, pensó Alex. Hasta yo sé un poquito de latín.*

Turner se levantó.

—No sé qué coño pensáis hacer, pero yo no quiero saber nada. Podéis disimular cuanto queráis, pero Blake Keely, Colin Khatri, Kate Masters… son niños pijos que se drogan y se empotran contra un árbol con un coche que no deberían conducir. —Le apretó el hombro a Alex afectuosamente al salir—. Me alegro de que no te hayan atropellado. Procura que no te den de hostias durante una semana o dos.

—Y tú procura no comprarte más trajes.

—No te prometo nada.

Alex lo observó mientras se marchaba. Quiso decirle algo para que volviera, para que se quedara. El santurrón de Turner y su reluciente placa. Sandow se miraba las manos entrelazadas, como si se estuviera concentrando para un truco de magia especialmente difícil. Tal vez pensaba sacar una paloma.

—Sé que este semestre no ha sido fácil para ti —dijo finalmente—. Tal vez podría ayudarte con eso.

Alex se olvidó de Turner y del dolor ardiente del costado.

—¿Cómo?

El decano carraspeó.

—Quizá podría asegurarme de que aprobaras tus clases. No es prudente excederse, pero…

—Con un nueve de nota media bastará —dijo Dawes.

Alex sabía que debería negarse, que quería labrarse ella misma su camino. Eso era lo que haría Darlington, lo que haría Dawes, y seguramente lo que harían Mercy y Lauren. Pero Tara habría aceptado. Una oportunidad era una oportunidad. Ya sería sincera el año que viene. Aun así… Sandow había accedido demasiado deprisa. ¿Cuáles eran exactamente los términos de aquel trato?

—¿Qué pasará con El Pergamino y la Llave? —preguntó Alex—. ¿Y con El Manuscrito? ¿Qué les pasará a toda esa panda de gilipollas?

—Se tomarán acciones disciplinarias. Una fuerte multa.

—*¿Multa?* Han intentado matarme. Prácticamente mataron a Darlington.

—Nos hemos puesto en contacto con los trusts de cada una de las Casas del Velo, y se va a celebrar una reunión en Manhattan.

Una reunión. Con un diagrama de asignación de asientos y quizá un buen sorbete de ponche de menta. Alex sintió una rabia salvaje dentro de ella.

—Dígame que alguien va a pagar por lo que ha hecho.

—Ya veremos —dijo Sandow.

—*¿Ya veremos?*

Sandow levantó la cabeza. Su mirada era feroz, azuzada por el mismo fuego que había visto en sus ojos cuando se había enfrentado a una bestia infernal en una noche de luna nueva.

—¿Te crees que no sé lo que han hecho? ¿Te crees que me da igual? Trasiegan Meritud como si fueran gominolas. Comparten magia de portales con desconocidos y la utilizan para atacar a un delegado de Leteo. Tanto El Manuscrito como El Pergamino y la Llave deberían ser despojadas inmediatamente de sus tumbas.

—¿Pero Leteo no va a actuar? —preguntó Dawes.

—¿Y destruir a otras dos de las Ocho Antiguas? —dijo el decano con amargura—. Sobrevivimos gracias a su financiación, y no estamos hablando de Aureliano ni de San Telmo. Estamos hablando de dos de las Casas más poderosas. Sus exalumnos son increíblemente influyentes y ya están presionándonos para que seamos indulgentes.

—No me cabe en la cabeza —dijo Alex. Sabía que debería dejarlo estar, aceptar su nota media supervitaminada y contentarse con seguir viva. Pero no podía—. Usted tenía que saber que tarde o temprano pasaría algo así. Turner tiene razón. Usted les trucó el motor y les dio las llaves del buga. ¿Por qué entregar esa magia, todo ese poder, a unos niñatos?

Sandow volvió a hundirse en su silla; el fuego escapaba de su cuerpo.

—La juventud es un recurso efímero, Alex. Los exalumnos necesitan a las sociedades; hay toda una red de contactos y seguidores que dependen de la magia a la que tienen acceso. Por eso los exalumnos regresan aquí, por eso los *trusts* mantienen las tumbas.

—Así que nadie va a pagar por ello —dijo Alex. Salvo Tara. Salvo Darlington. Salvo Dawes y ella. Tal vez sí que fueran caballeros: valiosos, pero sacrificables a la larga.

Dawes miró al decano con frialdad.

—Será mejor que se vaya.

Sandow salió al pasillo con su silla de ruedas, derrotado.

—Tenías razón —dijo Dawes cuando se quedaron a solas—. Se van a salir todos con la suya.

Alguien llamó con insistencia a la puerta abierta.

—Señorita Dawes, su hermana ha venido a recogerla —dijo Jean. Señaló a Alex—. Y tú deberías estar descansando en tu propia cama, jovencita. Voy

a traer una silla de ruedas.

—¿Te vas? —Alex no pretendía sonar tan acusadora. Dawes le había salvado la vida. Podía ir donde le diera la gana—. No sabía que tuvieras una hermana.

—Vive en Westport —dijo Dawes—. Solo necesito… —Sacudió la cabeza—. Se suponía que esto sería un trabajo de investigación. No puedo más.

—Tienes razón —respondió. Si su madre viviera a unas paradas de tren en lugar de a miles de kilómetros, a Alex no le habría importado acurrucarse en el sofá una semana. O doce.

Alex bajó de la cama.

—Cuídate, Dawes. Ve muchas series malas y sé normal para variar.

—Quédate —protestó Dawes—. Quiero presentártela.

Alex se obligó a sonreír.

—Pasad a verme antes de iros. Necesito un poco de dulce Percocet antes de desmayarme, y no quiero esperar a que la buena de la enfermera Jean me saque en silla de ruedas.

Salió lo más rápido que pudo, antes de que Dawes tuviera tiempo de decir nada más.

Alex regresó a su habitación el tiempo justo para coger su móvil y arrancarse la vía del brazo. No encontró su ropa ni sus botas; las habrían archivado como pruebas. Seguramente no volvería a verlas.

Sabía que lo que estaba haciendo era irracional, pero no quería seguir allí. No quería fingir hablar razonablemente sobre algo que no tenía ningún sentido.

Sandow podía disculparse todo lo que quisiera. Alex no se sentía a salvo. Se preguntaba si volvería a sentirse a salvo alguna vez. *Somos los pastores*. ¿Y quién los protegía a ellos de los lobos? Blake Keely estaba muerto, con su bonito cráneo hecho pedazos. Pero ¿qué pasaría con Kate Masters y El Manuscrito, que habían divulgado el secreto de la Meritud solo para ahorrarse unos cuantos pavos? ¿Qué pasaría con Colin (el solícito, inteligente y exfoliado Colin) y el resto de El Pergamino y la Llave, que habían vendido sus secretos a unos delincuentes y tal vez habían enviado a un monstruo a devorar a Darlington? ¿Y el *gluma*? Alex había estado a punto de morir asesinada por un golem con gafas y a nadie parecía importarle. Habían atacado a Dawes. El decano Sandow casi se había desangrado en la alfombra. ¿De verdad eran todos tan prescindibles?

No iban a desmantelar nada. No iban a cambiar nada. Había demasiada gente poderosa que necesitaba la magia que residía en New Haven, custodiada por las Casas del Velo. Ahora la investigación estaba en manos de Sandow y de grupos anónimos de exalumnos ricos que repartirían castigos e indultos a su antojo.

Alex cogió una bata de médico del respaldo de una silla y se dirigió a los ascensores descalza, con los calcetines del hospital. Temía que alguien la detuviera, pero superó el mostrador de las enfermeras sin problemas. El costado le dolía tanto que tenía ganas de doblarse en dos y sujetarse a la pared, pero no iba a arriesgarse a llamar la atención.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió una mujer de cabello caoba con un jersey de color crema y vaqueros ajustados. Se parecía a Dawes, pero era una Dawes tamizada y repulida. Alex la dejó pasar y entró en el ascensor. En cuanto las puertas se cerraron, se recostó en la pared para recuperar el aliento. En realidad no tenía ningún plan. Pero no podía seguir allí. No podía tener una conversación trivial con la hermana de Dawes. No podía fingir que había algo de justicia o de normalidad en lo que había ocurrido.

Salió al aire frío del exterior arrastrando los pies y se alejó cojeando media manzana antes de llamar a un coche con el móvil. Era tarde y no había nadie en las calles… salvo el Novio. North flotaba bajo el resplandor de las luces del hospital. Se acercó a ella con aspecto preocupado, pero Alex no estaba de humor para hablar con él. North no había encontrado a Tara. No había movido un puto dedo para ayudarla.

Esto se acabó, pensó. *Aunque tú no quieras, colega*.

—*Sin llantos, sin honras, sin exequias* —gruñó. North retrocedió y se desvaneció; parecía dolido.

—¿Qué tal? —le preguntó el conductor mientras Alex se sentaba en el asiento trasero.

Medio muerta y desencantada. ¿Y tú qué tal? Ansiaba la protección de las barreras mágicas, pero no soportaba la idea de volver a Il Bastone.

—¿Me puede llevar al cruce de York con Elm? —dijo—. Hay un callejón. Yo le indico.

Las calles estaban silenciosas y oscuras; la ciudad no tenía rostro.

Se acabó, pensó Alex. Y mientras salía a rastras del coche y subía las escaleras de la Madriguera, el olor a clavo y a alivio la envolvió.

Dawes podía huir a Westport. Sandow podía irse a casa, con su ama de llaves y su labrador incontinente. En cuanto a Turner… bueno, no sabía quién lo esperaba cuando volvía a casa. Su madre. Su novia. Su trabajo. Pero Alex

iba a hacer lo que haría cualquier animal herido. Iba a refugiarse donde los monstruos no pudieran alcanzarla. En su madriguera.

Otros podrán flaquear, pisar en falso sin sufrir infamia ni destierro. Nuestra es la llamada de la postrera trompeta, el galope final del caballero.

Nuestra es la respuesta rauda, sin demorarnos ni pararnos en razones. La muerte de alas negras nos acecha, y aquí nos hallará: hoplitas, húsares, dragones.

—«A los hombres de Leteo», *Cabot Collins (Colegio mayor Jonathan Edwards, 1955).*

En realidad Cabsy no era gran cosa como poeta. Da la impresión de que se saltó los últimos cuarenta años del género y que solamente quería emular a Longfellow. Es un poco ruin hablar así de él (ya que ha perdido las manos y todo eso), pero no sé si eso justifica pasarnos dos horas recluidos en Il Bastone, escuchándole recitar su última obra maestra mientras el pobre Lon Richardson le pasa las páginas.

—Diario de Leteo de Cari Roehmer (*Colegio mayor Branford, 1954*)

28

Primavera

Alex se despertó con el ruido de cristales rotos. Tardó un momento en recordar dónde estaba, en reconocer las baldosas hexagonales del cuarto de baño de la Madriguera y el goteo del grifo. Se agarró al lavabo para levantarse y se detuvo un instante para que se le pasara el mareo antes de caminar a trompicones por el vestidor hasta la sala común. Durante un largo rato se quedó mirando la ventana rota: uno de los paneles de vidrio plomado estaba hecho añicos, y el aire fresco de la primavera entraba silbando por el hueco; las esquirlas de cristal estaban desperdigadas sobre el asiento de lana a cuadros del alféizar, junto al falafel abandonado y el *Características recomendadas de los candidatos a Leteo*; el folleto seguía abierto por la página en la que Alex había dejado de leer. *Mors irrumat omnia*.

Cautelosamente, se asomó al callejón. Vio al Novio; llevaba allí las últimas dos semanas. ¿O eran tres? No estaba segura. Pero también vio a Mercy, con una chaqueta con cinto que lucía un estampado de rosas de mayo. Llevaba el cabello moreno recogido en una coleta y tenía cara de culpable.

Alex se planteó no hacer nada. No sabía cómo la había encontrado Mercy, pero Alex no tenía por qué dejarse encontrar. Tarde o temprano, su compañera de cuarto se cansaría de esperar a que bajara y se iría. O tiraría otra piedra contra las ventanas.

Mercy la saludó, y entonces apareció otra silueta, vestida con un abrigo de ganchillo violeta y una bufanda morada con lentejuelas.

Alex apoyó la cabeza en el marco de la ventana.

—Mierda.

Se puso una sudadera de la Casa Leteo para taparse la camiseta de tirantes sucia y bajó las escaleras, descalza y cojeando. Inspiró hondo y abrió la puerta.

—¡Cariño! —gritó su madre, abalanzándose sobre ella.

Alex entrecerró los ojos bajo el sol primaveral y se esforzó por no retroceder de un brinco.

—Hola, mamá. Por favor, no me abra…

Demasiado tarde. Su madre la estrujó entre sus brazos y Alex soltó un siseo de dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mira, echándose hacia atrás.

—Me estoy curando de una herida —contestó Alex.

Mira tomó el rostro de Alex entre las manos y le apartó el pelo de la cara, con lágrimas en los ojos.

—Ay, cielo. Ay, mi estrellita. Ya me lo temía.

—No me drogo, mamá. Te lo juro. Es que he estado muy enferma.

Mira la observó con incredulidad. Por lo demás tenía buen aspecto; hacía mucho que no la veía así de bien. Se había puesto mechas en el cabello rubio y tenía la piel lustrosa. Parecía haber engordado. *Es por mí*, comprendió Alex con una punzada de dolor. *Todos esos años en que parecía cansada y demasiado vieja, era porque estaba preocupada por mí*. Pero después su hija se había hecho pintora y se había marchado a Yale. Magia.

Mercy se quedó junto a la pared del callejón. Chivata.

—Venga —les dijo Alex—. Pasad.

Estaba infringiendo las normas de la Casa Leteo al permitir que unas legas entraran en la Madriguera, pero si Colin Khatri podía enseñarle a Lance Gressang a teletransportarse a Islandia, Alex podía invitar a un té a su madre y su compañera de cuarto.

Miró de reojo al Novio.

—Tú no.

North avanzó hacia ella, así que Alex se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Con quién hablas? —preguntó su madre.

—Con nadie. No es nada.

Las escaleras dejaron a Alex agotada y mareada, pero todavía estaba lo bastante lúcida como para avergonzarse cuando abrió la puerta de la Madriguera y las invitó a entrar. Había estado demasiado distraída para darse cuenta de que la situación se le había ido de las manos. Las sábanas estaban hechas un gurruño en el sofá, y había platos sucios y recipientes de comida pasada por todas partes. Ahora que había respirado aire fresco, se percató de que la sala común apestaba a una mezcla de pantano y hospital.

—Lo siento —dijo Alex—. He estado… No he podido limpiar.

Mercy abrió las ventanas para airear mientras Mira empezaba a recoger la basura.

—No hagáis eso —dijo Alex, sintiendo un hormigueo de vergüenza.

—No sé qué más hacer —dijo Mira—. Siéntate y deja que te ayude. Parece que te vas a caer redonda. ¿Dónde está la cocina?

—A la izquierda —dijo Alex, indicándole la puerta de la estrecha cocina, tan caótica como la sala común, o incluso peor.

—¿De quién es esta casa? —preguntó Mercy, quitándose el abrigo.

—De Darlington —contestó Alex. En parte era verdad. Bajó la voz—. ¿Cómo has sabido dónde estaba?

Mercy se revolvió, incómoda.

—Pues… eh… puede que te haya seguido hasta aquí un par de veces.

—¿Cómo?

—Eres muy misteriosa, ¿vale? Y estaba preocupada por ti. Estas hecha una mierda, por cierto.

—Es que me siento como una mierda.

—¿Dónde te habías metido? Estábamos preocupadísimas. No sabíamos si habías desaparecido o qué.

—¿Y por eso llamas a mi mami?

Mercy levantó las manos con un gesto de exasperación.

—No esperes que te pida perdón. Si yo desapareciera, imagino que me buscaríais. —Alex frunció el ceño, pero Mercy le clavó un dedo en el hombro—. Tú me rescatas y yo te rescato. Así funciona esto.

—¿Separáis las basuras? —dijo Mira desde la cocina. Alex suspiró.

—Debajo del fregadero.

Tal vez con las cosas buenas pasaba lo mismo que con las malas: a veces solo tenías que dejar que ocurrieran.

Mercy y Mira resultaron formar un equipo sorprendentemente eficaz. Sacaron la basura, obligaron a Alex a ducharse y le concertaron una cita en el centro de salud de la universidad para que le recetaran unos antibióticos, aunque no llegó a enseñarles su herida. Les dijo que había pillado la gripe o algún virus. La instaron a ponerse un chándal limpio; luego Mira fue al pequeño mercado *gourmet* y trajo sopa y Gatorade. Volvió a salir cuando Alex les dijo que había tenido que tirar sus botas.

—Se mancharon de alquitrán —dijo—. No tenían arreglo.

Alquitrán, sangre… Tanto da.

Mira regresó una hora más tarde con un par de botas, unos vaqueros, dos camisetas de Yale y unas chanclas de ducha que Alex no necesitaba, pero que

le agradeció de todas formas.

—También te he comprado un vestido.

—Yo no llevo vestidos.

—Nunca se sabe.

Se sentaron delante de la chimenea con unas tazas de té y chocolate instantáneo. Por desgracia, Alex se había zampado todos los malvaviscos *gourmet* de Dawes. No hacía tanto frío como para encender la chimenea, pero la estancia parecía acogedora y cómoda a la luz de la tarde.

—¿Cuánto te vas a quedar? —preguntó Alex, con un deje ingrato involuntario.

—Mi avión sale mañana a primera hora —contestó Mira.

—¿No te puedes quedar un poco más? —Alex no estaba segura de si quería que se quedara o no, pero cuando su madre sonrió de oreja a oreja, feliz de que se lo hubiera pedido, Alex se alegró de haberlo dicho.

—Ojalá pudiera. El lunes trabajo.

Alex cayó en la cuenta de que era fin de semana. Solamente había mirado su correo electrónico una vez desde que se había atrincherado en la Madriguera, y no había leído ninguno de los mensajes de Sandow. Había dejado que se le agotara la batería del móvil. Por primera vez, se preguntó si las sociedades habrían seguido reuniéndose sin la supervisión de Leteo. Tal vez hubieran suspendido sus actividades tras el ataque a Il Bastone. Le daba bastante igual. Lo que sí que le preocupaba era saber si su madre podía permitirse un billete para volar de costa a costa en el último minuto. Alex deseó haberle sacado algo de dinero a Leteo, además del sobresaliente.

Mercy le había traído los apuntes de las tres semanas de clase que se había perdido, y ya estaba proponiéndole un plan de ataque para los exámenes finales. Alex asentía, pero ¿para qué? La trampa ya estaba hecha. Sandow le había dicho que se aseguraría de que Alex aprobara, y aunque no lo hiciera, ella sabía que le faltaba fuerza de voluntad para ponerse al día. Pero podía fingir. Por Mercy y por su madre.

Tomaron una cena ligera y regresaron paseando hasta el Campus Viejo. Alex le enseñó a su madre el patio de Vanderbilt y la *suite* que compartían, su mapa de California y el póster de *Sol ardiente de junio* de Leighton; Darlington había puesto los ojos en blanco al verlo. Dejó que Mira curioseara en el cuaderno de dibujo que había intentado obligarse a llevar de vez en cuando para guardar las apariencias, pero le confesó que apenas había estado pintando ni dibujando.

Cuando su madre prendió un ramillete de salvia y empezó a pasarlo por las paredes de la sala común, Alex intentó que el suelo no se la tragara de vergüenza. Pero le sorprendió lo bien que se sentía al volver a la residencia, al ver la bici de Lauren apoyada en la chimenea, el hornillo cubierto de cajas de Pop-Tarts. Sentía que estaba en casa.

Cuando llegó la hora de que Mira regresara a su hotel, Alex la acompañó fuera tratando de disimular lo mucho que le costaba bajar unos cuantos escalones hasta la calle.

—No te he preguntado qué te ha pasado, ni lo voy a hacer —dijo Mira, poniéndose en el cuello la bufanda de lentejuelas.

—Gracias.

—No lo hago por ti. Lo hago porque soy una cobarde. Si me dices que te has reformado, quiero creerte.

Alex no supo qué responder.

—Creo que me van a dar un trabajo en verano. Pero eso significa que no podré ir a casa.

Mira bajó la vista hacia sus zapatos, unos botines de piel hechos a mano que llevaba diez años comprando en la misma caseta de la misma feria de artesanía. Asintió y se secó las lágrimas de los ojos.

Alex sintió que su mirada también se humedecía. ¿Cuántas veces había hecho llorar a su madre?

—Lo siento, mamá.

Mira sacó un pañuelo del bolsillo.

—No pasa nada. Estoy orgullosa de ti. Y no quiero que vengas a casa. Después de todas esas cosas horribles, de toda esa gente horrible… Este es tu lugar. Aquí es donde vas a florecer. No me mires así, Galaxy. Algunas flores tienen que encontrar su jardín.

Alex no pudo separar la oleada de amor y rabia que la invadió. Su madre creía en las hadas, en los ángeles y en la cristalomancia. ¿Qué pensaría de la magia de verdad? ¿Sería capaz de asimilar toda su desagradable verdad? ¿Que la magia no era algo benigno y precioso, sino otro recurso que solo ciertas personas podían permitirse? Pero el coche ya estaba aparcando y había llegado el momento de despedirse, no de reabrir viejas heridas.

—Me alegro de que hayas venido, mamá.

—Yo también. Espero… Si no te salen bien los exámenes…

—Está todo controlado —contestó Alex. Se sintió bien al saber que, gracias a Sandow, no mentía—. Te lo prometo.

Mira la abrazó; Alex aspiró su perfume de pachuli y nardos, los recuerdos de su infancia.

—Debería haberlo hecho mejor —le dijo su madre entre sollozos—. Debería haberte impuesto más límites. Y haberte dejado comer comida basura.

Alex no pudo evitar reírse, pero enseguida esbozó una mueca por el dolor. Ni los horarios estrictos ni las grasas trans la habrían podido proteger.

Su madre se sentó en el asiento trasero, pero antes de cerrar la puerta, Alex le dijo:

—Mamá… mi padre…

A lo largo de los años, Mira se había esforzado por responder a las preguntas sobre su padre. ¿De dónde era? *A veces me decía que de México, otras que de Perú y otras de Estocolmo o Cincinnati. Siempre bromeábamos con eso*. No tiene gracia. *Supongo que no*. ¿Y a qué se dedicaba? *No hablábamos de dinero. Le gustaba hacer surf*. ¿Lo querías? Sí. ¿Y él a ti? *Durante un tiempo*. ¿Por qué se marchó? *La gente se marcha, Galaxy*. *Espero que sea feliz*.

¿Lo decía de verdad? No lo sabía. Cuando se había hecho lo bastante mayor para darse cuenta del daño que le hacían esas preguntas a su madre y que siempre obtendría las mismas respuestas, dejó de preguntar. Decidió que no le importaba. Si su padre no se interesaba por ella, ella tampoco iba a interesarse por él.

Pero ahora preguntó sin poder contenerse:

—¿Había algo inusual en él?

Mira se echó a reír.

—Pues todo.

—Quiero decir… —Alex buscó la forma de expresar lo que quería saber sin parecer una chalada—. ¿Le gustaban las mismas cosas que a ti? ¿El tarot, los cristales y todo eso? ¿Alguna vez te pareció que podía ver cosas que no existían?

Mira se volvió hacia Chapel Street, con la mirada ausente.

—¿Has oído hablar de los toxicófagos?

Alex parpadeó, confundida.

—No…

—Ingerían una pizca de arsénico a diario. Les ponía la piel clara y los ojos brillantes. Se sentían de maravilla. Y lo único que hacían era tomar veneno. —Cuando Mira se volvió de nuevo hacia Alex, tenía los ojos más despiertos y decididos que nunca, despojados de su atolondramiento habitual—. Así era

estar con tu padre. —Entonces le sonrió y la antigua Mira regresó—. Avísame cuando hayas ido al médico.

—Sí, mamá.

Alex cerró la puerta y contempló cómo se alejaba el coche. El Novio se había quedado a una distancia respetuosa, observando toda la conversación, pero ahora empezaba a acercarse. ¿Es que no pensaba rendirse? Alex no quería ir a Il Bastone, pero iba a necesitar entrar en la biblioteca de Leteo para averiguar cómo romper su vínculo.

—*Nadie es inmortal* —le espetó. El fantasma retrocedió a regañadientes hasta desaparecer en la pared de ladrillo.

—¿Tu madre está bien? —preguntó Mercy en cuanto Alex entró en la sala común. Se había puesto la bata de jacintos y estaba acurrucada en el sofá.

—Creo que sí. Pero le preocupa cómo voy a apañármelas el resto del curso.

—¿Y a ti no?

—Claro que sí —dijo Alex—. Sí.

Mercy soltó un resoplido.

—No, claro que no. Es evidente. El misterio de Alex Stern continúa. Bueno, no pasa nada. Un poco de misterio siempre está bien. Yo jugué al sóftbol dos años en el instituto.

—¿En serio?

—¿Lo ves? Yo también tengo secretos. ¿Te has enterado de lo de Blake?

No. Alex no se había enterado de nada durante las semanas que llevaba escondida en la Madriguera. Tal y como pretendía. Según Mercy, Blake Keely había agredido a una mujer en su casa y el marido se había enfrentado a él con un palo de golf. La autopsia había identificado el cuchillo que llevaba encima con el arma utilizada en el asesinato de Tara Hutchins. No se mencionaba en absoluto a Dawes, la mansión de Orange ni el letal cabezón de mármol de Hiram Bingham. Nada sobre la Meritud. Ni una palabra sobre las sociedades. Caso cerrado.

—Podría haberme matado a mí también —dijo Mercy—. Supongo que debería estar agradecida.

Agradecida. La palabra quedó suspendida en el aire; su injusticia era como el tañido amargo de una campana.

Mercy inclinó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el reposabrazos del sofá y contempló el techo.

—Mi bisabuela vivió hasta los ciento tres años. Se hacía ella sola la declaración de la renta y nadaba en la piscina de la YMCA todas las mañanas,

hasta que un día cayó fulminada en medio de una clase de yoga.

—Qué tía.

—Era una gilipollas integral. Mi hermano y yo no soportábamos ir a su casa. Nos servía un té que olía fatal y siempre se quejaba por todo. Pero al final de cada visita te sentías un poco más fuerte. Por haberla aguantado.

Alex pensó que tendría suerte si conseguía llegar al final del semestre. Pero era un pensamiento agradable.

—Ojalá mi abuela hubiera vivido hasta los ciento tres años.

—¿Cómo era?

Alex se sentó en la fea butaca de Lauren.

—Supersticiosa. Religiosa. No sé muy bien cuál de las dos cosas. Pero era dura como el acero. Mi madre me contó que, cuando trajo a casa a mi padre para presentárselo, mi padre miró una sola vez a mi abuela, se dio la vuelta y no volvió nunca más.

Alex le había preguntado a su abuela por esa anécdota una vez, después de su primer infarto. «Demasiado guapo», le había dicho, agitando la mano con desdén. «*Mal tormento que soplo*».

—Creo que tienes que ser así —dijo Mercy—. Si quieres llegar a vieja.

Alex miró por la ventana. El Novio había vuelto. Tenía el rostro tenso, decidido. Como si pudiera esperar eternamente. Y así era.

«¿Qué quieres?», le había preguntado Belbalm. Seguridad. Comodidad. No tener miedo. *Quiero llegar a vieja*, pensó Alex mientras cerraba la cortina. *Quiero sentarme en mi porche, beber té apestoso y chillar a los transeúntes. Quiero sobrevivir a este mundo que no deja de intentar destruirme*.

29

Principios de primavera

A la mañana siguiente, cuando Alex se dirigía a clase, decidida a guardar las apariencias, North seguía allí. Parecía nervioso y se interponía constantemente para que Alex no pudiera ver la pizarra durante su clase de Español.

Ya sé que no andas por aquí, le escribió a Dawes cuando salió de clase. *¿Descubriste algo sobre cómo cortar el vínculo con los grises? El Novio no me deja en paz.*

A punto de perder la paciencia, se metió en el cuarto de baño de la entrada del Comunal y le indicó a North que la siguiera con un gesto.

—Solo quiero saber una cosa —le dijo—. ¿Encontraste a Tara detrás del Velo?

North negó con la cabeza.

—Pues vete a tomar por culo. Nuestro acuerdo queda cancelado. El caso está resuelto y no quiero saber nada más de ti, matachicas.

Alex no creía que North hubiera sido responsable de sus actos, pero quería que la dejara en paz.

El Novio señaló el lavabo.

—Si piensas que voy a darme un baño aquí para que podamos charlar, estás muy equivocado. Date un paseo por ahí, ¿quieres?

Pensó en saltarse la clase de y regresar a la calma de su habitación blindada. Pero se había tomado la molestia de vestirse; ya puestos, prefería aprovecharla. Al menos la clase era sobre Shakespeare y no sobre la novela británica moderna.

Recorrió Elm hasta girar por High Street, entró en Linsly-Chit-tenden Hall y se sentó cerca del pasillo central del aula. Cada vez que el Novio aparecía delante de ella, Alex miraba hacia otro lado. No había leído el libro, pero todo el mundo conocía *La fierecilla domada*, y le gustaba el fragmento sobre las hermanas y la música que estaban analizando.

Mientras contemplaba la diapositiva del soneto 130, sintió que su cabeza se abría en dos con una fuerte descarga de dolor. La invadió una oleada de aire frío y vio destellos de una calle iluminada por lámparas de gas, de una chimenea que eructaba nubes negras en el cielo gris. Le sabía la boca a tabaco. *North*. North estaba dentro de ella, pero Alex no lo había invitado. Tuvo el tiempo justo para sentir una punzada de rabia antes de que todo se volviera negro.

Un segundo después, Alex estaba mirando su cuaderno. La profesora seguía hablando, pero Alex no entendía lo que estaba diciendo. Un rayajo de bolígrafo señalaba el punto donde había interrumpido sus apuntes. En la página, escritos con letra temblorosa, había tres números:

1854 1869 1883

La hoja estaba manchada de sangre.

Alex se llevó la mano a la cara, pero casi se dio un bofetón ella sola. Era como si no recordara la longitud de su brazo. Se pasó rápidamente la manga por el rostro. Le sangraba la nariz.

La chica de su derecha no le quitaba ojo.

—¿Estás bien?

—De lujo —contestó Alex. Se pellizcó la nariz con los dedos para intentar detener la hemorragia mientras cerraba apresuradamente su cuaderno. North estaba flotando justo delante de ella, con expresión terca.

—Hijo de puta.

La chica de su lado dio un brinco, pero Alex no se molestó en fingir. North la había poseído. Se había metido dentro de ella. Equivalía a meterle la mano por el ojete para usarla como si fuera una marioneta.

—Puto cabrón —gruñó entre dientes.

Guardó el cuaderno en su bolsa, cogió su abrigo, se escabulló del aula y salió por la puerta trasera del L-C. Fue directa a Il Bastone mientras, furiosa, le enviaba un mensaje a Dawes: *SOS*.

Alex cojeaba cuando llegó al Green; le costaba respirar por el dolor del costado. Ojalá se hubiera traído un poco de Percocet. North todavía la seguía a varios metros.

—¿Ahora sí que guardas las distancias, capullo incorpóreo? —le gritó por encima del hombro.

North parecía ceñudo, pero en absoluto arrepentido.

—No sé qué clase de putadas se le pueden hacer a un fantasma —le prometió—. Pero voy a averiguarlo.

Aquellas bravatas no eran más que un intento por ocultar el miedo que se agitaba dentro de su corazón. ¿North podía volver a entrar en ella? ¿Y qué podía obligarla a hacer? ¿Hacerse daño a sí misma? ¿O a los demás? Alex también había utilizado a North cuando Lance la había atacado, pero entonces su vida corría peligro. Ella no lo había estado atosigando para que investigara en su nombre.

¿Y si otros grises lo descubrían y decidían hacer lo mismo? Tenía que ser consecuencia del vínculo que Alex había formado con él. Lo había invitado dos veces. Sabía cómo se llamaba. Hasta lo había llamado por su nombre. Tal vez esa puerta ya no pudiera volver a cerrarse una vez abierta.

—¿Alex?

Se giró bruscamente, pero de inmediato se sujetó el costado, atenazada por el dolor de la herida. Tripp Helmuth estaba en la acera, vestido con un cortavientos azul marino del equipo de vela y una gorra puesta del revés.

—¿Qué quieres, Tripp?

El chico levantó las manos con gesto de disculpa.

—¡Nada! Es que… ¿Estás bien?

—No, la verdad es que no. Pero lo estaré.

—Solo quería darte las gracias por… ya sabes, por no contar nada de lo de Tara.

Alex no había hecho tal cosa, pero si Tripp quería creer que sí, estupendo.

—Descuida, colega.

—Increíble lo de Blake Keely, ¿verdad?

—¿Tú crees?

Tripp se levantó la gorra, se pasó la mano por el pelo y volvió a ponérsela en la cabeza.

—Tal vez no. Nunca me cayó bien. Hay gente que nace con mala sangre, ¿sabes?

Alex miró a Tripp, sorprendida. Tal vez no fuera tan inútil como parecía.

—Sí, lo sé.

Miró de reojo a North, molesta; el fantasma caminaba de un lado a otro, atravesando a Tripp continuamente. El chico se echó a temblar.

—Mierda, creo que he pillado la gripe.

—Descansa un poco —dijo Alex—. Dicen que algo chungo me rodea por el campus.

Algo con pinta de fiambre Victoriano.

Alex se apresuró a recorrer Elm hasta Orange, ansiosa por refugiarse tras las barreras mágicas. Subió con dificultad los tres escalones del porche de Il

Bastone y se sintió mejor en cuanto abrió la puerta y cruzó el umbral. North flotaba en mitad de la calle. Alex cerró de un portazo y vio por la ventana que una racha de aire lo hacía retroceder, como si la casa entera acabara de carraspear. Alex apoyó la frente en la puerta cerrada.

—Gracias —murmuró.

Pero ¿quién lo detendría la próxima vez que intentara entrar por la fuerza en ella? ¿Tendría que regresar a la frontera para cortar el vínculo? Estaba dispuesta. Suplicaría a Salome Nils que la dejara volver a La Cabeza del Lobo. Dejaría que Dawes la ahogara un millar de veces.

Alex se dio la vuelta y recostó la espalda en la puerta. Se sentía a salvo. La luz de la tarde se filtraba por el ventanal restante del vestíbulo. El otro estaba tapiado, y bajo las profundas sombras se veían piedrecillas y esquirlas de cristal roto. Había una mancha de sangre en el papel pintado, donde Dawes se había dado un golpe en la cabeza. Nadie la había intentado limpiar.

Alex se asomó a la salita desde el arco de entrada, casi esperando ver a Dawes allí. Pero no había ni rastro de ella, de sus archivadores ni de sus tarjetas de estudio. La casa parecía desierta, maltrecha y herida. Le dio un vuelco el corazón. Nunca había intentado regresar a la Zona Cero. Y tampoco había sido un lugar que le encantara. Le había dado la espalda gustosamente para no volver a mirar a la cara a los horrores que había cometido allí.

Pero Il Bastone sí que le encantaba, aquella vieja casa de madera cálida, llena de paz y de aceptación.

Se apartó de la puerta y fue a buscar una escoba y un recogedor a la despensa. Tardó un buen rato en barrer todos los cristales rotos. Lo arrojó todo a una bolsa de plástico y la selló con cinta. No sabía si debía tirarla. A lo mejor aún podían meter todos los trocitos en el crisol con un chorro de leche de cabra para repararlos.

Cuando fue a lavarse las manos en el pequeño aseo, se dio cuenta de que tenía toda la cara manchada de sangre seca. Normal que Tripp le hubiera preguntado si estaba bien. Se lavó y contempló cómo el agua daba vueltas en el lavabo antes de desaparecer por el desagüe.

En la nevera todavía quedaban pan y queso en buen estado. Se obligó a almorzar, aunque no tenía hambre. Luego subió las escaleras y se dirigió a la biblioteca.

Dawes no había contestado a su mensaje. Seguramente ni siquiera prestaba atención a su móvil. Ella también se había refugiado en su propia madriguera. Alex no podía culparla por ello, pero eso significaba que iba a tener que encontrar la forma de romper su conexión con el Novio ella sola.

Sacó el libro de Albemarle de su estante, pero titubeó. Había reconocido al instante la primera cifra que North la había obligado a garabatear en su cuaderno: 1854, el año de su asesinato. Los demás no le sonaban. No le debía nada a North. Pero Darlington creía que valía la pena investigar la muerte del Novio. Él habría querido saber qué significaban aquellas fechas. Y tal vez Alex también quisiera saberlo. Sentía que estaba dando su brazo a torcer, pero North no tenía por qué enterarse de que le había picado la curiosidad.

Alex sacó su cuaderno de Shakespeare de la bolsa y lo abrió por la página ensangrentada: *1854 1869 1883*. Si se ponía a investigar todos esos años, la biblioteca se volvería loca. Tenía que encontrar la manera de acotar los parámetros.

O tal vez solo necesitaba encontrar los apuntes de Darlington.

Alex recordó las palabras que él había escrito en aquel catálogo de carruajes: *¿la primera?* Si de verdad había estado investigando el caso de North, Alex no había hallado nada ni en el dormitorio de Virgilio ni en Black Elm. ¿Y si sus apuntes seguían allí, en la biblioteca? Alex abrió el libro de Albemarle y buscó la última anotación de Darlington: el plano de Rosenfeld. Pero justo encima había solicitado algo llamado *Daily New Havener*. Copió la petición de Darlington y volvió a guardar el libro en el estante.

Cuando la librería dejó de temblar, la abrió y entró en la biblioteca. Los estantes estaban llenos de pilas y pilas de papeles que, más que periódicos, parecían panfletos escritos con una letra diminuta. Había miles y miles.

Salió y cogió de nuevo el libro de Albemarle. Darlington había estado trabajando en la biblioteca la noche de su desaparición. Alex anotó una nueva entrada, esta vez solicitando los planos de Rosenfeld.

Cuando abrió la puerta, en los estantes no había nada más que un único libro; era grande y fino, con tapas de piel rojo oscuro y sin una sola mota de polvo. Alex lo apoyó verticalmente en la mesa central de la sala y dejó que se abriera por sí solo. Allí, entre las elevaciones de los niveles subterráneos tres y cuatro de Rosenfeld Hall, había una hoja de papel amarillo, pulcramente doblada. Reconoció la diminuta y zigzagueante letra de Darlington; era lo último que había escrito antes de que alguien lo mandara al infierno.

Le daba miedo desdoblar la hoja. Tal vez no fuera nada. Apuntes para un trabajo de clase. Una lista de reparaciones de Black Elm. Pero Alex creía que no era nada de eso. Esa noche de diciembre, Darlington había estado trabajando en algo que le importaba, en algo a lo que daba vueltas desde hacia meses. Estaba distraído, tal vez pensando en lo que tenían que hacer esa noche; tal vez preocupado por su aprendiz, que nunca se leía nada de lo que él

le mandaba. No había querido llevarse sus notas consigo, así que las había guardado en un lugar seguro. Allí, en aquel libro de planos. Darlington pensaba que iba a volver enseguida.

—Debería haber sido mejor Dante —susurró Alex.

Pero tal vez podía compensarlo ahora.

Desdobló cuidadosamente la hoja. La primera línea decía:

1958-Colina Tillman-Wrexham-¿Infarto? ¿Ictus?

Había una serie de años, acompañados por lo que parecían ser nombres de mujeres. Las últimas tres fechas de la lista coincidían con las que North la había obligado a escribir en su cuaderno.

1902-Sophie Mishkan-Rhinelander-¿Encefalitis?

1898-Elfie White-Stone-Hidropesía (¿Edema?)

1883-Zuzanna Mazurski-Phelps-Apoplejía

1869-Paoletta DeLauro-Kingsley-Puñalada

1854-Daisy Fanning Whitlock-Russell-Disparo.

¿La primera? Darlington creía que Daisy había sido la primera. ¿La primera qué? Daisy había muerto de un disparo y Paoletta apuñalada, pero las demás habían muerto por causas naturales.

O alguien había aprendido a ser más discreto al matar.

Me estoy imaginando cosas, pensó Alex. *Estoy atando cabos que no existen*. Según todos los programas de la tele que había visto en su vida, los asesinos en serie tenían un *modus operandi*, una forma de matar preferida. E incluso dando por hecho que había habido un asesino en serie en New Haven, si esas fechas eran correctas, aquel psicópata había estado matando chicas entre 1854 y 1958… más de un siglo.

Pero tampoco podía decir que fuera imposible, ahora que había visto de qué era capaz la magia.

Además, notaba algo familiar al ver las fechas juntas. El patrón coincidía con la fundación de las sociedades. Había habido muchísima actividad en el siglo XIX, pero después no se había vuelto a construir una tumba nueva hasta los años sesenta, con El Manuscrito. Notó un desagradable escalofrío en la piel. Sabía que La Calavera y las Tibias había sido fundada en 1832, un año que no coincidía con ninguna de esas muertes, pero era el único año que recordaba.

Alex cogió la hoja, salió de la biblioteca y se encaminó al dormitorio de Dante. Abrió el ejemplar de *La vida de Leteo* del cajón del escritorio. El Pergamino y la Llave se había fundado en 1842, El Libro y la Serpiente en 1865, San Telmo en 1889, El Manuscrito en 1952. Solamente la fecha de

fundación de La Cabeza del Lobo coincidía con una de las muertes (1883), pero podía tratarse de una coincidencia.

Deslizó el dedo por la lista de nombres.

1854-Daisy Fanning Whitlock-Russell-Disparo.

Nunca había visto que Daisy tuviera un apellido compuesto con guión. En todas partes la llamaban solamente Daisy Fanning Whitlock.

Porque no eran sus apellidos. Ninguno. Rhinelander. Stone. Phelps. Kingsley. Russell. Wrexham. Eran los nombres de los *trusts*, las fundaciones y asociaciones que financiaban a las sociedades, que costeaban la construcción de sus tumbas. Alex regresó corriendo a la biblioteca y cerró la estantería de sopetón. Sacó el libro de Albemarle de nuevo, pero se obligó a frenar un poco. Necesitaba pensar bien cómo formularlo. Russell era el trust que financiaba a La Calavera y las Tibias. Curiosamente, escribió: *Escrituras del terreno adquirido por el fondo Russell en High Street, New Haven, Connecticut*.

Cuando abrió, un libro de contabilidad la estaba esperando en el estante intermedio, marcado con la insignia del sabueso espiritual de Leteo. Allí estaban, una tras otra, las escrituras de adquisición de terrenos repartidos por toda New Haven; las fincas en las que más tarde se edificarían las ocho Casas del Velo, cada una construida encima de un nexo de poder creado por una fuerza misteriosa.

Pero Darlington lo había descubierto. La primera. 1854: el año en que el fondo Russell había comprado el terreno donde La Calavera y las Tibias construiría su tumba. Darlington había comprendido como se creaban esos puntos focales de magia que alimentaban los rituales de las sociedades y que hacían que todo aquello fuera posible: chicas muertas. Una tras otra. Había utilizado los ejemplares antiguos del *New Havener* para relacionar los lugares en los que habían muerto con la ubicación de las tumbas de las sociedades.

¿Qué tenían de especial esas muertes? Incluso suponiendo que todas aquellas chicas hubieran sido asesinadas, en New Haven se habían producido numerosos homicidios a lo largo de los años, pero no todos habían creado nexos mágicos. Y Daisy ni siquiera había muerto en High Street, donde La Calavera y las Tibias había edificado su tumba. ¿Por qué ese nexo se había formado en otro sitio? Alex sabía que se le escapaba algo, que no conseguía conectar los puntos como habría hecho Darlington.

North le había dado las fechas; él también había visto la conexión.

Alex salió corriendo al cuarto de baño y llenó el lavabo de agua.

—North —dijo, sintiéndose idiota—. *North*.

Nada. Fantasmas. Nunca estaban cuando los necesitabas.

Pero había muchas formas de llamar la atención de un gris. Alex titubeó antes de coger el abrecartas del escritorio. Se hizo un corte en el antebrazo y dejó que la sangre goteara en el agua y se diluyera.

—Toc, toc, North.

El rostro del Novio apareció en el reflejo tan deprisa que Alex dio un brinco.

—La muerte de Daisy creó un nexo —dijo—. ¿Cómo lo descubriste?

—No conseguía encontrar a Tara. Debería haberme resultado muy fácil con ese objeto en la mano, pero no había ni rastro de ella a este lado del Velo. Lo mismo que ocurre con Daisy. Tampoco logro encontrar a Gladys O'Donaghue. Algo sucedió ese día, algo más importante que mi muerte o la de Daisy. Y creo que volvió a ocurrir cuando murió Tara.

Daisy había sido aristócrata, la flor y nata de la ciudad. Su muerte había sido el comienzo de todo. ¿Y las demás? ¿Quiénes eran? Tenían apellidos como DeLauro, Mazurski, Mishkan. ¿Inmigrantes que trabajaban en las fábricas? ¿Criadas? ¿Hijas de antiguos esclavos? ¿Chicas cuya muerte no sería recordada con titulares ni bustos de mármol?

¿Y Tara también era una de ellas? ¿Un sacrificio? ¿Por qué su asesinato había sido tan macabro, tan público? ¿Y por qué ahora? Si de verdad eran asesinatos, hacía más de cincuenta años que había muerto la última chica.

Alguien necesitaba un nexo. Una de las Casas del Velo necesitaba un nuevo hogar. San Telmo llevaba años solicitando la construcción de una tumba nueva… ¿Y de qué servía una tumba sin un nexo debajo? Alex recordó el terreno vacío donde habían hallado el cuerpo de Tara. Allí había sitio de sobra para construir un edificio.

—North —dijo—. Vuelve y busca a las demás. —Le leyó los nombres, uno tras otro: *Colina Tillman, Sophie Mishkan, Effie White, Zuzanna Mazurski, Paoletta DeLauro*—. Intenta encontrarlas.

Alex cogió una toalla del toallero y se secó el brazo ensangrentado. Se sentó frente al escritorio y contempló Orange Street mientras intentaba pensar. Si Darlington había averiguado el origen de los nexos, se lo habría contado a Sandow antes que a nadie. Seguramente estuviera orgulloso, emocionado por su descubrimiento, un descubrimiento que arrojaría luz sobre el funcionamiento de la magia en la ciudad. Pero Sandow jamás se lo había mencionado ni a Dawes ni a Alex, no había dicho ni una palabra sobre el último proyecto en el que había estado trabajando Darlington.

¿Y qué importaba? Sandow no podía estar involucrado. Lo habían atacado brutalmente a escasos metros de donde estaba sentada ahora mismo. Había estado a punto de morir.

Pero no por culpa de Blake Keely. Blake había hecho daño a Dawes y casi había matado a Alex, pero no le había hecho nada al decano. Habían sido los sabuesos enloquecidos y furiosos de Leteo los que habían acudido al rescate de Alex. Recordó el puño cerrado de Blake. Le había dado un puñetazo con esa mano, pero no la había abierto en ningún momento.

Se acercó de nuevo al pasillo, en lo alto de la escalera. Ignoró las manchas oscuras de la alfombra y el olor penetrante a vómito, se puso de rodillas y empezó a buscar entre los tablones del suelo y debajo de la alfombra. Al mirar bajo una jardinera de mimbre vacía, vio un destello dorado. Se envolvió la mano con la manga de la camiseta y sacó cuidadosamente el objeto a la luz. Una moneda de compulsión. Alguien había estado controlando a Blake. Alguien le había dado unas órdenes muy concretas.

Estamos en año de financiación.

Darlington le había expuesto a Sandow su teoría sobre las chicas muertas y las tumbas. Pero Sandow ya lo sabía. Sandow, que andaba corto de dinero después de su divorcio y llevaba años sin publicar nada. Sandow, que estaba desesperado por mantener en secreto la desaparición de Darlington. Sandow, que había retrasado el ritual de la luna nueva y luego lo había aprovechado para expulsar a Darlington de Black Elm para siempre. Porque tal vez era el propio Sandow quien le había tendido la trampa a Darlington en el sótano de Rosenfeld. Ya entonces estaba planeando la muerte de Tara Hutchins y sabía que solamente Darlington comprendería el verdadero significado de su asesinato. Así que se había deshecho de él.

Sandow nunca había tenido la menor intención de rescatar a Darlington. Después de todo, Alex era el chivo expiatorio perfecto. Aquel desastre había tenido que ocurrir precisamente el año en que habían nombrado delegada de Leteo a una desconocida. Era de esperar. En el futuro serían más cautos. El próximo curso, la brillante, competente y estable Michelle Alameddine volvería para educar a su díscola Dante. Y Alex estaría en deuda con Sandow, eternamente agradecida por haberle subido la nota.

A lo mejor me equivoco, pensó. Y aunque estuviera en lo cierto, no tenía por qué hacer nada. Podía mantener la boca cerrada, quedarse con sus aprobados y disfrutar de su tranquilo y hermoso verano. Colin Khatri se graduaría en mayo, así que con él no tendría que fingir. Alex podría sobrevivir, *florecer*, al cuidado de la profesora Belbalm.

Alex le daba vueltas a la moneda de compulsión mientras pensaba.

Después de la masacre en el apartamento de Van Nuys, Eitan había puesto Los Angeles patas arriba, intentando encontrar a los asesinos de su primo. Se rumoreaba que habían sido los rusos (pero los rusos preferían las pipas) o los albaneses, o que alguien de Israel se había asegurado de que Ariel nunca regresara de California.

Eitan había ido a visitar a Alex al hospital, a pesar del agente de policía apostado delante de su puerta. Los hombres como Eitan eran como los grises: siempre encontraban el modo de entrar.

Se había sentado junto a su cama, en la misma silla que el decano Elliot Sandow había ocupado tan solo un día antes. Tenía los ojos enrojecidos y llevaba días sin afeitarse. Pero su traje era tan elegante como siempre; la cadena de oro que llevaba al cuello le daba un toque setentero, como si la hubiera heredado de la anterior generación de camellos y proxenetas.

—Casi mueres la otra noche —le dijo. A Alex siempre le había gustado su acento. Al principio le había parecido francés.

No supo qué contestar, así que se humedeció los labios y señaló la jarra de hielo picado. Eitan gruñó y asintió.

—Abre la boca —dijo, y le puso una cucharada de hielo picado en la lengua—. Tienes los labios muy resecos. Pide que te pongan vaselina.

—Sí —graznó Alex.

—¿Qué pasó esa noche?

—No lo sé. Llegué tarde a la fiesta.

—¿Por qué? ¿Dónde estuviste?

Así que la estaba interrogando. Ningún problema. Alex estaba dispuesta a confesar.

—Fui yo. —Eitan levantó la cabeza de golpe—. Yo los maté a todos.

Eitan volvió a hundirse en la silla y se frotó la cara con la mano.

—Putos yonquis.

—No soy una yonqui. —No sabía si era cierto. Nunca había llegado a tomar drogas chungas de verdad. Le daba demasiado miedo lo que podría ocurrir si perdía demasiado el control, pero llevaba años manteniéndose en un estado de aturdimiento cuidadosamente medido.

—¿Los mataste *tú*? Una cría esmirriada. Estabas desmayada, hasta arriba de fentanilo. —Eitan la miró de reojo—. Me debes pasta por las drogas.

El fentanilo. Había entrado en su sangre a través de Hellie, dejándole la suficiente cantidad en el organismo para que pareciera que Alex también había estado al borde de la sobredosis. Un último regalo. La coartada perfecta.

Alex se rio.

—Voy a estudiar en Yale.

—Putos yonquis —repitió Eitan, asqueado. Se levantó y se sacudió el pantalón hecho a medida.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Alex. Eitan echó un vistazo a la habitación.

—No hay flores ni globos ni nada. Que triste.

—Supongo —dijo Alex. A lo mejor su madre no sabía que estaba en el hospital. Seguramente Mira llevaba mucho tiempo temiendo esa llamada.

—Aún no sé lo que haré —dijo Eitan—. Creo que el capullo de tu novio le debía pasta a la persona equivocada. Timó o cabreó a alguien, y Ariel solo estaba en el momento y lugar equivocados. —Volvió a frotarse el rostro—. Pero da igual. Cuando quedas como un pardillo, es como un tatuaje. Lo ve todo el mundo. Así que alguien va a tener que morir por esto. —Alex se preguntó si se refería a ella—. Me debes pasta por el fentanilo. Seis mil pavos.

Cuando Eitan se marchó, Alex le pidió a la enfermera que le acercara el teléfono del hospital. Sacó la tarjeta que le había dado Elliot Sandow y llamó a su despacho.

—Acepto su oferta —le dijo cuando su secretaria se lo pasó—. Pero voy a necesitar algo de dinero.

—No habrá problema —había contestado él.

Ojalá le hubiera pedido más.

Alex giró una vez más la moneda de compulsión y se puso en pie, ignorando el dolor palpitante. Regresó al escritorio donde había extendido los apuntes de Darlington junto a su cuaderno de Shakespeare ensangrentado.

Cuando quedas como un pardillo, es como un tatuaje. Lo ve todo el mundo.

Sacó su móvil y llamó a casa del decano. Tal y como sabía que ocurriría, contestó el ama de llaves.

—Hola, Yelena. Soy Alex Stern. Tengo que darle una cosa al decano.

—No está en casa —respondió Yelena con su fuerte acento ucraniano—. Puedes dejar paquete aquí.

—¿Sabes adónde ha ido? ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí. Está en casa de presidente para gran fiesta de bienvenida.

Alex nunca había estado en la casa del presidente de la universidad, pero sabía dónde estaba el edificio. Darlington se lo había enseñado: una bonita casa de ladrillo rojo y molduras blancas en Hillhouse.

—Estupendo —dijo Alex—. Iré enseguida.

Alex le envió un mensaje a Turner: *Nos hemos equivocado. Te veo en casa del presidente*.

Dobló la lista de nombres y se la guardó en el bolsillo. Se había cansado de ser la pardilla de Sandow.

—Muy bien, Darlington —susurró—. Vamos a jugar a los caballeros.

30

Principios de primavera

Alex se pasó por la residencia para ducharse y cambiarse de ropa. Se peinó con esmero, se cambió los vendajes y se puso el vestido que le había comprado su madre. No quería desentonar en la fiesta. Y si ocurría algo malo, quería tener la mayor credibilidad posible. Se sirvió una taza de té y esperó a que North se reflejara en el líquido.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó cuando su rostro pálido apareció en la superficie.

—Ni una sola de esas muchachas está aquí —le dijo North—. Les ha ocurrido algo. Lo mismo que le ocurrió a Daisy. Algo peor que la muerte.

—Espérame fuera de la residencia. Y estáte preparado. Voy a necesitar tu fuerza.

—La tendrá.

Alex no dudaba de él. Estaba segura de que North y su prometida habían muerto por culpa de la magia desbocada de un ritual. Pero después había pasado algo más, algo que Alex no se explicaba. Y fuera lo que fuera, tenía la culpa de que Daisy no hubiera podido cruzar al otro lado del Velo para encontrar la paz.

Llamó a un coche para que la llevara a la casa del presidente. Había un aparcacoches en la entrada, y por las ventanas se veía a mucha gente en las habitaciones. Mejor. Así habría testigos.

Por si acaso, envió un mensaje a Dawes: *Sé que estás desaparecida en combate, pero si me sucede algo, ha sido Sandow. Te lo he dejado todo en la biblioteca. Pregúntale al libro de Albemarle*.

Turner no había respondido todavía. ¿Se había desentendido de Alex ahora que creía que el caso estaba resuelto? Se alegró de sentir la presencia de North a su lado mientras recorría el sendero de la entrada.

Alex esperaba que hubiera alguien controlando que solo pasaran los invitados, pero pudo entrar sin incidentes. Las habitaciones eran cálidas y

olían a lana húmeda y manzanas asadas. Se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero, encima de otros dos. Oía un piano bajo el murmullo de las conversaciones. Se apoderó de un par de champiñones rellenos de la bandeja de un camarero que pasaba por su lado. Ni de coña iba a palmarla con el estómago vacío.

—¿Alex? —le preguntó el camarero. Era Colin.

Parecía un poco cansado, pero no alterado ni irritado.

—No sabía que también trabajaras para el presidente —le dijo Alex, cauta.

—Un préstamo de la Belbalm. Luego tengo que llevarla a casa en coche, por si quieres que te acerque. ¿Hoy trabajas?

Alex negó con la cabeza.

—No, solo he venido a darle una cosa al decano Sandow.

—Creo que lo he visto cerca del piano. Ven a la cocina cuando termines. Alguien ha enviado una botella de champán a la Belbalm y nos la ha regalado.

—Guay —dijo Alex, fingiendo entusiasmo.

Buscó el aseo y entró rápidamente. Necesitaba un instante para recomponerse, para encontrarle sentido a la actitud despreocupada de Colin. Debería estar cabreadísimo. Debería odiarla por haber destapado su relación con Tara, por revelar que El Pergamino y la Llave compartía sus secretos con desconocidos y que sus miembros tomaban drogas ilegales. Aunque Sandow hubiera omitido el nombre de Alex en el informe disciplinario, seguía siendo la delegada de Leteo.

En realidad Alex ya sospechaba que no habría repercusiones serias. Un tirón de orejas. Una multa. El precio de sangre lo pagarían otros. Pero pensaba que se haría un mínimo de justicia.

Alex apoyó las manos en el lavabo y se miró al espejo. Parecía exhausta; unas profundas ojeras le cavaban trincheras sobre los pómulos. Se había puesto una vieja chaqueta de punto negra encima del vestido de lana color crema que le había comprado su madre. Se la quitó. Tenía la piel cetrina, y sus brazos tenían el aspecto flaco y fibroso de alguien que no comía lo suficiente. Una mancha rosada empezaba a calar el vestido de lana; el vendaje nuevo se le estaba aflojando. Quería parecer respetable, una niña buena y obediente en la que se podía confiar. Pero lo que parecía era un monstruo de cuento.

Alex oía el tintineo de las copas y las conversaciones en la sala de estar. Se había esforzado mucho por formar parte de todo aquello. Pero si ese era el mundo real, el mundo normal, ¿de verdad quería entrar en él? Nada cambiaba

jamás. Los malos nunca sufrían. Colin, Sandow, Kate y todos los hombres y mujeres que los habían precedido, que habían ocupado esas tumbas y manejado su magia, no se diferenciaban en nada de los Lens, Eitans y Arieles del mundo. Cogían lo que les daba la gana. El mundo podía perdonarlos, ignorarlos o aceptarlos, pero nunca los castigaba. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué sentido tenían su aprobado y sus jerséis de cachemira de las rebajas cuando el juego estaba amañado desde el minuto uno?

Alex recordó cómo Darlington le había ido colocando las polillas epistolares en la piel, bajo la luz mortecina de la armería. Recordó cómo sus tatuajes se habían ido difuminando; en ese momento había creído por primera vez que cualquier cosa era posible, que podía encontrar la manera de encajar en ese sitio.

«Recuerda tener cuidado en tus lances amatorios», le había dicho. La saliva podía revertir la magia.

Alex apretó los puños, se pasó la lengua por los nudillos de la mano izquierda y luego por los de la derecha. Durante un instante, no ocurrió nada. Escuchó el goteo del grifo.

Entonces empezó a brotarle tinta negra por la piel de los brazos. Serpientes y peonías, telarañas y constelaciones, dos carpas persiguiéndose alrededor de su bíceps izquierdo, un esqueleto en un antebrazo y los símbolos arcanos de la Rueda en el otro. Seguía sin tener ni idea de lo que significaban esos símbolos. Había sacado al azar esa carta de la baraja de tarot de Hellie justo antes de que las dos entraran en el estudio de tatuajes del paseo marítimo. Alex contempló en el espejo cómo toda su historia se derramaba por su piel; eran las cicatrices que había elegido ella.

Somos los pastores. Eso se había acabado. Era mejor ser una serpiente de cascabel. Un chacal.

Alex salió del aseo y dejó que se la tragara el gentío, las nubes de perfume, los trajes y la ropa de punto de St. John. Notó que la miraban con nerviosismo. Su aspecto era impropio. Indigno. No encajaba allí.

Entrevió el cabello gris de Sandow en un grupo de invitados que charlaban junto al piano. El decano se ayudaba de un par de muletas. Le sorprendió que no se hubiera curado él mismo las heridas, pero tampoco se lo imaginaba acarreando una docena de cartones de leche de cabra por las escaleras de Il Bastone sin ayuda.

—¡Alex! —la saludó Sandow, perplejo—. Qué placer tan inesperado.

Alex sonrió afectuosamente.

—He encontrado el documento que me pidió y he pensado que querría tenerlo lo antes posible.

—¿Documento?

—Las escrituras de esos terrenos. Las que se remontan a 1854.

Sandow dio un respingo antes de echarse a reír de forma muy poco convincente.

—Pues claro. Sería capaz de olvidarme la cabeza si no la llevara sobre los hombros. Les ruego que me disculpen un segundo —dijo, y avanzó entre la multitud. Alex permaneció detrás de él. Sabía que Sandow ya estaba calculando cuánto sabía Alex y cómo interrogarla, tal vez incluso cómo silenciarla. Sacó su móvil y abrió la grabadora de audio. Habría preferido tener la protección de los testigos, pero sabía que el micrófono no podría registrar su voz en el jaleo de la fiesta.

—No te alejes —le susurró a North, que flotaba a su lado.

Sandow abrió la puerta de un despacho, una sala preciosa, perfectamente cuadrada, con una chimenea de piedra; unas puertas acristaladas daban a un jardín trasero que se debatía entre los restos de la nieve y los verdosos comienzos del deshielo de primavera.

—Después de ti.

—No, usted primero —dijo Alex.

El decano se encogió de hombros y entró. Dejó las muletas a un lado y se reclinó en el escritorio.

Alex dejó la puerta abierta para no quedar totalmente aislados de los invitados. No esperaba que Sandow intentara chafarle la cabeza con un pisapapeles, pero ya había matado a una chica.

—Usted asesinó a Tara Hutchins. —Sandow abrió la boca, pero Alex levantó la mano para hacerlo callar—. No empiece a mentirme todavía. Tenemos mucho terreno que cubrir y es mejor que ahorre fuerzas. Usted la mató, o hizo que la mataran, sobre una parcela triangular vacía, un terreno que imagino que el fondo Rhinelander ya está en trámites de adquirir.

El decano sacó una pipa y una bolsita de tabaco de su bolsillo y empezó a llenarla. Después dejó la pipa en la mesa, a su lado, sin encenderla.

Finalmente se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—¿Y qué?

Alex se esperaba muchas respuestas, pero esa no.

—No…

—¿Y *qué*, señorita Stern?

—¿Le pagaron? —preguntó.

Sandow miró por encima del hombro de Alex, asegurándose de que no hubiera nadie en el pasillo.

—¿San Telmo? Sí. El año pasado. El divorcio me dejó sin nada. Perdí todos mis ahorros. Tengo que pagar una pensión delirante. Pero los abnegados exalumnos de San Telmo han hecho desaparecer todos mis problemas con un simple cheque. Lo único que tuve que hacer a cambio fue proporcionarles un nexo sobre el que construir su tumba.

—¿Cómo sabían que usted podía crear uno?

—No lo sabían. Se lo propuse yo. Durante mi época en Leteo, descubrí el patrón. Sabía que se repetiría. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Pensaba que no tendría que hacer nada, que solo había que esperar.

—¿Las sociedades estaban involucradas en los asesinatos de las otras chicas? ¿Colina, Daisy y las demás?

Sandow volvió a mirar de reojo hacia el pasillo.

—¿Directamente? Llevo años preguntándomelo. Pero si alguna de las sociedades hubiera resuelto el misterio de la creación de los nexos, ¿por qué contentarse con uno solo? ¿Por qué no utilizar ese conocimiento? ¿O comerciar con él? —Recogió su pipa—. No, no creo que tuvieran nada que ver. Esta ciudad es peculiar. Aquí el Velo es más delgado, el curso de la magia es más fluido. Se acumula en los nexos, sí, pero hay magia en cada piedra, en cada puñado de tierra, en las hojas de cada olmo. Y tiene hambre.

—La ciudad… —Alex recordó la extraña sensación que había tenido en el escenario del crimen, que imitaba el mapa de la colonia de New Haven. Dawes había dicho que los rituales funcionaban mejor cuando se realizaban cerca de una fecha propicia. O un lugar propicio—. Por eso eligió esa intersección para matar a Tara.

—Sé cómo hacer un ritual, Alex. Cuando quiero. —¿No le había dicho Darlington que Sandow había sido un delegado de Leteo brillante? ¿Que algunos de los ritos que había creado seguían vigentes?

—La mató por dinero.

—Por un montón de dinero.

—Aceptó el soborno de la junta de San Telmo. Les dijo que podía controlar dónde se ubicaría el próximo nexo.

—Que yo lo prepararía todo. Pensaba que lo único que tenía que hacer era esperar a que el ciclo siguiera su curso. Pero no ocurría. No moría nadie. No se formaba ningún nexo nuevo. —Sacudió la cabeza con frustración—. Se impacientaron. Di… dijeron que me reclamarían el dinero, que acudirían a la

junta de Leteo. Tenía que aplacarlos. Creé un ritual que sabía que funcionaría. Pero necesitaba una ofrenda.

—Y encontró a Tara.

—Ya la conocía —dijo Sandow, casi con afecto—. Cuando Claire se puso enferma, Tara le vendía marihuana.

—¿Su esposa?

—La cuidé durante dos cánceres de mama, y luego me abandonó. Me… Tara estuvo en mi casa. Seguramente oyera cosas que no debería haber oído. No fui especialmente discreto. No pensé que tuviera importancia.

¿Qué importaba lo que supiera una chica de la ciudad?

—Y Tara era maja, ¿verdad?

Sandow desvió la mirada con culpabilidad. Quizá Tara y él follaban, o a lo mejor Sandow solo quería tener a alguien con quien hablar. Así funcionaba la cosa. Había que llevarse bien con los clientes. Sandow necesitaba un hombro en el que llorar, y Tara se lo había dado.

—Pero entonces Darlington descubrió el patrón, el rastro de chicas muertas.

—Igual que yo. Supongo que era inevitable. Era demasiado brillante, demasiado inquisitivo para su propio bien. Y siempre quería saber por qué New Haven es diferente. Intentaba crear un mapa de lo invisible. Me lo contó de pasada, como un ejercicio académico, una teoría extravagante, un posible tema para su trabajo de posgrado. Pero para entonces…

—Usted ya planeaba matar a Tara.

—Tara había utilizado todo lo que había oído en mi casa para empezar a trapichear con las sociedades. Estaba demasiado involucrada con los Cerrajeros y El Manuscrito. Las drogas. Los rituales. Todo iba a acabar mal tarde o temprano. Tenía diecinueve años, era una delincuente, una drogadicta. Era…

—Presa fácil. —*Igual que yo*—. Pero Darlington se habría dado cuenta. Sabía lo de las anteriores chicas. Era lo bastante listo como para relacionarlas con Tara. Así que usted envió a la bestia infernal a consumirlo esa noche.

—A consumiros a los dos, Alex. Pero al parecer Darlington fue suficiente para saciar el apetito de la bestia. O tal vez te salvara en un último acto de ingenuo heroísmo.

O tal vez el monstruo no había querido consumir a Alex. Tal vez sabía que le quemaría la garganta al tragársela.

Sandow suspiró.

—Darlington solía decir que New Haven siempre estaba al borde del éxito, a punto de caer en el lado de la buena suerte. No comprendía que esta ciudad camina sobre la cuerda floja. A un lado está el éxito, y al otro la ruina. La magia de este lugar y la sangre derramada para retenerla es lo único que se interpone entre la ciudad y su fin.

Esta ciudad siempre ha estado jodida.

—¿La mató usted mismo? —preguntó Alex—. ¿O no tuvo cojones?

—Para tu información, yo también fui caballero de Leteo. No me faltaba fuerza de voluntad. —Parecía orgulloso.

Isabel había dicho que Sandow estaba durmiendo la mona en el estudio de Belbalm la noche del asesinato de Tara, pero el decano podría haberse escabullido, tal vez utilizando la misma magia de portales que Alex creía que había empleado Colin. Habría tenido que conseguir un glamur, pero claro, eso no era ningún problema para el decano Sandow. Alex pensó en el espejo que había usado ella para colarse en el apartamento de Tara y en la cárcel. Cuando lo había sacado de su cajón, estaba manchado. Pero Dawes jamás lo habría guardado sucio. Alguien lo había utilizado antes que Alex.

—Se puso el rostro de Lance. Drogó a Tara para que no sufriera y la asesinó. ¿También envió al *gluma* a por mí?

—Sí. Fue arriesgado, incluso imprudente. No tengo talento para la nigromancia. Pero no sabía qué podías haber averiguado en la morgue.

Recordó a Sandow sentado frente a ella en la Madriguera, con la taza de té apoyada en la rodilla, persuadiéndola de que era el propio poder de Alex lo que había desencadenado el ataque del *gluma*, de que ella tenía la culpa del ataque y tal vez del asesinato de Tara.

—Me dijo que había sido culpa mía.

—Bueno, es que no esperaba que sobrevivieras. Algo tenía que decir. —Hablaba como si estuviera diciendo algo totalmente razonable—. Darlington sabía que darías problemas. Pero no me imaginaba cuántos.

—Sigue sin imaginárselo —dijo Alex—. Y Darlington lo odiaría por lo que ha hecho.

—Darlington era un caballero. Pero la época de los caballeros pasó. —Recogió la pipa—. ¿Sabes qué es lo malo?

—¿De haber asesinado a una chica a sangre fría para que unos niños pijos puedan construirse un club? Yo diría que es bastante malo.

Pero Sandow no parecía escucharla.

—Que no funcionó —dijo, sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño—. El ritual estaba bien. Lo diseñé a la perfección. Pero no apareció ningún nexo.

—Así que Tara murió y usted sigue jodido.

—Lo estaría de no ser por ti. Voy a exigir que se le retire la tumba a El Manuscrito. El próximo curso, San Telmo tendrá un nuevo hogar. Conseguirán lo que quieren. Y yo, mi dinero. Así que la pregunta, Alex, es: ¿qué quieres tú?

Alex lo miró fijamente. ¿De verdad estaba intentando negociar con ella?

—¿Que qué quiero? *Que deje de matar gente*. No puede asesinar a una chica y hacer desaparecer a Darlington como si tal cosa. No puede utilizarme, ni tampoco a Dawes ni a Leteo, solo porque prefiere vivir en un barrio bueno y conducir un coche caro. Nosotros no deberíamos tener que caminar por esa cuerda floja. *Somos los pastores*, joder.

Sandow se rio.

—Somos unos pordioseros. Nos dan las sobras, pero la magia de verdad, la magia que moldea el futuro y salva vidas, les pertenece a ellos. A menos que cojamos un poco para nosotros.

Levantó la pipa, pero en vez de encenderla, se echó en la boca su contenido, que resplandeció sobre sus labios. Astrumsalinas. Influjo estelar. *Compulsión*. Le había dado lo mismo a Blake para que lo utilizara con Alex esa noche en Il Bastone. La noche en que Sandow había enviado a Blake Keely a matarla.

Esta vez no.

Alex atrajo a North hacia sí y notó que este entraba en ella como un torrente, llenándola con su fuerza. Se abalanzó sobre Sandow.

—¡Quieta! —exclamó el decano. Alex trastabilló, ansiando obedecerlo. Pero la droga no tenía poder sobre los muertos.

No. La voz fuerte y clara de North resonaba dentro de su cabeza.

—No —repitió Alex. Empujó al decano hasta sentarlo en una silla. Las muletas cayeron ruidosamente al suelo—. Turner está de camino. Y usted va a contarle lo que ha hecho. No habrá ninguna tumba para San Telmo. No se van a ir de rositas con multas y suspensiones. Van a pagar. A la mierda las sociedades, a la mierda Leteo y a la mierda usted.

—¿Alexandra? —Alex y Sandow se dieron la vuelta. La profesora Belbalm estaba en el umbral, con una copa de champán en la mano—. ¿Qué pasa aquí? Elliot… ¿te encuentras bien?

—¡Me ha atacado! —gritó Sandow—. Está trastornada, desquiciada. Marguerite, llama a seguridad. Dile a Colin que me ayude a inmovilizar a Alex.

—Por supuesto —dijo Belbalm, dominada por la compulsión.

—Profesora, espere… —empezó a decir Alex. Sabía que era inútil. Bajo el Influjo estelar, era imposible razonar con ella—. Tengo una grabación. Tengo pruebas de…

—Alexandra, no sé qué bicho te ha picado —dijo Belbalm, sacudiendo la cabeza con tristeza. De pronto sonrió y le guiñó un ojo—. Bueno, en realidad sé exactamente qué bicho te ha picado: Bertram Boyce North.

—¡Marguerite! —le espetó Sandow—. Te he dicho que…

—Oh, Elliot, para ya. —La profesora Belbalm entró, cerró la puerta y echó el pestillo.

31

Principios de primavera

Alex la miró fijamente. No era posible. ¿Cómo podía Belbalm resistir el Influjo estelar? ¿Y estaba *viendo* a North?

Belbalm dejó la copa de champán en el estante de una librería.

—Por favor, siéntate, Alex —dijo con la elegancia de una azafata.

—Marguerite… —dijo Sandow, severo.

—Ya es hora de que charlemos, ¿sí? Estás desesperado, pero no creo que seas idiota. Y el presidente ya está plácidamente borracho y dormido junto a la chimenea. Nadie vendrá a interrumpirnos.

Sandow se sentó con recelo en la silla del escritorio.

Pero Alex no estaba dispuesta a obedecer.

—¿Puede ver a North?

—Puedo ver su silueta —dijo Belbalm—. Está escondido dentro de ti, como un secreto. ¿Nunca has notado que mi despacho está blindado?

Alex recordó la sensación de paz que sentía siempre allí, las plantas que crecían en las macetas de la ventana: menta y mejorana. También las había visto crecer alrededor de la casa de Belbalm, aunque estuvieran en pleno invierno. Pero no terminaba de asimilar lo que estaba insinuando Belbalm.

—¿Usted es… como yo?

Belbalm sonrió y asintió una sola vez.

—Somos rotámbulas, las que caminan por la Rueda. Tenemos acceso a todos los mundos. Siempre que tengamos suficiente valor para entrar.

De pronto Alex se sentía mareada. Se dejó caer en una silla; el crujido del cuero era extrañamente tranquilizador.

Belbalm cogió de nuevo la copa de champán y se sentó lentamente frente a ella, tan elegante y serena como siempre, como si las dos fueran madre e hija en una reunión con el decano.

—Puedes dejarlo salir si quieres —dijo. Alex tardó un segundo en comprender que se refería a North.

Titubeó, pero finalmente le dio un empujón a North y este salió de su interior, tomando forma junto al escritorio. Sus ojos suspicaces oscilaban entre Alex y Belbalm.

—Está un poco indeciso, ¿verdad? —preguntó Belbalm. Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa vivaracha—. Hola, Bertie.

North retrocedió de espanto.

Alex recordó aquella tarde soleada en el despacho de North & Sons, los rincones todavía sucios de serrín, la profunda sensación de satisfacción. *¿En qué piensas, Bertie?*

—¿Daisy? —susurró Alex.

El decano Sandow se inclinó hacia delante, mirando fijamente a Belbalm.

—¿Daisy Fanning Whitlock?

Pero era imposible.

—Lo prefiero en francés: Marguerite. Mucho menos provinciano que Daisy[20]. *Fácil*, ¿sí?

North negaba con la cabeza, con el semblante cada vez más trastornado.

—No —dijo Alex—. Yo vi a Daisy. No solo en fotos; la vi de verdad. Y usted no se parece en nada a ella.

—Porque este no es el cuerpo con el que nací. Este no es el cuerpo que mi arrogante y amantísimo Bertie destruyó. —Se volvió hacia North, que la miraba fijamente, incrédulo—. No te preocupes, Bertie. Sé que no fue culpa tuya. En cierto sentido, la culpa fue mía. —El acento francés de Belbalm había desaparecido. Ahora hablaba con las mismas vocales abiertas que North —. Tengo muchísimos recuerdos, pero el de aquel día en la fábrica es el más nítido. —Cerró los ojos—. Todavía puedo sentir el calor del sol por las ventanas, el olor del barniz. Querías que nos fuéramos de luna de miel a Maine. *A Maine*, nada menos… Entonces un alma entró en mí, un alma asustada, ensangrentada y rebosante de magia. Yo había pasado toda mi vida en comunión con los muertos, ocultando mi don, tomando prestada su fuerza y sus conocimientos. Pero era la primera vez que un espíritu me invadía de esa manera. —Se encogió de hombros—. Me dejé llevar por el pánico. Lo expulsé y te lo lancé a ti. No sabía que podía hacer algo así.

Asustada, ensangrentada y rebosante de magia.

Alex ya sospechaba que algo había salido mal durante una pronosticación de 1854, que los Calaveras habían matado accidentalmente al vagabundo que habían utilizado como víctima. Se había preguntado por qué aquel espíritu se había visto atraído hacia aquella habitación en particular, por qué había buscado refugio en North, si se trataba simplemente de una nefasta

coincidencia. Pero no. Esa magia, esa alma extraviada, arrancada de su cuerpo y atrapada entre la vida y la muerte, se había visto atraída hacia el poder de una joven. Hacia Daisy.

—Fue un error estúpido —dijo Belbalm con un suspiro—. Y lo pagué caro. No pudiste contener esa alma, ni su rabia. Cogió tu pistola y utilizó tu mano para dispararme. Había vivido tan poco… Y, de pronto, mi vida había terminado.

North empezó a caminar de un lado a otro, sin dejar de sacudir la cabeza.

Belbalm se reclinó en su asiento y soltó un resoplido.

—Dios santo, Bertie, ¿cómo puedes ser tan obtuso? ¿Cuántas veces has pasado por mi lado por la calle sin mirarme dos veces? ¿Cuántos años he tenido que verte deambular por New Haven en toda tu byroniana gloria? Me arrebataron mi cuerpo, así que tuve que robar uno nuevo. —Su voz era tranquila, mesurada, pero Alex percibía la ira que había debajo—. Me pregunto, Bertie, cuántas veces miraste a Gladys sin verla.

Los tipos como él nunca se fijaban en el servicio. Alex recordaba haber mirado por las ventanas del despacho de North, haber visto a Gladys paseando entre los cerezos con una capota blanca en la cabeza. Pero no, no había sido así. Llevaba la capota en la mano. Era su cabello el que había sido blanco, lacio y resplandeciente como la coronilla de una foca. Igual que el de Belbalm.

—Pobre Gladys —dijo Belbalm, apoyando la barbilla en la mano—. Estoy segura de que te habrías dado cuenta si ella hubiera sido más guapa. —North miraba fijamente a Belbalm, con una expresión que se debatía entre la convicción y el rechazo más obstinado—. Yo no estaba preparada para morir. Abandoné mi cuerpo arruinado y reclamé el suyo. Ella fue la primera.

La primera.

Gladys O'Donaghue había descubierto los cadáveres de Daisy y North y había salido corriendo por Chapel hasta High Street, donde las autoridades la habían encontrado. High Street, hasta donde el espíritu desesperado de Daisy la había perseguido. High Street, donde se había creado el primer nexo y donde más tarde se construiría la primera tumba.

—¿Poseíste a Gladys? —dijo Alex, intentando dar sentido a las palabras de Belbalm. North se había introducido en la cabeza de Alex, pero solo durante un momento. Sabía que se contaban historias sobre posesiones, posesiones de verdad, pero nada como… lo que fuera aquello.

—Me temo que es una palabra demasiado suave para lo que le hice a Gladys —dijo Belbalm en voz baja—. Era irlandesa, ¿sabes? Muy cabezota.

Tuve que abrirme paso por la fuerza, igual que la pobre alma que había intentado entrar en mí. Fue una verdadera lucha. ¿Sabías que la palabra «oso» era tabú para los irlandeses? Nadie sabe exactamente por qué, pero seguramente temían que el simple hecho de pronunciar su nombre bastara para convocar a la bestia. Así que lo llamaban «el peludo» o «el comemiel». Siempre me ha encantado esa expresión. El *comemiel*. Me comí su alma para hacer hueco a la mía. —Chasqueó la lengua—. Qué dulce era.

—Eso no es posible —dijo Sandow—. Un gris no puede arrebatarle el cuerpo a una persona de forma permanente. Su carne se marchitaría y moriría.

—Qué listo —dijo Belbalm—. Pero yo no era una muchacha ordinaria, y tampoco soy una gris ordinaria. Mi nuevo cuerpo necesitaba sustento y yo disponía de medios para alimentarlo. —Miró a Alex con una sonrisa pícara—. Ya sabes que puedes dejar entrar a los muertos. ¿Nunca te has preguntado qué podrías hacerles a los vivos?

Sus palabras tenían peso, un peso que iba calando en la mente de Alex. Daisy no se había limitado a matar a Gladys. Eso había sido casi accidental. Había consumido el alma de Gladys. Ese acto violento era el que había creado un nexo. ¿Y los demás? *Mi nuevo cuerpo necesitaba sustento.*

Gladys había sido la primera. Pero no la última.

Alex se levantó y retrocedió hacia la chimenea.

—Las mató usted. A todas esas chicas. Una tras otra. Les devoró el alma.

Belbalm asintió una sola vez. Casi parecía una reverencia.

—Y abandoné sus cuerpos, como cascarones vacíos para el enterrador. No es muy distinto de lo que haces tú cuando atraes a un gris para disponer de su fuerza, pero no puedes ni imaginar la vitalidad que tiene un alma viva. Podía alimentarme durante años. A veces más.

—¿Por qué? —preguntó Alex, desesperada. No tenía sentido—. ¿Por qué esas chicas? ¿Y por qué aquí? Podría haberse marchado a cualquier otro lugar, podría haber hecho cualquier cosa.

—Te equivocas. —Soltó una carcajada amarga—. He tenido muchas profesiones. He cambiado de nombre y de identidad, inventando vidas falsas para ocultar mi verdadera naturaleza. Pero nunca he estado en Francia, ni con mi antiguo cuerpo ni con este. Por muchas almas que consuma, no puedo marcharme de aquí sin empezar a marchitarme.

—Es la ciudad —dijo Sandow—. Necesitas a New Haven. Aquí es donde reside la magia.

Belbalm golpeó el reposabrazos con la palma de la mano.

—En este vertedero.

—No tenía derecho —dijo Alex.

—Pues claro que no. —Belbalm parecía casi perpleja—. ¿Tenían derecho los críos de La Calavera y las Tibias a abrir en canal a ese pobre diablo? —Señaló a Sandow con la barbilla—. ¿Tenía derecho *él* a asesinar a Tara?

Sandow dio un respingo de sorpresa.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Alex—. ¿También le devoró el alma?

—No soy un perro que acude obediente cuando le echan comida en el plato. ¿Por qué perder el tiempo con un alma como esa… cuando tenía un verdadero festín delante de mí?

—Oh —dijo Sandow, uniendo los dedos de las manos en una pirámide—. Entiendo. Se refiere a ti, Alex.

La mirada que le echó Belbalm fue escalofriante.

—No te alegres tanto, Elliot. No he venido a corregir tus errores ni pretendo malgastar el tiempo temiendo que divulgues mis secretos. Vas a morir sentado en ese sillón.

—Yo creo que no, Marguerite. —Sandow se puso en pie; su semblante reflejaba la misma determinación que lo había poseído la noche del rito de la luna nueva, cuando había mirado sin pestañear a los fuegos del infierno—. *La campana dobla al caer la tarde, y el rebaño mugidor regresa ya por el prado…*

North retrocedió espantado y miró a Alex con desesperación mientras rasguñaba en vano las paredes. Empezó a desvanecerse a través de la librería, luchando contra las palabras fúnebres que se apoderaban de él.

—¡North! —gritó Alex, tendiéndole la mano para intentar atraerlo de nuevo hacia sí. Pero era demasiado tarde. Desapareció por la pared.

—*Vuelve a casa el labriego con su paso rendido* —recitó Sandow; su voz retumbaba por toda la estancia—. *Dejándonos el mundo a la noche y a mí…*

Belbalm se levantó parsimoniosamente de su asiento y se recolocó las mangas de su elegante vestido negro.

—¿Poesía, Elliot?

Palabras fúnebres. Pero Belbalm no temía a la muerte. ¿Por qué habría de hacerlo? Ya se había cruzado con ella y la había derrotado.

Sandow concentró su mirada severa en Belbalm.

—*En este rústico paraje quizá yazca un alma preñada de fuego celestial…*

Belbalm inspiró hondo y extendió la mano hacia Sandow, con el mismo gesto que Alex había empleado para llamar a Hellie, para atraer a North.

—¡No! —gritó Alex, lanzándose hacia ella. Agarró a Belbalm por el brazo, pero su piel era dura como el mármol. No se inmutó.

Sandow abrió los ojos de par en par, y de sus labios abiertos empezó a escaparse el silbido de una tetera en ebullición. Soltó un grito ahogado y cayó de nuevo en el sillón, con tanta fuerza que este se volcó. Sus manos aferraban los reposabrazos. El sonido cesó, pero el decano permaneció sentado y erguido, con la vista fija en la nada, como un mal actor fingiendo un sobresalto.

Belbalm frunció los labios con gesto asqueado y se secó las comisuras de la boca con delicadeza.

—Su alma sabe a manzana harinosa.

—Lo has matado —dijo Alex, incapaz de despegar la vista del cuerpo del decano.

—¿Crees que merecía algo mejor? Los hombres mueren, Alexandra. Y su muerte rara vez constituye una tragedia.

—No podrá cruzar al otro lado del Velo, ¿verdad? —dijo Alex, empezando a comprender—. Te comes sus almas y ya no pueden avanzar. —Por eso North no había sido capaz de encontrar a Gladys ni a ninguna de las demás chicas al otro lado. ¿Y qué habría sido del alma de Tara, sacrificada durante el ritual de Sandow? ¿Adónde había ido a parar?

—Estás alterada. Lo entiendo. Pero tú sabes muy bien lo que es tener que labrarte un lugar en el mundo, tener que luchar por tu vida en todo momento. No puedes ni imaginarte cómo era en mi época. A las mujeres las enviaban al manicomio por leer demasiado o cuando sus maridos se cansaban de ellas. Casi todos los caminos nos estaban vedados. Y a mí me arrebataron el mío. Así que me forjé otro.

Alex señaló a Belbalm con el dedo.

—No conviertas esto en una especie de alegato feminista. Forjaste tu nuevo camino con las vidas de otras chicas. Chicas inmigrantes. Chicas de color. Chicas pobres. —*Chicas como yo*—. Solo para poder disfrutar de unos años más.

—Es muchísimo más que eso, Alexandra. Es un acto divino. Con cada vida arrebatada, pronto veía un nuevo templo erigido en gloria mía, construido por muchachos que nunca se paraban a pensar en el poder que estaban reclamando y se limitaban a tomarlo como propio. Juegan con magia mientras yo fabrico la inmortalidad. Y tú vas a formar parte de ella.

—Qué suerte. —No le hacía falta preguntar a qué se refería. Belbalm había rechazado el sacrificio de Sandow porque ya tenía un menú pensado—. Yo soy el premio.

—He aprendido a tener paciencia durante mi larga vida, Alexandra. No sabía qué era Sophie cuando la conocí, pero al consumir su alma… Era salvaje, enérgica y amarga como el tejo. Le corrían relámpagos por las venas. Me sació durante más de cincuenta años. Y entonces, justo cuando empezaba a debilitarme y envejecer, apareció Colina. Supe reconocer el olor de su poder. La encontré en el aparcamiento de una Iglesia y la perseguí varias manzanas.

Sus muertes habían sido los cimientos de las tumbas de San Telmo y El Manuscrito.

¿Cómo había dicho Belbalm?

—Eran rotámbulas.

—Casi se diría que algo las atraía a New Haven para alimentarme. Igual que a ti.

Por eso las muertes habían cesado en 1902. Habían muerto muchas a finales del siglo XIX, cuando Daisy se alimentaba de muchachas ordinarias pora sobrevivir. Pero entonces había encontrado a su primera rotámbula: Sophie Mishkan, una chica con un poder igual que el suyo. Su alma la había saciado hasta 1958, cuando Belbalm había asesinado a Colina Tillman, otra chica con el mismo don. Y ahora le tocaba a Alex.

Esta ciudad. ¿New Haven atraía a las rotámbulas? Daisy. Sophie. Colina. ¿Y si el rumbo de la vida de Alex estaba destinado desde el principio a terminar en aquel lugar, en aquel monstruo? ¿La magia alimentaba a la magia?

—¿Cuándo supiste que yo también lo era? —preguntó Alex.

—Desde el momento en que te vi. Quería dejarte madurar un tiempo. Quitarte el pelo de la dehesa. En fin… —Belbalm se encogió profundamente de hombros y extendió la mano.

Alex sintió un fuerte y súbito dolor en el pecho, como si le acabaran de clavar un gancho bajo el esternón, justo en el corazón. A su alrededor vio brotar un círculo de llamas azules. Una rueda. Sintió que caía al vacío.

Hellie había sido luz solar. North, frío y humo de carbón. Pero Belbalm estaba hecha de dientes.

Alex se bamboleaba delante de la barbacoa, en el diminuto balcón de la Zona Cero. El aire apestaba a carbón, y a lo lejos se divisaban las colinas emborronadas por la contaminadón. Sentía el ritmo de la música en las

plantas de los pies descalzos. Levantó el pulgar para tapar la luna y luego lo bajó para hacerla reaparecer.

Una mujer se inclinaba sobre su cuna, intentando cogerla en brazos una y otra vez, pero sus manos atravesaban el cuerpo de Alex sin tocarlo. Lloraba, y sus lágrimas plateadas se desvanecían a través de los brazos regordetes de Alex.

Hellie le daba la mano, arrastrándola por el paseo marítimo de Venice. Sacaba el nueve de bastos de una baraja de tarot. Alex ya tenía otra carta en la mano. *Ni de coña me tatúo esto,* decía Hellie. *Voy a sacar otra*.

Len se quitaba una de las pulseras de cuero del brazo y se la ataba a Alex en la muñeca. *No se lo cuentes a Mosh,* susurraba. El aliento le olía a pan rancio, pero Alex nunca se había sentido tan contenta, tan feliz.

Su abuela estaba cocinando. Olía a comino y a carne asada. La boca le sabía a miel y a nueces. *Ahora somos vegetarianas*, protestaba Mira. Eso será en tu casa, replicaba su abuela. *Cuando venga aquí, quiero volverla fuerte*.

En el jardín, un hombre podaba unos setos que nunca cambiaban y miraba el cielo con los ojos entornados, incluso cuando estaba nublado. Intentaba hablar con Alex, pero ella no oía ni una sola palabra.

Uno tras otro, Alex sentía que le arrancaban sus recuerdos como si fueran hilos atrapados en los dientes puntiagudos de Belbalm, descosiéndola poco a poco. Belbalm… Daisy los quería todos: los buenos y los malos, los tristes y los alegres. Todos eran igual de suculentos para ella.

No tenía donde huir. Alex intentó recordar el olor del perfume de su madre, el color del sofá de la sala común de Vanderbilt, cualquier cosa que la ayudara a sujetarse mientras Daisy se la tragaba.

Necesitaba a Hellie. Necesitaba a Darlington. Necesitaba a… ¿cómo se llamaba? No se acordaba. Una chica pelirroja, con unos auriculares colgados del cuello. *¿Pammie?*

Alex estaba acurrucada en una cama, rodeada de mariposas monarca que se transformaban en polillas. Había un chico a su lado, envolviéndola con su cuerpo. *Te serviré hasta el fin de los tiempos*, le decía.

Los dientes de Belbalm se hundieron más profundamente. Alex no recordaba su cuerpo, sus brazos. Pronto desaparecería. ¿Sentía algo de alivio en medio de todo aquel miedo? Cada pena, cada pérdida y cada error serían borrados. Pasaría a no ser nada en absoluto.

Belbalm iba a partirla en dos. Iba a beberse a Alex hasta dejarla seca.

Una ola se alzaba sobre Beinecke Plaza; un chico guapo y moreno gritaba: «*¡Abísmese en el mar el mundo todo!*».

Alex podía flotar hasta el Pacífico, más allá de Santa Catalina, para ver el ir y venir de los ferris.

La ola se abatió sobre la plaza, arrastrando consigo una marea de grises.

Alex recordó estar hecha un ovillo en el suelo de aquella preciosa biblioteca, con las mejillas arrasadas de lágrimas, cantando las viejas canciones de su abuela y pronunciando sus mismas palabras. Se estaba escondiendo de los grises, se escondía detrás de… Darlington, se llamaba Darlington… Darlington, vestido con su abrigo oscuro. Se estaba escondiendo, como había hecho toda su vida. Se había aislado del mundo de los vivos solo para poder librarse de los muertos.

Abísmese en el mar el mundo todo.

Alexandra. Era la voz de Belbalm. Una advertencia. Sabía lo que se le acababa de ocurrir a Alex.

Ya no quería seguir escondiéndose. Se consideraba una superviviente, pero había sido poco más que un perro apaleado, ladrando y gruñendo para tratar de salvarse. Ahora era más que eso.

Alex dejó de luchar. Dejó de intentar escapar de Belbalm. Recordó su cuerpo, sus manos. Lo que iba a hacer era peligroso. Y se alegraba de ello.

Abísmese en el mar el mundo todo. *Y que yo me convierta en la riada*.

Extendió los brazos a ambos lados y se abrió.

Los notó al instante, como si la hubieran estado esperando como barcos en un mar infinito, oteando eternamente el horizonte oscuro en busca de algún atisbo de luz, de un faro que los guiara. Los sentía por toda New Haven. Bajando por Hillhouse. Subiendo por Prospect. Sintió que North regresaba desde la antigua ubicación de su fábrica, donde lo habían expulsado las palabras fúnebres. Sintió al chico que intentaba conseguir entradas delante del desaparecido Coliseum. Sintió al gris que corría de un lado a otro delante de Payne Whitney. Sintió a un millar de grises a los que nunca había querido mirar: ancianos que habían muerto en la cama, una mujer que empujaba con las manos machacadas un carrito de bebé aplastado, un chico con una herida de bala en la cara que buscaba a ciegas un peine en su bolsillo. Una senderista desecada que cojeaba por la pendiente de East Rock, arrastrando la pierna rota. Y en Westville, en el descuidado laberinto de setos de Black Elm, Daniel Tabor Arlington III se ataba el batín y corría hacia ella, con un cigarrillo en los labios.

Venid a mí, les imploró Alex. *Ayudadme*. Les dejó sentir su mismo terror, aquel miedo que ardía como una atalaya; su deseo de vivir un día más, una hora más, les iluminaba el camino.

Un desfile infinito de grises abarrotaba las calles. Cruzaron el jardín, atravesaron las paredes, irrumpieron en el despacho y se abalanzaron sobre Alex como una oleada.

Alex sintió que Belbalm retrocedía. De pronto volvía a ver la habitación, veía a Belbalm delante de ella, con el brazo extendido y la mirada furiosa. La Rueda todavía las envolvía con sus grandes llamas azules. Las dos estaban en el centro, rodeadas por sus radios.

—¿Qué es esto? —siseó Belbalm.

—¡Una llamada a las ausentes! —exclamó Alex—. ¡Una llamada a las perdidas! Conozco sus nombres. —Y los nombres eran poderosos. Los pronunció uno tras otro, como una oda a aquellas chicas desaparecidas—: ¡Sophie Mishkan! ¡Colina Tillman! ¡Zuzanna Mazurski! ¡Paoletta DeLauro! ¡Effie White! ¡Gladys O'Donaghue!

Los muertos susurraron sus nombres, repitiéndolos mientras se acercaban como una marea de cuerpos. Alex los veía apretujados en el jardín, saliendo y entrando por las paredes. Los oía gemir «Sophie, Colina, Zuzanna, Paoletta». Un lamento cada vez más fuerte.

Los grises estaban hablando, llamando a los restos desgarrados de esas almas. El murmullo de voces se alzó más y más hasta formar un coro de suplicantes.

—Alexandra —gruñó Belbalm, con la frente perlada de sudor—. No pienso renunciar a ellas.

Eso ya no dependía de ella.

—Me llamo Galaxy, puta tragona.

Al oír el nombre de Alex, los grises soltaron un suspiro al unísono que recorrió toda la habitación como un vendaval, agitándole el vestido a Alex y apartándole el cabello del rostro a Belbalm, que abrió los ojos de par en par. Estaban totalmente blancos.

Una chica pareció emerger de su interior, separándose de Belbalm como la piel pálida de una cebolla. Tenía el cabello rizado y oscuro y vestía un delantal de obrera sobre un blusón y una falda grises. Luego apareció una rubia con tez de albaricoque y una cintura tan estrecha que parecía irreal, con un sombrero de plumas y un vestido de cuello alto a cuadros; después una chica negra con un suéter rosa palo, falda de vuelo y el cabello alisado y peinado con ondas resplandecientes. Una tras otra, todas fueron saliendo de Belbalm y se unieron a la multitud de grises.

Gladys fue la última. No quería salir; Alex lo notaba. A pesar de todos los años que llevaba escondida dentro de la consciencia de Daisy, ahora le daba

miedo abandonar su cuerpo.

—No va a quedarse contigo —le dijo Alex—. No tengas miedo.

Apareció una muchacha apenas visible, el jirón de una gris. Era una versión mucho más joven de Belbalm, esbelta y de rasgos afilados, con el cabello blanco recogido en una trenza. Gladys se dio la vuelta para mirarse, para mirar a Belbalm con su vestido negro y sus anillos. Levantó las manos como para protegerse, todavía asustada, y retrocedió hacia la multitud mientras las demás chicas la acogían como una más.

Belbalm abrió la boca para gritar, pero el único sonido que brotó de sus labios fue el mismo silbido que Alex había oído saliendo de la boca del decano.

North estaba a su lado; tal vez llevara tiempo ahí.

—No es un monstruo —le imploró—. Es solo una muchacha.

—Sabía lo que hacía —dijo Alex. Ya no le quedaba hueco para la compasión—. Pero creía que su vida era más importante que todas las nuestras juntas.

—No sabía que fuera capaz de algo semejante —dijo North, por encima del clamor de la multitud—. No sabía lo que albergaba su corazón.

—No la conocías en absoluto.

La precavida Daisy, que mantenía sus secretos bien guardados, que veía fantasmas, que ansiaba ver el mundo. La alocada Daisy, muerta antes de haber empezado a vivir. La cruel Daisy, que había rechazado su destino y había robado vida tras vida para saciarse.

Alex pronunció el último nombre:

—¡Daisy Fanning Whitlock!

Extendió la mano y sintió que el espíritu de Daisy avanzaba lentamente hacia ella, a regañadientes, aferrándose a su cuerpo como una planta decidida a hundir sus raíces en el suelo y medrar.

Alex tomó prestada la fuerza de los grises que la rodeaban, que la atravesaban. Dejó que su mente formara dientes y los hundió en la consciencia de Daisy. Y tiró con ímpetu.

El alma de Daisy salió disparada hacia ella, y Alex la liberó antes de que se apoderara de su cuerpo.

Durante un breve momento, vislumbró a una muchacha morena, con cara de hada y un vestido de falda voluminosa y mangas con volantes. Tenía una herida de bala en el pecho y la boca abierta en pleno grito. Los grises se abalanzaron sobre ella.

North se interpuso delante de Daisy.

—Por favor —dijo—. ¡Dejadla en paz!

Pero Gladys se adelantó, grácil como el aire.

—No.

—No —corearon las chicas perdidas. Sophie, Zuzanna, Paoletta, Effie y Colina.

Los grises ignoraron a North y se precipitaron sobre Daisy como una horda furiosa.

—*Mors irrumat omnia* —susurró Alex. La muerte nos jode a todos.

La Rueda giró y Alex sintió un vuelco en el estómago. Extendió las manos para buscar algo a lo que agarrarse, cualquier cosa. Cayó de rodillas al chocar contra algo sólido. De pronto, la habitación quedó en silencio.

Alex estaba en el suelo alfombrado del despacho del presidente. Levantó la mirada; la cabeza todavía le daba vueltas. Los grises ya no estaban, a excepción del Novio. Oía su corazón latiéndole con fuerza en el pecho, y los ruidos de la fiesta a través de la pared. El decano yacía muerto en el sillón del escritorio. Al cerrar los ojos, volvió a ver la imagen de la ardiente Rueda azul grabada tras sus párpados.

El cuerpo de Belbalm se había desmoronado; su piel se había disuelto en una cáscara polvorienta y sus huesos se habían deshecho, aplastados bajo el peso de un siglo. Era poco más que un montón de ceniza.

El Novio se quedó mirando fijamente el montón de polvo que en otro tiempo había sido una muchacha. Se arrodilló y extendió el brazo, pero su mano lo atravesó sin tocarlo.

Alex se agarró al borde del escritorio para levantarse. Caminó con paso vacilante hasta las puertas acristaladas que daban al jardín. Le temblaban las piernas. Estaba bastante segura de que la herida del costado se le había abierto. Deslizó la puerta para dejar pasar el aire frío, que le refrescó las mejillas enrojecidas y dispersó las cenizas de Belbalm.

North contempló con impotencia cómo flotaban sobre la alfombra.

—Lo siento —murmuró Alex—. Pero tienes muy mal gusto para las mujeres.

Intentó poner su mente a funcionar mientras contemplaba el cuerpo yerto del decano, pero se sentía agotada, vacía. No conseguía refrenar sus pensamientos. En el jardín, los narcisos empezaban a asomar entre los parterres.

Turner, pensó. ¿Dónde estaba? ¿Había recibido su mensaje?

Sacó su móvil. Solo había un mensaje del inspector: *Estoy con un caso. No te muevas de ahí. Te llamo en cuanto termine. NO HAGAS NINGUNA*

TONTERÍA.

—Cualquiera diría que no me conoce.

Oyó un coro de risas al otro lado de la puerta. Necesitaba pensar. Si los informes de las demás muertes atribuidas a Daisy eran correctos, la de Sandow seguramente parecería un infarto o un ictus. Pero Alex no iba a arriesgarse. Podía escabullirse por el jardín, pero varios invitados la habían visto entrar en el despacho con el decano. No había sido precisamente discreta.

Tendría que volver a la fiesta e intentar pasar desapercibida. Si alguien le preguntaba, diría que había visto al decano hablando con la profesora Belbalm.

—North —dijo. El fantasma levantó la mirada—. Necesito tu ayuda.

Era posible que no quisiera, que culpara a Alex por la muerte definitiva de Daisy. Se preguntó si los grises habrían dejado algún resto de Daisy que pudiera cruzar al otro lado del Velo. Pero la presencia y el dolor de North no auguraban nada bueno.

North se puso en pie lentamente. Tenía los ojos tan oscuros y sombríos como siempre, pero cuando miró Alex, esta percibió cierta prudencia que no había visto antes. *¿Le doy miedo?* No le preocupaba demasiado. Tal vez ahora se lo pensaría dos veces antes de colarse dentro de su cráneo. Aun así, se sentía mal por él. Alex sabía lo que era perder a alguien, y North había perdido a Daisy dos veces: primero a la chica a la que amaba, y luego la fantasía de quien creía que había sido.

—Necesito que te asegures de que no haya nadie en el pasillo —dijo Alex —. No quiero que me vean salir de este despacho.

North atravesó la puerta. Durante un largo rato, Alex se preguntó si el gris iba a abandonarla allí, con un cadáver y una alfombra manchada de maldad en polvo.

Pero entonces North regresó a través de la pared y asintió.

Alex se obligó a caminar. Se sentía extraña, vulnerable y expuesta, como una casa con todas las puertas abiertas.

Se alisó el pelo con la mano y se recolocó el vestido. Tendría que actuar con normalidad, fingir que no había ocurrido nada. Pero Alex sabía que no tendría ningún problema. Llevaba haciéndolo toda la vida.

Lo llamamos «el Velo», pero en realidad sabemos que existen muchos Velos, que cada uno es una barrera que separa nuestro mundo del siguiente. Algunos grises permanecen atrapados detrás de todos ellos y jamás logran regresar con los vivos; a otros los pueden vislumbrar en nuestro mundo aquellos dispuestos a probar la Bala de Hiram, y otros son capaces de penetrar aún más en nuestro mundo y pueden ser vistos y oídos por la gente corriente. También se sabe que existen muchas fronteras donde los muertos pueden conversar con los vivos, y sospechamos desde hace mucho que no existe un solo más allá. La conclusión natural es que también hay numerosos infiernos. Pero si tales lugares existen de verdad, desde luego siguen siendo indescifrables, desconocidos e inexplorados para nosotros. Porque no hay explorador tan intrépido ni osado que se atreva a recorrer el camino que conduce al infierno, sea cual sea el material del que esté hecho.

—*de* La vida de Leteo: métodos y protocolos de la Novena Casa

***Cuando ganeden esta acerrado, guehinam esta siempre abierto*. Aunque el edén puede estar cerrado, el infierno siempre está abierto.**

—Proverbio sefardí

32

Primavera

Alex fue a buscar a Dawes a la Madriguera y las dos pasearon por Elm hasta Payne Whitney, hasta la intersección que Sandow había escogido para su ritual asesino, el lugar en el que había muerto Tara Hutchins. *Un lugar propicio*. Habían empezado a brotar flores primaverales en los bordes del solar: azafrán violeta y lirios del valle, con sus diminutas campanillas blancas colgando de sus tímidos cuellos inclinados.

A Alex le costaba estar lejos de las barreras mágicas. Llevaba toda la vida viendo a los grises (o los callados, como solía llamarlos). Pero ya no estaban callados. Ahora también los *oía*. La mujer del camisón que canturreaba en voz baja frente a la escuela de música. Los dos jóvenes con abrigos y pantalón bombacho que se sentaban en la verja del Campus Viejo para intercambiar chismorreos, con el lado izquierdo del cuerpo ennegrecido por algún antiguo incendio. En aquel momento tenía que esforzarse para ignorar al remero ahogado que corría de un lado a otro frente al gimnasio. Oía su respiración pesada. ¿Cómo era posible? ¿Para qué quería respirar un fantasma? ¿Era por el recuerdo de necesitar aire? ¿Por costumbre? ¿O para fingir que seguía siendo humano?

Sacudió ligeramente la cabeza. Tendría que encontrar la forma de silenciarlos o volverse loca intentándolo.

—¿Los oyes hablar? —preguntó Dawes sin levantar la voz.

Alex asintió y se frotó las sienes. Aún no sabía cómo iba a solucionar ese problema, pero estaba claro que tenía que asegurarse de que los grises no se dieran cuenta de que ella todavía podía oírlos. Había muchos que estaban desesperados por tener alguna conexión con el mundo de los vivos.

No había vuelto a ver a North desde la fiesta en casa del presidente. Tal vez estuviera recluido, guardando luto por el monstruo en el que se había convertido su Daisy. Tal vez hubiera creado un grupo de apoyo para las almas que Daisy había mantenido tantos años cautivas. No lo sabía.

Recorrieron el perímetro del solar que el decano había destinado a San Telmo. Alex tenía la esperanza de que también crecieran flores en el lugar donde había muerto Tara. Le había enviado la confesión grabada de Sandow a la junta de Leteo. Todos estaban de acuerdo en que era horrible. Monstruoso. Pero sobre todo peligroso. Aunque el ritual de Sandow había fracasado, no querían que nadie más pensara que era posible crear un nexo nuevo mediante un homicidio ritual… ni que la muerte de Tara se relacionara con Leteo. Salvo por unos cuantos miembros de la junta, todo el mundo seguía creyendo que Blake Keely era el responsable del asesinato, y Leteo pretendía que siguiera siendo así.

Esta vez Alex no iba a insistir. Ya tenía demasiados secretos nuevos que guardar. La muerte de Sandow se había atribuido a un repentino y fulminante infarto durante su fiesta de bienvenida. Todos sabían que había sufrido una aparatosa caída semanas antes y que su situación económica lo sometía a mucho estrés. Su fallecimiento había sido motivo de tristeza, pero apenas había llamado la atención, sobre todo porque Marguerite Belbalm había desaparecido tras ser vista con él en la misma fiesta. La habían visto por última vez entrando en el despacho del presidente para hablar con el decano Sandow. Nadie sabía dónde estaba ni si le había ocurrido algo, y la policía de New Haven había abierto una investigación.

Leteo no tenía ni idea de lo que era Belbalm en realidad ni de su conexión con la muerte de Sandow. Alex se había asegurado de que la grabación terminara justo antes de que la profesora entrara en el despacho. La junta de Leteo no conocía el término «rotámbulo» y nunca lo haría; a menos que estuviera equivocada, Alex poseía la habilidad de crear un nexo siempre que quisiera. Lo único que tenía que hacer era cogerle el gusto a comer almas. Ya había visto cómo funcionaban Leteo y las sociedades. Era mejor que nadie se enterara.

Dawes comprobó la hora en su móvil y, sin decir nada, las dos se marcharon de Payne Whitney y giraron a la derecha por Grove Street. Más adelante, Alex vio el inmenso mausoleo de El Libro y la Serpiente, un lúgubre bloque de mármol blanco rodeado de hierro forjado negro. Ahora que Alex sabía que ellos no habían enviado al *gluma* a matarla, que no habían tenido absolutamente nada que ver con la muerte de Tara, se preguntaba si podrían ayudarla a encontrar el alma de la chica. Aunque no le gustaba la idea de cruzar ese pórtico (ni pensar en lo que los Libreros podrían pedirle a cambio), Leteo tenía una deuda con Tara. Pero eso tendría que esperar. Tenía otra tarea

por delante antes de poder ayudar a Tara. Una tarea a la que tal vez no sobreviviría.

Alex y Dawes cruzaron las enormes puertas neoegipcias del cementerio, bajo la inscripción que tanto le había gustado a Darlington: LOS MUERTOS SE ALZARÁN.

Y tal vez no solo los muertos, si Alex se esforzaba lo suficiente.

Pasaron junto a las tumbas de poetas, eruditos y presidentes de Yale. Se había reunido una pequeña multitud en torno a la nueva lápida. El decano Sandow seguía rodeándose de gente selecta.

Alex sabía que posiblemente habría exalumnos de Leteo entre el gentío, pero a la única que reconoció fue a Michelle Alameddine. Llevaba el mismo abrigo elegante y el cabello oscuro recogido en una coleta anudada. Turner también estaba allí, pero solo la saludó con la cabeza. No estaba precisamente contento con Alex.

—¿Cómo se te ocurre dejarme un cadáver? —le había rugido, furioso, cuando Alex había quedado con él en Il Bastone.

—Lo siento —había respondido ella—. No hay quien contacte contigo.

—¿Qué pasó en esa fiesta?

Alex se había reclinado en la columna del porche. Le pareció que la casa también se apoyaba en ella.

—Sandow mató a Tara.

—¿Y qué le pasó a él?

—Un infarto.

—Y una mierda. ¿Lo mataste tú?

—No hizo falta.

Turner se la había quedado mirando largo rato, y Alex se había alegrado de estar diciendo la verdad para variar.

No habían vuelto a hablar desde entonces, y Alex sospechaba que Turner no quería saber nada más de ella ni de Leteo. Era normal, pero lo lamentaba. Le había gustado tener a uno de los buenos de su parte.

La misa fue larga pero insulsa, un recital de los logros del decano, unas declaraciones del presidente y unas palabras de una mujer delgada con un vestido azul marino. Alex se dio cuenta de que era la exmujer de Sandow. Hoy no había grises en el cementerio. No les gustaban los funerales, y tampoco había suficientes emociones junto a aquella tumba como para superar su repugnancia. Alex prefería tener un poco de calma.

Mientras el ataúd del decano descendía bajo tierra, Alex miró a los ojos a Michelle Alameddine y ladeó fugazmente la cabeza; una invitación. Dawes y

ella se alejaron lentamente de la tumba, confiando en que Michelle las siguiera.

Tomaron el tortuoso camino de la izquierda y pasaron junto a la tumba de Kingman Brewster, en la que habían plantado un hamamelis que echaba flores amarillas en junio (casi siempre el día de su cumpleaños) y perdía las hojas en noviembre, el mes de su muerte. En algún lugar de aquel cementerio estaba enterrado el primer cuerpo de Daisy.

Cuando llegaron a un rincón discreto entre dos esfinges de piedra, Dawes le dijo:

—¿Estás segura de esto? —Se había puesto un pantalón de vestir de su madre y unos pendientes de perlas para asistir al funeral, pero su moño rojo ya se estaba aflojando y caía hacia un lado.

—No —confesó Alex—. Pero necesitamos toda la ayuda posible.

Dawes no rechistó. Se había deshecho en disculpas cuando Leteo había contactado con ella en casa de su hermana, en Westport, y Alex le había contado lo que había ocurrido en realidad en casa del presidente. Además, Dawes quería emprender esa búsqueda, esa misión, tanto como Alex. Quizá más.

Alex vio que Michelle caminaba hacia ellas entre la hierba. Esperó a que las alcanzara y se lanzó al ataque:

—Darlington no está muerto.

Michelle suspiró.

—¿De qué va esto? Alex, comprendo que…

—Es un demonio.

—¿Cómo dices?

—No murió cuando se lo comió la bestia infernal. Se transformó.

—No es posible.

—Escúchame —dijo Alex—. He visitado la frontera hace poco…

—¿Por qué no me sorprende?

—Y en la orilla oscura siempre oía… bueno, no sé qué eran. ¿Grises? ¿Monstruos? Algún tipo de criatura que no era del todo humana. Decían algo que no conseguía entender. Al principio creí que era un nombre, Caleb Desmond, Gabriel du Monde o algo así. Pero no era eso.

—¿Y…? —La expresión de Michelle era rígida e impasible, como si le estuviera costando mucho esfuerzo mantener la mente abierta.

—«Caballero demonio». Eso era lo que decían. Hablaban de Darlington. Y creo que estaban asustados.

Darlington era un caballero. Pero la época de los caballeros pasó. Alex apenas había prestado atención a las palabras del decano en ese momento. Pero al reproducir la grabación de su conversación, se le habían quedado metidas en la cabeza. Darlington: el caballero de Leteo. Todo el mundo lo llamaba así. Alex también pensaba que Darlington se había equivocado de época.

Pero había tardado bastante en atar cabos, en darse cuenta de que las criaturas de la orilla oscura siempre murmuraban esos sonidos cuando Alex mencionaba a Darlington o pensaba en él. No estaban furiosas; estaban asaltadas, igual que los grises la noche de la pronosticación. Había sido Darlington el que había dicho «asesinato» durante el rito de la luna nueva, no un simple eco suyo. Pero estaba acusando a Sandow, no a Alex. Al hombre que había asesinado a Tara. Al que había intentado asesinarlo a él. Al menos ella esperaba que así fuera. Daniel Tabor Arlington, el eterno caballero, el chico de modales infinitos. ¿En qué se habría convertido ahora?

—Lo que estás insinuando no es posible —dijo Michelle.

—Sé lo que parece —dijo Dawes—. Pero los humanos pueden convertirse en…

—Conozco el proceso. Pero los demonios solamente se pueden crear de una manera: con la unión de azufre y pecado.

—¿De qué clase de pecado estamos hablando? —dijo Alex—. ¿Masturbación? ¿Faltas de ortografía?

—Estás en un cementerio —la riñó Dawes.

—Créeme, Dawes. A los muertos se la trae floja.

—Solo existe un pecado capaz de convertir a un hombre en un demonio —dijo Michelle—. El asesinato.

Dawes se quedó helada.

—Él nunca… No podría…

—Tú ya has matado a alguien —le recordó Alex. *Y yo también*—. Nunca digas nunca.

—¿Darlington? —dijo Michelle, incrédula—. ¿El favorito de los profes? ¿El caballero de brillante armadura?

—Los caballeros llevan espada por algo. No te estoy contando esto para que nos pongamos a discutir. Si no quieres ayudarnos, perfecto. Yo sé lo que sé: que enviaron a una bestia infernal a matar a Darlington. Pero sobrevivió y ese bicho lo mandó de un pedo al infierno. Y vamos a ir a buscarlo.

—¿Sí? —preguntó Michelle.

—Sí —respondió Dawes.

Un viento frío azotó los árboles del cementerio, y Alex tuvo que disimular un escalofrío. Parecía que el invierno se negaba a desaparecer. Parecía una advertencia. Pero Darlington estaba al otro lado de algo terrible, esperando a que lo rescataran. Sandow se había llevado al chico de oro de Leteo, y alguien tenía que traerlo de vuelta al mundo.

—Bueno —dijo Alex mientras el viento se levantaba, agitando las ramas llenas de brotes y gimiendo sobre las lápidas, como una plañidera sumida en su dolor—. ¿Nos vamos al infierno?

Las casas del Velo

«Las Ocho Antiguas»

CASAS MAYORES

La Calavera y las Tibias - 1832

Ricos o pobres, la muerte nos iguala a todos.

Disciplinas: Extispicina y esplancomancia. Adivinación mediante las entrañas de personas y animales.

Exalumnos famosos: William Howard Taft, George H. W. Bush, George W. Bush, John Kerry.

El Pergamino y la Llave - 1842

Tendremos poder en esta tierra oscura para iluminarla, poder en este mundo muerto para resucitarlo.

Disciplinas: *Duru dweomer*, magia de portales. Proyección astral y etérea.

Exalumnos famosos: Dean Acheson, Gary Trudeau, Cole Porter, Stone Phillips.

El Libro y la Serpiente - 1863

Todo cambia; nada perece.

Disciplinas: *Nekyia o nekromanteía*, nigromancia y conjuración mediante huesos.

Exalumnos famosos: Bob Woodward, Porter Goss, Kathleen Cleaver, Charles Rivkin.

La Cabeza del Lobo - 1883

La fuerza de la manada es el lobo.

La fuerza del lobo es la manada.

Disciplinas: Teriantropía

Exalumnos famosos: Stephen Vincent Benét, Benjamin Spock, Charles Ives, Sam Wagstaff.

El Manuscrito - 1952

El sueño nos conduce al sueño, y la ilusión no tiene fin.

Disciplinas: Magia de espejos y glamures.

Exalumnos famosos: Jodie Foster, Anderson Cooper, David Gergen, Zoe Kazan.

CASAS MENORES

Aureliano - 1910

Disciplinas: Logomancia, vinculación mediante palabras y adivinación mediante el lenguaje.

Exalumnos famosos: Almirante Richard Lyon, Samantha Power, John B. Goodenough.

San Telmo - 1889

Disciplinas: *Artium tempestate*, magia elemental, invocación de tormentas.

Exalumnos famosos: Calvin Hill, John Ashcroft, Allison Williams.

Bercelio - 1848

Disciplinas: Ninguna. Se fundó siguiendo la estela de Jöns Jacob Berzelius (Bercelio), químico sueco que ideó un nuevo sistema de notación química para superar el oscurantismo de los antiguos alquimistas.

Exalumnos famosos: Ninguno

Agradecimientos

En Nueva York: Muchas gracias a todo el equipo de Flatiron Books, especialmente a Noah Eaker, que se arriesgó con este libro, a Amy Einhorn, Lauren Bittrich, Patricia Cave, Marlena Bittner, Nancy Trypuc, Katherine Turro, Cristina Gilbert, Keith Hayes, Donna Noetzel, Lena Shekhter, Lauren Hougen, Kathy Lord y Jennifer González y su equipo. Gracias a New Leaf Literary: Pouya Shahbazian, Verónica Grijalva, Mia Román, Hilary Pecheone, Meredith Bames, Abigail Donoghue, Jordán Hill, Joe Volpe, Kelsey Lewis, Cassandra Baim y Joanna Volpe, que nos apoyó a esta idea y a mí desde el principio.

En New Haven y Yale: Gracias a la profesora Julia Adams del colegio mayor Hopper, Angela McCray, Jenny Chavira de la Asociación de Exalumnos de Yale, Judith Ann Schief de Archivos y Manuscritos, Mark Branch de la *Yale Alumni Magazine*, David Heiser del Museo de Historia Natural Peabody, Michael Morand de la Beinecke y Claire Zella. Gracias a Rabbi Shmully Hecht por darme acceso a la mansión Anderson, y a Barbara Lamb, que compartió conmigo sus vastos conocimientos sobre Connecticut y me acompañó a muchos cementerios. Me he tomado alguna pequeña libertad con la historia y la geografía de New Haven. La más importante es que La Cabeza del Lobo construyó su primera sede en Prospect Street en 1884. La nueva sede de High Street se construyó más de cuarenta años después.

En California: Gracias a David Peterson por su ayuda con el latín, Rachael Martin, Robyn Bacon, Ziggy (la bala de cañón humana), Morgan Fahey, Michelle Chihara, Sarah Mesle, Josh Kamensky, Gretchen McNeil, Julia Collard, Nadirie Semerau, Mane Lu, Anne Grasser, Sabaa Tahir, Robin LaFevers, Victoria Aveyard y Jimmy Freeman. Gracias también a mi madre, que fue la primera que me cantó en ladino, y a Christine, Sam, Emily, Ryan y Eric, que me sigue haciendo reír, y al manatí.

En la sede: Gracias a Steven Testa, Laini Lipsher y a mi manada de lobos del 97.

En otros lugares: Gracias a Max Daniel de la UCLA y a Simone Salmón por su ayuda con los romances sefardíes, a Kelly Link, Daniel José Older, Holly Black, Robin Wasserman, Sarah Rees Brennan, Rainbow Rowell, Zoraida Córdova, Cassandra Clare, Ally Carter, Carrie Ryan, Marie Rutkoski, Alex Bracken, Susan Dennard, Gamynne Guillote y Michael Castro.

Muchos libros han contribuido a crear el mundo de *La Novena Casa: Yale in New Haven: Architecture and Urbanism*, de Vincent Sully; Yale University: An Architectural Tour, de Patrick Pinnell; Go to Your Room: A story of undergraduate Societies and Fraternities at Yale, de Loomis Havemeyer; *Yale: a History,* de Brooks Mather Kelley; *The Power of Privilege: Yale and America's Elite Colleges*, de Joseph A. Soares; *Skulls and Keys: The Hidden History of Yale's Secret Societies,* de David Alan Richards; *Ebony and Ivy: Race, Slavery, and the Troubled History of America's Universities,* de Craig Steven Wilder; *Carriages and Clocks, Corsets and Locks: The Rise and Fall of an Industrial City*, de Preston Maynard y Marjorie B. Noyes; *New Haven: A Guide to Architecture and Urban Design*, de Elizabeth Mills Brown; *Model City Blues: Urban Space and Organized Resistance in New Haven*, de Mandi Isaacs Jackson; y *The Plan for New Haven*, de Frederick Law Olmsted y Cass Gilbert. El romance «La Moza y el Huerco» lo encontré en el artículo «Romances sefardíes de endechar», de Paloma Díaz-Mas. Gracias también al Proyecto Romancero Panhispánico.

Notas

[1] 1. «Somos los pastores, hemos cruzado las montañas. Abandonamos nuestros rebaños cuando apareció la estrella nueva». De We Are the Shepherds, canción de Johnny Cash publicada en 1963. <<

[2] En español en el original. <<

[3] En español en el original. <<

[4] N. del T.: Juego universitario que recrea el «truco o trato» infantil; consiste en recorrer una residencia de estudiantes de habitación en habitación, pidiendo chupitos a sus ocupantes. <<

[5] N. del T.: Una *marching band* es una banda musical que participa en desfiles oficiales, normalmente vestidos con uniformes de estilo militar y acompañados de majorettes o algún otro tipo de animadores. Se podría considerar la hermana mayor de la charanga. <<

[6] «Al que de ajeno se viste, en la calle lo desnudan». <<

[7] N. del T.: La Ivy League es una liga deportiva de equipos universitarios que ha pasado a denominar también al conjunto de las ocho universidades privadas más prestigiosas de Estados Unidos. <<

[8] Niño prodigio. <<

[9] Novela de aprendizaje. <<

[10] N. del T.: Las *lamellae* son pequeñas láminas de metal con inscripciones fúnebres que se colocaban en los cuerpos de los difuntos como amuleto y guía hacia el más allá. <<

[11] N. del T.: El ladino, también llamado judeoespañol o judezmo, es el idioma de los sefardíes. <<

[12] N. del T.: «Mary la Sanguinaria», apodo de la reina inglesa María I, además del nombre de un popular cóctel a base de vodka y zumo de tomate. <<

[13] N. del T.: Juego deportivo que simula un combate entre dos equipos con armas de luz infrarroja. <<

[14] N. del T.: El 911 es el teléfono de emergencias de Estados Unidos, equivalente al 112 europeo. <<

[15] N. del T.: Marvel significa «maravilla» o «prodigio» en inglés. <<

[16] «Y me pregunto si alguien más se siente como yo. Y si el mal nace o se hace». De *Sister I'm a Poet*, canción de Morrissey publicada en 1993. **<<**

[17] Los Dulces Dieciséis es una fiesta que celebra el decimosexto cumpleaños como rito de paso a la edad adulta. Tiene su origen en la puesta de largo de la aristocracia europea, cuya función era presentar en sociedad a las doncellas casaderas (que a partir de entonces se vestirían «de largo», es decir, como mujeres adultas). El equivalente en Latinoamérica es la «Fiesta de quince». <<

[18] N. del T.: El *beer pong* es un juego que consiste en encestar pelotas de pimpón en vasos llenos de cerveza para obligar al equipo contrario a beber. Aunque originario de Estados Unidos, se está extendiendo por otros países y actualmente hay ligas oficiales en España y Argentina. <<

[19] N. del T.: Este refrán existe también en castellano antiguo (recogido en la obra *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*, de Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, publicada en 1508), bajo la forma «Quien passa punto, passa mundo» y acompañólo de la siguiente explicación: «Escapar de algún peligro, rescate es de la vida». Como podemos ver, la interpretación tradicional difiere de la que emplea la autora. En el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas (1627), este refrán se asocia a otro bastante menos ambiguo: «Sácame de aquí y degüéllame allí». <<

[20] N. del T.: *Daisy* significa «margarita» en inglés, igual que *marguerite* en francés. <<